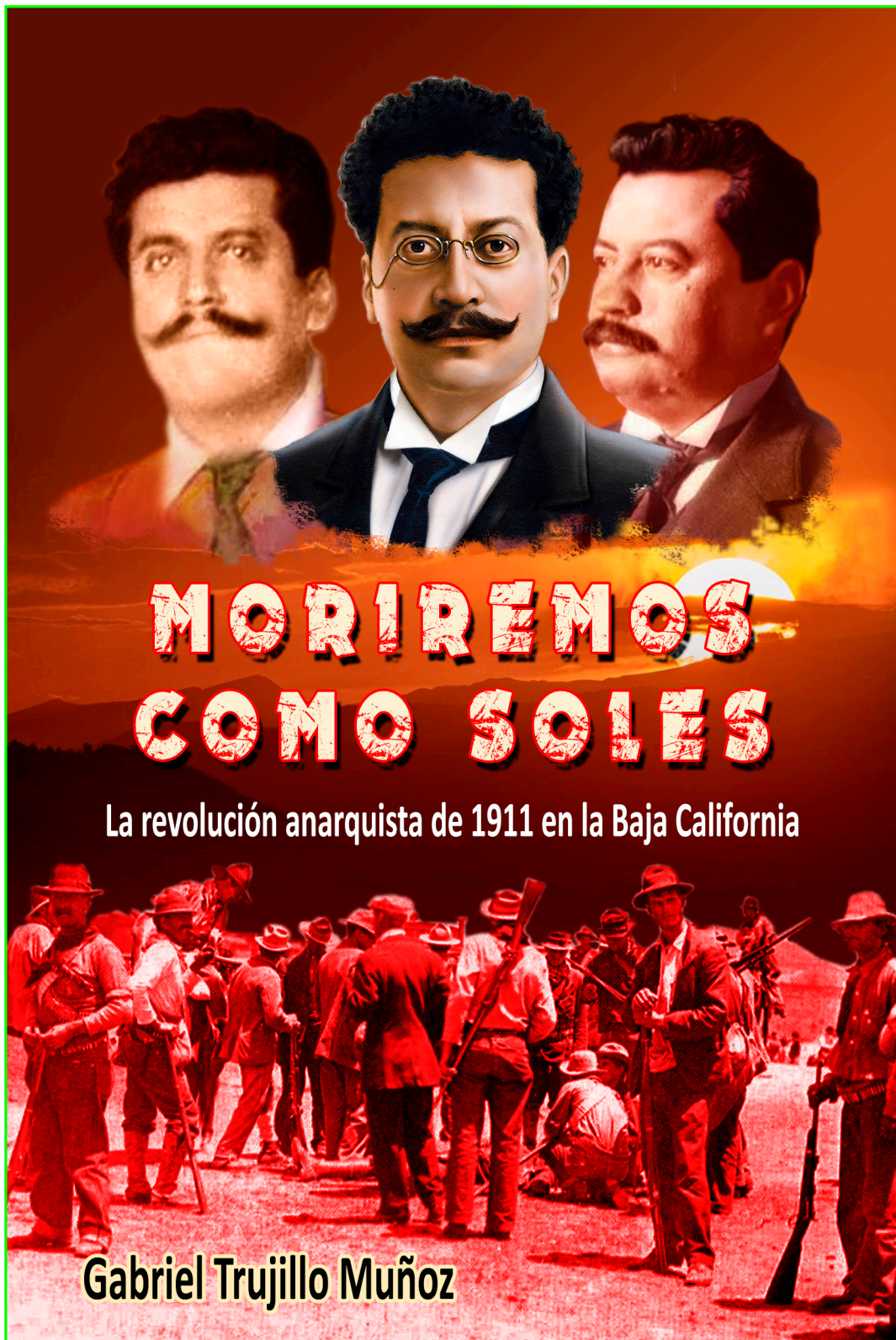




Si morimos, moriremos como soles: despidiendo luz.

Ricardo Flores Magón

Esta apasionante novela narra el movimiento anarcosindicalista de 1911 en la Baja California.

En el episodio se ven envueltos tanto el Partido Liberal Mexicano coordinado por los hermanos Flores Magón, como el IWW, los Trabajadores Industriales del Mundo, que nos aportarán a otra figura destacada del movimiento obrero: el bardo libertario Joe Hill.

Moriremos como soles es una novela con numerosas voces. Muchos acontecimientos aquí descritos están escondidos en los libros de historia. Uno de los principales méritos de Gabriel Trujillo consiste en dar viva voz a los protagonistas de esta épica. Otro es que el novelista no construye ídolos de piedra: no enaltece a nada ni a nadie, no fabrica héroes ni villanos. Cuenta una espléndida historia, una historia palpitante y feroz que da vida a una novela memorable.



Gabriel Trujillo Muñoz

MORIREMOS COMO SOLES

La revolución anarquista de 1911 en la Baja California

Moriremos como soles

Primera edición: abril, 2011

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

https://solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

*No vamos los revolucionarios en pos de una quimera. Vamos en pos de la realidad.
Vamos hacia la vida.
El abismo no nos detiene.
El agua es más bella despeñándose.*

RICARDO FLORES MAGÓN, octubre de 1910

So quick bright things come to confusión.

WILLIAM SHAKESPEARE

Ha sido destino de los revolucionarios universalistas el ser acusados de traición a la patria por sus contemporáneos, y el rencor que despierta la osadía de poner en duda los valores en que se funda la cohesión social perdura al través de las generaciones, porque estas actitudes continúan representando una amenaza a la estabilidad. Con Ricardo Flores Magón ha sucedido lo mismo y todavía en la actualidad su solo nombre despierta pasiones encontradas.

GONZALO AGUIRRE

Es en sus tumbas donde se encuentra ahora el campo de batalla: por una parte, algunos se ensañan con sus cenizas; por la otra, se exhuman sus armas, aunque estén enmohecidas. De nuevo son nuestros guías, nuestros contemporáneos.

SAINTE-BEUVE

ÍNDICE DE CONTENIDO

Personajes

- I. Salt Lake City, Prisión Estatal, 18 de noviembre de 1915
- II. Los Ángeles, California, 25 de julio de 1910
- III. Los Ángeles, California, 16 de septiembre de 1910
- IV. Los Ángeles, California, 10 de octubre de 1910
- V. Los Ángeles, California, 20 de noviembre de 1910
- VI. Ensenada, Baja California, septiembre–diciembre de 1910
- VII. Calexico, California, 30 de diciembre de 1910
- VIII. Los Ángeles, California, 2 de enero de 1911
- IX. Venice, California, 3 de enero de 1911
- X. Holtville, California, 12 de enero de 1911
- XI. Ensenada, Baja California, 15 de enero de 1911
- XII. Los Ángeles–valle de Mexicali, 10–28 de enero de 1911
- XIII. Mexicali, Baja California, 27–28 de enero de 1911
- XIV. Valle de Mexicali, Baja California, 29 de enero de 1911
- XV. Mexicali, Baja California, 29 de enero de 1911
- XVI. Mexicali, Baja California, 29 de enero de 1911
- XVII. Mexicali, Baja California, 29 de enero de 1911
- XVIII. Mexicali, Baja California, 29 de enero de 1911
- XIX. Ensenada, Baja California, 29 de enero de 1911
- XX. Mexicali, Baja California, 29 de enero de 1911
- XXI. Mexicali, Baja California, 29 de enero de 1911
- XXII. Ensenada, Baja California, 29 de enero de 1911
- XXIII. Calexico, California, 29 de enero de 1911
- XXIV. Calexico–Mexicali, 29–30 de enero de 1911
- XXV. Mexicali, Baja California, 31 de enero de 1911

- XXVI. Mexicali, Baja California, 10 de febrero de 1911
- XXVII. Los Ángeles, California, 10 de febrero de 1911
- XXVIII. Mexicali, Baja California, 3 de febrero de 1911
- XXIX. Calexico, California, 5 de febrero de 1911
- XXX. Labor Temple, Los Ángeles, 5 de febrero de 1911
- XXXI. Calexico, California, 6 de febrero de 1911
- XXXII. México D.F., Ministerio de Guerra 8 de febrero de 1911
- XXXIII. Mexicali, Baja California, 13 de febrero de 1911
- XXXIV. Paso de Picachos, Baja California, 14 de febrero de 1911
- XXXV. Calexico, California, 15 de febrero de 1911
- XXXVI. Mexicali, Baja California, 15 de febrero de 1911
- XXXVII. Mexicali, Baja California, 15 de febrero de 1911
- XXXVIII. Rancho de Leroy Little, 15 de febrero de 1911
- XXXIX. Ensenada, Baja California, 16 de febrero de 1911
- XL. Calexico, California, 18 de febrero de 1911
- XLI. Ensenada, Baja California, 19 de febrero de 1911
- XLII. Los Algodones, valle de Mexicali, 21 de febrero de 1911
- XLIII. San Francisco, California, 21 de febrero de 1911
- XLIV. Mexicali, Baja California, 22 de febrero de 1911
- XLV. Mexicali, Baja California, 25 de febrero de 1911
- XLVI. Brawley, California, 26 de febrero de 1911
- XLVII. Ensenada, Baja California, 28 de febrero de 1911
- XLVIII. Ensenada, Baja California, 4 de marzo de 1911
- XLIX. Mexicali, Baja California, 6 de marzo de 1911
- L. Ensenada, Baja California, 9 de marzo de 1911
- LI. Laguna Salada, valle de Mexicali, 16 de marzo de 1911
- LII. Ensenada, Baja California, 18 de marzo de 1911
- LIII. El Álamo, Baja California, 20 de marzo–18 de abril de 1911
- LIV. Tecate, Baja California, 19–21 de marzo de 1911
- LV. Calexico–Mexicali, 22 de marzo de 1911
- LVI. Ensenada, Baja California, 25 de marzo de 1911

- LVII. El Álamo, Baja California, 28 de marzo de 1911
- LVIII. Congreso de la Unión, México D.F., 10 de abril de 1911
- LIX. Ensenada, Baja California, febrero–abril de 1911
- LX. Mexicali, Baja California, 25 de marzo–5 de abril de 1911
- LXI. Calexico, California, 6–8 de abril de 1911
- LXII. Los Algodones–Mexicali, 6–8 de abril de 1911
- LXIII. Mexicali, Baja California, 8 de abril de 1911
- LXIV. Mexicali, Baja California, 9 de abril de 1911
- LXV. El Portezuelo, Baja California, 8–10 de abril de 1911
- LXVI. Ensenada, Baja California, 12 de abril de 1911
- LXVII. Ensenada, Baja California, 15 de abril de 1911
- LXVIII. San Quintín, Baja California, 11–20 de abril de 1911
- LXIX. Imperial, California, 17 de abril de 1911
- LXX. Ensenada, Baja California, 18 de abril de 1911
- LXXI. El Álamo, Baja California, 19 de abril de 1911
- LXXII. Calexico–Mexicali, 19–20 de abril de 1911
- LXXIII. Mexicali, Baja California, 22 de abril de 1911
- LXXIV. Los Ángeles, California, 23 de abril de 1911
- LXXV. Calexico, California, 24 de abril de 1911
- LXXVI. Mexicali, Baja California, 16–30 de abril de 1911
- LXXVII. Mexicali, Baja California, 2 de mayo de 1911
- LXXVIII. Ensenada, Baja California, 3 de mayo de 1911
- LXXIX. Tecate, Baja California, 1–7 de mayo de 1911
- LXXX. Tijuana, Baja California, 8 de mayo de 1911
- LXXXI. Tijuana, Baja California, 8–9 de mayo de 1911
- LXXXII. Tijuana, Baja California, 9 de mayo de 1911
- LXXXIII. Tijuana, Baja California, 10 de mayo de 1911
- LXXXIV. Los Ángeles, California, 11 de mayo de 1911
- LXXXV. Ensenada–Mexicali, 9–12 de mayo de 1911
- LXXXVI. Tijuana–San Isidro, 9–24 de mayo de 1911
- LXXXVII. San Diego, California, 9–25 de mayo de 1911

LXXXVIII. Ensenada, Baja California, 17 de mayo de 1911
LXXXIX. Tijuana, Baja California, 18 de mayo de 1911
XC. Los Ángeles, California, 20 de mayo de 1911
XCI. San Diego, California, 23 de mayo de 1911
XCII. Ensenada, Baja California, 27 de mayo de 1911
XCIII. Tijuana, Baja California, 10–30 de mayo de 1911
XCIV. Tijuana, Baja California, 28 de mayo de 1911
XCV. Tijuana, Baja California, 29 de mayo de 1911
XCVI. Tijuana, Baja California, 29–30 de mayo de 1911
XCVII. Tijuana, Baja California, 30 de mayo de 1911
XCVIII. San Diego, California, 31 de mayo de 1911
XCIX. Tijuana, Baja California, 31 de mayo–10 de junio de 1911
C. Tijuana, Baja California, 2–3 de junio de 1911
CI. San Diego–Tijuana, 31 de mayo–8 de junio de 1911
CII. Los Ángeles, California, 10 de junio de 1911
CIII. Jamau, Baja California, 10 de junio de 1911
CIV. El Álamo, Baja California, 10–11 de junio de 1911
CV. Mexicali, Baja California, 12 de junio de 1911
CVI. Tijuana, Baja California, 5–17 de junio de 1911
CVII. Yuma, Arizona, 13 de junio de 1911
CVIII. Los Ángeles, California, 16 de junio de 1911
CIX. Mexicali, Baja California, 24 de mayo–17 de junio de 1911
CX. El Centro, California, 17 de junio de 1911
CXI. Afueras de Tijuana, Baja California, 22 de junio de 1911
CXII. Tijuana, Baja California, 22 de junio de 1911
CXIII. San Diego, California, 23 de junio de 1911
CXIV. San Vicente–Mexicali, 24 de junio–26 de julio de 1911
CXV. Holtville, California, 15 de julio de 1911
CXVI. Mexicali, Baja California, 18 de julio de 1911
CXVII. Baja California, 1911–1920
CXVIII. C–M Ranch, valle de Mexicali, 5 de agosto de 1911

CXIX. San Diego, California, 16 de septiembre de 1911
CXX. Los Ángeles, California, 14 de octubre de 1911
CXXI. Los Ángeles, California, 8 de agosto de 1912
CXXII. Isla de McNeil, Washington, 2 de marzo de 1913
CXXIII. Mexicali, Baja California, 24 de marzo de 1913
CXXIV. Baja California, 1911–1913
CXXV. Mexicali–Laguna Salada, 20–24 de noviembre de 1913
CXXVI. Utah Prison, Salt Lake, 18–19 de noviembre de 1915
CXXVII. Morelos, México, 7 de febrero de 1916
CXXVIII. Leavenworth, Kansas, 6 de diciembre de 1920
CXXIX. México–Los Ángeles, 18 de diciembre de 1920
CXXX. Leavenworth, Kansas, 20–28 de noviembre de 1922
CXXXI. Estados Unidos–Baja California, 1921–1925
CXXXII. Columbiana, Ohio, 11 de marzo de 1925
CXXXIII. Mexicali, Baja California, abril–mayo de 1930
CXXXIV. Isla de Coronado, California, 2 de febrero de 1931
CXXXV. Álamo Mocho, Mexicali, 27–28 de enero de 1937
CXXXVI. Teruel, España, 20 de diciembre de 1937
CXXXVII. Ciudad de México, 13 de diciembre de 1945
CXXXVIII. Carmel, California, 7 de mayo de 1946
CXXXIX. Los Ángeles, California, verano de 1952
CXL. Mexicali, Baja California, 19 de septiembre de 1956
CXLI. Ensenada, Baja California, 21 de septiembre de 1960
CXLII. Mexicali, Baja California, 28 de octubre de 1964
CXLIII. Ejido Cucapá, valle de Mexicali, 3 de agosto de 1971
CXLIV. La Jolla, California, 2 de mayo de 1975
CXLV. Laguna Salada, Mexicali, 20 de noviembre de 2011

Epílogo

Fuentes consultadas

Acerca del autor

PERSONAJES

AUTORIDADES PORFIRISTAS

MILITARES

Coronel Celso Vega, jefe político y militar del Distrito Norte de la Baja California

Alfredo Quintero y Enrique Aldrete, secretarios

Coronel Miguel Mayol

Coronel Juan N. Vázquez

Capitán Justino Mendoza

Capitán Lerdo González

Teniente Abraham Ochoa

Subteniente Miguel Guerrero

CIVILES

Manuel Labastida, presidente municipal de Ensenada **Gustavo Terrazas**, subprefecto de Mexicali

Miguel Lira y Lira, juez de Mexicali

Cosme Muñoz, administrador de la aduana de Mexicali

Enrique de la Sierra, cónsul mexicano en Calexico

José Villanueva, alcaide de la cárcel de Mexicali

José María Larroque, subprefecto de Tijuana

Antonio Lozano y Arturo M. Elías, cónsules en Los Ángeles, California

Guillermo Prieto Yeme, escribiente, consulado mexicano en Los Ángeles, California

J. Díaz Prieto, cónsul en San Diego, California

INDIOS AL SERVICIO DE CELSO VEGA

Jorge González

Alberto Rodríguez

José Higuera

Pedro Castro

AUTORIDADES ESTADOUNIDENSES

General Tasker H. Bliss, comandante del Departamento de Guerra de California

Capitán Conrad A. Babcock, jefe de las fuerzas militares fronterizas

Sheriff Mobley Meadows, valle Imperial, California

George B. Schmucker, cónsul de los Estado Unidos en Ensenada

REVOLUCIONARIOS ANARCOSINDICALISTAS

PARTIDO LIBERAL MEXICANO

Ricardo Flores Magón

Enrique Flores Magón

Anselmo Figueroa

Librado Rivera

Antonio I. Villarreal

Juan Sarabia

Antonio de Pío Araujo

REVOLUCIONARIOS MEXICANOS EN BAJA CALIFORNIA

José María Leyva, jefe del ejército anarcosindicalista

Simón Berthold, jefe del ejército anarcosindicalista

Francisco Quijada, jefe del ejército anarcosindicalista

Francisco Vázquez Salinas, jefe del ejército anarcosindicalista

Rodolfo Gallego, jefe del ejército anarcosindicalista

Fernando Palomares

Mariano Barrera

José Valenzuela

Pablo Beltrán

Margarita Ortega

Luis Rodríguez

Eulalio Baeza

Adrián López

Tirso de Toba

REVOLUCIONARIOS EXTRANJEROS

Jack Mosby

Stanley Williams

Caryl Ap Rhys Pryce

Sam Wood

Joe Hill

Scott Wheeler

Stephen Reynolds

Alabama

INDIOS REVOLUCIONARIOS

Emilio Guerrero

Francisco Pacheco

Camilo Jiménez

Antonio Cholay
Pablo Pesqueira

PERIODISTAS

John Kenneth Turner
Jack London
Ethel Duffy
Harrison Gray Otis
Harry Chandler
Otis B. Tout
José Valadés

CONTRABANDISTAS Y COMERCIANTES

Alfonso Veranda
Peter Graham
Mario Delari

PROVOCADORES

Dick Ferris
Louis James

CIUDADANOS BAJACALIFORNIANOS

Ensenada

Eulogio Romero
Juan B. Uribe
Tomás Lamadrid
David Zárate
Jesús Paes

Mexicali

Benigno Barreiro

**Mariano Ma
Zaragoza Contreras
Francisco Montejano
Doña Tencha
Luis Cano**

Tijuana

**Serafín Preciado
Sebastián Preciado**

Tecate

Nacho Medina

El Álamo

**Nelly Meyers
Patrick Glennon
Allen L. Foster
Constantine Dubois
James Carroll
María Albáñez**

San Quintín

**Frederick Kersy
Henry Cannon
Tomás León Ley**

HISTORIADORES

**Pablo L. Martínez
Lowell L. Blaisdell**

REVOLUCIONARIOS MADERISTAS

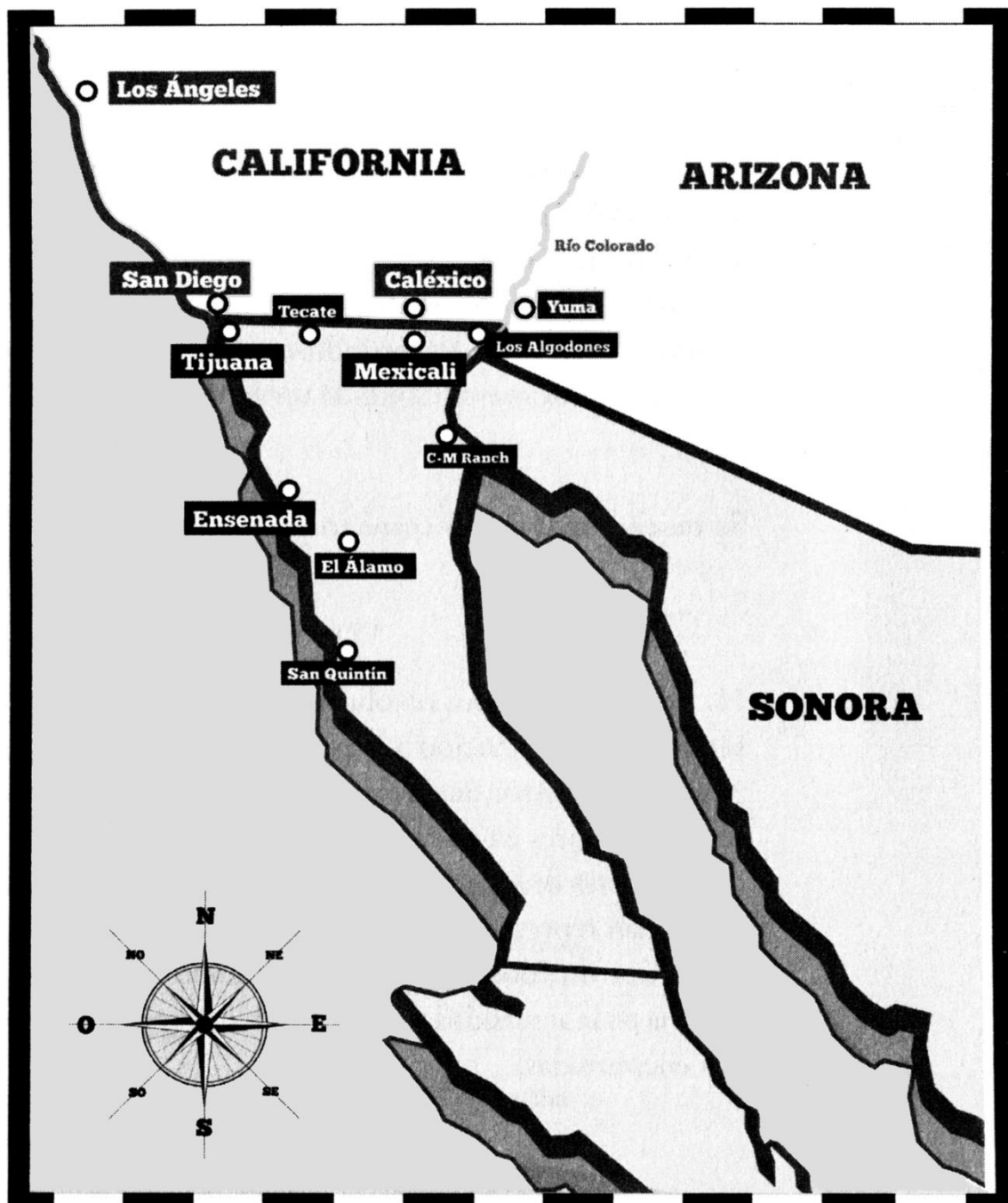
Jesús González

Carlos Bernstein

Jesús Flores Magón

Juan Sarabia

Francisco L. Urquiza



I. SALT LAKE CITY, UTAH, PRISIÓN ESTATAL

18 de noviembre de 1915

–Tienes visita, Joe.

La voz del guardia suena amigable, sin el filo cortante de otros días.

Joe Hill, músico y revolucionario, piensa que ahora, en esta cárcel húmeda y fría, todos lo tratan mejor, tal vez porque su apelación a la sentencia de muerte ha sido desechada. Tal vez porque saben que es un muerto en vida, un cadáver ambulante.

Aquí voy a morir.

Aquí será el circo de mi asesinato.

Ahora sólo tengo mis canciones para que me acompañen al momento de mi partida.

Joe alza la cabeza y se levanta de su camastro.

¿Quién puede acudir a visitarme si no son mis abogados?

–¿No me digas que es otro predicador que quiere apoderarse de mi alma y vendérsela a su congregación?

–No creo. Parece un tipo de armas tomar. Ya lo verás por ti mismo.

Joe se pone de pie y espera a que el guardia abra la puerta.

Unos minutos más tarde ya está caminando, bien esposado y con dos guardias que no lo pierden de vista, por el patio de la cárcel.

–¿Dónde va a ser la entrevista? –pregunta.

Uno de los guardias le da un violento empujón por respuesta.

El otro le señala la esquina norte de la penitenciaría.

–¿En las oficinas del director?

–Allí mismo.

Joe observa la tibia luz de un cielo sin nubes.

–Este sol no calienta.

Los guardias dejan pasar el comentario pero miran, al unísono, el astro sobre sus cabezas.

–Por mí que está bastante caliente.

–Para sudar de veras.

Joe, el prisionero más cuidado de la cárcel estatal de Utah, no piensa lo mismo.

–Si hubieran estado donde yo estuve no dirían eso
–contesta sin dejar de observar el cielo azul pálido.

–¿Y dónde estuviste que este sol no te calienta?

–En México. En la revolución.

Los guardias lo obligan a subir una rampa con pasos cortos.

–¿Con Pancho Villa y sus bandoleros? –pregunta el guardia más amigable.

–No. Antes. En la primera revolución.

–¿En la primera? ¿Pues cuántas revoluciones han tenido esos pillos?

Joe no responde. Está harto de contar una historia que a nadie le importa. Pronto el trío llega al pasillo principal y Joe contempla, con una mezcla de vanidad y desprecio, las caras asombradas o temerosas de los oficinistas que lo ven pasar todo maniatado, todo lleno de cadenas.

–¿Qué hace aquí? –pregunta un hombre de mostacho, visiblemente perturbado.

–No es asunto suyo –dice una voz a sus espaldas–. Ustedes sigan trabajando.

Es la voz del director, quien les hace una seña para que entren a su oficina. Joe no recuerda haber estado en ella: un escritorio de caoba, una repisa llena de pistolas del viejo oeste, un cuadro de la guerra contra los indios y un buen surtido de botellas de whisky y ron.

El director ahora lo mira con meticuloso escrutinio.

–Señor Hill. Está aquí a petición de autoridades federales que quieren hablar con usted.

El prisionero asiente, mientras el director hace una mueca de enfado.

–Yo me opongo a esta secrecía, pero son órdenes de arriba. Así que lo voy a dejar a solas con el enviado especial del gobierno. A solas significa que habrá guardias fuera de esta oficina que dispararán contra usted al menor intento de escapatoria. ¿Entendido?

–Entendido. Pero ¿por qué tanto misterio? ¿Quién es este enviado especial?

El director le quita las esposas y lo invita a sentarse en una silla que da la espalda a la puerta de entrada.

Luego procede a esposarlo a la silla, una silla que Joe descubre que se encuentra atornillada al piso.

–No sé nada de él, señor Hill –responde el viejo policía–. Ni siquiera me dijeron su nombre. Pero parece, a todas luces, un hombre de respeto.

El director se detiene en el umbral de su oficina y, después de echar una última ojeada a sus posesiones más queridas en ella, sale dejando la puerta abierta.

Joe siente, sus instintos se lo gritan, que todo esto es un suceso extraordinario.

¿Quién viene, con tanta pompa y circunstancia, a visitarme?

¿Un periodista? ¿Un abogado con un trato para sacarme de las garras de la muerte?

Joe cierra los ojos por un instante queriendo tranquilizarse, buscando estar mejor preparado para la confrontación que lo espera.

La sorpresa es mayúscula cuando escucha la voz antes de ver a la persona.

–Hola, Joe. ¿Te acuerdas de tu viejo compañero de armas? Aquella voz lo golpea con todos sus recuerdos, con toda su furia. Quiere levantarse, pero las esposas se lo impiden.

Allí, frente a él, está el maldito Scott Wheeler, el hombre que vendió, con la mano en la cintura, la revolución anarcosindicalista en México.

–¡Traidor! –grita con todas sus fuerzas.

–Lo mismo digo de ti... camarada.

El recién llegado, un hombre alto y fornido, con su

impecable traje de lino blanco, parece estar recibiendo la mejor de las bienvenidas.

Sin perder la sonrisa, el visitante cierra la puerta a sus espaldas. –¿Qué haces aquí? ¿Vienes a burlarte de mis últimas horas?

–Vengo a saludar a un viejo amigo.

–Pues ya lo hiciste, Scott. ¡Ahora vete a la mierda! Mejor acércate un poco más y yo me ocupo de hacerlo. ¿O crees que los guardias que vigilan afuera me impedirían matarte?

–Vamos, Joe; no estoy aquí para estos dramas. Deja tu actuación de revolucionario ortodoxo y puro para tus compañeros de celda. No tengo tiempo para esas tormentas de pasión anarquista. Tú me conoces bien y yo te conozco igual. ¿Qué tal una tregua? Vine a platicar contigo y a ofrecerte una oportunidad de conciliar nuestros dispares intereses.

–No puede haber conciliación entre capital y trabajo, entre un revolucionario y un policía a las órdenes del sistema. ¿Para qué hablar más, Scott? Todo este encuentro es una farsa. ¡Guardias, sáquenme de aquí!

Los guardias, sin embargo, no acuden a su llamado. Joe se da por vencido y guarda silencio.

El hombre recorre la habitación y contempla la oficina con su caos burocrático de estanterías llenas de documentos y diplomas oficiales. Pero incluso allí hay tesoros a la vista.

Al ver la abundancia de bebidas, Scott toma la botella más cercana y vierte su contenido en dos vasos de cristal cortado. Uno de ellos se lo ofrece a Joe.

–Ten. Bebe y cálmate. Bebamos ambos por los viejos tiempos, cuando aún estábamos del lado bueno del mundo. ¿Te parece?

Joe toma el vaso y lo bebe de un trago. De inmediato entra en calor.

Es whisky del bueno. Como no había probado en mucho tiempo. Me recuerda la frontera.

Cuando la vida merecía ser desafiada. Cuando era un feliz revolucionario.

–Dime a qué has venido hasta estas lejanías.

El visitante se sienta en el sillón del director de la cárcel.

–No te voy a mentir, amigo.

–Ya lo has hecho antes; ¿qué diferencia habría ahora?

–Conseguí estar aquí, contigo, porque ahora soy un reconocido detective a las órdenes del gobierno de su majestad.

–¿No trabajas para nuestro gobierno en Washington?

–En este momento, para ambos. Tú sabes, hay guerra en Europa y sigue la revolución en nuestro traspatio. Hay suficiente trabajo de mi especialidad.

–Me imagino que ahora eres un infiltrado en alguna parte, como fuiste con nosotros. Ahora mismo debes estar traicionando a gente que confía en ti. ¿Qué sigue en tu carrera? ¿Convertirte en un agente alemán con acento británico? ¿Engrosar las filas de las tropas de Pancho Villa y asesinarlo?

El hombre saborea su bebida antes de responder.

–Salvarte a ti, cabrón. Al menos una parte de ti.

Joe ríe ante aquella respuesta.

–Deja tu charla insulsa y ve al grano: ¿qué quieres de mí? Scott, el visitante y el traidor, vuelve a servirse de la botella.

–Ando tras Emilio Guerrero, el último jefe de la revolución anarcosindicalista, el indio que no aceptó que la revolución magonista acabó con la toma de Tijuana. ¿Lo recuerdas?

Joe lo recuerda: un mexicano del norte, un indio cucapá de California cuyo padre se juntó con una mexicana. Fuerte y de ojos como tizones. Todo él entregado a la causa de la insurrección, a la utopía de los desheredados, de los pobres, de la gente con el espíritu intacto, invulnerable. Indios como él.

–¿Emilio Guerrero? ¿De qué estás hablando?

Scott apura el líquido y deja el vaso vacío sobre el escritorio.

–Escapó de las manos del gobierno. Ahora dicen que trabaja para los zapatistas, allá en el interior de *Old México*–, que manda dinero, armamento y hombres a un revolucionario llamado Emiliano Zapata. He seguido sus movimientos, pero nunca he podido verlo, estar seguro de que el Emilio zapatista de hoy es el Emilio magonista de ayer.

Joe observa a su rival y comienza a entender.

–Estás mintiéndome otra vez. ¿Por qué no me dices qué tiene que ver Emilio Guerrero conmigo?

Scott, el traidor, traga saliva y apenas puede pasarla: su garganta está seca.

–Contigo tiene que ver porque tú sigues en contacto con muchos de los revolucionarios magonistas, porque ese indio era uno de tus mejores amigos.

–Después de Alabama y de ti –aclara Joe–. Yo lo conocí apenas unos meses antes. El 16 de septiembre, en Los Ángeles.

–¿El 16 de septiembre? ¿En la fiesta de la Independencia de México?

–Exacto.

–¿Cuando dio su discurso Ricardo Flores Magón y con su palabrero enroló a tu sindicato en su revolución?

–Sí. Entonces. Tú estuviste en esa jornada. ¿Qué ya se te olvidó? Joe cierra los ojos y vuelve cinco años atrás.

Sí. Allí comenzó la aventura de mi vida.

Mi primera participación en algo más que una huelga o una manifestación. Cuando la Industrial Workers of the World, nuestra unión sindicalista, aceptó apoyar un movimiento no estadounidense, y apoyarlo no con panfletos o ayuda económica, sino con gente propia, con trabajadores de todas partes de la Tierra.

Una sola fuerza hecha con voluntades propias, con conciencias individuales.

No como una masa anónima y turbulenta sino como un puño solidario, descargando sus golpes en la cara mofletuda de los amos de México.

Y parte de ese puño fui yo.

–Sé lo que estás pensando.

Las palabras de Scott, el policía, reverberan entre las vividas imágenes de sus recuerdos.

–Piensas en ese hombre que te envolvió con su palabrería. Piensas en Ricardo Flores Magón.

Joe sonríe ante el abismo que los separa.

–No, Scott, no en un hombre: en una causa hecha de poesía y amor.

–Se me olvidaba que compones canciones.

–No, traidor: compongo sueños que un día se harán

realidad. Scott Wheeler, el agente provocador, hace un gesto de fastidio. –Ya estás grandecito para esos idealismos.

–Lo que se te olvida es que crecí con los sueños que Ricardo nos inculcó.

–Sueños peligrosos y mortíferos, ¿verdad?

Joe se contiene: aquella conversación se ha ido convirtiendo en un interrogatorio en forma.

–¿Qué quieres decir?

–Todos ustedes, los anarquistas, están enamorados de la pólvora, de la dinamita.

–¿Me estás acusando de algo que ignoro? Estoy sentenciado a muerte por matar a un comerciante, no por explotar bombas.

Scott saca una fotografía del bolsillo interior de su traje y la pone sobre el escritorio.

–¿Por qué no empezamos con algo sustancioso?

Joe mira, fugazmente, la fotografía.

–¿La reconoces?

–Sabes que la reconozco. Muchas veces platicamos en Mexicali de ese acontecimiento.

Scott era, ahora, el que sonreía.

–Estuviste allí, ¿no?

–Estuve en Los Ángeles, pero no participé. Fui testigo, no autor.

–Muchos dicen que tú prendiste la bomba.

–Muchos dicen que Jesucristo resucitó al tercer día, y qué.

–Murió mucha gente. Y gente tuya.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Obreros, mandaderos, personal de limpieza.

Joe toma la fotografía y la observa un buen rato.

–Tienes razón. Gente mía, no tuya. Eso fue un acto de odio ciego, una provocación. ¿Y qué quieres hacer con eso? ¿Llevarme a juicio después de que me fusilen?

Scott y Joe se desafían con la mirada.

Entre ambos, como una tierra de nadie, sólo queda la foto de un edificio en llamas, derrumbándose.

II. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

25 de julio de 1910

Yo era su sombra

Desde que en 1904 se fueron a vivir al extranjero, yo andaba tras sus pasos.

Escaparon de nuestras mazmorras, pero no de nuestra gente. En todas las revueltas que hubo, empezando el siglo, estaba su manota.

En 1906, en 1908, en cuanto alzamiento hubiera encontrábamos sus manifiestos, sus arengas, gente a sus órdenes. Y ese periodicucho insultante, *Regeneración*.

Yo los seguí por Canadá, por los Estados Unidos.

Veinte mil pesos daban de recompensa por los dos bigotudos.

Por esos dos hermanitos revoltosos que en vez de ponerse a trabajar andaban alebrestando a la chusma.

Una buena lana, para serles franco. ¡No! ¡No veinte mil pesos por los dos! ¡Veinte mil pesos por cabeza!

Ricardito y Enriquito Flores Magón, ese par de agitadores, ya tenían hasta la madre al gobierno mexicano.

Los consulados me conocían de sobra.

Cuando sabían dónde andaban me pasaban la información sobre su paradero.

Y yo los seguía a distancia, calibrando el momento de dispararles sin complicaciones.

¡Y cómo había complicaciones!

Porque yo no tengo alma de mártir.

Eso de dispararles frente a sus seguidores era la muerte segura. Los hermanitos no andaban con guardaespaldas.

Ni los necesitaban.

Con las decenas de sindicalistas güeros que los rodeaban tenían para sentirse seguros.

Primero pensé dispararles con un rifle de precisión, de esos con los que puedes darle a cualquiera desde unos trescientos, cuatrocientos metros.

Pero los cónsules eran unos cobardes.

Me insinuaban: “No dejes huella, Heriberto. Que nadie nos vincule con lo que vayas a hacer”.

Culeros, esos diplomáticos.

Así que yo sabía que no contaban con protección.

Era disparar y correr.

Porque si me atrapaban ya era cadáver.

Por eso andaba con sigilo, para que no se dieran cuenta de que la muerte me acompañaba cuando asistía a sus mítines, cuando me acercaba a la tarima y los observaba agitar sus puños y cantar sus himnos de justicia y libertad.

No fue fácil.

Y cuando finalmente los tuve a mi merced, cuando dije: “Mañana se acabó su movimiento”, los estúpidos gringos los metieron a la cárcel.

Eso no se vale.

¿Así cómo puedo exigir mis cuarenta mil pesos en monedas de oro y plata?

No es justo.

Ahora tengo que esperar a que los liberen.

Un niño pasa pidiendo cooperación para pagar su fianza.

Le doy un dólar.

Y pienso: “Qué pinche suerte la mía. Ahora estoy financiando lo que más odio, lo que más me da lata: la revolución anarcosindicalista internacional”.

¡Ni modo!

Todo sea para que vuelvan a la calle, para que se pongan a tiro y yo me los despache.

¡Estos malditos hermanos Flores Magón, tan impredecibles, tan revoltosos!

¡Tan difíciles de cazar!

III. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

16 de septiembre de 1910

Entre el confeti y las matracas, entre el gentío que se arremolina junto al templete de las autoridades consulares, que representa al gobierno del dictador Porfirio Díaz, un grupo de jóvenes en camisa se apresura a levantar un pequeño estrado en una esquina, apenas a una cuadra de distancia de los festejos oficiales por el centenario de la Independencia de México.

Entre los jóvenes destacan varios que no tienen la pinta de mexicanos: altos, pelirrojos, de tez pálida y que hablan en francés, inglés e irlandés.

Con una coordinación perfecta ponen la bandera de México en medio de una bandera roja y una bandera de la IWW, la unión de los Trabajadores Industriales del Mundo.

Uno de los jóvenes trae una guitarra en la espalda.

Cuando ve que el trabajo ha concluido, se pone a tocarla.

Pronto una multitud lo rodea mientras comienza a interpretar sus propias canciones de libertad y de justicia:

*En todos los pueblos de nuestro continente
hay un hombre que lucha por seguir adelante.
Ese hombre bien sabe que el trabajo libera.
Ese hombre es la suma de todas las revueltas.
La revolución ya no es un sueño, una quimera.
La revolución es el don de romper las cadenas.
Que la voz de los pobres en todos lados se escuche,
que la voz de los pobres en nosotros se escude.
Para que el mundo sea nuestro hogar,
nuestra trinchera;
para que el mundo sepa que ya no existen fronteras.*

El joven bardo termina su canción agitando los brazos y gritando:

–¡Soy Joe Hill y canto para ustedes, canto a la futura revolución! La multitud le aplaude, emocionada. Pero él, en vez de continuar tocando, se hace a un lado.

En el estrado improvisado está un hombre de traje y corbata, de mirada dura y gestos perentorios.

Es Ricardo Flores Magón. Un hombre de voz gruesa que señala hacia el templete oficial del gobierno mexicano, apenas a cincuenta metros de distancia.

–Allá, en los albañales de la corrupción, en las cloacas del servilismo, están los representantes de una dictadura, los traidores a los ideales de Miguel Hidalgo, de José María Morelos y de Benito Juárez. Esos representantes de un dictador servil y abyecto, como lo es Porfirio Díaz, se aferran al poder como sanguijuelas, chupan las energías de obreros y campesinos para mantener sus riquezas y privilegios. Son empresarios, comerciantes, prestanombres, periodistas y abogados que se prostituyen con tal de que en nuestra patria todo siga igual. Son ellos los que mienten, los que transan, los que trafican influencias y puestos porque creen que su sistema será eterno. Pero yo os digo: el régimen dictatorial de Porfirio Díaz y sus corifeos tiene los días contados. ¿Y en qué me baso para decirlo? En que los pobres de México, los apaleados, los humillados, los hambrientos, los sin casa y sin lugar donde caerse muertos, se multiplican gracias a un gobierno duro e insensible, un gobierno que usa la violencia para mantenerse en el poder. Vean lo que sucedió en Cananea, Sonora: cuando don Porfirio y sus generales de pacotilla no pudieron contener la insurrección de los mineros tuvieron que acudir a los *rangers* americanos. Ellos que se dicen tan patriotas, tan nacionalistas, voltearon la cara mientras los mineros mexicanos eran masacrados por tropas extranjeras. Pero si estos cónsules nos ven con revolucionarios de otros países, de inmediato nos endilgan el epíteto de “vendepatrias”. ¡No, señores de la ignorancia y la mentira; nosotros somos luchadores internacionalistas que buscamos la liberación del mundo!

El público ahora es multitud.

–¡Y esa liberación mundial comenzará en México muy pronto!

El festejo oficial va quedando solo mientras el mitin improvisado ha provocado una reacción en cadena.

–¡Viva México! –grita Ricardo Flores Magón.

–¡Viva! –le responde la gente a sus pies.

–¡Muera el despotismo! –continúa el orador.

–¡Muera!

–Recuerden todos ustedes: no fueron los ricos los que hicieron la independencia; fueron los pobres, los parias, los desheredados, los que se levantaron en armas y liberaron a México del yugo español. Fue el pueblo el que dijo: ¡basta! Y es hora de volver a decirlo: ¡basta ya de dictadura!

–¡Basta!

–¡Basta ya de un ejército asesino que sólo se dedica a golpear al pueblo!

–¡Basta!

–¡Basta de negociantes y empresarios que venden a México en trozos cada vez más grandes, que venden nuestra riqueza al mejor postor!

–¡Basta!

–Es hora de reescribir no el pasado sino el futuro. Yo veo el porvenir que nos espera y es glorioso. Yo veo a nuestra raza quitarse el peso de la tiranía, la veo tomar conciencia de su fuerza para conquistar su propia libertad. Yo veo que es el momento de tomar las riendas de México para que no siga en manos de traidores. ¡Es tiempo de revolución! ¿Están de acuerdo conmigo?

–¡¡¡Síiiiiiiiiiiii!!!

Ricardo Flores Magón sonrío ante aquella multitud que ha entendido su mensaje.

A cincuenta metros de distancia, en su templete y sin público que les haga caso, los representantes del gobierno mexicano se mofan de aquel loco, de aquel agitador.

–Palabras de perro rabioso.

–Se cree el mesías, el muy idiota.

–No cambia su discurso. Es sólo más de lo mismo.

–Hay que volver a meterlo a la cárcel.

–No; hay que eliminarlo.

–Avisen a Harry Chandler. Que no salga ni una nota sobre este escándalo.

–Don Porfirio ni ve ni oye: él está más allá de estas críticas estúpidas.

–Y nosotros también.

Un viento repentino agita las banderas.

El águila, con sus alas extendidas, sigue devorando a la serpiente.

Y más allá, el estandarte rojo flamea como una tempestad a punto de desatarse, como un amanecer luminoso y vital.

Al día siguiente, *Los Ángeles Times* da cuenta del festejo oficial. De los magonistas sólo comenta un altercado entre sus simpatizantes: un hombre intentó acercarse al líder anarquista mexicano y fue golpeado por los seguidores de Ricardo Flores Magón hasta quedar inconsciente. Uno de los golpeadores le dijo a la policía: “Quiso asesinar a Ricardo y así le fue. Traía pistola y se la quitamos”.

El editorial de *Los Ángeles Times* llama a los magonistas gente violenta, de armas tomar. Individuos perniciosos a los que deberían expulsar del sagrado suelo americano. Personas que sólo saben causar disturbios, perturbar el orden público, agitar a la sociedad.

Una plaga odiosa.

Un mal que la buena gente debe erradicar.

Y cuanto antes, mejor.

IV. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

1º de octubre de 1910

Era pasada la medianoche. El centro de Los Ángeles estaba cubierto por una espesa niebla de polvo y humo. En el interior del edificio de *Los Ángeles Times*, el periódico más influyente de la ciudad, el portavoz de la clase política y empresarial que aborrecía todo lo que oliera a revolución y sindicalismo, las máquinas impresoras trabajaban a toda velocidad para sacar el diario a primeras horas de la mañana.

En sus oficinas principales, un hombre regordete, de ojos saltones y con una incipiente papada, revisaba las noticias llegadas por telégrafo de todas partes del mundo.

La edición de ese día ya estaba cerrada, así que no había razón para quedarse en la oficina más tiempo, pero aquel

hombre, Harry Chandler, yerno del general Harrison Otis, el dueño de esa empresa periodística, prefería desvelarse un poco más sólo para llevarse a casa el primer ejemplar del día.

Después de ver que la redacción iba despoblándose mientras se acercaba la una de la mañana, Harry pensó en irse a casa. Le dolía la espalda y necesitaba descansar.

Pero sus hábitos lo mantenían allí, al frente del diario, como el editor de aquella publicación.

Debo dar el ejemplo. Que vean que no me gané este puesto sólo por casarme con Marian.

Ahora mi querida esposa debe estar esperándome. Le dije que sólo estaría unos minutos en el trabajo y me iría a casa.

Harry Chandler pensó que necesitaba unas vacaciones.

Deberíamos fugarnos a México, a nuestro rancho C-M en Mexicali, y disfrutar un fin de semana de pesca y cacería en el delta del río Colorado.

Pero Marian no se sentía bien.

No sería un viaje largo: cinco horas hasta El Centro y luego dos horas al rancho.

Marian necesita un buen descanso. Ambos lo necesitamos.

Si al menos mi suegro entendiera que lo hago por ella, que no estoy rehuyendo el trabajo.

Harry Chandler, el abogado vuelto editor, recordó el lema periodístico de su diario: “América primero”.

Que no era otra cosa que la defensa de los Estados Unidos de América como la empresa líder del mundo.

Y volvió a la lectura de las últimas noticias.

En México acababan de pasar las fiestas del centenario de su Independencia y parecía que el general Porfirio Díaz seguía estando en el corazón de todos los mexicanos.

Su propio suegro estaba allá, *south of the border*, en la mismísima ciudad de México, como invitado de honor en tales celebraciones.

Harry añadió al artículo algo de su propia experiencia con el gobierno porfirista:

Es notorio, para propios y extraños, que el general Porfirio Díaz ha sabido llevar a su país por la senda del progreso. En vez de quedarse soñando con las glorias de su pasado azteca o viviendo bajo la sombra de Europa, el gran gobernante mexicano ha apostado por la industrialización de su gran nación y, en forma práctica, ha dispuesto que las tierras ociosas de la frontera sirvan para experimentar en ellas con nuevas tecnologías.

Un ejemplo perfecto es lo que se ha logrado, con los auspicios del régimen de don Porfirio, en las tierras del valle de Mexicali en Baja California y del valle de Imperial en California. Gracias al trabajo de ingenieros nuestros se

ha creado todo un sistema eficaz de canales de riego que, ante el asombro del mundo, han hecho de esas tierras áridas campos de cultivo de altísimo nivel, donde hoy se cosechan hortalizas de gran calidad.

Gracias al capital estadounidense y la buena voluntad de nuestros vecinos mexicanos, empresas como la Colorado River Land Company y la California–Mexico Land and Cattle Company, el desierto de ambos valles hoy florece como una región de México ganada para el comercio mundial.

Celebremos, junto con el estimado general Porfirio Díaz y el amistoso pueblo mexicano, el centenario de su Independencia.

Que el futuro sólo traiga más paz y más prosperidad.

Eso es lo que deseamos para nuestro vecino del sur.

Harry Chandler se detuvo un momento.

Pensó en cambiar algunas palabras.

Pero en ese instante sonó el teléfono de su escritorio.

Era George, el conserje del edificio.

–Tiene visita y va en camino, señor Chandler.

–¿Visita? ¿A estas horas?

–Sí, señor Chandler. Y va muy enojada. Mejor prepárese.

Harry comprendió quién era la visitante.

Marian Chandler abrió la puerta con gesto imperioso mientras su marido se levantaba como impulsado por un resorte.

–Dijiste unos minutos y ya son horas, Harry. ¡Vámonos a casa!

Harry vio que no tenía caso dar pelea.

En cierto modo, él ya se sentía cansado.

Echó una rápida mirada al artículo sobre México y decidió que no necesitaba más revisión. Tomando del perchero su capa, se dirigió a la salida. El conserje, un afroamericano viejo, lo saludó con una sonrisa cómplice.

–¡Cuida la fortaleza, George! –le dijo el editor al salir a la calle con su esposa del brazo.

–No se preocupe, señor Chandler.

Harry vio que su esposa había venido en su propio automóvil y que su chofer les abría las puertas.

Diez minutos más tarde entraban a su mansión.

Pero Harry apenas se había quitado el sombrero cuando las ventanas de toda la casa se cimbraron.

–¡Un terremoto! –gritó Marian.

Sin embargo, el instinto periodístico le dijo a Harry que aquella sacudida había sido única.

Bajó a la sala para tomar el teléfono y llamar al periódico.

El teléfono sonaba sin que nadie lo atendiera al otro lado de la línea.

Deben estar ocupados buscando la noticia.

Esperó un momento y lo intentó de nuevo.

Apenas había colgado el auricular cuando el teléfono timbró.

–¿Quién habla? –preguntó Chandler, esperando que fuera alguno de sus periodistas.

–El jefe de la policía de Los Ángeles. ¿Hablo con el señor Harry Chandler?

–Así es.

–¿Puede venir a las oficinas de *Los Angeles Times*'?

–De ahí vengo. ¿Por qué?

–Es mejor que se apresure, señor Chandler. Alguien acaba de volar su edificio.

–¿Mi edificio? –repite, incrédulo, Harry.

–Su edificio, su periódico. Creemos que con una bomba muy poderosa.

Marian, al ver la cara de desconcierto de su marido, se acercó y le puso una mano en el hombro.

–¿Qué sucede, Harry? ¿Qué fue esa sacudida?

Harry Chandler la miró con una mezcla de gratitud y asombro. Y luego, sorpresivamente, la abrazó.

–¡Me has salvado la vida, mujer! ¡Me has salvado la vida!

Era la una de la mañana con diez minutos.

Los Ángeles Times era, en ese instante, un edificio en llamas, una zona devastada en el corazón de América.

V. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

20 de noviembre de 1910

Ricardo Flores Magón consulta su reloj.

Los miembros supervivientes de la junta directiva del Partido Liberal Mexicano lo observan en silencio.

Ricardo voltea a ver a su hermano Enrique.

–¿Y Madero? ¿Cómo sigue?

–Armándose de valor para pasar de político a revolucionario. Tiene muchos adeptos.

–Pero le falta espíritu de combate.

–Otros se lanzarán por él. Dinero le sobra, y protección oficial.

Anselmo Figueroa los interrumpe.

–Madero es Madero. A mí lo que me interesa es qué

haremos nosotros, antes de que cualquier *junior* se nos adelante.

Ricardo asiente y se dirige al mapa de la República Mexicana que está en la pared al fondo de la oficina.

–Los levantamientos de nuestras fuerzas liberales...

–Anarcosindicalistas, hermanito –lo reconviene Enrique–. Recuerda que casi una tercera parte de nuestras tropas está compuesta por voluntarios extranjeros, tanto socialistas como anarquistas.

Ricardo acepta el comentario de buena gana.

–Como decía: los levantamientos de nuestras fuerzas anarcosindicalistas son un hecho o están por serlo en Chihuahua, Coahuila, Sonora, Oaxaca y Veracruz. Entre nuestros mejores hombres al frente contamos con Práxedes Guerrero, Prisciliano Silva, Leónides Vázquez, Inés Salazar, Luis García y Lázaro Alanís. La mayoría son veteranos en la lucha y participaron en nuestros primeros intentos guerrilleros de 1905 y 1906. Hemos hecho ciertas alianzas con las fuerzas de Pascual Orozco, pero he ordenado a todas nuestras guerrillas que actúen en total independencia y que no acepten recibir órdenes más que de nuestro partido. ¿Alguna pregunta?

Antonio Araujo levanta la mano.

–Hay que señalar rotundamente que esta revolución que estamos encabezando no es la misma de 1906.

–¿En qué sentido lo dices? –quiere saber Ricardo.

–Hace cuatro años intentamos levantar al pueblo mexicano ofreciendo “Reforma, Libertad y Justicia”, diciéndole a la gente que si derrotábamos a la dictadura se acabarían las injusticias e infamias del gobierno, que cambiaríamos el futuro al crear un mundo más libre, más justo y más honrado.

–Lo recuerdo.

–Pero ahora son otros tiempos y ese programa parece el de Madero. La reforma es para los débiles, los pusilánimes, los que no quieren mancharse las manos con sangre de traidores. Si este joven llegara al poder sería como si desapareciera don Porfirio, pero el porfiriato, con sus estigmas y sus complicidades, seguiría intacto. Necesitamos mandar un mensaje distinto: nosotros somos la revolución real. Nosotros, los anarcosindicalistas, no tendremos piedad con los opresores. Haremos limpia general y no dejaremos títere con cabeza.

–Empezando por el ejército –agrega Enrique.

–Y la clase política, esos zánganos buenos para nada –añade Anselmo.

Ricardo Flores Magón observa el mapa.

–¿Cómo crees que se comporte el ejército?

–¿Qué quieres decir, hermanito?

Ricardo señala con alfileres los sitios donde la guerrilla revolucionaria se ha alzado en armas.

–Hablo de los soldados rasos. Sé que los oficiales sólo sirven para lucir medallas y uniformes vistosos en los desfiles. Me interesa saber si podemos conquistar de algún modo a la tropa de a pie, a los pobres que matan pobres como ellos y creen que están cumpliendo con su deber.

–¿Quieres conquistarlos para nuestro bando?

–Exacto.

Enrique se ríe ante la idea.

–Octavillas. Yo usaría octavillas. Que se enteren de que no somos el enemigo que sus oficiales proclaman.

–Octavillas con un mensaje breve y conciso –añade Antonio.

–Como el que les mandamos en 1906. ¿Recuerdan?

Ricardo menea la cabeza, enojado consigo mismo, ante el comentario de Anselmo.

–Ya me estoy volviendo viejo o es la dieta del último encarcelamiento la que me tiene así. Es cierto. Entonces... entonces les dijimos algo parecido.

Ricardo revuelve los papeles encima del escritorio.

No encuentra lo que busca.

Se dirige a una estantería donde guarda viejos ejemplares de *Regeneración*.

Vuelve a buscar hasta que descubre el ejemplar deseado.

–¡Aquí está! Escuchen: “Hacemos un llamamiento a los oficiales y soldados del ejército nacional para que, lejos de servir a la vil dictadura que deshonra a la patria y la traiciona, se unan a nuestro movimiento liberador y sean parte del futuro de nuestra gran nación. Ustedes, como nosotros, son hijos del pueblo y el mismo yugo que a nosotros nos aplasta, los aplasta también a ustedes. Como mexicanos, nuestro deber es luchar por el bien de la patria y no por el bien de un déspota ladrón y de un militar sanguinario como el general Porfirio Díaz”.

–Ya recuerdo, hermanito. Pero por amor a la patria pocos van a pasarse a nuestras filas. Se necesita algún tipo de incentivo.

–¿Hablas de comprarlos?

–Hablo de ofrecerles un beneficio. Tal vez un ascenso o un salario mejor.

–¡No! Eso lo dijimos en 1906 y ahora yo creo que era una forma de prostituir nuestra causa. Los que nos sigan será porque vean en nuestras aspiraciones de justicia y dignidad suficiente recompensa.

Enrique muestra una sonrisa forzada.

–Lo que tú digas, Ricardo.

–No. Lo que diga la junta. ¿Qué opinan?

Los miembros de la junta se voltean a ver, como si aquella decisión les causara incomodidad.

–Que quede así, pero hay que dar a conocer por qué peleamos.

–Anselmo, cualquier mexicano que tenga ojos para ver lo sabe: porque los crímenes de la dictadura no pueden ser atendidos por medios pacíficos, porque cada vez que hemos querido ejercer nuestros derechos ciudadanos, el tirano nos lanza su jauría. Apostamos por la revolución como último y supremo recurso. Que no nos culpen a nosotros por los sufrimientos que vienen, por la violencia que va a desatarse a partir de ahora. Por más de treinta años los mexicanos han sufrido pacíficamente atropello tras atropello. Si culpa hay es del tirano que no conoce otra cosa que la opresión y el despotismo. Recurrimos a la fuerza de las armas porque es el único idioma que hablan don Porfirio y sus secuaces. Ahora sí van a escucharnos.

–Y espero –agrega Anselmo– que también nos escuche el pueblo entero, que la gente siga a los verdaderos revolucionarios. Librado está de acuerdo. Araujo lo secunda.

–Decidido entonces –concluye Ricardo–. Lo único que falta es que alguno de nuestros jefes guerrilleros ponga a temblar al gobierno.

Enrique se acerca al mapa y con el dedo índice señala el estado de Chihuahua.

–Para ganarle a Madero nada mejor que Práxedis Guerrero. Él también, como Francisco, está cerca de Ciudad Juárez. Y él sí sabe cómo matar cabrones.

Ricardo observa el mapa.

–Esta revolución no se va a ganar sólo en el campo de batalla.

–¿No, hermanito?

–No, Enrique. También hay que ganarla en el tribunal de la opinión pública.

–¡Huy, hermanito, eso sí que está difícil!

–¿Por qué está difícil?

–Pues porque la prensa en México está amordazada. Los periodistas se la pasan alabando a don Porfirio y no van a incluir una sola nota sobre nuestra revolución. Nada dirán que contradiga la imagen impoluta y perfecta del dictador. Y aquí, en los Estados Unidos, tenemos a *Los Ángeles Times* en contra de todos los radicales, en especial desde que unos mineros despistados volaron por los aires sus oficinas. Otis y Chandler son nuestros enemigos declarados y sólo escribirán mentiras sobre nuestro movimiento revolucionario.

–Eso es bueno.

–¿Las mentiras? –pregunta Librado Rivera, recién llegado a la reunión.

–No, Librado. Que hablen de nosotros aunque sea mal. Eso significa que les importamos.

–Les importaremos más si nuestra revolución sucede a las puertas de su casa.

–¿Aquí, en Los Ángeles?

Librado Rivera se quita el sombrero y el saco. En mangas de camisa se acerca al mapa; toma un alfiler rojo y lo coloca, con fuerza, unos centímetros más abajo de la ubicación de Los Ángeles.

–Digo que levantemos polvo tan cerca de los Otis y los Chandlers que acaben tosiendo, que terminen atragantándose con nuestra revolución.

Enrique mira el alfiler rojo.

–¿Baja California? ¿Quieres empezar la revolución en un pinche desierto donde sólo hay víboras de cascabel?

–Sí, Enrique. En Mexicali.

–¿Por qué allí? –pregunta, titubeante, Ricardo Flores Magón.

–Por joder, ¿por qué más?

–No entiendo –añade Anselmo.

–Allí está su rancho de descanso –responde Librado.

–¿El rancho de quién?

–Del general Otis. De Harry Chandler. El C–M Ranch. ¿No sabían? Ellos, los dueños de *Los Ángeles Times*, son también los dueños de media Baja California. Es hora de llevar la revolución a su propio territorio. ¿No creen?

Todos los miembros de la junta del Partido Liberal Mexicano voltean a ver el mapa.

Todos, casi al unísono, comienzan a reírse.

VI. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA, septiembre–diciembre de 1910

Ensenada, capital del Distrito Norte de la Baja California, es el centro de la celebración del centenario de la Independencia de México. Un puerto a más de ciento veinte kilómetros al sur de la frontera con los Estados Unidos.

Con una población, en todo el Distrito Norte, no mayor de ocho mil pobladores, buena parte de ellos extranjeros, Baja California parece el modelo favorito del porfiriato: una zona de paz y progreso que colinda con los Estados Unidos de América.

Aquí, dicen los propios bajacalifornianos y especialmente los ensenadenses, no hay carencias ni injusticias.

Don Porfirio Díaz es un presidente querido.

Y los valores del porfiriato, orden y disciplina, son mandamientos que se acatan por propia voluntad.

Así, el mes de septiembre de 1910 es un mes de fiesta.

El 14 de ese mes se inaugura el paseo Hidalgo.

Una plaza con tres docenas de bancas de hierro y madera hechas por ebanistas y herreros de Mazatlán.

Y un monumento con la figura del cura Miguel Hidalgo, el padre de la Independencia nacional, encargado ex profeso a la casa Fabr  Hermanos de la ciudad de México.

La figura de bronce se coloca sobre un pedestal de granito que fue pulido por artesanos de Los  ngeles, California.

El costo total del paseo es de doce mil pesos; dinero sufragado por los propios ensenadenses y el ayuntamiento local.

El día 15 de septiembre hay fiesta en grande.

Desfile de carros alegóricos.

Una batalla de confeti y serpentinas.

Una velada literaria y musical con declamaciones de poemas alusivos a la Independencia de México y conciertos de piano.

Por la noche no pueden faltar los fuegos artificiales y los discursos oficiales en el parque Porfirio Díaz.

El 16 de septiembre se devela el monumento al padre de la patria.

Sigue la ceremonia de prender las luces eléctricas en el paseo Hidalgo.

Hay disertaciones espontáneas y ofrendas florales.

Más tarde un grupo de jóvenes da una serenata mientras las muchachas pasean en familia.

¿Cómo se sienten los ensenadenses en el entramado social de la dictadura porfirista?

Perfectamente adaptados a un mundo patriarcal, donde cada persona sabe el lugar que le corresponde.

Se sienten como Porfirio Díaz quiere que se sientan: felices, tranquilos y seguros.

Son gente con gran calidad de vida.

Optimistas ante el futuro.

Activos en sus negocios.

Heroicos en su constancia.

Valientes para defender su honor y su prestigio.

Son una clase media creada y perfeccionada gracias a treinta años de dictadura.

Creen en el respeto a la autoridad, en que don Porfirio velará por todos ellos hasta el día de su muerte, que Dios quiera falte mucho para que eso suceda.

Pero ese mundo en que viven y trabajan, mientras festejan

el centenario de la Independencia, es como estar parados sobre la cubierta del *Titanic*.

Son parte de una era de progreso y modernidad tecnológica.

Pero están condenados a sucumbir en un naufragio que no alcanzan a vislumbrar. Como el *Titanic*, la dictadura porfirista, a pesar de su propia propaganda, no es un régimen a salvo de desastres.

El *iceberg* que va a hundir las esperanzas de los ensenadenses y –para abrir la perspectiva– de todos los bajacalifornianos con respecto al porfiriato es un hombre que apenas acaba de salir de la cárcel, Ricardo Flores Magón, y un libro publicado en 1909 por un joven empresario, *La sucesión presidencial* de Francisco Ignacio Madero.

Si en septiembre de 1910 todo es fiesta, para diciembre de 1910 todo es rumores.

Rumores de violencia. Rumores de revolución.

Lo bueno, para los ensenadenses, es que todo eso ocurre allá, lejos, en la ciudad de México o en la ciudad de Puebla.

Pero, conforme pasan los días, las noticias del interior del país se vuelven más confusas, más alarmantes.

Se rumora que Francisco Madero es un peligro para México, que los hermanos Flores Magón son títeres de los yanquis.

Se habla de levantamientos azuzados por fuerzas oscuras, que sólo quieren el desorden, la anarquía.

Se murmura que detrás de esas revueltas está la mano del general Bernardo Reyes, el eterno suspirante a la silla presidencial; que detrás de esos bandoleros hay agentes secretos de las grandes potencias, que pretenden apoderarse de las riquezas de la nación para la guerra que se avecina.

Se dice que el general Porfirio Díaz ya no tiene la sartén por el mango, que hay otros contrincantes moviendo las aguas, que el ejército está dividido, en guerra de facciones.

Y los bajacalifornianos, a los que el propio general Díaz sitúa tan lejos de México y tan cerca de los Estados Unidos, oyen y leen aquellas noticias como si no les atañeran, como si no tuvieran nada que ver con ellos. Al menos al principio, hasta que la marea de la incertidumbre los alcanza, hasta que ya no pueden seguir negando las evidencias.

El 5 de diciembre de 1910, ante tantas habladurías, el ayuntamiento de Ensenada publica en su *Periódico Oficial* dos importantes acuerdos.

Manuel Labastida, presidente municipal, así como los regidores Carlos Ptanick, Maximiliano Caballero, Gabriel Victoria, David Goldbaum, Hilario Navarro, Enrique B. Cota y Enrique Aldrete hacen saber a los mexicanos en general que:

Primero: en nombre del pueblo del Distrito Norte de Baja

California se protesta enérgicamente contra los desmanes cometidos en algunos lugares del país por los agitadores antirreeleccionistas que han pretendido, por medio de la violencia, derrocar al gobierno de la república constituido legítimamente.

Segundo: se envía voto de confianza al presidente, general Porfirio Díaz, y al vicepresidente, Ramón Corral.

Es la solidaridad de unos ciudadanos mexicanos que acatan, fielmente, fieramente, los preceptos de la dictadura.

Que quieren que las cosas sigan igual: sin cambios, sin reformas, sin rupturas del orden establecido.

El problema es que Baja California es México.

El problema es que aquí, aunque los ensenadenses de buenas familias no lo puedan ver, también abundan la injusticia y la miseria, y priva un orden que se mantiene a latigazos, a torturas, a fusilamientos.

La bota militar es la maquinaria que funciona, las veinticuatro horas del día, en las entrañas del sistema para que pueda haber paz y tranquilidad, para que las buenas familias puedan disfrutar el paseo Hidalgo sin preocupaciones a la vista.

El régimen de don Porfirio quiere que su espejismo se mantenga.

Pero los exiliados políticos piensan cómo revelar la verdadera faz del monstruo.

Desde los Estados Unidos conspiran.

Maderistas, orozquistas, floresmagonistas.

Odian no sólo a los que trabajan, con los ojos abiertos, por el *statu quo* porfirista.

Odian también a los que, por su ceguera, por su pasividad, han colaborado para que don Porfirio se mantenga treinta años en el poder.

Odian a los verdugos involuntarios de la dictadura, los que no hicieron otra cosa que mantenerse al margen, que seguir ocupados en sus negocios, en sus tertulias, en sus festejos.

Como los ensenadenses de 1910.

A quienes la mayor batalla que pueden imaginar es una de confeti y serpentinas; a todos ellos, los bajacalifornianos leales al régimen porfirista, no son las huestes de Madero las que les moverán el tapete: es Ricardo Flores Magón quien les tiene preparada una sorpresa.

Una sorpresa que va a acabar con su ilusión de seguridad, que los va a estremecer para siempre en su vida pública, en su fuero interno.

VII. CALEXICO, CALIFORNIA,

30 de diciembre de 1910

Ricardo y Enrique Flores Magón habían sido, por años, la oposición real a la dictadura de Porfirio Díaz.

Les carcomía las entrañas ver a México sometido por la bota militar de un general decrepito y vengativo.

Ellos lo habían perdido todo: su casa, su patria, su periódico.

Y ahora vivían en Los Ángeles, California, soñando con volver. Pero, como todo exiliado, querían regresar a México con el triunfo de sus ideales, con la fuerza de las masas revolucionarias.

Pensaban levantar en armas al país entero bajo su mando. Y establecer un nuevo México.

El primer país socialista de América.

Estaban seguros de ser los portaestandartes de una nueva era.

Y entonces, como un pastelazo en la cara, apareció ese señorito espiritista y democratizado.

Francisco I. Madero.

Ese burgués que sólo quería reformar, no revolucionar.

Y pronto, las masas estaban con Madero y no con ellos.

Y ahora el ídolo del momento compartía su suerte: estaba exiliado en los Estados Unidos.

Muchos mexicanos inconformes con la dictadura porfirista ahora abandonaban al Partido Liberal Mexicano de los Flores Magón y se pasaban a las filas de don Francisco, el *junior*.

Había que actuar de inmediato.

Los planes para realizar la revolución anarcosindicalista se aceleraron.

Todo un plan cuidadosamente elaborado se transformó en una competencia por ver quién ganaba la carrera como puntero de la Revolución mexicana.

La escaramuza del 20 de noviembre de 1910 tuvo una gran repercusión y atrajo, además, la atención de la prensa.

El asesinato del maderista Aquiles Serdán fue un terremoto político: el primer mártir de la revolución.

Y luego las noticias de las primeras gavillas revolucionarias.

Maderistas, zapatistas, liberales.

Pero no había signos de un triunfo contundente, de una batalla decisiva.

Se tomaban pueblos por horas, a lo más por días.

Y luego llegaban las tropas federales y todo se acababa con un pelotón de fusilamiento.

Pero todo se aceleró con la balacera en Puebla.

En noviembre de 1910 soñábamos con la revolución como un proyecto en un futuro lejano.

Pero lo de Puebla nos hizo cambiar de ritmo.

Los liberales mexicanos, los anarcosindicalistas, los floresmagonistas, los luchadores de la libertad, deberíamos dar el ejemplo, ser la vanguardia revolucionaria de México y el mundo.

La cuestión vital era: ¿en dónde atacar?

Y como vivíamos en el sur de California, Ricardo sopesó la propuesta de Librado Rivera: que la revolución estallara en el sitio más cercano; en las poblaciones fronterizas de Baja California.

Y la población fronteriza más poblada era, sin duda, Mexicali.

Ahora mismo, mientras me rasuro por la mañana en el mejor hotel de Calexico, el pueblo que colinda con Mexicali, puedo darme cuenta de que esta frontera no es frontera.

La aduana mexicana apenas es un jacal con un soldado a la entrada y un escribiente que se quita las moscas a manotazos.

Y la aduana yanqui es casi lo mismo, sólo que en vez de un cuarto de adobe su oficina es de madera.

Termino dándome una buena lavada en la cara y, vestido con mi mejor traje, salgo a la calle principal de Calexico.

Lo que veo es pura actividad: gente trabajando por todas partes.

A ambos lados de la frontera se construyen casas, establos, comercios y cantinas.

Calexico y Mexicali no sólo comparten los nombres de México y California sino que demuestran, ante mis ojos de fuereño, que son una misma población dividida por una frontera apenas visible.

Y, de pronto, sin previo aviso, escucho el pitido del tren.

La máquina pasa con su carga de mercancías: vagones y más vagones cargados de granos y hortalizas del medio oeste que van rumbo a San Diego y Los Ángeles.

Ahora comprendo: Mexicali sólo es, por accidente, un pueblo mexicano. Para mis compatriotas no pasa de ser una posta pintoresca en la ruta del comercio mundial. Ya lo decían mis colegas periodistas: esta región es propiedad privada de la Colorado River Land Company, el rancho que los Otis y los Chandlers le compraron a don Porfirio. Perdón: que le arrendaron al dictador.

¿Y para qué?

La respuesta salta a la vista.

Ahora pasan, frente a mí, los furgones repletos de pacas de algodón.

Un rancho de descanso para venir los fines de semana a cazar y a pescar, lejos del mundanal ruido, de las distracciones de la gran ciudad.

Pero no serían capitalistas de corazón si no fuera un rancho productivo.

¿Y la fuerza de trabajo?

Por supuesto que no es mexicana, porque eso traería problemas laborales, como en Cananea o Río Blanco.

Mejor chinos, como los que veo andar aquí y allá, por todos lados.

Me encamino a Mexicali con paso decidido.

Espero que nadie vea en mí a su peor enemigo.

Un anarquista dispuesto a liberar a quien se deje.

Un revolucionario de corazón.

El rural que vigila la aduana ni una mirada me echa.

Calles arenosas y desiguales.

Unas pocas tiendas de madera y dos o tres edificios de adobe.

Un borracho zigzaguea en medio de la calle.

Un comerciante pone una caja de tomates afuera de su comercio. Grita algo y descubro que su acento es español.

Me detengo en su establecimiento.

–¿Aquí venden implementos agrícolas? –le pregunto mientras me da la espalda.

Con gran agilidad se da la media vuelta.

–De todo tipo, señor...

–Fernando Palomares. ¿Y usted es...?

–Benigno Barreiro. Barcelonés afincado en esta maravillosa tierra.

Volteo para todos lados.

Mexicali es apenas una aldea hechizada.

Un pueblo de paso.

–¿Maravillosa?

El comerciante me hace un ademán para que entre a su tienda.

Ya adentro responde a mi cuestionamiento.

–Sí, maravillosa. ¿Y sabes por qué, Fernando?

–No... Benigno.

Estoy acostumbrado al tuteo entre camaradas.

Pero esto es nuevo.

Los comerciantes, que yo recuerde, no tienen espíritu igualitario.

–Porque aquí es frontera y, además, una frontera ignorada.

–Ya veo. ¿Y...?

–Que aquí alguien como tú o como yo puede hacer una fortuna porque todo está por hacerse.

–¿Todo?

–Todo. ¿Sabes qué fue lo primero que hice cuando llegué a Calexico, antes de pasar a Mexicali?

–Cuéntamelo, por favor.

Benigno pasa al otro lado del mostrador y saca de una gaveta un papel amarillento.

–¡Lee esto!

Lo leo: “En Calexico hay imprenta. En Mexicali no. En Calexico hay tienda de artículos de gas y eléctricos. En Mexicali no.

En Calexico hay tiendas de comestibles y de herramientas para el campo. En Mexicali no”.

Sin aviso, Benigno me quita el papel.

–¿Ya viste, Fernando?

–Pusiste una tienda de productos y mercancías que faltaban en Mexicali.

–Y luego fundé un banco de crédito agrícola.

–Y ahora eres el dueño de Mexicali, ¿no?

Benigno pone los ojos en el cielo.

Y se santigua.

–Ya quisiera. Pero tengo fuerte competencia.

–Los gabachos.

–¡No! Los gabachos son *peccata minuta*. Los chinos.

–He visto varios por la calle. Los conozco bien. Buenos trabajadores. Muy unidos.

–Sí. Demasiado buenos trabajadores.

–Tu competencia, supongo.

–Ellos no compran más que a sus propios comerciantes.

–Pero los mexicanos vienen contigo, ¿verdad?

–Sólo cuando no encuentran lo que buscan con los orientales.

–Es el sistema capitalista: el tiburón más grande se come al tiburón más chiquito.

Benigno se enfurece ante mis palabras y da un golpe en el mostrador.

–Yo no soy chiquito. Yo tengo muchas ideas.

El comerciante hace una mueca.

Ha hablado de más y ahora no sabe si contarme su gran secreto o callarse.

–Vamos, ¿cómo piensas ganarles a los chinos?

–Vendiendo hielo. ¿Sabes que aquí los veranos duran seis meses?

–¡Qué bueno que vine en invierno!

Benigno deja la mirada soñadora y vuelve a los negocios.

–¿Qué quieres comprar específicamente?

–Palas y alambre para cercos. Cien palas y unos mil metros de alambre.

–Yardas. Aquí todo es en medida inglesa. ¿Qué más?

–Que lo quiero para dentro de un mes más o menos.

–¿Qué terreno le piensas arrendar a la Colorado River Land Company?

–Aún no sé. Apenas estoy en tratos.

–Bien, Fernando. En un mes tendrás todo eso. Pero necesito la mitad del dinero ahora mismo. Como doscientos ochenta dólares.

Alzo los hombros.

–No tengo dinero, pero te haré una oferta que no podrás rehusar.

–Vale, dímelas.

–En un mes te daré algo que vale más de seiscientos dólares.

–¿Joyas? No, gracias.

–Ya lo verás, Benigno.

El español sopesa mi oferta.

Le intriga.

Pero también veo su desconfianza.

–*Sorry*, pero dinero o nada. Los comercios no son templos de la caridad.

Me dirijo a la puerta.

Antes de salir lo encaro por última vez, sólo para hacerlo salir de sus casillas.

–De todas formas volveré en un mes.

–Pues, Fernando, para entonces no se te olvide traer dólares. Le ofrezco mi mejor sonrisa.

–Por cierto, Benigno, ¿dónde quedan las tiendas de los chinos? Un rosario de hijo–de–puta–mal–nacido retumba a mis espaldas. Ya me está gustando Mexicali.

Sí. Este comerciante español de pocas pulgas tiene razón.

Esta es una tierra casi intocada. En ella todo está por hacerse: la domesticación de la naturaleza, el triunfo del comercio, la victoria de la revolución.

Quimeras o realidades: el tiempo lo dirá.

VIII. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

2 de enero de 1911

Ricardo Flores Magón tiene una hora observando el mapa. Chihuahua, Sonora, Coahuila y Oaxaca ya son cosa del pasado. Práxedes Guerrero, si no hubiera muerto en Janos, Chihuahua, ahora sería el comandante de nuestra revolución. Las noticias acerca de su muerte son confusas: unos dicen que las tropas federales lo acorralaron y lo acribillaron antes de que pudiera solidificar un foco guerrillero, antes de que pudiera proclamar un territorio libre de la dictadura. Otros murmuran que lo mataron, por accidente, sus propios camaradas.

Con mano temblorosa, Ricardo quita el alfiler que señala la guerrilla de Chihuahua. Su mano queda en el aire, indecisa sobre dónde colocar de nuevo el alfiler.

Allá, en Chihuahua, todavía lucha Prisciliano Silva de

nuestro lado, pero sus fuerzas son las de una gavilla. Insuficientes para una revolución en forma.

Ahora sólo nos queda una carta fuerte por jugar. Al menos esta revolución no se la esperan.

Unos pasos a sus espaldas.

Y la voz de John Kenneth Turner.

–Vengo a despedirme, Ricardo.

El jefe del Partido Liberal Mexicano hace a un lado los planes fallidos del pasado y encara la situación actual.

John es un periodista nervioso que sabe ocultar bien su nerviosismo.

–Usted ya estuvo en las entrañas del monstruo que es la dictadura que sufre mi país.

–Escribí un libro al respecto. Lo titulé *México bárbaro* y estoy por recibir nuevos ejemplares por estos días. Don Porfirio parece un anciano benévolo, pero es un asesino despiadado. Eso de “máталos en caliente” lo define a carta cabal.

–Pues vamos a derribarlo y, como ya le habrá comentado su esposa Ethel, necesitamos sus servicios.

–¿Periodísticos?

–Esos nos vendrán bien más tarde. Hablo de sus servicios de emisario, agente de inteligencia y contrabandista.

–Supongo que en las entrañas del monstruo.

–Sí, pero no en la ciudad de México ni en Valle Nacional. Lo necesitamos en Baja California.

–Cerca de aquí. ¡Bien!

Ricardo sopesa al estadounidense.

–Se requiere sangre fría. Va a lidiar, como usted lo acaba de exponer, con asesinos despiadados.

El periodista apunta y apunta en su libreta.

–Y hay que constatar el apoyo nativo.

–¿Nativo?

–Los indios. Son centenares, según tengo entendido. Ellos son los que más padecen el yugo de la dictadura.

–¿Habrá camaradas esperándome del otro lado?

Ricardo toma una carta en que se pide que al portador se le apoye incluso ofrendando la vida para que no lo capturen. Firma sin titubear.

–Habrá hermanos de nuestra causa de este lado, en Holtville, y del otro, en Mexicali.

Pone la carta en un sobre y se lo entrega a Kenneth Turner.

–Si hace falta, use este documento.

–¿Un salvoconducto? –bromea el periodista.

Pero Ricardo no está para bromas.

–Más bien una sentencia de muerte.

IX. VENICE, CALIFORNIA,

3 de enero de 1911

Joe Hill y Scott Wheeler acaban de conocerse en las oficinas de la Industrial Workers of the World y de inmediato se caen bien. Ahora caminan por las calles del centro de Los Ángeles, en su lado este, en el barrio mexicano. Joe busca la dirección de las oficinas del Partido Liberal Mexicano. Wheeler lo acompaña con recelo.

No le gustan las miradas que ambos atraen con su presencia en aquellas calles repletas de mexicanos.

–¿Ya leiste *Los Ángeles Times*? –pregunta Joe Hill.

–Sí. Ahora todo el que lucha por un sindicato que defienda sus derechos laborales es un terrorista.

–Somos chivos expiatorios. Nos acusan de todos los crímenes del mundo.

–El general Otis nos llama “escoria anarquista”.

–Y sus periodistas nos llaman *punks*.

Joe Hill no puede tomar en serio tanta mierda en contra de las uniones sindicales.

Por más que Scott le diga que hay que pagarles con otro bombazo por tantas mentiras.

–¿Y si derrumbamos *Los Ángeles Examiner*?

–¿Y que Randolph Hearst imponga la ley marcial en California? No, gracias.

–¿Y si liberamos a los anarquistas presos? Yo puedo conseguir un par de pistolas y unas placas falsas de la policía.

–¿Para que ahora digan que la IWW y esos locos dinamiteros son la misma cosa? Olvídalo.

–Entonces, Joe, ¿qué quieres hacer?

–Tocar mi guitarra.

–Eso es como cruzarse de brazos.

–No creo. Mira, Scott, las palabras también son dinamita. Y cuando explotan en el corazón de la gente, eso no se olvida.

–¿Otra vez bebiste ajenjo?

–No. Otra vez estoy inspirado.

–¿Compusiste una canción para los dinamiteros, los que mataron a decenas de personas?

–No. Compuse una canción para los mexicanos revolucionarios.

–¿Hablas de ese señor que declamó el otro día en español?
¿A poco entendiste todo lo que dijo?

–Yo trabajé un año con puros mexicanos en la construcción del ferrocarril, y allí aprendí español.

–¿Entonces entiendes que esos mexicanos nos odian?

–No, Scott. Odian lo mismo que nosotros odiamos: a los explotadores, a los corruptos, a los opresores de la gente.

–¿Y ahora te vas a hacer uno de ellos, un bandido?

–No, Scott. Voy a hacerme un revolucionario. Mira, escucha mi canción y tal vez así me entiendas.

–¿Tiene título?

–Se llama “Mirando al sur”.

–¿Al sur? ¿A San Diego?

–No. Más allá.

–¿A Tijuana? ¿Quieres ser torero?

–Escucha y cállate:

*La historia es un gran río:
a veces guerra, a veces paz.
La historia es un reclamo,
una fuerza descomunal.*

*Lo mismo es para los pobres
que por el mundo van
buscando una salida
a tanta indignidad.*

*Si no te has dado cuenta
lo cerca que ya está,
amigo y camarada,
es tiempo de despertar.*

*Pasando la frontera,
allí la encontrarás.
Amigo y camarada:
mira al sur y la verás.*

*La revolución que tanto buscas
está por comenzar.
La revolución que tanto quieres
está por comenzar.*

–¿Qué te parece?

–Bien a secas.

–¿A secas?

–Sí. Cuando dices: “mira al sur y la verás”, yo sólo veo una puta mexicana por las calles de Tijuana.

–No tienes remedio, Scott. Tú realmente eres una escoria.

–Sí, pero escoria anarquista, mi querido músico.

–Ser anarquista es quitarte las telarañas prejuiciosas.

–Vamos, Joe, ahora pareces un predicador. ¿Por qué no conseguimos las pistolas que te dije?

–¿Para qué?

–¿Cómo que para qué? ¿No oíste que la revolución que tanto deseamos está por comenzar?

El músico observa, dudoso, a su compañero de aventuras.

–Tú sabes algo.

–Yo sólo sé que quiero tocarles las castañuelas a las lindas señoritas.

Joe Hill se detiene frente a un edificio.

–Aquí es –dice.

–¿La oficina de reclutamiento?

–Exacto.

–¿De verdad quieres convertirte en un revolucionario?

Ahora es Joe quien sonríe, sin tapujos, antes de contestarle a Scott.

–De verdad quiero ser un hombre libre.

–¿No te conformas con ser un *wobbler*, un sindicalista?

–Si podemos ayudar a los trabajadores de nuestro país, ¿por qué no podemos ayudar a los campesinos mexicanos?

–Quizá porque no son de nuestro país.

Joe se detiene.

Esta vez el tono de su voz no oculta su molestia.

–Si eres parte de nuestro sindicato ya deberías saberlo. Somos The Industrial Workers of the World. Estamos unidos no por una nacionalidad sino por una causa: rescatar los derechos de los trabajadores en todas partes del mundo. Sea China o México, da igual. Peleamos por lo mismo: justicia y libertad.

Scott hace un gesto de arrepentimiento.

–¡Ya, por favor! Eres peor que ese Ricardo Flores Magón. Ustedes viven de escuchar su propia voz, se alimentan de discursos.

Joe reconoce que, en parte, su camarada tiene razón.

–Lo siento, Scott. Es mi lado evangélico, supongo. ¡Vamos! Olvídalo.

Y ambos entran al edificio, decididos a defender el mundo, a ser cómplices en su salvación.

X. HOLTVILLE, CALIFORNIA,

12 de enero de 1911

John Kenneth Turner llevaba todo el día negociando, en nombre del Partido Liberal Mexicano, con Alfonso Veranda en el rancho que éste tenía en Holtville, a unos cuantos kilómetros al norte de la frontera. Lo que John quería obtener de inmediato eran armas y más armas, municiones y frazadas, alimentos enlatados y binoculares, pero sobre todo mapas confiables para andar por esa tierra desértica que hasta los más expertos viajeros respetaban.

De pronto, con golpes secos, tocaron a la puerta de la cabaña donde discutían y todos los presentes guardaron silencio.

Teresa, la esposa de Alfonso, abrió la puerta con sigilo. Afuera, dos hombres aguardaban.

–Pasen. Pasen.

Alfonso los saludó efusivamente.

John detectó su origen nativo.

–Hola, soy Camilo Jiménez y él es mi hermano de clan, Antonio Cholay. Venimos a ponernos a sus órdenes. ¿Qué necesitan saber?

El periodista vuelto revolucionario les dio la mano.

–¿Conocen bien el valle?

Ambos rieron en su cara.

–Somos cucapás, los pioneros originales de estas tierras. Cuando los españoles llegaron a Baja California, en el siglo XVI, nosotros ya éramos viejos residentes del delta del río Colorado. Conocemos el desierto como la palma de nuestra mano.

Alfonso les pidió que los acompañaran en la mesa, donde habían estado discutiendo. Teresa comenzó a servirles café sin siquiera preguntarles.

–Hay que pasar armas al otro lado –les explicó Alfonso.

–Hecho. ¿Qué más? –quiso saber Camilo.

–Y trazar un mapa al día, con senderos y caminos que puedan llevarnos a Mexicali y luego al poblado de Los Algodones, junto al río Colorado, sin ser notados.

–Entendido. ¿Qué más?

A John le empezó a caer bien ese par de indios del desierto.

–Y hay que entrar a Mexicali y contar las fuerzas enemigas.

–Eso dénselo a otros.

–¿Por qué? –inquirió el periodista.

–Somos muy visibles. Los mexicanos son muy suspicaces con nosotros los indios –explicó Camilo.

–Creen que vamos a robarnos a sus mujeres –bromeó Antonio.

Camilo rió ante la broma, pero inmediatamente regañó a su compañero.

–Ahora van a creer que somos unos salvajes, como los que salen en las novelas del oeste.

Alfonso señaló a Camilo.

–Prejuicios, ésa es la verdad. Los mexicanos que vienen del sur tratan a todos los indios que ven con la punta del zapato, pero los indios del norte no se dejan. ¿Sabes, John, que los grupos indígenas del delta del Colorado han sido siempre guerreros implacables, que lucharon contra las tropas españolas y los misioneros franciscanos y dominicos y siempre derrotaron a los occidentales?

–Sólo hasta que llegó el ejército americano a Yuma, hace apenas unos cincuenta años, es que nos apaciguamos –añadió Antonio, el bromista–. Y desde entonces las

señoritas gringas, mexicanas, chinas e hindúes están profundamente agradecidas con nuestros buenos modales... en la mesa y en la cama.

–¡Ay, cállense por favor! –pidió Teresa sin una pizca de pudor–. Que yo sé de varias que andan buscándote con sus hijos en brazos, y, la verdad, cómo se te parecen.

Antonio puso cara de susto e hizo la pantomima de querer escapar.

John no pudo dejar de reír ante aquel teatro tan bien montado.

Camilo Jiménez, sin embargo, no perdió la compostura como el resto de los presentes; mirando con fijeza a Kenneth Turner, le ofreció su apoyo:

–¿Alguna otra cosa que podamos hacer?

El periodista sopesó todas las necesidades que faltaba cubrir.

–Sólo que hables con tu gente.

–Sí. Diles que esperamos que vuelvan a ser los guerreros invencibles que antes fueron –le indicó Alfonso.

–Y que será un honor pelear a su lado –agregó John.

Sólo quedaba terminarse el café.

Y ponerse a trabajar.

Antes de marcharse, Camilo extendió su mano frente al periodista, quien la tomó entre las suyas.

–Si los cucapás le entramos a esto, será una guerra sin cuartel.

–Si los anarquistas le entramos a esto, seremos el corazón de un mundo nuevo, sin distinciones de raza.

Dos miradas encendidas.

Pero Teresa les recordó lo que faltaba por resolver.

¿Y quién va a entrar a Mexicali para ver a lo que nos enfrentamos? Alfonso dejó su café a un lado.

–No te preocupes, mujer. Mandaré a Mariano Barrera y sus amigos. Ellos pasarán inadvertidos.

–¿No tienen cara de indios? –quiso saber John.

–Tienen cara de despistados y con eso basta.

XI. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

15 de enero de 1911

Eulogio Romero, el comerciante más poderoso del puerto de Ensenada, el periodista Carlos Ptanick y yo discutimos acaloradamente las últimas noticias de México, las que nos llegaban por barco o por telégrafo desde el interior del país.

Entiendan bien: vivir acá, tan alejados de Dios y de don Porfirio, el padre de la patria, y tan cerca de los Estados Unidos, nos llevaba a estar siempre atentos a lo que sucedía a lo largo y ancho de México. Siempre andábamos hambrientos de información.

Y desde la balacera de Puebla, junto con las frustrantes elecciones de 1910, que los maderistas aseguraban que habían sido fraudulentas, las noticias que nos llegaban iban de mal en peor.

La última noticia era, sin lugar a dudas, alarmante: los maderistas, en grupos armados, estaban ya incursionando

por la frontera norte, allá por Sonora, Chihuahua y Tamaulipas.

Lo bueno era que toda esa violencia quedaba muy lejos de nosotros.

–Ni tanto, Pedro –me espetó Carlos–. He oído rumores de que grupos radicales se están entrenando en Los Ángeles para luego meterse a nuestro país por el rancho de Tijuana.

–Ya es pueblo –le recordó don Eulogio–. Ya cuenta con muchas casas de juego, cantinas y putas.

–O sea que ya se está poniendo a la par de Ensenada.

Todos rieron de mi broma de mal gusto.

–Ay, Pedrito, un día te van a cortar el cuello por lengua larga –me previno don Eulogio.

–Mientras no me corten otra cosa, no me preocupo.

En eso entró el coronel Celso Vega, el jefe político y militar de Baja California, y yo me cuadré como si estuviera en el cuartel.

–¡Ya déjate de payasadas! –me gritó el coronel con su mal humor de siempre, y yo me apresuré a servirle su copa de coñac del mediodía.

–¡Salud, señores!

Todos los presentes brindaron a su salud, como soldados bien entrenados.

–¿Alguna novedad interesante? –pregunté por no dejar.

Después de todo, la función esencial de un cantinero no es sólo servir alcohol, sino mantener una charla animada entre los contertulios. Como el peluquero, el *barman*, como dicen los yanquis, está para platicar de todo y de nada mientras los clientes consumen las bebidas de su preferencia.

–Por hoy, ninguna.

–¿Todo en paz en el país? –inquirió don Carlos.

El coronel levantó una ceja.

–Si lo que quieren saber es si el régimen de don Porfirio sigue viento en popa, todo está bien y en calma. Ni maderistas, ni floresmagonistas, ni serdanistas nos mueven el tapete. El glorioso ejército nacional no teme a nada ni a nadie.

–¿Otra copa, mi coronel?

–Hasta la pregunta es necia, Pedrito. Y otra aquí, para los amigos.

Eso era lo que más me gustaba de mi coronel.

Su generosidad. Su aplomo.

–Yo he oído –intenté intervenir– que Francisco I. Madero está juntando un ejército de mercenarios, con ingleses, japoneses y alemanes, para invadir México por Ciudad Juárez.

El coronel apuró su coñac de un trago antes de contestarme.

–Pues que lo haga. Lo vamos a estar esperando para darle su merecido: a puros balazos.

–¿Dices japoneses y alemanes? –preguntó don Eulogio.

–Sí. Lo leí en un periódico de El Paso, Texas, el mes pasado.

–Puede ser –apuntó don Carlos–. Porque tal vez Madero cuenta con tan pocos mexicanos que tiene que recurrir a extranjeros para hacer su revolución.

–¿Revolución? No la llamen así. Es un simple berrinche de ese señorito sin *güevos*. Ya verán cuando su famoso ejército quiera pelear contra nuestras tropas bien entrenadas. La batalla esa se resolverá en media hora. Se lo aseguro.

Las palabras del coronel Vega hicieron callar por un momento a los presentes. Pero como yo nunca he sido tímido, se me ocurrió otra pregunta.

–Y si Madero está engañando a todos y decide atacar por este lado de la frontera, ¿también se resolverá en media hora, coronel?

Celso Vega infló su pecho cubierto de medallas.

–En diez minutos, Pedrito. En diez minutos me despacho a cualquier revolucionario que se me ponga al brinco. Y ahora sírveme otra ronda de este delicioso elíxir francés.

Todos le aplaudimos al coronel.

–Si eso sucede –concluyó don Eulogio–, esa batalla le dará el título de general. Y ahora soy yo quien se lo asegura.

El coronel Vega levantó su copa, a manera de agradecimiento, ante un acto de servilismo tan obvio. Pero así era mi coronel: le gustaban las zalamerías, las alabanzas, los aplausos.

Y todos brindamos, como es costumbre entre caballeros, para que aquellos deseos se cumplieran.

Yo seguí limpiando los vasos sucios con mi mejor sonrisa.

Pensaba en cómo se había ganado tantas medallas el coronel Vega si nunca había estado en combate.

Luego me mordí la lengua.

Un vaso sucio a la vez, me dije.

Un vaso sucio a la vez.

XII. LOS ÁNGELES–VALLE DE MEXICALI, 10–28 de enero de 1911

Ricardo Flores Magón era parco.

Sé que muchos lo conocen como un orador incendiario.

Pero conmigo era puro negocio.

Pura cosa práctica.

Cuando me entrevisté con Ricardo en Los Ángeles, el 10 de enero de 1911, su único gesto fue entregarme un rifle Winchester 30–30, unos centenares de cartuchos y diez dólares.

Ese fue su aporte inicial.

Bueno, luego nos mandó rifles Springfield.

Pero al principio tuvimos que andar reparando armas viejas para tener un poco más de armamento.

En Holtville, Jim Edwards, Antonio Fuentes, Rodolfo Gallego, Alfonso Veranda y yo, José María Leyva, nos la pasamos comprando armas donde se pudiera.

Todo iba bien hasta que el 23 de enero arrestaron a Mariano Barrera, el promotor del Partido Liberal Mexicano en Mexicali.

El subprefecto Gustavo Terrazas, la principal autoridad en ese poblado, era un inepto. Eso fue lo que nos salvó.

Si don Gustavo lo hubiera interrogado a puro golpe y porrazo, como acostumbraba hacer el coronel Celso Vega, Barrera habría soltado la sopa.

Pero no.

Terrazas lo mandó a Ensenada con todo y el acta de detención y los documentos de propaganda del movimiento.

A Mariano lo catalogaron como lo que era: un propagandista.

No le vieron tipo de combatiente.

Y eso trajo más dolores de cabeza.

En esos días, los rancheros de Holtville empezaron a sospechar que algo se estaba fraguando.

Tantos ires y venires de gente nueva en la localidad.

Tantos jinetes extraños.

Se olía que algo se cocinaba.

No alcanzábamos a esconder todas nuestras huellas.

Algún periodista se puso al tanto.

Y el 24 de enero el *Calexico Chronicle* publica que hay revolucionarios merodeando por las cercanías.

Que el valle Imperial es un nido de conspiradores.

Los pobladores, en especial los anglos, comenzaron a señalar a varios simpatizantes, alertando a las autoridades.

Estábamos a punto de ser descubiertos.

Después supimos que era tanto el nerviosismo de la población que los comerciantes de Mexicali le pidieron a Gustavo Terrazas que solicitara refuerzos para Ensenada.

Pero los porfiristas realmente eran unos burócratas consumados.

No fue sino hasta ayer, 27 de enero, cuando Celso Vega le autorizó a Terrazas que reclutara gente para la defensa de Mexicali.

¿Que cómo lo supimos?

Por Manuel Demara y su esposa Margarita Ortega, gente nuestra. A ellos se les ordenó mantenerse al margen.

Hacer su vida de costumbre.

Pero prestar ojos y oídos a todo lo que se dijera e hiciera por Mexicali y sus rumbos.

Manuel iba a las cantinas.

Todas las noches.

Y tomaba con sus amigos.

Allí escuchaba los chismes, las opiniones, las noticias.

Nunca decía esta boca es mía.

Y Margarita ayudaba a la esposa del subprefecto y llevaba comida a los rurales.

A veces se ofrecía para mandar telegramas.

Conocía a la familia del cónsul mexicano en Calexico, Ricardo de la Sierra; era una mujer a la que nadie veía dos veces. Una criada más a su servicio.

Para entonces, Ricardo ya me había dado el mando.

Éramos pocos pero bien pertrechados.

Ese periodista, Turner, sabía lo que hacía.

Nos entregó sesenta rifles Springfield.

Nueve mil cartuchos.

Y unas palmadas en la espalda.

–Que se diviertan –nos dijo.

Al otro lado, en territorio mexicano, nos esperaba el reino apacible de los porfiristas confiados.

Luego Fernando Palomares y Emilio Guerrero hicieron la gira por la sierra.

Hablaron con los indios en sus rancherías.

Les dijeron que los tiempos de la miseria y la claudicación, de la esclavitud denigrante, habían terminado.

Nosotros, mientras tanto, aguardábamos engrasando nuestros fusiles y preparándonos para vencer o morir en esta salitrera que llaman Laguna Salada.

Hoy es 28 de enero de 1911. Sus primeras horas.

Aunque el subprefecto Gustavo Terrazas, el cónsul Enrique de la Sierra y el coronel Celso Vega no lo saben, es el último día del porfiriato.

O mejor dicho: el primer día de la revolución triunfante.

XIII. DESIERTO DE MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

27–28 de enero de 1911

–Vuélveme a decir por qué elegimos Mexicali, Rodolfo. No me queda muy claro.

Frente a los dos jinetes, el desierto de Laguna Salada era un páramo helado, una planicie arenosa que se extendía hasta topar con las distantes montañas de roca. Un viento frío azotaba los rostros en aquella noche sin luna. Un viento con sabor a metal salobre.

–Porque nadie espera que lo hagamos. Porque somos la polvareda que va a taparles la boca a todos esos militares de mierda, a todos esos políticos curros.

Simón Berthold asintió ante aquella respuesta.

Rodolfo Gallego, ranchero fronterizo del que nadie sospechaba simpatías revolucionarias, bajó de su

cabalgadura y observó con detenimiento la tierra que pisaba.

Pronto descubrió lo que andaba buscando: una cadena de fierro.

–Esta laguna es pura sal, puras conchas. Antes aquí había mar. ¿Lo sabías, Simón?

–Eso déjalo para los estudiosos, Rodolfo. Yo sólo quiero saber cómo vamos a sobrevivir en estos arenales.

Gallego sacó una pala y comenzó a escarbar. Pronto el metal golpeó un objeto de madera: una caja larga que en su parte superior ostentaba las palabras *Agriculture labor tools*. Berthold sonrió ante la jugarreta del contrabandista.

–Lo que yo no sabía es que los rifles también sirven para abrir surcos en la arena.

–Primero hay que conquistar este desierto, compañero. Luego hablamos de trabajar la tierra.

–Como los mahometanos, quieres decir: aguantando las inclemencias del mundo.

–Como los revolucionarios: con audacia, con paciencia.

–Eso se contradice –le espetó Simón.

–Elemental, mi querido Marx.

Y Rodolfo Gallego golpeó con su pala la caja de madera semienterrada.

–Al menos ese contrabandista cumplió con lo pactado.

Simón chifló dos veces.

De entre las sombras de la noche salieron dos decenas de jinetes.

–Aquí están las armas –confirmó Rodolfo.

–Y allá está Mexicali –aseguró Simón.

Todos los jinetes miraron las diminutas luces a lo lejos.

–Eso apenas es un pueblo –dijo uno de los recién llegados. Rodolfo, que ya conocía Mexicali, quiso ser más preciso.

–Como todos los pueblos del viejo oeste, Mexicali es una calle, una caballeriza, un hotel, una posta y un prostíbulo. ¿Para qué más?

–Lo bueno es que nadie nos espera.

Ante una violenta ráfaga de viento, Simón se ajustó el sombrero.

–¿Sabes cuál es nuestra ventaja? Que don Porfirio está concentrado en Francisco Madero y en lo que pasa en Chihuahua. Esta es nuestra oportunidad de sorprender a todos, porfiristas y maderistas. Vamos a sacarles, a ambos, un susto de muerte.

Rodolfo, que ya había subido a su caballo, lo secundó.

–Camaradas: la revolución internacionalista comienza aquí

y ahora, en este desierto al margen de la historia. Aquí vamos a cambiar el mundo, porque nosotros, los anarcosindicalistas, ya estamos hartos de un sistema opresivo que sólo quiere someternos, explotarnos, triturnarnos. Como dijo H. G. Wells, ¿somos seres humanos?

–¡Síííí! ¡Lo somos! –respondieron todos a coro, como las criaturas de la isla del doctor Moreau.

–Pues demostrémoslo sacando a los hijos de puta del poder.

Los hombres tomaron sus rifles y pistolas.

Se aprestaron a luchar por una causa que era mayor que todos juntos.

Joe Hill, cantante y revolucionario, cerraba la marcha del primer ejército floresmagonista en Baja California, apenas veinte sombras cabalgando rumbo a Mexicali para batirse contra las tropas de la dictadura porfirista, para hacer realidad un bravo mundo nuevo.

Un mundo que va a nacer por la unión de mexicanos, indios y combatientes extranjeros.

Gente sin barreras de raza, de nacionalidad, de idioma.

Joe Hill recordó, entonces, las palabras con que Ricardo Flores Magón se despidió de todos ellos en Los Ángeles; las palabras, casi poéticas, que sellaban su destino común:

Si morimos, moriremos como soles: despidiendo luz.

XIV. VALLE DE MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

El poblado de Mexicali se divisa a lo lejos.

La Laguna Salada va quedando a nuestras espaldas.

Todo está oscuro, pero pronto va a amanecer.

Pasamos por escasas rancherías.

De vez en cuando una serpiente de cascabel se atraviesa por el camino o un coyote se detiene a vernos pasar, como si supiera que no podemos darnos el lujo de dispararle.

Vamos a trote, sin perder la formación.

El comandante José María Leyva es bueno para mantener la disciplina.

Leyva es la voz de mando para los anarquistas mexicanos que han venido a liberar de la dictadura a sus compatriotas.

Yo, Simón Berthold, soy quien conduce a los voluntarios internacionalistas.

Hoy haremos historia.

Hoy daremos principio, si todo sale bien, a la Revolución mexicana, a la gran empresa anarcosocialista.

La oscuridad se aligera.

Las montañas al sur van haciéndose visibles.

Aún no sale el sol, pero todo el cielo frente a nosotros, hacia el oeste, está a punto de clarear.

Llegamos a un lecho de río.

El río Nuevo, lo llaman.

Una corriente de aguas cenagosas y remolinos retumbantes.

–¿Lo cruzamos o qué? –susurra alguien a mi espalda.

Leyva se aproxima y niega con la cabeza.

–Hay que ir al norte, hacia la línea internacional; cerca hay un puente. Por allí entramos a Mexicali.

–Lo seguimos –le respondo.

–A trote, pero sin hacer ruido. Somos más de veinte jinetes y hasta ahora nadie nos ha salido al paso, nadie ha querido ejercer la autoridad contra nosotros.

–¿Dónde están los soldados? –pregunta Rodolfo Gallego.

–Durmiendo la mona.

–O en su cuartel.

Dos respuestas que no me aclaran mucho la situación.

Llamo al guía cucapá, Camilo Jiménez.

–¿Hay cuartel en Mexicali?

–No. Sólo un almacén donde los soldados duermen y cocinan. A su lado hay una caballeriza. Es de madera.

Otro indio cucapá nos hace señas con el sombrero.

–¿Qué pasa? –le pregunto a Camilo.

–Ya localizamos el puente y está sin vigilancia. Podemos entrar al poblado de inmediato.

Volteo a ver a Leyva.

–Preparen las armas. Esto se va a poner bueno, muchachos.

Leyva, el meticuloso, se abotona su chaqueta de cuero.

–Pinche frío de los mil diablos. ¿No que Mexicali es un infierno?

–No estamos en verano –le recuerda Camilo–. Espérate unos meses y luego me dices.

Leyva, el estratega, se ajusta el sombrero.

–En unos meses estaremos en la ciudad de México y para quitarnos el frío quemaremos la silla presidencial.

Casi en susurros, el comandante del ejército liberador revolucionario nos da las últimas instrucciones.

–Dos columnas. Una va contra los soldados y toma los principales edificios por la avenida principal. Yo la dirijo. La otra, Simón, es tuya y debe tomar la cárcel, la aduana y resguardar la línea fronteriza. Esa es tu responsabilidad.

–Entendido.

Leyva se acerca a mí lo más posible y me da la última orden, la más importante a tan pocos metros de la línea fronteriza:

–Que nadie dispare hacia el norte, hacia el otro lado. Un solo incidente con el ejército estadounidense y estamos fritos. ¿Comprendes?

–Comprendo.

Leyva sonríe finalmente.

Y me da una palmada en el hombro.

Alguien levanta la bandera roja con nuestro lema visible en grandes letras: “Tierra y libertad”.

Otro camarada agita la bandera de México.

Ambas ondean en el momento mismo en que el sol despunta por el horizonte.

Frente a nosotros, los primeros compañeros atraviesan el puente endeble con sus cabalgaduras.

En cuanto llegan a la otra orilla avanzan a galope.

Cuando mi gente comienza a atravesar el río suenan los primeros balazos.

–Esto ya me está gustando –me grita Rodolfo Gallego.

Siento la excitación de la batalla por venir.

El nerviosismo de los caballos.

Las ganas de entrar al combate sin titubeos, con toda la voluntad de triunfar.

Saco mi pistola y arengo a los revolucionarios:

–¡Síganme! ¡Victoria o muerte!

Y allá vamos, en medio de una nube de polvo, mientras la fiesta de las balas da comienzo.

Mientras la revolución nos da alas para volar y fusiles para matar. Mientras Mexicali es arena en nuestros ojos.

Sal en nuestros labios.

XV. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

Joe Hill fue el segundo jinete, detrás del jefe Simón Berthold, en cruzar el puente y entrar a Mexicali.

Scott Wheeler fue el cuarto.

Entre ambos iba Antonio Cholay, un guía cucapá que se había hecho amigo de los dos.

Joven como ellos, Cholay fue el primero en disparar mientras rodeaban la cárcel de Mexicali, un edificio de adobe con dos troneras.

Desde el interior respondieron con un disparo de escopeta que hirió a uno de los caballos, el cual cayó, pesadamente, a tierra.

La nube de polvo causada por la llegada de los revolucionarios se hizo espesa y poco se podía ver a más de dos metros de distancia.

Joe Hill bajó de su cabalgadura y disparó contra el edificio.

Scott, viendo que aquella escaramuza se estaba volviendo demasiado peligrosa y que sus camaradas se hallaban a punto de tirotearse unos a otros, lanzó su caballo contra la puerta de la cárcel, logrando tumbarla.

Los disparos cesaron por un momento y los revolucionarios aprovecharon para entrar al edificio.

Dentro estaba el alcaide de la cárcel, José Villanueva. Con una escopeta apuntaba a los prisioneros, al otro lado de las rejas.

–¡Baje eso! –le ordenó Simón Berthold.

–¡Usted no es nadie para darme órdenes! –gritó el alcaide.

El jefe revolucionario se abalanzó contra Villanueva y éste, instintivamente, le apuntó a Berthold.

Pero no tuvo tiempo de disparar.

Scott Wheeler se le había adelantado y con todas sus fuerzas le quitó la escopeta de entre las manos. Luego, de un solo golpe, lo tiró al piso.

El jefe Simón Berthold estaba enfadado, lo mismo que sus camaradas.

Aquel hombre era la primera figura de autoridad con que se topaban en Mexicali.

Y la autoridad en todas sus formas era lo que más odiaban los anarcosindicalistas.

Un murmullo comenzó a crecer.

Scott Wheeler supo que era hora de actuar. Mientras Simón abandonaba la cárcel y ordenaba que toda su tropa siguiera hacia la aduana, Scott tomó al alcaide y le exigió las llaves para liberar a los presos.

–No las tengo.

–¡Miente! –gritó uno de los prisioneros, que eran cuatro en total.

Joe Hill reconoció al prisionero a pesar del rostro amoratado.

–¡Tú eres de los nuestros!

–Sí, soy Pablo Beltrán y estos tres también son camaradas. Llegaron a tiempo, hermanos, pues hoy nos iban a mandar a Ensenada, como ya hicieron con Mariano Barrera. Hemos sido torturados toda la semana por este energúmeno.

Scott puso el cañón de su pistola en la frente de Villanueva.

–¡Las llaves!, ¿dónde están?

–No sé, y aun si supiera, no se las daría, ¡pinches cholos!

Joe no aguantó más y apuntó su pistola a la cerradura de la celda. –¡Háganse para atrás!

Disparó varios tiros hasta que la cerradura voló por los aires y la puerta se abrió.

Todos los revolucionarios, prisioneros y libertadores, se abrazaron. El alcaide hizo intento de escapar, pero Scott lo tenía bien sujeto. –¿Qué hacemos con este policía torturador? –preguntó. Los prisioneros se le echaron encima, queriendo golpearlo.

Pero Scott se interpuso.

–¡No! ¡Aquí no! Mejor afuera y lo colgamos.

Joe Hill se hizo a un lado.

Le gustaba cantar sobre la fraternidad revolucionaria.

Pero la justicia revolucionaria no era algo que disfrutara.

Una docena de revolucionarios maniató al alcaide, mientras Scott sacaba de las alforjas de su cabalgadura una cuerda gruesa.

Pablo Beltrán señaló un farol que alumbraba la esquina de la avenida Porfirio Díaz.

–Aquí se puede.

Lanzaron la cuerda y, luego de hacerle un buen nudo, la pasaron alrededor del cuello del alcaide.

–¿Alguna última voluntad? –le susurró al oído Scott.

Pero José Villanueva no dijo nada.

Quien fuera el jefe temido por toda la población ahora era sólo un hombre inerme, a punto de morir.

Pablo y Scott tiraron de la cuerda.

Con fuerza. Con júbilo.

Joe Hill les dio la espalda y subió a su caballo.

Un viento terregoso invadió de pronto todo el pueblo, como un signo de la violencia desatada, como un vendaval que dejaba ciego a quien lo viera con los ojos abiertos.

En el escaparate de una tienda, Hill pudo ver los últimos estertores del alcaide.

Su cuerpo estremecido.

Adelante, más allá del polvo que volaba, sonaban disparos.

Sin aguardar al resto de sus camaradas espoleó a su caballo.

Quería saltar hacia la vida, no ser un verdugo.

Quería un duelo a muerte, no una ejecución.

XVI. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

Los toquidos son fuertes, imperiosos.

El subprefecto Gustavo Terrazas se despierta asustado por aquellos golpes a la puerta de su casa.

–¡Un momento!

Se viste como puede y sale a ver qué sucede.

Al abrir la puerta descubre a Zaragoza Contreras y Francisco Montejano, vecinos de Mexicali, que entran a su casa sin pedir permiso.

–¿Qué quieren?

Don Gustavo conoce a ambos.

Comerciantes y rancheros adictos al régimen.

–Estábamos por salir al valle cuando nos topamos con un indio borracho –explica Montejano.

–El que vive por Wisteria, rodeado de perros –añade Contreras. El subprefecto los invita a pasar a la cocina.

Su mujer ya está calentando una olla de café.

–¿Qué horas son? –pregunta don Gustavo.

–Casi las cinco de la mañana –le dice su esposa.

–Siéntense, amigos, y cuéntenme qué se traen.

Montejano y Contreras aceptan la invitación.

–Este indio nos reconoció cuando pasábamos y nos gritó que el mal gobierno estaba por acabarse, que nos iban a pasar a todos por las armas.

El subprefecto no dice nada.

Contreras continúa su relato.

–Entre los dos lo agarramos y le exigimos que nos dijera por qué estaba tan seguro de eso.

Ahora Montejano interviene.

–Ese indio beodo señaló hacia el oeste. Dijo: “Por allá vienen los revolucionarios”.

–¿Por qué le creyeron? –inquirió don Gustavo.

–Es que vimos una polvareda y pensamos que ese cucapá estaría borracho, pero lo que nos decía era verdad.

La mujer les sirve café y se retira.

Don Gustavo saborea el café con tiento.

Sabe que a su mujer le gusta calentarlo al máximo.

–No se quemen la lengua –dice.

Contreras y Montejano no entienden el señalamiento hasta que ya es demasiado tarde.

Don Gustavo se queda pensando en aquel aviso.

–No creo que deban preocuparse –dice al fin.

A Montejano y a Contreras no les tranquiliza escuchar que todas sus preocupaciones fueron en balde.

–¿Cree que no hay revolucionarios en el valle?

–Yo también leí el *Calexico Chronicle* –admite el subprefecto–. Y estoy seguro de que alguna gavilla anda queriendo meter ruido por estos rumbos.

–Entonces hay que hacer algo –exclama Montejano.

Contreras lo secunda.

–Por eso estamos aquí. Para ponernos a sus órdenes en la defensa de Mexicali.

Don Gustavo se muestra despreocupado.

–Muchas gracias por su ofrecimiento. Pero creo que con los gendarmes y guardias con que cuento no habrá problemas.

–Pero... –comienza a decir Contreras.

El subprefecto levanta una mano abierta que detiene en seco a sus visitantes.

–Si se atreven a entrar al pueblo lo que deben estar buscando es cómo rescatar a su compañero, Mariano Barrera, pero llegan muy retrasados. Yo lo mandé, bien asegurado, a Ensenada. Y hoy mando al resto de los prisioneros. Creo que van a intentar atacar al contingente en Laguna Salada y no aquí, en pleno pueblo, donde hay tanta gente armada.

Francisco Montejano, molesto, se levanta.

Lo mismo hace Zaragoza Contreras.

–Nosotros ya cumplimos con avisarle –dice el primero.

–Usted sabrá qué hace con esa información –concluye el segundo.

–¿No quieren otra taza de café? –les ofrece el subprefecto.

Pero ambos salen de la casa sin más despedidas.

Don Gustavo mira que apenas amanece.

Y decide ponerse a redactar un informe sobre el indio borracho. Voy a mandar que me lo traigan para interrogarlo

como se debe. Pero más tarde, ya que se le haya pasado la borrachera.

Mientras Terrazas toma su cuarta taza de café tocan de nuevo a la puerta.

–¿Y ahora qué quieren?

Al abrirla descubre que no reconoce a los tres hombres que le apuntan con sus armas.

–¿Don Gustavo Terrazas, subprefecto de Mexicali?
–pregunta un hombre musculoso, con cara de pocos amigos.

–¿Y ustedes quiénes chingados son?

El hombre musculoso, que no es otro que Simón Berthold, lo agarra del cuello de la camisa y lo saca a la calle con violencia.

–Somos las nuevas autoridades de Mexicali.

–¡No estoy para bromas!

–¡Nosotros tampoco! –le espeta el jefe revolucionario.

Al tratar de buscar ayuda a su alrededor, don Gustavo descubre, a lo lejos, corriendo como conejos asustados, a varios de sus gendarmes que cruzan velozmente a los Estados Unidos.

Un grupo de jinetes, con sus rifles en alto, parecen estar asaltando la aduana.

–¿Qué quieren de mí? –pregunta.

–Su peso en oro –le dice uno de los revoltosos.

–No tengo dinero.

Sus captores ríen del comentario.

–¿Cuánto crees que vale? –pregunta uno.

–¿Vivo o muerto?

–Vivo, unos mil dólares.

–¿Y muerto?

–Muerto te lo regalo. ¿Quién quiere un porfirista aunque sea gratis?

Todos ríen a su alrededor.

Berthold lo escudriña por un buen rato.

–Me conformo con ochocientos dólares.

–¿Por qué le bajaste de precio?

Simón Berthold señala la entrepierna del subprefecto.

–Vale menos miado.

Las risas son atronadoras.

Don Gustavo se siente humillado.

–Esto no va a quedar sin castigo –farfulla.

En la calle, la gente comienza a salir para ver qué ocurre, pensando que es una pelea multitudinaria.

Muchos, los más despiertos, toman sus objetos de valor y escapan por la puerta trasera.

La mayoría busca cruzar al otro lado, hacia los Estados Unidos.

Atravesando zanjas y cercas, escapan a Calexico, la población vecina.

Los revolucionarios comienzan a entrar en las casas y comercios. Rompen puertas.

Hacen trizas las ventanas.

El poblado se vacía en cuestión de minutos.

De pronto, se escuchan disparos cercanos.

Simón Berthold deja al subprefecto bajo el cuidado de sus hombres y se marcha a capturar al resto de las autoridades del poblado.

–¿Qué van a hacer conmigo? –pregunta Terrazas, angustiado.

Un indio se le acerca y lo mira con curiosidad.

–¿Se acuerda de mí?

El subprefecto lo reconoce.

–Tú eres Camilo, Camilo Jiménez. Te metí varias veces a la cárcel por alborotador.

El indio voltea a ver a sus compañeros.

–¿Saben cuál fue mi delito?

Sus camaradas niegan saberlo.

–Defender las tierras ancestrales de mi pueblo contra los ingenieros de la Colorado River Land Company.

Don Gustavo trata de defenderse.

–Te metimos a la cárcel porque no tenías documentos que probaran que esas tierras eran de ustedes, los cucapás.

–¡Documentos! –grita Camilo–. ¡Esas son trampas de las autoridades! Nos piden documentos porque saben que carecemos de ellos. Somos dueños de las tierras junto al río Colorado desde hace mil años y nunca necesitamos escriturar nuestro derecho. Si quieren documentos vayan a pedírselos a Matipá, el dios coyote.

Uno de los asaltantes toma al subprefecto de un brazo y levanta su pistola.

–Ya oyó al camarada Jiménez. ¿Cómo se declara: inocente o culpable?

Don Gustavo no puede apartar la mirada de aquella pistola que le apunta a unos cuantos centímetros de su cara.

En ese momento una voz de mujer se escucha a su lado.

–¡Ochocientos dólares! Yo puedo ir al banco a Calxico y traérselos en unos minutos, en cuanto abran a las nueve de la mañana. ¡Pero no lo maten!

Camilo contempla a la esposa de don Gustavo.

–Aquí la esperamos. Pero si no regresa para las diez de la mañana, le recomiendo que vaya buscando un vestido negro y una pala.

La mujer pone su mano en el hombro de su marido.

Y sin decir más corre hacia la línea internacional.

Jiménez ahora agarra la cabeza de don Gustavo y lo obliga a ver hacia Calxico.

–Espero que los gringos sean puntuales y le otorguen un préstamo a su vieja. Si no, usted va a acompañar al alcaide de la cárcel.

Don Gustavo respinga.

–¿A Villanueva? ¿Qué le hicieron, cabrones?

–Lo pusimos a dar vueltas. Se nos puso fiero. Venga por acá y se lo mostramos.

A empellones lo obligan a caminar.

El subprefecto ve en una esquina a Francisco Montejano.

Uno de los revolucionarios le está quitando su escopeta.

Don Gustavo y don Francisco cruzan miradas.

La mirada de don Gustavo es una mirada de auxilio.

La de don Francisco es una mirada de desprecio.

XVII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

Cuando Joe Hill llegó a la aduana, la toma de Mexicali ya era un hecho consumado. Más que disparos eran gritos y mentadas de madre lo que se oía. En la calle principal del poblado, el comandante José María Leyva daba las órdenes necesarias para que centinelas revolucionarios cuidaran la aduana, mientras un grupo de funcionarios de la dictadura eran conducidos a la cantina más cercana. Joe, después de cerciorarse de que no quedaran francotiradores ocultos en los comercios aledaños, siguió a sus camaradas al interior de la cantina.

Los rebeldes habían abierto la puerta a culatazos y el dueño, agitando los brazos, venía corriendo para ver qué sucedía.

–¿Por qué hacen esto? –preguntó con voz angustiada.

–¿Esta cantina es de su propiedad? –inquirió Camilo Jiménez, también él recién llegado a esta parte del pueblo.

–Sí. Es mía.

–Pues ahora ha sido requisada para que sea la sede del nuevo gobierno revolucionario anarcosindicalista.

El hombre, gordo a más no poder, miraba sin comprender bien a bien lo que el comandante Leyva le explicaba.

–¿Anarco qué?

–Olvídelo. Quiero decir que ahora este lugar nos pertenece.

–Pero yo trabajo aquí, atendiendo a todo el mundo –insistió el dueño de la cantina.

–Y seguirá trabajando, pero su propiedad ya no será privada sino pública. ¿Entiende?

El hombre se frotó las manos con lenta desesperación.

–¿Quiere decir que me la van a comprar?

Las risas estallaron a su espalda.

–No. Que la vamos a tomar en préstamo, ¿entiende eso?

–Sí –dijo el dueño.

–Y necesitamos que siga trabajando aquí, sirviendo a las nuevas autoridades en forma gratuita.

–¿Quiere decir sin cobrarles?

El comandante Leyva se acercó al propietario.

–¿Ve qué pronto aprende? Ahora, si no es mucha molestia, vamos a juntar unas mesas y poner unas sillas en nuestro nuevo Tribunal de Justicia, y vamos a proceder a juzgar a nuestros prisioneros.

El hombre, por vez primera, vio al par de funcionarios del gobierno y esbozó una sonrisa.

–Pero ellos... ellos son la autoridad.

El comandante Leyva le dio unas palmadas.

–Eran. Ahora la autoridad somos nosotros.

–Y una autoridad con mucha sed.

Era la voz de Simón Berthold.

Eso puso muy contentos a todos.

El comandante Leyva, que prefería tratar asuntos de vida o muerte con la seriedad que tales hechos ameritaban, se dio cuenta de que sus hombres querían celebrar su primera victoria.

–¿Por qué no? –aceptó, mientras contemplaba al prisionero que traía su amigo.

–¿Cómo te fue, José María? –lo tuteó Berthold.

–Bien. Un herido leve de nuestro lado, pero capturamos el

cuartel y aseguramos la aduana. ¿Y a ti? –El recién llegado no pudo ocultar una sonrisa franca.

–Todo controlado. Pero el alcaide de la cárcel se resistió y así le fue. Este señor, don Gustavo, era la autoridad en Mexicali. Tengo otros cautivos, pero sólo son rancheros.

Leyva asintió ante el informe de su segundo al mando y volteó a ver a los prisioneros, que ahora eran tres y guardaban un hosco silencio.

–Señores, les presento a mi segundo al mando, el jefe Simón Berthold Chacón. Yo soy el comandante José María Leyva, dirigente del ejército anarcosindicalista del Partido Liberal Mexicano. Combatimos contra la dictadura porfirista que ustedes representan. Me harían el favor de decirnos sus nombres y cargos para que... para que alguien los anote en...

El jefe de la revolución triunfante buscaba un secretario, pero sólo veía obreros que acababan de convertirse en combatientes.

Joe Hill alzó la mano.

–Yo puedo ser escribiente.

–¿Sabes escribir bien en español?

–Leo y escribo moderadamente bien su idioma.

Leyva se dio por satisfecho y pidió que se sentara a su lado.

–Así que ustedes son...

El hombre de más edad y que usaba un traje ajustado fue el primero en responder:

–Soy Gustavo Terrazas, subprefecto político de Mexicali.

El otro funcionario era un hombre que apenas podía mantenerse en pie.

–Y yo... yo soy Cosme Muñoz, administrador de aduanas.

El último en contestar parecía el menos preocupado de los tres.

–Yo soy Miguel Lira y Lira, juez de primera instancia de este poblado y creo que, independientemente de sus creencias políticas, ninguno de nosotros ha ofrecido resistencia. Nos rendimos para evitar mayores derramamientos de sangre.

El comandante Leyva reconoció tal conducta, pero no dio su brazo a torcer.

–Cierto, pero también vi que lograron que varias decenas de ciudadanos, supongo que empresarios prominentes y oficiales del ejército, pusieran pies en polvorosa y se pasaran a los Estados Unidos, donde la justicia revolucionaria no puede alcanzarlos. Al menos por ahora. Así que ustedes tres servirán de escarmiento a falta de más prisioneros.

–Eso no me parece justo –protestó Terrazas.

–A nosotros tampoco nos parece justo que en nuestro país no haya libertad de expresión y derecho a votar democráticamente; que en México los ricos se vuelvan más

ricos y los pobres más pobres, y que cuando estos últimos protestan por sus condiciones de miseria se mande al ejército a reprimirlos, a matarlos.

–Ningún gobierno es perfecto –concedió don Miguel–. Pero yo creo que aquí no estamos para discutir filosofías políticas sino para llegar a un acuerdo satisfactorio para ustedes, nuevo gobierno, y para nosotros, viejo gobierno.

Leyva había entendido el mensaje.

–¿Qué propone, señor juez?, ¿pagar un rescate?

El juez sonrió con timidez.

–¿Por qué no? Si somos rehenes, eso significa que se puede pagar por nuestro rescate.

El ex dueño de la cantina llegó en ese momento con varias botellas de whisky y brandy cuyo contenido repartió diligentemente en decenas de vasos de cristal.

Un minuto más tarde todos levantaban sus vasos repletos de licor y brindaban.

–¡Por la revolución anarcosindicalista!

–¡Por la revolución!

–¡Por los hermanos Flores Magón!

–¡Por don Ricardo y don Enrique!

Era la euforia del triunfo. Un pueblo de quinientos

habitantes había caído en manos de veinte revolucionarios con unos pocos tiros al aire. Joe Hill se percató de que todo parecía perfecto, sin fisuras aparentes. La revolución avanzaba, incontenible.

Scott entró en ese instante y se paró en el umbral de la puerta.

–¿Y estos tres? –gritó a todo pulmón–, ¿ya están listos para ahorcarlos?

Todos los presentes voltearon hacia donde estaban José María Leyva y Simón Berthold.

–No, muchacho –respondió el primero–. Mejor vamos a cambiarlos por armamento y municiones.

Pero a Scott no le gustó aquella respuesta.

–Creí que éramos anarquistas, que nos gustaba derribar ídolos, derrocar gobiernos, destruir los viejos sistemas para que la libertad no tenga obstáculos. Y, por lo que yo sé, esos tres individuos son los representantes de todo lo que odiamos. Son la justicia corrupta, la impunidad absoluta y el comercio voraz. ¿O me equivoco?

Leyva aceptó el reto.

–No, muchacho, no te equivocas. Pero ahora que tomamos este pueblo de Mexicali no queremos que digan que sólo somos unos asesinos despiadados. La gente debe entender que la revolución es violencia y sangre derramada, pero que

también es trabajo y esfuerzo, que es trabajar todos por sacar adelante este país que nos duele.

Scott bajó la mirada, aparentemente sumiso.

–Yo veo que vamos a hacer negocios con nuestros peores enemigos.

Pero Simón Berthold ya estaba cansado de tanta discusión.

–¡Basta! Hoy no estamos para ver quién es el más anarquista. Hoy estamos aquí para decirle a todo el mundo: nuestra causa, la de la solidaridad internacional, ha ganado su primera batalla. Hoy Mexicali ha sido liberado. ¡Brindemos por ello!

Y todos brindaron.

Y apenas eran las ocho de la mañana del primer día de la revolución.

XVIII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

–¿Dónde podemos comer? –me preguntan los hombres armados.

Yo, un mocoso de quince años que me sabía vida y milagros de todo el pueblo, me doy cuenta de que puedo ser el guía de este grupo de bandoleros.

–Con la señorona –les digo–. Tiene un tapanco bien surtido.

Y allá van, como si no hubieran comido en semanas.

Jesusita, la señorona, los atiende sin escándalo.

Para entonces ya todos están enterados de quiénes son.

Mis amigos lo comentan en plena calle.

–Son revolucionarios.

–¿Son qué?

–Vienen a liberarnos.

–¿De quién?

–De don Porfirio.

–Pero el señor presidente ni sabe que existimos.

–Pues ahora lo va a saber.

–¿A poco?

–Sí. Vamos a ser noticia mundial.

–¿Nosotros?

–Nosotros. Mexicali.

–¿Y a cuento de qué?

–De que nos liberaron.

–¿Éstos?

–¿Pues cuáles otros?

–¿Los revolucionarios?

–Sí. Los revolucionarios.

–Pues yo no les veo la diferencia.

–¿La diferencia con quiénes?

–Con los pelones. Con las tropas de don Porfirio.

–Éstos parecen más serios.

–Deja que se tomen unas copas y ya verás lo serios que son.

–Dicen que ahora somos libres.

–¿Y eso cómo se come?

–Que ya no hay que pagar impuestos al gobierno.

–Bueno. Eso sí me gusta.

–Que todas las propiedades de los ricos van a ser de los pobres.

–Se oye bien, pero ¿cuáles ricos? Aquí todos somos pobres. Los únicos ricos son los gringos.

–Que ahora van a confiscar todas las riquezas a nombre del pueblo.

–¿Cuáles riquezas?

–Pues como ese caballo azabache que allí llevan.

–¿Caballo? ¡Pero si ese caballo es mío!

–Era. Ahora es de todos.

–¡No! ¡Me niego a...!

–Pues ve y diles. Tal vez te hagan caso. O tal vez te pongan la soga al cuello, como hicieron con el alcaide de la cárcel.

–Bueno... bueno... voy a pedirles que me lo compren.

–Ellos le llaman expropiación por el bien común. Y eso significa que no te van a dar nada por tu caballo.

Allá va don Martiniano corriendo detrás de su cabalgadura.

Y discute largo rato con el cabecilla del grupo.

Luego regresa con los brazos caídos y la mirada asustada.

–¿Qué te dijeron?

–Que la revolución no da explicaciones. Que si quiero mi caballo me una a ellos y sea revolucionario.

–¿Y aceptaste?

–No, pues no.

–¡Cobarde!

–Sí. Cobarde. Pero sigo aquí.

–Aquí, sí, pero a pie.

Don Martiniano nos mira feo.

Pero no dice nada.

Da media vuelta y se va por la calle rumbo a Calxico.

–¡No te vayas! –le gritamos.

Pero él sigue caminando, dándonos la espalda. Dándole la espalda a la revolución.

Triste, furioso y sin caballo.

Por un instante dejamos de reírnos a sus costillas.

Y todos pensamos lo mismo.

Hay que ocultar nuestras cosas, pocas pero nuestras, antes que la revolución nos las pida para su causa.

Todos salimos corriendo hacia nuestras respectivas casas y trabajos.

Las risas y las burlas ya no pueden ocultar el miedo que sentimos, los nervios que nos traicionan.

XIX. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

El oficial de comunicaciones leyó el telegrama enviado desde Calexico por Enrique de la Sierra, el cónsul mexicano en esa población de California.

Mexicali asaltada por rebeldes fuertemente armados.

Al percatarse de su importancia, lo llevó, sin dilaciones, al capitán al mando del cuartel.

Este lo leyó con incredulidad y se lo pasó al resto de los oficiales. –¿Rebeldes? Querrá decir forajidos –señaló un teniente.

El oficial de comunicaciones, quien ya había vuelto a sentarse junto al teletipo, escuchó un nuevo mensaje.

Ahora procedía de San Diego, California.

Revoltosos alzados toman Mexicali. Información confirmada testigos presenciales. Actúen en consecuencia.

Firmaba el cónsul mexicano en aquel puerto. Esta vez el capitán admitió la verdad.

–¿Adonde fue mi general Vega? –preguntó en voz alta.

–Ha de estar bebiendo en la cantina de los Hussong, mi capitán. El oficial titubeó un instante.

Luego, dándose cuenta de que todos los soldados y oficiales lo miraban, se irguió lo más que pudo y gritó a todo pulmón.

–¡Pongan en alerta a todo el cuartel!

–¿Por qué causa, mi capitán? –preguntó un sargento veterano–. Mexicali está hasta la chingada.

–¿Y eso qué? ¡La revolución ha llegado!

El sargento veterano se rió por lo bajo.

–Ni que fuera el carnaval, mi capitán.

Y más de un militar apenas pudo contener la risa.

Pero el capitán ya se había ido corriendo, con los dos telegramas en la mano.

–¿Creen que de verdad son revolucionarios o simples forajidos?

El que preguntaba a todos y a nadie era un joven que no

pasaba de quince años, un soldado con apenas dos semanas de haber sido reclutado por el ejército federal.

El sargento veterano se encogió de hombros, indiferente a todo el escándalo que estaba causando en el cuartel semejante noticia.

–¡Qué importa lo que sean! Como soldados nuestra tarea es ir a donde nos manden: a la montaña o al desierto, a la frontera o a la costa.

–Ya era hora –intervino un soldado mayor–. Ya estoy cansado de puro desfile y nada de balaceras.

El joven volteó a verlo con admiración.

–¿Tú ya participaste en algún combate?

–Sí, contra los yanquis, en Sonora.

–¿Y cómo te fue? –insistió el adolescente.

El sargento veterano y el soldado mayor voltearon a verse como si aquel recluta fuera una molestia perpetua.

–Como todas las campañas de guerra: sucia y sangrienta –respondió, con reluctancia, el soldado.

–¿Pero qué pasó? ¿Cómo se cubrieron de gloria las armas nacionales?

Otro soldado joven le propinó un coscorrón al recluta.

–Deja de pensar en la gloria, estúpido, y piensa en salir con vida de lo que se nos viene encima.

–¿Qué se nos viene encima? ¿Hablas de la revolución?

Ahora fue un golpe seco que lo tiró al suelo.

Se lo había propinado el sargento veterano.

–Hablamos de sobrevivir a nuestros jefes, a nuestros coroneles y capitanes que de guerra no saben nada, pero de cortejar a las señoritas de buena familia, lo saben todo.

El soldado mayor ayuda al joven recluta a ponerse de pie.

–Soy nuevo, perdón –se excusó éste.

Las trompetas llamando a formación se escuchaban por todas partes.

El sargento veterano asintió con la cabeza.

–No te preocupes, muchacho. Para morir, todos somos nuevos.

XX. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

Benigno Barreiro, el comerciante mayor de Mexicali, padece insomnio. O mejor dicho: su preocupación por los negocios no le permite dormir a pierna suelta.

Como buen español, si el sueño se esfuma prefiere levantarse, aunque sea de madrugada, encender una lámpara de aceite y acudir a su tienda para inventariar las mercancías que acumula en su almacén.

Son casi las seis de la mañana y ya lleva dos horas en pie.

Por lo que le dicen las cuentas, 1911 no es un mal año para su tienda fronteriza.

Mexicali, como él, despierta temprano.

La gente se marcha a sus labores de campo desde antes de que salga el sol.

Sin percatarse del tiempo transcurrido, Benigno escucha el galopar de jinetes por las calles cercanas.

Y voces broncas.

Y gritos.

Y disparos.

Piensa en una banda de asaltantes.

Luego se desliza del almacén a su tienda.

Quiere estar seguro de que todo está en orden en su propiedad.

Pero apenas llega al mostrador cuando el escaparate de su tienda vuela en pedazos.

Benigno busca la pistola que guarda en un cajón detrás del mostrador, pero al levantarse un cuarteto de hombres mal vestidos le apunta con sus rifles.

El comerciante levanta las manos en señal de rendición.

Uno de los asaltantes le quita la pistola.

Otro salta a su lado y se mete al almacén.

El tercero va a la entrada y se queda vigilando la calle.

Benigno Barreiro, el comerciante mayor de Mexicali, entiende que está siendo robado.

Lo que no comprende es por qué ninguno de sus vecinos ha acudido a ayudarlo.

Luego, ante su propio asombro, piensa que estos asaltantes no son profesionales.

Ninguno se ha cubierto el rostro.

Los cuatro se hablan por sus nombres o apellidos.

Es como si no les importara que los identifique.

O es que me van a matar para que no declare en su contra.

Mientras mantiene los brazos en alto, don Benigno descubre algo más.

–Yo... –balbucea–. Yo a ti... te conozco... sí... yo... te he visto antes. Sí... tú...

–Tardó mucho, amigo, en recordarme. Soy Fernando Palomares.

El asaltante se le acerca.

El rifle con el cañón hacia el piso.

–Usted quería palas y alambre y...

–Y ahora quiero todo lo que tenga en su almacén. Vamos a hacer trincheras en las afueras, por el río Nuevo y más al sur.

Barreiro sigue sin entender.

–¿No van a escapar con el botín?

Palomares se ríe en su cara.

–El botín es Mexicali y nosotros llegamos para quedarnos con él. Uno de los asaltantes regresa del almacén con el libro de inventarios.

–Aquí está todo lo que hay.

Palomares lee con calma las mercancías y las cantidades.

–Gracias por su apoyo desinteresado. Vamos a expropiar toda su tienda. La revolución lo demanda.

Barreiro cierra los puños.

Y hace un gesto de rabia ante aquel robo inaudito.

–¡No pueden quedarse con mi tienda!

Fernando Palomares levanta el cañón de su rifle.

Y lo recarga en el pecho de don Benigno.

–Está bien, amigo, no te enojas.

–¡Tienen que pagar por cada producto!

–Y te pagaremos al contado: tu vida por tu negocio completo. ¿Qué dices? ¿A poco no es una ganga?

El comerciante quiere zafarse del rifle que le apunta, pero es inútil.

–No me digas que no es un precio justo. Recuerda que te lo advertí.

Barreiro mira con rabia a Palomares.

Luego, lentamente, mueve la cabeza en señal de aceptación.

Los revolucionarios lo sueltan.

Palomares le indica la puerta.

–Gracias por tu cooperación.

El comerciante se dirige a la puerta.

Pero los revolucionarios, por los pasos trastabillantes de don Benigno, se dan cuenta de que piensa que de todas formas lo van a matar.

Para infundirle un poco de ánimo, Palomares lo acompaña hasta la calle.

–¿Qué haré ahora? –le pregunta Barreiro.

–Levantar otro negocio. Tienes talento para ello.

–Pero si levanto otra tienda, me la van a volver a quitar.

–Quién sabe. Tal vez para entonces ya seas un revolucionario como nosotros y tus negocios sean bienvenidos.

–¿Puedo ir a mi casa?

–Eres libre, Benigno; ve a donde te plazca.

–Voy por mi mujer y mis hijos.

–Y llévatelos al otro lado.

–¿Ese es tu consejo?

Fernando Palomares observa que los revolucionarios, su gente, ya tienen el control de Mexicali.

–Vete a Calexico hasta que todo se calme, Benigno. Mexicali no es un buen sitio para tener a la familia. Esto es apenas el inicio de la guerra de liberación. Aún falta que vengan los pelones a querer sacarnos de aquí. Batallas vienen y habrá mucha balacera. Yo sé lo que te digo.

Pero Benigno Barreiro no le presta atención.

El comerciante mayor del poblado observa el cuerpo colgante de José Villanueva, el alcaide de la cárcel.

–Creo que no seguiré tu consejo.

–¿Por qué no?

–Cuando viniste a mi tienda la primera vez, ¿qué te dije sobre mis habilidades como empresario?

Palomares asiente al recordarlo.

–Que examinabas lo que faltaba en cada comunidad y te encargabas de suplir la demanda de tal servicio o producto.

–Y ahora veo un filón nuevo que ustedes, socialistas, no van a poder expropiarme.

–¿De qué negocio hablas?

El español, sorpresivamente, abraza a Palomares.

–Me quedo aquí, por estos rumbos. Gracias por nada.

Palomares lo mira caminar en dirección al cadáver de Villanueva.

Asombrado como el resto de los revolucionarios, Fernando ve a Benigno, muy en su papel de hombre valiente, abrirse paso entre la multitud de curiosos que rodean al cuerpo del infortunado alcaide.

Y aún alcanza a oír al terco español fundar, entre el polvo y las nubes de moscas, su nueva empresa.

–¡Buenos días a todos! ¡Soy Benigno, propietario de servicios funerarios a domicilio! ¿Puedo ya bajar a este pobre hombre y darle cristiana sepultura? Cobro barato, pero al contado.

Una mujer, ayudada por un chamaco descalzo, se acerca a Benigno.

–Hágalo, por favor –le suplica.

El comerciante saca una navaja de su bolsillo y la abre.

Luego voltea a ver a Fernando Palomares como pidiéndole permiso.

El revolucionario entiende la situación y asiente.

Benigno procede a cortar la cuerda y, con cuidado, recibe entre sus brazos el cuerpo del alcaide.

Ahora éste será su trabajo.

Su modo de subsistir hasta que la violencia termine y se puedan volver a hacer negocios en paz.

Sin disparos al aire.

Sin expropiaciones forzadas.

Sin muertos que sepultar.

XXI. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

–¿Dónde podemos coger? –me preguntaron los recién llegados.

Y yo los llevé con doña Tencha y sus muchachas.

Eran lo mejorcito de Mexicali.

Gringas, europeas y mexicanas venidas de Yuma y de Los Ángeles.

Los que sabían de esos menesteres, los asiduos de cada noche, afirmaban que todas ellas andaban empolvadas de la cara y limpias del coño.

Que no sólo daban servicio sino que sabían bailar y tocar el piano. Doña Tencha, la madam, era toda una institución en el pueblo. Se conocía la vida y milagros de todos los

funcionarios federales, sus debilidades, sus gustos personales.

Incluso, si ése era el caso, podía conseguir muchachas orientales recién desembarcadas en San Diego, que creían que iban a casarse por estos rumbos y terminaban atendiendo a una docena de cabrones por jornada de trabajo. O negras relucientes, bien curvonas, que hacían las delicias de los viejitos adinerados de Mexicali y de Calexico. Los mismos que odiaban, en público, a los negros, pero amaban, a escondidas, a las negras. Los mismos que van a misa los domingos por la mañana para confesar las orgías del sábado por la noche.

–¿Ya probaste alguna? –quisieron saber los nuevos dueños del poblado.

–No gano dólares –respondí.

–Nosotros invitamos.

Y así acabé con Emily Gilbert en un cuarto que olía a perfume apestoso y sobre una cama bamboleante.

Cuando terminé y ella se lavaba entre las piernas, agarré mi ropa y me vestí en el pasillo.

–¿Y qué te pareció?

Era uno de los cabecillas, Simón no sé qué.

–Bien –dije–. Aunque creo que terminé muy rápido.

–Los nervios traicionan, muchacho. La próxima te irá mejor.

–Gracias por la invitación.

–You're welcome.

Cuando salía del salón de doña Tencha, ésta me agarró del cuello y me detuvo.

–¿Sabes lo que has hecho, mocoso imbécil?

–Traerle clientes. Me debe un peso por cada uno.

Doña Tencha me dio una sonora cachetada.

–¡Idiota! ¡Esos bandidos no pagan! ¡Son revolucionarios!

–Eso oí. ¿Y qué?

–Para éstos, todo culo es de todos y es gratuito.

Abrí los ojos con sorpresa.

–¿Y entonces cuál es la ganancia?

–No hay ganancia.

–Cóbrenles de todos modos.

Doña Tencha me dio una nueva cachetada.

–¿Y cómo puedo obligarlos?

–Llamen a la poli...

Otra cachetada.

–Ya no hay policía ni soldados. Ahora todos somos libres. Arriba, en las habitaciones de las muchachas, había un escándalo. Gritos de mujeres y golpes por doquier.

Doña Tencha me hizo a un lado y fue corriendo a ver qué pasaba. –¿Qué es todo esto? –gritó mientras subía, afanosamente, las escaleras.

Yo me acomodé el cuello de la camisa.

Y le respondí como todo un caballero.

–¡Es la revolución, señora!

Y, por alguna razón inexplicable, sentí que la revolución era algo bueno.

Como un regalo que no puedes rehusar. Como una mujer desnuda en tu cama.

XXII. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

Los pobladores de Ensenada no pueden creer lo que ven sus ojos: los otrora circunspectos oficiales del ejército andan corriendo dentro y fuera del cuartel.

Y los soldados parecen conejos asustados, almas que lleva el diablo.

La Compañía Fija, a las órdenes del coronel Celso Vega, semeja un panal de abejas enfurecidas, una colonia de hormigas pisoteadas.

En la oficina de correos, la gravedad del asunto no les pasa inadvertida a los empleados: saben que aquel telegrama, enviado vía los Estados Unidos, es histórico.

–¿Hoy llega? –pregunta Alfredo Quintero, el secretario particular del coronel Vega.

El operador asiente mientras lo telegrafía.

Ensenada Mex vía San Diego FC

Señor Ministro de Guerra y Marina.

México.

Por esta vía avísanme que hoy en la madrugada fue asaltado Mexicali por revoltosos en número de cincuenta. Salgo violentamente para aquella frontera con cien hombres compañía.

Jefe de armas

Celso Vega

–Si hay respuesta, ¿a quién se la entrego? –pregunta el jefe de correos.

Alfredo Quintero, que sabe que toda la compañía se marcha a la guerra, responde:

–A quien quede en el cuartel.

Y se va corriendo para unirse a sus compañeros de armas.

La gente se detiene en la calle para ver pasar a los soldados federales.

Un niño le pregunta a su madre si es un desfile.

–Sí –contesta la mujer, distraída por la actividad militar.

–¿Y qué celebran? –insiste el niño.

La madre no sabe qué decir.

Otra mujer a su lado llora.

–¿Alguno de ellos es su marido? –pregunta la madre.

–No. Mi hijo.

–¡Qué valeroso! Ir a defender a la patria.

La mujer, iracunda de pronto, le escupe en los zapatos de charol.

–¿Valiente? Mi Manuelito trabajaba en el molino sin saber nada de fusiles y esas cosas. Soy viuda y él es mi primogénito, el hombre de la casa. Sólo tiene dieciocho años. Hace una hora se lo llevaron a la fuerza, como soldado de leva. ¡Sin Manuelito estamos desamparados! ¿Entiende? ¡Desamparados!

La madre se aleja de aquella loca con su hijo a rastras.

–¿Por qué está enojada esa señora, mami?

–No sé.

–Y mira: ahora llora de nuevo.

La madre jala a su hijo rumbo a casa.

–Ha de ser una revolucionaria.

–¿Revolucionaria?

–Una revoltosa, una buscapleitos.

El desfile prosigue.

Más gente ha dejado sus labores y se aglomera para ver pasar a los soldados.

Pocos vítores al principio.

Luego hay gritos de apoyo y aplausos.

–¡Cumplan con su deber!

–¡Aniquilen a esos cabrones!

–¡Viva don Porfirio Díaz!

–¡Arriba el gobierno!

Entre el coro de apoyos, pocos escuchan a la mujer cuyo hijo va forzado, como muchos otros soldados de leva, a combatir a los revoltosos de Mexicali.

La mujer grita una y otra vez, con lágrimas que le escurren por la cara, sin importarle lo que diga la gente a su lado.

–¡Vuelve pronto, Manuelito! ¡Vuelve bien, mijo!

Es la maquinaria de la guerra puesta en movimiento.

El sonido clamoroso de un ejército en marcha hacia la victoria.

XXIII. CALEXICO, CALIFORNIA,

29 de enero de 1911

–¡Cálmese, don Gustavo! Y cuénteme cómo estuvo.

El subprefecto de Mexicali no deja de temblar.

–Llegaron gritando: “¡Viva el Partido Liberal Mexicano!”

–Lo cual nos dice a qué facción pertenecen.

Enrique de la Sierra le ofrece una taza de té a Gustavo Terrazas. Pero éste la rechaza.

–Deme algo fuerte. Coñac o brandy.

Enrique deja a un lado la taza de té.

Y obedece sin chistar.

–¿Gritaron algo más?

Don Gustavo hace un gesto perentorio.

–Lo que acostumbran esos facinerosos: mueras a don Porfirio y palabras altisonantes que ni usted ni yo osaríamos pronunciar. Uno decía que le iban a meter la...

–¡Déjelo así! Ya entendí. ¿Cómo lo trataron?

–Me agarraron desprevenido en mi casa, que es la suya, por supuesto.

Don Enrique le entrega una copa de brandy.

–Pues ahora su casa es de los rebeldes.

–Tuve que pagar un buen dinero para que me dejaran ir. Mi mujer me salvó la vida, pero ahora debemos ochocientos dólares al banco yanqui.

–Supe que lo mismo le pasó al administrador de la aduana, don Cosme. Y tuvieron suerte. Al pobre de Villanueva lo asesinaron.

–No. Él se defendió. Disparó primero y falló. Luego se le encasquilló el revólver y entonces los malditos lo acribillaron. Otros dicen que sólo lo ahorcaron sin dispararle un solo tiro.

–Prefiero mi versión: a sangre fría y por la espalda. ¿Le parece? El subprefecto titubea.

Don Enrique vuelve a llenarle el vaso con brandy.

–Me parece.

–¿Usted vio el cadáver?

–Lo vi colgado en un farol. En la cárcel no vi nada fuera de lugar. Ninguna mancha de sangre.

–¿Lo encerraron ahí?

–Unas horas. Pero para entonces Villanueva ya estaba muerto. Luego supe que toda mi gente había huido.

–Toda la gente de bien de Mexicali está cruzando la línea. Calexico, El Centro, Imperial, Brawley y Holtville van a estar a reventar de mexicalenses desplazados por esta violencia insensata.

–¿Ya se comunicó con el coronel Vega?

–Ya. Viene en camino. Pero es mucha distancia.

Don Gustavo apuró su segundo vaso de licor hasta el fondo.

El cónsul le volvió a servir.

–Tardarán una semana en llegar. Y eso si se apuran.

–He mandado una lista con nombres de los revoltosos. Están los conocidos: Leyva, Berthold, el indio Jiménez, el indio Cholay, Palomares, Gallego y Ramírez Caule. ¿Quién me falta?

El subprefecto abre los ojos.

–Le faltan esos yanquis jóvenes que llegaron con ellos.

–¿Yanquis?

–Sí. Unos vestidos como forajidos, como asaltantes de diligencia. Tipo Jesse James y Billy *The Kid*.

–Tengo que investigar. ¿Quedó alguien de confianza que pueda andar entre esa gentuza y averiguar sus nombres, procedencia, cómplices y planes que tengan?

Don Gustavo se rascó la cabeza y luego miró el fondo vacío de su vaso.

–Doña Tencha. Ella se entera de todo.

El cónsul se muestra sorprendido.

–La madrota. No sabía que era conocida suya.

El subprefecto niega con la cabeza.

–No esa clase de conocida, estimado amigo. Pero como autoridad, debo saber a qué se dedican los ciudadanos a mi cargo.

El cónsul le sirve brandy de nuevo.

–Cierto. Muy cierto. Habrá que pedir que venga a Calxico.

–Creo que eso no es problema.

–Sé que en una casa de huéspedes de aquí acaban de instalarse dos de sus pupilas.

A don Gustavo le brillan los ojos. El cónsul no atina a saber si es a causa del licor o de la lujuria acentuada por la noticia.

–¡Pues vamos a verlas! Si son dos alcanza para ambos.

El cónsul ve que don Gustavo se levanta y trastabilla.

–Aunque su oferta me parece atractiva, ni usted ni yo vamos a llevarla a cabo. Mandaré a alguien que no provoque sospechas con las muchachas. Un recado y que doña Tencha se dé una vuelta rápida por este lado.

–¿A quién mandará para una misión tan delicada?

Don Enrique le pone el abrigo sobre los hombros al subprefecto y abre la puerta de su casa.

–Tengo alguien de confianza. Una mujer que no levantará suspicacias: Margarita Ortega. ¿La conoce?

Don Gustavo lo ve con mirada vidriosa.

–No mucho.

–Es gente buena. Leal al gobierno.

–Si usted lo dice.

El subprefecto titubea.

–Pero algo he aprendido en estas últimas veinticuatro horas.

–¿Y qué es?

Don Gustavo intenta hallar las palabras justas.

–Que...

–¿Sí?

–Que ya nadie es de confianza.

–¿Cómo dice?

Don Gustavo se detiene en la acera y yergue el cuerpo.

–Que todos pueden ser traidores y uno ni siquiera lo imagina.

Don Enrique entiende el razonamiento.

Pero no lo comparte.

–Mañana se va a aclarar todo esto.

–¿Usted lo cree?

–Lo creo. ¿Quién se atreve contra el ejército nacional? Los que tomaron Mexicali están locos.

–Sí. Locos. Por eso dan miedo.

–No se preocupe, Gustavo. Todo volverá a la normalidad en cuanto el coronel Vega llegue con sus tropas.

–¡Dios lo escuche!

El cónsul vuelve a su oficina. La botella vacía de brandy lo recrimina.

El no ha bebido ni una gota de licor. Sabe que necesita mantenerse sobrio y lucido ante este desastre, que la hora feliz de la bohemia puede esperar a mejores tiempos.

–¿Qué quiere hacer ahora? –dice una voz retumbante a sus espaldas.

Don Enrique respinga.

–No lo vi llegar, Mobley Meadows.

–Entré por la puerta trasera. La señora que limpia la casa me dejó entrar.

–Margarita.

–Esa. Recibí su recado. ¿Qué necesita de mi gente?

–Que pongan guardia cuidando la frontera de día y de noche.

–Ya lo hice. Treinta de mis hombres están en eso. Pero son insuficientes.

–Lo sé. ¿Qué me recomienda?

–Pedir que el ejército cuide la frontera.

–¿Llamar a Washington?

–Sí. Esto va a ponerse al rojo vivo.

–Pronto llegarán tropas mexicanas.

Mobley Meadows toma una botella de ron y se sirve medio vaso por su cuenta.

–¿Pronto? ¿En una semana? ¿En diez días? Para entonces será demasiado tarde.

El cónsul reconoce que el tiempo está en su contra.

–¿Y si usted y sus guardias pasan a Mexicali y sacan a los bandoleros?

–Creí que usted era cónsul de México, no de Estados Unidos.

Don Enrique sabe que ha hablado de más.

–No quiero que esto se extienda. En cuanto la prensa se entere van a hacer un escándalo.

–Y a su presidente, como al nuestro, no le gustan los escándalos.

–Así es.

Ambos se observan como dos viejos zorros.

–Si cruzo la línea en plan oficial sería una agresión a su país y nos saldría el tiro por la culata.

Don Enrique comienza a ver una posibilidad.

–Pero si usted y su grupo de amigos cruzan la frontera para divertirse en México, sería de lo más normal. Sin placas oficiales, pero bien armados. Acabarían con la rebelión en media hora.

–Tendríamos que darnos prisa.

–Desde luego.

–Y aun así necesito tiempo. Mínimo un día para juntar al

menos unas cincuenta personas que no le saquen a una batida de patos escandalosos.

–Revoltosos.

–Es posible. ¿Usted cubriría los gastos de municiones?

–Cubro eso y la fiesta que haremos en su honor si eliminan a esa plaga molesta.

–¿Comunistas son o algo así?

–Peores: son anarquistas.

Al *sheriff* se le endurece la mirada.

–¿Como los que dinamitaron el periódico *Los Ángeles Times*?

–Esos meros. Terroristas sedientos de sangre.

–Está bien. Yo me encargo. Siempre y cuando esto no llegue a la prensa.

–Sólo usted y yo lo sabremos.

Meadows termina de beber y se marcha por la puerta trasera. Margarita Ortega sigue lavando en silencio cuando el *sheriff* pasa a su lado.

Don Enrique de la Sierra, cónsul de México en Calexico, comienza a ver una luz al final del túnel, mientras Margarita pone a secar la ropa y silba una canción cucapá:

El pájaro rojo salta de rama en rama,

*el pájaro negro salta de rama en rama.
Todo el día cantan y cantan,
todo el día vuelan y vuelan.
El coyote los mira y desespera.
El coyote los mira y desespera.*

XXIV. CALEXICO–MEXICALI,

29–30 de enero de 1911

Los guardias fronterizos que el *sheriff* del condado de Imperial puso a vigilar la frontera llevan contabilizadas ciento noventa y siete personas, hombres, mujeres y niños, que han cruzado la línea de México a los Estados Unidos para quedarse a residir en el país vecino mientras se aclara la situación.

Son refugiados y ahora deambulan, como fantasmas, por las calles de Calexico, El Centro, Imperial y Brawley.

La Cruz Roja, en su pequeño local, ha pedido voluntarios y se ha creado un comedor público para los mexicanos de escasos recursos.

Pero hay otras novedades.

Por más que han querido detenerlos, los voluntarios,

mexicanos o estadounidenses, cruzan a México para unirse a la revolución. A caballo, cargados de armas y municiones, atraviesan la línea divisoria a galope, temiendo ser detenidos.

Los guardias fronterizos americanos vigilan, con especial cuidado, la zona aduanal, donde los revolucionarios son visibles con sus armas al hombro y patrullando, de dos en dos, la frontera.

Los revolucionarios les echan pullas a los guardias.

O les piden cigarrillos y bebidas.

Los guardias no responden.

Tienen órdenes de no confraternizar con los alzados.

De considerarlos potenciales enemigos.

Pero ésas son palabras del *sheriff* Meadows.

Hasta ahora no hay órdenes oficiales al respecto.

Tampoco causa sorpresa ver a las prostitutas cruzar de un lado a otro de la frontera.

–Donde van los clientes va el negocio –murmura uno de los guardias.

Ahora una mujer pasa con una canasta de ropa.

–¿Y ésa? –pregunta un guardia joven.

–Esa es Margarita Ortega. Trabaja lavando y planchando ropa. Y los guardias la ven cruzar hacia México.

Está anocheciendo y un viento helado se cuela por su ropa mientras Margarita abre la puerta de su casa.

Deja su atado de ropa en una mesa desvencijada.

Su hijo Irineo corre y la abraza.

–¿Todo bien, mamá?

–Todo bien.

En cuanto su hijo la suelta, Margarita se pone a escribir una nota para Simón Berthold.

–Ve y dásela sin que nadie del pueblo te mire. ¡Vamos, aprisa!

Su hijo se marcha corriendo.

Su hija, Rosaura, la mira con una sonrisa enorme.

Por las comisuras de los labios le escurre un río de saliva.

Margarita toma una toalla y le limpia el rostro.

–¿Cómo estás, Rosaurita mía?

La jovencita nació mal de la cabeza.

No puede valerse por sí misma.

Por eso sigue sonriendo.

Pero no responde a los arrumacos de su madre.

–Déjame verte. ¿Ya comiste? Mira nomás, aquí dejaste toda la comida.

Rosaura hace un mohín.

–No me gusta eso.

–Pero es todo lo que tenemos. Come, anda.

Rosaura se lleva las dos manos a la boca.

En señal de rebelión.

Margarita, la luchadora social, la comprende.

Margarita, la madre, le aparta las manos y le mete la cuchara con sopa de cebolla en la boca.

Unos minutos más tarde, Irineo vuelve.

–¿Qué te dijeron?

–Que gracias. Que van a actuar en consecuencia.

–Deben darse prisa. Llamar a la prensa.

Irineo se ríe de sus angustias.

–¿La prensa? Si los revolucionarios están rodeados de periodistas. Ya parecen estrellas de circo. Les toman fotos y declaraciones cada cinco minutos.

Margarita va al fregadero y se pone a lavar los platos.

–¿Y tu papá?

–En la cantina.

–¿Qué hace allá?

–Recaba información.

A Margarita Ortega eso no le gusta.

Su marido se expone demasiado.

Un día lo van a descubrir y quién sabe cómo le vaya.

Su hija se le acerca arrastrando los pies.

–Cuento. Cama –dice.

–Al rato –le responde su madre–. Primero los platos.

–Cuento. Cama –dice Rosaura con voz obstinada.

–Al rato –le responde su madre–. Primero los platos.

–¡Cuento! ¡Cama! –ahora grita la muchacha a todo pulmón.

–No puedo. Espérate tantito. ¡Irineo!

–Ya sé, mamá.

Irineo, con un gesto de resignación, se lleva a su hermana.

En el camino toma un libro de cuentos.

–¿Cuál quieres que te lea? –le pregunta.

–La princesa bonita.

–¡Ese cuento es horrible! –se lamenta su hermano.

Desde la cocina le llega la voz de su madre:

–¡Cuéntale el que le guste!

Irineo se resiste.

–¡Pero es de puros aristócratas decadentes!

–Si a tu hermana le gusta, ¡qué importa! ¡No la hagas enojar!

Mientras busca el cuento de la princesa, Irineo recuerda cómo se pone su hermana cuando le dan sus ataques.

Se cae al suelo.

Y le brota espuma de la boca.

Y todo su cuerpo se arquea y se estremece.

–¡Cuento! ¡Cuento!

–Está bien. Aquí va. Había una vez, en un reino muy lejano...

A la misma hora que Irineo está leyendo un cuento de princesas bonitas y príncipes encantadores a su hermana, Simón Berthold despacha un boletín de prensa para los diarios locales del otro lado, el *Calexico Chronicle* y *The Imperial Valley Press*.

El comunicado oficial es toda una declaración de principios.

Y va dirigido al sheriff Mobley Meadows.

Es un texto de advertencia y de denuncia.

Y es un aviso de que los revolucionarios también cuentan con su propio sistema de inteligencia.

Que están al tanto de los ires y venires de sus enemigos.

Enero 29 de 1911.

Mexicali, México.

Sheriff de los Estados Unidos de América.

Hemos tenido conocimiento de buena fuente que hay un movimiento del lado de usted que procura organizar a un grupo de hombres con el propósito de cruzar la línea y rescatar algunos de nuestros prisioneros; y en tal caso, ellos serán violadores de las leyes de neutralidad y lo harán poniéndose en peligro. Le advertimos a usted lo anterior, ofreciéndonos de usted respetuosamente Simón Berthold, segundo líder de la revolución [rúbrica].

P. D. Debe usted tener presente que nosotros no constituimos una gavilla, sino que estamos peleando por principios.

Al día siguiente habrá de publicarse no sólo en los

periódicos de la región sino en los diarios de San Diego y Los Ángeles.

Cuando lo lea Enrique de la Sierra, cónsul del gobierno porfirista en Calexico, entenderá perfectamente las implicaciones.

La toma de Mexicali no es un hecho aislado.

Es la primera parte de un plan mayor.

La desestabilización del gobierno del general Porfirio Díaz.

El proyecto de tirar por la borda un sistema político para instaurar uno nuevo. Uno radicalmente nuevo.

Los anarcosindicalistas pueden parecer una gavilla. Pero son algo mucho peor que simples bandoleros.

Son el inicio de una revolución.

El primer aviso de que acá, en Baja California, se juega el todo por el todo.

—¿Qué va a pasar si ya el *sheriff* Meadows no puede ingresar a Mexicali y eliminar a estos truhanes?

Es don Gustavo, el exiliado impertinente.

—Que ahora todo este lío será noticia mundial.

—¿Y el coronel Vega? ¿Por dónde anda?

El cónsul ve el horizonte montañoso cubierto de nubarrones.

La ruta que deben tomar las tropas federales para cruzar la península y bajar al desierto. Más de trescientos kilómetros de tierra inhóspita.

–No sé por dónde ande, pero sí sé que le está lloviendo.

Don Gustavo observa la sierra rocosa que preside el paisaje al oeste de Mexicali.

–Como a nosotros –refunfuña el subprefecto.

Ambos hombres ven los relámpagos a lo lejos.

La tormenta que avanza y los engulle.

XXV. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

31 de enero de 1911

–La victoria es la mejor publicidad.

Scott de nuevo con sus frases rimbombantes.

Joe Hill se levantó de la cama y vio que apenas iba saliendo el sol. –¿Qué decías?

–Que antier éramos una veintena de valientes revolucionarios contra el mundo y ahora ya pasamos de un centenar. Como digo: la victoria es la mejor publicidad.

–Deja los eslóganes para mí, ¿quieres?

–¡Huy, qué sensible!

El cantante se vistió como pudo.

–¿Cómo anda todo por el pueblo?

–Está casi deshabitado. Las buenas familias mexicalenses huyeron por la noche al otro lado, pero eso nos benefició.

–¿En qué forma?

–Requisamos sus gallinas, vacas, cabras y cerdos.

–¡Vaya botín!

Scott se puso a examinar su rostro en el espejo.

–El mejor botín: huevos, leche, queso y carne asada. ¿Para qué pedir más?

A Joe Hill se le abrió de golpe el apetito.

–Espero que haya desayuno.

–Las putas lo están haciendo.

–¡No las llames así!

Scott hizo una mueca de disgusto.

–Hoy te levantaste con el pie izquierdo. ¿Cómo quieres que las llame si dan el culo por dinero?

–Llámalas trabajadoras, simplemente. Además, desde que tomamos Mexicali ya no cobran.

Scott se carcajeó como un poseso.

–¿O sea que si no cobran no son putas?

–Exacto.

–Pues has de saber que después de la primera encamada, todas ellas y su madam se pusieron en huelga de piernas cerradas.

–¿Y?

–Que ahora, a pesar de nuestra buena educación anarquista y socialista, les llevamos regalos, alguna joya, algunas yardas de tela, para que depongan su huelga. De una u otra forma han vuelto a cobrar por sus servicios.

Joe Hill comprendió la ironía de aquella situación.

–Nuestra utopía empezó a corromperse a causa del sexo y ahora el capitalismo ha vuelto a hacer de las suyas.

–Disculpa, señor mojigato, pero a falta de señoritas de buena sociedad, que ahora duermen en Calexico, las putas son camaradas confiables.

–¿Confiables?

–Con ellas uno sabe a lo que se atiene: pago y cojo. Punto.

Joe Hill ya estaba cansado de aquella plática.

–Sigue siendo una explotación a base de dinero. El que tiene gana, el que paga es obedecido. Eso, ponle como le pongas, es esclavitud. Pero antes de seguir discutiendo, vamos a desayunar. Me muero de hambre.

Scott siguió a su amigo hacia el comedor.

–¿Te das cuenta de que las revoluciones abren el apetito?

Joe Hill cayó en el garlito.

–¿Las revoluciones?

–Sí, cantante, el apetito por la vida, por las mujeres, por los alimentos y las bebidas de toda especie.

En la calle se toparon con un muchacho que no pasaba de los diez años y que colocaba letreros en las casas, los edificios y los comercios abandonados por sus dueños.

El letrero decía: “Requisado”.

Joe Hill miró a su alrededor.

Mexicali seguía siendo un pueblo polvoriento, pero ahora no tenía nada de plácido: en todas direcciones pasaba gente armada, grupos de revolucionarios que vociferaban o reían.

Apenas habían entrado a la fonda, cuando un niño los alcanzó.

–¿Ustedes son Joe y Scott?

–Sí, ¿por qué?

–Los anda buscando el comandante Leyva. Quiere que se presenten enseguida con él.

Ambos se miraron: el olor a comida recién hecha era una tentación insufrible.

Pero órdenes eran órdenes.

Mientras se dirigían al cuartel revolucionario la misma duda los asaltaba.

¿Para qué nos quiere?

No tuvieron que esperar mucho para obtener una respuesta.

José María Leyva, comandante del ejército liberador, examinaba un mapa en inglés del valle de Mexicali.

–¿Que nos andabas buscando? –preguntó Scott, tuteando al comandante.

En el ejército anarquista ésa era la costumbre.

Las jerarquías funcionaban para dar órdenes y recibirlas, pero el trato era entre iguales.

Leyva observó a Scott y su sonrisa burlona, a Joe con su inseparable guitarra al hombro.

–Quiero que vayan a Calexico y manden estos telegramas a la junta del partido en Los Ángeles. No sé por cuánto tiempo el ejército estadounidense nos dejará cruzar la línea internacional sin detenernos. Hay que aprovechar el margen para pedir que manden refuerzos de inmediato.

–¿Eso es todo? –inquirió Joe.

–No. Luego se van a Holtville, con don Alfonso Veranda, y se traen una recua de mulas con armas y municiones.

–¿Y no nos van a cobrar impuestos en la aduana? –bromeó Scott.

A Leyva no le hizo mucha gracia el comentario.

–Apresúrense. Que esta calma chicha no va a durar mucho.

Joe volteó hacia la fonda.

–No hemos desayunado. ¿Podemos...?

–¡No! ¡Coman algo en el camino! ¡Esto es urgente!

De mal humor, los dos anarquistas subieron a sus cabalgaduras y cruzaron, ante la mirada suspicaz de un soldado americano, la línea a Calxico.

–¿Adonde creen que van?

–A comer un sándwich –contestó Scott.

–O un pollo frito –agregó Joe.

–¿Son revolucionarios?

Joe le mostró su guitarra.

–Somos músicos. Yo toco y él canta.

El soldado, viendo que no tenía otra cosa más que preguntar, los dejó seguir su camino.

–¿Así que ahora soy cantante? ¿Como Caruso?

–No te envanezcas. Por lo que te he oído, con sólo que te pongas a cantar se rinde todo el ejército porfirista.

–Me duele tu crítica. Y más viniendo de un tipo que canta como res en el matadero.

Joe sonrió ante aquel comentario.

–Yo canto con la voz de la gente de la calle. Digo lo que ellos sienten. No hago fiorituras vocales. Me basta con que me escuchen cantar historias de vagabundos, de obreros y de campesinos que cultivan la tierra.

–Te dolieron mis palabras.

–No, Scott. Tus comentarios son ciertos. No soy un buen cantante, pero sé contar historias de gente común y corriente, como tú y yo. Para lo que hago no se necesita ser buen músico sino tener buen oído.

–¿Qué una cosa no va con la otra?

–Tener buen oído para escuchar lo que el pueblo cuenta: las injusticias que sufre, los sacrificios que padece, las rebeliones en que participa, los nombres de sus mártires y los de sus asesinos.

–¿De sus asesinos?

–Sí, el *sheriff* que los mató o los guardias que los golpearon. Yo canto para la gente que vive al margen de la ley: para los forajidos, los presos políticos, los sindicalistas, las mujeres que buscan ser ciudadanas completas de este mundo.

–Ya, no sigas; tus discursos son peores que los de Ricardo Flores Magón.

–Pues de tanto hablar ya me volvió el hambre. Así que mandemos estos telegramas y antes de ir a Holtville vamos a comprarnos algo para el camino.

Así lo hicieron.

Y para mediodía ya estaban en la casa de Alfonso Veranda, el mejor contrabandista de California. Este ya les tenía bien cargadas una docena de mulas.

–Váyanse por el lecho del río Nuevo. Está seco ahora. Y no hay soldados vigilando. No apresuren a las bestias. Les gusta ir a su paso.

Ambos asintieron.

Para las cinco de la tarde ya habían llegado a la línea internacional. Entonces vieron, hacia el cerro del Centinela, una nube de polvo.

–¿Más refuerzos? –preguntó Joe.

Scott sacó sus binoculares y observó en aquella dirección.

–No vienen: van.

–¿Soldados federales?

–Creo que sí. Algunos que se nos escaparon.

–Hay que avisarle a Leyva.

–Sí, no tiene caso perseguirlos: de que ya todo Baja California sabe que Mexicali es nuestro, no tengo dudas.

–¿Crees que vengán a desalojarnos?

–¡Por supuesto! La pregunta clave es: ¿cuándo?

La nube de polvo iba desplazándose hacia las montañas al oeste, por donde el sol se ponía, provocando con sus rayos que el cielo se transformara en un atardecer rojizo y resplandeciente.

–¿No vas a componerle una canción a este paisaje? –lo pinchó Scott.

–¡Ni loco que estuviera! Soy un revolucionario, no un romántico.

Y ambos entraron, por el enclenque puente de madera, por segunda vez a Mexicali.

Doce mulas, bien cargadas de armas y municiones, abrían la marcha.

Sus camaradas, en cuanto vieron lo que traían para ellos, comenzaron a chiflarles y aplaudirles.

Berthold, su comandante, fue menos efusivo:

–Hasta que se consiguieron novias, muchachos.

XXVI. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

1º de febrero de 1911

¿Que hay saqueos?

Sí, los hay.

No vivimos del aire.

Requerimos agua y abastecimientos.

¿Que matamos a mansalva?

No. Siempre ha sido de frente.

¿Que colgamos al alcaide de la cárcel de Mexicali? Sí, porque no quiso deponer las armas cuando pudo. Porque torturó a nuestros camaradas.

Porque mandó a Mariano Barrera, compañero revolucionario, a Ensenada, y allá le aplicaron la ley fuga.

Pero a todos los demás funcionarios porfiristas que

capturamos los dejamos ir o los usamos para intercambiar municiones, armas y luz eléctrica.

Sí. Luz eléctrica.

En medio de estos arenales les aseguro que es indispensable.

¿Que cómo me llamo?

José María Leyva.

Soy el comandante de la revolución bajo las órdenes de la junta del Partido Liberal Mexicano.

Los que me acompañan son Simón Berthold Chacón y Camilo Jiménez.

¿Qué cosa?

No. No me asustan los indios.

Me asustan los banqueros y los especuladores.

Esa sí es gente peligrosa.

¿Que qué pienso de don Porfirio Díaz?

Que si hubiera dejado el poder hace veinte años, cuando menos sería un hombre recordado con cariño por el pueblo mexicano.

Pero la ambición es mucha.

Y el poder subyuga, seduce, corrompe hasta al más santo.
Por eso lo combatimos.

A él, a su gobierno y a la gente que le cubre las espaldas.

¿Mi opinión sobre el coronel Celso Vega?

No sé mucho de ese señor.

Creo que le gustan los desfiles.

Y los pasteles franceses.

Y el coñac.

Pero no me pregunten sólo a mí.

Nosotros, los anarquistas, tenemos jefes para que nuestro ejército tenga dirección y guía a la hora del combate. En todo lo demás no hay rangos. Excepto el rango igualitario de compañeros, de camaradas.

¿Ahora es conmigo?

Yo soy el comandante Simón Berthold.

No. No soy estadounidense.

Tampoco británico.

Soy mexicano de padre alemán.

Estamos aquí para cimbrar a este país, para zarandear a sus clases pudientes que sólo se preocupan por la última moda de París y no quieren ver las desigualdades sociales,

económicas y políticas que han hecho de México una pieza de ámbar, una nación petrificada que sólo se moderniza en ferrocarriles y telégrafos, pero no en derechos ciudadanos.

¿Que hable más despacio?

Soy de la frontera: puedo hablarles en inglés o en español.

Bien, ¿qué más?

No somos más que los que ven aquí: un grupo de revolucionarios.

No estamos a las órdenes del gobierno estadounidense.

No queremos sacar partido de esta lucha.

Ni beneficios personales.

¿Este caballo?

No. No es mío.

Es de todos.

Aquí pensamos como los tres mosqueteros pero multiplicado.

Todos para todos.

Somos una unión con voces individuales pero con una meta en común.

Liberar pueblo tras pueblo, territorio por territorio, a todo México.

Empezamos por Mexicali, un pueblo con apenas quinientos habitantes, la mayoría chinos, y luego seguirá el resto de este Distrito Norte de la Baja California.

Y de ahí toda la península.

Y Sonora.

Y Chihuahua...

¿Madero? ¿Don Francisco Madero?

El anda en su movimiento y nosotros en el nuestro.

El objetivo es el mismo: derrocar a la dictadura.

La diferencia entre los maderistas y nosotros es lo que pretendemos hacer cuando ganemos.

Madero quiere pactar con todos. Quiere que nos reconciliemos, porfiristas y revolucionarios. El cree que sacando a don Porfirio todo se soluciona, que con votar ya hay democracia.

Nosotros creemos que sacar a don Porfirio es el primer paso.

Y no el más importante.

Lo duro es dismantelar el sistema autoritario que él puso en acción.

Y no hablo de todo ese aparato represivo: el ejército, los rurales, las guardias blancas.

Hablo del sistema autoritario que cultivó por años y años en la mente de los mexicanos.

Ahora muchos son dictadores en potencia.

La gente pide orden como les pide a sus criados que le sirvan la cena.

Díaz ya no es el mayor obstáculo.

Miren, aquí, en Baja California, sus habitantes sólo quieren continuar con sus negocios.

Están enojados con nosotros por haber trastocado su mundo de progreso y de ganancias.

Durante treinta años prosperaron en la paz de los sepulcros de la dictadura porfirista.

Y nunca se quejaron.

Al contrario: le agradecían a Dios y a la virgen de Guadalupe por haber traído al general Díaz al poder absoluto.

Estaban felices comerciando con los estadounidenses.

Vendiéndoles bebidas y apuestas y mujeres.

Y entonces llegamos nosotros.

Les aguamos la fiesta.

¿Qué?

Pero si estoy hablando bien despacio.

Mujeres.

Sí, dije mujeres.

Ya saben de cuáles, no se hagan.

Y por eso, volviendo al tema, nos ven como destructores de su modo de vida.

Comodinos que son.

Perdón, ¿puede repetir la pregunta?

¿Que cuál es nuestra siguiente movida?

¿Pues quién eres?

¿Un espía de Celso Vega?

Nuestros planes de guerra los conocerán cuando sucedan.

Pero les aseguro que va a haber sorpresas.

Sí. Grandes sorpresas.

Mínimo me voy a rasurar.

¿Ven? Eso no lo esperaban.

¿Yo?

Yo veo, no hablo.

¿Mi nombre?

Camilo Jiménez.

Ustedes me conocen.

Soy indio de por aquí.

Cucapá.

¿Qué papel desempeño?

No el de piel roja.

No maté a Custer.

No soy el salvaje primitivo que tanto quieren que seamos.

Lucho.

Ese es mi papel.

El de un luchador de mi pueblo.

Nosotros, más que la población mexicana mestiza, sufrimos el régimen de don Porfirio.

Nosotros no sólo carecemos de voto.

Nosotros carecemos de voz.

Yo tuve que aprender a defenderme no con arcos y flechas.

No con rifles y pistolas.

Aprendí a defenderme aprendiendo su idioma.

Sus leyes.

Sus costumbres.

Aprendí leyendo a sus profetas y libertadores.

Por eso combato con Leyva y Berthold.

Son mis hermanos.

Hermanos en el sufrimiento.

Hermanos en la revolución.

Eso es todo.

XXVII. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

1º de febrero de 1911

Ethel Duffy, la esposa de John Kenneth Turner, es una de las pocas mujeres que conocen los pormenores de la campaña militar en Baja California. A su domicilio llegan los telegramas enviados por Scott Wheeler y Joe Hill desde Calexico.

Este José María Leyva es un buen comandante. La información es precisa: “Ya contamos con ciento veinte hombres y van aumentando día con día. Aún hay paso libre en la línea internacional. Se requieren más voluntarios para poder avanzar sobre las demás poblaciones de Baja California. Hay rumores de que el ejército estadounidense va a proteger las tierras y ranchos de Otis y de Chandler en el valle de Mexicali”.

Ethel lee el último telegrama: “Díganle a la junta que lucharemos hasta la muerte”.

Tocan a la puerta de su casa.

La mujer esconde el telegrama dentro de su blusa y abotona ésta hasta el cuello.

Al abrir la puerta se topa con una figura singular.

Un vaquero alto y de pelo largo que, en cuanto ve a Ethel, se quita el sombrero y hace una reverencia.

Casi un Buffalo Bill.

–¿Sí? ¿Qué desea?

El hombre sonríe como un niño cogido en falta.

–Vengo a ponerme a sus órdenes.

–¿A mis órdenes?

–Soy Stanley Williams, luchador social, y quiero participar en la gloriosa campaña de su ejército.

–¿De mi qué?

–Bueno, disculpe, es que estoy harto de que nadie me tome en serio. Ya me presenté con los Flores Magón y me vieron como un bicho raro o, peor, como un espía de no sé quién. Pero le juro, señora, que soy un anarquista de cuerpo y alma.

Ethel frunce el entrecejo.

–Un anarquista no cree en el alma.

–Lo que sea, pero yo quiero pelear antes de que tomen ustedes todo México. ¿Me permite pasar a su casa y explicarle?

Ethel no sabe cómo tratar a aquel individuo.

–No puedo. No está mi esposo en este momento.

Ahora es el vaquero quien frunce el entrecejo.

–No sabía que tenía prejuicios burgueses. ¿O necesita el permiso de su marido para invitarme a su casa?

Ethel se sonroja.

Aquel muchacho ha dado en su talón de Aquiles.

–¡Está bien! Pase, pase.

–Gracias. Se lo agradezco. ¿Y no tendrá por ahí una cerveza? Me muero de sed.

–Como soy anarquista, vaya usted a la cocina y sírvese con confianza. Y tráigame una, si no le molesta.

El vaquero deja el sombrero en la mesita de entrada.

Y desaparece en el cuarto que le señala Ethel, para aparecer un minuto más tarde con dos vasos repletos de cerveza.

–Gracias por su hospitalidad –dice a manera de brindis.

Ambos beben en silencio.

Pero Ethel vuelve a la carga de inmediato.

–Decía que quiere participar y no lo dejan.

–Leyva no me quiere en Mexicali. Hablé con él poco antes, en Holtville, y me dijo que no le gustaba mi comportamiento.

–¿Un anarquista indisciplinado?

–Yo no veo la contradicción, ¿y usted?

A Ethel comienza a caerle bien aquel ser estrafalario.

–¿Cuáles son sus credenciales como revolucionario?

El hombre se sienta a su lado.

–Soy *wobblie*, miembro de la Industrial Workers of the World. He sido fundador de varios grupos a favor de la libertad de expresión de Nuevo México a Oregón. He estado en la cárcel defendiendo la causa del sufragio para las mujeres y el derecho a crear sindicatos en cuanta empresa haya en todo Estados Unidos. Creo que los negros, los pieles rojas y los blancos somos una misma raza y que la religión sólo sirve para que ciertos hombres usen vestidos como las mujeres. Amén.

Ethel comprende el carisma de aquel muchacho, pero ve el reloj de la sala y todos sus deberes se le vienen encima. Es hora de pasar los telegramas a la junta del Partido Liberal Mexicano. Hay asuntos urgentes que no pueden demorarse.

–¿En qué piensa?

La pregunta la toma desprevenida.

–En que tengo mucho trabajo por hacer.

El vaquero se levanta de un salto.

–Disculpe. No era mi intención entretenerla.

Ethel lo acompaña a la puerta.

–Yo veré qué se puede hacer en su caso. Si el comandante Leyva no acepta que usted se incorpore tendrá que buscar otro lugar donde probarse como militante de nuestra causa.

–Hable con su esposo. El podría interceder.

La desconfianza vuelve.

–Usted parece saber mucho de mí y de mi marido.

–Yo leía su revista, *The Border*, cuando vivía en Tucson, Arizona. Me encantaban los reportajes de su marido.

–Entiendo.

–¡No, no entiende! Lo que más me gustaba eran los editoriales: había una mezcla de sentido común, conocimiento de la vida y entusiasmo revolucionario muy especial. Estoy casi seguro, a pesar de que eran anónimos, de que usted los escribía.

Ethel vuelve a sonrojarse.

Entre los anarquistas, las alabanzas son cosa burguesa.

–Así es. Yo escribí la mayoría de los textos.

–Como ve, señora, les he seguido la huella a ustedes dos desde hace tiempo. Y aclaro, para evitar cualquier suspicacia, sin otro afán que contribuir a la liberación de México en la medida de mis posibilidades.

–Le creo. Pero mi marido anda fuera. Venga pasado mañana y hablaremos los tres.

Antes de que Ethel cierre la puerta, Stanley vuelve a la carga.

–No se olvide de mí, se lo ruego. Necesito acción.

Ethel se detiene y se le queda viendo.

–¿Cómo nos encontró?

Stanley Williams muestra su mejor sonrisa mientras se ajusta el sombrero sobre sus rebeldes cabellos.

–Trabajo en las oficinas de correos, señora. Y puedo decirle que allí husmean agentes del Departamento de Estado y detectives de la agencia Pinkerton. Pero yo sé proteger a los nuestros. Ahora le toca a usted protegerme.

Y con grandes zancadas se aleja de la casa.

Ethel finalmente cierra la puerta.

Y se queda pensando en los telegramas ocultos bajo su blusa, palpitando sobre su pecho.

XXVIII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

3 de febrero de 1911

Este país, los Estados Unidos de América, es sólo un refugio temporal. Desde que estoy en él puedo contemplar, en primera fila, las fuerzas que lo zarandean, las contradicciones de que se alimenta.

¡Cuántos mitos destruidos con sólo vivir entre sus garras!

Yo vengo de un país donde el trabajo humano digno es una utopía, de un México donde la esclavitud prevalece, donde el nacionalismo es un instrumento al servicio de la oligarquía dominante. Una sociedad febril, desesperada, que aún no encuentra su camino.

Y me topo con este hormiguero, con este caos donde la industria es una fuerza mayúscula, donde el progreso se palpa día con día. Los Estados Unidos de América son un gigante que avanza, que corre hacia el futuro. Pero al

que le falta pasión por lo humano y le sobra pasión por el dinero.

Aquí todos somos hormigas laboriosas, piezas de una maquinaria que nunca se detiene.

Y por eso yo y mis ideas provocamos conflictos; porque si los americanos llegan a pensar lo que están haciendo, toda su industria se vendría abajo, toda la fachada de su progreso caería a sus pies.

¿Y qué verían entonces?

A Moloch comiéndolos sin misericordia.

A los capitalistas sanguijuelas chupándoles sus heroicas energías.

Por eso nos persiguen, nos investigan, nos acorralan, nos denuncian, nos meten en prisión.

Somos lo que más temen.

Somos los que gritamos que no puede haber progreso mientras no haya justicia social, mientras no seamos todos libres.

Por eso apelo a los estadounidenses.

A los irlandeses.

A los alemanes.

A los británicos.

A los italianos y franceses.

A todos los que tengan el corazón en la mano y los ojos bien abiertos.

Esta no es una lucha sólo de mexicanos.

Esta es una causa universal.

En ella deben participar blancos y negros, indios y mestizos, trabajadores y comerciantes, hombres y mujeres por igual.

Nuestra lucha nunca será mezquina.

Nunca se basará en intereses personales, en el lugar de nuestro nacimiento, en el color de la piel o en la lengua que hablamos.

Nuestra revolución es para romper cadenas: las tuyas y las mías. No combatimos para derrocar a Porfirio Díaz y poner otro tirano en su lugar.

Nuestro propósito es destruir un sistema que gobierna para esclavizarnos y crear un gobierno que garantice, antes que cualquier otra cosa, la felicidad de los mexicanos.

A quien atienda nuestro llamado, a quien acuda en nuestro auxilio, le estaremos profundamente agradecidos.

Sea compatriota o extranjero, eso no importa.

Para nosotros será siempre nuestro hermano.

Porque en el combate por la libertad no hay distinguos posibles.

El que lucha por ella ha disuelto las fronteras de clase, de nacionalidad, de sexo.

Ser revolucionario es ser solidario con la humanidad entera.

Es saber que el ideal supremo nos unifica en la sangre derramada por su causa.

Vengas de donde vengas, tu vida comienza en el momento en que tomas las armas por la revolución.

Ahora ya lo sabes. ¡La revolución es un canto a la tierra y a la libertad!

¡Un himno por un mundo sin cadenas!

No pido menos.

No pido más.

General José María Leyva

Jefe del ejército liberador anarcosindicalista

Mexicali, Baja California, territorio libre de México

XXIX. CALEXICO, CALIFORNIA,

5 de febrero de 1911

Enrique de la Sierra, cónsul mexicano, comienza a perder la paciencia. El coronel Vega no aparece.

El juez Miguel Lira y Lira, junto con Gustavo Terrazas, el subprefecto de Mexicali, sólo causan vergüenzas entre los estadounidenses.

Y mientras tanto, los sediciosos al mando de Leyva andan por Mexicali haciendo de las suyas sin que ninguna autoridad intervenga.

El cónsul escribe un resumen de la situación reinante:

Calexico está lleno con lo que fue la población de Mexicali y una buena parte de los exiliados dependen de la caridad pública para subsistir. La mayoría de la gente ha emigrado para esta población, y se encuentra aquí

causando verdaderas lástimas. En Mexicali sólo quedaron las cantinas, los prostíbulos, y su habitual clientela de gente *non sancta*, sin que haya un solo policía para evitar cualquier delito.

Estando por completo suspendido el tráfico, el señor Enrique O. Calderón, interventor de la Dirección General de Aduanas, decidió abrirlo de nuevo, reinstalando el servicio aduanal, provisionalmente en la garita de entrada.

Me mostró un telegrama en que aquella Dirección General, en respuesta a otro suyo, le dice que haga todo lo posible por recuperar la población, para lo cual dicho señor pidió algunos celadores a otras aduanas.

Mientras, desde el día 1º de este mes, se abrió formalmente el tráfico aduanal entre Mexicali y Calexico, levantando Calderón un acta, en la que expresa la razón de la suspensión, la reapertura del tráfico, las horas de servicio de 8:00 de la mañana a 5:30 de la tarde. Habiéndome rogado dicho señor que asistiera yo al acto, no creí que hubiera inconveniente alguno. Así, pues, lo hice, y como además de los empleados aduanales firmaron muchas personas que estuvieron presentes, así lo hice yo.

Desde el día 1º a la fecha el servicio aduanal ha seguido sin interrupción durante las horas señaladas (aunque por la noche se haya suspendido y los empleados pasaron a

este lado, en virtud de la inseguridad de allá, sin que éstos hayan sido molestados en lo más mínimo por nadie).

El tren del Inter-California que debió haber salido de esa población de Yuma el lunes 30 de enero, temiendo que lo aprovecharan los revoltosos para trasladarse a Los Algodones, conseguí que se detuviera su salida, pero hizo el viaje por Estados Unidos y el jueves en la tarde salió de Los Algodones, por México, para Mexicali, sin que tuviera novedad. El viernes 3 salió de aquí para Algodones llevando un gran cargamento de mercancías y maquinaria para las estaciones del tránsito y tampoco fue molestado durante el trayecto; aconteciendo lo mismo en su viaje de regreso ayer sábado 4 del corriente.

En Los Algodones, así como en los campamentos de trabajadores mexicanos ocupados en las obras de defensa del río Colorado, hasta hoy no hay novedad, asegurándose, por persona fidedigna, que en estos últimos los trabajadores habrían rechazado a los revoltosos. A mi modo de ver hay demasiada lentitud en los trabajos emprendidos por los señores jueces y subprefecto. Cualquiera que sea su verdadera causa, lo cierto es que ha pasado toda la semana y no se ha hecho nada absolutamente por recuperar la población que, de hecho, ha estado abandonada por los revoltosos por más que se asegure que hay algunos en el pueblo que sólo esperan la presencia de las autoridades para aparecer.

Espero que el coronel Vega aparezca pronto, que todas mis quejas dejen de ser pertinentes. Y, en especial, aguardo con ansiedad que la normalidad vuelva a esta zona de México. Aun con toda esta revuelta, espero que los trabajos que empresas estadounidenses llevan a cabo en el valle de Mexicali, como son canales, compuertas de distribución, acueductos y diques de defensa contra el río Colorado, se concluyan a la brevedad posible para que las obras de distribución del agua sirvan para irrigar al valle de Imperial, impulsando su desarrollo agrícola e industrial, fincando así una amistad perdurable entre ambos países. Negocio que los revoltosos han obstaculizado con su sola presencia. Y que ha provocado graves pérdidas económicas a todos los involucrados en esta empresa ingenieril de fama mundial.

El cónsul De la Sierra termina de escribir su informe sin ver una salida al caos que lo rodea.

Afuera todo parece tranquilo, pero nada lo está.

XXX. LABOR TEMPLE, LOS ÁNGELES,

5 de febrero de 1911

No me gustan los parásitos.

La gente que vive a costillas de los demás.

Los que gozan de privilegios mientras otros carecen de lo esencial. América nació como un sueño igualitario.

Nuestros padres fundadores no querían un imperio, un gobierno de elitistas y de esnobs.

Y cuando las masas migrantes llegaron a las costas de América, cuando se dispersaron por las ciudades y abrieron la colonización al oeste, la gente supo que valía por sus propios méritos.

Que la fuerza del trabajo es la fuerza de la libertad.

Por eso suscribo los ideales de la unión sindicalista.

Por eso me considero un *wobblie*, un miembro más de la Industrial Workers of the World.

Y nosotros, los *wobblies*, sabemos que nadie triunfa solo, que se necesita unir esfuerzos para lograr las metas que nos hemos propuesto.

Mi mensaje va para los queridos, valientes camaradas de la Revolución mexicana que hoy están combatiendo en Mexicali.

Sabemos lo que la prensa vendida dice de ellos y de nosotros, los que los apoyamos.

Sus escupitajos nos enaltecen.

Sé los insultos que nos lanzan con sus lenguas bífidas.

Pero yo digo que los combatamos con sus propias palabras. Que usemos sus adjetivos como medallas en nuestros pechos. Sí, somos todo lo que temen.

Somos todo lo que no se atreven a ser.

Y es que no se atreven a ser hombres y mujeres libres.

No son lo suficientemente audaces para romper el yugo de sus amos y escribir lo que creen y no lo que les ordenan creer.

Ante la sarta de mentiras contra los revolucionarios mexicanos es momento de dar un paso adelante.

¡Levántense todos!

¡Señores y señoras, obreros y criadas, campesinos y oficinistas!

Quiero que digan conmigo, sin titubeos, en voz alta, el juramento de los hombres y mujeres libres, que llaman camaradas a sus compañeros mexicanos:

Nosotros los socialistas, anarquistas, vagabundos, ladrones de gallinas, forajidos e indeseables ciudadanos de los Estados Unidos, estamos con ustedes en cuerpo y alma. Ya se habrán dado cuenta de que no somos respetables. Tampoco lo son ustedes. Ningún revolucionario podría ser respetable en estos días en que reina la propiedad. Todos los insultos que se han lanzado contra ustedes, también se han lanzado contra nosotros. Y cuando el soborno y la codicia se yerguen y empiezan a insultar, los hombres honrados, valientes, patriotas y mártires, sólo pueden esperar que se les llame ladrones de gallinas y forajidos. Que así sea. Pero yo quisiera que hubiese más ladrones de gallinas y forajidos de los que integraron la valerosa banda que tomó Mexicali, de los que están sufriendo heroicamente en las mazmorras de Díaz, de los que están combatiendo y muriendo y sacrificándose en México hoy. Suscribo esto, yo, Jack London, escritor y viajero, como ladrón de gallinas y revolucionario.

Ahora cada quien diga su nombre como yo dije el mío.

Los presentes dicen sus nombres a gritos y tiran sus sombreros al aire.

Jack London está feliz en aquel momento de euforia colectiva. La gente lo aplaude de pie.

Alguien lo abraza: es Ethel Duffy Turner, la esposa de John Kenneth Turner.

–Gracias, Jack. Vamos a tener recaudación récord para nuestra causa.

El famoso escritor está de acuerdo.

–Reunir dinero no es el problema en este país.

–No lo sabía. ¿Y cuál es el verdadero problema?

–Comprar armas sin que el gobierno se entere.

Ethel lo mira con sus ojos sagaces.

–Para eso está mi marido, Jack.

El escritor mira a su alrededor.

–Por cierto, no lo veo. ¿Dónde anda?

Ethel le da un beso en la mejilla y le susurra: –Adivina.

XXXI. CALEXICO, CALIFORNIA,

6 de febrero de 1911

Es raro ver la revolución del otro lado.

Escuchar la balacera.

Contemplar de lejos el tumulto.

Yo ardía de ganas de estar en Mexicali echando balazos.

No sé cuál es el motivo de tanta desconfianza por parte de Leyva y Simón.

Ambos saben que yo, Stanley Williams, soy un ferviente anarquista y un leal miembro de la IWW.

Y no sólo eso; ya que ustedes, camaradas, insisten: tengo más experiencia en combate que la mayoría de los revolucionarios que hoy tomaron Mexicali.

Lo digo en serio: fui soldado en la guerra del 98 contra España.

Estuve en las colinas de San Juan bajo las órdenes del histérico de Teodoro Roosevelt.

Allí aprendí a no tenerle miedo a nada ni a nadie.

Serpientes u hombres, malaria o cólera.

Un buen soldado no es lo mismo que un buen combatiente.

El primero recibe órdenes y las acata, como una máquina.

El segundo recibe y da órdenes, hace lo necesario para mantenerse con vida mientras acosa al enemigo, mientras lo vapulea hasta su destrucción absoluta.

Por eso dejé el ejército y me hice anarquista.

Para pelear a mi gusto.

Para decir, a mi cuenta y riesgo, cómo y cuándo hacerlo.

El anarquismo, para muchos, es discusión y análisis.

Cosas de gente sedentaria a la que en vez de crecerle los músculos le crece el culo.

Yo veo el anarquismo como ejercicio físico.

Una fuerza que te mueve a cambiar las cosas sólo para disfrutar el caos que se provoca.

Una fiesta para bailar y beber.

Porque –y díganme si me equivoco–, ¿para qué hacer la revolución si todo el mundo se aburre?

A mí –no sé a ustedes– me aburren los discursos.

Yo quiero acción.

Y gente moviéndose.

Y tiros y duelos como en las novelas de vaqueros.

Por eso me muero de ganas de pasar a México y unirme a la causa de la revolución anarcosindicalista.

Pero...

Pero a los viejitos de la junta les doy mala espina.

Dicen que no obedezco órdenes.

Que siempre voy por mi cuenta y no escucho razones.

Que soy indisciplinado.

¿Qué les pasa?

¿Orden? ¿Disciplina?

¿De cuándo acá la revolución es portarse bien, pedir permiso, dar disculpas?

La revolución es una fuerza que arrasa con todo.

Y nosotros, los anarquistas de América, queremos hacer nuestra parte.

Con libertad total, aunque otros la llamen libertinaje.

Sin más orden que el caos.

Sin más gusto que pasarla bien: bebiendo, cantando, siendo hermanos.

Alegres hasta el fin.

Unidos hasta la muerte.

Por eso hoy me uno a mis camaradas en Mexicali.

Les guste o no, yo también soy la revolución.

Yo también tengo derecho a pelear por ella.

A gritar en su nombre: ¡Viva México, cabrones!

Pero ahora debo contenerme, debo guardar silencio mientras cruzo la línea internacional, mientras entro al primer territorio libre de América con pasos ligeros, llevando mi caballo bien sujeto para que no relinche; así podré incorporarme al incendio revolucionario, a la fiesta de las balas, a la hermandad de los iguales.

Una sombra me sale al encuentro.

—¡Identifícate!

—Soy camarada. Me llamo Stanley Williams. Vengo a unirlos a ustedes.

Una lámpara me ilumina.

Otras sombras surgen por doquier.

–¿Traes armas? ¿Traes municiones?

–Traigo ganas de pelear.

Alguien se ríe frente a mí.

Alguien me da palmadas en la espalda.

Ahora lo comprendo: estoy a salvo.

He dado con mi gente.

He entrado al paraíso.

John Kenneth Turner y Ethel, su esposa, tienen razón: es mejor pedir perdón que pedir permiso.

¡Mexicali: ya estoy aquí!

¡Revolución: vente conmigo!

XXXII. CIUDAD DE MÉXICO, MINISTERIO DE GUERRA Y MARINA,

8 de febrero de 1911

–¿Alguna novedad?

–Varios telegramas desde Baja California y Sonora.

–¿Dónde queda eso?

–En la frontera con los Estados Unidos.

–¿Quién los manda?

–Celso Vega, coronel de grado, mandó el primero notificando que revoltosos tomaron la población fronteriza de Mexicali.

–¿Mexicali?

–Está entre San Diego, California, y Yuma, Arizona.

–Eso es ninguna parte.

–Así es. Puro desierto.

–¿Qué otro telegrama llegó?

–Uno desde Hermosillo, de este día.

–¿De quién?

–De Luis E. Torres, el jefe militar del Noroeste.

–A ése sí lo conozco. Léamelo.

El coronel jefe de armas en la Ensenada en telegrama fechado el 3 del actual en Tecate y recibido hoy me dice lo siguiente: “Circunstancias apremiantes oblíganme solicitar un refuerzo de tropas; una compañía me bastaría para asegurar éxito sin mayores sacrificios de vidas. Estas podrían venir de Mazatlán en vapor de guerra a Ensenada trayendo municiones y acémilas”. Lo que me honro en transcribir a usted para su conocimiento permitiéndome manifestar que de Mazatlán no es conveniente, en las actuales circunstancias, sacar más fuerzas porque la guarnición ha quedado reducida a poco más de ciento cincuenta hombres del Quinto Batallón y la Sección de Artillería. Ya he exhortado al coronel Vega a combatir con los elementos que tiene y a cumplir con su deber como militar.

Luis E. Torres.

–Eso significa que todavía no hace contacto.

–El coronel Vega viene de Ensenada. Son cientos de kilómetros desde ese puerto hasta Mexicali.

–¿Y el terreno?

–Pedregoso, escarpado. Difícil de cubrir las distancias a buena marcha.

–¿Cuándo cree que entable combate este coronel?

–Mañana o pasado mañana.

–No creo que haya que avisarle al señor presidente.

–Yo tampoco. Esas poblaciones son insignificantes.

–Estoy de acuerdo. Son gavillas que requieren más de la medicina de los rurales. ¿Cuánta tropa lleva?

–El coronel Celso Vega lleva a ciento ochenta soldados de la Compañía Fija de Ensenada, más unos ciento cincuenta hombres entre personal de intendencia, policías y soldados de leva.

–¿Sabemos algo de los bandidos?

–Cuarenta o cincuenta, cuando mucho. Mire, aquí llegan dos nuevos telegramas. Ambos de Torres. El primero dice:

”Coronel Celso Vega en telegrama de hoy me dice de paso por Las Juntas, Baja California: ‘Me están haciendo mucha falta uno o dos para que me ayuden en los diferentes servicios que se están ofreciendo en esta

frontera, pues no tengo de quién echar mano para atenderlos debidamente’.”

–¿De qué habla este Celso?

–Debe tener problemas para hacerse cargo de la situación.

–¿Pero cómo? Trae trescientos hombres contra cincuenta. No veo el caso.

–Tal vez las condiciones del clima están en su contra.

–¿El clima? Eso sí que es un pretexto que no conocía.

–¿Le leo el otro telegrama?

–Sí, claro que sí.

El coronel Celso Vega en telegrama fechado en Las Juntas, Baja California, me dice lo siguiente: “Ayer en la mañana se trabó un ligero tiroteo entre una avanzada de mis tropas y otra pequeña del enemigo, resultando dos muertos de éste y se le recogieron dos carabinas con setenta y cinco cartuchos y un caballo ensillado. En mi tropa no hubo novedad.

El hecho tuvo lugar cerca rancho Tres Pozos, inmediato a Sierra Picachos, adonde se replegó enemigo ocupando allí fuertes posiciones”. Lo que tengo la honra de comunicar a usted para su superior conocimiento.

–¿Ve usted? Como le decía: esta incursión de malandrines

va a terminar en unas horas. Nuestro coronel recaptura Mexicali y asunto arreglado.

–Estaré pendiente si llega más información.

–Yo me voy a cenar. Esta revuelta veo que murió al empezar. Buenas noches a todos, caballeros.

–¡Buenas noches, coronel!

XXXIII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

13 de febrero de 1911

Peter Graham, el guía, ha pagado a un centinela estadounidense para que deje cruzar la frontera a su carreta con una docena de turistas a bordo.

A cada uno le ha cobrado diez dólares. Y todos han pagado sin chistar. No sólo eso: han quedado esperando un segundo *tour* al menos ocho turistas más.

Peter ha encontrado su veta de oro: el turismo revolucionario.

Sólo tiene que evitar que algún oficial los detenga.

Pero el rancho de Peter colinda con la línea internacional y únicamente tiene que atravesar veinte metros y ya está en México.

En realidad, desde hace dos semanas ha puesto en marcha un nuevo negocio: el alquiler de su porche para que los morbosos puedan observar la revolución mientras toman cerveza (los caballeros) y limonada (las damas).

Hoy va a pasar a una nueva fase.

Más emocionante y peligrosa.

Ha descubierto que el peligro vende.

Y vende bien.

La docena de turistas que conduce a México quieren ver a los rebeldes en su propio territorio.

Peter, que entiende los riesgos asumidos, les ha dicho a sus viajeros algo que no esperaban:

–Lleven su propia bebida y alimentos. No porten armas. No fraternicen con los insurgentes.

–¿Podemos tomar fotos? –inquieta el nervioso del grupo.

Peter recuerda el trato concertado un día antes con Stanley Williams: cada foto que tomen es un dólar para los revolucionarios y un dólar para la causa.

–Pueden, pero sólo con permiso de los rebeldes.

–¿No nos van a disparar? –cuestiona una dama joven.

–Ni a tocarles un solo cabello.

–¿Cuánto durará el *tour*?

–Una hora cuando menos.

El centinela sobornado les da la espalda mientras la carreta, tirada por cuatro buenos caballos, ingresa a Mexicali.

Peter va señalando los puntos de interés.

–Esta es la plaza de toros, lugar sangriento donde el hombre y las bestias se enfrentan a muerte.

Los turistas le dan un simple vistazo.

–Y aquí está la cárcel de Mexicali, cuyo alcaide fue acribillado a balazos.

Todos los turistas abren los ojos y se quedan quietos.

Peter les indica un farol maltratado en medio de la calle, apenas a dos metros de distancia.

–Y ahí fue donde lo colgaron.

–¡Qué horrible! –exclama una señora de edad.

Peter los pasea por el campamento de los insurgentes. Y, como parada final, los lleva a la tienda de suvenires, donde los revolucionarios están sentados, tomando cerveza y descansando después de doce horas de vigilancia en las afueras del poblado.

Stanley Williams sale a recibirlos.

–Bienvenidos al territorio libre de México. ¿Han disfrutado su viaje por Mexicali?

–Sí, gracias.

–Pero queríamos ver combate.

–O cadáveres.

–¿No podrían disparar unos tiros al aire?

–¿O gritar algo revolucionario?

Stanley Williams es un anfitrión de primera.

En unos minutos junta a un grupo de insurgentes.

Y todos posan, con la mirada desafiante, ante las cámaras fotográficas.

Y así permanecen, sin moverse, hasta que todos los turistas quedan satisfechos.

Algunos turistas compran banderas rojas.

O adquieren los sombreros de los revolucionarios.

Mientras los visitantes disfrutan de aquel entretenimiento, los compañeros *wobblies* de Williams deponen las armas y ocultan las municiones bajo el piso de la carreta.

Peter es un negociante nato.

Fomenta el turismo, hace negocios y apoya a la revolución.

–¿Por qué lo haces? –le pregunta Williams al rancharo californiano.

Peter se rasca la barba.

Y antes de cruzar hacia Estados Unidos le responde:

–Soy fronterizo, ¿qué otra cosa sé hacer que comprar y vender? Negociar y sacar ganancias es la única revolución en que yo creo.

Lo obvio para Peter Graham es que el turismo es el mejor negocio en este momento, y el morbo de la gente, su combustible principal.

Mientras sus turistas bajan de la carreta y le agradecen la formidable experiencia de conocer la revolución, Peter empieza a dudar.

Hasta ahora no ha habido enfrentamientos armados.

Así que si se precipita una batalla, ¿qué hará?

¿Subir el precio del viaje a veinte dólares?

¿Por qué no?

A mayor demanda, precios más altos.

Like business as usual (Los negocios como siempre).

XXXIV. PASO DE PICACHOS, BAJA CALIFORNIA,

14 de febrero de 1911

El coronel Celso Vega se muestra irritado.

Irritado y molesto.

El viaje de Ensenada a Mexicali, que por lo regular se hace en cinco días máximo, le ha llevado casi dos semanas recorrerlo. Las lluvias intensas, desbordantes, han puesto intransitables los caminos de la sierra.

Ha podido, al fin, llegar a Tecate, pueblo fronterizo situado entre Mexicali al este y Tijuana al oeste, y ahora observa, desde las alturas del Paso de Picachos, el valle de Mexicali.

Y allí, en medio de esa planicie plana y desértica, está una pequeña constelación de puntitos luminosos.

Pero Vega titubea.

Sus informes le dicen que los rebeldes han salido del poblado de Mexicali para enfrentarlo en campo abierto.

Ahora ve que eso es cosa pasada.

Los rebeldes estuvieron aquí, en Picachos, y ya se han retirado del lugar.

¿Cuántos son realmente?

¿Qué armamento poseen?

¿Sus tropas van a presentarle batalla de frente o se han organizado, como los boers en Sudáfrica, en guerrillas que atacarán sin previo aviso, en el momento en que se descuide?

El coronel tiene muchas dudas.

Y lo peor es que en cuanto baje al valle todos sus movimientos serán visibles ante el enemigo que, agazapado, lo esperará en posiciones ventajosas para la defensa.

Necesito conocer mejor en qué hormiguero voy a meter a mi gente. Necesito saber qué nos espera en esos arenales.

—¿Cuáles son las órdenes?

Sus oficiales se ven cansados pero ansiosos de presentar batalla.

—Bajar al valle, hacer reconocimientos de las defensas, localizar sus puntos débiles y, en cuanto los encontremos, atacarlos.

–¿Sabemos algo de sus posiciones?

–Espero informes precisos desde Calxico, vía Tecate.

–¿A cuántos sediciosos nos enfrentamos?

–Quizás el mismo número que nosotros. Tal vez menos: como unos ciento ochenta revoltosos. En el peor de los casos ellos nos llevarán una ligera ventaja numérica.

–Pero nosotros contamos con mejor armamento.

El coronel Vega, a pesar de las decenas de deserciones, quiere mantener el optimismo ante sus subordinados.

–Y mejor espíritu de combate.

Se escucha el galope de un jinete en medio de la noche.

–¿Quién vive? –preguntan los centinelas del campamento.

El jinete se detiene de golpe.

–Traigo un telegrama para el coronel.

Vega lo toma con premura y capta, de una rauda mirada, su contenido.

–¡Están fortificando, los malditos!

Y luego vuelve a leer el telegrama con más calma.

–¿De dónde viene la información?

–Del cónsul Enrique de la Sierra en Calxico. Y dice, para que estén todos enterados, lo siguiente:

”Es indispensable se traiga artillería, para destruir las fortificaciones que han tenido tiempo para hacer los aventureros. Esas fortificaciones rodean todo el pueblo, ayudando a la defensa natural que proporciona el barranco conocido por río Nuevo y que presenta una pared casi vertical de unos diez a treinta metros de altura, rodeando a Mexicali por el poniente y sur, cuyos pasos más practicables han sido volados con dinamita, y otros minados. En el fondo de ese barranco hay una corriente de agua no muy caudalosa, pero que dada la naturaleza de todo el terreno, presenta una superficie fangosa y peligrosísima de más de veinte metros de anchura, en la que un hombre se hunde hasta el pecho sin poderse mover.

”Por el oriente, defiende a la población un terraplén construido para librarla de las inundaciones que tienen una altura de unos tres o cuatro metros, que comenzando en la frontera va hacia el sur hasta el margen del barranco aludido; terraplén que sirve de excelente trinchera. En toda la margen del barranco aludido han hecho trincheras y excavado además unos hoyos de suficiente capacidad para que tres hombres estén de pie, no presentando más blanco que la cabeza. Como alturas en la población, sólo hay la plaza de toros (que usan de cuartel general) y una casa de ladrillo de dos pisos que domina toda la población, y por lo tanto ofrece una excelente posición.

”Cerca de la plaza de toros hay un paso practicable viniendo del sudoeste, y por allí están las principales fortificaciones y además las minas. De éstas han sembrado todos los alrededores para impedir que se acerquen las tropas.

”Considero, pues, indispensable para tomar Mexicali, el uso de artillería, tanto para desalojar a los aventureros de sus posiciones como para evitar un sacrificio grande de gente.”

El coronel Vega se aleja de sus oficiales.

Pero oye los comentarios, las opiniones.

–No contamos con esa clase de artillería.

–Debemos esperar refuerzos.

–Si esperamos, sus defensas serán inexpugnables.

–Ataquémoslos. En cuanto se vean frente a soldados profesionales van a salir corriendo.

El coronel está irritado. Irritado y molesto.

Todos los ojos del gobierno mexicano, en el país y en el extranjero, están pendientes de sus movimientos, de las decisiones que está por tomar.

El valle de Mexicali los espera: desafiante, cubierto de trampas mortales.

Vega arruga el telegrama y voltea hacia Mexicali de nuevo:

ha decidido entrar, con todas sus tropas, a esa madriguera de rebeldes.

Cueste lo que cueste hay que abatir esa revolución antes de que prenda en todo el país.

Mexicali es el foco infeccioso y hay que tomarla a galope tendido, metiéndonos en sus fauces.

Como ese otro coronel famoso, Custer, en Little Big Horn. Pero yo tendré mejor suerte.

Ya lo verán, amigos y enemigos, leales y traidores.

Ya lo verán.

XXXV. CALEXICO, CALIFORNIA,

15 de febrero de 1911

El capitán Conrad A. Babcock está furioso.

Como encargado de mantener, con sus tropas, la frontera bien vigilada entre los valles de Imperial y de Mexicali, sólo ha conseguido dolores de cabeza ocasionados por las dos partes del conflicto.

El ejército estadounidense lo ha puesto aquí para evitar tres cosas: que el valle Imperial se convierta en zona de guerra; que haya contrabando de armas y personas, y que se dispare contra el territorio estadounidense desde México.

Pero nadie se la pone fácil para cumplir su misión. Enrique de la Sierra, el cónsul mexicano, pretende darle órdenes y decirle que hacer y qué no. Todos los días viene al campamento, establecido junto al paso del ferrocarril, y le

exige que mande vigilar la sierra Cucapá, entre los monumentos 218 y 225, ya que presume que por esa zona los revoltosos transportan provisiones de toda especie. Luego el cónsul se queja de que las autoridades norteamericanas se hacen de la vista gorda con respecto a los floresmagonistas.

Babcock sabe que para poder lograr un mínimo control de la frontera debe conferenciar con todos los implicados. Explicarles cuáles son sus órdenes. Que el gobierno de su país no va a apoyar a ningún bando, pero si alguien rompe la ley será detenido, procesado y castigado según las leyes de los Estados Unidos de América.

Pero a los mexicanos por un oído les entra y por otro les sale lo que digo.

Las leyes de neutralidad son, para estos señoritos y estos bandoleros, letra muerta. No escuchan mis advertencias. No toman en serio mis palabras. Creen que es a los adversarios a quienes hay que meter a la cárcel y no a ellos. ¿Qué no ven dónde están parados? ¿Qué odios les hacen olvidar el sentido común? Y a nadie dejo contento. A los revolucionarios no puedo llamarlos así frente al cónsul.

“Son fi-li-bus-te-ros”, me dice el muy idiota.

Y a los oficialistas no puedo tratarlos como refugiados políticos porque los revolucionarios me acusan de apoyarlos. Por eso, en cuanto llegué, mandé llamar a Simón Berthold, uno de los cabecillas de la revuelta. Le puse escolta de

caballería: no fuera que uno de los seguidores de Porfirio Díaz le disparara en Calexico. A Berthold le externé mis preocupaciones.

–No quiero que apunten hacia el norte. Sé que algunos de sus hombres han disparado contra Calexico. ¡Eso es inadmisible!

Berthold, que se autodenominó como segundo al mando, me contestó que ellos no habían comenzado con el tiroteo.

Que los guardias, empleados y policías que cruzaron a Calexico acostumbraban dispararles desde el valle Imperial.

Que dos de sus hombres habían sido heridos.

Y por eso respondieron disparando hacia Calexico.

Eso sí me sorprendió.

Llamé a varios de los guardias fronterizos y me confirmaron que todos los mexicanos, los que eran gente del gobierno, pasaron a nuestro país con sus armas.

Y que todavía las conservaban.

Allí mismo di órdenes para que desarmaran a todos los refugiados que estuvieran residiendo en California.

–¿Ahora está conforme? –pregunté.

Por supuesto que no estaba conforme.

Quería, el tal Berthold, que le dejáramos pasar todas las armas y municiones que su movimiento requería.

Le contesté:

–Si uno de sus hombres vuelve a disparar a nuestro territorio, ordenaré tomar la aduana de Mexicali, ¿entendido?

Dijo que sí.

Que hablaría con sus hombres.

Y votarían de acuerdo con su conciencia.

No pude creerlo.

–¿Qué no es jefe de sus tropas?

–Para inspirarlas, sí, no para darles órdenes como ésa. Somos anarquistas, ¿sabe?

Y se marchó muy orondo.

Yo me quedé con un nudo en el estómago.

Pero esto no es nada.

Luego que desarmé a los refugiados y empleados públicos, volvió el cónsul.

Furibundo.

Casi me comía con la mirada.

–¿Usted dio semejante orden?

–Yo la di. ¿Por qué la pregunta?

–Nos ha dejado indefensos.

–Desarmados. No indefensos. Recuerde que mis tropas los defienden.

–Pero si queremos volver a México, ¿nos devolverán las armas?

–Desde luego. ¿Piensa volver hoy mismo? ¿A plena luz del día? Este cónsul es listo.

Entendió la ironía de mis comentarios.

–Voy a poner una queja directa.

–¿De qué se va a quejar? ¿De que no dejé que extranjeros portaran armas en el propio territorio de mi país? ¡Hágalo! Seguramente me van a ascender por lo que hice.

–¿Y qué es eso de que obligó al subprefecto Terrazas a irse de la casa en que estaba viviendo en Calxico?

–Lo hice para evitar conflictos. Vivía a menos de dos cuadras de la línea y es una figura muy reconocida.

–¿También lo hizo para su protección? ¿Eso quiere decir?

–Absolutamente. Era un blanco fácil para los revolucionarios y en su casa se juntaban porfiristas exaltados. Hay acusaciones de que desde esa casa se disparaba contra los revolucionarios.

Me encantó ver su cara contorsionada.

El cónsul Enrique de la Sierra no admitía la palabra “revolucionarios”.

El quería que todos los calificáramos de filibusteros, de piratas, de invasores.

Era curioso, pero a mí me importaba poco la forma de llamarlos, mientras se comportaran y no fueran un grupo hostil a mi país.

–¿Necesita algo más, señor cónsul? ¿Le queda por ahí alguna queja por ventilar?

Afortunadamente ya había dicho lo que tenía que decir.

Mientras se despedía no pude evitar importunarlo.

–Una cosa de parte del gobierno estadounidense: sé que el coronel Celso Vega está por llegar a la zona para recapturar Mexicali.

–Creemos que mañana eliminará ese foco sedicioso.

–Bien. Necesito que le diga algo de parte del ejército estadounidense, del cual soy su vocero y representante oficial en esta zona.

–¿Qué quiere que le diga?

–Algo muy sencillo: que no dispare al norte.

–¿Qué?

–El va a atacar de sur a norte, ¿verdad?

–Ignoro su estrategia, capitán.

–Dígale que si dispara hacia nuestro territorio, responderemos. Ahora sí lo había hecho enojar.

–¿Y cómo cree que el coronel Celso Vega pueda tomar Mexicali si los filibusteros están al norte, en plena línea, fronteriza?

Sonreí antes de contestar.

–Si su coronel Vega es un militar con imaginación, estoy seguro de que encontrará la forma de recuperar Mexicali sin provocar una guerra entre nuestras queridas naciones. ¿O no? Además, esta petición también se la hice a los rebeldes. Quiero que ambos bandos sepan la consecuencia de sus actos.

Don Enrique, tan caballeroso como siempre, me saludó con una venia al retirarse.

Y yo, ante estos dos acérrimos contendientes, debí poner buena cara al mal tiempo.

Ser el fiel de la balanza.

Pero es imposible equilibrar a estos mexicanos.

Quieren guerra a tambor batiente.

Por mí que se maten todos.

Que se eliminen unos a otros.

Mientras ninguna bala perdida pase a este lado.

Un soldado se acerca con prisa, agitando los brazos.

–¡Capitán Babcock! ¡Capitán Babcock!

¿Qué nuevo incidente ocurre?

–Respire, soldado, aquí estoy.

–La columna de las tropas regulares mexicanas ya se avista.

–¿Dirección?

–Noroeste.

–¿Qué dicen los vigías?

.–Que vienen con todo, capitán.

–Habrá batalla entonces. ¿Algo más?

–Mandamos exploradores por el desierto. Hay gente nuestra ubicada en nuestro cauce del río Nuevo.

–¿Y los insurgentes?

–En el mismo cauce, más al sur. Cuentan con una especie de trincheras.

–Puede retirarse, soldado.

El capitán Conrad A. Babcock se levanta de su silla.

Su asistente le trae un catalejo y se lo entrega.

–Al fin va a haber acción –le comenta a su superior.
Babcock no lo duda.

–Prepárense por si tenemos que intervenir. Y que estén alertas los servicios sanitarios.

–¿Cree que nos manden a sus heridos?

–Por lo que sé del ejército federal, lo que más temo es que nos inundemos de soldados desertores.

Y con su catalejo examina el terreno de la próxima batalla.

¿A quién le importa este pueblo?

¿A quién se le ocurrió que valía algo como para combatir por su posesión, como para matar o morir en sus calles?

–Va a ponerse divertido –dice su asistente.

–Ya veremos.

Allá, en el horizonte, algo brilla.

Una fila de puntitos oscuros.

Y el resplandor de las armas de guerra.

El capitán Babcock sólo tiene un deseo.

Que este lío se acabe aquí y ahora.

Que esta batalla lo decida todo.

Y allá, en la distancia, un espejismo va tomando forma, va gritando su llegada.

XXXVI. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

15 de febrero de 1911

La noticia se esparce por las filas de los rebeldes en Mexicali y sus alrededores.

–Camilo Jiménez y Antonio Cholay fueron los primeros en enfrentarse con los pelones, con los federales.

–Ambos se lanzaron de frente, sin medir el peligro.

–Les dispararon de cerquitas. Nada pudimos hacer.

–Era fuego tupido, recio.

–Las balas volaban por todos lados.

–Pero ellos también recibieron lo suyo.

–¿Recuperaron sus cuerpos?

–No. Después del enfrentamiento, cada bando tomó para su rumbo.

–Pero tres de los suyos se quedaron merodeando.

–¿De los suyos?

–Tres indios cucapás se quedaron esperando para rescatar sus cuerpos. No los volvimos a ver. Quién sabe qué les pasaría.

–Y ahora vienen derecho para acá, los pelones.

–Ya bajaron al valle.

–Vienen con ganas de pelear.

Al comandante José María Leyva le incomoda toda esa cháchara, esa conversación que le deja más dudas que certezas. Apenas es mediodía y ya siente la inminencia de la batalla. No cuenta con más de ciento cincuenta hombres, pero sus defensas son buenas. Y su gente está en buena posición, con suficientes municiones para batirse por varios días.

En realidad, lo que más saca de quicio a Leyva es la conducta de los yanquis. Ese capitán Babcock y sus peticiones impertinentes: que dejen la ciudad y entablen batalla en campo abierto, lejos de Calexico y del territorio estadounidense.

¡No!

La batalla será aquí, a las puertas mismas de Mexicali.

Y en vez de todas las promesas, de los centenares de

voluntarios que mandaría de inmediato la junta del Partido Liberal Mexicano, sólo puede disponer de unas decenas de anarquistas y liberales de confianza. Los demás son compañeros de ruta, entusiastas y fogosos, pero inestables, como ese Stanley Williams. Bien pueden pelear como leones o escapar como ratas. No tienen más entrenamiento que los duelos de cantinas, que la astucia de los vagos.

Pero éstas son las cartas que tiene en este juego.

Y va a aprovecharlas.

–Jefe Leyva, un grupo de avanzada ha sido visto aproximándose.

–¿Cuántos? –pregunta el comandante.

–No más de setenta. Unos sesenta.

–Que los dejen pasar y luego les disparan con todo lo que tengan. Vamos a demostrarles que los revolucionarios defendemos lo nuestro.

Jinetes van y vienen por el pueblo casi abandonado.

Las cunetas de los canales se refuerzan con sacos de tierra y detrás de cualquier muro o mezquite se instalan los mejores tiradores.

El problema es que todos y cada uno de los anarquistas se proclaman como los mejores tiradores, los más valientes, los que no le temen ni a dios ni al diablo.

Leyva sonríe: dios y el diablo no existen. A éstos no hay que temerles. Pero los pelones son otra cosa: éstos vienen con ganas de demostrar que son los meros meros.

A Leyva, por vez primera, le pesa el mando.

Y más ahora que Simón Berthold se ha ido a Los Ángeles a buscar refuerzos, a comprar todo el armamento que se pueda porque la guerra ha entrado en una confrontación mayor.

Leyva piensa que la batalla de Mexicali ha comenzado.

Camilo Jiménez debía hostilizar al enemigo.

Distraerlo para poder calcular a qué nos enfrentábamos.

Pero lo mataron sin más y siguen avanzando.

Ya los pelones pasaron el canal principal y van a caer sobre nosotros.

La polvareda es visible: las tropas porfiristas vienen a galope tendido.

Leyva voltea a ver a su adjunto, Adrián López.

—¿Qué horas son?

—Las dos y cuarto, comandante.

—Dinamita el puente del río Nuevo. Si los federales quieren entrar a Mexicali van a tener que llegar a pie y mojados.

En pocos minutos Mexicali se cimbra con la explosión.

Pedazos de madera y clavos retorcidos caen por todos lados. Leyva comienza a calmarse. De aquí no nos mueve ni Porfirio Díaz en persona. Menos lo hará el coronel Vega con su uniforme reluciente.

–¿Alguna otra orden, comandante?

Una vez que cumplió con su cometido, Adrián López ha vuelto a su lado.

–Diles a todos que esperen a que los federales estén cerca, muy cerca, y entonces que disparen con todo, que a descarga cerrada los mantengan. Quiero ver quién se cansa primero de recibir plomazos.

Mientras su adjunto se aleja, José María Leyva ve a los jinetes porfiristas llegar a las inmediaciones del río Nuevo e intentar cruzarlo, disparando a diestra y siniestra.

Su gente, pecho a tierra, con cuidadosa puntería, les responde.

Leyva desmonta ante las balas que se impactan a pocos metros de distancia.

Con sus binoculares observa la batalla.

Su batalla.

Repentinamente, a pesar de lo concentrado que está en la confrontación que comienza, el comandante José María Leyva recuerda una lectura de su infancia, una biografía de Napoleón Bonaparte. Las palabras retumban en su mente,

tan fuertes como los disparos de los fusiles y carabinas a su alrededor. Bonaparte decía que el buen soldado se forja en las privaciones y carencias, en el sufrimiento cotidiano.

Leyva se cala el sombrero.

Entonces nosotros, los anarquistas, somos los mejores soldados del mundo.

Y vamos a probarlo aquí y ahora.

XXXVII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

15 de febrero de 1911

En el rancho de Leroy Little ha ocurrido el primer choque de ambos ejércitos, el primer derramamiento de sangre.

El coronel Celso Vega deja en manos de un contingente de avanzada la exploración del terreno.

Lerdo González, el oficial al mando, va al frente cuando le salen veinte jinetes enemigos. De inmediato avisa del enfrentamiento y pide ser apoyado por el resto de las tropas. Cuando el propio coronel Vega llega al rancho ya los rebeldes han sido vencidos y los supervivientes huyen en desbandada rumbo a Mexicali.

Lerdo González está eufórico.

—¿Ve, coronel? No tienen *güevos* estos cabrones.

–Sigam avanzando –ordena el coronel–. Abranos camino.

Esta vez los oficiales que marchan al frente van confiados.

Han aquilatado el poderío y la disciplina de sus tropas.

Y los oficiales de la columna de avanzada presienten que todo está a su favor, que sólo necesitan presionar a los revoltosos y éstos romperán filas y escaparán al otro lado, con la cola entre las patas.

Ahora están en la entrada de Mexicali.

Son casi las dos y cuarto de la tarde.

Un barranco de unos treinta metros de profundidad y unos doscientos metros de ancho, en cuyo fondo corre el agua de los canales de irrigación, les impide el paso.

Sólo les queda un puente que lo cruza.

Y éste, casi en su cara, ha estallado en pedazos.

–¿Por dónde entramos? –pregunta Lerdo González.

–Hay que explorar el terreno con cuidado.

–A la chingada la prudencia.

El coronel Vega termina con la discusión.

–Que las guerrillas entren al galope. Reconozcan la plaza y salgan.

Y allá va la avanzada al galope.

Y empiezan los disparos.

Primero unos cuantos.

Luego descargas cerradas.

Cuando las tropas porfiristas alcanzan los bordes del río Nuevo, el infierno se desata.

Los jinetes de avanzada caen como fichas de dominó.

Y el galope se detiene en seco.

Los soldados federales desmontan lo más aprisa que pueden.

Buscan la protección de dunas, matorrales o cualquier cosa que la naturaleza les ofrezca para protegerse de las balas, usando de parapeto a sus propias cabalgaduras.

Esta vez los revolucionarios no huyen.

Al contrario: devuelven, sistemáticamente, los disparos.

Se aferran a sus posiciones.

Las tropas federales de avanzada se han detenido a cien metros del río Nuevo y esperan a que llegue el resto de sus compañeros.

El coronel Vega divide su ejército: manda a treinta hombres a reforzar la avanzada.

A algunos soldados de la Compañía Fija les ordena tomar posiciones en un canal a ciento cincuenta metros del

barranco defendido por los floresmagonistas. En los flancos coloca pequeñas unidades de combate. Quiere rodear lo más posible al enemigo. Pretende no dar oportunidad de que los rebeldes sepan por dónde van a atacarlos.

Con sus tropas principales, Vega avanza hacia el zanjón del río Nuevo y se percata de que tomarlo resultará en pérdidas enormes para su ejército.

Ya van dos horas de combate y sus tropas siguen inmovilizadas, combatiendo en una guerra de trincheras que parece no tener fin.

Como buen oficial porfirista, el coronel Celso Vega demuestra, frente a sus soldados, una calma fría.

Protegido por una capa gris y montando su caballo sin tomar en cuenta las balas que zumban a su alrededor, el coronel enciende un cigarrillo.

Con lentitud va explorando el campo de batalla.

Por más que intenta encontrar una fisura en las defensas del poblado, no puede hallarla.

Un jinete se le aproxima.

–Coronel, a la tropa de avanzada se le están agotando las municiones. No podrán seguir disparando más de dos horas.

Ahora se le agrega un nuevo problema.

O ataca de inmediato con todas sus fuerzas o rompe el

contacto con el enemigo y se reagrupa hasta que lleguen los carros de municiones, que se han retrasado.

No puede esperar más.

Sin preámbulos, el coronel Vega ordena que se ataque desde los flancos, rodeando el zanjón del río Nuevo. Para eso tiene que retroceder a fin de asumir el mando de esas unidades y conducir las al ataque. Pero sus soldados no ven eso. Sólo captan que su jefe va retirándose. Y muchos dejan de disparar.

Decenas de miradas escudriñan, con ansiedad, los movimientos del coronel Vega.

Unos queriendo interpretar sus acciones.

Otros buscando matarlo.

Varios rebeldes lo tienen en la mira.

Y disparan uno tras otro.

La primera bala lo hiere en el cuello.

Un grueso hilo de sangre brota de inmediato y mancha su capa.

A Alfredo Quintero, su secretario, le cae encima ese chorro de sangre.

El coronel se mantiene, sin embargo, erguido, desafiante.

Entonces llega la segunda bala.

Esta le atraviesa el pecho.

El coronel se estremece y cae.

La tercera bala roza su hombro.

Para Quintero, su jefe está muerto.

Para los oficiales que se detienen y lo examinan, aún hay esperanza.

Como pueden le detienen la hemorragia del cuello y le taponan la herida del pecho.

El coronel intenta hablar.

Pero no puede.

Un poco de sangre y saliva es todo cuanto sale de su boca.

Para sus tropas aquello es el acabóse.

Los soldados federales dejan de disparar.

Y dando la espalda a los rebeldes huyen por donde han venido.

Los oficiales alrededor del coronel Celso Vega lo colocan en una camilla improvisada y lo cargan lejos de la línea de combate.

–¿Cómo vamos? –pregunta Vega a pesar de sus heridas.

El enfermero que lo atiende cree que pregunta sobre su estado de salud y le responde:

–Son heridas aparatosas, mi coronel, pero no de extrema gravedad.

–¿Cómo va la batalla? –vuelve a decir con un hilo de voz.

Alfredo Quintero, su secretario particular, contesta por todos: –Esa ya se terminó, coronel.

–¿Adonde me llevan?

–A Ensenada. De vuelta a casa. Pero primero le cerraremos esa herida del cuello.

El coronel y su secretario intercambian miradas.

Quintero deja que el grupo, con su jefe herido, siga a paso lento. Luego se adelanta rumbo a Calexico.

Debe mandar un telegrama urgente a la ciudad de México.

La versión oficial de la batalla de Mexicali.

Algo que diga:

Enfrentamos rebeldes y les hicimos numerosas bajas.

Coronel Celso Vega herido.

Nos reagrupamos.

Rebeldes sitiados.

Nuestro ejército se ha vuelto a cubrir de gloria.

El joven Alfredo Quintero lo sabe.

No se puede admitir la derrota a menos que sea proclamada como un triunfo.

En Calexico, Alfredo Quintero cumple con su deber.

Y luego, asqueado del papel que ha desempeñado en todo aquel engaño, se niega a regresar a México.

El capitán Conrad A. Babcock, el oficial a cargo de las fuerzas armadas fronterizas en Calexico, que ha observado toda la batalla desde un observatorio privilegiado –un tanque de agua a quince metros de altura–, ahora ha bajado para estar al tanto de los soldados federales heridos que ingresan a territorio estadounidense.

Cuando ve a Quintero salir de la oficina de correos y titubear, Babcock se le acerca, decidido a saber más del espíritu del ejército porfirista.

–¿No va a regresar con sus tropas? –le pregunta.

–No, capitán. Ya tuve suficiente de este desfile.

–¿Por qué deserta realmente? ¿Cree que una derrota, como la que acaban de sufrir, es el fin de su gobierno?

El joven se encoge de hombros.

–Nunca he sido bueno para las mentiras. Y por lo que sé, mi gobierno a eso se dedica: a engañar a la gente, a contarle cuentos para que duerma tranquila, sin hacer ruido, sin ocasionar escándalo. Yo ya tuve suficiente. Que otros mientan si eso les cae bien.

El capitán Babcock entiende su punto de vista y lo deja marcharse. Antes de volver a su puesto de observación, le da un consejo:

–Márchese de la frontera. Ahora todos son sus enemigos: rebeldes y militares.

Quintero acepta el consejo: pronto se pierde entre la polvareda del valle de Imperial. Una baja más en una guerra que apenas comienza.

Una semana más tarde, Ricardo Flores Magón expondrá su versión de los hechos tal y como le informara el comandante José María Leyva:

Los federales obraron con engaños de Vega. Éste les dijo que solamente había en Mexicali sesenta liberales mal armados que huirían al primer disparo que se les hiciera. Alguien les prometió a los federales que se dejaría a la población en sus manos “para que se dieran gusto”, esto es, para que la saqueasen y violasen a las mujeres y niñas como acostumbran hacerlo los sostenedores de Porfirio Díaz. La perspectiva de la bacanal asquerosa dio valor a los desdichados federales, quienes avanzaron convencidos de vencer a los insurgentes; pero cuando vieron que las balas menudeaban y que muchos de los esbirros caían como borregos y el mismo coronelillo Vega se desplomó del caballo que montaba, gravemente herido en el cuello y en el costado izquierdo, dieron media vuelta y huyeron a

la desbandada, pasándose muchos al lado americano locos de miedo. En su huida fueron cazados por nuestros compañeros, siendo ésa la razón por la cual los desgraciados federales presentan las heridas en la espalda. Algunos federales se unieron a los insurgentes. Todas las armas de los muertos y heridos federales, que fueron treinta, están en poder de nuestros compañeros. La victoria ha sido espléndida y la lección dada a los malhechores de Porfirio Díaz lo ha sido también. Iban a violar mujeres a Mexicali y sufrieron una derrota vergonzosa.

¡Viva la revolución!

En las trincheras revolucionarias todo es fiesta. O casi todo: Margarita Ortega ha decidido dejar de ser espía en Calexico y ahora se dedica a curar a los heridos en el combate, a vendar brazos y piernas, a dar de comer a los convalecientes. Su mundo se ha reducido a una casa en las afueras de Mexicali, una casa de adobe parado donde la sangre corre por el suelo y atrae nubes de moscas. Sólo espera que los porfiristas, sus antiguos patrones, no se den cuenta.

Su vida es hoy una labor de vida o muerte, de coser y pegar: como la misma revolución.

XXXVIII. RANCHO DE LEROY LITTLE, VALLE DE MEXICALI, 15 de febrero de 1911

Los soldados federales han tenido su mayor enfrentamiento con las tropas revolucionarias.

Y ahora, después de tres horas de combate, regresan por donde han venido, cargando a sus heridos.

Con la cola entre las patas.

El coronel Celso Vega, herido en el cuello y en el pecho, es llevado en camilla al otro lado, para que los médicos estadounidenses lo atiendan.

Los soldados se topan con dos cadáveres.

–Son rebeldes. Los que matamos cuando avanzábamos hacia Mexicali –dice un oficial.

–Revísenlos y tráiganme lo que encuentren –dice Lerdo

González, un gendarme de Tecate recién incorporado a las fuerzas porfiristas.

Encuentran poca cosa: una cantimplora, unos binoculares y una figura de barro de un coyote.

–¿Y las armas? ¿Y las municiones? Los soldados se miran unos a otros.

–Sus compañeros se las deben haber quitado.

–¿Eso es todo?

Uno de los soldados le entrega una cartera de cuero negro. Dentro hay un papel manchado de sangre. El oficial lo desdobra y lee:

Los Ángeles, California, diciembre 20 de 1911.

Señor Camilo Jiménez

Calexico, California.

Mi querido compañero: Desde luego procedo a referirme a su apreciable de 10 del corriente, por la que me entero del arresto que han sufrido algunos compañeros de Mexicali. Adjunta encontrará usted credencial que lo autoriza como delegado especial de esta junta para organizar el movimiento revolucionario en contra del despotismo político y la explotación capitalista. Ruégole no viole las leyes de neutralidad, para evitar complicaciones con las autoridades de este país.

Como la junta está preparando un movimiento general, los delegados están formando en México grupos que se levantarán al mismo tiempo. Todavía no podemos dar la señal para ese movimiento, pues falta organización amplia. Hay algunos grupos de liberales levantados en armas ya, aprovechando el movimiento burgués de Madero. Así, pues, si usted desea levantarse, desde luego queda en libertad para obrar conforme lo exijan las circunstancias y lo permitan sus fuerzas. Si logra usted reunir una fuerza considerable, proceda, después de libertar en Mexicali a los compañeros arrestados, a atacar Tijuana, y después, caminando al sur, ataque Todos Santos y continúe su marcha de conquista de la Baja California. Si no está usted fuerte para hacer eso, entonces liberte a los presos de Mexicali y sostenga una campaña de guerrillas, mientras la junta acaba de preparar bien la organización que está operando en México.

Pero, comoquiera que se levante usted, procure propagar por cuantos medios pueda los principios emancipadores del Partido Liberal, que habrá usted visto en *Regeneración*. Eso es indispensable para que el público no se deje engañar por los políticos que quieran solamente servirse de él como instrumento para escalar al poder. Ya levantado, si no está usted fuerte para hacer una guerra de reconquista de la Baja California, sosténgase, como digo, en guerrillas que vivirán y se robustecerán de los elementos que adquieran como

préstamos de guerra sobre los ricos favoritos del despotismo, así como de los caudales de las oficinas del gobierno, para que, cuando la junta dé la señal de levantamiento general, ya estén ustedes fuertes y puedan luchar con éxito.

No olvide usted que los principios del Partido Liberal son contrarios a los principios personalistas del maderismo y que no estamos de acuerdo con ese partido, porque sus intereses son los intereses de los ricos, mientras que los intereses del Partido Liberal son los de los pobres. Procure establecer una buena comunicación con la junta, para que le enviemos grandes paquetes del periódico, cuando ya esté usted en acción en territorio mexicano. Igualmente es bueno que manden fondos a la junta para que los trabajos de organización en todo el país se hagan más aprisa y haya más probabilidad de triunfar.

Espero que me comunicará con frecuencia lo que vaya haciendo en pro de la causa.

Reciba un abrazo de su hermano en la revolución.

Ricardo Flores Magón

Lerdo González sabe que tiene información valiosa como pocas. Concepción Masón, su compadre, se le acerca con rostro preocupado.

–¿Y si nos regresamos por el otro lado, por Jacumba? Sería más fácil, ¿no crees?

–¡No! ¡Jamás! Yo no confío en los pinches yanquis.

Concepción asiente, sabiendo a qué se dedica Lerdo en sus horas libres: al contrabando de chinos, al abigeato. Su compadre le saca la vuelta a los Estados Unidos porque allá se la tienen sentenciada.

Los soldados siguen frente a Lerdo, esperando sus órdenes.

–¡Vamos! ¿Qué esperan? ¡Avancen! –les grita al verlos a su alrededor.

Uno de los soldados, entre dientes, comenta:

–Será retrocedan.

Atrás queda Mexicali.

La ciudad inexpugnable.

Con sus banderas rojas, desafiándolos.

XXXIX. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

16 de febrero de 1911

Llueve y sigue lloviendo.

Los caminos pésimos, intransitables.

Los ánimos crispados.

La gente, nerviosa, esperando noticias ciertas.

Lo que abunda son los chismes.

Todo mundo sabe algo que los demás ignoran.

Las especulaciones están a la orden del día.

El coronel fue al encuentro de los revoltosos con centenares de soldados, la mayoría de leva, sin entrenamiento profesional. Nadie cree que sean suficientes. A muchos soldados no les gustó la idea de ir a la guerra. Prefieren los bailes al combate.

Dicen que los revoltosos son maderistas.

Yo pienso que son simples ladrones.

Aquí, en la Ensenada, sólo quedan cuarenta soldados.

Resuelta a defenderse, la gente pide armas y municiones, pero hay escasez de esos artículos.

O los venden a precios pavorosos.

En el puerto cualquier movimiento levanta sospechas.

Un barco pesquero japonés casi pone en pie de guerra a todo el pueblo.

Unos dicen que la Compañía de Colonización y Terrenos, esa empresa que se dice mexicana y es inglesa, está detrás de todo este barullo.

Otros aseguran que los judíos están moviendo los hilos para que Estados Unidos se apodere de toda la península de Baja California.

Yo no le hago caso a nadie.

Lo bueno es que, a pesar de la torpísima disposición gubernamental que prohíbe la introducción de armas y parque, ya hay un contrabando de rifles y carabinas desde San Diego, California.

Y los voluntarios crecen en número.

El 7 de este mes, cerca de treinta rancheros de Santo

Tomás se presentaron en la comandancia ofreciendo sus servicios. Todos estos hombres habían abandonado a sus familias y siembras para venir a ponerse a las órdenes del supremo gobierno.

Pero no les hicieron caso.

Al gobierno no le gusta ver a sus ciudadanos armados.

Piensa que ahorita defienden al gobierno y mañana se lo echan. Qué desconfiados.

Los voluntarios terminaron borrachos en la calle y armando camorra contra cualquiera que vieran güero o de ojos claros. Aseguraban que había que matar a todos los extranjeros de Ensenada y sus alrededores. Pero la borrachera no les permitió –a Dios gracias– realizar semejante idiotez.

Del telégrafo me acaban de informar que el coronel Vega ya entró en combate allá por Mexicali.

Mucha gente está hincada, rezando por su victoria.

Me voy al salón municipal.

Luego, en próxima carta, te digo de lo que me haya enterado.

Sigue lloviendo. Nubes negras. Frío intenso.

Tu amigo

Juan B. Uribe

XL. CALEXICO, CALIFORNIA,

18 de febrero de 1911

Como un viento repentino llegó la revolución a México.

Nadie estaba preparado.

Ni las fuerzas militares porfiristas.

Ni las autoridades civiles de la dictadura.

Ni siquiera nosotros, los propios revolucionarios.

Porque, para ser justos, nos lanzamos a la guerra con mucha oratoria y poca puntería.

Yo mismo había preparado armas y municiones, rutas de contrabando y apoyos de grupos afines al movimiento anarcosindicalista. Como gente progresista ayudé en lo que pude a dar a conocer las razones de la lucha.

Pero cuando todo empezó a rodar rumbo a Mexicali me hice a un lado y vi, como dicen los mexicanos, los toros desde la barrera.

De ahí en adelante todo escapó de nuestras manos.

Ni el coronel Celso Vega con su Compañía Fija, ni los revolucionarios con sus ganas de tirar la dictadura, pudieron hacer otra cosa que seguir hacia delante.

En tres semanas, desde la toma de Mexicali, todo había cambiado.

En la frontera que conocí un mes antes, el valle de Imperial era un lugar tranquilo, con muchas granjas y campos agrícolas.

Ahora, a lo largo de la frontera, soldados estadounidenses estaban alertas y listos para controlar el movimiento de la gente.

A los insurgentes no les preocupaba nada de eso.

Acababan de derrotar, apenas hacía tres días, al mismísimo coronel Celso Vega y los hallé contentos y felices.

Bueno, para ser precisos, no todos estaban contentos y felices.

Había un gran enojo contra las autoridades americanas, en especial las militares, pues los insurgentes se quejaban de que muchos amigos suyos que intentaron alistarse en el ejército anarcosindicalista no pudieron cumplir su propósito.

Que el capitán Babcock los detenía, los interrogaba severamente acerca de sus intenciones, les quitaba sus armas y les impedía cruzar a México.

Y no sólo eso: se quejaban de que en la batalla de Mexicali entre los federales y los revolucionarios, los militares estadounidenses dejaban pasar a los soldados federales para que fueran curados en los hospitales del otro lado y, ya recuperados, los dejaban en libertad. En cambio, cuando Fernando Palomares o Francisco Quintero fueron transportados a Calexico, el primero desmayado y el segundo herido, se les atendió, pero en cuanto pudieron caminar fueron arrestados y sólo con intervención de importantes abogados y periodistas logramos que fueran puestos en libertad y pudieran reincorporarse a las filas de los revolucionarios en Mexicali.

Mi experiencia al querer cruzar fue similar. Me topé con una hilera de centinelas a lo largo de la frontera, en Calexico. El trámite para entrar a México era, primero, buscar a un oficial del ejército –en este caso, el único que daba el permiso oficial era el capitán Babcock–, y después de mostrar que yo era John Kenneth Turner, periodista, tuve que explicar mis razones (el interés por los conflictos armados, que es la base de mi oficio) y mi propósito (entrevistar a los rebeldes para hacer un reportaje sobre esta nueva etapa de la historia de México). Aun así, Babcock estaba renuente y debí rogarle para que me diera un pase que juré, con mi cara más sincera, devolver al centinela

armado una vez que regresara. Obtuve el pase y casi corriendo –pensaba que en cualquier momento este capitán iba a revocarlo–, crucé a México.

En Mexicali encontré perfecto orden.

El pueblo estaba bien vigilado.

Todo estaba tranquilo.

Pude comprobar que lo que aseguraban los periódicos –que Mexicali, en manos de los insurgentes, era un caos– era mentira.

Sí, la comida escaseaba, pues nuestro querido capitán Babcock impedía, con sus centinelas, que las provisiones cruzaran la línea.

Y peor: este capitán, enojado porque el comandante Leyva no le había hecho caso cuando exigió que los insurgentes salieran de Mexicali para enfrentarse a las tropas del coronel Celso Vega a fin de no poner en riesgo a los habitantes de Calexico, decidió cortar la electricidad y el agua corriente que proveían empresas del lado americano.

Ahora, sin agua ni electricidad, los revolucionarios parecen una banda de sucios forajidos, de piratas a punto del abordaje. Pero Leyva me dijo que ya había amenazado con dinamitar los canales de riego del río Colorado si no volvían a mandarles agua y electricidad desde Calexico.

–Veamos qué prefieren: negociar con nosotros o que les

inundemos sus tierras con todo el torrente del río. ¡Adiós general Otis y todo el dinero que gastaron sus amigos inversionistas!

Yo regresé con el capitán Babcock. Le dije lo que me dijo el comandante Leyva. Como me imaginaba, me preguntó de qué lado estaba. Le dije una verdad a medias:

–Del lado de la noticia.

No le causó gracia.

Pero tomó en cuenta mis palabras.

Esa noche, las compañías de agua y electricidad de Calxico reanudaron el servicio para Mexicali.

Las fogatas de los insurgentes fueron rodeadas con luces en varios edificios y en las calles principales; los faroles dejaron ver las calles atestadas de revolucionarios celebrando el regreso de la luz eléctrica.

Luego, alguien puso un tocadiscos.

La canción de “Danny Boy” atravesó las fronteras.

Incluso al capitán Babcock se le quitó el mal humor por haber perdido esa partida con los revolucionarios.

Mientras escuchaba las decenas de voces, con distintos acentos y tonos, que acompañaban aquella melodía, pensé que tenía buena suerte.

Todavía nadie me vinculaba con los revoltosos mexicanos.

Todavía era un periodista imprudente.

No el agente de una revolución en ascenso.

No el promotor de una causa internacional.

XLI. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

19 de febrero de 1911

Una audiencia nerviosa escucha los debates que ante ella se presentan. Las personas más prominentes han dado su opinión y las autoridades han tomado nota de lo dicho, debatido y pactado.

Todos los presentes hablan de unidad entre las paredes del salón municipal.

Todos se ponen de pie como los defensores absolutos del régimen dictatorial del general Porfirio Díaz.

Unos y otros se arrebatan la palabra para demostrar su lealtad incuestionable hacia el legítimo gobierno.

Todos a una gritan su patriotismo.

Juan B. Uribe, periodista y simpatizante de don Francisco I.

Madero y sus ideas antirreeleccionistas, se dedica a observar a sus conciudadanos sin intervenir en aquella competencia de amor por don Porfirio, su gobierno y sus fuerzas militares.

Uribe no es un revolucionario al que le gustaría lanzarse a la lucha armada para cambiar a México.

Uribe es un reformista que, conforme pasan los días desde la toma de Mexicali por los revoltosos, ha descubierto que ninguno de los bandos en contienda es el suyo.

No comulga con la lambisconería de que hoy es testigo ni acepta el radicalismo de los anarquistas rebeldes.

El sólo quiere una democracia efectiva.

Una sociedad de ciudadanos: no de patriotas enfebrecidos, no de revolucionarios violentos.

Desde el fondo del salón escucha la lectura del acta de sesión.

Decide, mientras retumban los acuerdos pactados en voz de un orador oficial, salir a la calle para despejarse la cabeza.

Pero es difícil salir con tanta gente aglomerada.

Y la voz retumbante le recuerda que ahora sólo hay amigos y enemigos, el bien y el mal, la lucha eterna entre el orden y el caos.

A las 5:00 p.m. del día de hoy, reunidos en el salón municipal los vecinos de Ensenada, con el fin de tomar una

determinación, dando una prueba de adhesión al gobierno legítimo y ofrecerle un auxilio inmediato, para que cese pronto la condición anómala creada por la toma de Mexicali, por los revoltosos, y estado de alarma que ese hecho ha producido entre los moradores pacíficos y hombres de negocios de todo el distrito, sin discusión tomó la palabra L. Castro y dijo: que la reunión se había convocado en vista de los hechos arriba expuestos; que era inútil alarmarse, pero urgentemente necesario terminar una situación tan inconveniente, y se suplicaba a cada uno de los presentes expresaran su opinión libremente, para conseguir sin demora el restablecimiento del orden y el término de los perjuicios que se están causando y los que podrían sobrevenir, si no procedemos como corresponde a nuestros deberes ciudadanos. Enseguida el C. Tomás Lamadrid Jr. expresó que él está dispuesto a prestar sus servicios para ayudar activamente a la formación de un cuerpo de voluntarios; que conoce una infinidad de ciudadanos leales en San Diego, California, que sólo esperan un jefe y un arma para afiliarse como voluntarios; lo único que faltaban eran fondos y la autorización para admitir esos servicios; que si era autorizado, dejaría sus ocupaciones para consagrarse al servicio de la causa, inmediatamente. Enseguida el doctor Támez expresó que, tomando en cuenta la escasez de los habitantes del territorio del distrito, se solicite del señor jefe político y militar interponga sus oficios para que el gobierno general pague todos los gastos que demande el alistamiento, equipo y sueldos del cuerpo de voluntarios que se forme.

Finalmente, David Zárate propuso la compra de dos ametralladoras, cuya dotación y equipo quedarán a cargo del jefe militar de la plaza. Estas proposiciones fueron aprobadas unánimemente, y se acordó ponerlas sin tardanza en manos del coronel Celso Vega, para su enmienda y aprobación. Y antes de terminar la sesión, el señor Támez propuso una viva para los valientes que fueron a Mexicali y un aplauso en su honor.

Juan B. Uribe logra, finalmente, salir del salón municipal antes de que los aplausos declinen, antes de que la euforia colectiva se esfume.

Afuera, el pueblo de Ensenada muestra rostros de preocupación, gestos de incertidumbre. La otra cara del triunfalismo reinante puertas adentro.

Uribe intuye que ni el coronel Celso Vega es un buen estratega ni sus soldados son tan valientes como sus seguidores proclaman.

La batalla de Mexicali es un enigma.

Esa noche, Uribe duerme intranquilo.

A la mañana siguiente la incógnita se va despejando.

Las primeras informaciones llegan por mar.

Los Ángeles Times lo dice sin rodeos: el coronel Vega atacó Mexicali el día 15 y fue rechazado con pocas pérdidas de parte de los rebeldes y de su parte.

Vega, con varios de sus oficiales y tropa, ha sido herido.

En el cuartel, sus amigos le muestran un telegrama.

Allí se afirma que el coronel atacó con éxito las primeras posiciones del enemigo a las dos de la tarde del día 15.

Y luego de tantear al enemigo procedió a establecer una línea envolvente para realizar un ataque combinado a Mexicali.

Luego el silencio.

Un nuevo telegrama señala, contundente, cuál va a ser la versión oficial de la batalla de Mexicali.

Desde Calexico, el juez Miguel Lira y Lira expone el manejo de la breve campaña militar de las fuerzas porfiristas: “No estimo derrota retirada rumbo Picachos. Alguien asegura estar herido levemente coronel”.

–¿Ven? –exclama un teniente–. Dice levemente.

Pero el optimismo de Lira y Lira no da para más, pues advierte: “Sospecho que revoltosos pretenden algo sobre Ensenada y Los Algodones. Revoltosos aumentan. Reciben pertrechos que si no los atacan pronto, si es posible con artillería, en la buena posición de Mexicali donde están concentrados pueden constituir un grave peligro”.

–¿Qué opina? –pregunta el teniente a Uribe.

Este mira las pálidas caras de sus amigos en la milicia.

–Que el juez tiene razón: o los revoltosos atacan Ensenada o atacan Los Algodones. Ya no hay quien los detenga.

Juan B. Uribe contempla la sombra de los barcos en el puerto. El mundo que ha conocido hasta entonces está por perderse.

Pero el nuevo mundo carece de contornos, de formas reconocibles.

Junto a él un oficial externa su frustración:

–¿A quién se le ocurrió asaltar un pueblo tan lejano?

Uribe se percata de que Ensenada está muy distante de la frontera con los Estados Unidos.

Que el teatro de la guerra no es el paseo Hidalgo sino una zona dura de cruzar, dura de vivir, dura de conquistar.

–¿Alguien de por aquí conoce ese desierto? –pregunta.

Los oficiales lo miran horrorizado.

–¿Estás loco, Juanito? Ni de chiste hemos andado por esos rumbos.

–Mexicali es un sitio de castigo para la tropa.

–Es el infierno.

Uribe los observa con sus uniformes relucientes y sus bigotes engomados.

Esos oficiales son la crema y nata del régimen.

Pavos reales prusianos fuera de lugar y de tiempo.

–Pues entonces dejen solos a los revoltosos. Que ellos lo disfruten.

Las risas lo rodean. Su ironía ha pasado inadvertida.

–Sí que eres gracioso, Juanito.

Pero Uribe sólo piensa en que Ensenada está lejos de todo.

Una ciudad oxidada que sólo cuenta con discursos fatuos para defenderse, con acuerdos cívicos ante la guerra que se le viene encima.

XLII. LOS ALGODONES, VALLE DE MEXICALI,

21 de febrero de 1911

Stanley Williams ha sido, buena parte de su vida, un vagabundo.

Pero un vagabundo feliz.

Por eso a Joe Hill y a Scott Wheeler les cae tan bien.

Con Stanley pueden platicar de sus anécdotas como trampas, como polizontes, en las diferentes rutas ferroviarias de los Estados Unidos y de Canadá.

Son hermanos de vagancia, camaradas en la lucha revolucionaria que los ha traído a México a pelear, hombro con hombro, con los rebeldes mexicanos.

La libertad, para ellos, no es un programa del Partido Liberal.

Es una forma de vivir fuera de los convencionalismos de la sociedad.

Es una manera de recorrer el mundo sin atenerse a sus leyes, a sus prohibiciones.

Por eso están felices esta madrugada.

Ahora sí, como una partida de *wobblies*, van a tomar el tren Inter-California que viene de Los Ángeles, pasa a Mexicali a cargar la cosecha de legumbres, cereales y algodón, para luego cruzar de nuevo a los Estados Unidos por el poblado mexicano de Los Algodones, con rumbo a las ciudades de la costa este de América.

El plan de Williams es una jugada magistral.

Trepase al tren y atacar la plaza federal de Los Algodones, el último reducto en el valle de Mexicali todavía en poder de la dictadura.

Es, desde luego, una apuesta arriesgada.

Y eso es lo que hace el plan tan atractivo.

Tan seductor.

Los maquinistas son estadounidenses y no salen de la locomotora. Scott Wheeler, bañado, rasurado y vestido con el mejor traje que se le pudo encontrar, se presenta como un comerciante que desea escapar de los vándalos que asuelan el poblado.

Los maquinistas le dicen que los espere a la salida de la ciudad y que ellos detendrán el tren para que pueda subir.

Una hora más tarde, los maquinistas comprenden su error.

Ahora varios rebeldes les apuntan por la espalda mientras Stanley Williams les exige que aceleren, que van a tomar Los Algodones por sorpresa.

Y gracias a su tren.

Una hora más tarde, cuando ya atardece, el pequeño poblado fronterizo está a la vista.

–¿Qué guarnición tiene? –inquiére Wheeler.

–No más de quince federales entre policías y soldados –le contesta Stanley.

–Nosotros somos cuarenta –añade Joe Hill–. Esto va a ser rápido.

Y rápido el tiroteo se desata.

Alguien ha visto a los revolucionarios trepados en la locomotora y ha dado la voz de alarma.

Dos o tres soldados disparan sus carabinas desde trincheras improvisadas.

El resto simplemente pasa corriendo al otro lado.

–¡Detengan esta máquina! –ordena Stanley.

Pero la velocidad que lleva impide al tren detenerse donde los revolucionarios quieren.

El pueblo de Los Algodones les pasa como una imagen borrosa.

–¡Vamos a invadir los Estados Unidos! –grita Joe Hill, emocionado.

El tren, finalmente, hace alto junto a un terraplén, a escasos metros de la frontera.

Desde la locomotora y los vagones, los anarcosindicalistas disparan contra los gendarmes que les hacen frente.

El fuego nutrido de los asaltantes es contestado por varios soldados que se parapetan detrás de la aduana fronteriza.

La mitad de los rebeldes baja del tren y se lanza contra las trincheras.

Tomás Beléndez, administrador de la aduana, y el teniente Cecilio Garza caen heridos y son trasladados a los Estados Unidos, donde el primero se recupera y el segundo muere a causa de sus heridas.

Es el momento en que los soldados federales tiran sus carabinas y cruzan al otro lado para ponerse a salvo.

Stanley Williams ordena incendiar los edificios públicos de la población.

Ya es de noche.

Y todos están agotados.

–Avisen a Mexicali que tomamos Los Algodones –ordena Scott Wheeler–. Atrinchérense donde puedan y mantengan guardias por todos los rumbos. Aquí no hay nada más que hacer.

–Primero cenamos –dice Stanley.

Los escasos habitantes de Los Algodones les indican el único merendero abierto que, por la balacera, ahora está herméticamente cerrado.

–¡Abre, Mariano Ma, que aquí hay gente hambrienta!

Un chino joven se asoma por una ventana.

–¿Cómo sabes mi nombre? –pregunta desde el interior del merendero.

–Nos lo dijeron tus primos en el barrio chino de Mexicali. El chino abre la puerta de su modesta fonda y los deja pasar.

–Esperen aquí y les traigo buena comida.

Joe Hill observa a Stanley.

–¿No vas a quemarle su negocio?

–Si me gusta lo que nos sirve, no lo haré.

Media hora más tarde todos están satisfechos.

El arroz con pollo y legumbres frescas les cambia el ánimo.

Repletos con tanto arroz y carne de pollo, los revolucionarios vuelven a sus puestos.

Mariano Ma cierra su fonda casi a las tres de la mañana.

Su comida estilo cantonés, con un sazón que sólo él sabe darle, le ha salvado la vida, la casa y el negocio.

Esa noche Mariano Ma sólo tiene una queja.

Esos revolucionarios no pagan lo que consumen.

LIII. SAN FRANCISCO, CALIFORNIA,

21 de febrero de 1911

Los periodistas acosan a un hombre de sombrero de fieltro y bastón que hace grandes ademanes de sorpresa.

–¡Señor Ferris! ¡Señor Ferris!

El aludido, que está apenas bajando las escaleras de su oficina, sonríe como un actor que sale a escena para recibir los aplausos de sus admiradores.

Los periodistas lo rodean, esperando conseguir sus declaraciones para dar la nota del día en sus respectivas publicaciones.

–¿Qué quieren que les diga? –pregunta magnánimo, dispuesto a ofrecer una conferencia de prensa en plena calle.

Un periodista bisoño levanta la mano.

–Señor Richard Ferris... –comienza.

Pero Ferris lo corrige de inmediato.

–¡No, no! Para amigos como ustedes sólo Dick Ferris.

El periodista bisoño es avasallado por reporteros con mayor oficio.

–Hace unos días, para ser precisos el 14 de febrero, usted pagó una inserción publicitaria en el *San Francisco Chronicle* en donde anunciaba que “se necesitan mil hombres que se alistén en una expedición para ocupar la Baja California. Deben estar en condiciones de portar armas y de pelear, si es necesario”. Y daba el domicilio del hotel San Francisco, donde usted se hospeda. ¿Podría decirnos cuántos voluntarios ha reclutado hasta hoy?

Dick Ferris dirige su bastón hacia el reportero como si manejara una espada.

–Todos los cientos, ¡no!, todos los miles de voluntarios que han acudido a mi llamado hoy van en camino a la frontera. El anuncio cumplió su cometido pues, como pueden ver, ya no publique ningún otro.

El periodista bisoño vuelve a intentarlo.

–¿Es cierto que le mandó un telegrama al presidente Díaz?

–Esa es noticia vieja, muchacho. Al presidente Díaz le he mandado varios mensajes.

Y sacando de su abrigo varios papeles arrugados, comienza a leer el primero de ellos:

–“En vista de que los insurrectos socialistas han tomado algunas poblaciones de Baja California, le propongo que nosotros, los hombres de empresa estadounidenses, le compremos la península, con lo que le quitaremos a su país un dolor de cabeza.”

Ferris desdobra otro papel.

–Este es el que más me gusta: “Presidente Díaz: le propongo que, para evitar más revoluciones, que sobre todo las hacen indios revoltosos y mexicanos pobres, fundemos en Baja California una república para pura gente blanca y expulsemos de ella a todos los que no lo sean. Esta república, de la que yo seré su presidente vitalicio, se llamará República de Díaz en su honor”. ¿Qué les parece mi plan?

–Excelente.

–Bien pensado.

–Insultante.

–¡¿Qué?!

El periodista bisoño de nuevo.

Ferris, iracundo, se le acerca con el bastón en alto.

Pero el periodista no se mueve.

–Insultante –vuelve a decir–, porque el presidente Porfirio Díaz es indio y él mismo quedaría excluido de su propia república.

El actor se da cuenta de que ha caído en una trampa.

–¿Quién eres tú? –pregunta, dudoso.

El periodista bisoño se quita la cachucha.

–Soy John Kenneth Turner, payaso. Y acabo de llegar procedente de Mexicali. Allá sólo hay auténticos revolucionarios luchando contra gente como tú y como Díaz.

Dick Ferris ahora sí se abalanza para golpear al reportero impertinente. Pero otros periodistas lo detienen.

–No le hagas caso, Dick. Es sólo un anarquista provocador.

El actor fulmina a su oponente con la mirada.

–Pues te aviso que voy a ir a la frontera con todo mi ejército de voluntarios y voy a convertirme en presidente de Baja California.

John se ríe como si estuviera esperando esa noticia.

–Pues allá lo vamos a estar esperando.

Un reportero se le acerca a John.

–Oye, ¿quiénes lo van a estar esperando?

–Los verdaderos revolucionarios.

–Pero, dime, ¿quiénes son los verdaderos revolucionarios?

Entonces, mientras el colega periodista aguarda su respuesta, John Kenneth Turner descubre que Dick Ferris no es un simple payaso sino un peligro mayor: un experto vendedor de mentiras que ha logrado, con el uso de la publicidad, volverse una figura visible en un conflicto del que sólo participa como actor de sí mismo.

El colega insiste:

–Vamos, John, explícamelo.

Otros compañeros periodistas se acercan al par, husmeando una posible noticia. John Kenneth, al verse acorralado, reacciona para salir de aquella encerrona.

–¿Y ustedes desde cuándo pasaron a trabajar a la sección de espectáculos, en la página de circos y payasos? Yo aún los hacía en la prestigiosa sección de información política, cubriendo los sucesos importantes en el lugar de los hechos. ¿Qué les pasó?

–No somos como tú, John, periodistas con una causa por propagar –contesta un hombre de edad y bombín.

–No les pido tanto –se defiende Turner–. Pero les recomiendo que bajen a la frontera y vean, con sus propios ojos, la revolución que está en marcha en Baja California antes de tomar en serio las bravuconadas de Dick Ferris.

–Dick Ferris es un tipo simpático –dice otro colega.

–Y nos va a dar boletos gratis para la Exposición Internacional de San Diego.

–Será lo que sea –replica John Kenneth–, pero él no está a cargo de ninguna revolución en México. Todo lo que nos dijo hace un momento es un golpe publicitario.

–La publicidad vende. No lo olvides. De eso viven nuestros periódicos.

Turner sonríe: ha encontrado el anzuelo que necesitaba.

–Y si es así, ¿no les conviene ir a Mexicali y confirmarlo por ustedes mismos? ¿No sería eso un mayor golpe publicitario para sus periódicos? Además, ya les hace falta salir de esta niebla, de este frío. Como yo mismo lo he comprobado, allá hay mucho sol, mucho descanso. ¿Entienden lo que digo? Como en Cuba en 1898.

De nuevo John percibe las sonrisas cómplices de sus colegas. Pero ¿quién será el guía en esta revolución para turistas: Dick Ferris o él? ¿Y quién ganará la partida: el publicista o el propagandista? Difícil saberlo. Muy difícil.

XLIV. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

22 de febrero de 1911

¿Cómo comienza una disensión, una querella?

Por pequeños detalles, por opiniones personales.

Mientras los revolucionarios anarcosindicalistas esperaban el contragolpe de las tropas de la dictadura, mientras se veían como hermanos, mexicanos y extranjeros, unidos por la causa mayor de la libertad, las diferencias fueron dejadas de lado.

Las disensiones se borraron por el bien de la causa.

Pero la victoria trajo las primeras rupturas.

Las discusiones ríspidas.

Los alegatos violentos.

Simón Berthold y José María Leyva eran dos jefes con distintos temperamentos, con visiones opuestas sobre tácticas y estrategias.

Y tales diferencias comenzaron a notarse en cuanto un tercero en discordia dijo lo que pensaba en voz alta.

Berthold ha regresado a Mexicali con nuevos reclutas y provisiones.

Llega feliz y triste a la vez.

Feliz porque sus tropas han derrotado al ejército federal.

Triste porque no estuvo presente, porque no pudo participar en la balacera.

¿Y qué encuentra en el campamento anarcosindicalista?

Un vocerío, un zafarrancho.

Leyva grita a todo pulmón.

Y lo mismo hace Stanley Williams.

–Ya dije que nadie se mueve hasta que yo dé la orden.

–Pues da la orden. ¿O estás protegiendo al enemigo?

–¿Me estás llamando traidor, Stanley?

–Sólo digo lo que todos aquí cuestionan: que pudiendo acabar con el ejército federal, rehusaste dar la orden de perseguirlos y aniquilarlos mientras podíamos.

–No di esa orden porque no quería que cayéramos en una emboscada. Desconocíamos si había otra fuerza federal esperando que saliéramos de Mexicali para meterse por sorpresa y tomar la plaza.

–Pues te equivocaste. No había más tropas que las que nos atacaron.

–Como sea, una orden es una orden.

–Una orden cobarde, eso es lo que digo.

La presencia de Simón Berthold calma los ánimos.

Todos miran al recién llegado.

–Vengo contento, con un buen cargamento de armas para nuestro ejército, ¿y con qué me topo? ¿Una pelea de cantina? ¿Un encuentro de boxeo? Creí que en cuanto entrara a Mexicali sólo vería festejos y gente alegre. Pero me equivoqué. Aquí sólo hay lucha de facciones, golpes entre camaradas. Los malditos porfiristas han de estar celebrando nuestras peleas. Han de estar diciendo: qué tontos fuimos. No necesitamos tropas para acabar con la revolución. Basta dejarlos juntos y ellos solos se destruyen entre sí. Porque eso es lo que acabo de ver. ¿Son revolucionarios o agentes secretos del enemigo? Dejen los chismes y las confrontaciones. Si quieren pelea, me parece muy bien. Pero que sea para golpear a nuestros enemigos de clase. ¿Entendido, Williams?

El joven *wobblie* asiente con la cabeza.

El jefe Leyva le agradece con la mirada.

Simón Berthold pone una mano sobre el hombro de ambos adversarios.

–Errores o no errores, hay que seguir adelante.

Y antes de que alguien lo contradiga, saca una garrafa de su bolsa y la pone en el mostrador.

–¿Quién quiere brindar por la victoria de la revolución?

Los rebeldes no se hacen del rogar.

El whisky se reparte entre todos.

Y todos brindan con los vasos en alto.

–¡Por Ricardo Flores Magón, director de la junta revolucionaria! –¡Viva!

–¡Por el triunfo de nuestros ideales!

–¡Viva!

–¡Por los camaradas caídos!

–¡Viva!

La celebración prosigue.

Berthold se sienta en una mesa con Leyva y Williams.

–Entiendo tu enojo, Stanley. ¿Qué quieres hacer en realidad? Ayer tomaste Los Algodones. Bien. ¿Y ahora qué pretendes?

–Nos hemos quedado quietos y eso es mortal para cualquier revolución. Quiero que avancemos por toda la península.

El comandante Leyva lo observa con recelo, pero Berthold entiende que no pueden quedarse a dormir en sus laureles.

–Lo que sigue es movernos y tomar Tecate, para que no nos estén amenazando desde la sierra, y luego conquistar Ensenada.

Leyva está de acuerdo.

–Necesitamos más hombres y caballos. Tecate puede tomarlo Luis Rodríguez, que está juntando una fuerza en Campo, por la línea internacional. Yo puedo encargarme de merodear cerca de Ensenada, tantear el terreno y ver con cuántas fuerzas nos enfrentamos. ¿Y tú, Stanley, qué plaza quieres conquistar?

El joven se quita el sombrero y muestra su larga cabellera.

–Yo quiero acabarme esta garrafa. Luego, lo que sea.

–¿Lo que sea?

–Lo que sea mientras haya acción.

XLIV. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

25 de febrero de 1911

Por favor, acomódense bien.

Es para mi periódico, el *Calexico Cloronicle*.

Sí, yo soy Otis B. Tout, su dueño, periodista independiente.
Ustedes dos, rodilla a tierra.

Los demás se ponen quietos.

Los fusiles, ¿pueden ponérselos al hombro?

¿No?

Bueno, miren, aquí no hay un buen fondo.

Un buen telón de fondo.

Ya sé que esto no es un estudio sino una calle.

Pero es todo lo que puedo hacer.

Están tardando demasiado.

Bien, dejen ver.

¿Qué?

¡Ah, sí, cómo no, comandante!

Mire por este lado de la cámara.

Estoy de acuerdo.

¿Y si todos se mueven?

Es que ya es tarde y el sol me comienza a molestar.

¿Se pueden pasar a la acera de enfrente?

Gracias, mil perdones.

Por acá, caballe...

Por acá, señores.

Sí, claro, pero deben comprender: una revolución sin imágenes que la avalen no es revolución.

La gente necesita darle un rostro a la lucha.

Un rostro colectivo, por supuesto.

Sé que ustedes son gente valiosa.

Brava.

¿Así se dice?

Pero hay muchos seguidores que quieren conocerlos.

¡No! ¡Claro que no me burlo!

¡Ustedes conquistaron Mexicali y derrotaron al ejército porfirista!

¡Esa es toda una hazaña!

De nuevo, pongan atención.

¿Y ustedes por dónde aparecieron?

¡Son demasiados!

Voy a mover la cámara.

¿El fondo?

¿Está bien la tienda de Benigno Barreiro?

Reforma Groceries. Cantina y abarrotes.

Buen fondo.

Es como... como la victoria sobre el comercio... o algo parecido. De nuevo, quietos.

Muestren sus fusiles.

Pongan cara de rebeldes.

¡Y no se muevan!

Voy a contar hasta diez.

¡No se muevan!

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y... diez.

Excelente.

Voy a sacar la placa y poner otra.

¡Quietos!

¡Están haciendo historia!

¡Se están volviendo famosos!

¿Qué les parece?

XLVI. BRAWLEY, CALIFORNIA,

26 de febrero de 1911

Yo qué sabía de eso.

No era porfirista.

No era maderista.

“Ni con el gobierno ni contra él.”

Ese era mi lema.

Yo era contrabandista.

Reconozco que entonces, en 1911, eso era una profesión legal.

Entiéndanme: entonces no había frontera, ni malla, ni cerco, ni nada que indicara qué parte era México y cuál era los Estados Unidos de América.

Un soldado con su caseta y su bandera de las barras y las estrellas de un lado, y del otro lado, una bandera mexicana tricolor ondeando sobre una caseta con un soldado mexicano al frente.

¡Y nada más!

Cientos de kilómetros sin nada que detuviera el paso.

Yo traía utensilios de labranza, cosas para la construcción, de San Diego, de Los Ángeles.

Y los vendía en Mexicali a los chinos, a los recién llegados.

Mil hormiguitas trabajando en los campos de cultivo.

Eso era Mexicali.

Y yo era el contrabandista estrella.

¿De qué tengo la culpa?

Díganme: ¿de qué pueden acusarme?

Que si llevé un cargamento de armas y lo oculté por el río Nuevo, no lo niego.

Así fue.

Puros Remington y carabinas.

Me pagaron bien y punto.

Para mí eso no era la revolución en marcha.

Era un negocio.

Uno bueno y legal.

Siempre pasaba armas.

Para todos los que quisieran.

Revólveres para los clanes chinos.

Rifles de cacería para los gringos de la Colorado River Land Company.

Pistolas para los aduaneros mexicanos.

Cuchillos para los empleados del ferrocarril.

¿Por qué no iba a hacer negocios con todos los que requirieran mis servicios, con la gente que hablaba de levantarse en armas contra el mal gobierno?

Digo: el gobierno, por dondequiera que se le vea, es malo. ¿O no?

Yo no soy como Alfonso Veranda, que se pavonea con los revoltosos como un revolucionario y luego se presenta ante sus vecinos como un ranchero que no rompe ni un plato.

A mí no me gustan los dobleces.

Yo no niego la naturaleza del trabajo que desempeño: es un trabajo útil, necesario.

Que sea legal o ilegal, depende de qué lado de la frontera se mire, en qué momento sea el negocio.

Yo trabajo para todos: para rebeldes y federales, para indios, mestizos y blancos.

Con tal de que me paguen al contado, con monedas de plata americana o de oro mexicano, no ando discriminando a nadie.

Esa no es mi función en estos arenales.

Yo soy un comerciante como cualquier otro.

Tú dame el dinero y yo te doy lo que necesitas.

Y esta gente quería una revolución.

Yo no iba a convencerlos de lo contrario.

Así que les di su armamento.

Pero de pendejo me quedé a ver el tiroteo. Me fui a Brawley, California, y desde allá lo he visto todo. Un buen espectáculo, debo confesarlo.

Como en las películas que contemplaba en el teatro México.

Mucho disparo.

Mucho alboroto.

Y un letrero que dice: “Continuará...”

Porque ya que empieza la balacera, ¿quién va a detenerla?

Porque ya que muere gente cercana, parientes o amigos, ¿quién va a ponerse a regatear por una buena pistola?

Este es un negocio que nunca se acaba: como esos incendios en la pradera, que parecen terminarse y luego saltan en otra parte, con peores fuegos.

Ya suelta la mecha, todo es cuestión de matar o morir, de encontrarle gusto al pleito.

Yo sólo soy un proveedor de las necesidades de mis vecinos.

Mi mercancía habla por mí.

Con cada disparo, yo gano.

Con cada muerto, yo gano.

Con cada herida, yo gano.

Con cada venganza, yo gano.

Es capitalismo elemental.

Por eso prefiero el anonimato.

Por eso prefiero quedarme tras bambalinas.

En este teatrillo soy el encargado de la utilería, de los efectos especiales.

Que otros se lancen a pelear por tonterías.

Porque, díganme, ¿qué otra cosa es hacerse matar por una bandera, por un país, por una causa?

Tonterías, eso es.

La estupidez humana es mi cliente favorita.

Yo voy, de vez en cuando, a la iglesia metodista de mi pueblo y le rezo al único Dios que respeto.

Al Dios que tiene voz de trueno.

Al Dios que es pólvora y percutor, bala que vuela.

Al Dios que penetra no tu alma: tu corazón.

De ese Dios soy el ayudante principal, su siervo más humilde.

XLVII. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

28 de febrero de 1911

El coronel Celso Vega llega a Ensenada mal herido.

Todos temen que las heridas se le infecten y muera.

Otros simplemente respiran aliviados porque sigue con vida.

Afuera de su casa un grupo de prominentes ensenadenses monta guardia, esperando noticias de su salud, día y noche.

En sus despachos a Washington, el cónsul estadounidense en el puerto, George B. Schmucker, describe al militar convaleciente como un hombre herido en doble forma: en lo físico y en lo mental. Para Schmucker, el jefe político y militar de Baja California es un hombre orgulloso, pendenciero, que ahora se ha vuelto desconfiado de todos sus compañeros de armas. Cree que están conspirando a sus espaldas para quitarle el mando. Dice que son aves de rapiña que

revolotean cerca de su ventana, esperando que se muera para usurpar sus funciones.

El cónsul, que también gusta de contemplar el mundo como una sucesión de grandes y pequeñas conspiraciones, alienta sus sospechas.

–Y no sólo sus colegas militares, coronel; hay muchos civiles que le lanzan vivas al general Díaz mientras espían para los rebeldes.

–Lo sé, lo sé. En cuanto partí a Mexicali me di cuenta de que los revolucionarios conocían de antemano mis planes. Y en la batalla de Mexicali era como si me adivinaran el pensamiento.

–Bueno que lo sepa: aquí en Ensenada hay más revolucionarios escondidos detrás de la fachada de ciudadanos leales que rebeldes armados en Mexicali. Debe ocuparse de esos traidores, en especial de los que escriben en los periódicos.

El coronel Vega se incorpora en su lecho.

El dolor le punza en el pecho y en el cuello.

Pero la fiebre ha bajado.

–En cuanto me reponga voy a acabar con todos.

–Lo que le preocupa a mi gobierno es su propaganda.

–¿Qué quiere decir?

–Al acusar a los revolucionarios de filibusteros está creando un clima poco tolerable para los ciudadanos de mi país.

–Es una manera de que los rancheros se enlisten en nuestro ejército como voluntarios. Para ellos, los filibusteros son lo que más temen, lo que más odian.

–Y funciona bien. Ya he visto cómo gritan “mueran los yanquis”. Lo problemático es que sus voluntarios no son capaces de ver la diferencia entre un comerciante estadounidense, un gambusino estadounidense y un rebelde estadounidense.

–No se preocupe: mis oficiales sí saben.

–Eso espero. Porque aquí mismo, en Ensenada, ha habido conatos de linchamiento y, al parecer, en los campos mineros de los alrededores la situación está muy tensa.

El coronel observa a su interlocutor.

El cónsul también puede ser un conspirador.

–Si hay filibusteros es que el gobierno de su país los alienta.

A Schmucker se le enciende la cara de coraje.

–Si hay filibusteros es porque mexicanos como Ricardo Flores Magón y Francisco I. Madero no tienen empacho en utilizar soldados de fortuna para hacer sus revoluciones.

–No se enoje, cónsul. ¿Acaso no hemos protegido siempre los intereses de su país?

–Lo reconozco, señor coronel. Y se lo agradezco. Pero ahora hay que tomar medidas extremas o perderemos el control de Baja California.

–No se preocupe. Me han informado que el propio general Díaz ha mandado por barco un batallón completo para cuidar y proteger los intereses de las compañías americanas en el valle de Mexicali.

A Schmucker se le quita el enojo.

–¿Cuándo llega ese batallón?

–En una semana cuando más.

–Eso es mucho tiempo considerando que los rebeldes pueden atacar este puerto en cualquier momento.

El coronel vuelve a sentir el peso de sus heridas.

–Debo descansar, señor cónsul. ¿Algún otro asunto que falte resolver?

–Uno solo: mi gobierno exige que a los japoneses no se les dé trato preferencial en ninguna negociación con el gobierno mexicano.

–¿Los japoneses? Yo no me preocuparía por ellos. Más me preocupan los chinos, que cada día llegan a montones.

–Yo sólo soy el mensajero, amigo Celso.

–Pues en cuanto a los japoneses, aquí viven como un centenar. Y espero que al menos la mitad se incorpore a mis

fuerzas. Son buenos soldados. Disciplinados y nada cobardes.

–Con tal de evitar que Ensenada caiga en manos subversivas, incorpore a quien sea. Hasta pronto, coronel.

El cónsul sale de la casa del militar con gesto preocupado.

Un corro de personas le pregunta por la salud de Vega.

–Está bien. Fuerte como un roble. Las balas de los traidores no hacen mella en un oficial tan bravo como nuestro coronel.

Juan B. Uribe, que es parte de la multitud de curiosos, toma nota en su cabeza:

Hoy los héroes yacen postrados.

Y los cobardes son felicitados por su heroica prudencia.

Si así siguen las cosas, las palabras habrán perdido todo su valor porque ya no tendrán relación con los hechos, porque ya no servirán para decir la verdad.

Uribe escucha los gritos de patriotismo gobiernista.

Oye las vivas a don Porfirio, los saludos de apoyo al coronel Vega. Los gritos destemplados de los “¡Viva México!”, de los “¡Mueran los filibusteros!”

A sus espaldas, en las aguas del puerto, un cañonero estadounidense con su bandera de las barras y las estrellas ondeando en el viento, es la prueba visible de semejante hipocresía.

Uribe da media vuelta.

Unos metros más adelante se topa con Eulogio Romero.

–¿Por qué esa cara, Juanito?

–Perdone, don Eulogio, iba distraído.

–No me digas que se nos ha muerto nuestro procer.

La ironía rezuma en aquellas palabras.

Uribe, cauto entre los cautos, medio sonríe.

–No, don Eulogio. Nuestro héroe, según el cónsul estadounidense, va recuperándose.

–Dicen que no durmió tranquilo hasta que llegó la cañonera. Qué poca confianza tiene en sus tropas.

Uribe ya no puede contenerse.

–Sus soldados dicen lo contrario: que son sus tropas las que ya no confían en él; que en su expedición a Mexicali perdió el treinta por ciento de sus hombres por puras deserciones; que recibió sus balazos por andar de gallo giro, exhibiéndose en el campo de batalla.

A Eulogio Romero le brillan los ojos ante tales noticias.

Como comerciante odia a los anarquistas.

Para él son unos flojos y buenos para nada.

Gente que en vez de ponerse a trabajar se pone a soñar

con un mundo futuro en el que todos recibirán lo mismo, tanto el que se muele el lomo como el que se rasque la panza.

Eso es injusticia igualitaria.

Y la odia.

Pero Romero entiende que el viejito de Díaz es cosa del pasado.

Como buen empresario apuesta a la vez por el viejo régimen y por el que está por llegar. En el fondo, la democracia maderista es una buena oportunidad de hacer negocios sin la manota represiva de los militares.

Por eso navega entre dos aguas.

Por eso, igualmente, ve con simpatía la rabia de Uribe.

–Es bueno saber todo eso. Pero no creo que sea prudente que se lo cuentes a cualquiera, Juanito. Desde que fueron derrotados, nuestros bravos soldados federales andan de un humor de perros. En mi tienda los veo beber con rencorosa amargura. ¿Sabes qué pienso?

–No, don Eulogio, no lo sé.

–Que esta guerra se va a convertir en pura venganza.

–¿Ojo por ojo?

–Y diente por diente. Acuérdate de mí. Acuérdate.

–Lo que me preocupa, ahorita mismo, es el miedo. ¿Lo siente usted, don Eulogio?

El empresario ensenadense se retuerce el bigote sin decir palabra.

El periodista cree entender el mensaje implícito en tal silencio.

–El miedo mata la confianza mutua, pone en guerra incluso a los mejores vecinos. Yo sé lo que le digo: la mirada de la gente se ha vuelto dura, insensible. Nada de benevolencia hay en sus ojos, en sus gestos. Nuestros ciudadanos sólo ven moros con tranchete en cada persona que llega al pueblo, en cada turista que baja de la diligencia, en cada barco que nos visita. La gente tiene miedo hasta de su propia sombra. ¿Y sabe por qué? Porque todos hemos pensado lo mismo pero nos negamos a confesarlo. Todos, de una u otra manera, hemos pensado: y si ganan los revolucionarios, y si cae el general Díaz, ¿qué va a pasar con nosotros?, ¿cómo vamos a salir bien librados de semejante sacudida? Porque en Ensenada todos apostamos, y ambos lo sabemos, por el gobierno del general, y si éste no responde al desafío de maderistas, floresmagonistas y orozquistas, ya debemos ir buscando una escapatoria, un asilo fuera del país.

El comerciante observa a los lados de la calle, cerciorándose de que nadie haya escuchado el efluvio verbal de su amigo.

–Todo a su tiempo. Todo a su tiempo. Aún falta mucho para ese desenlace.

–Pero no me diga que no lo ha pensado, don Eulogio.

–He pensado muchas cosas. Es cierto. Pero que las piense no significa que se hagan realidad. Si llegan a ganar los alzados, que Dios no lo quiera, de todos modos necesitarán mercancías que comprar, bebidas que beber, mujeres que manosear. Aun con sus ideas raras, son seres humanos. Y requerirán mis servicios, no lo dudes.

El empresario da por terminada la plática con un ademán de despedida al periodista y sigue su camino con andar parsimonioso.

Juan B. Uribe se queda solo en medio de la calle desierta y tenebrosa.

La brisa marina despeja sus dudas.

Ensenada es su ciudad y no quiere que nada le pase.

¿Pero quién va a defenderla?

¿Vega? ¿Metido en su cama y tomando sopitas calientes?

¿Los marinos americanos?

¿Los voluntarios que se pasean como maleantes por las calles del puerto y andan de buscapleitos con los extranjeros?

Esto está en chino. Y no hay quien pueda descifrarlo.

XLVIII. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

4 de marzo de 1911

El coronel Celso Vega sabe, mejor que su propio médico, la causa de su restablecimiento: la rabia.

Mientras lee el informe que el cónsul mexicano en Calexico, Enrique de la Sierra, envió a la ciudad de México y que alguien filtró a la prensa de la capital del país, se siente con más energías, con más fuerzas.

¡Fuerzas destructoras, vengativas, descomunales!

Enrique Aldrete, su nuevo secretario, piensa que aquel pasquín puede ocasionarle un ataque de apoplejía a su jefe.

El coronel casi ruge cuando ordena:

–¡Vuelve a leerlo!

–Pero, comandante, ¿qué caso tiene que...?

–¡Que lo leas, carajo!

Y Enrique Aldrete lee en voz alta:

Hace ya cerca de un mes que una partida pequeña de revoltosos mexicanos sorprendió a Mexicali, paralizando con ello todos los negocios, causando las pérdidas consiguientes a los interesados. Se esperaba que los auxilios que vinieran de la cabecera del distrito serían suficientes para sofocar esta revuelta; para destruir hasta el último germen de ella y reestablecer el orden y el respeto al gobierno de esta región. Por desgracia, la venida de ese auxilio fue un completo fracaso. Debilitó los elementos de defensa de otros lugares, dio a los revoltosos una victoria que la prensa ha explotado, propalado y exagerado y que ha servido para que cobre bríos este núcleo de gente perniciosa y que el contingente de elementos nocivos afluya, haciéndolo más peligroso y más fuerte, mientras más días pasan. Por otro lado, la actitud incomprensible de las autoridades locales durante los días en que estuvo abandonado el pueblo y a merced de todos los bandidos y bandoleros que pululan en los centros de vicio que desgraciadamente abundan en Mexicali, el fracaso de la recuperación de la plaza por las tropas federales, su violenta retirada y los días que han transcurrido sin que se vea mejorada la situación, han sembrado la desconfianza, aumentan la desazón y pierde terreno la causa del gobierno entre los ex habitantes de Mexicali.

Todos los perjudicados, por estos acontecimientos, son otros tantos descontentos. Pero suponiendo que no lo sean, muchos y grandes son los perjuicios causados.

En los últimos meses ha habido un gran desarrollo de transacciones agrícolas y comerciales en el citado valle de Mexicali, formándose algunas importantes compañías cuyos negocios y operaciones, de hecho, están suspendidos por el estado anormal de cosas, por la carencia de seguridad, por la falta de víveres que no pueden llevarse al interior sin que se esté expuesto a que los revoltosos o socialistas los capturen y se apoderen de ellos, pues ya no observan la conducta hipócrita de respetar la propiedad particular, sino que llevan todo lo que pueden, dejando en cambio recibos sin valor alguno.

Me permito indicar que es indispensable, para evitar mucho de lo que he apuntado, que a la brevedad posible se envíe aquí el suficiente número de tropas de las tres armas (especialmente rurales), que sofocarán por completo toda revuelta aquí y toda idea de conquista en los aventureros cosmopolitas que, bajo el pretexto de ayudar a los revoltosos mexicanos, están inundando esta comarca. Además del número, es conveniente que esas fuerzas vengan tanto por el oriente como por el occidente; es decir, por la desembocadura del río Colorado y por Ensenada. Por la primera, deberían desembarcar en Puerto Isabel, en la costa de Sonora; seguir al norte de la Colonia Lerdo hasta la frontera con

Arizona, donde se cruzaría el río Colorado cerca de donde hoy están los trabajos de defensa, y una vez en Baja California, si fuere posible, aprovechar el ferrocarril de construcción de aquéllos y luego el Inter-California hasta donde fuere practicable y seguro, y así presentarse en Mexicali por el occidente cruzando la sierra; y operando al mismo tiempo, atacar ambas a Mexicali por el oriente y poniente, vigilando sólo el sur, pues por ese rumbo sería imposible, o al menos muy difícil, hacer ataque alguno sin perjudicar esta población de Calexico.

El coronel sigue fúrico: aquellas palabras le duelen tanto como sus heridas.

–¿Cómo la ve con este pinche diplomático?

–No le haga caso, comandante.

–¡Mira que llamar a mi expedición a Mexicali un fracaso!

–Vuelvo a suplicarle que...

–¡Que nada! Y además da consejos a nosotros, los militares. Que ataquen por aquí, que entren por allá. Pero cuando me hirieron nada hizo este cónsul traidor. Fue el primero en regocijarse porque no pude recuperar ese poblado de mierda.

–Debería abrir la ventana para que...

–Para que me disparen. ¡No! ¡Déjala cerrada!

Enrique Aldrete ya no sabe qué decir.

–Trae mi uniforme. Voy al cuartel.

–Pero el médico ha dicho...

–Que debo reposar un mes más. ¿Y sabes qué? El también conspira a mis espaldas, quiere que lleguen las tropas del Octavo Batallón y que el oficial que las comanda, el coronel Miguel Mayol, me sustituya. Todos quieren hacerme a un lado, como cosa acabada.

–¡Yo no, señor comandante!

El coronel observa a su secretario.

–El que antes ocupaba tu puesto desertó. ¿Tú qué piensas hacer?

–Serle fiel, coronel. A usted y a nuestro glorioso general Porfirio Díaz.

–Eso es lo menos que espero.

El comandante se pone de pie con dificultad.

–¡Tráeme mi uniforme! ¡Lo necesito ya!

Enrique Aldrete sale en busca de lo ordenado.

El coronel Celso Vega se mira en el espejo de su recámara.

Una figura pálida, de rostro desencajado, lo observa sin miramientos.

Si creen que soy un fracaso es que no me conocen enojado, es que no saben de lo que soy capaz.

Voy a meter en cintura a todos estos cónsules intrigantes, que dan consejos sin saber nada de cuestiones castrenses, de tácticas militares, de estrategias de guerra.

Voy a exterminar a todos los revolucionarios sin hacerles caso a estos políticos de quinta, a estos cortesanos de mierda.

Voy a limpiar Ensenada de todos sus simpatizantes y espías.

Voy a callarles la boca a... a...

El dolor vuelve: repentino.

Una oscuridad que estalla ante sus ojos.

El coronel trata de agarrarse del respaldo de una silla. Demasiado tarde.

Y ante la mirada impotente de su secretario, que regresa cargando su uniforme de gala, el coronel Celso Vega cae al suelo.

Desmayado, con un rictus de dolor.

Con un gesto de desprecio hacia sí mismo.

XLIX. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

6 de marzo de 1911

No sólo hay disputas entre las tropas revolucionarias de Baja California. En la junta directiva del Partido Liberal Mexicano empiezan los conflictos más duros. Antonio I. Villarreal y Juan Sarabia quieren que el movimiento anarcosindicalista haga causa común con el maderismo. Los hermanos Flores Magón rechazan tal unión. Y es que Francisco I. Madero está ganando seguidores a todo lo largo del espectro revolucionario que vive en el exilio o que lucha, en el interior de México, por derrocar la dictadura.

Para marzo de 1911, Madero ya preside en Chihuahua las fuerzas triunfantes de su ejército en marcha. Pronto su revolución será la revolución de todos. Excepto de los intransigentes, de los que no dan su ideología a torcer: los floresmagonistas.

El comandante José María Leyva, a dos semanas de su victoria sobre el coronel Celso Vega, el jefe político y militar de Baja California, enfrenta de nuevo al ala radical de sus tropas en Mexicali.

Y esa ala radical tiene nombre: Stanley Williams.

El anarquista tilda a su comandante de indolente.

Y cuando Leyva deja pasar el insulto, lo llama tibio, irresoluto y jactancioso.

–Sí, ganó una batalla, ¿y qué? No hemos hecho nada, excepto el ataque contra Los Algodones, que nosotros realizamos a pesar de sus dudas y titubeos. Exijo, como anarquista de mente y corazón, que votemos por un nuevo comandante.

Las voces de aprobación son multitudinarias.

En especial, los compañeros de armas extranjeros que viven para pelear y no para quedarse sentados, sin hacer otra cosa que jugar a las cartas, beber en demasía y pelear entre sí.

–¡Votemos entonces!

Antes de que el jefe Leyva pueda intervenir, la votación a viva voz toma fuerza como un movimiento de protesta.

–¿Destituimos del mando del ejército revolucionario al comandante José María Leyva?

–¡Sí!

–¡Sííí!

–¡Sííííí!

–¡Aprobado! ¿A quién nombramos en su lugar?

–Propongo a doña Tencha; es buena para mandar. Si no, pregúntenle a sus muchachas.

–¡Ja, ja, ja!

–¡Vamos, esto no es un chiste!

–¡Propongo a Francisco Vázquez Salinas!

–¿Quién es ése?

–Es un recién llegado. No tiene lazos con nadie. Será alguien justo, sin intereses de por medio.

–Bien. Voto por Francisco Vázquez Salinas. ¿Quién más vota por él?

–¡Yo!

–¡Yo!

–¡Yooo!

En poco tiempo nombran al nuevo comandante y lo llevan a la cantina donde las tropas revolucionarias han votado.

–Tú eres el nuevo comandante nuestro.

Vázquez Salinas se da cuenta de la poca seriedad de su nombramiento.

–Gracias, pero declino. No quiero esa responsabilidad.

Todos los presentes se asombran.

–Eres una buena persona, Pancho; pocos rehúsan el poder.

Pero Francisco Vázquez no confía en aquellos votantes vociferantes y alborotadores, que un día te adoran y al siguiente te dan una patada en el culo.

Stanley Williams busca, entre los presentes, a otro candidato para el puesto y propone a su colaborador en el ataque a Los Algodones, José Cardoza.

Este acepta de inmediato.

La votación a grito pelado vuelve a empezar.

Cardoza gana por votación unánime.

Para celebrar el cambio de bando, la gente de Stanley saquea el almacén que custodiaban dos guardias leales a Leyva.

Mientras éstos van a avisarle a su jefe de la rebelión electoral, los votantes exaltados consumen los licores importados por Benigno Barreiro para venderlos a los ingenieros estadounidenses al servicio de la Colorado River Land Company.

El comandante Leyva se entera de su destitución mientras

ultima, junto con Simón Berthold y Francisco Quijada, el plan de ataque contra el resto del Distrito Norte de la Baja California.

–¡Estos desgraciados! –exclama el comandante.

–Yo me encargo de ellos –le asegura Berthold.

Horas más tarde, mientras los votantes duermen la mona, la gente de Simón Berthold les recoge las armas y encierra a Stanley en la cárcel.

–Mañana expulsamos a los más alborotadores y listo.

Leyva se le queda viendo a Berthold.

–¿Te das cuenta? Salimos peor que don Porfirio.

–No digas eso, José María. En toda revolución hay que hacer limpia interna de vez en cuando. Que se alegren Stanley y sus simpatizantes de que no somos Robespierre ni contamos con un tribunal de pureza revolucionaria.

–Te apuesto lo que quieras a que Stanley va a ir a llorarle a Ricardo Flores Magón.

–Que le llore. Ese cabrón no vuelve por estos rumbos.

–Que el espíritu jacobino te escuche, amigo.

Y sin esperar más vuelven al mapa de la península.

Dos puntos han sido señalados con pluma: Tecate y Ensenada.

–Luis Rodríguez, con su guerrilla, es nuestra punta de lanza en Tecate.

–¿Y en Ensenada?

–Tenemos que ir nosotros.

–¿Abandonamos Mexicali?

–No hay otra solución. Pero vamos paso a paso. Primero subimos la sierra y apoyamos a Rodríguez en Tecate.

Luego vamos al sur, tomamos algunas rancherías, algunos pueblos mineros cercanos, como El Álamo, y ya viendo a cuántas fuerzas nos enfrentamos, ponemos toda la carne en el asador.

Ensenada es la capital. Si la tomamos, todo el Distrito Norte será nuestro.

–¿Y Tijuana, Leyva?

–¿A quién le importa? Con Ensenada en nuestras manos, los aduaneros de Tijuana tendrán que pasarse a San Diego, algo parecido a lo que hicieron en Los Algodones.

–Todo esto, en el papel, se ve bien. Pero...

–¿Pero...?

–Hay rumores de que el gobierno de Díaz ha mandado tropas de refresco a Ensenada. Por barco. Nuestra gente en Ensenada dice que están por llegar.

–Hasta no ver no creer. Mira, ahora están ocupados con los maderistas y los zapatistas y cuanto grupo rebelde hay a lo largo y ancho del país. Acá no nos toman en cuenta.

–Díaz no, pero los yanquis están presionando.

–Pero lo que hagan los norteamericanos será aquí, en la frontera, no en el puerto de Ensenada.

–Eso espero, porque si...

Un joven llega entonces con un papel en la mano para el comandante.

José María Leyva lo lee y se lo pasa a Berthold.

–Se ve que el general Otis y su yerno Chandler han decidido actuar.

Francisco Quijada, que se ha recuperado de un problema cardiaco, lee también la información.

–¡Treinta mil tropas del ejército estadounidense vienen en camino para sellar la frontera! ¡Es una reacción exagerada!

–Y no tardarán en llegar, Leyva –advierte Simón.

–Hay que hacer cruzar a todos los voluntarios que están del otro lado. Con tanta soldadesca van a sellar la frontera.

Berthold prende un cigarro mientras intenta asimilar los nuevos acontecimientos. Leyva no despega la vista del mapa.

–¡Hay que movernos, y pronto! –dice Berthold.

Leyva mira, resignado, a Simón.

–Creo que Stanley Williams tiene la suerte a su favor.

–¿Vas a liberarlo? Después de todo lo que hizo, ¿le vas a dar una segunda oportunidad a ese loco?

–Si ésas son las nuevas fuerzas a las que nos enfrentamos, es mejor que Stanley esté a nuestro lado. Sácalo de la cárcel, a él y a su gente, y que venga a ver lo que nos espera. Tal vez recupere la cordura y entienda que debemos cerrar filas si queremos que nuestra revolución triunfe.

Berthold acepta lo inevitable.

–Yo me conformo con que sobreviva.

L. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

9 de marzo de 1911

El coronel Miguel Mayol acaba de bajar a tierra con su Octavo Batallón.

Del cañonero *General Guerrero* han desembarcado sus tropas ante la felicidad generalizada de los ensenadenses. Ahora cumple con la cortesía de visitar en su casa al coronel Celso Vega, que convalece aún de sus heridas, pero que ya se muestra vivaz y sociable, dispuesto a darle lecciones de historia a la menor provocación:

–¿Sabe, Miguel, cómo los grandes conquistadores mantuvieron el control de sus soldados, incluso cuando eran derrotados?

Mayol se siente como si estuviera en una clase del Colegio Militar. En un examen oral.

–Supongo que por la fuerza o la disciplina, coronel Vega.

–¡No! ¡Nada de eso! Aunque ahora se diga que así fue. La verdad es más prosaica: ofreciéndoles un mayor porcentaje del botín; en otras palabras, comprándolos con las riquezas a la mano, azuzando su codicia, su lujuria y su amor por el oro y las piedras preciosas.

–Ya veo, coronel, pero no encuentro la semejanza con la situación actual de Baja California.

Ambos comandantes están sentados a la mesa, departiendo con copas de vino de por medio, en la residencia del coronel Celso Vega.

–Mis heridas necesitan tiempo para sanar.

–Y espero que se recupere del todo.

–Pero el problema que me urge resolver de inmediato es cómo recuperar la confianza de mis tropas después de que yo mismo las conduje a una derrota.

El coronel Miguel Mayol prefiere guardar silencio.

–¿Qué opina de mi derrota, Mayol?

Ante ese cañoneo frontal, el coronel responde sin parpadear:

–Se pierden batallas, ¿eso qué importa? Lo que vale es ganar la guerra.

–¡Bien dicho! Y ahora necesito ofrecerles algo a mis

soldados, y en los tiempos que hoy vivimos, debo darles un incentivo obvio: dinero.

–Sigo sin entender adonde quiere llegar.

El coronel Vega se vuelve hacia Enrique Aldrete, su secretario particular.

–Léale el telegrama que mandé hoy al secretario de Guerra y Marina.

–“Hónrame comunicar a usted que debido al subido precio artículos de primera necesidad no es suficiente el haber de las fuerzas que arribaron a esta plaza. Salvo mejor parecer esa superioridad manifiesto conveniente igualar haberes con los que tiene Compañía Fija de este distrito”.

–¿Qué le parece?

El coronel Mayol se acomoda en la silla, incómodo.

–Yo creí que cuando usted hablaba de incentivos monetarios se refería a la Compañía Fija, no a mis hombres.

Celso Vega le hace un gesto a su secretario.

Y éste sirve más vino.

–No voy a engañarlo, Mayol. Necesito a sus hombres o pierdo la Baja California.

–¿Tan grave está la revolución por este distrito?

–Peores son los que socavan, por dentro, mis esfuerzos por

mantener aquí el dominio del legítimo gobierno. Pero usted, Mayol, tiene órdenes precisas. ¿No es así?

–Salir hacia el valle de Mexicali y proteger a las empresas norteamericanas, sus propiedades, empleados, trabajos de ingeniería y cosechas.

–Yo le pido que no salga de inmediato. Y cuando lo haga no vaya en línea recta: dé un rodeo por Tijuana, Tecate y Picachos.

–¡Quiere que vigile la frontera!

–Que nos ayude a no perderla.

–Déjeme pensarlo, coronel.

–Piénselo, por favor, y le pido que no se marche de Ensenada sin avisarme. ¿Más vino? Este es italiano. Viene directamente de Parma.

Miguel Mayol contempla el retrato de don Porfirio Díaz que preside la sala.

–Buena obra. ¿Se lo mandaron de la capital?

El coronel Vega ni siquiera le echa una mirada a la pintura.

–No, qué va. Ese retrato lo hizo un yanqui. Un pintor de San Diego. Le das una foto y él te hace un cuadro como ése.

–¿Era una foto de nuestro presidente de joven?

–¡Qué sé yo! Joven o viejo, el general Díaz sigue siendo el más cabrón de todos nosotros.

Al capitán Miguel Mayol le sale el vino por las narices ante aquel comentario.

–¡Cuidado con lo que dice, coronel, no lo vayan a confundir con un revolucionario!

Pero Celso Vega sólo piensa en sí mismo.

–¡Imposible! Hasta ahora no he ganado ni una batalla.

LI. LAGUNA SALADA, VALLE DE MEXICALI,

16 de marzo de 1911

José María Leyva ha ordenado que los conflictos entre revolucionarios se hagan a un lado, pues ahora que ya saben que a las tropas porfiristas de Ensenada les han llegado refuerzos considerables, la unidad es vital para la causa. Ante tal reto, ha decidido dividir las fuerzas a su mando.

Y para eso necesita, muy a su pesar, a Stanley Williams y a sus *wobblies*.

Por eso, hechas las paces, Leyva le entrega el mando a Williams de la ahora llamada Legión Extranjera, con el propósito de que les cuide las espaldas desde el valle de Mexicali.

Leyva, como comandante del ejército revolucionario, ha tomado, finalmente, la iniciativa.

Es una decisión forzada.

Stanley Williams, ya liberado, se ha encargado de reclutar a decenas de voluntarios en el sur de California; la mayoría son estadounidenses y canadienses.

Esta vez Leyva reconoce que los necesita para mantener el control de Mexicali y su valle; Williams, por su parte, se muestra menos desafiante.

Con más de doscientos cincuenta hombres, Leyva sale del poblado y en Laguna Salada divide a sus tropas: Francisco Quijada con setenta hombres regresa a Mexicali ante la noticia de que el Octavo Batallón, al mando del coronel Miguel Mayol, tiene órdenes de dirigirse a Mexicali.

Junto con Emilio Guerrero y su grupo de indios kiliwas y paipais, Simón Berthold, con ochenta hombres, marcha rumbo al poblado de El Álamo, a tres días de distancia de Ensenada.

Leyva, ante la novedad de que el guerrillero floresmagonista Luis Rodríguez ha tomado el poblado fronterizo de Tecate, va a apoyarlo con el resto de sus tropas.

Ahora lleva ciento veinte hombres subiendo la sierra de granito.

Mientras sube entre las rocas amontonadas, Leyva tiene tiempo para observar el valle de Mexicali, su polvosa llanura.

Esa es su base de operaciones.

Pero la revolución no puede quedarse confinada a esta región de México.

El movimiento armado debe avanzar.

Y conquistar nuevos territorios.

Debe destruir las fuerzas de la dictadura antes de que éstas se recuperen.

Más tarde ya habrá tiempo de enseñarles a los bajacalifornianos que los floresmagonistas no son los monstruos que pintan sus adversarios.

Que la revolución anarcosindicalista es luz, no fuego.

Es trabajo duro y gratificante.

Leyva ve a las fuerzas de Berthold a lo lejos, alejándose de la frontera.

Con sus binoculares alcanza a ver la figura de Simón, a la cabeza de su columna.

Será la última vez que lo vea con vida.

LII. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

18 de marzo de 1911

Para muchos, el barco cañonero *General Guerrero* es un símbolo de que Ensenada está a salvo. El coronel Celso Vega sabe que no es así. De aquel barco descendieron, hace ya más de una semana, quinientos hombres del Octavo Batallón y una sección de ametralladoras.

El coronel Miguel Mayol está al mando de esa fuerza formidable. Los ensenadenses han vuelto a sonreír, a sentirse confiados.

Y se muestran dispuestos a hacer fiestas para celebrar tan feliz acontecimiento.

El coronel Celso Vega sabe que esas tropas no tienen como misión defender el puerto. Su objetivo está dictado por la política internacional.

O mejor dicho: por los inversionistas estadounidenses que ahora son dueños del valle de Mexicali. El Octavo Batallón saldrá en unos días para cumplir con el patriótico deber que le encomendara el presidente Díaz: defender las obras de las empresas yanquis en el delta del río Colorado.

Y el coronel Celso Vega no puede ni siquiera protestar.

Pero al menos puede cantar una victoria a su favor.

Hace seis días, los insurgentes al mando de Luis Rodríguez tomaron Tecate, un pequeño poblado a unos cincuenta kilómetros al este de Tijuana.

Y Vega tuvo que pedirle al coronel Mayol que lo apoyara mandando unos ochenta de sus hombres a recuperar Tecate.

Si Mayol no hubiera determinado pasar por ese poblado montañoso para llegar al valle de Mexicali, no habría hecho caso.

Pero era la ruta escogida.

Y mandó al capitán Justino Mendieta con sus hombres a Tecate.

Una avanzada.

Ambos coroneles quedaron satisfechos con semejante acuerdo.

Y ahora son recompensados, pues ha llegado el informe del capitán Mendieta.

–Ya está aquí el coronel Mayol –le informa Enrique Aldrete. El recién llegado lo saluda marcialmente.

Al coronel Vega comienza a caerle bien este oficial parco y diligente.

Pero una cosa es que le caiga bien y otra es que le tenga confianza. –Nos acaba de llegar un oficio de Justino. Voy a leerle la parte de guerra que más nos interesa.

–Disculpe, coronel, ¿de cuándo es este informe?

–Lo escribió Mendieta el 16, hace dos días. Pero no me haga más preguntas hasta que le haya leído el informe. Le aseguro que todas son buenas noticias. Mendieta hace de nuestro conocimiento que:

“A campo traviesa dirigirme a Tecate por el camino de Mexicali; como a mil metros antes de llegar al pueblo ordené al teniente Abraham Ochoa que con veintiséis hombres procurara a toda costa tomar la altura del cerro llamado El Vigía y con el mayor cuidado atacar por sorpresa un puesto avanzado que había en dicho lugar, mientras que yo con el resto de mi fuerza tomaría la altura del cerro llamado el Crestón, por ser éste la avanzada más fuerte y estar defendido personalmente por el cabecilla principal de dicha partida, Luis Rodríguez. El que suscribe llegó a la primera avanzada del enemigo,

que se encontraba al pie del cerro del Crestón, en la vereda de una de sus entradas, subiendo dicho cerro con el mayor sigilo y protegido por la oscuridad de la noche hasta colocarme en su cima, en donde tomé las mejores posiciones. Sentidos por el enemigo, el cabecilla Luis Rodríguez dio tres veces el quién vive, pero como no se les respondiera porque aún no despuntaba la luz del día, disparó su arma entablándose el combate, y como Rodríguez viera que una de sus mejores posiciones estaba ocupada, con el mayor arrojo avanzó con cuatro de los suyos a recuperarla, lo cual no pudo porque luego ordené que cuatro soldados que tenía inmediatos hicieran fuego, recibiendo de costado, por lo que se le obligó a retirarse a una casa contigua, de donde siguió batiéndose hasta quedar muerto, saliendo a la vez de las casas del pueblo la mayor parte de los revoltosos, quienes se batían desesperadamente; pero como recibían los fuegos de frente de la posición que yo ocupaba con mi fracción y los del flanco, se vieron obligados a retirarse en el más completo desorden los que quedaron vivos, encontrándose entre estos bandidos algunos negros, logrando cinco de ellos pasar al lado americano en donde no se les pudo perseguir, mucho menos batírseles. Hora y media después de este vigoroso ataque avancé tomando posesión del pueblo de Tecate, ordenando se levantara el campo de combate, donde se le recogieron al enemigo siete muertos y los heridos lograron evadirse al lado americano; veintiún

rifles, ochocientos cartuchos de guerra, treinta caballos, seis sillas de montar y tres cabezas de ganado vacuno”.

–¿Entiende lo que es esto, coronel Mayol?

–Un triunfo de nuestro ejército.

–No un triunfo cualquiera: la primera batalla que les ganamos a los rebeldes, su primera derrota en forma. Y este cabecilla, Luis Rodríguez, ya está eliminado. El primer jefe revolucionario que derrotamos completamente.

–Habrá que celebrar.

Enrique Aldrete le ofrece una copa de coñac a cada uno.

El coronel Vega no puede contener su entusiasmo mientras brinda por el Octavo Batallón.

–Esta es la mejor medicina para mis heridas.

–Ahora ya tengo el camino despejado hasta Mexicali.

–No creo que a los residentes de este puerto les guste la idea de su marcha. Van a sentirse un poco abandonados.

El coronel Mayol titubea. –Ordenes son órdenes.

–No me tiene que convencer a mí. Pero los civiles no comprenden los imperativos del deber. Y la gente de este puerto es miedosa ante cualquier cambio. Exigen protección las veinticuatro horas del día.

–Si me encuentro con los revoltosos en mi camino, los combatiré con todas mis fuerzas, siempre y cuando no ponga en riesgo mi misión.

–Cuidar los intereses yanquis.

–Ordenes son...

–Ordenes. Pero me molesta que los intereses financieros estén sobre los intereses de la nación.

–Yo pienso que ambos son lo mismo.

El coronel Vega asiente.

–Mejor no discutamos de política. ¿Cuándo piensa marcharse? –Alrededor del 20 de este mes. Y le aseguro que en Ensenada, con este escarmiento que les acaba de dar el capitán Mendieta, los rebeldes van a tener suficiente.

–Dios lo escuche, Mayol. Dios lo escuche.

Enrique Aldrete, siempre servicial, siempre adelantándose a los deseos de su jefe, les sirve más coñac.

A sus espaldas, el cañonero *General Guerrero* se balancea.

Pero ya no está solo. Dos barcos de guerra estadounidenses han entrado al puerto. Frente a ellos, el cañonero mexicano parece un bote de remos. –¿Y éstos? –pregunta Mayol.

El coronel Vega, que ya ha sido informado de su llegada por el cónsul estadounidense, se encoge de hombros.

–Vienen a proteger las vidas y propiedades de los ciudadanos americanos. En cierto modo, usted y ellos trabajan para la misma empresa, ¿o no?

El coronel Mayol recibe el insulto sin inmutarse.

–Yo pienso que quien esté libre de culpa tire la primera piedra.

Vega y Mayol, como dos tiburones que se han enfrascado en un combate amistoso, se sonríen mutuamente.

Y luego levantan sus copas de coñac.

Enrique Aldrete, entre las sombras, toma nota.

LIII. EL ÁLAMO Y SUS ALREDEDORES, BAJA CALIFORNIA, 20 de marzo–18 de abril de 1911

Al coronel Celso Vega ya no le interesa si los ensenadenses lo quieren o lo desprecian. Ha entendido que a la revolución que enfrenta hay que atacarla en tres frentes: el propagandístico, con noticias que aseguren que es una invasión estadounidense; el militar, con tropas frescas como el Octavo Batallón, y el paramilitar, con voluntarios a los que se les ordena hacer una guerra de exterminio contra los rebeldes.

Su misión es hostigarlos, combatirlos del mismo modo que los floresmagonistas combaten: en pequeños grupos, con ataques sorpresa, con francotiradores que eliminen a los jefes de la revolución, que neutralicen a los líderes y a los mensajeros, para que los rebeldes queden aislados entre sí, para que se les quiten las ganas de burlarse del supremo gobierno.

Cuatro de esos combatientes se parapetaron en la misión de San Miguel, a la espera de que los revoltosos aparecieran. Eran tres indios paipais, el brujo Jorge González, su sobrino Pedro Castro y José Higuera, así como Alberto Rodríguez, un indio yaqui cuñado de González.

El coronel Vega en persona les había encomendado su misión. Después de darles un poco de dinero y municiones, les entregó fotografías de cada uno de los jefes de la revolución.

Eran recortes de la prensa de California.

Allí estaban José María Leyva, el comandante en jefe.

Stanley Williams, el jefe de la Legión Extranjera de Mexicali. Y Simón Berthold, el segundo al mando.

Cuando los revolucionarios se acercaban a El Álamo, Jorge González, el curandero, reconoció a Berthold.

Desde la ventana de la casa en que vivía, sacó su rifle mientras el general revolucionario pasaba a caballo.

Y disparó una sola vez.

La bala le dio a Berthold en la pierna, a la altura de la rodilla.

Sin desmontar, el jefe revolucionario y su tropa contestaron al fuego.

Eso provocó una balacera enorme. Y la consiguiente

represalia de los rebeldes en los ranchos de San Miguel y Santa Catarina, donde se habían ocultado los asesinos a sueldo, los cazarrecompensas.

Los revolucionarios no dan descanso a los mercenarios. Cuando localizan el escondite de Jorge González, le disparan con todo. Herido en el estómago, González murió frente a su mujer y sus hijos.

Ninguno de sus vecinos intentó ayudarlo en su larga agonía.

Ninguno de los rebeldes hizo algo más que verlo desangrarse hasta morir.

Al coronel Vega le había salido barata la emboscada.

Pero para las familias kiliwas y paipais, para los que apostaron por el bando de Celso Vega o por el de Simón Berthold, aquel derramamiento de sangre desató una cadena de venganzas más allá de la revolución floresmagonista de 1911.

Mientras tanto, la noticia sacudió a la región entera.

–¡Los filibusteros vienen para acá!

–¡Los invasores están por llegar!

Los residentes de El Álamo, mexicanos en su gran mayoría, se marcharon con lo poco que pudieron tomar y se dirigieron a Ensenada; los indios neutrales subieron a la sierra a esperar que pasara la tempestad. En la sierra vivieron más de un mes

ocultos y temiendo ser asesinados, pues la propaganda de Celso Vega había advertido que los revolucionarios eran caníbales. De cuatrocientos residentes en El Álamo no quedaron ni cincuenta para recibir a los rebeldes que llevaban herido a su jefe.

Wenner Johnson, uno de los revolucionarios a las órdenes de Berthold, escribió en su diario los principales acontecimientos que los anarcosindicalistas afrontaron en aquella zona inhóspita. Su diario es un recuento de comidas y disputas, de ajustes de cuentas y malentendidos. La rutina de comer y matar:

Llegamos a las afueras de la población como a las 4:00 p.m.; allí nos dividimos en tres partidas y entramos a la población haciendo fuego sobre las casas; algunas balas nos fueron contestadas, pero seguimos adelante y nos apoderamos de El Álamo, sin que ninguno de nosotros saliera herido; la primera providencia fue dirigirnos a la cárcel y poner en libertad a los prisioneros, no habiendo encontrado más que uno: entonces enarbolamos nuestra bandera y dimos tres vivas. De allí nos dirigimos a las casas de comercio y almacenes, tomando todo aquello que estuvo al alcance de nuestras manos. Después cenamos muy bien, habiendo tomado chocolate y galletas, que nos cayeron perfectamente. Fuimos a la oficina de correos, quemamos allí los documentos y recogimos setenta pesos mexicanos. En el correo colocamos una guardia y convertimos el juzgado en cuartel general. Hay

muchas minas en los alrededores de esta población y después que ha llovido fuerte, se pueden recoger en la calle pedacitos de oro. Hemos estado come y come todo el día y nos sentimos al pelo. El general sigue empeorando, y si no logra mejorarse en un espacio de veinticuatro horas, está perdido. Los cuatro hombres que enviamos en persecución de los que emboscaron al general, regresaron diciendo que mataron a los perseguidos, y trayendo dos de sus caballos, sus armas y sus sillas; dicen que los que primero hicieron fuego fueron los otros, que los encontraron en el momento en que se disponían a comerse un burro que habían matado; les intimaron rendición, pero en contestación hicieron fuego, forzando así a los nuestros a matarlos. Se nos ha terminado la harina y estamos comiendo *beefsteaks* y frijoles americanos, café y chocolate. Somos solamente cincuenta y cinco; pero tenemos la plaza minada y bombas de mano para lanzarlas en caso de necesidad.

Para los revolucionarios, todo problema tenía solución práctica. La solución era un producto mágico: la dinamita.

Como buena parte de los voluntarios extranjeros y de algunos mexicanos, como el finado Luis Rodríguez, la educación ideológica de los revolucionarios nació de haber trabajado en las minas a ambos lados de la frontera, surgió ante los abusos recibidos al excavar a destajo por salarios miserables, para compañías que se enriquecían a su costa.

El único aprendizaje de todo ese trabajo minero es que muchos de estos anarquistas se hicieron expertos en el manejo de la dinamita. Por eso los rebeldes se sentían como en casa en el pueblo minero de El Álamo. Y para sentirse más seguros, minaron todos los caminos y las casas más importantes del poblado.

Como Johnson decía: todas las cargas de dinamita estaban conectadas a una sola batería para que, si los federales entraban al pueblo, ellos las hicieran explotar en forma sorpresiva y adiós ejército federal.

Era un plan perfecto.

Pero las tropas federales nunca se presentaron para participar en semejante experiencia, para saltar por los aires como aves de corral.

El único consuelo que les queda es que todos los días llueve y llueve, que todas las tardes hay pepitas de oro a sus pies, que esta vida nueva, revolucionaria, es muy parecida a su vida de antes, cuando eran mineros miserables. Sólo que ahora son los dueños del pueblo, los amos de su propia empresa.

El oro se reparte equitativamente.

El oro es botín colectivo y a todos pertenece.

LIV. TECATE, BAJA CALIFORNIA,

19–21 de marzo de 1911

El comandante José María Leyva se lleva una sorpresa en cuanto sube la sierra y penetra las praderas, los pastizales.

En vez de entrar a Tecate sin novedad y ser saludado por Luis Rodríguez y sus tropas, se topa con las posiciones enemigas del capitán Justino Mendieta.

Son las once de la mañana.

La batalla se da sin orden ni concierto.

Cada quien dispara a su leal entender.

Los soldados federales, posicionados detrás de grandes rocas y de trincheras bien defendidas, pueden disparar a fuego lento, diezmado a los revolucionarios a pesar de que éstos son doscientos y los soldados apenas ochenta.

El combate dura todo el día.

Al anochecer, el comandante Leyva comprende, por la llegada de algunos supervivientes de la guerrilla de Luis Rodríguez, que estas tropas porfiristas están bien entrenadas y esperan refuerzos.

Sin embargo, decide atacar de nuevo.

Reagrupa a su gente durante el día 20 de marzo.

Y en la madrugada del 21, utilizando la oscuridad como resguardo, ataca a las dos de la mañana.

No un ataque frontal, como el del día 19.

Un ataque por los flancos, a galope tendido.

Los soldados federales los rechazan una y otra vez.

Ni siquiera alcanzan a llegar a los alrededores de Tecate.

El jefe Leyva ha tenido suficiente combate.

Con caballos sin jinete yendo y viniendo, con rastros de sangre y ayes de dolor, Leyva se retira.

El capitán Mendieta atrapa a un muchacho que anda merodeando por la zona.

–¿Cómo te llamas?

–Nacho, señor. Nacho Medina.

–¿Qué andas transportando?

–Comida, señor.

–¿Para los revolucionarios?

–Sí, señor.

–¿Vienes con ellos?

–No. Soy de aquí, de Tecate.

–¿Y por qué los ayudas?

–Me pagaron por hacerlo.

–¿Y sabes cómo se castiga lo que querías hacer?

–No, señor.

–Mejor así. Llévenselo. Denle de comer y déjenlo ir.

El capitán Mendieta ve que los rebeldes pensaban abastecerse en Tecate y que ahora se les están terminando las provisiones.

–Hay informes de que la columna insurrecta se retira rumbo a Mexicali.

Una descarga se escucha cerca de su tienda.

El cuerpo del muchacho yace en el suelo.

Una mancha de sangre entre tantas otras manchas.

Mendieta recuerda las palabras del coronel Celso Vega: “No tomes prisioneros: toma pueblos”.

Uno de sus hombres le trae una gran tajada de queso fresco.

–¿De dónde sacaron esto? –pregunta.

–El muchacho lo traía.

El capitán saborea el queso y un poco de suero escurre por sus cachetes.

Siempre sabe mejor lo que se le quita de la boca al enemigo, piensa.

La victoria, por ejemplo.

LV. CALEXICO–MEXICALI,

22 de marzo de 1911

El capitán Babcock ya me estaba esperando.

En cuanto llegué a Calxico sus hombres me detuvieron.

El propio capitán me lo espetó en la cara.

–Ya sé quién es usted, señor Turner: no un periodista imparcial, como había dicho, sino un declarado simpatizante de la causa revolucionana.

–¿Y no puedo ser ambas cosas a la vez? –le repliqué.

–Puede ser lo que quiera, pero le prohíbo que pase al lado mexicano so pena de encarcelarlo.

Después de tal reprimenda me dejaron ir. Pero tanto Babcock como los soldados a su mando deseaban que yo desobedeciera para poder meterme en prisión.

Y tenían razón.

Pues un periodista sólo obedece las órdenes de su interés profesional por estar en el lugar de los hechos. Sabía, por instinto, que si intentaba cruzar la frontera usarían la fuerza física en mi contra, que sería arrestado por largo tiempo y que dejaría de prestar servicio a la naciente revolución anarcosindicalista. Por si fuera poco, tenía una misión que cumplir. Mexicali me esperaba y, a la vez, yo quería regresar, sano y salvo, a mi casa en Los Ángeles. Una celda no estaba en mis planes de hospedaje. Por lo tanto, sin discutir más sobre el asunto, esperé mi oportunidad con paciencia: calculé el momento propicio y deslizándome entre dos centinelas me trepé a una cerca de alambre de unos dos metros de alto para luego dejarme caer del otro lado, sobre suelo mexicano, sobre una tierra liberada de la opresión y la codicia. Pocas horas después supe que agentes del Servicio Secreto de mi país me estaban siguiendo por todo el campo insurgente. Antes de que oscureciera se me informó que el capitán Babcock había redoblado sus guardias a lo largo de la línea fronteriza para capturarme en el momento preciso en que pusiera un pie en los Estados Unidos.

Con la conciencia de que era un hombre inocente de todo cargo criminal, y que ni el capitán Babcock ni nadie más tenía derecho a detenerme en mi propio país, mi primer impulso fue el de cruzar de nuevo a la altura de la caseta aduanal, ya que tenía muchos textos por redactar, pero también sabía que otros que cruzaron por la aduana habían sido detenidos.

Por consiguiente, esta vez traté de deslizarme entre los centinelas con un viejo truco. Uno que aprendí en mis correrías por Valle Nacional.

La patrulla del capitán Babcock era experta en atrapar contrabandistas y me hubieran capturado si no hubiera tenido la precaución de enviar a un hombre vestido como yo y de mi misma corpulencia, que atravesó la zanja fronteriza para ver si no había moros en la costa mientras yo esperaba del lado mexicano; este hombre era un rancharo del valle Imperial llamado James Wilson, que había visitado el campo insurgente por mera curiosidad. Oí el sonido que hacen los cartuchos cuando se colocan en el cañón de un Springfield, listos para la acción, y escuché la orden de que se detuviera. Wilson fue llevado ante la presencia del capitán Babcock y pronto fue interrogado sobre si me había visto, si yo aún permanecía en el campamento insurgente y qué había estado haciendo allí. Según me dijo más tarde el propio Wilson, mientras lo interrogaban entró un agente del Servicio Secreto a la habitación y le dio un informe al capitán Babcock, comunicándole que yo estaba aún en Mexicali, y trató de contarle algunos de mis ires y venires durante el día. Eran puros cuentos: que me la había pasado de juerga con las muchachas de doña Tencha, que me divertía disparando al aire como un forajido cualquiera. Pero esa información llevó a que se redoblara la vigilancia fronteriza alrededor de Calexico.

Demasiado tarde. Para entonces ya había cruzado la línea

internacional sin novedad y estaba en camino a Los Ángeles. Durante los días siguientes, los informes de la Associated Press procedentes de Calexico estaban llenos de cuentos sobre mi relación con las fuerzas anarcosindicalistas; la historia más repetida era que yo estaba escondido en algún lugar cercano a la frontera esperando la oportunidad para cruzar y que se me había encomendado, por el propio Ricardo Flores Magón, tomar el mando supremo del ejército insurgente de Baja California.

No existía ni la más mínima verdad en esos informes.

En ese momento yo sólo era el supremo comandante de mi casa en Los Ángeles.

Y eso sólo hasta que Ethel, mi esposa, llegaba a poner orden en mi caótica mesa de periodista. O me llamaba para acompañarla y discutir las últimas noticias, los acontecimientos del mundo que eran el pan nuestro de cada día.

Los sucesos que nos alimentaban.

Los sueños que nos mantenían despiertos y en vilo.

LVI. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

25 de marzo de 1911

Mientras más se recupera de sus heridas, más irascible se ha vuelto el coronel Celso Vega.

No sé por qué.

A veces da miedo acercársele.

Parece un oso herido lanzando zarpazos a diestra y siniestra.

No confía en nadie.

Bueno: sólo confía en ese nuevo secretario suyo, Enrique Aldrete, que se la pasa lustrándole las botas y tomando nota de todo cuanto dice.

Creo que Vega debería salir más a la calle.

La gente de Ensenada está molesta con él por su derrota en Mexicali, pero si lo vieran en persona, si platicara con ellos, las cosas se resolverían a su favor.

Es hombre de oratoria, el coronel.

Yo he escuchado sus discursos en tiempos mejores que éstos y Vega tiene capacidad para convencer hasta al más escéptico.

Hoy estuve en el cuartel de la Compañía Fija.

Como de costumbre le llevaba una serie de quejas de ciudadanos americanos, residentes por muchos años en Ensenada, que han sido molestados por los idiotas defensores de la integridad nacional.

¿Qué estos mexicanos no ven que los intereses de su gobierno son nuestros intereses?

Encontré a Vega de un humor de los mil demonios.

Despotricaba contra la Colorado River Land Company.

—¡Le hacen más caso al general Otis que a mí! —se lamentaba.

Iba a decirle que era porque el general Otis tiene contactos de alto nivel en Washington y la ciudad de México; que nuestros presidentes, Taft y Díaz, son amigos suyos.

Pero me contuve. En vez de ello le dije, tratando de calmarlo:

–Lo que beneficia a la Colorado beneficia a México, coronel.

Vega refunfuñó ante mi respuesta.

Aproveché ese momento para contarle de los agravios contra mis compatriotas.

–Estamos en guerra, cónsul –me respondió–: todos debemos soportar incomodidades.

Cambié de tema.

–Supe que ya hay revolucionarios en las cercanías.

–Sí, en El Álamo. Poco a poco se van acercando.

–¿Qué hará, coronel? ¿Cómo piensa detenerlos?

–¿Detenerlos? No pienso hacer otra cosa que esperarlos aquí. Si atacan Ensenada, entonces ya veremos.

–¿Pero no debería ordenar cavar trincheras o ir construyendo barricadas en las calles principales?

El coronel se rió de mí.

–¿Para qué? Si nos atacan y los derrotamos, asunto concluido. Y si no podemos detener su avance, ordeno que mis hombres suban a los barcos de la Marina y desde ellos mando disparar todos los cañones contra Ensenada.

Por un instante quedé sin habla.

–¿Sería capaz de destruir este puerto?

–Con tal de no dejarles nada a los revoltosos, por supuesto que lo haría.

–¿Y los pobladores, coronel?

–Ya se lo dije, cónsul: estamos en guerra. Todos debemos soportar incomodidades.

Cuando salí del cuartel, las piernas me temblaban.

Me detuve a contemplar el pueblo y lo imaginé en llamas: una tierra muerta, desolada.

Y entonces pensé que todos nosotros éramos soldaditos de juguete en manos del coronel Vega, el oficial rencoroso, el militar sin remordimientos.

Juro que sentí vértigo, que la tierra se movió bajo mis pies mientras las trompetas de los ángeles tocaban su son apocalíptico, su música de catástrofe.

LVII. EL ÁLAMO, BAJA CALIFORNIA,

28 de marzo de 1911

Un grupo de voluntarios se presenta en El Álamo. Son cinco jinetes y una carreta repleta de cajas y toneles. Uno de los jinetes destaca en el grupo. De cabello alborotado, complexión robusta y piel quemada por el sol, se aproxima a los guardias que custodian el poblado.

–¿Está aquí Simón Berthold? –demanda más que pregunta.

–¿Quién lo busca? –indagan los guardias.

–Jack London. Revolucionario a su servicio.

Los *wobblies* reconocen ese nombre de inmediato.

Jack es novelista de fama mundial y apoya su sindicato.

Muchos de ellos lo han oído dar conferencias desde San Diego hasta San Francisco.

Muchos han venido a luchar a México subyugados por sus artículos periodísticos y su encendida oratoria.

–Pasen por acá. Nosotros los llevamos con nuestro jefe.

Entran al pueblo. London ve que todo parece tranquilo. Partidas de hombres armados caminan y platican animadamente, sin hacerles caso.

–Aquí es –les dice uno de los guardias, frente a una casa de madera.

Jack baja de su cabalgadura y toma un trago de su licorera.

Se abre la puerta de la casa y sale un hombre con un mandil puesto.

–¡Bienvenidos a mi consultorio! Soy el doctor Allen L. Foster. ¿En qué puedo ayudarlos?

–Busco a Simón Berthold, jefe revolucionario del territorio libre de Baja California.

–Pasen. Aquí yace Simón.

Y, en efecto, en una cama mullida yace Berthold, con su pierna ensangrentada y tumefacta.

Jack se sienta a un lado de la cama y mira a su viejo amigo.

–¿Cómo sigue tu herida? –pregunta en tono ligero.

Simón Berthold hace una mueca de dolor.

–Mal. No quiere sanar. Ya me quitaron la bala, pero salió

destrozada. Todavía tengo fragmentos adentro. Y eso me está enfermando.

–¿Fiebre? ¿Has tenido?

–Va y viene. Hay momentos en que me siento perfectamente bien. Hay otros en que todo lo veo distorsionado y la luz se enciende a mi alrededor.

–¿En qué puedo ayudarte?

–Olvídate de mí y mis padecimientos. Necesitamos armas y municiones. Las que traíamos ya casi se nos agotan. Sólo nos quedan cartuchos de dinamita. Pero, la verdad, lo que más necesitamos es propaganda a nuestro favor. La prensa nos llama bandoleros cuando somos luchadores por la libertad.

Jack asiente.

–No te preocupes. Escribiré artículos exponiendo lo que tú me digas. Pero vine hasta aquí, hasta este pueblo perdido en las montañas, para contarte algo. En Los Ángeles hay un boxeador anarquista, Felipe Rivera, un muchacho mexicano al que yo patrocino. No es muy musculoso, pero sabe bailar sobre el ring. Si lo ves no das ni un cinco por él. Y ésa es nuestra ventaja. Mis compatriotas apuestan siempre en su contra cuando pelea contra boxeadores polacos, alemanes o irlandeses.

Felipe es como México: lo desprecian como contrincante, lo golpean a morir, lo zarandean de un lado a otro, pero él

aguanta todo lo que le mandan. Y entonces, poco a poco, mientras sus adversarios van cansándose, Rivera comienza a devolver golpe por golpe. Y cuando golpea no percibes que haga daño a sus rivales, pero vaya que los hiere, porque este muchacho sabe que lucha por todos ustedes, que tiene que vencer no por vanidad personal sino para mantener viva una causa: la de la revolución anarcosindicalista de Baja California. Su espíritu, no su cuerpo, es el que gana todos los combates. Por eso traigo conmigo un buen cargamento de armas y municiones para ustedes. Todas fueron compradas con la ayuda desinteresada de Felipe Rivera, su camarada boxeador.

–Gracias a ambos.

–Y no te preocupes, Simón, que voy a contar todo lo que vea al sur de la frontera.

Berthold se incorporó a pesar del dolor.

–¿Y qué has visto?

–Un México miserable e ignorante cuyos políticos y militares quieren que siga así para que los mexicanos no reclamen sus derechos. Un México cuyo gobierno dice defender la soberanía nacional y que sin embargo sólo se dedica a abrir la puerta a los inversionistas foráneos: británicos, franceses y estadounidenses.

–Pero nosotros... nosotros vamos a cambiar eso, vamos a... a curar los males de México.

Jack London hace que Berthold se recueste de nuevo.

–Primero cúrate tú mismo, mi estimado Simón. Tú eres una figura esencial para mantener unida a esta tropa variopinta que comandas. No es fácil obtener el respeto de mexicanos y extranjeros por igual. Y tú tienes ese don. El movimiento anarcosindicalista no puede darse el lujo de perderte. ¿Entendido? Primero tu salud y luego la salud de todo tu país. Y cuando ganes esta revolución nos vamos de paseo a los mares del sur. Te lo prometo.

El doctor Foster, que se ha mantenido en silencio y de pie en un rincón de la habitación, interviene en ese momento:

–Es mejor dejarlo descansar, señor London.

Jack y el médico salen de la casa.

–¿Cómo lo ve, doctor? –pregunta el novelista.

–Mal, señor London. Pero Simón es un hombre fuerte, un luchador nato. Si vence la infección, se salvará.

–¿Y si no? –aventura Jack, quien ha mirado tantas veces la muerte, la propia tanto como la ajena, que ya no le asombra descubrirla entre sus mejores amigos.

–Entonces esto será un caos.

Jack London respira, a profundidad, el aire frío de las montañas.

–Debo volver a Los Ángeles. Los hermanos Flores Magón

deben saber la situación real del movimiento revolucionario que encabezan. Porfirio Díaz tiene sus días contados en el poder. Eso les diré.

–Hágalo. Y no deje de decirles que Los Ángeles está muy lejos de este pueblo perdido. Tan lejos como la ciudad de México y don Porfirio.

Yoshiatsu Nakata, el ayudante de Jack, llega con una bandeja y varias tazas de café humeante.

–¿Cómo lo quiere, doctor? –pregunta el japonés en su inglés cortante.

Allen L. Foster se ríe ante aquella escena de novela.

–Amargo, sin nada de azúcar. Como el diagnóstico que doy a mis pacientes.

Jack vuelve a contemplar el pueblo.

Esto no parece una revolución, piensa.

Falta más sangre, más caos.

LVIII. CONGRESO DE LA UNIÓN, CIUDAD DE MÉXICO, 1º de abril de 1911

Aplausos en cascada atronadora.

Los aplausos por las palabras dichas, por las palabras de calma y de consuelo ante la revolución que perturba e incomoda, ante las fisuras de un poder que se soñaba eterno.

Porfirio Díaz lo sabe.

Allí, puesto de pie frente a un Congreso inquieto, ante una clase política titubeante en sus lealtades al régimen pero que ante el peligro revolucionario cierra filas, el general se percata de que el poder se le va de las manos.

Estos políticos y militares que ahora lo aplauden ya planean traicionarlo.

Cuántos no están sacando sus fortunas y poniéndolas en bancos estadounidenses y europeos.

Cuántos no están negociando su futuro político en un México sin mí.

No importa. Estoy aquí para dar mi mensaje a la nación.

Aunque sea el último mensaje que dé a esta bola de malnacidos.

Don Porfirio siente que las fuerzas lo abandonan, que su cuerpo ya no le responde para andar poniendo el orden en este país de gente siempre inconforme, perpetuamente levantisca y rezongona.

Y al notar que los aplausos disminuyen, se ajusta los anteojos y prosigue con su mensaje. Ya ha dado cuenta de los maderistas, esos políticos resentidos a los que no les gusta perder elecciones. Ahora les toca recibir sus andanadas a los floresmagonistas.

–En Baja California se ha efectuado un movimiento de otro carácter causado por una banda de comunistas, en la que figuran muchos filibusteros americanos con el fantástico proyecto de formar una república socialista. Estoy seguro de que, en caso necesario, el pueblo mexicano, siempre patriota y celoso de su autonomía, acudirá a la defensa del territorio nacional.

De nuevo los aplausos.

El dictador hace una venia apenas perceptible.

El patriotismo es mi mejor arma.

Y la más barata.

Hay que felicitar a ese muchacho, Enrique de la Sierra, nuestro cónsul en Calxico, por esta palabra maravillosa: filibusteros.

Antes los llamábamos revoltosos, rebeldes, sediciosos y revolucionarios, y eso los hacía sentirse héroes.

Llamarlos filibusteros es un golpe afortunado.

Y no sólo hay que decirles así a los magonistas. Hay que hacer lo mismo con Madero y sus asesores alemanes y británicos.

Todos los revolucionarios son invasores.

Y los mexicanos, como en 1862 con los franceses, debemos detener su avance.

Don Porfirio escucha una tos a su espalda.

Ha perdido el hilo de su discurso.

Todos esos hijos de puta me están mirando como si fuera un anciano decrepito, un estorbo.

El dictador agita los papeles, se ajusta los lentes.

A su alrededor, el gran silencio.

La duda.

La angustia.

El miedo.

Siempre el miedo: sorpresivo, filoso, desgarrador.

LIX. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA, febrero–abril de 1911

La peor noticia que recibieron los ensenadenses en 1911 no fue la toma de Mexicali en enero de ese año, ni la derrota de las tropas del coronel Vega en febrero, ni que los revoltosos capturaran, momentáneamente, el poblado de Tecate.

Esas noticias los molestaban, pero no más.

Ellos, los ensenadenses, eran los residentes de la ciudad capital del Distrito Norte, la población con mayor número de habitantes y la única que contaba con un puerto a la altura de los puertos de la California americana. Así que, desde su perspectiva capitalina, el desastre revolucionario había ocurrido en las remotas regiones del Distrito Norte, cuya pérdida no afectaba, mayormente, la marcha del progreso de la entidad.

Ensenada no era un pueblo fronterizo perdido en el desierto.

Era una ciudad que se había creado con una mezcla cultural cosmopolita: una amalgama de lo europeo, lo mexicano y lo estadounidense.

Una sociedad decente, trabajadora y porfirista.

Su religión oficial era la católica.

Pero su creencia más enraizada era el ideal del progreso.

Por eso, aunque los revolucionarios eran una amenaza a su estilo de vida, no dejaban de ser una amenaza lejana. Los ensenadenses se preocupaban de que el gobierno porfirista no lograra recuperar el terreno perdido en el Distrito Norte, se quejaban de no contar con militares a la altura del general Porfirio Díaz, pero en términos generales tenían absoluta confianza en la restauración del orden tal y como lo habían conocido hasta 1910.

Luego, el 25 de febrero, una explosión cimbró el puerto dejando a sus habitantes en ascuas. Pronto se esparció la noticia: Alexi Micxim, un ciudadano ruso avecindado en Ensenada, había dinamitado la escuela cuando ésta se hallaba desocupada, destruyendo puertas y ventanas. El ruso era minero y borracho, de temperamento volátil e iracundo, pero todos vieron en su acto connotaciones políticas.

El horror de saberse vulnerables, el horror de creer, de ahí

en adelante, que cualquier extranjero era un terrorista potencial, puso a los residentes del puerto en actitud paranoica permanente.

Y entonces llegó el golpe definitivo, el que destruyó, irreparablemente, su confianza comunitaria: la llegada del grupo de Simón Berthold y la guerrilla de Emilio Guerrero y Francisco Pacheco al centro minero El Álamo y pueblos cercanos a Ensenada. La sola presencia de los revolucionarios a tan poca distancia de sus casas y comercios provocó un clima de histeria colectiva como no se vio en el resto de las poblaciones fronterizas.

–¡Allí vienen los invasores!

–¡Los filibusteros se acercan!

Esos gritos eran el horror absoluto.

El pánico en su estadio más contagioso.

Pueblos enteros abandonaban sus actividades y escapaban al monte.

Los comercios quedaban con las puertas abiertas.

Lo mismo las casas de las familias prominentes.

Muchos de los floresmagonistas recordaban su estupor cuando entraban a las casas de El Álamo y descubrían los platos con comida caliente servidos en la mesa y esperándolos.

Era como deambular por pueblos fantasmas.

Por sitios donde sólo las gallinas y las cabras respondían al saludo de los recién llegados.

Ensenada entró, así, al síndrome del asedio.

Y los ensenadenses, temblando ante el futuro horrible que los esperaba, en que los revolucionarios repartirían las propiedades a los desheredados de la tierra y darían sus hijas a la comunidad de los asaltantes lujuriosos, sólo podían imaginar que lo peor estaba por venir.

Del 21 de marzo en adelante, los ensenadenses se sintieron no sólo desamparados sino traicionados por aquellos en quienes más confiaban.

Por más que rezaban a Dios y a las vírgenes de Guadalupe o de Loreto, estas divinidades no atendían sus ruegos.

Y en espacios más terrenales, tampoco les hacían caso las autoridades civiles y militares.

Una desconfianza mutua fue abriéndose paso entre el coronel Celso Vega y los ensenadenses.

Si habían creído que el coronel Miguel Mayol, el nuevo paladín de la buena sociedad ensenadense y el centro de todos los festejos en el puerto, iba a quedarse a defender la capital del Distrito Norte de la Baja California, pronto quedaron decepcionados.

Sus tropas salieron hacia Mexicali para defender a los extranjeros y no a los mexicanos.

De nueva cuenta quedaban al arbitrio del coronel Celso Vega.

Y éste, quejándose de que su querida Compañía Fija sólo contaba con ciento treinta hombres en capacidad de combate, dispuso que esta fuerza militar se quedara en el puerto, cuidando a los numerosos prisioneros revolucionarios.

¿Combatir en la sierra a fantasmas revoltosos?

Ni que estuviera loco.

No iba a sacrificar a sus hombres en un terreno idóneo para trampas, emboscadas y matanzas.

El coronel Vega, con el pretexto de sus heridas, no hizo otra cosa que mantener una larga convalecencia.

Y, para desesperación de los ensenadenses, ante la falta de noticias fidedignas comenzaron a circular los rumores.

Que los estadounidenses del puerto van a pasar a cuchillo a todos los mexicanos.

Que los anarquistas, sobre todo los afroamericanos, son caníbales y comen niños crudos.

Que los indios todos son espías y sirven a los filibusteros.

Que de los barcos estadounidenses bajan cajas y cajas de municiones para los revoltosos.

Que hay un plan para explotar la cárcel con dinamita a fin de que los prisioneros puedan escapar en la confusión.

Que los chinos venden licor letal a los militares porque pactaron su apoyo a la revolución y trabajan en su beneficio.

Que soldados yanquis dirigen el ejército revolucionario y reciben órdenes de los judíos de Los Ángeles.

Cuanto más fantástico es el relato más lo creen quienes lo oyen y lo difunden.

Ensenada es un hervidero de chismes.

Una olla de cuentos increíbles que todos creen a pie juntillas.

Y si a esto se añade que el coronel Celso Vega parece una tortuga metida en su caparazón, la primera manifestación pública de protesta va a darse enfrente de su casa, ya que allí, en plena calle, decenas de furiosos, histéricos ensenadenses se han reunido para desfogar sus quejas contra un jefe político y militar que ni los oye ni los ve.

Para el coronel Vega todo es una conspiración, un ataque por la espalda.

¿Por qué me echan la culpa a mí?, se pregunta.

Yo no ordené que el Octavo Batallón partiera a Mexicali.

O que su misión fuera ser el celador de los yanquis.

Echenle la culpa a su gabinete de científicos y vendepatrias.

El problema de los ensenadenses es haber puesto todas sus esperanzas en el Octavo Batallón y en su comandante, el apreciado coronel Miguel Mayol.

Los ensenadenses, ante aquel contingente de medio millar de militares que bajaron al puerto con banda de guerra y desfile estelar por el paseo Hidalgo, se habían sentido seguros.

Craso error.

Si los ensenadenses saludaron con vítores la partida del capitán Justino Mendieta porque iba a expulsar a los insurrectos de Tecate, el 25 de marzo, cuando Mayol condujo a sus tropas también rumbo a Tecate, comenzaron a sentirse desprotegidos. Pero la calamidad tiene muchas facetas.

Dos días después, el 27 de marzo, los habitantes del puerto descubren que los rebeldes se han escurrido hasta El Álamo, que ahora casi están a las puertas de su ciudad.

El coronel Celso Vega, por telegrama, le pide al coronel Miguel Mayol que, si le es posible, antes de continuar su marcha hacia el río Colorado se desvíe y destruya a las pequeñas gavillas de merodeadores que pululan por la zona de El Álamo.

La razón que da es obvia: “A fin de no dejar usted enemigo alguno a la retaguardia que más tarde pueda molestarlo o cortar sus comunicaciones”.

El 29 de marzo Mayol le informa al coronel, y por ende al pueblo de Ensenada, que acepta la sugerencia de desviarse de su ruta para eliminar a tropas que podrían atacarlo impunemente y para castigar a los forajidos que tantas tropelías han provocado.

Los ensenadenses, esa noche, se van a dormir tranquilos a sus casas. O se emborrachan en las cantinas brindando por el valiente Mayol y los soldados del Octavo Batallón.

Pero Mayol, que ya entonces acampa en Tecate, cumple su palabra a medias: de Tecate marcha hacia el sur y llega a cincuenta kilómetros de El Álamo.

En el Paso de Guadalupe, sin dar más explicaciones, da vuelta hacia el este, hacia donde sale el sol.

Los ensenadenses se sienten doblemente engañados.

El Octavo Batallón y su mentiroso comandante les han tomado el pelo.

De la indignación ante aquel engaño se pasa a la ira.

Es una afrenta personal el que el glorioso ejército federal venga a la Baja California, desde tan lejos, sólo para proteger intereses extranjeros y no las vidas y propiedades de los propios bajacalifornianos.

Pronto se va conformando un movimiento de protesta que estalla en la primera semana de abril.

La primera manifestación pública ocurre frente a la casa del coronel Vega.

Como no pueden impugnar al coronel Mayol, ahora en el valle de Mexicali, aprovechan al coronel que tienen a la mano.

Entre gritos y clamores va perfilándose un grupo opositor, constituido por Juan B. Uribe, David Zárate, Jesús Paes Sedas y Eulogio Romero.

Son periodistas, abogados y comerciantes.

Están enojados.

Muy enojados.

Y entre los motivos de su enojo se encuentra el que acaban de enterarse que Celso Vega dejó, aun sabiendo el riesgo, cien cajas de dinamita en El Álamo, cien cajas que ahora están en poder de los rebeldes.

Otro rumor que ahonda la fisura entre civiles y militares.

De alguna manera, en ese clima de paranoia comunitaria hasta al coronel Celso Vega se le adjudican simpatías revolucionarias anarquistas.

¿O de qué otra manera se explica su negligencia?

El coronel, medio recuperado, medio soberbio, sale de su casa y se enfrenta con los manifestantes.

No logra convencerlos de que está de su lado.

Así que utiliza sus infalibles destrezas diplomáticas.

Rodeado de ensenadenses temerosos e iracundos, no le queda otra que pedirles, de la manera más atenta, que vayan y chinguen a su madre.

El alboroto crece.

Soldados de su guardia dispersan a culatazos a los protestantes.

El cónsul George P. Schmucker escribe un día más tarde su informe al Departamento de Estado.

El informe de Schmucker es, en cierta forma, una prueba de que la histeria colectiva ha contaminado incluso a los estadounidenses que residen en el puerto, que el miedo paranoico ya está infectando su cabeza.

Es el virus mortal de la sospecha.

En sus escritos, Schmucker expone que los hombres de negocios quieren deshacerse del coronel Vega y que varios de ellos comienzan a ver que el futuro del país no puede seguir siendo un régimen absolutista sino uno democrático.

Tímidamente, ante la ineptitud de sus autoridades, algunos ensenadenses han empezado a imaginar lo

imposible: el fin de la dictadura del general Porfirio Díaz.

No piensan en acabar con el sistema como pregonan los anarquistas.

Piensan en cambiarlo un poco.

En realidad lo menos posible.

En ese caso, gente como Juan B. Uribe empieza a considerarse maderista.

Para el comandante Celso Vega no hay diferencia entre anarquistas y maderistas.

Todos son un cáncer por extirpar.

Una fiebre que se cura a plumazos.

Para el cónsul Schmucker hay algo en que coincide con Vega.

Detrás de todos estos triunfos y ataques de los revolucionarios existe una conspiración en marcha.

El cónsul lo dice con lucidez intolerable:

No sé aún de quién es la mano que mueve los hilos.

Pero voy a averiguarlo.

Por ahora temo por mi vida.

Sé que han puesto precio a mi cabeza.

Y aun así nada me detendrá.

Hoy supe que mil japoneses desembarcaron en San Quintín. ¿De dónde vienen?

¿A qué los mandaron?

¿De quién reciben órdenes? Estamos en el umbral de una gran guerra.

De una guerra mundial por el alma del mundo. Estas son las primeras escaramuzas.

Lean el Apocalipsis: allí está todo.

Los ángeles me susurran al oído: “No confíes en nadie”.

Los signos ya son visibles.

Hay sangre por todas partes.

El cielo se oscurece: el sol ha muerto.

En el Departamento de Estado, en Washington, se preguntan qué son todos estos galimatías.

–¿Lo mandamos llamar?

–No. Si se está volviendo loco, mejor que siga en Ensenada y no aquí.

Y sus superiores no objetan su informe. Después de todo, ¿quién no ha leído el Apocalipsis?

¿Quién no es un hijo temeroso de Dios?

LX. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

25 de marzo–5 de abril de 1911

José María Leyva, otrora comandante en jefe de la revolución anarcosindicalista, abandona Mexicali. Su derrota en Tecate ha sellado su suerte a ojos de muchos de los revolucionarios.

A sus espaldas queda un movimiento armado roto en facciones beligerantes, que pelea por hacerse oír entre trifulcas y gritos y lamentos.

Leyva ya no es el mismo revolucionario que conquistara Mexicali apenas dos meses atrás.

El magonista radical, el que siempre andaba citando los discursos de Ricardo Flores Magón, ahora empieza a dudar, empieza a ver la necesidad de un frente revolucionario común.

Francisco I. Madero está pidiendo un pacto de unidad.

Y Leyva sigue siendo un revolucionario con ansias de combatir la dictadura, de hacerla caer para que ese sistema horrendo no se levante más.

Ricardo llamaba a Madero un ambicioso, un traidor, un cobarde.

Pero don Francisco no tiene nada de cobarde y responde, con el mismo tono y virulencia, a sus adversarios. Sus palabras, publicadas en los periódicos, duelen a Leyva por más que reconozca cierta verdad: Ricardo es un demagogo, un calumniador, un injurioso. Detrás de los adjetivos de Madero hay el claro temor ante un competidor tan poderoso como Ricardo Flores Magón.

Pero Leyva no olvida cómo la junta directiva del Partido Liberal Mexicano lo ha tratado: con la punta del pie. En cuanto fracasó en su asalto a Tecate, las voces de sus propios camaradas se alzaron en su contra. Para el 25 de marzo las deserciones en su columna son alarmantes. La gente, su gente, murmura a sus espaldas.

Ya no lo obedecen.

Ya no lo escuchan.

El regreso a Mexicali es la debacle completa.

–Perdimos por él.

–Le dio miedo y no siguió atacando.

–Se retiró a toda velocidad, abandonando a su suerte a nuestros camaradas.

–¿Quién puede confiar en un jefe así?

–Ahora habla linduras de Madero y pestes de don Ricardo.

El 29 de marzo, Antonio de Pío Araujo, enviado por la junta directiva desde Los Ángeles, lo destituye. Pero Leyva se queda en Mexicali, rumiando su expulsión, recabando tributos a punta de pistola, antes de irse a incorporar a las filas maderistas.

Ahora abandona Mexicali, el lugar de sus victorias más sonadas.

Antes de cruzar hacia el otro lado, observa el pueblo. En la calle principal una figura inmóvil destaca. Es Stanley Williams, su pesadilla. El *wobbly* radical lo saluda con un gesto que nada tiene de mofa y sí mucho de respeto. Ambos saben que en otros hombros está hoy el futuro de la causa anarcosindicalista.

El ex comandante José María Leyva le devuelve el saludo.

A sus espaldas, Mexicali desaparece entre los rayos del sol.

Sus hombres lo ven partir. Incómodos, se preguntan quién tendrá la razón: Ricardo en su obstinación radical o Leyva, con su maderismo recién adquirido.

Ahora el jefe del ejército floresmagonista en Mexicali es Francisco Vázquez Salinas. Sus instrucciones son una lección

de anarquismo puro: el ejército revolucionario en Baja California debe convertirse en varios grupos guerrilleros. La junta se lo informa de manera tajante: “En todos los casos la correcta iniciativa de cada jefe de columna tendrá mejores resultados que estar consultando con el cuartel general a cada momento”. Y luego le dan la gran noticia: “Esta junta no cuenta con fondos para la campaña militar”. Ante tantas “buenas” sorpresas, Francisco Vázquez Salinas no sabe si debe unirse a Leyva o renunciar al mando.

Stanley Williams, con sus ochenta y cinco hombres, no espera órdenes de nadie. Mayol y su Octavo Batallón están bajando por la sierra para entrar al valle de Mexicali por el sur, para llegar a las obras de canalización en el río Colorado sin acercarse al poblado.

Pero los revolucionarios no se tragan ese cuento.

Stanley comprende mejor la situación. La tropa de Miguel Mayol viene caminando y cabalgando desde Ensenada a marchas forzadas.

–Van a arrasar los ranchos del valle con todo lo que encuentren a su paso.

Stanley ha hecho un mapa en la arena.

Joe Hill comprende el plan de inmediato.

–Hay que arrasar nosotros primero.

–¡Exacto! Ensillen pronto y lleven lo mínimo necesario.

Vamos a hacer una incursión para apoderarnos de todo lo que nos sirva. Si nos topamos con Mayol y su gente, pues a darles. Y si no, nos regresamos aquí, a Mexicali, y nos hacemos fuertes en las inmediaciones del río Nuevo.

–Pero ellos tienen la ventaja numérica. Dicen que son más de quinientos soldados –dice Joe Hill.

–Pero son soldados cansados, recuérdenlo. Y antes de que se me olvide, si vienes con nosotros deja esa guitarra. Hace bulto y necesitamos todas nuestras alforjas vacías. Esta es una incursión para coleccionar todo lo que nos sirva. ¿Algo más que quieran decir?

Los voluntarios extranjeros ni siquiera se miran entre sí.

Confían en su jefe.

Stanley Williams sabe lo que hace.

Y lo que sabe hacer mejor es atacar por sorpresa.

Que la guerra sea un juego emocionante.

Una apuesta tan alta como la vida que han llevado.

Sus camaradas lo siguen sin dudar.

A galope tendido salen de Mexicali rumbo al rancho de Leroy Little y más allá.

Francisco Vázquez Salinas, su comandante en jefe nominal, apenas se da por enterado.

El coronel Mayol, que trata de evitar el menor enfrentamiento, no sabe que está por entrar en combate.

La segunda batalla de Mexicali será una sorpresa para todos los involucrados en ella.

Un choque de ardientes anarquistas y soldados fatigados.

Es abril y hace un calor agradable.

Agradable al menos para los que han residido en estos arenales.

Pero para los combatientes foráneos y las tropas federales, el valle de Mexicali es el averno, la misma boca del diablo.

Un horno de cenizas al viento.

Una trampa mortal.

LXI. CALEXICO, CALIFORNIA,

6–8 de abril de 1911

La multitud crece, se multiplica.

La línea fronteriza se vuelve la primera fila para el gran espectáculo: la segunda batalla de Mexicali.

Los soldados estadounidenses, en posición de guardia, están apostados cada cinco metros.

Si en la primera batalla, el 15 de febrero, eran unos cuantos centenares de curiosos los que vinieron a presenciar el combate, ahora ya son miles los que se aglomeran, a lo largo de dos kilómetros, para ver una pelea “como nunca se ha visto en todo el siglo XX”.

O al menos eso dice la publicidad que circula en folletos y periódicos desde hace dos días.

Y hay que reconocer que no sólo es publicidad barata.

Los turistas de la revolución descubren que ahora son mejor atendidos y que empresas de espectáculos han tomado esta nueva diversión con todo el profesionalismo de las grandes ciudades.

Es verdad que abundan los vendedores improvisados, mayoritariamente residentes del valle de Imperial, que han encontrado su mina de oro rentando los porches de sus casas o las azoteas de sus edificios como miradores privilegiados de este nuevo combate entre las tropas federales y el ejército revolucionario.

Gracias a la lentitud con que ha marchado el Octavo Batallón al mando del coronel Miguel Mayol, los espectadores han llegado antes que el gran espectáculo dé comienzo.

Muchos viajeros, algunos de lugares tan lejanos como Phoenix, Arizona, o San Francisco, California, ahora pueden darse el lujo de comer opíparamente o beber champaña mientras aguardan que los apasionados mexicanos de sangre caliente se maten entre sí.

Y, si esto es la guerra, para los estadounidenses incluso una batalla es pretexto para jugar en serio.

Por la calle pasan atildados caballeros con libretas en la mano.

—¡Se aceptan apuestas!

–¡Tres a uno a que el Octavo Batallón captura Mexicali!

Es la fiebre del negocio improvisado vuelto una empresa floreciente, de la especulación como maquinaria bien aceiteada.

Los vendedores de nieves y los músicos ambulantes divierten a las multitudes mientras la gran hora se acerca.

Hay ciertos comercios que atraen a los turistas por su peculiar mercancía: las tiendas de curiosidades.

Allí pueden comprar postales donde aparecen fotografiados, en las calles de Mexicali, los principales revolucionarios.

Las más vendidas son aquellas en que aparece Stanley Williams y su Legión Extranjera.

Las más caras son las que traen estampadas las firmas de los revolucionarios.

Otro comercio en auge es una tienda de ropa vieja.

El dueño se anuncia con un altavoz.

–Ropa de revolucionario mexicano. Compre aquí ropa vieja para que usted parezca un rebelde. Chamarras de cuero, pantalones de obrero. ¡Es la moda!

Sin embargo, el comercio que no da abasto es un estudio fotográfico improvisado.

Un italiano emprendedor, Mario Delari, ha encontrado la

fórmula perfecta: un telón de fondo que muestra unos cactus y un desierto.

Por tres dólares, el cliente se toma una foto disfrazado de revolucionario.

Sólo debe calarse un sombrero mexicano de ala ancha.

Ponerse unas cananas en el pecho y una pistola sin balas debajo del cinto.

Y si se añade un bigote postizo, esto sube el precio a cuatro dólares. Con eso se completa la figura deseada.

Mario Delari procede entonces a tomar la foto.

Y una hora más tarde el cliente ya cuenta con una imagen suya como un fiero revolucionario mexicano.

Claro, esto es apenas el preámbulo del espectáculo mayor.

Ahora son las diez y media de la mañana.

Lejos, muy lejos, se escuchan ruidos.

–¿Qué es eso? –preguntan las damas con cara de susto.

Mario Delari, con brillo en sus ojos, responde:

–¡Es la revolución!

Todos corren hacia la línea fronteriza.

Unos y otros pelean por el mejor asiento.

El cónsul Enrique de la Sierra se siente asqueado.

Cómo es posible que a estos bandidos los hayan hecho héroes.

A quién se le ocurre montarlos en un pedestal.

El capitán Conrad A. Babcock está más preocupado por la seguridad de estos turistas imprudentes.

Una bala perdida puede matar a cualquiera de estos bobos.

Pero para esta multitud de bobos, la guerra es la mejor experiencia de sus vidas.

La más electrizante.

La más audaz.

Como lo dice una dama visitante:

–Si tengo que elegir entre esta revolución y una corrida de toros, no sabría qué elegir. Ambas me divierten. Ambas me dan miedo.

A lo lejos, en la polvareda del horizonte, *The show must go on* (El show debe continuar).

LXII. LOS ALGODONES–MEXICALI,

6–8 de abril de 1911

Después de ir y venir por todo el valle de Mexicali, la Legión Extranjera, al mando de Stanley Williams, se ha concentrado en el poblado de Los Algodones para evitar conflictos con los comandantes Francisco Vázquez y Francisco Quijada en Mexicali. Al estar próximos al río Colorado, los empresarios estadounidenses se han puesto más que nerviosos y aguardan, impacientes, la llegada del Octavo Batallón para que defienda sus propiedades, maquinaria y cosechas.

Joe Hill y Scott Wheeler han ido y vuelto a Mexicali, por órdenes de Williams, para recabar municiones.

–¿Qué hacen allá los mexicanos? ¿Tomar la siesta?
–pregunta Williams.

–Y bailar fandango –le contesta Scott.

Joe Hill se molesta ante aquel desprecio.

–Ni siesta ni baile –los contradice–. Han estado trabajando duro en crear trincheras por todas las entradas del pueblo y han minado fuertemente las vías de acceso.

Stanley y Scott se ríen por su apasionada defensa de sus camaradas mexicanos.

–Ya habla como todo un estratega –dice el primero.

–Sí. Y ahora practica más con la pistola que con la guitarra. Lo cual es un alivio.

Hill no está para condescendencias de ninguna especie.

–El comandante Quijada no ha perdido el tiempo, como ustedes creen. Ha dispuesto una serie de líneas defensivas temporales para que, cuando las tropas federales ataquen, sólo acaben rodeando el pueblo sin penetrar más allá de sus canales y barrancos.

Stanley no queda satisfecho con esa táctica defensiva.

–Yo no voy a meterme en una fortaleza para que me asedien los federales. Si éstos se aparecen vamos a atacarlos. Punto.

–Pues eso será muy pronto –señala Hill–. Se les ha visto en las estribaciones de la sierra. No me sorprendería que en uno o dos días los tengamos merodeando por el valle de Mexicali.

–Hay rumores raros –agrega Wheeler– de que este Octavo

Batallón no viene a tomar Mexicali sino a proteger a los gringos y sus ranchos. Que son soldados con función de rurales.

–Sean lo que sean –rebate Williams–, si andan de fisgones por estos rumbos van a conocerme.

Unas horas más tarde el rumor se confirma.

Stanley Williams se encamina, con cerca de noventa voluntarios que conforman su legión, hacia Mexicali.

–Antes de irnos tomen las provisiones que recabamos de los ranchos de los gringos –ordena–. Vamos a desplegarlos como fuerzas de choque al sur de Mexicali. Quiero que, cuando aparezca este coronel Mayol, no se fije en Mexicali sino en nosotros. Que nos vea como el peligro mayor para sus amos. Seremos el anzuelo que lo atrape.

Entre el 6 y el 7 de abril, la Legión Extranjera sigue con su táctica de arrasarlo con las propiedades, mulas, carretas y provisiones de los ranchos hasta entonces intocados por la revolución, como los de la Imperial Development Company y el de la Colorado River Land Company.

–A los comandantes Vázquez y Quijada les van a arder las orejas de tanto grito de protesta –le advierte Scott.

–¿Y a nosotros qué? La revolución no se hace pidiendo permiso ni pidiendo perdón. Se lleva a cabo con lo que tengas a mano. Y no es mi culpa que lo que tenemos a mano sean puros ranchos ricos, puras empresas boyantes.

El 8 de abril, ya en las cercanías de Mexicali, Stanley Williams y sus hombres no aceptan entrar al pueblo y esperar el ataque.

–Un pato sentado es un pato muerto. ¿Por dónde andan los federales?

–En las inmediaciones del rancho de Little.

Stanley mueve la cabeza, sorprendido.

–Ese gringo, Leroy Little, debería rentar su rancho para batallas. ¿No creen? Siempre es ahí donde combatimos.

Carcajadas a su alrededor.

Son las diez y media de la mañana.

El Octavo Batallón se dirige a Mexicali a marchas forzadas.

El sol ya cala con sus rayos y baña de sudor el rostro de los soldados federales.

–Avancemos –dice Stanley–, ya que estos cabrones están haciendo lo mismo.

El enfrentamiento es ineludible.

Pero la Legión Extranjera no es un cuerpo militar conformado por un grupo compacto, sino una serie de bandas que mientras unas atacan, otras reconocen el terreno y otras se desvían para embestir los flancos.

No presentan un frente unido.

Por eso el coronel Mayol todo lo que ve son escaramuzas.
No un ataque coordinado.

Stanley Williams, sin embargo, sabe lo que hace: tantear las defensas del enemigo, descubrir sus puntos débiles, dividir la columna en trozos que pueda pulverizar o destruir, que pueda mascar a su gusto.

Al mismo tiempo, el Octavo Batallón se topa con la primera línea defensiva, con las primeras trincheras.

Viendo que no puede triunfar con un ataque frontal, el coronel Mayol, con sus quinientos hombres, busca flanquear a sus enemigos mientras los ataques de la guerrilla de Williams comienzan a desangrarlo.

Antes de que la situación empeore y haya una desbandada, como le ocurrió a Celso Vega en febrero, cuando varios de sus soldados y oficiales desertaron a los Estados Unidos, Mayol se saca de la manga su as de espadas: su compañía de ametralladoras.

Apenas son un par de ametralladoras Hotchkiss.

Pero su poder de fuego no tiene rival del lado de los rebeldes.

Los miembros de la Legión Extranjera, sin embargo, no se acobardan.

Y atacan a la compañía de ametralladoras por todos lados, hasta que hacen insostenible la posición de una de ellas.

Es una embestida brutal por parte de los revolucionarios.

Los soldados federales destruyen, con un hacha, la ametralladora cuando ven que su posición va a ser tomada y huyen para no ser capturados.

Stanley Williams, al frente de sus hombres, ataca la segunda ametralladora.

Pero, advertido del peligro, Mayol envía todos los refuerzos que encuentra y la posición de la segunda ametralladora deja de correr peligro.

Stanley se retira buscando otra forma de destruir esa arma que ha herido a tantos de sus hombres.

Un momento da instrucciones a su segundo al mando, el soldado galés Caryl Ap Rhys Pryce, y al otro momento una bala lo hiere en la parte posterior de la cabeza.

Cae de cara en un campo de cebada.

Pryce, a su lado, lo voltea para que descansa de espaldas.

Joe Hill le improvisa un vendaje en la cabeza.

Al hacerlo se da cuenta de que la herida es grave.

–Hay que trasladarlo a un hospital lo más pronto posible.

Stanley se niega a abandonar el campo de batalla.

Son las dos y media de la tarde.

–¡No! Debo estar con mis camaradas.

Hill insiste.

Pryce prefiere seguir las instrucciones de su jefe.

–Si lo trasladamos ahora, muchos no van a seguir luchando –arguye.

El combate vuelve a intensificarse.

Nuevas incursiones de la Legión Extranjera hacen que las tropas del Octavo Batallón sigan avanzando sin poder dirigirse a Mexicali.

A las cuatro de la tarde, después de permanecer más de una hora inconsciente, Stanley Williams, comandante de la Legión Extranjera, abre los ojos.

–¿Qué es esa luz? –pregunta.

–El sol. Todavía pega fuerte.

–Toma un poco de agua –le dice Joe Hill.

–No. Luego. ¿Todavía están peleando los muchachos?

Pryce asiente.

–¿Escuchas la balacera? –le pregunta Scott Wheeler.

–Sí... la escucho.

–Y eso que todavía no empezamos a pelear en serio.

Stanley sonríe allí, boca arriba, sobre la frescura de un campo de cebada.

–Buenos muchachos... buenos muchachos –murmura.

Y ésas son sus últimas palabras.

Joe Hill escucha sobre su pecho.

–No está muerto. Respira. Pero su corazón apenas late. Ha perdido mucha sangre.

Pryce acepta lo inevitable.

–¡Traigan una carreta y llévenlo al otro lado! En el hospital de El Centro hay buenos cirujanos.

Entre varios camaradas levantan a Stanley Williams y lo alejan del campo de batalla.

Ahora el comandante de la Legión Extranjera es Pryce.

Los demás combatientes se acercan para escuchar su primera orden como jefe interino (hasta que no lo voten democráticamente, un día después, no será el comandante legítimo de ese ejército). Pryce no los decepciona.

–¡Vamos a demostrarles lo que valemos!

Y la batalla continúa dos horas más.

Al final, el Octavo Batallón y los revolucionarios van separándose mientras el primero se desvía hacia el sureste de Mexicali, evitando las trincheras y los ataques sorpresivos.

Para el coronel Mayol es su batalla y la ha ganado.

Para los comandantes de la plaza de Mexicali, los dos Panchos, Francisco Vázquez y Francisco Quijada, es la prueba de que el sistema de trincheras es un mecanismo efectivo para repeler al enemigo.

Para los integrantes de la Legión Extranjera es la pérdida de su mejor comandante.

Stanley Williams queda en coma y muere, horas más tarde, en una cama de hospital al otro lado de la línea internacional.

Al morir, aparte de médicos y enfermeras, lo custodian dos soldados del ejército estadounidense.

Si hubiera vivido lo hubieran encarcelado y enjuiciado.

Ricardo Flores Magón, que desde Los Ángeles sigue el desarrollo de la campaña militar en Baja California, califica a Stanley de héroe universal.

Un héroe indisciplinado, valiente y audaz.

Un héroe muerto, como dice uno de sus hombres, por ayudar a que en México el pueblo no siga viviendo en la miseria, en la esclavitud. Un héroe, sí, pero también un revolucionario que ha logrado que el Octavo Batallón pierda la iniciativa, que el coronel Miguel Mayol quede escarmentado, que estos soldados federales recién llegados comiencen a respetar a los anarcosindicalistas por lo que han demostrado ser en el campo de batalla: combatientes fieros, que dan pelea de principio a fin.

La Legión Extranjera se ha vuelto, a pesar de sus pérdidas y probablemente debido a ellas, la más reconocida unidad del ejército revolucionario anarcosindicalista.

Y Stanley Williams es, para la prensa mundial, el revolucionario por antonomasia, la figura ejemplar del movimiento floresmagonista.

A muchos mexicanos, especialmente a los que combatieron en las trincheras y que lucharon con el mismo ardor y fiereza en la segunda batalla de Mexicali, eso no les parece justo.

–Todos los honores se los llevan Stanley y su gente –se queja el jefe Quijada con el comandante Francisco Vázquez–. Nosotros también tuvimos nuestra lluvia de fuego y resistimos por horas el avance de las tropas federales.

–Así es la prensa, tocayo.

–Pero ni siquiera nos entrevistan. No les importa nuestra versión del combate. Sólo andan detrás de la gente de Williams.

–Porque los periodistas gringos, excepto los de Calexico, no hablan español y prefieren entrevistar a sus compatriotas.

–Deberían venir hasta acá periodistas de la ciudad de México.

–Olvídalo, tocayo. Esos no se mueven de sus oficinas. Y a

ellos, desgraciadamente, la revolución, la única revolución que les importa, es la que lleva a cabo el señorito Madero por Chihuahua.

–Todas las luces están sobre ellos. ¿Por qué?

–Es que Madero es millonario, es *junior*, es persona decente y habla el mismo idioma que los políticos y los militares: el idioma del dinero.

–¿Y a nosotros que nos lleve la chingada?

–¿Ves, tocayo? ¿Así cómo? Si llegara un periodista catrín de la ciudad de México no nos vería como personas dignas de ser entrevistadas. Si se topara con nosotros en la calle se pasaría a la otra esquina.

–¿Le provocaríamos miedo?

–Miedo. Y desprecio. Es esa mierda que traen en el cerebro, esa educación que les meten por el culo desde niños: la superioridad de clase, el abolengo, la estirpe, el linaje. ¡Puros cuentos chinos!

–Sí, te creo, pero cómo joden.

El comandante Francisco Vázquez observa las calles de Mexicali.

Las carretas cargadas de heridos.

Los revolucionarios tirados bajo el firmamento constelado.

Los periodistas que se afanan en captar el tumulto, las escenas de un combate que a nadie ha dejado satisfecho.

Por doquier los rebeldes buscan un lugar donde descansar, un sitio para dormir.

Las botellas de tequila, cortesía del abundante almacén de Benigno Barreiro, son el mejor consuelo, la medicina más eficaz.

Margarita Ortega no se da abasto yendo de un lado para otro con toallas y agua caliente. Como buena tejedora termina por volverse, ante la necesidad de los heridos, en una enfermera que zurce la piel desgarrada, la carne macerada.

Los floresmagonistas la ven ir y venir de un lado a otro del pueblo, desde la plaza de toros hasta la aduana.

Pero no son los únicos que siguen sus movimientos, que toman nota de que esa mujer pertenece al bando de los revolucionarios.

Muchos de los porfiristas exiliados en Calexico, a pocas decenas de metros, observan con coraje la labor de Margarita.

Ella, entretenida en aliviar el dolor de sus camaradas, no se da por enterada.

Sigue trabajando por mantenerlos con vida, por darles esperanza. Francisco Vázquez no pierde detalle de todo lo

que ocurre. Entiende que Margarita Ortega ya no podrá ser una espía al otro lado, que ha sido juzgada y sentenciada, como todos ellos.

Es mejor así, piensa; que sepan que no hay tregua entre nosotros, que comprendan de una vez por todas que esta lucha es a muerte.

La suya o la nuestra.

Es la noche del 8 de abril y los estragos de la batalla se hacen visibles a su alrededor. Y sin embargo, detrás de los ayes de dolor, detrás del cansancio de su gente, detrás de las heridas sangrantes, hay una sensación de orgullo, de tarea bien realizada, de valentía puesta a prueba frente a un enemigo superior en tropas y armamento.

Por eso Francisco Vázquez, jefe revolucionario, comandante victorioso en una batalla plena de incertidumbre, no puede callar más.

–Ganamos nuestra libertad, tocayo. La libertad de vivir como hermanos en un pueblo fronterizo que a pocos interesa.

–Ganamos –responde el comandante Francisco Quijada–. Pero para serte sincero, ahora mismo me gustaría que alguien de la gente de Los Ángeles, don Ricardo o don Enrique Flores Magón, se presentara aquí y viera lo que nosotros vemos.

–¿Combatientes fatigados?

–Y sangre derramada.

–Que vieran lo que cuesta realmente la revolución. ¿Eso quieres decirles, tocayo?

–A veces la gente sólo necesita una palabra de aliento, una palmada en la espalda, saber que la causa por la que se lucha y se muere se valora en todo lo que representa.

–Te entiendo, tocayo, pero conozco a nuestros líderes. Se van a quedar en Los Ángeles escribiendo discursos. Son como los periodistas de la ciudad de México. Viven de leerse a sí mismos. Prefieren un escritorio a una trinchera. Por eso les importa más mandarnos el periódico *Regeneración* que armas, que municiones.

–¿Y nosotros?

El comandante Francisco Vázquez suspira ante los heridos que pasan a su lado, rengueando o apoyados en otros camaradas.

–Nosotros, tarde o temprano, tendremos que tomar una decisión.

–Seguir obedeciendo órdenes lejanas o...

–O tomar el mando y hacer la revolución desde aquí mismo, sin más órdenes que las que nos demos entre nosotros.

El comandante Quijada se limpia las manos en su sucio pantalón.

–Es de pensarse –dice.

–Pues piénsalo, tocayo.

Ambos comandantes guardan silencio.

Una estrella fugaz atraviesa el firmamento.

La parda inmensidad del desierto no les ofrece el más leve consuelo.

La más mínima tregua.

LXIII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

8 de abril de 1911

Una nueva tortuga porfirista apareció en el valle de Mexicali. De Tecate a Mexicali, el coronel Miguel Mayol hizo una semana de camino. Prudente como el coronel Celso Vega, la misión de Mayol era delicada: mostrarse como una fuerza poderosa a los ojos de los revolucionarios, como una presencia que los disuadiera de dinamitar las obras hidráulicas y de irrigación de las empresas estadounidenses y, por otro lado, si se daba la oportunidad, atacar a los rebeldes y expulsarlos del poblado de Mexicali.

La primera parte de la misión era una orden presidencial.

La segunda era una sugerencia del coronel Vega.

¿Y el propio coronel Miguel Mayol qué pensaba de todo eso?

Ir despacio, tantear el terreno sin provocar combates que pusieran en peligro las valiosas obras en el río Colorado.

Si fallaba en eso, el general Porfirio Díaz no se lo perdonaría. Por eso prefería rodear a ir de frente.

Evitaba la confrontación porque sus órdenes eran precisas.

Pero cuando el 7 de abril acampó en el rancho de Little, a escasos kilómetros de Mexicali y en el mismo sitio donde se había dado la primera batalla por esa ciudad, el 15 de febrero de ese mismo año, Mayol descubrió que no contaba con suficientes provisiones para alimentar a su batallón y a su compañía de ametralladoras.

En ese momento, el coronel Miguel Mayol pensó que podía emular a Napoleón Bonaparte y maniobrar sus tropas de una manera sorpresiva.

Al ver a Mexicali con escasas fuerzas revolucionarias defendiendo sus posiciones, la tortuga recién llegada quiso convertirse en liebre.

O quizá pensó en ganarle la partida al coronel Vega.

Si lograba tomar Mexicali, ¿cómo se vería Vega? Como un militar inepto y vapuleado.

¿Y a quién le ofrecerían el mando militar y político del Distrito Norte de la Baja California?

Sin duda a él.

Pero la batalla del 8 de abril, la segunda batalla por Mexicali, tiene una explicación más simple.

Es la comida, estúpido.

El Octavo Batallón bajo su mando, constituido por soldados oaxaqueños, estaba cansado y hambriento.

Habían sido siete días de bajar por cañones, laderas y peñascos, con pocos ojos de agua y un sol que, aunque apenas era abril, ya hacía sentir sus estragos en soldados venidos del sur, en soldados no habituados a un mundo seco, desértico y luminoso en grado extremo, donde al menor descuido la gente se insolaba o quedaba ciega por los rayos del sol.

Miguel Mayol y sus tropas no estaban acostumbrados a la aridez reinante y necesitaban comida y descanso.

En un telegrama que mandó muy temprano el 8 de abril de 1911, Mayol pedía al ministro de Guerra que “me diga si puedo atacar Mexicali”, pues carecía “de provisiones, pues en desierto todo se me ha acabado y no tiene la tropa absolutamente nada que comer en estos momentos ni dónde comprar”.

Bajo estas circunstancias, la segunda batalla de Mexicali se dio por desesperación.

Los soldados federales se sentían fuera de lugar.

Mexicali no era un terreno con verdor y clima mediterráneo, como Ensenada o Tecate.

Mexicali comenzaba a hervir.

Y la desesperación es mala consejera.

En vez de mantenerse alejado de los revolucionarios, el coronel Mayol ordenó a sus tropas que fueran acercándose a Mexicali.

No con intención de presentar batalla, sino con el propósito de acercarse lo más posible a Calexico, a la línea internacional, a fin de comprar víveres para subsistir en medio de la nada.

Sin otro plan que el espejismo de Calexico, Mayol advirtió que para llegar a esa población tenía que cruzar Mexicali.

Tenía que conquistar Mexicali.

Su informe de la batalla es una obra maestra del desvarío.

No por sus incoherencias.

Por su incapacidad de ver que cuanto más se acercaba a Mexicali menos opciones le quedaban, que estaba presentando combate sin otro plan que llenarse el estómago.

En su informe a la Secretaría de Guerra y Marina, el coronel Mayol asevera que todo empezó a las diez y media de la mañana:

El enemigo, compuesto como de doscientos hombres, se presentó en debida forma y bien organizado colocándose detrás de una sucesión de trincheras que a distancia de dos kilómetros de antemano tenían construidas; por lo que fue preciso seguir reforzando nuestras fuerzas en distintas direcciones procurando envolver al enemigo; a eso de las tres de la tarde, mandé reforzar nuevamente la línea de tiradores y retirar una parte de los que habían combatido desde la mañana. Después de varias dificultades que se me presentaron para poderlos flanquear por los canales y alambrado que existen en el lugar de los sucesos, logré por fin salvar esos obstáculos y con las ametralladoras que estuvieron desde la mañana oportunas en sus tiros, conseguí que el enemigo abandonase su posición retirándose con poco orden a Mexicali, pero sosteniendo el fuego hasta las seis y media en que se suspendió la acción de armas y, como entraba la noche, volvió la fuerza al campamento con la novedad de haber muerto doce individuos de tropa.

El informe del coronel Mayol es un informe impecable, a la altura de los producidos por el coronel Celso Vega dos meses antes. No por su calidad literaria: por su afán publicitario.

Para Mayol y el resto de los porfiristas recalcitrantes, la segunda batalla por Mexicali fue un triunfo.

Las fuerzas revolucionarias, al mando de Francisco Quijada, fueron supuestamente derrotadas y el ejército federal pudo cantar victoria.

Las felicitaciones desde Ensenada y la ciudad de México no se hicieron esperar.

Pero queda la otra versión de la segunda batalla de Mexicali, la que aparece en las páginas de *Regeneración*, la que cuentan los revolucionarios anarcosindicalistas a los periodistas nacionales y extranjeros y, especialmente, queda el informe de guerra que presenta Adrián M. López, quien combate al lado de Stanley Williams, a la junta del Partido Liberal Mexicano:

Me es honroso comunicar a la junta organizadora, el hecho de armas que ha tenido lugar hoy, y que resultó en una gran victoria para las fuerzas del proletariado mexicano. Después de una conferencia entre el comandante Francisco Vázquez Salinas, el jefe Stanley Williams y el que suscribe, sobre el mejor medio de dar batalla al enemigo que estaba acampado cerca de Mexicali, pues éste no pretendía atacar la plaza sino que se contentaba con permanecer en una posición al sudeste, el comandante en jefe dispuso que saliera una columna compuesta de sesenta y cinco hombres de infantería y veintidós de caballería, armados y municionados, bajo el mando del señor general Stanley Williams, con el objeto de asaltar al enemigo y desalojarlo de sus posiciones. La fuerza de la dictadura numeraba cosa de cuatrocientos hombres con magnífico armamento y cuatro ametralladoras y se encontraba situada en Little's Ranch, a seis millas de la plaza. A las

diez y media de la mañana llegó nuestra fuerza a las inmediaciones de sus avanzadas, las que hicieron algunos disparos sobre nuestra vanguardia, la que les contestó con vigor hasta hacerlas replegar al centro de su fuerza.

El general Stanley entonces dispuso su fuerza para el ataque. La infantería liberal entró en tiradores, con sostén y reserva. La caballería cubrió los flancos y con el objeto de envolver al enemigo por ambos lados, se dejó como flancos ofensivos un regular número de caballos. El choque fue formidable y se consiguió desalojar al enemigo, no obstante que éste puso a funcionar desde luego las cuatro ametralladoras que colocó en cada flanco y dos en el centro, que quedaron amparadas en una profunda zanja.

Aunque las ametralladoras funcionaban con alguna regularidad, sus fuegos no causaron el menor daño a nuestra fuerza. El número de federales que quedaron tendidos al fuego certero de nuestros valientes compañeros fue crecido. El enemigo se retiró y en ese momento Stanley y yo creímos oportuno abrir el fuego también con nuestros rifles para ayudar a los compañeros. Fue allí, cuando íbamos de una posición a otra, que una bala llegó e hirió al general Stanley en la parte superior de la nuca y no obstante esa herida mortal, quería seguir combatiendo, y con palabras halagüeñas estimuló a sus compañeros a que continuaran el combate sin interrupción.

Considerándose débil el enemigo para resistirnos, se fue batiendo en retirada y no llegó a tomar posiciones en donde pudiéramos medir nuestras fuerzas.

Este combate duró cerca de dos horas y media. Ya serían las cuatro de la tarde cuando el enemigo mandó tocar carga sobre nuestras columnas, sin resultado ninguno, pues fue rechazado y obligado a huir en completo desorden.

Para los oficiales del ejército estadounidense que presenciaron la batalla desde posiciones privilegiadas, el capitán Babcock lo dijo claramente, con su típica rudeza militar:

–Eso fue un quiero y no quiero, una derrota humillante para los federales porque se les ve sin agallas, sin ganas de jugarse el pellejo.

Y esa explicación vale como cualquier otra.

El coronel Mayol era un militar pasivo, un perro guardián que no podía darse el lujo de actuar por su cuenta y riesgo.

Su amo era la Colorado River Land Company.

Sus dueños eran un par de familiares políticos: Harry Chandler y Harrison Gray Otis.

Los dueños del valle de Mexicali a excepción de Mexicali mismo.

A excepción de ese grupo de facinerosos que mantenían ondeando la bandera roja sobre sus cabezas.

Esas piedritas en el zapato del ejército nacional.

Tan dolorosas.

Tan molestas.

LXIV. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

9 de abril de 1911

Joe Hill detiene su cabalgadura frente a la cerca de una casa de madera. En el porche de la misma media docena de revolucionarios mexicanos están sentados o recostados.

–¿Cómo les fue, yanqui? –pregunta uno de ellos mientras Hill desmonta y amarra su caballo a la cerca.

–Bien y mal –contesta, desgano–. Les disparamos con todo y ellos nos dispararon con todo.

–Ven acá y échate una cerveza.

–Sí, amigo, la necesitas.

Joe acepta la invitación.

Los rayos del sol caen a plomo y arden como metal fundido.

–¿Y a ustedes cómo les fue?

–Lo mismo. Perdimos a cinco de los nuestros.

–Y nosotros a nuestro comandante, Stanley Williams.

Hill se atraganta al beber.

Pero nadie se burla de su forma de apagar la sed.

–¿Eres músico?

Todos los camaradas mexicanos tienen los ojos fijos en la guitarra que Joe acaba de recuperar y ahora vuelve a traer a sus espaldas.

–Soy músico improvisado.

–¿Qué canciones sabes?

–Sólo las mías y algunas baladas irlandesas.

–¿Todas en inglés?

–Sí.

–¿De qué son tus canciones? ¿De amor?

–¿De venganza?

–¿De dolor?

Joe Hill entiende que no tiene opción.

Da un trago largo a su cerveza para aclararse la garganta.

Y toma su guitarra.

La afina, la oye, la vuelve a afinar.

Hasta que está satisfecho.

–Voy a cantarles, ¿puedo?

–Claro. Faltaba más.

–Es una canción sobre nosotros.

–¿Nosotros, nosotros?

–Sí. La he llamado “Himno del 8 de abril de 1911” y está dedicada a la memoria de Stanley Williams.

–No se te olvide Teodosio Ramírez.

–Y Gastón Sifuentes.

–Y Pedro González.

–Y Gerardo Bermúdez.

–Y Esperón Garduño.

–Bueno. Esta canción es para todos los que lucharon en Mexicali y aquí murieron. Ahí les va.

Con voz ronca, Joe entona su más reciente composición:

*Quinientos soldados vinieron del sur,
quinientos soldados a todo tambor.
Quinientos soldados quisieron batir
la roja bandera del porvenir.
Pero allí estaban para protegerla*

*corazones rojos al grito de guerra.
Desde Algodones hasta Mexicali,
desde Hechicera hasta Picachos.
Los combatimos, los derrotamos,
mira cómo huyen los desgraciados.
Quinientos soldados corren sin parar,
quinientos soldados, mira tú nomás.*

–Y por ahora es lo que llevo.

Los mexicanos no le aplauden.

En vez de eso, sin soltar sus botellas de cerveza, se le acercan en montón y lo abrazan.

Joe Hill, sorprendido, descubre algo que nunca antes había experimentado: el llanto colectivo, la emotiva unión por la pérdida de los amigos y el alivio de seguir con vida.

Antes de que se percate, uno de sus camaradas le quita la guitarra.

Y otro se pone a cantar.

Joe Hill sigue con los ojos vidriosos cuando Scott Wheeler lo descubre.

–¿Y tú qué haces aquí?

–Beber y cantar.

Scott no aprueba aquel espíritu fraterno.

Toma una cerveza y la bebe aparte.

–Te está buscando Pryce.

–¿Qué se le ofrece?

–Tu voto. Hay elección de comandante y es el candidato principal.

Joe Hill se despide de sus camaradas mexicanos.

–No se te olvide tu guitarra, yanqui.

Y ambos parten hacia las afueras del poblado, donde las fuerzas de la Legión Extranjera tienen su campamento.

–¿Qué haremos ahora sin Williams?

Scott se encoje de hombros.

–Salir de este agujero.

–¿Adonde? ¿A tomar Ensenada?

–Prefiero otro pueblo fronterizo, pero con más variedad de putas. Tijuana será nuestra elección.

–Eso lo decidirá Pryce, si gana las elecciones.

Scott le guiña un ojo al músico.

–Si gana Pryce, gano yo. Seré su asistente y promotor.

Hill no se muestra sorprendido.

–¿Ahora quieres ser jefe?

–Sí, Joe. Ya me cansé de andar con guitarristas muertos de hambre. Ahora quiero codearme con los periodistas, que me tomen fotos, que hablen de mí.

–O sea que pretendes emular a Pryce. A él siempre le gusta rodearse de reporteros y fotógrafos.

–Pryce, que espero sea nuestro próximo comandante, sabe el valor de una buena nota periodística para nuestra causa.

–A veces no ve la diferencia entre nuestra causa y sus intereses personales. Todo lo canaliza para su propio prestigio.

Scott se enfurece.

–¿Y qué? Lo que importa es que vean a la revolución como algo positivo, bajo una luz favorable. El prestigio de Williams era el prestigio de la Legión Extranjera. Lo mismo pasaría con Pryce. Un prestigio apoya al otro y viceversa.

–No te enojés. Entiendo el fin, sólo que no me gustan los medios publicitarios para conseguirlo. Es como si nuestra revolución fuera una mercancía, un producto empaquetado con moño y todo.

–Mientras el modelo original funcione no me interesa quién lucra o cómo lucra con el producto llamado revolución.

–¡Olvídalo! Apurémonos. No quiero llegar tarde a las elecciones.

Y a galope tendido salieron de Mexicali a campo abierto.

Sólo se veían tierras de cultivo, zanjaz inundadas, cuerpos sin vida.

En cuanto ganemos las elecciones hay que marcharnos de aquí, piensa Scott Wheeler.

La tierra se alimenta con nuestra sangre, piensa Joe Hill.

El sol reverbera sobre sus cabezas.

La única música a su alrededor es el canto de las cigarras, el zumbido de las moscas.

La sinfonía de la carne pudriéndose.

LXV. EL PORTEZUELO–SAN TELMO–SAN VICENTE, BAJA CALIFORNIA,

8–10 de abril de 1911

Si el 29 de enero de 1911 la revolución anarcosindicalista logra tomar el poblado fronterizo de Mexicali, una buena parte de la victoria de ese día se debe a la información de primera mano que los indios cucapás, adheridos al movimiento floresmagonista, proporcionaron a los demás revolucionarios participantes.

Para los propios indígenas bajacalifornianos, su revolución da comienzo el 10 de marzo de 1911, cuando Emilio Guerrero, indio cucapá que ha mantenido estrecho contacto con todos los grupos nativos de la región, se levanta en armas y conduce a su guerrilla como grupo explorador, preparando el terreno para la llegada de los rebeldes bajo el mando de Simón Berthold.

Herido Berthold y agonizante, enfrentados sus hombres por ver quién sería su sucesor, cargo que unos quieren para el mexicano José L. Valenzuela y otros para el norteamericano Jack Mosby, Emilio Guerrero decidió lanzarse por la libre y hacer incursiones por su cuenta.

Para los ensenadenses, muertos de miedo, temerosos de que los salvajes revoltosos se apoderaran de su querido puerto, la toma de El Álamo era una molestia evidente, un recordatorio de que los rebeldes se acercaban a sus negocios y propiedades, a la fuente primordial de sus riquezas.

Pero las incursiones de la veintena de hombres, mayormente indígenas, que Emilio Guerrero comandaba, eran vistas como un ultraje mayor.

¿Por qué?

No porque saquearan o se comportaran peor que el grupo de Simón Berthold y más tarde de Jack Mosby, sino por el simple hecho de ser indios.

E indios belicosos.

Su presencia despertaba el recuerdo de los relatos de sus abuelos, las historias de rebeliones indígenas que estallaban súbitamente, sin causa aparente.

Esa era la versión de la autodenominada “gente de razón”, lo que equivalía a decir que los indígenas, al no pertenecer a esta privilegiada categoría, eran gente sin razón.

Los indios tenían otra versión de la misma historia.

Se habían rebelado por muchos motivos.

Porque los obligaban a trabajar sin paga.

Porque los trataban peor que a los caballos de los colonos.

Porque los azotaban por la mínima falta.

Porque los misioneros violaban a las indias y tenían hijos con ellas.

Porque no eran considerados ciudadanos mexicanos con plenos derechos no sólo por curas, soldados y rancheros, sino incluso por esos mexicanos que pedían el respeto a la ciudadanía, por esos mexicanos para los que la democracia se limitaba al derecho de la “gente de razón” para elegir a sus gobernantes.

Emilio Guerrero y su gente sabían que estaban peleando no sólo para hacer caer a la dictadura porfirista.

Peleaban por su derecho a ser indios.

A residir en sus tierras sin temor al despojo.

A vivir en Baja California en plena libertad.

Por eso ahora protagonizan una persecución de película.

Están asaltando, en el paraje conocido como El Portezuelo, entre Ensenada y El Rosario, el coche-correo. El coche es un carruaje que traslada el correo, valores y mercancías entre

las poblaciones y rancherías. Lo conduce Ezequiel Ugalde, el comisario de la policía de San Telmo, y lo acompaña Adonis Cadena. Ambos se defienden a tiro limpio. Pero, al verse rodeados, se rinden.

Los rebeldes discuten si fusilan o no a Ugalde, prevaleciendo la cordura: lo toman de rehén y obtienen una fuerte suma de dinero por su vida.

Emilio Guerrero reparte el botín entre sus hombres.

Las mercancías las van regalando en las rancherías indias que encuentran a su paso.

Guerrero, más que otros jefes de la revolución, conoce en carne propia la miseria del Distrito Norte.

Y Más allá de los paseos, parques y bulevares de Ensenada, más allá de los prodigios de los canales de riego y los extensos campos de cultivo de Mexicali, más allá de las cantinas y plazas de toros de Tijuana, la prosperidad aparente de la región enmascara una pobreza abrumadora. Y los más pobres entre los pobres no pululan en las orillas de los poblados principales sino en rancherías distantes, en poblaciones raquíticas situadas en las sierras y en los desiertos.

Emilio Guerrero no lucha por una causa sino por dos: la revolución igualitaria y fraterna de Ricardo Flores Magón y la revolución india de su propio pueblo, por la libertad de los suyos. Dos revolucionarios en un mismo espíritu.

Con los quinientos pesos que le reditúa la vida de Ezequiel Ugalde, Emilio Guerrero consigue ser temido y odiado al mismo tiempo por la “gente de razón” en su conjunto. Su nombre causa pavor. Sus hazañas son vistas, por sus enemigos y víctimas, como obras de un demonio suelto. Pero para la mayoría de los indios bajacalifornianos, Emilio Guerrero es su Robin Hood. La esperanza de que no todo está perdido.

De El Portezuelo, su guerrilla se traslada a San Telmo y luego a San Vicente.

Los ensenadenses descubren un horror mayor: Guerrero y sus hombres respetan las propiedades de los residentes y sólo hostigan a los comerciantes voraces y abusivos.

Nadie se muestra hostil a su presencia.

Y eso da miedo.

Los habitantes de San Vicente no caen en el engaño: los revolucionarios que llegan a su pueblo no son invasores.

No son filibusteros: son amigos. Son parientes.

Y aplauden al verlos asaltar los comercios de los chinos y ver que las apreciadas mercancías de los orientales les son regaladas.

Su llegada es señal de fiesta.

De regocijo.

De música.

Si la revolución floresmagonista era cosa seria, para Emilio Guerrero primero era el festejo comunitario, enlazar a los residentes de cada pueblo con su grupo de indios alzados.

El 10 de abril Emilio Guerrero y su gente salen para ir a tomar San Quintín.

La noticia de su avance corre como reguero de pólvora.

Los “bárbaros” se acercan a las puertas de un poblado que, en 1911, cuenta con una población diversa: ingleses, estadounidenses, chinos y mexicanos.

El grupo de Guerrero está a punto de captar la atención de las grandes potencias, está a unos cuantos kilómetros de hacerse legendario.

LXVI. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

12 de abril de 1911

Departamento de Estado

Informe: Nelly Meyers

Confidencial

Las autoridades de este puerto intentaron detener a Nelly Meyers, ciudadana estadounidense que tiene residencia en el puerto de San Diego, California. El motivo: su visita a Ensenada y luego su viaje a El Álamo, donde cuenta con varias propiedades.

Como todo este periplo sucedió al mismo tiempo que El Álamo fue ocupado por los rebeldes, al regresar a Ensenada y ante el clima de suspicacias que aquí prevalece, fue aprehendida por la sospecha de ser simpatizante de los revoltosos.

Ante esta delicada situación y conociendo en persona a la señora Meyers, exigí su inmediata liberación.

Al principio el coronel Vega se negó aduciendo que contaba con pruebas irrefutables de que Nelly era una espía de los anarcosindicalistas. Sabiendo que eso era falso, le pedí al coronel, para aclarar lo más pronto posible este penoso incidente, que me permitiera interrogar a la señora Meyers en su presencia y que si, después de semejante trámite, tuviera todavía alguna duda, actuara a su mejor parecer.

El coronel Vega finalmente aceptó.

Esto que sigue es la transcripción de mi entrevista (le llame interrogatorio ante el coronel para que creyera que estaba de su parte) a Nelly Meyers:

–Su nombre, por favor.

–Nelly, Geòrgie. ¿O ya no me recuerdas?

–¿Qué la hizo venir a Ensenada?

–La revolución.

–¿Como simpatizante? ¿Como participante?

–¡No! ¡Claro que no! Como dueña de ranchos por esta zona. Quería asegurarme de que no me robaban mi patrimonio.

–¿Tuvo dificultad para llegar a El Álamo?

–No. Llegué cuando todo estaba tranquilo. Una semana después, los revolucionarios se apoderaron de la región.

–¿Cómo la trataron?

–Como lo que soy: una dama.

–Hemos oído que cometieron muchas fechorías por aquellos rumbos.

–Lo normal de un grupo de hombres: se la pasaron bebiendo, comiendo y peleando.

–¿Vio algún abuso con la población?

–Quemaron uno o dos comercios. Golpearon a un par de personas. Creo que uno era chino.

–¿Hablaron con usted?

–Yo hablé con ellos. Les dije cuáles eran mis propiedades y que no quería saqueos en ellas.

–¿Con quién habló?

–Con un compatriota: Jack Mosby. Era bueno.

–¿Bueno? ¿En qué lo era?

–Era bueno conversando. Contaba unas anécdotas muy chistosas. Decía que una vez había boxeado con un canguro en Australia. Y que el canguro había ganado. Cosas como ésa.

–¿La trataron de convencer de hacerse revolucionaria?

–¿Te han tratado de convencer, Georgie, de que dejes de leer la Biblia?

–¿Qué más hizo en El Álamo?

–Mi trabajo.

–¿Cuál es su trabajo, señora?

(Esa pregunta la hizo, inopinadamente, el coronel Vega mientras se atusaba el bigote.)

–Leer las cartas, adivinar el futuro.

–¿Eso qué significa?

(De nuevo el coronel.)

–Soy maga. Soy lectora del tarot y de bolas de cristal. ¿Quiere probar?

–Más tarde, tal vez.

–¿Les leyó el porvenir a los revolucionarios?

–A casi todos. No salían de su asombro. Me regalaron pepitas de oro, carne de venado, pieles de conejo. Lo que tenían a mano. Sus más preciados tesoros.

–¿Qué futuro les auguró?

–¡Georgie, Georgie! Bien sabes que eso es confidencial.

–¿Y le preguntaron del futuro de su revolución?

(El inoportuno coronel de nuevo metió su cuchara.)

–Sí. Eso sí, puedo decirles lo que observé. Les dije: “Van a ganar y van a perder”. Pero no importa. Su lucha seguirá en pie mientras el mundo sea injusto.

–Eso parece muy subversivo.

–Mi bola de cristal nunca toma partido. Sólo dice la verdad.

–¡Léame la mano!

(El coronel y sus exabruptos.)

–También soy experta quiromántica. Ponga aquí sus manos. Bien. Veo que a usted la vida no le ha dado nada gratis. Pero es un luchador tenaz.

–Eso ya lo sé.

–Paciencia, coronel. Aquí veo cosas interesantes: se siente relegado, menospreciado por su propia gente. Pronto les demostrará de qué es capaz. La victoria lo espera. Y también las habladurías. Pero los chismes no van a detenerlo. ¿Verdad?

–Verdad que no.

–¿Y tú, George, no quieres saber el porvenir que te aguarda?

–Ya lo sé, querida Nelly. ¿Puedo sacarla ya de aquí? ¡Esto es una pocilga!

El coronel Celso Vega, tal vez encantado por sus futuras victorias, dio la orden de liberación.

Llevé a Nelly Meyers a su barco.

Me dio efusivamente las gracias.

Antes de partir me dijo:

–No son muchos esos revolucionarios, Georgie.

–Pocos serán, pero muy escandalosos.

–Preocúpate por sus ideas: ésas son cosa seria.

–¿Hablas tú o tu bola de cristal?

–Habla el tarot y sus cartas nunca se equivocan.

Atentamente,

George P. Schmucker,
cónsul estadounidense en Ensenada

LXVII. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

15 de abril de 1911

En el cuartel militar suena el teléfono.

Al otro lado de la línea una voz rasposa pide hablar con el coronel Celso Vega.

–¿De parte de quién?

–Del general Simón Berthold.

–Un momento.

Nadie en Ensenada sabe el mayor secreto de los rebeldes: que Berthold ha muerto a consecuencia de la herida de bala que sufriera el 20 de marzo en El Álamo.

Los rebeldes han decidido pasar a una nueva etapa de la guerra revolucionaria: la propaganda telefónica, el terror auditivo.

–Sí, aquí Vega.

–Le habla el comandante de las fuerzas rebeldes en El Álamo.

–¡Qué atrevimiento!

–Le hablo para decirle que estamos saliendo hacia el puerto donde usted reside. Así que, por favor, vaya desocupando sus oficinas porque pienso sentarme en su silla en tres días a lo sumo.

–¡Hijo de tu pinche madre!

–¡Y padre de tus hijos en cuanto me presentes a tu vieja, cabrón!

–¡Mira tú...!

La comunicación telefónica se ha cortado.

En El Álamo, Jack Mosby se hace pasar por Berthold, cuyo cuerpo ha sido enterrado apenas dos días atrás.

Los camaradas que lo rodean se ríen cuando les cuenta lo que dijo el coronel Vega.

–Llama a otro número.

El juego prosigue.

–¿Bueno?

–¿Adónde hablo?

–Cantina Hussong, la mejor de Ensenada.

–Soy el comandante Simón Berthold, del ejército rebelde. Estamos por asaltar Ensenada y queremos pedir una dotación de cervezas para celebrar nuestra victoria.

–¡¿Qué?!

–Y una docena de muchachas alegres.

–¡Oiga!, ¡yo no estoy para bromas!

–Nosotros tampoco. Que estén bien heladas. Las cervezas, no las muchachas. ¿Entendido?

–Sí, comandante.

Risas por doquier.

–¡Otra vez!

Jack Mosby marca de nuevo.

Y piensa que ése es el mejor homenaje que se le puede hacer a Simón Berthold: mantenerlo con vida. Que siga provocando el terror en sus enemigos incluso después de muerto. Como el Cid Campeador.

–¿Hola?

–Hola. ¿Con quién hablo?

–Con el cónsul George P. Schmucker.

–¿Conoce usted a la señorita Nelly Meyers?

–Sí. Yo mismo la conduje a que abordara su barco a San Diego. ¿Por qué?

–Cuando la vea agradézcale de mi parte su cariñosa presencia. Dígale que fue una enfermera ejemplar.

–¿Con quién hablo?

–Con Simón Berthold, comandante del ejército revolucionario anarcosindicalista. Llegamos mañana. Ponga la bandera de su país bien alta; usted sabe, para que no destruyamos el consulado por error.

–¿Mañana?

–Dése prisa.

Jack Mosby marca una vez más.

–¿Pompas fúnebres Ruiz?

–Así es. ¿Qué necesita?

–Mira, soy el jefe de los revolucionarios y estoy calculando a cuántos soldados federales me voy a echar cuando llegue hoy a Ensenada. Necesito unos ciento cincuenta ataúdes y un arreglo floral grande, de puras rosas rojas.

–Está bromeando, ¿no es cierto?

–Escucha, muchacho: el arreglo floral debe traer una leyenda en letras rojas y negras. Esta leyenda debe decir: “Celso y Díaz. Dos militares perdedores”.

–Pero, señor, yo...

–Y quiero que lo coloques al frente de tu negocio. Si mañana que pasen mis hombres no lo veo, te fusilo. ¿No se te olvida mi encargo?

–No, señor. Perdón: no, jefe.

Mosby comienza a cansarse de aquel juego.

Algo le dice que andar en la revolución es morir en descampado. Un sudario a lo mucho y un agujero en la tierra si bien les va.

Como Simón Berthold, su camarada y amigo, que alguna vez le dijo: “Yo voy a regar mi sangre en la tierra que es de todos”.

Gente que muere para que otros disfruten un México mejor.

Y que ahora sólo vive en los oídos de unos cuantos, asustados ensenadenses.

Y en el corazón de sus hermanos.

Los duros.

Los bromistas.

Los que ni siquiera ante la muerte se dan por vencidos.

LXVIII. SAN QUINTÍN, COSTA DEL PACÍFICO, BAJA CALIFORNIA,

11-20 de abril de 1911

Emilio Guerrero y sus hombres observan San Quintín desde la distancia. Es un poblado donde viven decenas de rancheros mexicanos, un centenar de familias inglesas y varios chinos y estadounidenses dedicados al comercio.

En San Quintín la gente ha oído de la toma de El Álamo, pero está muy ocupada en sus negocios.

Los vecinos de este pueblo piensan que, si los revolucionarios se han de mover, seguramente será hacia Ensenada.

Los comerciantes locales temen que si por mala suerte los rebeldes los asaltan, no cuenten con más protección que los gendarmes de la aduana.

El inglés Frederick Kersy y el estadounidense Henry Cannon, ambos comerciantes, han decidido que no pueden confiar en las autoridades mexicanas.

Y cuando un vecino avisa que ha visto a las fuerzas de Emilio Guerrero en las inmediaciones de San Quintín, los comerciantes no dudan en pedir protección.

Esta llega en forma expedita y espectacular.

Un barco de guerra inglés, el *Shearwater*, enviado por el gobierno británico a aguas mexicanas (ante la incapacidad del general Porfirio Díaz para calmar el país, lo que pone en riesgo los intereses de Inglaterra en México), se presenta frente a San Quintín. Su misión: proteger a las compañías inglesas en Baja California.

Los agentes aduanales mexicanos quedan entre la espada y la pared.

Por un lado está la amenaza de los insurrectos de adueñarse de San Quintín.

Por otro lado está un espectáculo del que sólo son público presente.

Del barco inglés descienden treinta marinos, perfectamente Armados y con una ametralladora.

Por día y medio cuidan San Quintín a pesar de las protestas de las autoridades mexicanas.

Los residentes extranjeros, en cambio, están de plácemes.

Una protección real los acompaña.

Y pueden ofrecerles tazas de té a los valientes marinos ingleses.

Los rancheros mexicanos tampoco protestan.

Ni gritan que están siendo invadidos.

Ni llaman filibusteros a una fuerza militar que ocupa una parte del territorio nacional.

Todo sea por mantener la paz.

Por conservar sus propiedades.

Por el lujo de poder dormir seguros, sin sorpresas desagradables. En la ciudad de México, al enterarse del desembarco, se mandan a la embajada inglesa notas de protesta sólo para cubrir las apariencias.

Pero es demasiado tarde.

Para entonces, los treinta marinos ingleses han reembarcado y el *Shearwater* navega hacia Ensenada, cargado de buena parte de los residentes extranjeros que temen por sus vidas.

San Quintín, de nueva cuenta, ha quedado protegido por unos cuantos agentes aduanales.

Emilio Guerrero, después de aquella manifestación de fuerza, ha tenido la paciencia de esperar su momento.

El 19 de abril, sin *bloody british soldiers* a la vista, toma San Quintín con el simple recurso de presentarse en el poblado y mostrar sus armas.

¿Para qué tanto tiroteo si la cosa es tan obvia?

El que quiera ser un cadáver que salga con su rifle y nos dispare.

El que quiera vivir que se meta en su casa y nos deje saquear en paz. Los días de espera han rendido sus frutos.

De antemano, Guerrero se ha comunicado con los comerciantes más ricos y les ha ofrecido protección.

Algunos aceptan, como el estadounidense Henry Cannon.

Otros, envalentonados con la presencia de los marinos ingleses, se han burlado de sus pretensiones.

Ahora están quemando la tienda del chino Tomás León Ley.

La están quemando después de vaciarla por completo.

Las mercancías las han puesto en la calle, con un letrero que dice: “Tome lo que le haga falta”.

Los pobladores, a pesar del recelo, salen corriendo de sus casas, toman lo que necesitan de aquellas mercancías y vuelven volando a meterse en sus hogares.

Ni las gracias dan.

Tomás León Ley diría dos meses más tarde, en la denuncia

que interpuso a quien se halle responsable, que semanas después encontró mercancía suya en casa de sus mejores amigos, “y aunque yo les recordaba que éramos amigos y que no era de amigos ser cómplices de bandidos, nadie me regresó ni una bolsa de café”.

Un año más tarde, en la ciudad de México, Emilio Guerrero afirmarí­a que él robaba para darle al pueblo lo que éste no podía comprar.

Que a él le gustaba ver a la gente feliz.

Que eso era la revolución: una fiesta.

Que si quemaba casas era para protegerse del frío.

Que podían llamarlo ladrón, pero ladrón que roba a ladrón merece cien años de perdón.

O como lo recordaría, semanas después, Pedro Ramírez Cavile, aquella marcha al sur, aquella guerra de ataques sorpresa por la costa, fue una lección para todos: indios y rancheros, extranjeros y mexicanos:

Diré algo del paseo de la bandera roja hasta el puerto de San Quintín. Estuve incorporado a la guerrilla liberal que dirigía el compañero Emilio Guerrero. Esta guerrilla recorrió una buena porción de la Baja California. Por todas partes dejamos sembradas las buenas ideas. En todos los pueblitos y rancherías se nos recibía con los brazos abiertos al saber cuáles eran nuestros ideales: Pan, Tierra y Libertad para todos. A todos los tratamos como buenos hermanos y nos

suplicaban que no nos fuéramos, que estuviéramos con ellos; pero las necesidades de la lucha nos hacían alejarnos de aquellas gentes sencillas y buenas que esperan con ansias nuestro regreso.

Y Pedro Ramírez Caule terminaba diciendo: “Allá vamos, hermanos. Pronto nos daremos un abrazo. Pronto Baja California toda será nuestra”.

LXIX. IMPERIAL, CALIFORNIA,

17 de abril de 1911

Gral. Harrison Gray Otis

Estimado amigo:

He leído todas tus cartas y, como sabes, he tomado algunos de tus consejos para hacer frente a esta caótica situación que se nos presenta en Baja California. Pero, como también tú sabes, muchos de tus consejos son de alguien que es juez y parte en estos asuntos de tierras de cultivo, ferrocarriles que atraviesan un país extranjero y tus intereses financieros que, según tengo entendido, son del rubro de ochocientos treinta mil acres en el valle de Mexicali. Por más que lo pregones, por más que digas que lo que es bueno para la Colorado River Land Company es bueno para nuestro país, lo primero que tengo que informarte es que no voy a proclamar la ley

militar de este lado de la frontera y que voy a cumplir, estrictamente, con la ley de neutralidad para no darle pretexto a ninguno de los bandos en pugna para acusarnos de cómplices de uno de ellos.

Aunque odiemos a estos facinerosos, a estos radicales y vagos, creo que el que sean anarquistas no significa que estén locos. Y lo digo porque, desde que tomaron Mexicali hace más de dos meses y medio, muchas oportunidades han tenido para causar daños irreparables a los intereses económicos de nuestro país en territorio mexicano. Sí, sé que su conducta deja mucho que desear. Sé que han extorsionado a los comerciantes locales y, en especial, a los comerciantes y banqueros chinos de Mexicali. Pero, hasta ahora, han respetado la vía férrea, los ferrocarriles que a diario pasan desde Arizona y a los canales de riego. Tienen sus locuras a la vez que son gente práctica. Una combinación peligrosa, pero manejable.

Tus propiedades están ahora cuidadas por tropas federales, lo que quiere decir que están a tu servicio y no al del gobierno de Díaz. Lo sé porque el poblado de Mexicali sigue en manos de los rebeldes aunque el ejército federal cuenta con mejores armas y mayor número de combatientes que aquéllos. Como ves, nuestro gobierno sirvió de intermediario de tus protestas y consejos y gracias a su intervención directa, con el gobierno mexicano del general Díaz, estos soldados que

deberían estar combatiendo a los insurrectos se hallan haciendo labores de guardias al servicio de tu empresa.

Estas tropas, que dirige el coronel Miguel Mayol, tenían la orden de proteger las obras de construcción en el río Colorado, pero aunque cuentan con una capacidad de fuego considerable son una compañía que anda por todo el valle de Mexicali a paso de tortuga. Y lo peor: carecen de espíritu de combate. Son tropas de paga y tú eres su pagador. Entonces haz tú que te obedezcan, porque a mí no me hacen caso.

Creo que toda esa propaganda de nuestros vecinos de que el ejército del general Díaz era el más moderno y eficaz después del nuestro era sólo eso: propaganda. Los rebeldes, en cambio, son indisciplinados. Y cuando reciben órdenes, en vez de cumplirlas al pie de la letra se ponen a votar a su favor o en su contra. Sin embargo, como combatientes, los anarquistas son tipos de cuidado. Su debilidad mayor es que se la pasan peleando más entre ellos que contra las tropas federales. Si se pusieran de acuerdo, estoy seguro de que podrían adueñarse de toda la península de Baja California en cuestión de semanas.

He intentado hablar con este coronel Mayol. Ha sido inútil. Teme que si se entrevista conmigo lo llamen vendepatrias. Pero él es un simple empleado tuyo y nada más. ¿O es que no entiende su papel? Le pedí que limpiara de revolucionarios todo el valle de Mexicali y se

hizo el desentendido. Tal vez no quiera acabar herido como el otro coronel, Celso Vega, que dejó a sus hombres abandonados y se pasó a nuestro país para ser atendido de sus heridas.

Mayol, este coronel que ya me tiene más que enojado, es un cobarde. Dice que no tiene instrucciones de atacar Mexicali. Que él sólo cumple la orden de proteger con sus soldados la represa del río Colorado. En mi opinión, cualquier aumento del desorden en Baja California se deberá a la absoluta incompetencia militar de este comandante federal mexicano, que se la pasa de putas en Yuma y comprándose uniformes de gala. Me lo imagino desfilando en pleno desierto como un general prusiano de opereta. Si el general Porfirio Díaz sigue confiando en militares de tal ralea, ya debe ir despidiéndose de México. Y usted, mi querido amigo, tendría que prepararse a negociar con un Ricardo Flores Magón como presidente de México.

Con mi sincera estimación, su amigo de siempre,

Tasker H. Bliss general de brigada del ejército de los
Estados Unidos de América comandante del Departamento
de Guerra en California

LXX. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

18 de abril de 1911

Estamos afligidos.

Realmente afligidos.

Con fundados temores vemos que estos revolucionarios malnacidos, que estos filibusteros pagados por millonarios judíos norteamericanos, andan por el Distrito Norte cometiendo fechorías y nadie los para.

Estos cobardes asaltan, roban, incendian, amenazan y matan sin la menor provocación a los honrados habitantes de la Baja California.

Con la mayor desfachatez se asumen dueños de todo lo que no les pertenece sólo porque invocan la fuerza de sus armas.

Al robo le llaman justicia.

Al saqueo, igualdad.

A la violación, fraternidad.

Todos ellos están locos, desquiciados, con esas ideas satánicas del socialismo, con esa ideología anarquista que, como de todos es bien sabido, rechaza toda clase de autoridad, de orden, de religión. Y sin temor de Dios, todo está permitido.

Para nosotros, estos revoltosos carecen de la mínima virtud y sólo buscan la destrucción de nuestras vidas y propiedades.

Y si a estos desgraciados sumamos la ineptitud de nuestras autoridades, que en vez de proteger a la ciudadanía sólo protegen sus propios intereses, pues eso significa que ya estamos fritos.

Por eso, señor general Porfirio Díaz, presidente de la República, nosotros, los suscritos, ciudadanos mexicanos residentes en el puerto de Ensenada, le enviamos una petición exponiendo la situación anormal por la que atraviesa el Distrito Norte de la Baja California.

Nuestro sincero interés es apoyar al legítimo gobierno.

Pero por más que pedimos protección sólo encontramos indiferencia.

Ensenada está, según informes fidedignos, a punto de ser

asaltada por estos mercenarios y nadie hace el menor esfuerzo por evitarlo.

Pareciera que somos ovejas rodeadas por lobos.

Y nuestros perros guardianes duermen felices y en paz. Como si la suerte de México no pendiera de un hilo.

Y nuestro jefe político, el coronel Celso Vega, parece ser un experto en meter la pata, en acumular oportunidades perdidas.

Nosotros somos gente del norte y hablamos derecho, sin tapujos. Por eso le decimos que este señor es un inútil, no ha hecho absolutamente más que ir a Mexicali, obrar sin previsión, recibir una ligera herida, regresarse a Ensenada y negarse a dar disposición alguna destinada a la defensa de los intereses del distrito contra los invasores. Pudiendo levantar trescientos hombres montados que con los ciento cincuenta soldados que hay en la plaza hubieran exterminado a los filibusteros, en esta sección. El coronel Vega se ha limitado a estar recluido en su casa y a esperar inerte que los facciosos cometieran tropelías con mexicanos y extranjeros, causando graves complicaciones a la República. Con sólo movilizar cualquiera fracción de soldados, unidos a los auxiliares hubiera impedido las depredaciones que están cometiendo; pero negándose al principio a pagar más de doce reales diarios a los auxiliares montados, en este distrito en donde un jornalero gana 2,50\$ diarios, los cuales fueron licenciados por esta causa;

tratando con el lenguaje más crudo al pueblo y a las personas decentes de la localidad; gastando libremente los fondos del ayuntamiento en un teatro cinematográfico de madera que ha costado 17000 \$ en una población a donde nunca vienen cómicos y en salones de baile en el ayuntamiento. En tan aciagas circunstancias, ya se hace necesario que el gobierno federal sepa que el distrito se siente agraviado de tener a su cabeza a una persona enteramente incapaz de ponerse a la altura de la grave situación por la que atravesamos en estos momentos.

En los ocho años que lleva de desempeñar su cargo, su único objeto han sido la especulación y la diversión. Con Vega, el juego, las corridas de toros y las casas de tolerancia se multiplicaron, los talladores de baraja ocuparon puestos prominentes, y en un tiempo, las tres casas de juego de Ensenada estaban bajo la dirección de tres empleados del gobierno; en Mexicali se contrataron con un americano todos los ramos de la prostitución, la explotación de esos ramos en los que se incluyeron los de la plaza de toros, dejó una mensualidad respetable, y Mexicali, vecina a una población americana prohibicionista, se convirtió en el foco del escándalo, bastando decir que había treinta cantinas en una población de apenas unos centenares de habitantes. En una palabra, el distrito quedó entregado a una rapacidad increíble.

Al coronel Vega no le importan las desgracias y males de la población e hizo votos porque quedara aniquilada. Con

lenguaje sumamente brusco increpó a las personas por haber dirigido al señor presidente un telegrama pidiendo un cuerpo de soldados, expresando que mentían los autores del telegrama, y habló de haber derrotado a los de Mexicali y otras cosas ajenas al asunto. Después los invasores tomaron y ocupan el mineral de El Álamo, se han repartido en gavillas y han desolado a San Vicente, San Telmo, etcétera, que se encuentran cerca de esta población, sin que el coronel Vega haya tomado absolutamente ningunas medidas para proteger esos lugares o batir a esas gavillas.

La urgencia y gravedad del caso hacen prometernos que usted se dignará atender esta exposición, en el concepto que no recibimos contestación a nuestro telegrama anterior. Esta carta expresa las ideas de todos los habitantes del distrito, con excepción de unos cuantos empleados que no pueden manifestar con libertad sus ideas, y no va suscrita por todos, porque correríamos el peligro de que el señor jefe político sorprendiera al gobierno, empleando las intrigas que acostumbra.

Las acusaciones que presentamos ante usted son graves y, por lo mismo, siendo personas convencidas de que nuestras palabras tendrán respuesta de parte del gobierno que usted tan atinadamente dirige, hemos decidido permanecer anónimos para evitar cualquier represalia.

Atentamente,

la comunidad ensenadense

LXXI. EL ÁLAMO, BAJA CALIFORNIA,

19 de abril de 1911

¿Cómo le das de golpes a un fantasma?

Eso decía nuestro general Simón Berthold.

Para él nosotros, el ejército anarcosindicalista en Baja California, era ese fantasma.

Mientras estuviéramos en movimiento seríamos invencibles.

Mientras no supieran nuestros enemigos qué dirección llevábamos, cuál sería nuestra siguiente movida, estaríamos a salvo.

A Simón no le gustaba la pasividad, el estancamiento. Por eso se peleó con todos los demás jefes de la revolución. Porque no comprendía, por más que el comandante José

María Leyva le asegurara que era una decisión táctica, que los hermanos Flores Magón no vinieran a ver cómo estaban las cosas en el propio teatro de los acontecimientos, en el mismísimo campo de batalla.

Si don Francisco Madero, el *junior*, lo hizo en Ciudad Juárez, ¿por qué ellos no se atrevían?

Ese gesto hubiera ayudado a nuestras tropas en un grado considerable.

Y habría atraído a más voluntarios de México y el extranjero.

Pero ahora eso ya no importa mucho.

Ahora sólo vale que el general Simón Berthold Chacón, conductor de camiones y carruajes, militante de la Industrial Workers of the World y líder militar que siempre iba al frente de nuestro ejército, sucumbió a la gangrena gritando de dolor.

Una simple herida de bala mal cuidada lo llevó a la muerte.

Su última hazaña fue capturar el pueblo minero de El Álamo, al sureste de Ensenada, en plena zona montañosa.

Le dispararon por la espalda, como disparan los cobardes. Lo mataron porque tenían mucho miedo de todos nosotros.

Porque creían que éramos invasores extranjeros que veníamos a quitarles lo poco que poseían: sus pieles de animales y sus alambiques de licor.

En El Álamo empezamos a ver la verdadera miseria.

Los indios viviendo a la intemperie en pleno invierno. No tenían casa ni techo que los cubriera de la ventisca y la nieve. Nubes de moscas los seguían como a cadáveres ambulantes. Usaban ropas que se les caían de viejas. No contaban con zapatos ni medios para subsistir.

El Álamo era un pueblo minero con muchos extranjeros que habían venido a probar fortuna como gambusinos.

Sin embargo, El Álamo contaba con ciertos lujos: un peluquero negro, un corral con pollos tiernos, una tienda que vendía bebidas importadas a precio de dólar.

Porque los adeptos a la dictadura nos acusaban de vendepatrias, pero todos ellos compraban desde sus calzones hasta sus lápices en los Estados Unidos.

Y la moneda de uso no era el peso mexicano sino el dólar con su águila prominente.

Lo peor era que aquel pueblo era un pueblo enfermo. La tuberculosis hacía estragos sin respetar raza o color de piel.

Y los mineros pagaban con licor a las mujeres indias de los alrededores, con lo que las enfermedades venéreas eran cosa común.

Cuando los indios de estas lejanías comprendieron que peleábamos por ellos, cuando el general Berthold, aun herido, les explicó que luchábamos para liberarlos no sólo de

una tiranía militar sino de una forma de vida que los exterminaba, que los llevaba a su irremediable extinción, muchos de ellos se nos unieron.

El sufrimiento de Simón, su entereza al enfrentar el dolor y la muerte, les hizo ver que nuestra causa no era de lucro, de rapiña, sino de fraternidad en las buenas y en las malas. Por eso muchos indios montañeses nos acompañaron a los bosques cercanos a cortar leña y a cazar venados y pumas, como si fuéramos, ellos y nosotros, hermanos separados que al fin se encuentran. Y cuando compartimos la comida, sentados unos al lado de los otros, también esos indios entendieron que no éramos como los demás, que queríamos mejorar sus condiciones de vida. No con palabras: con hechos.

Pero lo que ganamos con los indios de acá lo perdimos con los vaqueros de la región.

Esos eran puros espías.

Esos nos ocultaban sus armas e intenciones.

Y si nos descubrían separados de la tropa nos venadeaban.

Gente mala, que sólo veía para sí.

Gente brusca, hosca, que sólo tenía una idea: deshacerse de nosotros a la mayor brevedad posible.

Ahora Simón Berthold está enterrado.

Ahora estamos despidiéndonos de nuestro comandante con una en su honor.

Nosotros ya lo decidimos: nos regresamos a la frontera.

Aquí la revolución se congela, se gangrena, se pudre.

Y como decía mi general Berthold, hay que seguir andando como una piedra rodante.

Ser revolucionario es no descansar jamás.

Y ahora vamos a seguir sus consejos. Queremos un horizonte abierto donde podamos ver claramente al enemigo. Aquí nos cansamos de no ver progreso.

Les dije a los indios que vinieran con nosotros.

Ellos se niegan.

Incluso al doctor Allen L. Foster, el médico que intentó curar la herida de Berthold, le pedimos que no se quedara, pero él dice que si se marcha sus pacientes morirán por falta de cuidados.

–Estos indios me necesitan –nos responde.

–Sí, que se quede –dicen sus pacientes que apenas pueden caminar–. Nosotros lo cuidaremos.

Todos nos preparamos para bajar la sierra.

El general Mosby dice que esto no es un revés.

Nadie contesta. Estamos cansados de estar en este pueblo

que recela de nosotros y nos tiende trampas.

Pero cobardes no somos.

Ni blancos fáciles.

–Muévanse –dice alguien al frente.

Y nos movemos: primero a paso lento, luego a trote.

Pronto todos vamos a galope.

Como queriendo escapar de una pesadilla.

Hay que volver a ser fantasmas, pienso.

Hay que volver a serlo si queremos ganar esta guerra, si queremos vivir para contarla.

LXXII. CALEXICO–MEXICALI,

19–20 de abril de 1911

El cónsul Enrique de la Sierra piensa en lo desesperado que está como para haber llegado a semejante situación. Sus intentos de conmover al coronel Miguel Mayol para que volviera a atacar Mexicali han sido infructuosos. A los soldados federales no les importa el sufrimiento de los leales ciudadanos mexicanos que ahora viven en el exilio californiano. Así que sólo queda eliminar a los cabecillas uno por uno.

La mujer entra en la casa del señor Meadows, el lugar convenido para aquella cita clandestina, vestida con modestia, sin ostentación de ropajes o de joyas.

Al ver la mirada de sus anfitriones, esboza un gesto de desdén.

–¿Qué esperaban, caballeros? No quería llamar la atención. Ahora en Mexicali todos somos revolucionarios. O fingimos serlo.

–De todos modos luce espléndida –se apresura a decir el cónsul.

–¿Qué desea tomar, doña Tencha? –le ofrece el *sheriff*

–Sólo tengo cinco minutos. Esos anarquistas están sobre mis pasos. ¿De qué quieren hablar conmigo que me hicieron levantar a las ocho de la mañana?

–Queremos proponerle un plan para eliminar un dolor de cabeza compartido –le expone el cónsul.

–¿La revolución? Que yo recuerde he sido su espía desde que esos salvajes tomaron Mexicali. Y hasta hoy no he visto que ustedes dos muevan un dedo para desalojarlos. Si no fuera porque los hombres, sean del bando que sean, necesitan de mis servicios, ahora mismo estaría viviendo de la caridad pública. Así que no se anden por las ramas y díganme cuál es su plan.

El cónsul se acerca a doña Tencha y le susurra al oído un buen rato. La madam lo mira entonces a los ojos y asiente. El *sheriff* saca del bolsillo de su saco una pistola pequeña e intenta dársela a la mujer, pero ésta se niega.

–El dinero lo depositan en el banco de Calxico. Cuando compruebe mi cuenta, mandaré a Luis Cano, mi cantinero. Búsquenlo hoy a las tres de la tarde en la licorería de Walton.

A él denle la pistolita. A él ofrézcanle el trato a espaldas mías. Luis es ambicioso y odia a los revoltosos. Luis será su peón y yo me iré a Yuma para no estar en la escena del crimen. ¿De acuerdo?

Ambos hombres están de acuerdo: aquel plan modificado es mejor que el suyo.

Al día siguiente, el comandante Francisco Quijada se da cuenta de que una de las muchachas de doña Tencha le hace ojitos. Una gringa nueva, de pechos generosos.

–¿Le gusta, comandante? –le pregunta Luis, el cantinero.

–Está buena, de buen ver –responde Quijada.

–Pues qué espera, jefe. Es toda suya. La casa invita.

–¿A poco? ¿Y desde cuándo es tan dadivosa doña Tencha?

–Doña Tencha no está. Anda de compras por Yuma. Por eso le digo: ahora o...

Al comandante Francisco Quijada no le dicen dos veces. Toma a la gringa de la cintura y sube con ella las escaleras del burdel. En el cuarto que entran sólo hay una cama, una jofaina y un maniquí desnudo. Apresurada, nerviosa, la gringa comienza a quitarle el cinturón y la pistola, a bajarle los pantalones. Al jefe de los revolucionarios eso le da mala espina. No es la primera vez que lo quieren matar en puros calzones. Recuerda aquella noche en San Antonio, Texas. Una muchacha que se encontró frente a su hotel. Una puta

callejera que por un pelo y no le rebana el cogote. Francisco agarra a la gringa del cuello y la azota contra la pared. La muchacha, sin un grito, cae desmayada a sus pies. El comandante la esculca de arriba abajo hasta encontrar la pistolita. Es de dos balas y las dos, intuye, son para él.

Unos minutos más tarde se oyen dos disparos en el interior de la habitación. Luis Cano, el cantinero, entra al cuarto. En las sombras ve un bulto en la cama y a la muchacha de pie, en una esquina.

–¡Vamos, qué esperas, lárgate al otro lado! –le ordena.

Entonces se percata de su error. Le está hablando a un maniquí vestido con la ropa de la muchacha. El cañón de una pistola se recarga en su cabeza, mientras la voz del comandante resuena a sus espaldas.

–Hay algo que acabo de recordar, Luis. A puta regalada, trampa segura. Y a cantinero traidor, juicio y pelotón.

LXXIII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

22 de abril de 1911

Han ganado dos batallas. Aunque ganar no sea el verbo que mejor puede aplicarse a los combates del 15 de febrero y del 8 de abril, el resultado de ambos enfrentamientos ha sido favorable para los rebeldes que, aun teniendo más bajas, han sostenido sus posiciones contra tropas federales con mejor armamento y preparación.

Dos semanas más tarde, Francisco Vázquez Salinas acepta lo inevitable: su cargo de comandante del ejército revolucionario en Baja California.

De los primeros combatientes pocos quedan en el poblado.

Muertos están Simón Berthold, Stanley Williams, Camilo Jiménez y Luis Rodríguez.

Otros se han pasado al maderismo, como José María Leyva y los que le siguieron.

Ahora sólo queda mantener la guerra de la propaganda.

Y pedir auxilio en octavillas que se difunden a ambos lados de la línea internacional.

En un llamado desesperado a la nación mexicana.

Un grito en medio del desierto:

Mexicanos:

En estos momentos solemnes para los destinos de nuestra raza, levanto mi voz para dirigirme a vosotros.

Estoy con las armas en la mano, luchando contra nuestros verdugos, para conquistar para todos los habitantes de México, Pan, Tierra y Libertad.

Venid, mexicanos. Volad hacia Mexicali, donde vuestros hermanos liberales os esperan con los brazos abiertos.

Acabamos de derrocar al cobarde coronel Mayol y a sus cuatrocientos esbirros. Venid para acabar con los pocos federales que quedan. Venid para que quede en poder de la revolución toda la Baja California.

Despreciad la vida de miseria a que os tienen sometidos los capitalistas y tomad un fusil para hacer vuestra felicidad y la de todos vuestros hermanos.

Dejad el trabajo; lanzad de vosotros la herramienta; ha llegado el momento de tomar las armas. Aquí os espero.

Traed, si podéis, vuestros propios fusiles y parque.

No os detengáis, no penséis en los riesgos de la empresa, no midáis las dificultades. Los federales no valen nada como combatientes. Nosotros los hemos derrotado varias veces.

Vuestros trabajos no os producen lo necesario para hacer una vida humana. Vuestras familias están en la miseria. Volad hacia Mexicali, para que conquistéis la tierra donde podrán vivir los vuestros sin necesidad de trabajar para los patrones.

Venid sin pérdida de tiempo. La felicidad está en vuestras manos.

Dado en el cuartel general del ejército liberal en Mexicali, Baja California, el 22 de abril de 1911.

El general en jefe de las fuerzas liberales,

Francisco Vázquez Salinas

Al comandante Vázquez Salinas sólo le queda esperar la respuesta. Los floresmagonistas están en desventaja y él lo sabe.

No sólo contra las tropas federales sino en la lucha propagandista, donde compiten con la orquestada propaganda maderista.

Desde que los maderistas combaten con éxito en la mayor parte del país, cientos de voluntarios, tanto mexicanos como extranjeros, han decidido sumarse a las filas del ejército revolucionario más reconocido.

Y ese ejército no es el que él manda.

Sin embargo, los voluntarios siguen llegando a Mexicali.

Los planes de ampliar la lucha a Tijuana y más tarde a Ensenada no han cambiado.

Lo que escasea no es el espíritu revolucionario.

Lo que falta son armas, municiones, caballos, carretas y automóviles.

El comandante Francisco Vázquez sale a la calle polvosa y contempla sus dominios: un Mexicali cada vez más caluroso, cada vez más iluminado por un sol estridente, cuyos rayos queman a fondo.

–¡Aquí os espero! –grita a todos y a nadie, confiado en que su llamado tendrá respuesta, en que su grito será atendido por espíritus afines, por camaradas de todas partes del mundo.

Si al menos Ricardo Flores Magón se diera una vuelta por estos arenales.

Si al menos viniera en persona a ver a su ejército, a su gente, a estos camaradas que sólo tienen el futuro como herencia, la revolución como esperanza.

LXXIV. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

23 de abril de 1911

Berthold ha muerto. Se le gangrenó la herida.

La voz de su hermano Enrique lo saca de sus cavilaciones.

Hay tanto por hacer: por todo México cunde la revolución. Hay fuerzas anarcosindicalistas peleando en una decena de estados, desde Chihuahua hasta Guerrero, desde Tamaulipas hasta Sinaloa.

–Lo sé. Ya me informaron. Williams primero y ahora Berthold. Estamos perdiendo a los mejores, a los más comprometidos con nuestro movimiento.

Antonio Araujo interviene:

–Ricardo, ya sabes lo que debes hacer. Te lo he dicho un montón de veces. Tú...

Un gesto perentorio ataja aquel discurso.

–Tú quieres que yo me presente en Baja California, que haga la gira que tú ya hiciste en Los Algodones y Mexicali hace dos semanas.

–Sí, Ricardo. Eso quiero. Y eso quieren los que integran tu ejército, los que se parten la madre por ti en México.

Ricardo Flores Magón sonríe con dolor, con desesperación.

–No: en eso te equivocas, Antonio. Ellos no se están partiendo la madre por mí sino por la revolución, por sus derechos a tener tierra, a ser libres, a ser felices como les plazca. Yo soy prescindible. Yo no soy su amo. ¿Entiendes o te lo repito? Yo no soy Francisco Madero o Pascual Orozco. No quiero dirigir a mi país. No quiero ser el dictador que ocupe la silla presidencial que, tarde o temprano, va a dejar el viejito de Díaz. Y si por casualidad, por una lamentable casualidad, a mis camaradas se les ocurriera pedirme que dirigiera los destinos de México, les respondería como ahora te respondo a ti: yo no voy a ser su verdugo. Busquen a otro. Somos anarquistas. No creemos en un pueblo en masa que sigue a su líder sin pensar. Yo creo que cada uno de nosotros es un ser capaz de gobernarse a sí mismo, una posibilidad infinita de libertad. ¿Para qué hacemos la revolución? ¿Para enriquecernos? ¿Para controlar a nuestros compatriotas y decirles por dónde deben marchar? Eso ya lo hace don Porfirio, y mejor que nadie. No, Antonio. Nosotros luchamos para romper las cadenas del pensamiento, para que los

hombres dejen de ser rebaño y anden libremente por el mundo, sin más gobierno que la solidaridad, sin más justicia que la repartición de la tierra, que la ley de la generosidad.

–Ya entendimos, hermanito. Pero nuestros compañeros de armas en Mexicali necesitan verte, saber que los acompañas en sus trincheras, en el campo de batalla.

–Mira, Enrique, yo no soy general, ni seré presidente. Yo sólo tengo una tarea en la vida: reunir los esfuerzos de la gente para liberarse de sus gobiernos, de sus dictadores. Desde aquí, desde este escritorio, lo hago mejor que nadie. Si me presento en Mexicali será el pretexto para que las autoridades estadounidenses me acusen de violar sus leyes de neutralidad, para que los esbirros de la dictadura pongan el grito en el cielo e intenten que toda su mierda legal me caiga encima. Tú y yo bien sabemos cómo nos fue en nuestro México querido, con tantos camaradas que al final resultaron unos traidores contumaces. Por eso ahora vivimos en el exilio. En un país que nunca será el nuestro, pero en el que puedes salirte con la tuya si aprendes a manejar sus leyes y eres lo suficientemente audaz para utilizarlas a tu favor. Por eso tú, Antonio, y John Kenneth Turner seguirán siendo nuestros ojos y oídos en Baja California.

–¿Y ahora qué sigue? –pregunta, en tono conciliador, su hermano.

–Ahora sigue mantener viva la esperanza, que no nos

durmamos en nuestros laureles. La pérdida de Simón Berthold nos hace cambiar de planes. Ensenada va a tener que esperar. –¿Qué sugieres hacer?

–Destruir a Mayol primero, luego blindar la frontera, ocuparla de este a oeste.

–¿Volver a intentar tomar Tecate? Ya ves lo que les pasó a Luis Rodríguez y a Leyva.

–Tomarlo todo: Tecate, Agua Caliente y Tijuana. Avanzar desde Mexicali hacia la costa, por la pura línea fronteriza. Pero antes debemos neutralizar al Octavo Batallón.

–Necesitamos a alguien más capacitado para luchar en la sierra, entre los montes, casa por casa.

–Mosby puede ser. O Pryce, el galés.

–¿Pryce? ¿Caryl Pryce, el comandante de la Legión Extranjera?

–Él combatió en Sudáfrica. Sabe de tácticas modernas. Es un soldado profesional.

–Creí que era un simple aventurero.

–Hermanito, hermanito: todo revolucionario es un aventurero. ¿Qué no lo sabías? Y otra cosa: ya no le llamaremos la Legión Extranjera. Ahora que marchen a Tijuana se les llamará la Segunda División del ejército anarcosindicalista. Nuestro ejército. Nuestra revolución.

LXXV. CALEXICO, CALIFORNIA,

24 de abril de 1911

Señor William H. Taft

Presidente de los Estados Unidos de América

Y Honorable Congreso de la Unión

Nosotros, los ciudadanos firmantes al calce, residentes de Calexico, del condado de Imperial y áreas circunvecinas, por este conducto protestamos ante ustedes por los tratos injustos, recibidos a manos de los soldados de nuestro propio país que han sido destacados en Calexico; nos referimos a las tropas de caballería bajo el mando del capitán Babcock y a la compañía de infantería que dirige el capitán Griffith.

Entre los abusos cometidos que queremos resaltar están los siguientes:

Al señor J. C. Amador, un comerciante con residencia en México, propietario de casas y bienes en Mexicali, los soldados de Estados Unidos le han negado repetidamente el permiso para cruzar la frontera y cuidar de sus propiedades. No existe razón que pueda aplicársele a esta negativa, ya que él no es un rebelde.

A Norberto Amador, así como a las señoritas Rita de la Peña y Josefa Amador, se les permitió cruzar la frontera el domingo 9 de abril de 1911, pero al regresar hacia nuestro país se les rehusó el permiso para ingresar a Estados Unidos, por lo que se vieron obligados a permanecer en Mexicali, en peligrosa proximidad de los insurrectos y otros ocupantes del pueblo. Los soldados que ejecutaron esta orden no dieron ninguna razón para explicar la negativa y fueron en extremo groseros en su comportamiento, en especial con las señoritas, a las que les hacían insinuaciones confundiéndolas con otra clase de personas.

A Alfredo Collins, que cuida varias propiedades suyas en Mexicali, los soldados le han negado permiso, una y otra vez, para cruzar la frontera. Estos soldados arrestaron a once hombres jóvenes y los tuvieron en prisión desde el 9 de abril hasta la fecha, sin presentar cargos contra ellos, sin hacerles un juicio, sin ninguna comparecencia legal ante un tribunal, sin ninguna oportunidad de defenderse y sin ninguna razón que pudiera justificar su encarcelamiento. Hasta la fecha

están detenidos en la cárcel de Calexico, California, y se les mantiene incomunicados. Cuando Otis B. Tout, el director del periódico local, el *Calexico Chronicle*, le preguntó el motivo de su detención al capitán Babcock, éste sólo respondió: “Por harapientos”. Luego rectificó: “Por sospechosos de ser miembros del sindicato terrorista: la Industrial Workers of the World”. Tout quiso explicarle al capitán que ese sindicato era legítimo en nuestro país y a punto estuvo de ir a parar a la cárcel, “por sedicioso”, él también.

Cuatro mexicanos llamados Carlos Manríquez, J. M. Peralta, E. Morán y A. Collins, empleados en las haciendas mexicanas, fueron arrestados con rapidez, se les encarceló el martes 11 de abril y se les dejó en libertad el jueves 13, después de haber permanecido en una prisión insalubre, desprovista de las condiciones más elementales de higiene, sin haberse presentado cargos en su contra y sin haberles permitido defenderse ante alguna autoridad, ya fuera ésta civil o militar. Así como fueron encarcelados, los cuatro fueron puestos en libertad por los guardias de la prisión, sin ninguna explicación aclaratoria y sin ninguna disculpa de parte de sus captores.

A Benigno Barreiro, comerciante de Mexicali, los soldados estadounidenses le negaron el derecho de cruzar la frontera y cuidar sus intereses y su negocio de pompas fúnebres en Mexicali, lo que ha provocado que

varios cadáveres permanecieran a la intemperie por más de un día, creándose así un foco de infección que atenta contra la salud pública en ambos lados de la línea divisoria.

En cambio, a las tropas del Octavo Batallón que se encuentran acuarteladas, desde su estrepitosa derrota del 15 de abril del presente año, en la orilla del río Colorado, cerca de Calexico, se les permite ir y venir sin que se les pida identificación alguna y sin que sean molestados por los soldados de nuestro país. Muchos de sus oficiales andan por nuestras poblaciones en estado etílico y con conocidas meretrices, sin que nuestras autoridades pongan freno a semejante conducta.

Y no sólo eso: hemos sabido que el cónsul Enrique de la Sierra se dedica a fraguar complots contra los rebeldes de Mexicali. Varias decenas de funcionarios y empleados del gobierno federal, que viven desde hace meses en hoteles y casas de asistencia, no hacen otra cosa que conspirar y conspirar para volver a Mexicali. Esa gente cuenta con suficientes recursos como para comprar cabalgaduras, arreos, armas y municiones. La semana pasada, por ejemplo, estas personas aseguraban, en plena calle, que iban a encargarse del comandante insurgente Francisco Quijada, que un cantinero y una meretriz iban a matarlo en un descuido de su parte y que, en cuanto eso sucediera, iban a retomar el poblado vecino al nuestro. Incluso se jactaban de que los hombres

del *sheriff* de Imperial iban a apoyarlos para “sacar a esa gentuza inmunda”, para “eliminar a esa chusma de criminales”. Pero la suerte estuvo con Quijada y la conspiración fue descubierta en sus inicios. Creemos que tanto el cantinero como la meretriz fueron sumariamente fusilados por los rebeldes. Y lo suponemos porque el cónsul mexicano ahora parece más triste y meditabundo que nunca antes.

Visto lo anterior, en especial la conducta y los actos de las tropas de Estados Unidos en esta frontera, que demuestran ser parciales a favor del ejército federal, arbitrarios y sin excusas, y visto que el derecho a una audiencia jurídica se les ha denegado a aquellos que han sido arrestados y encarcelados en prisiones de Estados Unidos, y visto que el crimen de arresto ilegal se ha cometido con los arriba mencionados y en muchos otros casos, los firmantes al calce, ciudadanos de Estados Unidos y de México, resolvemos que estos hechos deben exponerse ante el Congreso estadounidense, que sesiona en estos momentos, y ante el presidente de Estados Unidos, William Howard Taft, para que se envíe una enfática protesta contra la injustificable acción de las tropas estadounidenses estacionadas en estos puntos de la frontera; y además, resuélvase que se ordene de inmediato una investigación sobre las presuntas violaciones, mencionadas con anterioridad, de los poderes y obligaciones de Estados Unidos y que las partes culpables sean castigadas de conformidad con la ley.

Todo esto lo exigimos mexicanos y estadounidenses por igual, habitantes de Calexico y de Mexicali, pues somos vecinos desde la fundación simultánea de ambas poblaciones en 1902.

Nosotros, residentes de los valles de Imperial y Mexicali, con revolución o sin revolución seguiremos protegiendo nuestros mutuos intereses.

Tal vez desde Washington esto no se comprenda.

Pero aquí, en esta frontera en particular, créanlo o no, vivimos cuidándonos unos a otros.

Como vecinos.

Como buenos vecinos.

Atentamente,

Unión de Hacendados y Comerciantes de Calexico

LXXVI. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

16–30 de abril de 1911

Mientras Mexicali y su valle siguen ocupados por los revolucionarios, el Octavo Batallón cuida, con celosa inmovilidad, los trabajos de canalización del río Colorado.

En medio de ambas fuerzas se crea una tierra de nadie.

Se vive, pues, una incómoda vecindad entre las tropas federales y los rebeldes.

Como precursores de la guerra de trincheras de la primera Guerra Mundial, ambos adversarios se vigilan, tantean los puntos débiles del enemigo con patrullas de reconocimiento y mantienen sus posiciones.

Guerra de desgaste que va a durar los meses de abril y mayo.

El coronel Mayol quiere pelear, pero la cadena que lo sujeta tiene el sello doble del gobierno mexicano y de los empresarios estadounidenses.

Ni los revolucionarios ni los porfiristas lo saben, pero esa cadena de intereses mutuos habrá de permanecer más allá de la caída del porfiriato, del gobierno maderista, del golpe militar de Victoriano Huerta, del triunfo de la Convención, de las presidencias de Carranza, De la Huerta y Obregón, y del Maximato de Plutarco Elías Calles. Sólo en 1937, es decir, veintiséis años más tarde, la Colorado River Land Company perderá el control del valle de Mexicali, y el reparto agrario que soñaron los hermanos Flores Magón se hará realidad.

Pero ahora, en estos meses de *impasse*, de inmovilidad forzada, los sueños revolucionarios van tomando nuevos derroteros.

Francisco Vázquez, después de la segunda batalla de Mexicali, recibe quejas por no haber apoyado más el ataque de la Legión Extranjera, el grupo que más pérdidas recibiera: diez muertos y unos veinte heridos de los noventa combatientes que entraron en acción el 8 de abril.

A Vázquez se le reprocha la muerte de Stanley Williams.

Es tanto el encono en su contra que decide salir, el 22 de abril, a Los Ángeles para exponer su caso frente a la junta directiva del Partido Liberal Mexicano.

Pero el 28 de abril es detenido en Los Ángeles.

Mexicali se queda, momentáneamente, sin jefe militar.

En su lugar es nombrado Francisco Quijada.

Sin embargo, el verdadero comandante de Mexicali, al que todos obedecen, es el recién electo jefe de la Legión Extranjera: Caryl Ap Rhys Pryce.

Soldado galés y ex miembro de la policía montada de Canadá.

Veterano de guerras y soldado mercenario.

Pero un soldado que ha leído los reportajes de John Kenneth Turner sobre la miseria en México, y por ello se ha puesto a disposición de una causa para él honrosa y estimulante: la defensa de los desprotegidos en todo sitio.

Es un mercenario con conciencia social. Un actor de sí mismo que habla sin pensar y al que le gusta la adoración de la prensa.

Por eso elige las guerras en que ha de batirse con sumo cuidado.

Desde luego, sabe que el dinero es básico para que una revolución gane.

Sabe, también, que los ricos son la fuente más fácil para obtener recursos, para exprimir en nombre de la revolución.

Su problema es que no atiende la diferencia entre el dinero que va para la revolución y el dinero que va para sus bolsillos.

En contraste con Stanley Williams, le interesa una causa si ofrece dividendos: no por la aventura misma de compartir un ideal mayor que la suma de sus integrantes.

El comandante Francisco Vázquez no va a Los Ángeles sólo a defenderse de las acusaciones en su contra en relación con la batalla del 8 de abril. Va, igualmente, para acusar al comandante Pryce de ser un hombre débil en cuanto a las cosas materiales, un saqueador sin escrúpulos que puede ocasionar, por sus acciones de pillaje y bandolerismo, una mancha para el movimiento revolucionario, por lo que pide su exclusión de las filas floresmagonistas de inmediato.

A pesar de que tropas suyas han robado, a punta de pistola, en los establecimientos chinos; a pesar de haber cobrado impuestos revolucionarios a todos los comerciantes de Mexicali; a pesar de la forma en que trata a los dueños de las parcelas para que le paguen una recompensa por no quemar sus cosechas, Pryce sale bien librado.

¿Por qué?

Porque la batalla del 8 de abril, la segunda batalla de Mexicali, tiene un impacto mediático en la opinión pública.

Por más oficios que manden los coroneles Celso Vega y Miguel Mayol anunciando su victoria, para los espectadores estadounidenses –lo que incluye a decenas de periodistas– la victoria es de los revolucionarios.

Para la prensa mundial, los que se retiran del campo de

batalla sin conseguir capturar Mexicali y vencer a los rebeldes son las tropas derrotadas del ejército federal.

¿Y qué unidad militar revolucionaria logró tal hazaña?

La Legión Extranjera.

¿Y quién comanda ahora la Legión Extranjera?

Su comandante: Caryl Ap Rhys Pryce.

Con esa fama, a la junta directiva del Partido Liberal Mexicano no le queda más remedio que mantenerlo al mando.

A fin de cuentas, para mayo de 1911 los jefes del movimiento armado que han probado contar con iniciativa en la batalla y que todavía viven son tres.

De esos tres, dos son extranjeros: Jack Mosby y Caryl Pryce.

Y el tercero es indígena: Emilio Guerrero.

Ricardo Flores Magón tendrá que recurrir a uno de ellos para el siguiente paso en la campaña revolucionaria.

Mosby podría ser el elegido.

Por su lealtad.

Por su capacidad mediadora entre mexicanos y extranjeros.

Ahora Mosby ha salido de El Álamo y va, a marchas forzadas, rumbo al norte.

Su objetivo es un pueblo rejego: Tecate. Sitio montañoso, frío, con neblina permanente. Hogar de contrabandistas y leales a la dictadura.

Luis Rodríguez lo tomó y lo perdió en cuestión de días.

José María Leyva lo quiso tomar dos veces y no pudo.

Ahora le toca a Mosby, el *mariner* desertor, el fiel anarquista, probar si Tecate está maduro para la revolución.

Esta vez Pryce ha decidido que a Mosby y sus cien revolucionarios les falta poder de fuego.

Es hora de tomar decisiones propias.

Si Ricardo Flores Magón quiere darles órdenes, que venga al campo de batalla.

Pero si se va a quedar en Los Ángeles, entonces Pryce es el estratega.

–¿Qué vas a hacer? –le pregunta Francisco Quijada, el jefe de la Primera División del ejército floresmagonista.

–Es una táctica muy vieja, Pancho. La llaman: yo me largo de aquí.

–Sí, pero ¿adonde?

–A Tecate. Vamos a apoyar a Mosby. Unimos fuerzas en Tecate y de ahí nos vamos a tomar Tijuana. Entre la gente de Mosby y la mía seremos como trescientos.

–Yo creo que te quieres marchar de Mexicali por otra causa.

–¿Cuál otra causa?

–Que Mexicali está por volverse un infierno y no quieres sufrirlo. Pryce intenta reírse, pero el sudor que le cubre la cara lo dice todo. Es fines de abril y ya el calor obsede, marea, conmociona.

Desde Los Ángeles, Ricardo Flores Magón tiene que jugar con las cartas que le quedan. Por eso apremia a Jack Mosby para que tome Tecate sólo con su gente. Por eso manda una misiva a Mexicali, en la que le pide a Pryce que ataque a las fuerzas del Octavo Batallón en las márgenes del río Colorado.

Demasiado tarde.

Porque Pryce tiene ya un plan propio y nadie va a detenerlo.

Ahora que su legión es famosa, muchos nuevos voluntarios extranjeros se han sumado a ella desde la segunda batalla de Mexicali.

Con sus más de doscientos hombres, Pryce ha decidido que Francisco Quijada y sus anarquistas mexicanos se queden a proteger Mexicali. El Octavo Batallón no va a hacer nada. Es un perro ovejero: cuida el rancho más grande del mundo. Su misión no es detener la revolución, no es molestar a los rebeldes. El Octavo Batallón es un contingente policiaco cuyo propósito es mantener seguro y funcionando el C-M

Ranch, que los peones chinos no detengan su trabajo, que se aseguren los canales de riego para los campos de cultivo, que nadie les robe las cosechas, los granos almacenados, las herramientas de trabajo.

Es hora de dejar Mexicali, grita Pryce a los cuatro vientos; es hora de partir hacia nuevas aventuras. Que el *fuckingsummer* quede atrás y la Segunda División del ejército anarcosindicalista ponga rumbo a las alturas.

Tecate los está esperando con sus vientos templados, con sus inmensas praderas, con sus bosques de pinos. Otro paisaje por ver. Otra clase de revolución.

LXXVII. Mexicali, Baja California,

2 de mayo de 1911

–¿Ya supiste?

Joe Hill levanta la cabeza, absorto aún en afinar su guitarra.

Desde que Scott Wheeler fue nombrado el segundo al mando de la Legión Extranjera se había hecho ojo de hormiga.

–¿Y desde cuándo hablas con los subordinados?

Scott le quita la guitarra de un manotazo.

–¡Escucha: los jefes ya decidieron!

–¿Y?

–¡Vamos a tomar Tijuana!

Joe se apresura a recuperar su instrumento musical.

–¿Cuándo salimos?

–En cuanto dejes de aporrear esas cuerdas. ¡Ahora mismo!

Hill observa el horizonte plano del desierto, sin una sombra de verdor para cubrirse.

–Ya me estaba acostumbrando a esto.

–¡Estás loco!

–No. Aquí puedo perderme en mis pensamientos.

Scott observa al músico con suspicacia.

–En cambio, yo estoy harto de este polvo ardiente, de estas arenas que se te meten por todos lados. ¡Apúrate! En media hora partimos.

–¿Quién se va a quedar cuidando el pueblo?

–La Primera División.

–¿La qué?

–Así se van a llamar, desde hoy, las tropas de Francisco Quijada. Y nosotros ya somos la Segunda División.

–¿Y lo de Legión Extranjera?

Scott no sabe si quedarse más tiempo a explicarle la situación política a su amigo o seguir avisando al resto de los voluntarios las órdenes recién emitidas. Finalmente se decide por lo primero.

–Mira, Joe, lo de extranjera puede provocar reacciones negativas entre los habitantes de Baja California. Hay una campaña de prensa, auspiciada por el gobierno del dictador y sus cónsules en California, en la que nos acusan de ser filibusteros.

–De eso ya estoy enterado. Pero ser un filibustero es como ser un pirata, ¿no? Uno con pie de palo y un loro en el hombro, como en las novelas de Stevenson.

–Pues aquí ser filibustero no es como ser un Long John Silver, aunque en el atuendo astroso nos parecemos, sino un invasor yanqui que quiere apoderarse de sus tierras para luego incorporarlas a la Unión Americana. Esa es la causa de su miedo a la Legión Extranjera.

–¡Eso lo hicieron los texanos! ¡Y muchos de ellos eran mexicanos hartos del dictador Santa Anna!

–Pues a eso creen que vinimos a Baja California: a entregarla a los Estados Unidos.

–Pero nosotros somos voluntarios internacionales y...

–... y hablamos en inglés y somos *güeros*.

Hill terminó de meter sus escasas pertenencias en su bolsa de viaje.

–Si caminamos como patos y nos movemos como patos...

–Somos patos. Así que para evitar mayores confusiones, desde hoy somos la Segunda División del ejército

revolucionario. Nos vemos en las afueras, en el rancho de Little.

–¿Por qué hasta allá?

–Vamos a irnos poco a poco: de dos en dos, de tres en tres.

–No como una columna.

–Nada de eso. Que no parezca que dejamos desprotegido el pueblo.

–¿Y lo dejamos? –quiso saber Hill.

–Quedan más de cien revolucionarios mexicanos a las órdenes de Quijada y todos los días llegan más voluntarios. Esas treinta mil tropas que mandaron por órdenes de Washington no pueden cubrir toda la frontera. De gota en gota, de voluntario en voluntario, siguen llegándonos refuerzos. Y ahora ponte en marcha. Hay que estar a las ocho de la noche en el rancho de Little, para estar cruzando la Laguna Salada a medianoche. Y lleva agua y cecina. La vas a necesitar.

–¿La voy o la vamos a necesitar?

Scott le echó una última mirada a Joe.

–Somos anarquistas, ¿qué te dice eso?

–Lo que es de uno es de todos. Pero en tu caso, Scott, siempre me lo recuerdas cuando es a tu favor.

–Cosas de ser el segundo al mando, compositor.

Joe Hill revisa su caballo mientras Scott se marcha para avisar a los demás voluntarios extranjeros.

Son las seis de la tarde y un viento repentino levanta una polvareda rojiza, irrespirable.

Bonita forma de despedirte, Mexicali.

Luego toma las riendas de su cabalgadura, contempla las calles del pueblo, sus cantinas, casas y establos.

Y sin decir más les da la espalda.

Tijuana es la siguiente batalla por librar.

Tijuana: ¿qué canción me ofrecerás?

¿Qué prodigios tienes para mí?

LXXVIII. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

3 de mayo de 1911

Departamento de Estado

Informe confidencial

Como cónsul de nuestro país en este puerto, yo, George B. Schmucker, solicito que manden un escuadrón de buques de guerra para controlar toda la península de Baja California. Mi petición es urgente y nace de contemplar el deterioro mental del coronel Celso Vega, jefe político y militar, que no ha hecho nada por controlar el movimiento revolucionario que padece el Distrito Norte. Si antes fui su confidente y amigo, ahora me trata con desdén y se niega a recibirme. Se ha vuelto un hombre débil, irritable, que por cualquier motivo lanza una sarta de improperios tanto a damas como a caballeros. En verdad no sé qué estoy haciendo tan lejos de la civilización. Los habitantes de Ensenada se dicen cultos, pero en verdad son unos salvajes. Ahora todos son

defensores de la integridad nacional, pero yo sólo veo pandillas de jóvenes armados que cometen estropicios, que se sienten muy hombres y disparan a sus rivales por cualquier pretexto baladí. Pido, por lo tanto, que me reasignen a un consulado más civilizado, tal vez Calcuta o Montreal.

Aquí todos ocultan su miedo con bravuconadas. Hacen desfiles y marchas militares, pero los soldados de este país no son tan buenos a la hora de enfrentarse con los revoltosos. Y hay una tremenda división entre la sociedad: los comerciantes de Ensenada muestran simpatías maderistas y quieren deshacerse del coronel Vega. No confían en este militar porque no hace nada, ni para defenderse ni para atacar a los rebeldes. Y los voluntarios que han venido a proteger la población son una plaga: jóvenes irresponsables que frecuentemente visitan las cantinas y se la pasan disparando al aire y molestando a las muchachas de buenas familias.

Y si solicito buques de guerra es que hay amenazas reales contra los ciudadanos americanos y, en especial, contra mi persona. Cuando el 15 de abril se llegó a un colapso nervioso de todos los habitantes del puerto, ordené que en las casas, residencias y comercios de nuestros compatriotas ondeara la bandera de los Estados Unidos como una forma de protección, pero los voluntarios me acusaron de estar confabulado con los filibusteros. ¿Están mal de la cabeza? Si somos nosotros, los responsables ciudadanos

estadounidenses, los que más sufriríamos si llegaran a gobernar aquí los revoltosos.

Las buenas noticias no duran mucho por estos lares: el 19 de abril, los rebeldes abandonaron El Álamo a las órdenes del sucesor de Simón Berthold, Jack Mosby. Por lo que he podido averiguar, Mosby es descendiente de un militar que peleó del lado de la confederación en nuestra guerra civil. Ha sido traficante de armas en España y oficial bóer en la guerra contra la Gran Bretaña. Pertenece a esa liga de criminales y terroristas llamada Industrial Workers of the World. Mis contactos en nuestras fuerzas armadas indican que es un desertor de los infantes de Marina. Ahora ya ascendió de jerarquía y es comandante de los revoltosos. Mis espías dicen que carece de ideología, pero otros dicen que el propio Ricardo Flores Magón lo recomienda como un auténtico revolucionario.

La buena noticia de que los rebeldes se marchaban de El Álamo se convirtió en una malísima noticia: comenzó a circular el rumor de que venían rumbo a esta población, que Ensenada estaba a punto de ser atacada. Incluso me mandó llamar al coronel Vega, a pesar de que no quería ni verme e incluso había amenazado con encarcelarme por haber protegido a nuestra querida compatriota, la señora Nelly Meyers, y sin preámbulo me pidió un favor. Como ven, estos mexicanos son imposibles de entender: un día te insultan y al otro día son tus mejores amigos. Una hora son tus confidentes y a la otra hora te mandan fusilar. En fin, el

coronel Vega quería que todos los documentos oficiales fueran depositados en nuestro consulado. Primero accedí, pero con cautela.

–Mande sólo los documentos más recientes y les haremos un espacio. Pero los archivos completos, olvídelo.

¿Adivinen lo que mandó a la protección de nuestro consulado? Los muebles de su casa, sus medallas y joyas, además de enormes cantidades de dinero en billetes y monedas mexicanas, inglesas, chinas y estadounidenses. Lo que este mequetrefe ha robado de los sueldos de su tropa, de sus negocios sucios con chinos y japoneses. Le advertí que eso era un botín y no documentos oficiales. Ni caso me hizo.

El coronel Vega, como creía que los rebeldes se le echaban encima, lo único que me pidió es que me fuera a San Diego para no caer en poder de los anarquistas. Yo me negué. Creo que lo que el coronel quería era que yo llevara su botín al otro lado y que no presenciara una nueva derrota suya. Lo bueno es que los revolucionarios nunca se presentaron en el puerto y la batalla quedó en suspenso hasta nuevo aviso, el cual parece el deporte favorito de los ensenadenses: predecir la fecha en que los rebeldes tomarán el poblado. ¡El dinero que hubiera hecho Nelly si le hubieran permitido quedarse para leerles la fortuna a todos estos patanes!

En todo caso, hemos pasado dos semanas, desde el 19 de abril, con gritos de alarma diarios. La gente anda por la calle nerviosa e insomne. El 23 de abril acudió al consulado un

hombre de origen irlandés, Patrick Glennon, un comerciante de El Álamo. Me platicó toda su experiencia en un pueblo bajo el dominio rebelde. Buen narrador. Me dijo que los revoltosos no pasaban de cien individuos en El Álamo y de otros treinta indios que andan en la guerrilla de Emilio Guerrero. Que se declararon anarquistas y socialistas. Que su objetivo era formar una república anarcosocialista en el Distrito Norte y luego en todo México. Que cada participante, al triunfo de esta revolución, recibiría seiscientos dólares y sesenta hectáreas de tierras de cultivo. Que los rebeldes eran de todas las clases y oficios, que eran lo mismo electricistas, vaqueros, mineros y artesanos. Todos eran expertos en manejar las armas y la dinamita.

Como me pareció de interés toda la información que traía este Patrick Glennon, lo mandé con el coronel Vega.

Pero éste se enojó al escucharlo.

Dijo que Glennon era un mentiroso.

Que todos los rebeldes eran extranjeros.

Que su único oficio era el de mercenarios.

Que no anduviera difundiendo mentiras.

Glennon de inmediato se regresó a El Álamo.

Sólo se acercó al consulado para decirme lo que yo ya sabía:

–Aquí nadie quiere saber la verdad. Están ciegos.

–No –le respondí–. Ciegos no: fanatizados. No han leído bien el libro del Apocalipsis. Allí ya están revelados todos estos sucesos, lo que es y lo que será.

LXXIX. TECATE, BAJA CALIFORNIA,

1-7 de mayo de 1911

El plan es simple: las tropas de Jack Mosby que vienen de El Álamo y las tropas de la Segunda División de Caryl Pryce, que vienen de Mexicali, se van a unir en el poblado de Tecate. Dos pinzas para una misma presa.

Por eso Jack Mosby conduce a sus hombres hacia el norte, hacia la frontera.

Es un recorrido veloz, sin tregua ni descanso.

Pasan por Real del Castillo y cruzan el valle de Guadalupe.

Roban todo lo que pueden a su paso.

Quien se les pone al brinco, muere.

Quien los quiere retrasar con emboscadas, muere.

La muerte de Simón Berthold los ha hecho más duros, menos dados a ser piadosos con el enemigo.

Dos de los voluntarios se apartan de la columna y se dedican a cometer robos para su propio beneficio, sembrando el terror en las rancherías cercanas a la costa.

La gente piensa que la meta de los revolucionarios es el puerto de Ensenada.

Pero Mosby sigue adelante: no tiene tiempo de regresar sobre sus pasos y castigar a los insubordinados.

Su meta es Tecate, poblado que Mosby toma el 1º de mayo sin demasiada resistencia, pues la fama del arrojo de la división extranjera lo precede.

Las fuerzas federales que ocupaban esta población se retiran: unas rumbo al rancho El Carrizo y otras hacia Tijuana.

Allí, en El Carrizo, se da el enfrentamiento.

Los revolucionarios, bajo el mando de Mosby, avanzan desde las alturas y al principio dominan la situación, tomando varios prisioneros.

En ese momento aparece, para sorpresa de ambos bandos, el Coche-correo que trae la correspondencia.

Lo conduce Faraón Sarabia.

Y los revolucionarios se apoderan del carruaje sin gran resistencia.

Mientras lo desvalijan, llegan las fuerzas paramilitares de exterminio, la guerrilla comandada por Lerdo González, y los toman por sorpresa.

Sarabia escapa en la confusión reinante.

Mosby es herido en el pecho y queda fuera de acción.

Sus hombres lo meten al coche-correo, junto con los prisioneros, y lo llevan de vuelta a Tecate.

Al ver que su herida es de gravedad lo trasladan, dando un nombre falso para que las autoridades estadounidenses no lo detengan, a un hospital en San Diego.

Para Mosby, el inquieto, las semanas que siguen son de reposo y convalecencia. Ha quedado, al menos por un mes, fuera de combate.

Pero su ausencia del campo de batalla no implica que la revolución anarcosindicalista vaya a detenerse. Nada de eso cambia el plan de ataque a Tijuana propuesto y diseñado por Pryce.

A pesar de los ataques de las tropas paramilitares, que comanda Lerdo González en las inmediaciones de Tecate, poblado del que González es residente y de donde son la mayoría de sus voluntarios, los floresmagonistas no están dispuestos a perderlo de nuevo. Necesitan Tecate como punto de aprovisionamiento, como sitio de reunión.

No son, sin embargo, ni la gente de Mosby ni la columna

de Pryce –que apenas ha salido de Mexicali y sigue subiendo la sierra– las que se van a enfrentar con Lerdo González y sus rancheros matones. Será el grupo recién llegado a Tecate de Francisco Pacheco, una columna de treinta jinetes que se escindió del grupo de Emilio Guerrero y ahora actúa por su cuenta y riesgo. Todos ellos son indios bien dispuestos a batirse contra esos mexicanos que, orgullosamente, se definen como “gente sin una onza de sangre india”.

El 3 de mayo se da el choque final, en las afueras de Tecate, con una balacera bien nutrida. En pocos minutos los paramilitares defensores del porfiriato no aguantan más y se retiran, llevándose a sus heridos. La gente de Francisco Pacheco toma cuatro prisioneros: Concepción Masón, Jorge Masón, Plácido Mata y Abraham Agreda.

Pacheco ordena a su segundo al mando, Eulalio Baeza, que los fusile, pero éste se niega e intenta dejarlos libres. Pacheco se descontrola ante la extraña actitud de Baeza.

–¿Qué te pasa, Eulalio? ¿No recuerdas que éstos son del mismo grupito que venadeó por El Álamo a Simón Berthold?

Baeza murmura que los conoce, que no son gente mala.

Exasperado, Francisco Pacheco amenaza con fusilar también a Baeza si no obedece sus órdenes.

–Tú sólo dime con quién estás: con ellos o con nosotros.

Eulalio, renuente aún, se hace a un lado.

Pacheco manda que otros revolucionarios ejecuten su orden, que fusilen a los cuatro prisioneros uno por uno. Tan entretenido está que no se percata de que Eulalio entrega las riendas de un caballo sin dueño a Abraham Agreda. Este, al ver su oportunidad de salvarse, de un salto sube a la bestia y huye del lugar.

Pacheco se enfurece al darse cuenta.

–Ahora van a saber cuántos somos. ¿Por qué lo hiciste, Eulalio? ¿Qué chingada mosca te picó?

–Conozco a su familia –responde Baeza sin una pizca de arrepentimiento.

–Pues si crees que te lo van a agradecer, estás pendejo.

Eulalio no responde al insulto.

Pacheco observa los cuerpos de los fusilados y luego mira con sorna a su subordinado.

–Pues si también conoces a éstos, hijo de tu puta madre bueno para nada, a ti te toca enterrarlos.

Y sin esperar respuesta, Pacheco se marcha.

Baeza, enojado, guarda silencio.

Ya estoy harto de este cabrón, se dice a sí mismo.

La próxima vez que me miente la madre, lo mato.

A lo lejos, Abraham Agreda piensa que no todos los

revolucionarios son malos, que acaba de escapar de una muerte segura por una vieja, perdurable amistad.

En Tecate, vencidas ya las tropas porfiristas, todos esperan la llegada de Caryl Pryce para nombrarlo el jefe máximo de la revolución. La gente de Pacheco y la de Mosby lo aguardan con impaciencia. Pryce no lo sabe todavía, pero nadie va a cuestionar su liderazgo. Todos lo necesitan: indios, mexicanos y extranjeros.

Ahora Tecate será su base de operaciones, y Tijuana, la batalla que sigue.

Tijuana es un pueblo pequeño, menor en tamaño y habitantes que Mexicali: apenas trescientos residentes fijos y el resto son comerciantes estadounidenses que viven al otro lado de la frontera y que sólo van a revisar sus negocios una vez a la semana. Tijuana está defendida por unos ciento veinte soldados y voluntarios adscritos al ejército de la dictadura, bajo la jefatura del subprefecto José María Luirroque y con el apoyo del subteniente Miguel Guerrero, con veinticinco soldados de la Compañía Fija, los gendarmes Juan Iriarte y Miguel Mendoza y las tropas paramilitares de Lerdo González.

Pryce, quien llega con sus hombres el 5 de mayo a Tecate, es recibido con la noticia de que Jack Mosby yace, mal herido, en un hospital al otro lado.

Sin embargo, la mejor noticia es que cuenta con cerca de doscientos cincuenta revolucionarios, de los cuales más de

doscientos son voluntarios extranjeros, dispuestos a tomar Tijuana a sangre y fuego.

Esto hace más fácil darles órdenes.

Y evita conflictos culturales.

Pryce nombra al capitán Sam Wood como su asistente.

Hay algo en el aire, algo que todos los revolucionarios reunidos en Tecate presienten: la inminencia de la victoria.

En el campamento improvisado deambulan soldados de fortuna, vagabundos, auténticos revolucionarios y gente que sólo busca vivir la aventura.

Pero todos están unidos por un solo propósito: participar en una batalla que les dé renombre, que los saque del anonimato, que sirva para mostrarle al mundo su valor, su valía.

El 7 de mayo, Caryl Pryce, jefe del ejército revolucionario, les dice unas palabras de aliento y les recuerda que una batalla se gana siguiendo órdenes.

–¡No somos federales! –grita alguien al fondo.

–¡Pelearnos según nos venga en gana! –grita otro.

–¡Pelearán como y cuando yo lo indique! –les espeta Pryce–. ¡O todos moriremos sin tomar Tijuana!

Se hace el silencio.

–Sé que todos ustedes serán audaces y valientes. Pero si digo: ¡Ataquen!, atacan. Y si digo: ¡retrocedan!, igual me obedecen. Sólo así ganaremos el combate que viene.

Joe Hill no se acostumbra del todo a su nuevo jefe.

Sigue añorando la limpia mirada de Stanley Williams cuando daba órdenes, el valor de lanzarse, él primero, a la batalla, al frente de todos ellos.

Pryce es buen estratega.

Pero en su mirada hay turbiedades.

Como un jugador de billar que roba a la vista de todos.

Como un hombre que no termina de obtener su confianza.

Scott Wheeler le muestra a Joe Hill un plano del pueblo por conquistar.

–Es un poblado para turistas. Sólo tiendas y cantinas.

Joe Hill observa el mapa.

–No es plano el terreno.

–Puros cerros. Pero cuenta con algo que lo hace superior a Mexicali.

–¿La plaza de toros? ¿Las putas?

–No. El clima. Tijuana es lugar de descanso.

Hill no está convencido.

–Si tú lo dices.

Y se abotona la chaqueta.

Porque aun siendo mayo, en Tecate azota un viento frío a toda hora.

Un viento de muerte helada.

LXXX. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

8 de mayo de 1911

Joe Hill avanza, a descubierto, levantando ambos brazos.

Los defensores de Tijuana, soldados federales y algunos voluntarios, le apuntan con sus rifles.

Apenas amanece y los últimos jirones de niebla se desvanecen.

Joe sabe que a su espalda están sus camaradas.

También ellos de gatillo veloz y con ganas de disparar sin concesiones, con ganas de dar comienzo a la batalla por Tijuana.

Da un paso más y se detiene.

Espero que estos porfiristas vean lo que soy: un mensajero.

Del otro lado, una figura se desprende de una trinchera.

Y se acerca al músico con pasos rápidos.

A tres metros de distancia se detiene.

–¿Qué quieres, cabrón?

–Me manda el jefe del ejército revolucionario, Caryl Pryce.

–Me cago en tu jefe.

Hill es un poco lento para ir más allá de una traducción literal de lo que escucha.

–Por mí cágate en quien quieras.

Algunos de los soldados federales se ríen.

–Pryce no quiere muertes inútiles. Si ustedes aceptan desalojar Tijuana antes del mediodía, nosotros de acuerdo. Ustedes viven. Nosotros vivimos.

–Chinga tu madre, gringo.

–No puedo. Ya murió. Pero si la tuya está dispuesta, le hago el favor.

Ha dado en el blanco.

Joe ve el odio en los rostros de los defensores cercanos.

Pero la primera descarga truen a su lado. Sus camaradas han entendido que aquel mensaje de paz es un absurdo y disparan en cuanto ven a su compañero en peligro.

Me hubieran dado más tiempo.

Dos o tres bromas de ésas y habrían pactado el retiro.

Demasiado tarde.

Scott aparece a su lado y le entrega su pistola.

–¡No te me separes! Eso va a estar duro.

La niebla, que se había replegado, los cobija de nuevo.

Sombras que tropiezan con otras sombras.

Sólo hasta que casi las tocan descubren a qué bando pertenecen. La ofensiva de los revolucionarios fuerza la situación.

Los soldados porfiristas se repliegan a posiciones más fuertes, más protegidas.

Los rebeldes avanzan en pequeños grupos.

Van eliminando, uno por uno, los focos de resistencia.

A veces es un tiroteo como los del viejo oeste.

Unos y otros descargan sus armas a corta distancia.

En ocasiones, ambos duelistas caen heridos.

Scott agarra a Joe de la camisa y lo lanza detrás de unos toneles de cerveza.

–¡Quédate allí! Ahora vuelvo.

La niebla se aclara por un instante.

Joe revisa su pistola y dispara hacia los edificios lejanos del pueblo.

Un par de voluntarios del ejército porfirista lo divisan.

El músico está solo, sin nadie que lo apoye.

Dispara hasta agotar sus municiones.

Ni una de sus balas da en el blanco.

Los dos voluntarios levantan sus rifles y le disparan en corto.

Los toneles reciben la peor parte.

Una bala roza su brazo.

Joe, con los nervios que lo atosigan, intenta cargar su pistola.

Los dos mexicanos rodean los toneles.

Y le apuntan.

Un estruendo lo tira al suelo.

El ruido del escopetazo es mayúsculo.

Cuando logra ponerse de pie, un afroamericano descomunal le sonríe con su perfecta dentadura.

Y, sin decir palabra, le ayuda a protegerse de nuevo detrás de los toneles.

–¿Y el par de mexicanos? –pregunta Joe.

El afroamericano le señala al otro lado de la calle.

Dos bultos yacen ahí bajo una nube de pólvora.

–Perdigonada –dice su salvador como explicación.

–¿Quién eres? –pregunta Joe.

El afroamericano le muestra nuevamente su dentadura.

–Artillería pesada para los enemigos, Alabama para los amigos.

Y sin titubear avanza por la calle entre nubes de pólvora, como un ser humano prodigioso, indestructible.

Joe Hill, sin pensarlo, amartilla su pistola.

Comprueba que esté lista para una nueva ronda de disparos.

Y sigue a Alabama sin pensarlo dos veces.

Y apenas son los primeros diez minutos de la batalla de Tijuana.

LXXXI. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

8–9 de mayo de 1911

El subprefecto José María Larroque había pedido refuerzos al coronel Celso Vega.

No se los mandaron.

Primero estaba proteger Ensenada, la joya urbana de la corona porfirista en Baja California.

Luego pidió que el coronel Mayol le enviara una parte del Octavo Batallón que vacacionaba en las inmediaciones del río Colorado.

No se la mandaron.

Primero estaba proteger los intereses de las grandes compañías extranjeras que ir a defender una ranchería licenciosa, un pueblo que los turistas consideraban la verdadera zona roja de San Diego.

El único apoyo que Larroque tiene a mano es el subteniente Miguel Guerrero y sus veinticinco soldados.

Joven y pomposo, el subteniente Guerrero es incapaz de calmarse lo suficiente para ver con claridad, para obedecer con rapidez.

El se mueve por su cuenta y riesgo.

Siempre con la botella de tequila para darse valor.

Siempre lanzándose al ataque sin pensarlo dos veces.

Va a morir mucha gente nuestra, reflexiona el subprefecto, y por puritita imprudencia.

Si al menos Guerrero me escuchara.

Si al menos dejara sus aires de gallito de pelea.

Larroque ya no sabe qué es peor: la soldadesca que no sigue sus instrucciones o los revolucionarios que, en la mañana del 8 de mayo, toman en silencio las alturas de Tijuana y luego, con la mayor calma del mundo, empiezan a hacer fuego sobre las posiciones de las tropas porfiristas.

Mientras las primeras balas zumban sobre su cabeza, el subprefecto Larroque se atrinchera en los fortines de la plaza, acondicionados para servir de primera línea defensiva.

¿Y los habitantes de Tijuana?

Pues a salir de sus casas con lo que traen puesto.

O quedarse en ellas esperando la refriega.

La mayoría de las familias residentes pasa al otro lado.

Los moradores de Tijuana se han vuelto refugiados.

Pryce, como planificador y ejecutor de un plan de ataque que le va a ganar la admiración de los oficiales estadounidenses que presencian la batalla al otro lado de la línea internacional, presiona a su propia gente a que avance casa por casa, calle por calle.

Esta es una guerra urbana: lo que se gana en un sitio, en otro se pierde.

Los ataques son coordinados en lo posible, pero no siempre son eficaces en penetrar las defensas del adversario.

Al anochecer del primer día de combate hay varios hechos que favorecen la causa revolucionaria. Con pocos disparos, los rebeldes han tomado posiciones en la parte externa del poblado, limitando la capacidad de las tropas porfiristas. Con movimientos envolventes van cerrando el cerco. Sin gastar mucha bala, pues andan escasos de municiones. Para el atardecer, los porfiristas sólo controlan el centro de Tijuana, decididos a resistir y esperanzados en que recibirán refuerzos.

En vez de eso, Juan Iriarte, comandante de la gendarmería y pieza vital con sus catorce hombres al mando, deserta. Con él desertan sus hombres. Sólo necesitan dar unos pasos al

norte y son desarmados por los soldados estadounidenses que custodian la frontera.

Para ellos la guerra ha terminado.

Esa noche, la del 8 de mayo, el subteniente Miguel Guerrero comanda un ataque sorpresa contra el campamento de los revolucionarios, ubicado en el cañón de Ramos. Miguel Guerrero trata no sólo de causar bajas a los rebeldes sino de hacerles creer, al atacar por el sur, que su pequeña fuerza es un grupo de refuerzo proveniente de Ensenada.

Los revolucionarios son sorprendidos con una descarga cerrada a menos de cincuenta metros de donde están cenando. Muchos de ellos son heridos con la boca llena de comida o son traspasados por las balas mientras duermen. Sam Wood, que está ultimando detalles del ataque a Tijuana con Pryce, sale de la tienda de campaña y recibe las balas que iban para su jefe. Muere allí mismo, antes de tocar siquiera el suelo.

Es un ataque que provoca, por unos minutos, el caos entre las filas de los rebeldes, pero que no termina con una derrota porque Pryce, encolerizado ante la muerte de Sam Wood, con su sola presencia controla el pánico de sus hombres y con un veloz contraataque salva la situación, haciendo retroceder a los federales y persiguiéndolos hasta las afueras de Tijuana.

El subteniente Miguel Guerrero no consigue su objetivo

mayor: desmoralizar a los floresmagonistas. Al contrario: su ataque sólo produce un gran deseo de venganza por parte de los revolucionarios,

Ya nadie duerme. Todos se mantienen alertas mientras la noche pasa.

Algunos limpian sus armas pensando en Sam Wood, mientras otros atienden a sus compañeros heridos. En el terreno más hondo de la cañada, donde la tierra es blanda y porosa, Pryce ordena enterrar a Sam Wood. Los amigos de éste le piden a su comandante que les dirija unas palabras antes de bajar al camarada caído a su morada final. Pryce acepta, pero su discurso es parco:

–Sam vivió sin propiedades porque sabía que el mundo era su casa. Sam murió, con las armas en la mano y en tierra ajena, defendiendo los derechos de los mexicanos a ser libres, a tener un gobierno del pueblo para el pueblo. Que su lucha no sea en vano.

–De eso nosotros nos encargamos –dicen varios–. Mañana ya verá.

Y todos los allí presentes, con las cabezas descubiertas, honran a Sam Wood, camarada y amigo, revolucionario leal en la vida y en la muerte.

Joe Hill escucha el tiroteo desde lejos, ya que está fuera del campamento principal, sirviendo de centinela.

–¿Qué pasó? –pregunta cuando regresa y se topa con Scott.

–Un ataque nocturno. Mataron a Sam Wood. Hay varios heridos. Pryce ya no quiere sorpresas.

Esa noche manda espías a Tijuana.

Uno de ellos regresa con información precisa.

–Sólo hay seis posiciones fuertemente defendidas. Cuatro están en las afueras: al norte la aduana vieja, a una veintena de metros del río Tijuana; la de la iglesia, también cerca del río; una casa particular, y la plaza de toros. La defensa intermedia era la aduana nueva y la última línea defensiva era el propio cuartel, en el centro mismo de Tijuana.

–¿Cómo te enteraste de todo esto? ¿Con una sola mirada? quiso saber Pryce.

–Me lo dijo un soldado que me sorprendió.

–¿Y tú crees que lo que te dijo es verdad y no un engaño para que caigamos en la trampa?

–Es verdad. Me mostró esto.

Y el rebelde le entregó un pedazo de tela roja con las iniciales

–Es camarada.

–Esta tela pudo haberla tomado de alguno de los nuestros.

–Pues pregúntale tú, que viene detrás de mí. –El soldado no parece incómodo ante las miradas hostiles de los brides.

–¿Quién eres tú, soldado? –lo interroga Scott Wheeler.

–Un revolucionario que cumple órdenes.

–¿De quién recibes órdenes?

–De la junta. En realidad, de Ricardo Flores Magón.

–¿Y cuáles son tus órdenes?

–Darme de alta en el ejército de la dictadura. Mirarlo todo, escucharlo todo. No olvidar nada.

Pryce asiente, convencido.

–¿A cuántos defensores nos enfrentamos?

–Poco más de cien.

–¿Municiones?

–Pocas.

–¿Ametralladoras?

–Ninguna.

–¿Alguna sorpresa?

–Se van a hacer fuertes en la aduana nueva y en el cuartel. Tengan cuidado. Hay subterráneos desde donde van a dispararles.

–Que disparen todo lo que quieran –responde Pryce–. Esta es la última noche que pasamos a la intemperie. Mañana tomamos Tijuana y serán los soldados federales los que duerman en despoblado. Y tú, ¿te quedas con nosotros o te vas de nuevo con la tropa porfirista?

–Mis órdenes son seguir de federal.

–Ponte una venda blanca en el brazo izquierdo. Le diré a mi gente que te deje escapar.

El soldado da media vuelta y se marcha.

Pryce enciende un cigarrillo.

–¿Cuántas otras órdenes no habrá dado don Ricardo y nosotros sin saberlo?

Scott Wheeler asiente mientras masca un poco de tabaco.

–El viejo ese sabe más por viejo que por estudiado.

Y ambos observan allá, al fondo, donde el río brilla bajo la luz lunar.

Tijuana aún se les resiste. Pero mañana no habrá propuestas de paz. Ni intentos de dialogar.

Mañana caerán sobre ese pueblo fronterizo a sangre y fuego.

Sin clemencia.

Sin perdón.

LXXXII. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

9 de mayo de 1911

La toma de Mexicali había proporcionado importantes lecciones a las tropas porfiristas. José María Larroque, el subprefecto de Tijuana, al ver que pasaban los días, las semanas y los meses sin que el grueso de las tropas federales viniera a darle apoyo, decidió formar retenes, vallados y trincheras con sacos de arena y poner, ocultos entre el ramaje del río que atraviesa el poblado, grupos de francotiradores.

Los revolucionarios atacan a las 4:30 de la madrugada.

Esta vez no es un simple duelo al estilo del famoso OK Corral.

Las fuerzas rebeldes se lanzan en bola contra los sitios donde los federales se han hecho fuertes, donde han establecido su última línea defensiva. Disparan con todo y avanzan tenaces, sin miedo a la muerte. Los soldados

federales pueden matar a los primeros atacantes, pero no hacerlos retroceder. Antes que recarguen sus armas llega una nueva oleada de rebeldes.

Muertos y heridos se acumulan en ambos lados.

El río queda teñido por la sangre de los combatientes.

Los rayos del sol hacen visibles las trincheras federales.

Se pelea cuerpo a cuerpo.

Se dispara a quemarropa.

Los revolucionarios se adelantan.

La plaza de toros cae enseguida y enseguida se incendia cuando explotan, entre sus escaleras de madera, varios tacos de dinamita. Los revolucionarios usan estas granadas rudimentarias, pero eficaces, para limpiar las posiciones de los federales y luego, en marejada, ocupan los puntos fuertes de las tropas porfiristas que van cayendo, una por una, hasta que entran al centro del poblado. Los soldados federales se retiran hacia el cuartel, mientras la plaza de toros se quema hasta sus cimientos.

Pryce ve cómo el esfuerzo descomunal de sus hombres va inclinando la balanza del combate a su favor. La iglesia es la siguiente posición que cae en manos de los rebeldes. Casa por casa se pelea a muerte. No se pide tregua ni se otorga.

Los federales se repliegan desde sus distintos puntos defensivos, hasta que muchos de ellos acaban huyendo de

Tijuana, escapando rumbo al sur, ocultándose entre los cerros cercanos, en las estribaciones llenas de matorrales. Los revolucionarios los dejan escapar y concentran toda su atención en los dos edificios aduanales donde aún se resiste. Entre los que escapan va Lerdo González, el verdugo, que deja su “bravura” para otro día.

En la aduana vieja, el subteniente Miguel Guerrero dirige la defensa hasta que cae herido. Sus hombres lo trasladan al otro lado para que los médicos estadounidenses lo curen, y luego, al ver que es inútil mantenerse luchando, escapan hacia el sur, hacia Ensenada, siguiéndole los pasos a González.

La aduana nueva se convierte en el último reducto defensivo de las tropas porfiristas. Son casi las diez de la mañana. En la aduana nueva se hacen fuertes el subprefecto José María Larroque y varios soldados y voluntarios.

Allí se concentran las fuerzas revolucionarias. Es el avance final. Los rebeldes avanzan con todo lo que tienen, incluso con bombas de mano.

Entre las explosiones y la balacera van cayendo los últimos federales. Larroque, al ver perdida la batalla, logra montar un caballo. Trata de huir, pero va herido de muerte. Trescientos metros lo lleva su cabalgadura antes de que el subprefecto caiga al suelo para no levantarse más.

Los primeros gritos de victoria se escuchan entre las filas de los revolucionarios.

Se oyen los hurras y los vivas por todos lados.

Pryce se da cuenta de que ha ganado.

Pero no deja de mantener la ofensiva.

Los rebeldes van tomando casa por casa, comercio tras comercio.

La mayoría de los lugares que revisan están abandonados.

No todos.

De vez en cuando se escucha un tiroteo.

Alabama, un afroamericano descomunal, se mantiene al lado del jefe del ejército revolucionario como su guardaespaldas.

Ha servido a Pryce no sólo de guardián.

Durante la toma de la iglesia, él ha sido el atacante principal.

Su sólida figura, de casi dos metros de altura, es una presencia formidable a la hora de asaltar posiciones bien defendidas.

Varias veces los soldados federales huyen al mirar aquella figura enorme que se abalanza sobre ellos disparando a diestra y siniestra. A pesar de ser un gran blanco para cualquier soldado profesional, en seis horas de batalla no ha sufrido ni un rasguño.

Ahora Pryce lo manda a contener a sus hombres.

La victoria puede acarrear situaciones conflictivas.

Pleitos inútiles.

Fricciones entre su gente.

Joe Hill ve pasar a Alabama y lo sigue.

El corpulento afroamericano impone respeto con su sola presencia.

–¿Adonde vamos? –pregunta Joe a Alabama mientras intenta mantener su paso.

–A poner orden.

Los revolucionarios se desparraman por todo el pueblo.

Algunos han forzado las oficinas públicas y sacan los fondos que los soldados porfiristas no alcanzaron a llevarse.

De pronto alguien dispara desde el interior de una casa.

Todos responden.

La casa queda hecha añicos.

Los rebeldes abren la puerta principal a patadas.

Y sacan del interior a un anciano con una carabina antiquísima todavía entre sus manos.

–¡Yanquis! –grita–. ¡Váyanse de México!

Uno de los rebeldes se le acerca.

–¡Porfirista! –le responde–. ¡Deja libre a México!

El anciano se muestra confundido.

Un rebelde mexicano le quita la carabina y sin miramientos lo lleva hasta la aduana estadounidense. El oficial encargado de ésta toma al anciano bajo su protección.

Alabama ve la escena y murmura:

–La gente ve lo que cree, no lo que es.

Joe Hill está de acuerdo.

–Cada quien sus prejuicios, ¿no?

Alabama piensa otra cosa.

–Los prejuicios lastiman tanto al que los usa como al que le afectan. Son alambre de púas en nuestra cabeza.

Joe Hill contempla el pueblo de Tijuana.

Una nueva victoria para la causa anarcosindicalista.

–Algo sucede –dice Alabama.

Y es que al irse asentando el humo de la pólvora quemada, Joe y Alabama descubren algo más horroroso que los cadáveres ensangrentados de amigos y enemigos.

Mientras han estado peleando por sus vidas, mientras han luchado por la bandera de la libertad, una multitud de miles

de espectadores no se ha perdido, desde San Isidro, al otro lado de la línea internacional, un solo momento de la batalla.

Ahora, al aclararse el panorama, su presencia es visible.

–Me siento como si estuviera desnudo –dice Joe.

–Me siento ultrajado –agrega Alabama.

Y eso no es lo peor.

Al ver que la batalla ha concluido, esa multitud de mirones empieza a entrar a Tijuana sin pedirle permiso a nadie.

Los revolucionarios, cansados por tantas horas de combate, no saben cómo reaccionar ante aquella multitud de *paparazzi*.

Son una marejada de curiosos que comienzan a saquear el campo de batalla.

Scott Wheeler es uno de los pocos revolucionarios felices ante aquella marea humana que toma fotos, entra a las casas y edificios, desvalija cadáveres y roba las tiendas a su paso. Es la fiebre de los suvenires.

Para Wheeler es la confirmación de que la Segunda División del ejército revolucionario se está volviendo famosa por sí misma, que es el centro de una atención nunca antes vista.

Pryce lo intuye también.

Lo revolucionario está de moda.

Y Tijuana es su pasarela más candente, su escaparate mayor.

Como una plaga de insectos voraces, los turistas arrasan con Tijuana como si este pueblo fuera una feria para gente como ellos: ávida de vivir experiencias extremas.

Mientras Pryce trata de poner un poco de orden entre sus tropas y manda partidas a los alrededores para no sufrir otro contraataque sorpresivo, un grupo de revolucionarios le trae un soldado federal que había tratado de esconderse en una casa abandonada. Es un muchacho no mayor de dieciocho años, asustado y tembloroso.

–¿Cómo te llamas? –le pregunta el jefe de la Segunda División.

–Manuel Osuna, señor.

–¿De dónde eres, Manuel?

–De Ensenada. Soy soldado de leva, señor. Pero trabajaba de molinero.

Pryce ve lo que su gente quiere hacer con aquel joven: fusilarlo, que sirva de escarmiento. Pero él no es un matón vengativo.

–¿Sabes cocinar, Manuel?

–Sí, señor. Comida casera. Buena. Apetitosa.

Pryce se acerca al prisionero y lo fulmina con la mirada.

–Si me gusta tu comida, sólo tendrás que cavar fosas para los muertos y serás libre.

–¿De verdad, señor? ¿No me engaña?

–Depende de que me guste lo que cocines.

Una hora más tarde, después de haberse zampado una espesa sopa de pollo con frijoles, Pryce debe admitir que Manuel es un cocinero de primera.

–Que cave las fosas y puede irse –le ordena a Scott Wheeler, quien se muestra contrariado por aquel gesto de benevolencia de parte de su jefe.

–Deberíamos fusilarlo y que les haga compañía a los muertos.

Pero Pryce sostiene su decisión: por más que le tienta la idea de obligar al muchacho a ser su cocinero permanente, ha empeñado su palabra. Manuel Osuna, molinero, soldado de leva y prisionero de guerra, es puesto a cavar las tumbas para los ocho revolucionarios muertos en la toma de Tijuana. Años después le diría a su madre que nunca creyó que los floresmagonistas respetaran el trato, pero lo hicieron. Esa noche, sudado, cubierto de tierra pero vivo, lo dejaron marcharse a San Diego. Libre al fin tanto de los anarcosindicalistas como del ejército porfirista, Osuna nunca volvió a Baja California. Temía ser fusilado por desertor. Pero había aprendido algo importante con Pryce: podía vivir de cocinar. Pronto puso un restaurante de comida mexicana, el

primero de su tipo en abrirse en San Diego. Y tuvo tanto éxito que con él mantuvo, por décadas, a su madre y hermanos, a su esposa e hijos.

Un símbolo de buena suerte en una era de revanchas y masacres.

LXXXIII. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

10 de mayo de 1911

Joe Hill está de centinela en Tijuana. Cerca de la línea fronteriza, frente al camino por donde huyeron los supervivientes de la guarnición. Quiere encender un cigarro, pero puede haber francotiradores. Quiere ponerse a tocar su guitarra, pero delataría su posición al enemigo.

Apenas son las dos de la mañana y una brisa repentina mueve las ropas de los cuerpos que yacen a unos metros de donde está sentado.

Durante la noche ha tenido que hacer varios disparos al aire para ahuyentar a los ladrones de suvenires. Todos son estadounidenses. Escoria que no respeta a los muertos y sólo busca objetos para vender a los turistas del otro lado.

Escucha un ruido.

Ahí viene otro ladrón.

El chirrido de unas ruedas.

Los pasos de una mula.

Y una sombra sigilosa que se detiene junto a cada muerto.

–¡Identifíquese!

Joe Hill levanta su linterna para ver mejor.

Y con la otra mano apunta con su pistola.

La sombra es un joven de traje y corbata.

Un escribiente, quizás.

–¡No dispare!

–¡Ven acá!

El joven obedece.

Joe lo escudriña.

No es una amenaza, concluye.

–¿Traes armas?

–No. Ninguna.

–¿Andas de ladrón?

El joven se enoja ante la acusación.

–Ando buscando a mi padre.

–¿Murió aquí?

El joven asiente.

Ahora Joe es el enojado.

–¿Por qué no acudiste a nuestro cuartel? Te hubieran dado un salvoconducto y asunto arreglado.

El joven baja la cabeza, temeroso, inquieto.

–No lo sabía.

Joe comprende entonces.

Detrás de la mirada de miedo está la flama del odio.

Oculto.

Muy bien oculto.

–Más bien no querías pedirnos el favor, ¿o me equivoco?

El muchacho voltea hacia el campo de batalla.

–Ustedes lo mataron.

–¿Cómo se llama tu padre?

–Era el subprefecto de aquí. Se llama... se llamaba José María Larroque. Yo soy su hijo Ricardo.

Joe Hill no deja de apuntarle.

Ese nombre lo dice todo.

–Yo sé dónde cayó tu padre. Ven.

Joe Hill le indica al muchacho que marche adelante.

–No me mate por la espalda. Soy ciudadano estadounidense, y si me hace algo, el ejército americano me vengará.

El músico esboza una sonrisa melancólica.

–¿No dices que nosotros somos los invasores? Y ahora resulta que en cuanto te pones nervioso pides la intervención del país vecino. ¿Quién te entiende?

–Yo...

–No digas nada. Mira, allí está tu padre.

Joe Hill pone la lámpara junto al cadáver.

Entre sus ropas ensangrentadas sobresale un documento con el sello del consulado mexicano en San Diego.

–¡Déme eso! –reclama el hijo.

–Quieto, muchacho. Los documentos quedan con nosotros. Todo lo demás puedes llevártelo.

–¡Desgraciado!

El músico vuelve a apuntarle con su pistola.

–¿Quieres que te ayude o tú puedes solo?

–Yo puedo.

Pero después de varios intentos de Ricardo Larroque, Joe

Hill termina por sostener el cuerpo del subprefecto de las piernas y acomodarlo en el carretón. El joven vuelve sobre sus pasos y se dirige a la línea internacional para pasar hacia el otro lado. Joe no ha recibido ni las gracias. Piensa que debió decirle que él le dio el disparo fatal al subprefecto, que él mató a su padre porque era cuestión de matar o morir.

Con pasos lentos, Hill vuelve a su posición de centinela. Ya no le importan los francotiradores. Del bolsillo de su pantalón saca su armónica, la que tomó esa tarde de un comercio abandonado, y comienza a tocarla.

Es una melodía triste, amarga.

No la de un alegre anarquista.

Es la música de un hombre que ha matado por una buena causa.

La de un luchador que ha libertado a Tijuana, pero que no ha logrado liberarse a sí mismo.

A su alrededor, los cuerpos reposan como bultos más negros que la noche.

Ahora Joe Hill lo comprende.

Estoy aquí para cuidar de los muertos.

Para vigilar que estén en paz.

Para protegerlos de la rapiña.

Joe sonríe para sí.

Como el centinela de un cementerio improvisado, de una fosa en construcción.

LXXXIV. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

11 de mayo de 1911

Ricardo Flores Magón no puede menos que sentirse feliz. Ha dejado la cena a un lado y no puede contener su júbilo. Ahora que ha sido leído por los demás miembros de la junta del Partido Liberal Mexicano, el voluminoso telegrama, enviado desde San Diego, ha vuelto a sus manos.

–Lo firma Pryce –dice Antonio Araujo.

–Lo sé –acepta Ricardo–. Ahora sí que ha demostrado que no es un simple soldado de fortuna sino un camarada de confianza, un combatiente íntegro.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Ricardo vuelve a leer el telegrama de Caryl Pryce en voz alta, como si todavía no creyera lo que dice:

Noticio a ustedes que hemos capturado esta población.

El enemigo opuso formidable resistencia. Lamento la muerte de siete de los nuestros. El enemigo perdió catorce hombres, según he podido comprobar hasta este momento. Al menos a eso asciende el número de cadáveres que hemos encontrado. El subprefecto Larroque está entre los muertos. Nos acercamos a la población ayer al mediodía e inmediatamente procedimos a atacarla con la intención de precipitarnos sobre ella esta mañana. Una columna enemiga maniobró en las sombras de la noche pretendiendo sorprendernos en nuestras posiciones y disparó sin hacernos mucho daño. Nosotros les matamos dos. Nosotros los atacamos esta mañana y después de dos horas de batirlos tomamos la población. Desgraciadamente la fuerza que dirijo no era suficiente para sitiar la población y por eso casi todos los federales pudieron huir. Unos veintiocho federales cruzaron la línea para el lado americano y allí se rindieron. El resto se dispersó. Nuestros muertos son: capitán T. L. Wood, teniente J. C. Smith, sargento Penkosky, soldados R. E. Smith, Roberts y uno cuyo nombre no he podido averiguar. Hace dos noches que no duermo y, por lo tanto, después daré noticia detallada.

Su hermano Enrique le da una fuerte palmada en la espalda.

—Sólo falta que caiga Ensenada y todo el Distrito Norte de la Baja California estará en nuestras manos.

Ricardo asiente, distraído.

Necesita dar a conocer esta noticia a sus camaradas de todo el mundo.

Hace a un lado los platos de comida y se sienta a escribir.

–¿Cuándo sale el próximo número de *Regeneración*?

–Ya está en imprenta, pero podemos sacar lo del telegrama –responde Antonio–. Pero sólo eso.

El líder del Partido Liberal Mexicano entiende que lo que escriba ahora deberá esperar al siguiente número.

–Bien. Que así sea.

Y sin poderse aguantar pone título a su texto: “La toma de Tijuana”. Luego voltea a ver a sus camaradas, que sacan una botella de vino de quién sabe dónde.

Está bien, se dice; merecemos un festejo.

Y sin pensarlo dos veces escribe:

Compañeros, felicitémonos: Tijuana está en poder del Partido Liberal Mexicano. En estos momentos flota la bandera roja en esa plaza. Después de una fatigosa marcha a través de las montañas y de los desiertos desde Mexicali hasta Tecate, la Segunda División del ejército liberal en la Baja California, dirigida por el valeroso, inteligente y modesto compañero C. Pryce, hizo alto ahí, en Tecate, para tomar un respiro, pues después de una ligera parada se puso en marcha nuevamente la división con rumbo a Tijuana. Los federales y rurales de Tijuana,

entendidos por sus exploradores de que la fuerza liberal se acercaba, se fortificaron bajo las órdenes del subprefecto Larroque, lo mejor que pudieron hacerlo, y se dispusieron a hacer una tenaz resistencia, como que comprendían la terrible pérdida que iba a sufrir el despotismo con la toma de la población que, aunque pequeña, es de grande importancia por ser aduana fronteriza y lugar de mucho movimiento. Pryce y sus valientes, en número de ciento cinco, esperaron la noche del día 8 para efectuar el más notable de los movimientos militares que ha habido en la presente campaña. Se dio Pryce buena habilidad, que cuando la aurora comenzaba a teñir de rosa el cielo ya estaba a las puertas de la población. En Tijuana había una fuerza de doscientos federales. Nuestros compañeros, como queda dicho, sólo eran ciento cinco. Los federales estaban atrincherados fuertemente. Nuestros compañeros estaban a campo raso. Los liberales siempre pelean con bravura y nuestro puñado de valientes, despreciando el mortífero fuego que brotaba de cada azotea, de la plaza de toros, de la torre de la iglesia católica, de todas partes donde los federales encontraban un abrigo. Nuestros amigos, presentando sus nobles pechos, avanzaban, avanzaban en medio de una tempestad de hierro y fuego, asombrando a la milicia americana que presenciaba de este lado el combate, no sólo por el valor que mostraban, sino también por la pericia con que el camarada Pryce disponía la importante y atrevida maniobra, cobrando la

muerte y el espanto entre las filas enemigas que abandonaban a cada paso sus posiciones tomadas por asalto por los liberales. Por fin, los federales se reconcentraron todos en la plaza de toros y en la iglesia; pero nuestros compañeros prendieron fuego a esas construcciones y los federales tuvieron que huir en vergonzosa fuga, pasándose muchos para este lado de la línea y esparciéndose el resto en diferentes direcciones. Los nuestros capturaron cien rifles y abundante equipo de guerra. Nuestro aplauso a los valientes que lucharon por principios generosos: con soldados de esa clase, el pueblo mexicano conquistará lo que lo ha de redimir: Pan, Tierra y Libertad.

Ricardo Flores Magón deja la pluma y toma un trozo de pan seco del plato más cercano.

Sabe a victoria, piensa mientras lo mastica con fuerza. Sabe a revolución en movimiento, a puritito arco iris.

LXXXV. ENSENADA-MEXICALI,

9-12 de mayo de 1911

El coronel Celso Vega sigue descansando en el puerto de Ensenada.

Ya han curado sus heridas físicas.

Pero continúa con un fuerte dolor de cabeza.

Y no a causa de los revolucionarios, sino de los comerciantes del puerto que echan pestes sobre su persona.

Lo llaman traidor a la patria porque no mandó a sus soldados a combatir a Tijuana.

Lo llaman cobarde porque sigue esperando el momento adecuado para escarmentar a los revoltosos de una vez y para siempre.

Mientras la toma de Tijuana se vuelve noticia mundial, el

coronel piensa endilgarle la derrota a su competidor: el coronel Miguel Mayol.

Mayol, en las inmediaciones del río Colorado, sigue descansando.

Ve avanzar las obras de los canales de riego.

Ve a los ingenieros hacer sus cálculos.

Ve a los trabajadores chinos, los *coolies*, sudar la gota gorda abriendo la tierra para que las aguas del río Colorado fertilicen el desierto, para que los valles de Mexicali e Imperial sigan prosperando.

El coronel Miguel Mayol descansa en una hamaca, bajo la sombra de un enorme pino salado.

Aquí, piensa Mayol, los únicos que prosperan son los inversionistas extranjeros.

Los que cosechan con maquinaria moderna.

Y luego mandan, en interminables vagones de ferrocarril, a California y a la costa este, los productos obtenidos de la tierra mexicana.

Yo sólo cuido sus propiedades.

Y ahora que me entero de que los revoltosos tomaron Tijuana, ¿qué creen que me piden estos políticos exiliados en Calxico?

Sí, los tercos estos quieren que aproveche que sólo quedan como cien rebeldes en Mexicali y tome el poblado.

¿Es que están menso?

Ésas no son mis órdenes.

Sé que muchos esperan que ataque.

No les voy a dar el gusto.

El otro día un grupo de exploradores atacó a mis tropas en Pascualitos.

Mi gente quería atacarlos.

Dije que no.

Nada de combates.

Ahora que terminen las obras del río Colorado, me regreso a Ensenada.

Pero antes quiero ir a Yuma a comprar unos regalos para la familia. Ropa, juguetes, algún sombrero decente.

Si ya vino uno hasta estas lejanías que al menos valga la pena el viaje.

Hace calor.

Cada día más.

Espero que para antes del 18 de mayo partamos hacia Ensenada. Me hace falta la brisa del mar.

Lo único que voy a extrañar es a la señora Carol Staples y sus damas caritativas.

Estas gringas sí saben su oficio.

Voy a tener que enseñarle muchas cosas a mi mujer cuando regrese al sur.

Por ahora esta guerra me satisface.

Sin batallas.

Sin triunfos.

Sin derrotas.

¿Qué más puedo pedir?

LXXXVI. TIJUANA–SAN ISIDRO,

9–24 de mayo de 1911

–¡Deja esas gallinas, mujer, y súbete a la carreta!

–¡No las voy a dejar para que otros se las coman!

–¡No hay tiempo, Anastasia! ¡Los rebeldes ya tomaron Tijuana y vienen para acá!

Eso veo. Eso oigo.

En medio de la catástrofe soy un testigo mudo, junto con mis dos hermanas menores, de un zafarrancho bien conocido: el de mis padres peleando como de costumbre, sin que ninguno parezca dar su brazo a torcer.

Vivimos en un rancho a las afueras de Tijuana y hoy nos ha tocado presenciar, en primera fila, el caudal de gente que pasa a pie o a caballo; el río de personas, de todas las edades y condiciones, que van huyendo de los revolucionarios.

Soldados heridos, con sus ropas de manta ensangrentadas.

Familias enteras con sus bártulos al hombro.

Autoridades que ayer daban órdenes y ahora apenas levantan la vista del suelo.

Mi padre, Serafín Preciado, deja la discusión con mi madre y me manda a que saque los animales del corral; me dice que los conduzca al otro lado de la frontera, al rancho de los Johnson en San Isidro.

–Dile a Mr. Herbert que nos los cuide por unos días, hasta que las cosas se calmen por aquí.

–¿Y si no se calman?

Mi padre sopesa mi pregunta antes de responderme.

–No importa lo que pase, Sebastián; tú quédate del otro lado, es peligroso ser joven en estos momentos. Los federales, que han perdido tanta tropa, pueden obligarte a ser soldado. O los rebeldes meterte en sus filas. Y si algo me pasa, ¿quién cuidará de la familia? ¿Quién velará por tu madre y tus hermanas?

Obedezco.

Como primogénito que soy, obedezco.

Mi padre contempla a mi madre, que mete a las gallinas enjaulabas en la carreta.

Una por una.

Ni él ni yo podemos evitar una sonrisa de entendimiento.

–Dile a Mr. Herbert que nosotros también pasaremos al otro lado en cuanto podamos –es la última instrucción de mi progenitor.

No digo más.

Abro la puerta del corral y azuzo al ganado en dirección al norte. Paso la frontera sin que nadie nos detenga.

En unas horas estoy en el rancho de los Johnson.

Me reciben con los brazos abiertos.

No tengo que explicarles nuestros problemas: la balacera ha sido suficiente noticia de la guerra en que andamos.

Saben las dificultades que enfrentamos.

La vida en la frontera nos ha hecho comprender que nada en la tierra está asegurado, que cada día trae su ristra de sorpresas, su rosario de percances.

Al día siguiente, mis padres y mis hermanas llegan.

Sanos y a salvo.

Y con todas las gallinas a bordo de la carreta, como mi madre quería.

Transcurren dos semanas y ya no aguanto más.

Una tarde me escapo a Tijuana.

Deseo ver, con mis propios ojos, qué sucede en realidad.

Me encuentro con un ambiente de feria callejera.

Multitudes de fisgones entran y salen de las casas y tiendas del poblado.

No hay autoridades a la vista.

Cada quien hace lo que quiere y con quien quiere.

Los visitantes, la mayoría estadounidenses bien vestidos, pagan una cuota a los rebeldes para tomar suvenires, es decir, para saquear el pueblo a su antojo.

Curioso como soy, me escabullo en las casas sin pagar la cuota.

El caos predomina en su interior.

Los muebles, rotos.

Los objetos de valor, perdidos.

Todo se halla batido, destrozado, en completo desorden, como si una estampida de elefantes hubiera pasado por cada habitación hasta dejarla en ruinas.

Salgo a la calle.

Grupos de chamacos corren animados por un espíritu salvaje.

Gritan y ríen sin que nadie les ponga un alto.

Entran a las tiendas y toman los objetos que más les gustan ante la mirada condescendiente de los revolucionarios.

Con Porfirio Díaz o sin Porfirio Díaz, Tijuana sigue siendo Tijuana: las cantinas y los burdeles, los casinos y los fumaderos de opio siguen abiertos y atendiendo a su clientela con música y alboroto, con risotadas y caricias en público.

Vuelvo sobre mis pasos cuando el sol va declinando.

Pero, por un instante, pienso que me gustaría ser como esos chamacos que vi corriendo: un espíritu libre que hace lo que le viene en gana y no lo que le marca el deber, y no lo que le dictan los lazos familiares.

Mañana, si puedo escaparme, volveré a Tijuana.

Algo de aquí me llama con fuerza.

No la revolución: la libertad de ser yo mismo.

La oportunidad de no darle cuentas a nadie de mis actos.

Algo como eso.

Algo así.

LXXXVII. San Diego, California,

9-25 de mayo de 1911

Las clases privilegiadas de Ensenada ponen el grito en el cielo.

El 9 de mayo llega la noticia terrible: los insurrectos han tomado Tijuana.

La histeria cunde.

El pánico es incontrolable.

Las grandes matronas de la alta sociedad ensenadense, los prominentes políticos, los funcionarios públicos y los empresarios corren a salvar sus vidas porque creen que todo está perdido.

Como sucedió en el *Titanic*, las personas de primera clase tienen mayor oportunidad de salvarse que los que viajan en tercera clase.

Todos pelean por un lugar en los botes que viajan de Ensenada a San Diego haciendo su agosto en mayo.

Es un éxodo que deja casi vacío el puerto de Ensenada.

Hasta el presidente municipal de Ensenada, Manuel Labastida, escapa del puerto a su cargo, pensando seguramente en aquella frase que dice: “Mejor que digan aquí corrió que aquí quedó”.

Sí. Así fue para muchos y muchas.

Y no sólo los simpatizantes de Celso Vega; también sus adversarios políticos huyeron sin la menor vergüenza.

Los grandes líderes del puerto, desde Jesús Paes hasta David Zárate y Juan B. Uribe, corren al puerto de San Diego y no a la ciudad de México.

Quieren estar a salvo, pero no tan lejos como para perder de vista sus negocios, pues sus empleados se quedan en Ensenada a seguir trabajando.

Las ganancias son las ganancias.

Al menos hasta que lleguen los revolucionarios.

Las familias ricas rentan botes especiales para llevarse todas sus pertenencias y no dejarles ninguna tentación de pillaje a los revoltosos que lleguen a revolver sus casas.

Los Crosthwaite, los Gilbert, los Machado.

¡Pobres de ellos! ¡Tener que adelantar las vacaciones por

estos rebeldes que no respetan las jerarquías, los apellidos de alcurnia!

Es un movimiento migratorio que toma por sorpresa a los estadounidenses. Los reporteros de San Diego los entrevistan. A los recién llegados se les ve atónitos y confusos. Unos se quejan del coronel Celso Vega, el inútil. Otros de don Porfirio Díaz, que los ha abandonado a su suerte.

¡A ellos, sus admiradores eternos!

Pronto J. Díaz Prieto y Antonio Lozano, cónsules de San Diego y Los Ángeles, respectivamente, los organizan, los ponen a trabajar a su servicio. Para el 17 de mayo, adiestrados por las autoridades porfiristas, publican en el *San Diego Evening Tribune* un manifiesto para tomar las armas y defender el territorio nacional (es decir: sus haciendas, muebles de lujo y negocios lucrativos) de los rebeldes, de los revolucionarios. Quieren carne de cañón y la solicitan con un llamado patriótico:

Mexicanos:

En estos momentos en que la integridad nacional pelagra, la patria reclama los servicios de sus leales hijos para defender su honor mancillado por una turba de bandidos extranjeros, que van sembrando el luto y la desolación en los pueblecitos de la Baja California.

Sin ningún espíritu de partido, convocamos al pueblo

mexicano de esta ciudad y sus alrededores, porque es deber nuestro ofrendar nuestras vidas, si necesario fuese, para castigar a los bandoleros que en aciaga hora tratan de disgregar esa porción del territorio nacional, aprovechando las circunstancias aflictivas por que atraviesa el país.

¿Permaneceremos indiferentes ante tamaña infamia? ¿No sentimos arder la indignación en nuestro pecho y ansia por combatir contra las hordas filibusteras que tan descaradamente se alaban de sus triunfos y se burlan de nuestra timidez y apatía?

¡Compatriotas, alerta! ¡A las armas!

No olvidéis que descendemos de una raza de héroes que ha preferido mil veces la muerte a la esclavitud.

¡Y vaya que han preferido la muerte a la esclavitud! Por eso están en San Diego y no en Ensenada. Autodenominados como los Defensores de la Integridad Nacional, estos porfiristas bajacalifornianos, cuyos socios comerciales son estadounidenses y británicos, establecen una junta en la que emplean sus recursos financieros para combatir a la revolución anarcosindicalista. Ensenadenses prófugos y espantados se unen a tijuanenses que quieren regresar a sus legítimos negocios de bebida, apuestas y prostitución lo más pronto posible. El dinero fluye para pagar el traslado de los mexicanos (y algunos extranjeros) que quieran ir a Ensenada como voluntarios.

¿Voluntarios para qué?

Para expulsar a los revolucionarios de Baja California.

Es tanto el escándalo que hacen que el Partido Liberal Mexicano debe responderles para que no sigan engañando a la opinión pública.

Pero la Junta de los Defensores de la Integridad Nacional sabe que decir que los Estados Unidos está detrás de la revolución floresmagonista es como agitar un trapo frente a un toro de lidia: los mexicanos acudirán a defender a la patria creyendo que defienden la soberanía nacional y no a una dictadura de la que ellos, en Baja California, han sido sus principales beneficiarios. El poder de sus fortunas aceita la nueva maquinaria propagandista y los periódicos acuden al banquete informativo.

Hay que salvar a Baja California, dice la prensa estadounidense a las órdenes de Otis y de Chandler, antes que los bajacalifornianos se den cuenta de que son libres, antes que se percaten de la feliz esclavitud en que viven trabajando para nosotros, los inversionistas extranjeros y sus prestanombres locales.

Los porfiristas unidos jamás serán vencidos.

Así comienza el mito.

Con una mentira asombrosa.

Una mentira que se repite y se repite.

Siempre la misma.

Hasta que todos la crean.

Hasta que todos la acepten como única verdad.

Y así, igualmente, los barcos salen del puerto de San Diego cargados de voluntarios que van a salvar a México.

Demasiado tarde, diría don Porfirio Díaz, pues el 25 de mayo deja el poder.

La revolución floresmagonista y la revolución maderista son incontrolables y los acuerdos para su salida han sido debidamente firmados.

Adiós papá Porfirio.

Adiós mi dictador.

Pero en San Diego, el porfiriato vive.

Y cuenta con dinero de sobra para hacerse oír, para convencer.

LXXXVIII. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

17 de mayo de 1911

Departamento de Estado

Confidencial

Hay que informar al presidente Taft de esta conspiración.

Tengo la certeza de que todo está conectado.

Que la epidemia de viruela, el desembarco de marinos ingleses, la insurrección armada en México y la presencia de irlandeses en Baja California son signos de que algo enorme está por ocurrir.

Otra cosa: estoy siendo espiado.

Hay varios estadounidenses que conspiran aquí a favor de los revoltosos y que quieren verme muerto.

El ejército norteamericano debe intervenir.

Los militares mexicanos son incapaces de hacer las cosas bien.

Ahora los rebeldes ya controlan Tijuana y Mexicali.

He de señalar que Ensenada está mal ubicada.

No el puerto: los poderes que aquí se localizan.

Deberían las autoridades de México trasladar la capital más al norte, cerca de la frontera.

Eso ahorraría muchos telegramas y la falta de noticias expeditas. El coronel Celso Vega sigue insoportable.

Lo veo muy mejorado.

Pero sigo teniendo problemas personales con él.

Adjunto mando un documento de apoyo, firmado por decenas de ciudadanos americanos de este puerto, a mi gestión como cónsul.

Se lo envió porque sé que han recibido muchas quejas con respecto a mi actuación diplomática en Baja California.

Sólo recuerden que no sirvo a los intereses del gobierno mexicano ni de los revolucionarios, que no estuve ni estoy a favor del general Díaz, los anarquistas o los maderistas.

Pero aquí eso de no tomar bando es mal visto.

O estás con unos o estás contra ellos.

Luz y sombra.

Bien y mal.

Es cierto que comparto la visión de que la historia humana es una lucha mística entre fuerzas poderosas.

Es cierto que aquí hay títeres y titiriteros.

Mi deber es cuidar los intereses de nuestra gran nación.

He sido informado de que los insurgentes ahora se dedican a quemar vivos a los soldados federales.

Que hacen grandes hogueras y danzan, como indios, a su alrededor.

Según esta noticia, los insurgentes son chamanes.

Son brujos.

Y tienen grandes poderes.

¿Han sabido algo de mi solicitud de traslado?

Me siento muy solo aquí.

George P. Schmucker

Testigo del fin del mundo

LXXXIX. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

18 de mayo de 1911

Pusimos las banderas del Partido Liberal Mexicano en los principales edificios de Tijuana.

Yo mismo, Fernando Palomares, puse una de esas banderas sobre el techo de la oficina de correos.

En todas las fotografías que tomaron los periodistas pueden verlas.

Y no sólo eso.

En las fotografías aparecemos nombrados como *insurrects*.

Y eso somos.

Pero no sé quién, seguramente el cónsul de San Diego, Díaz Prieto, hizo de las suyas. Ya uno de los nuestros, Joe Hill, el músico y activista, descubrió en el cadáver del subprefecto

Larroque una carta del cónsul en que le avisaba del reclutamiento de soldados de fortuna para apoyar la defensa de la dictadura porfirista en Tijuana.

Y luego, cuando los porfiristas perdieron esta población, nos acusaron de filibusteros, de vándalos, de saqueadores. En la prensa de San Diego y Los Ángeles afirmaban que la bandera que enarbolábamos era la estadounidense.

Por eso, ya exasperados de tantas mentiras propaladas, queremos dar testimonio de la verdad. Y por ello damos a conocer esta proclama, que voy a leerles a todos ustedes, camaradas y amigos, frente a la oficina de correos donde ondea, a la vista de todos los que tengan ojos para ver y razón para pensar, nuestro lábaro revolucionario.

Y les decimos a todos, porfiristas y maderistas, que no vamos a permitir que sigan engañando al público.

Que el mundo está pendiente de nuestros actos.

Que México debe saber la verdad.

Y la verdad la estamos viviendo ahora mismo en Tijuana, en Mexicali, en todas partes donde el anarquismo combate y triunfa.

Mexicanos:

A instigaciones de los esbirros del despotismo porfirista, unos individuos que a sí mismos se titulan “Defensores de la Integridad Nacional” tratan de

desprestigiar el movimiento revolucionario que con gran éxito está llevando a cabo el Partido Liberal Mexicano, diciendo que la bandera americana ha sido izada en Tijuana. *Mentira.*

Los que abajo firmamos somos mexicanos. Los que abajo firmamos hemos estado en Tijuana, y declaramos con toda energía que no ondea allí la bandera americana, sino *cinco banderas rojas* que ostentan orgullosas este sublime lema: *Tierra y Libertad.*

Mexicanos: Los enemigos de la revolución, los enemigos de nuestra libertad, los que os han robado, estropeado, humillado y arrojado a este suelo, porque ya en el propio no podíais vivir sin veros sujetos a toda clase de abusos, tratan ahora de engañaros para que vayáis a derramar vuestra sangre, para que el despotismo continúe. Se os engaña diciendo que vais a defender nuestra patria contra hordas filibusteras, para que acabéis con la revolución que tiene por objeto acabar con el hambre, acabar con el despotismo, acabar con la incertidumbre de si habrá o no habrá pan para mañana.

El Partido Liberal Mexicano lucha por conquistar la tierra y la maquinaria para el uso libre de todos, para que ya no haya brazos que se alquilen por salario, sino que cada trabajador sea el amo de sí mismo.

No oigáis a vuestros enemigos. Las fuerzas liberales en la Baja California, como en todo el resto de la nación

mexicana, pues nuestras fuerzas se extienden por todas partes, se están sacrificando por el bienestar vuestro y de vuestras familias.

Si emprendéis la guerra contra ellas, no haréis otra cosa que remachar vuestras cadenas.

Nuestros enemigos os ofrecen pasaje para ir a batir a vuestros libertadores: *Aceptad el pasaje* e id a incorporaros a las fuerzas liberales.

San Diego, Cal., mayo 17 de 1911.

*Miguel A. Corrigan, Rosa R. de Corrigan, A. Ruiz,
Joaquín Sol, B. Ramos, Rosa de Cornejo, R. C. Márquez,
Elías Marcial y Josefa Marcial.*

Esto lo escribieron camaradas nuestros.

Esto lo escribieron los que sí han visto nuestras banderas al viento. O para ser más precisos: donde diga “Tierra y Libertad”, allí el anarcosindicalismo está presente, está vivo y actuando.

En nuestras filas vive el espíritu internacional, la fraternidad universal.

No nos separan nacionalismos, lenguas o razas.

Todos somos la revolución.

Sólo se necesita decir no al poder que abusa, a los

gobiernos que gobiernan por la fuerza, a los privilegiados que no quieren perder sus privilegios.

Los que luchamos por la libertad, luchamos contra la mentira.

Los que luchamos en este ejército de hermanos hemos visto el desdén de los poderosos, la rabia de los opresores, el odio de los verdugos.

¿Por qué?

Porque al triunfar la revolución acaba su poder, termina su yugo. Ya antes lo dijimos.

Cualquiera que tenga corazón generoso, que se preocupe por sus semejantes, aquí lo esperamos.

Aquí, en el territorio donde la vida vale no por un apellido de abolengo, por un puesto público o por el dinero que se tenga en el banco.

Aquí valemos por nosotros mismos.

Por el mérito esencial de ser humanos.

Las mentiras duelen. Es cierto.

Pero a los mentirosos les duele más ver que somos libres, que no vamos a detenernos ante ellos.

Que decimos no a sus engaños.

Que su desdén, su rabia y su odio no valen nada.

La tierra será nuestra porque tenemos mejores sueños.
Sueños de fraternidad, de abnegación, de gozo.

XC. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

20 de mayo de 1911

La toma de Tijuana es el momento oportuno. Ricardo Flores Magón debe salir de Los Ángeles y entrar al territorio liberado de Baja California.

Eso piensan los revolucionarios anarcosindicalistas.

Como lo hizo Francisco I. Madero, debe tomar control del movimiento armado que ha dirigido desde sus oficinas.

Es hora de que reparta felicitaciones en persona, de que pongan el orden entre anarquistas de todos los rumbos de la tierra, de que lime las asperezas entre mexicanos y extranjeros que ahora, en Tijuana, se tirotean con cualquier pretexto.

Delegados van y vienen a Los Ángeles, al cuartel del Partido Liberal Mexicano. Representantes de Quijada, Mosby, Pryce

y Guerrero le piden que esclarezca sus cargos, sus órdenes, sus planes inmediatos.

¿Vamos a quedarnos sentados en Tijuana como lo hicimos en Mexicali?

¿O no les vamos a dar tregua a las fuerzas federales?

¿Qué sigue: Ensenada o Real del Castillo?

¿Y Sonora?

¿Y los maderistas?, ¿vamos a negociar con ellos o los mandamos a la verga?

Todos acuden a la junta directiva del Partido Liberal Mexicano.

Pero Ricardo no quiere moverse de Los Ángeles.

Demasiadas negociaciones críticas.

Demasiados agentes del gobierno mexicano que buscan asesinarlo.

Y si se acerca a la frontera dará motivo para que las autoridades norteamericanas lo encarcelen por violar la ley de neutralidad.

Por más que se lo piden, no acepta.

Varios, como buenos nortños, no tienen pelos en la lengua:

–Si no va, Pryce y su gente van a vender la revolución al mejor postor.

–O se van a aliar con ese payaso de Dick Ferris.

–Vamos a perder todo lo que obtuvimos con tanto sacrificio. La única respuesta concreta de la junta, entonces conformada por Ricardo y Enrique Flores Magón, Antonio P. Araujo, Librado Rivera y Anselmo Figueroa, es la proclama publicada en el periódico *Regeneración* el 20 de mayo de 1911.

Es un grito en despoblado, una llamada a tomar posesión de la tierra.

Ricardo les dice a todos los que quieran escucharlo que:

Las fuerzas del Partido Liberal Mexicano dominan de hecho una vasta extensión territorial en la Baja California. Esa conquista ha sido hecha al costo de la sangre generosa de proletarios inteligentes, valerosos y abnegados. En la Baja California han muerto los queridos compañeros Camilo J. Jiménez, Simón Berthold, Antonio Fuertes, Stanley Williams, Rosario García, José Espinosa, T. L. Wood, J. C. Smith, Jesús R. Pesqueira, Miguel Hernández, José Flores y otros más, que derramaron sangre para conquistar estos tres grandes bienes: Pan, Tierra y Libertad.

Pues bien, es necesario que esa sangre, es preciso que ese sacrificio dé los resultados apetecidos. Ha llegado el

momento de hacer algo práctico. La Baja California es un país muy bello y muy rico, pero muy poco poblado. Necesita colonización. Las tierras del norte de la península, que son las que están bajo el dominio de las fuerzas liberales, son espléndidas y una buena porción de ellas está perfectamente bien regada por un excelente canal. Esas tierras producen dos cosechas al año de maíz, y son muy buenas para producir algodón, remolacha, toda clase de pasturas y de vegetales. En suma, esas tierras lo producen todo.

Para dar vida a esa interesante porción de México y para poner en práctica los ideales redentores del Partido Liberal Mexicano, es necesario poblarla. Mas como la colonización no puede hacerse de un golpe, porque el Partido Liberal Mexicano no cuenta con fondos para transportar a aquellas tierras a las familias deseosas de poblarlas y de hacer una vida libre y feliz sin amos y sin tiranos, la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano ha dispuesto lanzar esta convocatoria, para que los compañeros vayan reuniendo fondos con que pagar sus pasajes y marchar a la Baja California a tomar posesión de la tierra.

Las fuerzas liberales protegerán a nuestros compañeros.

Ricardo Flores Magón habla de hacer algo práctico: poblar la Baja California.

Caryl Pryce, desde Tijuana, habla de hacer negocios. Tal vez porque siempre ha sido un revolucionario con buen ojo para las finanzas. O tal vez porque las utopías, para realizarse plenamente, requieren dinero tanto como trabajo gratuito. Y en Tijuana, Pryce sabe que todo está en venta.

Incluso la utopía radical.

Incluso el sueño más anarquista.

XCI. SAN DIEGO, CALIFORNIA,

23 de mayo de 1911

Es la propaganda, estúpidos. La propaganda es nuestra mejor arma contra los revolucionarios. Al menos mejor que el inútil ejército nacional y sus oficiales de postín, como ese coronel Celso Vega. Y el arte de la propaganda consiste en manipular las emociones básicas de la gente simple, en sacudirle su sentido de seguridad y asustarla hasta que el miedo que siente se vuelva odio puro, ira sin freno. Y los baja-californianos son gente simple, temerosa de perder sus posesiones y su ganado, la virginidad de sus hijas y sus negocios con los yanquis. Hipócritas que quieren ser tenidos como mexicanos patriotas aunque todo lo que usan o visten sea de origen estadounidense. Pero el miedo a perderlo todo los ha llevado a ponerse a nuestras órdenes, a cuadrarse ante nuestro plan de lucha y sabotaje.

Reconozco que todo empezó como una artimaña de poca monta, como un juego. Puse a Guillermo Prieto Yeme, mi secretario particular en el consulado de Los Ángeles, a redactar una carta de protesta bajo el nombre de Luis Lara, un obrero ficticio que acusaba a los revolucionarios floresmagonistas de estar al servicio del gobierno yanqui y de que su objetivo era vender la Baja California al gobierno de la Unión Americana. Al final de la misiva pedíamos que los bajacalifornianos de buena casta, los patriotas mexicanos fronterizos, acudieran a expulsar a los invasores extranjeros que violaban la soberanía nacional. Y ya suelto el bulo, los bajacalifornianos, gente ingenua como todo pueblo inculto, vinieron en masa a participar en la liberación de México.

Y ahora todo marcha sobre ruedas.

Arturo M. Elías, funcionario consular y cerebro de intrigas propagandísticas, sonríe ante el éxito obtenido. Frente a él un par de trabajadores coloca, sobre la puerta de un amplio edificio de madera en la calle principal de San Diego, un letrero que dice: “Liga para la Defensa de la Integridad Nacional”. Un edificio rentado gracias a la generosa ayuda de los comerciantes y políticos californianos que no quieren un régimen revolucionario en su vecindario, gracias a la buena voluntad del general Otis y de su yerno, Harry Chandler, que quieren orden y progreso en vez de caos y anarquía.

Arturo ve la fila de gente que espera enrolarse para combatir a los filibusteros.

Bonita palabra esa, filibusteros, piensa; algo así como piratas de tierra adentro, como bucaneros de la sierra, como corsarios con la bandera yanqui en vez de la calavera. Y eso es lo más risible de todo esto: hemos creado un movimiento armado en defensa de la integridad mexicana, cuya sede se ubica en los Estados Unidos y cuyo propósito es luchar contra sindicalistas estadounidenses con el aval de empresarios estadounidenses. La mano derecha golpeando a la mano izquierda. ¿Y quién sale ganando? Nuestro querido gobierno. ¿Y qué gano yo? Que mis superiores, ahora sí, reconozcan mi talento de agitador oficial y me den el puesto que tanto anhelo: el de cónsul en Los Ángeles.

Mark Boyle, el propietario del edificio, se acerca al funcionario mexicano.

–Necesito que firme estos documentos, Mr. Elías.

El diplomático los firma de inmediato.

–¿Todo en orden, Mr. Boyle?

–Absolutamente. Buena suerte con su negocio, Mr. Elías. Arturo ve que su secretario corre hacia él agitando un sobre.

–¡Don Arturo! ¡Un telegrama del coronel Celso Vega!

El diplomático abre el sobre y al leer su contenido se le retuerce el estómago y la bilis le sube a la garganta.

El telegrama dice:

No me mande más gentuza.

Aquí sus voluntarios sólo causan estropicios.

Deje de meter sus narices donde no le corresponde.

La guerra es cosa de expertos, no de aficionados.

Yo me encargo de los revolucionarios.

Usted encárguese de sellar pasaportes.

Arturo M. Elías, futuro cónsul mexicano en Los Ángeles, respira hondo ante el insulto recibido.

A estos militares de viejo cuño, que todavía creen que la guerra es una carga de caballería con sable en la mano, yo les voy a enseñar cómo se ganan las batallas del siglo XX. No a mandobles: a periodicazos. Y con las mejores armas de mi arsenal: el patriotismo ciego, la propaganda del odio, la repetición de la mentira. Ya verán que no importa que Tijuana y Mexicali sigan en manos de los anarquistas. Lo importante es que la idea que yo venda de ellos se la trague la gente. Que no los vean más como héroes sino como villanos.

Ya verán qué armamento mata más rebeldes.

Ya verán si soy mejor sellando pasaportes que haciendo la guerra.

XCII. Ensenada, Baja California,

27 de mayo de 1911

El nuevo presidente de México va a vendernos la Baja California para quitarse de problemas. Lo sé porque Madero y yo somos espiritistas, exploradores incansables del ultramundo.

He tratado, como cónsul en este puerto de Ensenada, de prevenir la pérdida de vidas, pero pocos me hacen caso. La epidemia de viruela es intencional. Es para debilitar a los soldados mexicanos todavía leales al general Porfirio Díaz.

Confidencial: muchos de los voluntarios que ha mandado la junta de la Defensa de la Integridad Nacional son espías. Tres de ellos me siguieron hasta una cantina y cuchichearon como conspiradores.

Tengo nuevos datos sobre el destino de la humanidad.

México es el primer aviso. Esta revolución que encabezan los anarcosindicalistas es sólo un ejercicio preliminar.

Escuchen todos: luego empezarán los asesinatos políticos de gran envergadura. Caerán los soberanos y sus coronas. Europa será un enorme campo de batalla. Y bestias mecánicas destruirán las ciudades como castillos de naipes.

Luego la tormenta roja alzaré el vuelo.

Hermanos contra hermanos.

Y la vida será gris, monótona.

Y los grandes edificios caerán al suelo hechos polvo.

Será la edad de las botas.

La era de los gases venenosos.

Yo lo he visto todo. Nadie estará a salvo. Hongos crecerán en plazas y calles, devorando a sus habitantes. La luz será un arma poderosa.

Esta revolución que hoy presenciamos será sólo el preludio.

Una marea de anarquía cubrirá el mundo. Cada quien hará lo que le apetezca. Los grandes imperios se volverán un desfile eterno y la vida terminará tal y como hoy la conocemos.

Hay un plan detrás de todo esto.

Y, cuando pasen los siglos, Jesucristo volverá a hacernos compañía.

Y el caos acabará cediendo.

Pero yo no viviré para contarlo.

Ni lo verán los hijos de mis hijos.

Cuando el orden se recupere, cuando la armonía de la luz presida de nuevo los actos de la humanidad, alguien volteará hacia el pasado.

Y señalará esta revolución.

Esta península en llamas.

Y dirá con la sabiduría del que puede ver las consecuencias de nuestros actos: “Allí comenzó la guerra de los justos”.

Y dirán mi nombre como el profeta George Schmucker.

El hombre que vio con claridad el futuro.

Y los ángeles vendrán a mi tumba y soplarán sobre mis huesos.

Y despertaré en el día del júbilo.

En el segundo advenimiento.

A salvo de todo caos.

A salvo de toda duda.

Gratificado. Contento. Estremecido.

Y ésa será mi recompensa.

Y ése será mi destino.

Dar aviso al mundo que ha llegado el tiempo de actuar.

Que la revolución debe ser detenida a cualquier costo.

Para que los Estados Unidos sigan siendo un país cristiano.

El ejemplo a seguir.

Por eso debemos purificar a México.

Que toda la Tierra brille bajo nuestro estandarte.

Que el universo completo cante nuestra gloria.

¡Aleluya!

México es un pudridero de cadáveres.

Apesta.

Yo me voy. Regreso a la civilización. Regreso a donde pertenezco.

Que otros limpien esta carnicería.

Porque eso es todo esto: una matanza.

Una matanza profetizada desde el origen de los tiempos.

Amén.

XCIII. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

10–30 de mayo de 1911

Aunque ambos son pueblos de frontera, Tijuana no es Mexicali. Aquí, en esta población fronteriza recién conquistada para la revolución, todo está al servicio del turista. Tijuana es una tienda enorme, un casino abierto las veinticuatro horas del día. Un burdel con la música en vivo y sus muchachas descaradas. Una cantina donde nunca se acaba la diversión. Pryce impone impuestos para toda actividad y el veinticinco por ciento de las ganancias brutas va para la revolución. La revolución, sin embargo, sólo tiene un bolsillo: el luyo. Pronto los demás amigos del jefe Pryce se incorporan a las reglas del juego.

Y con un interés tan marcado por lo que ocurre en Tijuana, de la noche a la mañana esta población se vuelve un lugar de moda, un sitio en boca de todos.

Así llegan nuevos visitantes y negociantes.

Actores de la incipiente industria cinematográfica de Los Ángeles. Prostitutas de Nueva Orleans y Chicago.

Contrabandistas chinos de San Francisco.

Periodistas de Kansas y Boston.

Y muchos aventureros que quieren ver, con sus propios ojos, cómo es una revolución.

Es el siglo XX y “cambio” es la palabra de moda.

John Kenneth Turner y Emma Goldman se dan la vuelta en una gira de presentaciones en hoteles y salones sindicales de San Diego. Su objetivo público: apoyar la causa floresmagonista. En San Diego Contratan un taxi que los lleva a Tijuana. Allí, en la calle principal, se toman la foto obligada. Pronto descubren que posar con un revolucionario a su lado cuesta dos dólares; con dos revolucionarios, cinco dólares; con Alabama, el afroamericano, hay que pagar diez dólares, y con el propio comandante Pryce, cincuenta dólares.

Nada es gratis en esta utopía.

Nada se parece a lo que pretende el Partido Liberal Mexicano.

Pero no todo está perdido: Pryce se cuida de romper con Ricardo Flores Magón. Trata de ser ecuánime en las luchas intestinas que surgen por cualquier motivo entre mexicanos y extranjeros.

El culto a la personalidad, ése es su talón de Aquiles. A Pryce le gusta ser famoso, ser saludado como un cantante de ópera o una estrella de circo. Para no tener más problemas proclama que su lucha es por liberar a los campesinos mexicanos de la esclavitud, para que los obreros sean los dueños de las minas, que la toma de Mexicali y Tijuana es el primer paso para establecer un régimen libre de la opresión porfirista. El problema es que, para fines de mayo de 1911, el general Porfirio Díaz es historia.

Y muchos revolucionarios no ven objetivos claros ni planes prácticos en la revolución anarcosindicalista. Para entonces, tanto en Mexicali como en Calexico se va observando a Francisco I. Madero y al movimiento social que lo acompaña como los grandes triunfadores de la Revolución mexicana. Incluso entre las tropas federales muchos soldados, cuando se emborrachan, ya no gritan: “¡Viva mi general Díaz!” Ahora gritan, a pesar de los castigos corporales que sus oficiales les infligen: “¡Viva Madero!”

El maderismo, como la humedad, trasmina las conciencias, va ganando los corazones de muchos que antes se proclamaban porfiristas de corazón.

Y lo mismo va para los anarcosindicalistas.

Y más ahora que se quiere pacificar el país.

Y más ahora que maderistas y porfiristas se dan la mano y bailan juntos.

En este nuevo escenario político, los revolucionarios floresmagonistas quedan fuera de la repartición del poder porque la intransigencia de Ricardo Flores Magón es monolítica. Por eso ahora sus antiguos compañeros de ruta lo están dejando solo. Su revolución es una anomalía que incomoda. Una anomalía que todos los interesados en volver a un régimen de paz y tranquilidad quieren eliminar.

Pronto y en forma expedita. Ya. Ahorita mismo.

Por eso hasta el propio John Kenneth Turner comienza a dudar de que el futuro de la Revolución mexicana esté con los floresmagonistas. Y ese vuelco se acentúa ahora que Madero se presenta como el líder revolucionario del momento. En su visita a Tijuana con Emma Goldman, el periodista se lleva a Pryce a un rincón y lo interroga.

–Me dicen que Dick Ferris te anda haciendo la corte.

Pryce se ríe en su cara.

–Sí. Quiere que diga que trabajo para la república de Ferris, el *sanababitch*.

–¡Ten cuidado con ese tipo, Caryl! ¡Eso es darles armas a los porfiristas!

Pryce observa a Emma Goldman tomándose fotos con Joe Hill del brazo.

–Sé que es un publicista y que quiere ser parte de nuestro *show* sin pagar la entrada.

–La revolución no es un espectáculo –lo increpa Kenneth Turner.

–En eso te equivocas, John. Las revoluciones, como las guerras, son circo, maroma y teatro. Son todo eso a la vez.

El periodista cambia de tema.

–¿Qué planes tienes ahora que eres el jefe de la revolución?

–Primero, ir a platicar con los hermanos Flores Magón. Me mandan delegados con órdenes absurdas, pero éstos no traen ni armas, ni municiones, ni dinero. La revolución cuesta, John. Y cuesta cara.

–Y nosotros no tenemos los amigos adinerados de la causa maderista. Ni Ricardo cuenta con el carisma de Madero.

Pryce observa con cuidado al periodista, tratando de entender su comentario.

–Ya veo. Empieza a caerte bien el chaparrito.

–Hizo lo que los Flores Magón no han logrado hacer: una revolución a escala nacional.

–¿Cuál es tu plan, John?

–Sólo piensa que si los hermanos Flores Magón no reaccionan pronto, ¿qué harás? ¿Bailar polkas con Ferris, el fantoche, o sumarte a la revolución triunfante, la maderista?

Emma Goldman los alcanza en ese instante, sonrojada y feliz.

–Todo me encanta –dice, emocionada–, especialmente ese chico músico, Joe Hill, tan encantador, tan bien parecido. Quiero encamarme con él. ¿Qué hotel está más cerca?

John y Caryl sonríen ante semejante impertinencia. Luego lo piensan mejor: Emma y muchas como ella son el futuro que viene, la mujer del siglo XX: libre y soberana. Con sus propios deseos y apetencias.

Pryce se despide de ambos visitantes.

–No olvidaré tus palabras, periodista –dice al alejarse.

Pero antes de tomar una decisión como la planteada por Kenneth Turner, antes de apostar por Francisco I. Madero sobre Ricardo Flores Magón, Caryl Pryce, el jefe del ejército revolucionario anarcosindicalista de Baja California, va a enfrentarse con un problema mayor que los porfiristas: la ira de sus propios camaradas.

Y todo por la vida de un asesino.

Y todo por una trifulca.

XCIV. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

28 de mayo de 1911

Después de sortear un territorio de rancherías amuralladas y de emboscadas de las que escapa por los pelos, Emilio Guerrero logra llegar a Tijuana con su grupo de indios alzados.

Su arribo se da en los días en que los tijuanenses refugiados en San Diego acusan a Pryce y a los revolucionarios extranjeros de simples invasores.

Si son gringos son filibusteros.

Óiganlos: ni siquiera saben hablar bien el español.

Para los porfiristas es inaudito que alguien luche por otro país.

Olvidan a Francisco Mina, el militar español, o al británico

lord Cochrane, quienes pelearon por la independencia de nuestro país con las armas en la mano y que fueron acusados de filibusteros por la Corona española.

Olvidan a los soldados irlandeses del batallón de San Patricio, que lucharon por México en vez de hacerlo por los Estados Unidos en la guerra de 1847.

Pero es evidente que una tropa como la revolucionaria, en la que destacan anglosajones y afroamericanos, no parece un ejército nacional.

Y es que la revolución floresmagonista se ha conformado como una variopinta comunidad internacional, como unas Naciones Unidas del anarcosindicalismo.

Eso cambia el 28 de mayo.

A casi tres semanas de haber sido tomada Tijuana por la otrora Legión Extranjera proveniente de Mexicali, una nueva fuerza revolucionaria ofrece un rostro cien por ciento nativo.

Y es que Emilio Guerrero y sus hombres representan el ala indígena del ejército revolucionario. Cucapás, kiliwas y paipais van entrando al pueblo después de haber recorrido de norte a sur y de este a oeste el Distrito Norte de la Baja California.

Orgullosos, seguros de sí mismos, curtidos en combates diarios contra las fuerzas porfiristas, Guerrero y sus hombres se aparecen en Tijuana para equilibrar la presencia nacional frente al numeroso contingente de extranjeros.

Emilio Guerrero es, para los residentes de Ensenada, el demonio mismo.

Un revolucionario al que pueden acusar de mil atropellos, de mil muertes, de mil asaltos.

Sólo de una cosa no pueden acusarlo: de ser un filibustero.

Años después, el coronel Celso Vega, que a todos los revolucionarios de Baja California calificaba de invasores, hace una excepción con Guerrero.

Y es que Emilio y su gente son la prueba irrefutable de que Baja California es un modelo de progreso, sí, pero un modelo en que unos cuantos se enriquecen y el resto debe trabajar de sol a sol, sin más horizonte que una vida de miseria y privaciones.

Los indios bajacalifornianos son los *niggers* de esta situación, los esclavos visibles de un progreso depredador, abusivo, que no respeta los derechos comunitarios. Y su alzamiento es un aviso de que ya no quieren seguir siendo los peones, los esclavos de “la gente de razón”.

Ahora, al entrar a paso lento a Tijuana, los turistas estadounidenses retroceden.

¿Por qué?

Porque estos revolucionarios no están para ser apapachados por la multitud de curiosos, no son combatientes que se conforman con ser famosos.

Hay un aire de amenaza explícita en sus miradas, en sus gestos, en la forma en que examinan a la gente.

Emilio Guerrero y sus indios son la revolución con causa.

Al verlos, Pryce sabe que los días de vino y diversión están por concluir.

–¿Qué es esto? ¿Un carnaval?

Pryce niega con la cabeza.

–Son visitantes. Quieren recuerdos de nuestra revolución.

–Denles un balazo en la frente. Sería un bonito recuerdo. Y permanente.

Risas nerviosas.

Un chiste que a todos molesta.

Nadie, sin embargo, se atreve a contradecir al jefe Emilio.

–¿Cómo sigue Mosby?

–Va bien. Pero sigue hospitalizado –le responde Pryce.

Emilio contempla el poblado sopesando qué hacer.

–Vamos a quedarnos unos días. Necesitamos municiones.

–¿Cómo estuvo San Quintín?

–Pocos disparos. Muchos cobardes. ¿Cómo están aquí?

–Pasable. Hemos tenido deserciones. Y más ahora que ya renunció Porfirio Díaz y la gente cree que ya ganamos.

–Muerto el perro se acabó la rabia. Pero Díaz no ha muerto. Su espíritu sigue metido en cada rancho de por aquí, en cada burgués sin propiedades.

–Sus seguidores hacen mucho ruido en San Diego. Lo lloran a moco tendido.

Pryce se vuelve hacia Scott Wheeler.

–Hay que darle alojamiento a la gente de Emilio. Hay lugares desocupados en el pueblo.

–¡No! Denos algo en las afueras, donde mis hombres no se sientan encerrados.

–Al este hay un rancho abandonado. Agua Caliente. Tómalo para ti y los tuyos. Habla con Joe Hill. El será nuestro enlace para cualquier cosa que necesites. Y si añoras la buena vida, has de saber que aquí las cantinas están abiertas las veinticuatro horas del día.

–Luego vemos eso. ¿Cuándo planeas atacar Ensenada?

–Cuando junte suficiente armamento y más hombres.

–¿Cuántos tienes ahora?

–Doscientos, doscientos diez.

–Nosotros somos treinta, pero en los alrededores de Ensenada hay mucho indio amigo o pariente. Puedo juntar cien gentes o más.

Pryce se siente presionado.

Quiere que sus hombres descansen más.

Quiere órdenes directas de Ricardo Flores Magón.

–Le pedí a Ricardo que viniera a Tijuana.

Emilio se ríe en su cara.

–Y te mandó por un tubo.

–Sí, me mandó por un tubo.

–Olvidalo. Ricardo es cabeza y corazón. Nosotros somos el músculo.

–Aun así. Aunque juntemos trescientos combatientes entre nosotros, los federales son más y cuentan con el cañonero *Guerrero*; con sus cañones nos hacen polvo.

–Muchos pretextos, comandante.

–Y todos válidos.

Emilio Guerrero observa a Pryce.

Lo observa y evalúa.

–Deja a un lado tus dudas. Combatir es cantar.

Pero Pryce no se deja convencer.

–Vayan a descansar. Luego platicamos.

Emilio ahora lo sabe.

Si éstos son los únicos revolucionarios con que contamos, nuestra causa está perdida.

El jefe cucapá se retira con sus hombres.

La multitud de curiosos, al no ver una balacera, se dispersa.

La revolución, a veces, es aburrida.

Para Emilio Guerrero es una fruta que se está pasando de madura. Que ya huele a podrido.

XCV. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

29 de mayo de 1911

Estoy aquí, en Tijuana, como enviado especial del *San Diego Sun* para dar a conocer la vida diaria en plena revolución.

Como ustedes saben, nuestro vecino del sur está en plena guerra civil, y aunque los rebeldes ya obtuvieron grandes victorias en Mexicali y Tijuana, además de conseguir la renuncia del general Porfirio Díaz el 25 de este mismo mes, lo que me interesa comentarles es cómo se vive en un pueblo ocupado por la revolución.

El jefe de este ejército es Caryl Ap Rhys Pryce, un galés que ahora dirige a centenares de revolucionarios.

Su base actual es el pintoresco pueblito de Tijuana, donde siempre hay diversiones para chicos y grandes.

Hoy ha habido una gran conmoción.

Ha llegado a Tijuana toda una tropa de indios estilo apache.

Su líder se llama Emilio Guerrero.

The Warrior.

Es un indio de terrible apariencia.

Viste una brillante camisa roja.

Carga un rifle con su nombre grabado en la culata.

Dice que le han disparado cientos de veces y nunca ha recibido ni la más mínima herida.

Sus hombres lo siguen en silencio.

Todos visten como vaqueros.

Sombreros de ala ancha.

Pantalones de mezclilla o de cuero.

Y portan su bandera revolucionaria que es roja y dice “Tierra y Libertad”.

Pero no crean que no hablan con extraños.

Les gusta oír cantar a Joe Hill, el trovador revolucionario, de quien se han hecho buenos amigos.

Después de dos o tres copas, estos indios mal encarados se vuelven locuaces.

He aquí la entrevista que le hice a Emilio Guerrero, el terror de los bajacalifornianos:

–¿Por qué luchan ustedes?

–Para ser ciudadanos.

–¿Para votar?

–No. Para ser tratados igual que todos los mexicanos.

–¿Cómo?

–Con justicia. Con equidad.

–¿Por qué los llaman filibusteros?

–Por idiotas. Si alguien merece el nombre de filibustero son todos esos colonos y misioneros que hace cien años invadieron esta tierra que era nuestra., Nuestra de nosotros, los cucapás, los kiliwas, los paipais, los kumiai.

–¿La gente quiere la revolución?

Emilio voltea hacia donde se encuentran, emborrachándose, varios revolucionarios extranjeros.

–Unos sólo la quieren para lucrar con ella. Nosotros la queremos para liberarnos. Para que la tierra sea de sus legítimos dueños.

–¿O sea de ustedes?

–No de nosotros, los que la trabajamos. De nuestras comunidades.

–¿Qué le parece Madero?

–Bien. Lucha por ideales parecidos a los nuestros.

–¿Y Ricardo Flores Magón?

–Un hombre bueno. Y en este mundo eso es decir mucho.

–¿Qué planes tienen?

–Beber este tequila.

–¡No! Digo, ¿de aquí, de Tijuana, hacia dónde se dirigen?

–Yo quiero tomar Ensenada.

–Esa es una noticia importante.

–Yo quiero. Falta que el jefe Pryce acepte.

–¿Y si acepta?

–Pues a combatir.

–Bueno, según sé, con la salida del general Díaz ya no hay más combates en México.

–No sé eso. Pero aquí, en Baja California, el ejército federal sigue igual: conducido por los mismos sátrapas. No veo cambios.

–¿Y cómo ve Tijuana?

–Acabo de llegar.

–Vamos, deme una opinión.

–Mucha fiesta, poco arrojo.

–Los revolucionarios también merecen divertirse.

–De acuerdo. Pero ya van tres semanas de farra. Hay que movilizarse de nuevo.

–¿Y si no se movilizan? ¿Y si Tijuana es la última victoria de una guerra que ustedes, los revolucionarios, ganaron?

Emilio Guerrero me mira enfadado.

–No me gustaría.

–¿Cómo le gustaría que acabara esta revolución?

El jefe indio me guiña un ojo y me hace una seña para que me acerque.

Con un susurro me responde:

–Me gustaría que acabara en la ciudad de México, en el Castillo de Chapultepec, con una enorme fiesta donde participaran los millones de indígenas que son México, que son la columna vertebral del país.

Luego se ríe de mi cara de susto.

–¡Ah, ustedes los yanquis, qué poco saben de nuestros sueños!

Y me da un golpe en la espalda que todavía me duele.

Y pide sendos vasos de tequila para ambos.

–¡Por lo que ha logrado la revolución! –brindo.

–¡Y por lo que le falta por hacer! –me secunda Emilio Guerrero. En ese instante escuchamos los gritos, las amenazas, los disparos.

**CXVI. Tijuana, Baja California,
29–30 de mayo de 1911**

–¿Qué pasó aquí?

–Míralo tú mismo.

Emilio Guerrero hace a un lado a Pryce y echa un vistazo al caído, al cuerpo boca abajo en mitad de la calle, a la mancha de sangre que aún se extiende en el lodazal.

Sin importarle la bola de curiosos, el jefe indio toma el cuerpo y le da vuelta para verle el rostro.

La sorpresa es mayúscula: es Francisco Pacheco.

Un compañero que había sido herido y que llegó a Tijuana sin anunciarse.

–¿Quién le hizo esto a Pacheco?

Algunos de sus hombres se sitúan a su alrededor.

Uno de ellos señala a un tipo que trae una pistola pequeña en la mano derecha.

Emilio lo confronta:

–¿Cómo te llamas?

–Eulalio Baeza.

–Sí, ya sé quién eres. Dejaste libre a un porfirista en Tecatc.
¿Por qué mataste a Francisco Pacheco?

–Como tú sabes, teníamos pleito viejo. El me insultó de nuevo y yo no me dejé. Ya estaba harto de sus bravuconerías.

Emilio voltea a ver a la multitud.

–¿Alguien vio el altercado?

Un voluntario estadounidense, un muchacho rubio y pecoso, levanta la mano.

–Yo lo vi todo: de principio a fin.

–¡Cuéntanos qué viste!

–Bajó del caballo, el que ahora está muerto, y le mentó la madre a Eulalio. Este vio que se le venía encima con los puños en alto. Iba a golpearlo, pero de su chaleco sacó esa pistolita y le disparó a quemarropa. El muerto entonces...

–Pancho. Así se llamaba el muerto.

–Bueno, Pancho trastabilló y cayó de rodillas. La primera bala sólo le había herido una pierna. Allí pudo acabar todo. Pero entonces Eulalio se le acercó y le disparó en el pecho tres veces.

–¿Para ti fue defensa propia?

–Yo qué sé. Yo te digo lo que vi. No soy juez.

–Pues yo sí soy juez, jurado y verdugo.

Emilio intenta sacar su pistola.

Pero Pryce se le adelanta al ver que ese enfrentamiento provocaría una batalla campal.

–Déjame que lo juzguen sus compañeros de la Segunda División. Emilio no acepta el trato.

–Eso es tanto como absolverlo automáticamente.

–Un juicio nos evita una guerra de venganzas entre mi gente y la tuya.

–Pacheco era de mi gente y está muerto. Quiero lo mismo de tu gente.

Pryce está entre la espada y la pared.

Si deja que maten a Eulalio, sus voluntarios no van a seguirlo más.

Si deja sin castigo a Eulalio, la gente de Guerrero abandonará la revolución.

–¿Qué te parece un juicio con un juez imparcial?

–¿Imparcial?

Pryce toma del brazo al periodista del *San Diego Sun*.

–¿Aceptas a este reportero como juez?

Emilio Guerrero cede al ver la cara de susto del periodista.

–Acepto.

Pryce toma al reportero y se lo lleva al cuartel.

–Pero yo no acepto –protesta éste.

–Entonces te enjuiciaremos por espionaje.

–Así cómo no. Acepto.

Pryce saca del cuartel una mesa y una silla, colocándolas en medio de la calle.

Luego sienta en la silla al periodista.

–¡Acérquense todos! ¡El juicio contra Eulalio Baeza, por homicidio contra Francisco Pacheco, está por comenzar!

La noticia se esparce por todo el poblado.

A medianoche, en medio de la calle principal, se forma un círculo alrededor del acusado.

–El juez... ¿cómo te llamas?

–Stephen Reynolds, señor comandante.

–El juez Stephen Reynolds preside la causa.

Eulalio se defiende a sí mismo.

El fiscal es Emilio Guerrero.

En media hora concluye el juicio.

Stephen Reynolds escucha, claramente, los murmullos de los revolucionarios a su alrededor.

Pryce le susurra al oído.

–Des la sentencia que des, te prometo llevarte sano y a salvo hasta el otro lado. No hagas caso de las amenazas: haz caso a las pruebas.

Y las pruebas son demoledoras.

Francisco Pacheco sólo traía un cuchillo para defenderse y no lo usó.

Eulalio Baeza llevaba una pistola pequeña de cuatro balas.

Y tres de los disparos fueron hechos contra un adversario herido, que ya no podía hacerle daño.

–¡Culpable! –sentencia el juez–periodista.

Emilio Guerrero aplaude la decisión.

Los compañeros de Eulalio gritan, furiosos.

Están a punto de atacarse mutuamente los indios mexicanos y los revolucionarios extranjeros.

Guerrero se acerca a Eulalio Baeza.

Pero Alabama se interpone en su camino.

–¡Cállense todos y escúchenme! –grita con voz tronante el corpulento afroamericano.

Incluso Guerrero le hace caso.

Alabama pone su manaza sobre el hombro derecho del sentenciado.

–Hubo juicio y hubo decisión tomada. Lo aceptamos.

Los gritos de protesta no se hacen esperar. Alabama los acalla con un gesto perentorio de sus manos.

–Pero eso no significa que ustedes vayan a ejecutar la sentencia. Emilio comprende.

–Si alguien va a castigar a Eulalio seremos nosotros. ¿De acuerdo?

El jefe indio sabe que debe ceder.

Si no será la guerra intestina.

Una masacre a la vista de todos.

–De acuerdo.

Diez minutos más tarde, el cuerpo de Eulalio Baeza cuelga de un poste.

Pryce ha visto suficiente.

En especial las miradas de sus hombres.

Me ven como un traidor. Como un jefe que no puede controlar a Guerrero y a su gente. Tal vez tengan razón. Ya estoy harto de tener que lidiar con tantos jefes en rebelión permanente y tan pocos combatientes disciplinados.

Pryce vuelve a su cuartel cargando la silla primero, mientras Scott Wheeler, su asistente, se hace cargo de la mesa.

El cuartel está en completo desorden, como esta revolución que comanda a medias.

Es hora de platicar con Ricardo Flores Magón.

Es tiempo de decirle sus verdades.

Sin pensarlo mucho empieza a meter sus pertenencias en una alforja.

Luego revisa la caja fuerte.

–¿Cuánto dinero hay? –pregunta a Scott Wheeler.

–Suficiente para llegar hasta Los Ángeles.

XCVII. Tijuana, Baja California,

30 de mayo de 1911

No éramos un ejército aunque así nos nombráramos.

Éramos sólo unas decenas de revolucionarios que habíamos capturado Tijuana, un pueblo de no más de setecientos habitantes, y pocos meses antes habíamos tomado Mexicali, un pueblo y un valle con cinco mil residentes, chinos en su mayor parte.

Ese era nuestro problema: Baja California estaba casi despoblada. Ensenada, la ciudad capital del Distrito Norte de la Baja California, apenas contaba con unos mil habitantes. En total no pasaban de tres mil residentes mexicanos en todo el Distrito Norte, pues los extranjeros eran mayoría. No era una cantidad de nacionales suficiente para armar una revolución.

O para defender una dictadura.

Por eso ocurrió el *impasse* en Mexicali y en sus alrededores.

Ni ganábamos del todo los corazones de los bajacalifornianos ni llegaban a odiarnos al grado de expulsarnos.

La gente de Mexicali nunca nos vio como parte suya. Pero entendió nuestras razones. La gente de la costa fue distinta. La propaganda de la dictadura fue con ellos constante, repetitiva. En diarios, en folletos, en proclamas, en todos los medios a su alcance, nos acusaban de filibusteros. Desde Tijuana hasta San Quintín, no nos bajaban de demonios. Éramos el diablo en persona, los salvajes, los destructores, los invasores que iban a violar a sus hijas y a comerse a sus hijos.

La propaganda del miedo dio sus frutos: aparecíamos caricaturizados como facinerosos, como bandidos. Cuando la gente hablaba de nosotros se ponía a temblar del susto. En Tijuana decían que íbamos a romper todas las botellas de licor, que íbamos a prohibir los juegos de azar, que no toleraríamos ningún comercio. En Ensenada afirmaban que íbamos a vejar a todas las damas de sociedad; que traíamos una guillotina portátil para ejecutar a todos los ricos; que pensábamos, como el emperador Nerón, incendiar todo el puerto mientras la banda de música habría de tocar música de negros.

¡Pero si la música de negros es la mejor del mundo!

La prensa, con sus periodistas “objetivos” y sus reporteros “sagaces”, anunciaba a ambos lados de la línea fronteriza que éramos títeres del tío Sam, que nuestro anarquismo y socialismo eran una fachada porque quien movía los hilos no era el Partido Liberal Mexicano sino los Morgan, los Rockefeller y los Rothschild. Que eran los judíos los que tenían un plan mundial para apoderarse de México y destruir la Iglesia católica. Como si a ellos no los untaran de billetes los Hearst, los Otis y los Chandler. Era risible escuchar a esos corresponsales de guerra, que nunca pusieron un pie en Baja California, anunciar con bombo y platillo las hazañas de Dick Ferris, el provocador, el merolico de los grandes capitalistas californianos. Y luego afirmar que él era nuestro presidente, nuestro jefe, confundiendo las cosas, enturbiándolas. En esos cuentos de susto, de filibusterismo, los bajacalifornianos eran la caperucita roja, la víctima sorprendida e inocente. Y nosotros, por supuesto, éramos el lobo feroz.

Por eso nos combatieron con la saña de la ignorancia.

Po eso nos mataron con el furor del pánico.

Veían sus propios miedos encarnados en algo que no alcanzaban a concebir: gente pensando por sí misma, revolucionarios que no aceptaban la realidad tal y como nos la querían vender: rígida, inflexible, sin opciones.

Nosotros queríamos cambiar la realidad que decían eterna,

vertical, jerárquica, dada por Dios a los políticos, a los hacendados, a los dueños de las fábricas. Por eso nos combatían con mentiras los esbirros del dictador; por eso el secretario del cónsul Elías de San Diego, Guillermo Prieto Yeme, se hacía pasar por Luis G. Lara, un trabajador mexicano no ligado “a ningún partido político”, para pendejear a Ricardo Flores Magón en una carta pública que lleva circulando, con sus falsedades y engaños, más de dos semanas.

Nosotros queríamos transformar el mundo. Pero la gente de estas tierras se aferraba a sus creencias, a sus dogmas, a sus prejuicios. Los bajacalifornianos eran gente que amaba el progreso sólo si daba ganancias. Y siempre y cuando el progreso fuera sólo para ellos y su clase de beneficiados por la dictadura.

Un progreso del que la mayoría de los mexicanos quedábamos excluidos.

Por eso hicimos la revolución: para ser incluidos bajo nuestras propias condiciones, para recordarles que nosotros éramos México y que no íbamos a dejar que nos pisotearan, que nos descartaran, que nos hicieran a un lado.

Nosotros seguiríamos adelante.

Sabiendo que el futuro no puede ser peor que lo que hoy vivimos, que lo que hoy soportamos.

XCVIII. San Diego, California,

31 de mayo de 1911

¿Qué puedo contarte, hermanito, de las peripecias de mi vida? Si alguien me hubiera dicho que viviría este 1911 en el exilio, fuera de mis rutinas habituales y lejos de mi querida Ensenada, lo habría llamado un loco, un insensato.

¿Recuerdas Ensenada, hermanito? Aquella población tan bulliciosa, tan llena de vida, hoy no pasa de ser un pueblo fantasma. No: un pueblo traicionado por sus propios habitantes, y yo, lo reconozco, lo confieso ante todos, soy uno de esos traidores, pues he abandonado el puerto por miedo, por desesperación, por desesperanza.

Y es que ya no era posible vivir allí sin tomar partido, sin declararte defensor a ultranza del gobierno.

O estabas con el coronel Vega y su soldadesca o estabas

con los invasores. No había medias tintas. No había ni el mínimo matiz a la hora de juzgar a amigos y adversarios.

Intenté por todos los medios seguir jugando en mi papel de demócrata fiel a la dictadura (no te rías, por favor), pero no me dejaron margen de maniobra. Mis bromas (y tú sabes, hermanito, lo bromista que soy) empezaron a ser vistas como actos subversivos. Mis comentarios jocosos acerca de la senilidad de don Porfirio (que tanta gracia causaban entre los oficiales de tropa) me ubicaron como un simpatizante de los revolucionarios. Imagínate, hermanito: yo, Juan B. Uribe, como un filibustero extranjero rondando por las calles de Ensenada, como un rebelde disfrazado de porteño común y corriente. Era para morir de risa.

Mis conciudadanos comenzaron a verme con miradas suspicaces. Y más cuando los rumores fueron creciendo. Si en enero todos declaraban su fe en el régimen, para este mes de mayo todos estaban decepcionados del ejército y temerosos del destino de sus negocios y propiedades. Mexicali primero y luego San Vicente, El Álamo y San Quintín. Después Tecate y Tijuana. Los ensenadenses nos sentíamos como si fuéramos la última fruta por caer en manos de los invasores.

Desconfiábamos unos de otros. El instinto de la manada se hizo presente. Hubo conatos de violencia contra chinos y estadounidenses, contra gambusinos y mensajeros de malas noticias. Y tú bien sabes, hermanito, que yo era uno de esos mensajeros, que yo era un periodista.

¿Recuerdas lo que dicen los libros de historia del asedio de Constantinopla? Así era la atmósfera en Ensenada: el pesimismo rampante y las pugnas sordas eran el pan de cada día. Los oficiales conspiraban unos contra otros. Los soldados peleaban entre sí y los probos ciudadanos dejaban a un lado sus buenas maneras y se enzarzaban en peleas por cualquier cosa baladí.

Era el caos en todo su esplendor.

No había espacio para alguien como yo.

Mis artículos para dar ánimos, para mantener la calma, para pedir que no se difundieran rumores insidiosos, eran leídos como mensajes secretos que yo enviaba a los revolucionarios, como traición a una patria hecha de resentimientos y soberbia.

Gente rara, de torvo aspecto, se me acercaba con amenazas nada veladas.

–Lo estamos observando –me decían.

–Ya sabemos a quién le va –me decían.

–Mañana le damos un paseíto para aclarar las cosas –me decían.

Y tú entiendes, hermanito, a qué clase de paseítos se referían estos energúmenos.

Así que tomé la decisión más difícil de mi vida.

Dejé Ensenada junto a la oleada de catrines que escapaban, asustados, de los filibusteros.

Yo no huía, te lo aseguro, de los revoltosos. Yo huía de mi propio gobierno, que me consideraba una persona no grata, un periodista incómodo; huía del cónsul yanqui que estaba más loco que una cabra y me acusaba de ser un espía del demonio.

Entre acabar paseando, con un tiro en la nuca, en las aguas heladas del Océano Pacífico, preferí pasear a mi modo aunque contra mi voluntad.

Y aquí estoy ahora, hermanito, en el puerto de San Diego, en la Alta California.

Leyendo los periódicos en inglés y enterándome de cómo ven los yanquis nuestras trifulcas.

La prensa de San Diego está repleta de anuncios pagados por las cámaras de comercios y negocios de esta ciudad.

Exigen a su gobierno que intervenga en México y ponga orden, ¡Como en Cuba y las Filipinas!

Exigen que su ejército elimine hasta el último revoltoso para tranquilidad de los yanquis fronterizos.

No les interesa lo que nos pase a nosotros.

¡Su único interés son sus malditas inversiones en Baja California!

En cambio nosotros, los bajacalifornianos, sólo somos como náufragos en una lancha que se hunde.

Nos peleamos por sobrevivir con cada día que pasa.

Nos comemos unos a otros sin pudor ni conciencia.

¡Qué charada tan triste damos al mundo!

¡Qué espectáculo tan ridículo el nuestro!

Por eso no me hallo en este puerto al que sólo le importan sus finanzas e inversiones y no el bienestar de sus vecinos.

Y lo peor es que media Ensenada está aquí.

En el *lobby* del hotel en que me hospedo me topo con amigos y enemigos por igual.

En cierta forma trasladamos nuestras rencillas y peleas a San Diego.

Lo único que nos une es nuestra avidez común por saber, a ciencia cierta, lo que sucede en nuestra tierra natal.

Las noticias van y vienen, con reportes contradictorios de cada batalla o enfrentamiento, dejándonos en la más absoluta zozobra.

Rumores de que el coronel Vega está reclutando japoneses para su ejército porque desconfía de nuestros soldados. Rumores de que Schmucker, el cónsul yanqui de Ensenada, se ha vuelto loco, que están a punto de quitarle el cargo y que van a encerrarlo en un manicomio antes de que haga

más daño con sus alocados pronunciamientos. Rumores y más rumores como éstos.

Los comerciantes del puerto hacen su agosto con nosotros.

Todos los productos y servicios han subido de precio ante lo que ellos llaman “la invasión de los pies ligeros”.

Y eso no es nada: lo más terrible es ver a la gente contratada por los agentes del gobierno deambular por las calles con sus presencias amenazantes.

Una banda de facinerosos que gritan, a los cuatro vientos, que quieren salvar a Baja California de los filibusteros.

En realidad, todos ellos son una chusma de rufianes contratados para imponer el miedo dondequiera que aparecen. Algunos son los hijos mimados de nuestros empresarios, muchachitos educados de este lado de la línea fronteriza, que ahora se pavonean como si fueran militares de verdad.

Entre ellos y los filibusteros no veo ninguna diferencia: ambos grupos son soldados de fortuna, mercenarios que se escudan supuestamente en una buena causa.

De toda esta vida mía, de esta existencia precaria como desplazado de mi propia patria, la noticia mejor es que Madero ha doblegado, por fin, al presidente Díaz. Algo bueno ha de salir de todo eso, supongo. Pero acá todo sigue igual. El reino de la sospecha y la bravuconería no tiene fin.

Es como si se hubiera abierto una inmensa compuerta y México ya no tuviera oportunidad de regresar a ser el mismo de antes.

¿Recuerdas, hermanito, las fiestas de la Independencia del año pasado?

Tú estabas conmigo, en Ensenada.

El porvenir nos sonreía con proyectos periodísticos, con el prospecto de una sociedad culta, próspera y feliz.

¿Y ahora qué nos queda de todo eso?

El miedo y las intrigas.

Los gritos destemplados y la jauría de la guerra.

Nada de lo que podamos sentirnos orgullosos.

Desde aquí, desde mi habitación en un cuarto piso, miro hacia el sur, hacia mi Baja California, hacia mi México.

Una polvareda de cenizas cubre el horizonte, se asienta en mi corazón.

¿Qué nos depara el futuro, hermanito?

¿Qué traiciones nos esperan en casa?

¿Cuál es el destino de tanto ajetreo, de tanto zafarrancho, de tanta carnicería?

No sé cómo, pero pienso regresar a Ensenada en cuanto haya seguridades para mi persona y mi trabajo.

Vivir en el extranjero no cuadra conmigo y es muy caro.

¿Y sabes lo primero que haré en Ensenada?

Voy a recuperar lo que es mío: mis malos hábitos, mis viejas rutinas, mis chistes subversivos.

Quiero volver a ser el mismo de siempre: un periodista bocón, un tipo que no mide las consecuencias de sus actos.

¿Lo ves, hermanito? Soy el que soy. No tengo remedio.

XCIX. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

31 de mayo–1º de junio de 1911

De todas las cosas que le ha tocado presenciar en Tijuana, hay una escena que a Joe Hill le fascina de su estancia en este pueblo fronterizo.

Una escena que le fascina y le preocupa.

Una tarde, a las cinco en punto, uno de los voluntarios de origen alemán, un hombre de edad pero con gran fortaleza física, se detiene con su grupo de revolucionarios novatos, recién llegados al pueblo, y antes de dispersarlos hasta el día siguiente, les grita como un sargento militar.

–¡Y no olviden, muchachos: mañana nos vemos en esta esquina a las siete de la mañana en punto! ¿Entendido?

–¡Entendido, Karl!

–Y si no llegan a tiempo tocaré mi silbato. Si en un minuto no se aparecen quedan fuera de mi unidad. ¿Entendido?

–¡Entendido, Karl!

Lo que le fascina al músico es la disciplina de ese teutón. Su tesón. Su porfía.

Lo que le preocupa es la poca resonancia de sus afanes por hacer de los anarquistas un ejército en forma.

La curiosidad lo lleva a levantarse poco antes de las siete de la mañana. Acude a ver qué sucede con Karl y su gente. Quiere saber quién obedece a quién.

Y allí está Karl, el alemán, toque y toque su silbato.

Pero nadie acude a su llamado.

A las siete y cuarto, Karl se da por vencido.

En vez de seguir entrenando a los revolucionarios, ensilla su caballo y se marcha rumbo a la línea internacional.

Cuando pasa junto a Joe, quien lo saluda, le lanza su silbato.

–Tal vez tú tengas mejor suerte que yo –le dice el teutón.

En pocos minutos desaparece por los rumbos de la aduana americana. Joe presiente, al ver partir a Karl, que el movimiento revolucionario, este movimiento anarcosindicalista, ha perdido el ímpetu.

Las ganas de luchar.

El deseo de ir más allá de lo ya conquistado.

Pocos hablan de salir de este pueblo fronterizo y tomar Ensenada, la capital del Distrito Norte.

Tijuana se los ha tragado a todos de un solo bocado. Los ha adormecido.

La comodidad de ser los reyes de la fiesta, el centro del espectáculo, los ha hecho descuidados, flojos, incapaces de tomar la iniciativa.

Debo ir y decirle eso al comandante Pryce.

Él debe tomar cartas en este asunto.

Si nos quedamos más tiempo en Tijuana acabaremos por matar moscas y no opresores.

Joe se precipita al cuartel donde Pryce se ha instalado.

Como de costumbre, es una cantina–abarrotes.

Un signo más de que nadie atiende sus deberes es que Hill entra sin que nadie lo detenga.

No hay un solo centinela a la vista.

Abre la puerta y se queda petrificado.

La habitación está vacía.

Sólo un escritorio y un par de sillas.

Han desaparecido las carabinas y las cajas de municiones.

Y la caja fuerte, que habían tomado de la estación de correos, está abierta.

Sin monedas ni billetes en su interior.

Pero lo que lo ha dejado helado es toparse con su amigo, Scott Wheeler, metiendo el último fajo de billetes en su mochila.

–¿Qué pasa aquí? ¿Qué estás haciendo?

Scott le sostiene la mirada.

–¿Necesitas que te lo explique?

–¡Ese dinero ha sido recabado para comprar armamento y provisiones para nuestro ejército!

–¿Crees que esta pandilla de buenos para nada es un ejército? Abre los ojos, músico. Es tiempo de cortar por lo sano.

–¿Dónde está Pryce?

Scott se ríe por lo bajo.

Como si el nombre del galés fuera un chiste, una mala jugada.

–Pryce anda en Los Ángeles. Se fue a platicar, cara a cara, con Ricardo Flores Magón. Dicen que se llevó diez mil dólares para gastos y contingencias. Yo me llevo otros diez mil para

mis propias necesidades. Robo el dinero que robamos. No puedes negar que mi acto es de justicia poética.

Joe, encolerizado, se abalanza sobre Scott.

Intenta agarrar el saco repleto de dinero.

Pero Scott es más rápido y más fuerte.

Con la culata de su rifle golpea el hombro y luego la cabeza de Hill, que cae, adolorido, al piso.

Todo se le vuelve oscuridad.

Todo se colapsa a su alrededor.

La voz de un mexicano lo despierta.

–¿Qué te sucedió, Hill?

Y con la conciencia vuelve el dolor físico y el dolor mental, el saber que ha sido traicionado por su mejor amigo, que la revolución ha sido saqueada por su propia gente.

–El dinero. Se lo llevó Scott Wheeler.

Joe quiere incorporarse, pero el camarada mexicano se lo impide.

–No te muevas. Tienes una buena cortada en la cabeza. Quédate quieto.

Hay figuras borrosas por todas partes.

Una de ellas se le acerca y lo observa con detenimiento.

Joe intenta reconocerlo, a pesar de la sangre que escurre por sus ojos.

Finalmente logra enfocararlo: es Emilio Guerrero.

El mareo vuelve y Joe está a punto de vomitar.

–¿Han visto a Pryce? –pregunta Emilio en tono airado.

–No. Anda en Los Ángeles –contesta el mexicano.

–¿Por qué no nos avisó? Esto se va a volver un caos.

–Yo no sé.

–Pryce en Los Ángeles y Wheeler de ladrón. ¡Qué bonitas noticias va a recibir nuestra gente!

–Y eso no es lo peor: acabo de ver entrando al pueblo al séquito de saltimbanquis y trapevistas de Dick Ferris.

–¿Qué andan haciendo aquí? –pregunta el jefe indio.

–No sé.

Joe Hill se pone de pie con ayuda de sus camaradas, quienes luego lo sientan, precariamente, en una silla.

Un camarada que es también barbero le pasa una venda por la cabeza.

Emilio sale del cuartel y vuelve con una botella en la mano. Sin aviso, la abre y le echa el contenido sobre la cabeza.

A Joe casi le estalla la cabeza por el dolor que le provoca el

líquido en la herida abierta, pero la sensación de mareo desaparece.

El barbero protesta ante aquella salvajada.

–Mira nomás lo que has hecho, Emilio: gastar una buena botella de alcohol de caña en una simple herida.

El mundo le da vueltas a Joe.

El jefe indio le acerca la botella a la boca.

–Bebe esto. Cura todo. Hasta la traición de nuestros camaradas.

Joe Hill bebe sin reparos.

En su cabeza todavía palpita su fracaso.

No pudo detener a Scott Wheeler.

Ahora la revolución se ha quedado sin recursos monetarios. Pero la fraternidad sigue viva.

–¿Han visto mi guitarra? –inquire.

El mexicano lo mira con tristeza.

–Creo que tu amigo Wheeler también se la robó.

Joe comprende que ha quedado huérfano de música.

Y eso le provoca un escalofrío, un malestar repentino.

Mete las manos en los bolsillos de su chaqueta.

Allí se topa con el silbato del alemán.

Lo saca de entre sus ropas y lo observa con detenimiento.

–Hay que congregarlos a todos –musita–. Hay que decirles las malas nuevas.

–¿Para qué quieres ponerlos de mal humor? –pregunta Emilio. –Hay que entrenarlos para el desastre.

–Aún delira –diagnostica el barbero.

Joe se lleva el silbato a la boca y sopla.

El silbido es una señal de alerta que ahora todos escuchan.

–Hay que prepararnos para el combate contra propios y extraños –dice Joe–. No podemos seguir de holgazanes. No podemos aflojar ahora.

Emilio lo mira con respeto.

–Está bien –dice–. Se acabaron las vacaciones. Hay que poner manos a la obra. La revolución lo reclama. Sopla ese silbato, muchacho. Que todos se preparen. Que todos sepan que el ejército revolucionario floresmagonista no es un juego; menos una diversión.

Joe acata la orden.

Y sopla el silbato.

Y más revolucionarios acuden al cuartel ante aquel llamado perentorio.

–¿Qué está pasando? –preguntan, intrigados.

Y Emilio les responde:

–La revolución. Eso es lo que pasa. ¿Están con ella o sólo quieren salir en la foto?

C. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

2-3 de junio de 1911

Un día después de la partida de Caryl Pryce, una figura menuda, con su sombrero holgado cayéndole hasta las cejas, entra en el cuartel de los revolucionarios en Tijuana.

Mientras Dick Ferris manda emisarios plenipotenciarios vestidos como sultanes y muchachas a caballo que lanzan serpentinas de colores, mientras los rebeldes se sienten traicionados y se dividen entre indios y extranjeros, entre activistas y holgazanes, la esperanza renace.

Joe Hill, con su cabeza vendada, ve que todos aplauden al recién llegado.

Alabama y otros revolucionarios lo levantan en hombros y lo sacan a pasear por las calles de Tijuana.

–¿Quién es ése? –quiere saber el músico, que todavía ve borroso.

–Es el general Jack Mosby. Un hombre íntegro.

–¿Cómo lo saben?

–Porque lo hirieron en Tecate y pudo quedarse descansando al otro lado. Míralo cómo camina. Aún no está bien curado. Pero eso no lo ha detenido para reincorporarse a nuestra causa.

Jack Mosby ha vuelto y observa el desorden reinante.

–¿Por qué no me dijeron que hubo fiesta anoche?

Alabama le dice la verdad:

–Todos estamos con resaca, Jack. Pryce se fue a Los Ángeles sin decirnos nada ni dejar instrucciones. Ahora uno de sus amigos, Louis James, anda intrigando con Dick Ferris para apoderarse de la jefatura de la revolución.

–Te necesitamos, Jack.

–O tomas el mando ahora y pones a cada quien en su lugar, o cada uno de nosotros se marcha a su casa. Esto es un asilo de locos. No hay dirección. No hay más que conflictos inútiles, desgastantes.

Mosby se da cuenta de que ha llegado en un momento crítico.

–Hagan elecciones.

–Necesitas hablar con los indios.

Mosby comprende a quiénes se refieren.

Emilio Guerrero es un viejo camarada, un cabeza dura, con quien ha tenido en el pasado más de un enfrentamiento.

Lo busca y lo encuentra en un establo.

El indio se sorprende al verlo.

–Mosby, creí que estabas muerto y enterrado. O al menos encerrado.

–Yo también. Pero aquí estoy y veo muchos problemas.

El jefe indio examina con cuidado los cuartos traseros de su cabalgadura.

–¿Vas a tomar el mando?

–Si me eligen.

–Entonces es un hecho.

–Pero hay otros que quieren vender el movimiento.

–¿Te refieres a Pryce, el ojo de hormiga?

–Me refiero a Louis James.

–Ese es un fantoche. Un charlatán.

–Lo que sea, pero es peligroso que la opinión pública nos acuse de vendidos.

–Nos acusan de todos los crímenes habidos y por haber. A mí me acusaron de caníbal y eso que sólo he mordido a dos muchachas en toda mi vida.

–Esto es serio.

Emilio Guerrero deja lo que está haciendo.

–Tienes mi voto. Pero tu jefatura debe ser ratificada por la junta en Los Ángeles.

–De acuerdo. Pero si...

–Pero si hay enfrentamiento entre tu gente y la de James, nosotros nos encargamos de esos traidores. Y luego, si te lo permite tu esmerada educación yanqui, nos los cenamos. ¿De acuerdo, jefe?

Mosby acepta el trato.

–Ahora hay que votar.

–Hazlo en la calle. En voz alta y uno por uno.

Mosby le hace caso.

Antes de una hora todo está resuelto.

Días después, Louis James regresa a Tijuana con una decena de seguidores.

Y la bandera de Dick Ferris.

–Esa bandera nunca la había visto –dice Joe Hill.

–Una estrella blanca, un cuadro azul y unas franjas raras.
¿No es la bandera de Texas? –pregunta Emilio Guerrero.

James, desde su caballo, avisa que van a proclamar una república independiente.

Un disparo se escucha.

Uno solo.

El caballo de Louis James cae al suelo.

El jinete, con todo y bandera, sale volando.

Alabama toma la bandera y con un cerillo le prende fuego.

Los hombres de James intentan impedirlo.

El negro da cuenta de los primeros dos.

Pero son muchos para él solo.

Entonces llegan a luchar a su lado los indios de Guerrero.

Jack Mosby y el jefe indio observan la escena desde el cuartel.

–Te lo dije, Emilio: la mejor forma de unir a nuestro ejército es que luchen juntos, que sean de nuevo una hermandad.

La pelea dura unos cuantos minutos.

Al final, los revolucionarios extranjeros separan a los contendientes.

Louis James, sangrando de la boca y con un ojo hinchado, observa las dos figuras que se le acercan.

–Hola, Louis. ¿Quién chingados te dio el nombramiento de jefe? –lo cuestiona Mosby.

–¿Y tú qué haces aquí, Jack?

–Te escolto a la frontera.

–¡Tú no vas a sacarme de aquí!

–Estás expulsado, Louis. Tú ya no tienes nada que ver con nuestro movimiento. Lárgate ahora o no podré detener a mi gente. Si vuelves otra vez será por tu cuenta y riesgo.

Louis James quiere pelea.

Pero son cientos contra diez de los suyos.

–¡Voy a volver, hijo de puta!

–Regresa cuando quieras. Pero no olvides traer tu ataúd.

James y los suyos pasan al otro lado.

Emilio Guerrero examina los restos de la bandera quemada.

–Veo que hay varios comercios que enarbolan banderas estadounidenses. ¿Esas también vamos a quemarlas?

Mosby lo mira como si al jefe indio le gustara el conflicto permanente.

–Son de comerciantes gringos. Creen que eso los defiende de que los asaltemos.

–¿Y les funciona?

–Creo que sí.

Emilio saca su pistola del cinto.

Se dirige a un comercio que tiene la bandera del país vecino en la puerta.

–¿Qué vas a hacer? –le pregunta Mosby–. ¿Robar la tienda?

–No. Voy a probar qué tan buen amuleto es esa pinche bandera.

Mosby lo ve entrar en la tienda.

Y salir un minuto después con un puro encendido.

Pocos segundos más tarde, la bandera extranjera arde.

El jefe indio, sin un gesto que lo delate, vuelve al lado de Jack Mosby.

El dueño del comercio sale gritando. El fuego se expande.

–Espero que tengas un buen servicio de bomberos –comenta el pirómano–, porque aún me faltan varios comercios por visitar.

CI. SAN DIEGO-TIJUANA,

31 de mayo-8 de junio de 1911

Agenda personal

31 de mayo: Desayuno con Caryl Pryce. Me dice que va a Los Ángeles para entrevistarse con la junta directiva del Partido Liberal Mexicano. Le deseo la mejor de las suertes. Ahora veo mi oportunidad: no quedan jefes en Tijuana. El camino está libre.

1º de junio: Scott Wheeler, un colaborador de Pryce, vino a decirme que los revolucionarios me están esperando para hacerme presidente de la República de Baja California. Necesito una bandera digna de mi república.

2 de junio: El estreno de esta obra casi está listo. Mi sastre me está confeccionando una bandera hermosa: dos barras horizontales y una estrella blanca en medio. He pensado

cambiar el nombre de mi república a República de Madero. Madero está de moda entre los mexicanos y eso evitará que se les suba el nacionalismo.

4 de junio: ¡Desastre! En cuanto se quiso enarbolar la nueva bandera, un indio fue y la tiró al suelo. Luego otros revolucionarios la quemaron.

5 de junio: Mandé a una amiga acróbata. Pasó a México en su caballo y plantó la bandera a la entrada de Tijuana. Ya puedo decir que la bandera de la República de Madero ondea en México. Ondeaba. Ese Emilio Guerrero y sus apaches la destrozaron en un minuto, Ellos siguen con su bandera roja y comunista.

8 de junio: Mi abogado me puso a pensar. Dice que, en términos legales, estoy violando las leyes de neutralidad de los Estados Unidos. Ya veremos.

10 de junio: En el U. S. Grant Hotel soy la atracción principal. Hoy di más de treinta autógrafos.

12 de junio: Trabajo noche y día en las festividades de inauguración de la Exposición Panamá–Pacífico. Esto de tener dos trabajos, promotor de la exposición y presidente de la República de Madero, es fatigoso. Todo sea para el bien de mi pueblo.

16 de junio: Días aciagos. Todo está en mi contra.

16 de junio: Ahora resulta que soy un delincuente, un agitador. Tuve que decirle al juez lo que realmente soy: un

actor. Un bufón que hace bromas a expensas de la Revolución mexicana. El juez me contestó que las revoluciones son asuntos serios. Por eso mismo, le respondí, hay que burlarse de ellas. El juez entendió mis argumentos. Pero el pago de la fianza fue ineludible.

23 de junio: Me entero de que acabó la revolución en Tijuana. Allá los mexicanos que se pierden un gran presidente.

25 de junio: Estoy desempleado. Busco trabajo. En circos o teatros. Donde sea.

28 de junio: En los periódicos no hay una sola reseña teatral acerca de mi puesta en escena, pero todos los comentarios sobre mi persona aparecen en la sección de política internacional. ¿Es que nadie entiende mi papel en este enredo?

30 de junio: Es triste ser un presidente sin país. Casi tan triste como un país sin revolución. ¿Por qué Madero no contesta mis cartas como lo hacía el general Díaz? Los revolucionarios no aprecian una buena broma.

1º de julio: Sin drama no hay vida. A otra cosa, mariposa.

CII. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

10 de junio de 1911

Compañeros, camaradas:

La semana pasada dijimos que para cambiar el mundo se necesita una minoría enérgica, resuelta, irreductible a la traición. Tal es la minoría valerosa de libertarios que luchan en México en estos momentos. Desde que comenzó la campaña del Partido Liberal Mexicano, campaña que se está llevando a cabo en todo México, y que se continúa y se continuará hasta su fin, los maderistas y la prensa burguesa han dado a entender que nuestra actividad tiene por teatro únicamente el territorio de la Baja California. Aparte de esto, hacen creer que los liberales tratamos de entregar esa península a los Estados Unidos, para arrebatarlos voluntades, para crear una atmósfera de antipatía contra nosotros, los liberales, entre las personas sencillas a quienes

se les habla de patria, de honor nacional y muchas cosas más.

Muchas veces lo hemos dicho: no queremos entregar la Baja California a los Estados Unidos. Muchas veces hemos dicho que nuestro movimiento existe en toda la República y hemos citado lugares donde ondea la bandera roja. Por último, un empresario americano anduvo diciendo que él iba a ser el presidente de la República de la Baja California, cuando precisamente estamos luchando contra los mandones.

Con grandes encabezados apareció en la prensa burguesa la noticia de que un tal Dick Ferris iba a mandar a Tijuana la bandera de la nueva República. Se publicó eso que manchaba a nuestro movimiento; pero no publicó la misma prensa las protestas de nuestros compañeros Araujo y Mosby contra esas noticias, ni la orden de arresto contra Dick Ferris expedida por la Segunda División del ejército liberal en la Baja California, si Ferris llega a poner un pie en territorio mexicano. Los compañeros de la Segunda División están resueltos a arrestar y a fusilar a Dick Ferris si éste se entromete en los asuntos del Partido Liberal Mexicano. Todo esto lo pasó en silencio la prensa burguesa, porque de lo que se trata es de desprestigiar nuestra causa.

También suprimió la prensa burguesa una noticia que por sí sola habla de la buena fe con que se conducen los compañeros de la Baja California. El lunes de esta semana, como a las tres de la tarde, llegó a Tijuana un enviado de Dick

Ferris, llevando la “bandera” del mismo Ferris. Rápidos como un relámpago, los revolucionarios le arrebataron de las manos el trapo odioso y lo pusieron en manos de los delegados civiles de esta junta. Los delegados reunieron toda la fuerza y, después de un discurso de protesta contra ese acto de filibusterismo, se quemó el maldito trapo enfrente del cuartel general, y en medio de gritos de júbilo y de aclamaciones entusiastas, se ondeó la bandera roja de los trabajadores.

¿Por qué calla la prensa burguesa esta clase de noticias?

¿Veis, mexicanos, que sólo se trata de engañaros para que os echéis sobre los nuestros? Id a Tijuana y veréis ondear ocho banderas rojas. Id a Tijuana y os convenceréis de que no se trata de entregar a los Estados Unidos la hermosa tierra de la Baja California, sino a los indios, vuestros hermanos.

Se trata de ser justos en un país donde sólo hay justicia para los privilegiados, donde sólo se hacen fortunas a la sombra de los capitalistas extranjeros, donde el ejército protege únicamente a los explotadores del pueblo, donde la prensa está vendida al gobierno.

En México, nuestra revolución no se rinde, no negocia, no se corrompe.

El odio de los poderosos nos alimenta.

El amor de los desprotegidos nos azuza a seguir combatiendo por su causa.

En dondequiera que veáis una bandera roja, la tierra ha vuelto a ser de todos.

La libertad no se compra ni se alquila.

La libertad se arrebató con las armas en la mano.

Como en Mexicali. Como en Tijuana.

Como pronto ocurrirá en toda Baja California.

En todo México.

CIII. JAMAU, BAJA CALIFORNIA,

10 de junio de 1911

¿Qué dicen los gringos?, ¿que el mejor indio es el indio muerto?

Pues lo mismo digo yo.

Los indios son gente; bueno, es mucho decir que son gente, pero en todo caso no son raza a la que se le pueda confiar nada.

Mi coronel Celso Vega me lo dijo: “Tú arrasa con todos: indios o güeros; mientras hayan colaborado con los revoltosos, por mí ya son cadáveres”.

Y entonces recordé a los del Ku Klux Klan.

Los que mantuvieron a los negros en el lugar que les corresponde: calladitos y con la cabeza baja.

Por eso armé esta expedición de castigo.

Vamos a sembrar el terror.

Vamos a meterles el miedo para que nunca lo olviden.

Pero sin capuchas: a cara descubierta.

Para que sepan estos kiliwas, paipais y cucapás quién es su padre.

Quién les va a dar su madriza.

Como los yaquis de Sonora, sólo a golpes entienden.

Y a veces ni así.

Entonces, muerto el indio o el gabacho traidor, se acabó la rabia. Esa es la nueva ley.

Y yo, el capitán Lerdo González, la voy a hacer cumplir caiga quien caiga, muera quien muera.

–Comandante, hay movimiento adelante.

–¿Amigos o enemigos?

–Son una partida de indios, unos a caballo y otros a pie. No sabemos si son aliados o adversarios.

Lerdo se vuelve hacia su segundo al mando, el chileno Juan Rivera. –¿Tú qué crees?

–Si andan sueltos hay que matarlos. Los indios mansos están recluidos en El Álamo.

–¡Enfréntenlos! ¡De inmediato!

Los primeros disparos se dejan oír.

Los indios se defienden pero pronto se les acaban las municiones.

–¡Nos rendimos! –dice uno de ellos mientras tira su arma y levanta los brazos.

Los demás siguen su ejemplo. Los fusiles de los soldados federales que los rodean les siguen apuntando.

–Terminemos con esto –ordena Lerdo González.

Un estampido cimbra la sierra.

Los cuerpos de los indios alzados caen unos sobre otros.

Juan Rivera baja del caballo y les da el tiro de gracia a los moribundos.

–¿Qué se siente? –le pregunta el comandante.

Rivera, que es famoso por violador de niñas, responde sin dudarle:

–Se siente tan bien como coger chavalas.

Lerdo González acepta la comparación y da una nueva orden:

–Vamos a El Álamo. Ya terminamos con los indios. Nos faltan los gabachos.

CIV. EL ÁLAMO, BAJA CALIFORNIA,

10–11 de junio de 1911

Celso Vega, su jefe, le ha dado instrucciones precisas:

–Quiero que ahora sean ellos los que nos tengan miedo, que ellos sean ahora los aterrorizados. Dales duro. No tengas piedad. Mátales a todos. En caliente. Hombres, niños y mujeres.

Lerdo González está en su elemento: la venganza.

Pero tiene una duda:

–¿Y si luego quieren juzgarme?

–Yo te protegeré.

–¿Y si ya no está usted al mando, coronel?

–Tú niégalo todo. No escribas nada. No dejes huella. Eso sí:

que no queden testigos. Ninguno. ¿Entendiste? Tú y tu gente son mi unidad de castigo. Mis ángeles vengadores.

Una semana más tarde, después de haber exterminado a los indios traidores, entran a El Álamo.

Los fantasmas de los revolucionarios son todo lo que queda de su presencia.

Pero Lerdo González trae su lista de extranjeros.

Los que va a ejecutar porque colaboraron con los revoltosos. Patrick Glennon, el comerciante irlandés, encabeza la lista.

–¿Por qué me hacen esto? –pregunta Pat.

–El coronel te agarró tirria. Ni modo –le responde González.

–Yo no hice nada.

–¿Te quemaron tu tienda, Patrick?

–No. La respetaron.

–A mí se me hace que no la quemaron porque tú eras tan revolucionario como ellos.

–¡No! Me la respetaron porque les di comida cuando llegaron.

–¿Ya ves? Alimentaste al enemigo. Y lo admites. Se te condena a ser pasado por las armas. ¡El que sigue!

El que sigue es Constantine Du Bois.

Un francés al que uno de sus compatriotas lo acusa de filibustero. –¿Qué dices al respecto, Constancio? –lo interroga Lerdo González.

–Yo sólo me dedico a la minería y a destilar alcohol.

–Y a la revolución. ¿Puedes probar que eres inocente?

–¿Cómo?

–Destilas alcohol, dices.

–Sí. Los revoltosos se apoderaron de mis alambiques y luego andaban tan borrachos que no podían mantenerse de pie.

–¿Ves qué fácil es? Diste de beber al enemigo.

–¡No yo! ¡Ellos solos!

–Por lo que te sentencio a muerte. El siguiente. B –James Carroll, señor.

–¿Filibustero?

–Gambusino, señor.

–Es lo mismo. Culpable, pues. El siguiente.

El último en aparecer frente a la unidad de exterminio es el médico de Simón Berthold, Allen L. Foster, el doctor que hizo todo por curar a revolucionarios y residentes de El Álamo por igual.

De todas formas, los residentes del poblado, que habían asegurado que lo protegerían, acabaron acusándolo de confraternizar con el enemigo.

–Dicen que delataste a José Higuera, nuestro espía.

–¡No es cierto!

–Dicen que rentabas a tu mujer.

–¡Hijo de tu puta madre!

–Y que cobrabas un dólar por cogida.

–¡Infeliz cabrón!

–Si te declaras culpable no le hacemos nada a tu querida esposa.

El médico no tiene alternativa.

Acepta.

La sentencia se confirma: culpable.

Y el castigo: la pena de muerte.

Esa noche hay festejo en El Álamo.

Los cuatro condenados escuchan el alboroto desde la cárcel.

Los heroicos defensores de la integridad nacional, la famosa banda de Lerdo González, se divierten a más no poder.

Beben y se emborrachan.

A una india de El Álamo a la que le gusta beber y es la prostituta del pueblo, la toman entre todos, la invitan a la fiesta y la llenan de alcohol.

Ya ebria, se la llevan al corral donde guardan la caballada.

Allí se la cogen uno después de otro.

La india se llama María Albáñez.

Aun ebria, llora y grita y patalea.

Los heroicos soldados la violan una y otra vez.

Al amanecer, cuando se marchan, sólo queda su cuerpo inerte y una enorme mancha de sangre entre la paja.

Asesinada, violada, escarnecida, a María Albáñez sólo la mencionan como un daño colateral en la guerra contrarrevolucionaria.

Ese mismo día y con sus instintos satisfechos, Lerdo González y sus bravos soldados marchan a Ensenada con sus prisioneros.

Apenas han salido de El Álamo y les aplican la ley fuga.

–Trataron de escapar y les dimos muerte –dirá Lerdo años después.

Los cuatro extranjeros yacen muertos.

Du Bois, Glennon, Foster y Carroll.

Todos muertos por la espalda.

Sus asesinos ni siquiera se dignan enterrarlos.

Charles Bishop, un norteamericano residente en El Álamo desde 1908, dirá que sus cuerpos fueron tirados en los hoyos de una mina abandonada.

Bishop afirmará, años más tarde, que uno de sus perros le trajo un fémur que recogió de ese lugar.

–Tal vez fuera del médico o del irlandés.

–¿Qué hizo con el hueso?

–Era de mi perro. Se lo devolví.

El grupo del coronel Celso Vega, conformado por asesinos a sueldo del gobierno, recibe efusivas felicitaciones por su buen desempeño en la misión de limpiar a Baja California de revolucionarios. Su jefe, Lerdo González, y su soldadesca: Juan de la Cruz, Juan Murfi, Mauro Soto, Juan Rivera Gilbert, Gregorio Ortega, Andrés Arreóla, Manuel Arreóla y Juan Pellejero, entre otros, son alabados por su capacidad de exterminio a las órdenes de la dictadura. Una dictadura que ya no existe en el resto de México, pero que en Baja California se mantiene intacta en su autoritarismo rampante, en su impunidad militar.

El gobierno estadounidense, al enterarse de la masacre de El Álamo –como la llamó la prensa del país vecino–, pide la extradición de todos los responsables.

Antes que el gobierno maderista decida hacerlo, llega el golpe militar del usurpador Victoriano Huerta.

Lerdo González recibe la protección oficial de un presidente con el que comparte las destrezas del traidor y las habilidades del genocida.

A María Albáñez, en cambio, por ser india, puta y alcohólica, nadie la defiende. Pero es ella la que consigue la mejor venganza. Años después de su asesinato tumultuario, en una carta escrita por uno de los participantes de su violación y muerte, sale a relucir un dato esclarecedor:

Supe de tu problema, que es el de todos nosotros. Un médico de la capital me dice que no hay cura, pero que se puede controlar con purgas y una dosis pequeña de mercurio. Que si se te amorata mucho, te duele al orinar y orinas turbio, que te metan una sonda y descansas. Se llama sífilis. Yo le llamo con su nombre exacto: María.

Así, el temido grupo paramilitar de Lerdo González termina diezmado, enfermo, agonizante.

Pálidos fantasmas estremecidos por la fiebre, temblando de dolor.

CV. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

12 de junio de 1911

El verano ha llegado a Mexicali.

Un verano que comienza en mayo y se extiende hasta octubre.

Quince horas de sol al día.

Temperaturas diarias de cien a ciento veinte grados Fahrenheit.

Los revolucionarios, muchos de ellos provenientes de climas fríos, empiezan a sufrir los estragos del calor, comienzan a caer en los delirios de la insolación.

Los chinos los observan desde sus negocios.

Con sus abanicos siempre en movimiento y sus rostros petrificados en un gesto de indiferencia, toman nota de las

peleas, rencillas y pleitos que las tropas de la Primera División del ejército floresmagonista protagonizan por las calles, salones y edificios públicos de Mexicali.

Los chinos, que son la población mayoritaria en todo el valle, saben que no importa quién gobierne México, sino cuál es su precio a la hora de pedirle protección contra los desmanes cometidos contra su comunidad.

Ya han tenido que padecer robos y saqueos.

Y más de un chino ha sido golpeado por rebeldes borrachos.

Mariano Ma, como representante de la comunidad china, se presenta en el cuartel del ejército revolucionario.

Sin aviso entra en la oficina del jefe de la Primera División.

–¿Quién lo busca? –le pregunta un hombre que bolea sus zapatos en el interior del cuartel.

–Mariano Ma, comerciante de Los Algodones y representante de los chinos residentes en Baja California.

–¿Y cuál es el motivo de su visita?

–¿Visita? Vengo a poner una queja.

–Dígala entonces.

Mariano Ma, vestido como un vaquero americano, no se hace del rogar.

–Se lo diré al comandante de usted.

El hombre termina de bolearse y sacude el trapo frente a la cara del oriental.

–Yo soy el jefe. Mi nombre es Francisco Quijada.

–Mi queja es simple: déjennos en paz.

Quijada lo mira, perplejo, sin atinar a qué se refiere.

–¡Explíquese!

–Desde que tomaron este pueblo nos han tratado peor que a los soldados del gobierno. A su gente le gusta humillarnos entrando a nuestros negocios y cargando con toda nuestra mercancía. El robo en despoblado ya es el deporte favorito de sus muchachos.

–¡Deme nombres!

Mariano Ma le entrega una hoja.

Francisco Quijada lee en silencio los nombres de los extranjeros. Algunos ya han muerto y otros se fueron con Pryce a Tijuana.

–¿Qué les prometieron?

–No dañar nuestros comercios. No disparar contra nuestros negocios.

–Ya veo.

–¿Hará algo al respecto, comandante?

Francisco Quijada se impacienta.

–¿Hacer qué? ¿Un juicio? ¿Una expulsión? No estamos para combatirnos entre nosotros. Más bien queremos saber cómo salir de este infierno, pelear en un clima mejor.

Mariano Ma hace el ademán de marcharse.

Francisco Quijada le pone la mano en el brazo.

–No se preocupe más. Ustedes no son nuestro enemigo. Si los presionamos para que nos ayuden es porque necesitamos sus mercancías para que la revolución triunfe en todo el Distrito Norte.

–Nosotros tampoco estamos contra ustedes. Los *coolies* chinos y los peones mexicanos nos parecemos mucho. En ambos casos hemos sufrido vejaciones de los poderosos. Ahora en China se pretende crear una república y aquí se busca establecer una revolución que ayude a los pobres, a los desclasados, a los miserables. Nuestros países han sufrido por muchos años la opresión. No sumen a esos dolores más angustias con sus robos, con su violencia.

Francisco Quijada está de acuerdo.

–¿En qué puede ayudarnos su gente?

Mariano Ma le pone en la mesa un recorte del *Callexico Chronicle* cuyo encabezado dice: “Cinco mil chinos trabajan las tiendas del valle de Mexicali y lo hacen muy bien”.

–Eso es cierto. Ustedes son la clave para la prosperidad de Baja California y California.

Mariano Ma se inclina y le susurra a Quijada:

–Esa información es mentira. Somos muchos más. Miles de trabajadores dispuestos a unirse a la revolución si la revolución, que ustedes llaman internacionalista, acepta a gente como la mía.

–No tenemos prejuicios de ninguna clase.

–Me alegra saberlo. ¿Pero por qué a los comerciantes yanquis les perdonan todo retraso en sus pagos y a nosotros nos golpean en cuanto nos atrasamos en el pago dos horas?

–Los chinos no son bien vistos por el pueblo mexicano.

–Y los yanquis tampoco. Pero nosotros somos los que recibimos las palizas a diario. –El comandante Quijada ha entendido el mensaje.

–Yo me encargo de que eso no vuelva a suceder. Se lo prometo. Mariano Ma se cala el sombrero.

–Le creo, comandante. Espero que sus hombres lo entiendan. Violentar a la gente trabajadora, como la comunidad china, contradice lo que usted pregona: la igualdad para todos, la fraternidad universal.

–Tiene razón. Ustedes y nosotros tenemos mucho en común. Mariano le estrecha la mano a Quijada en señal de despedida.

–Cualquier cosa que sepamos de la Colorado River Land Company se la haremos saber.

–Gracias. Se lo agradezco. Pero tengo una duda: ¿por qué viste de vaquero?

El chino lanza una corta carcajada antes de responder:

–Soy chino pero vivo en Occidente. Fui de clase baja y ahora soy comerciante. Y he aprendido muchas cosas a lo largo de mi vida. Una de esas cosas es que tengo derecho a ser lo que yo quiera.

–¿Un vaquero?

–¿Por qué no? Si vivo en un pueblo del oeste, ¿por qué negar lo que sueño ser: un vaquero feliz, un jinete de América?

Ambos salen a la calle, donde el sol domina con sus rayos.

–¿Y ha soñado, amigo Ma, con ser un revolucionario?

–No. Pero puedo intentarlo.

–¿Por qué haría algo así?

–Porque sería divertido. Por eso.

El comandante Quijada reconoce que su interlocutor es un chino raro.

–Usted es un hombre peculiar –le espeta.

Mariano Ma sube a su caballo aún no requisado por el ejército anarcosindicalista.

Sólo entonces externa su opinión sobre el comentario del comandante:

–Si uno escoge vivir en este desierto, ¿qué otra cosa podría ser?

CVI. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

5-17 de junio de 1911

Jack Mosby empieza a tomar el control del ejército revolucionario en Tijuana.

Con paciencia, con infinita paciencia, mete en orden a cada una de las bandas armadas que merodean por el poblado y sus alrededores.

Habla con cada uno de los combatientes.

Escucha sus problemas.

Razona sus inquietudes.

Discute cada queja hasta que el ejército anarcosindicalista vuelve a ser una agrupación homogénea.

Homogénea al menos en un punto esencial: reconocer que el enemigo no está adentro sino que reside en Ensenada.

Los días pasan con menos peleas y más modorra.

El ejército anarcosindicalista vive envuelto en la comodidad de su fama.

Vegeta en una pasividad abrumadora.

Fernando Palomares, uno de los enviados de la junta directiva del Partido Liberal Mexicano, llega al poblado para informar que Caryl Pryce ha renunciado definitivamente y que el mando es de Jack Mosby, pues su elección, al haber sido sancionada en forma abierta y democrática, es reconocida y aprobada por la junta.

–¿Cuál es el siguiente paso, Jack? –inquire Palomares.

–Avanzar sobre Ensenada.

–Francisco Quijada, nuestro jefe en Mexicali, dice que el coronel Mayol se marchó con todo el Octavo Batallón alrededor del 21 de mayo. Y nuestra gente en Ensenada confirmó su llegada al puerto el 28 del mes pasado. Ahora cuentan con suficientes fuerzas para atacar donde ellos decidan presentar batalla.

Mosby lo sabe.

E intuye que primero atacarán Tijuana.

–O nos movemos primero nosotros o ellos nos harán papilla.

–Tú eres el comandante, Jack.

–Pero con pocas municiones. Ustedes prometieron veinte mil cartuchos y no hemos recibido nada.

–Voy a confesarte algo, Jack. Estamos quebrados.

–¿Y qué quieren que haga yo? ¿Que asalte a todos los turistas estadounidenses? ¿Que robe algún almacén con armamento del otro lado?

–Yo sólo te estoy diciendo que no esperes más armas y municiones de las que tu ejército pueda conseguir en forma local.

Mosby lo entiende. La revolución puede continuar como guerrilla. Pero como ejército tiene sus días contados.

–Cuando Pryce fue a Los Ángeles, a principios de este mes, ya estaba enterado de nuestras penurias.

–¿Hablaron con el galés?

–Él se presentó a la junta. Puede que carezca de una auténtica conciencia revolucionaria, pero es un luchador que puso sus cartas al descubierto.

–¿Qué quería realmente?

–Que dejáramos de pelearnos con Madero. Que reconociéramos el gobierno interino de Francisco León de la Barra, el tipo que quedó en lugar del general Díaz. Que licenciáramos a las tropas nuestras en Baja California y en todo México.

–Quería legitimarnos aceptando el Tratado de Ciudad Juárez.

–Pero Ricardo sólo quiere que la guerra siga.

–Odia a Madero con todas sus ganas.

–Sí. Lo odia.

–¿Y qué pasó luego?

–Pryce nos dio un ultimátum: o le dábamos el armamento que pedía y las provisiones necesarias para defender bien Tijuana y Mexicali, para después lanzar una campaña relámpago contra Ensenada, o renunciaba.

–Y no le dieron nada.

–Como no tenemos nada que darte a ti. Por eso Pryce renunció.

Mosby no pierde de vista a Palomares.

–¿Y crees que yo debo hacer lo mismo?

–Creo que debes prepararte para cualquier eventualidad.

Mosby se enoja ante tal insinuación.

–Yo no soy Pryce.

–Lo sabemos.

–Yo no voy a abandonar a mis hombres.

–Dirás al movimiento revolucionario.

–No, Fernando: a mi gente. La revolución no es algo mayor que cada uno de nosotros. La revolución no es sólo una idea: es la gente que la vive.

–Entonces seguirás al mando.

–Y prepararé un ataque contra Ensenada.

–Hazlo pronto, por favor.

–¿Sabes algo?

–Los maderistas mandaron una comisión para platicar con Ricardo.

–¿Y?

–Le propusieron unir fuerzas y que Madero fuera el candidato a la presidencia.

–Y no aceptó.

–Por supuesto que no. Ricardo no quiere una presidencia acotada, no quiere un poder sostenido en compromisos y componendas con todos los beneficiarios del régimen porfirista.

–Pero es una salida decorosa.

–A estas alturas, Jack, yo ya no creo que tengamos muchas salidas. Pero concuerdo con Ricardo en que lo que pretende hacer Francisco Madero es una tontería. Si no saca a patadas a todos esos militares, obispos y autoridades que han vivido de chuparle al país hasta el tuétano; a todos esos que siguen

jurándole fidelidad a la dictadura aunque ahora se disfracen de demócratas, Madero va a darse de golpe con el México bárbaro que sigue vivito y coleando.

–¿Y esa comisión dónde anda ahora?

Fernando Palomares le señala a un grupo de hombres de saco y bombín que van cruzando la línea.

–Allá vienen.

Jack Mosby no puede evitar un gesto de sorpresa.

–Pero a ese cabrón yo lo conozco.

Fernando Palomares le da una palmada en la espalda.

–Viejo camarada, sin duda.

Y ambos se aprestan a recibir la visita de José María Leyva, el primer comandante del ejército revolucionario, el conquistador de Mexicali, el magonista vuelto maderista.

–¿Qué andas haciendo por estos rumbos? –lo saluda Mosby.

El otro lo abraza sin preámbulos.

–Vengo a salvarte la vida.

Y Mosby advierte, a pesar suyo, que está escuchando una verdad incómoda. Una verdad que duele más que su herida en el pecho.

Más que sus ganas de capturar Ensenada.

CVII. YUMA, ARIZONA,

13 de junio de 1911

La intransigencia es tan mala para la política como para la guerra, sobre todo si estás en la minoría y pocos se mantienen a tu lado.

Y Ricardo y los floresmagonistas siempre fueron minoría.

Cuando luchaban en México.

Cuando lanzaron el Plan de San Luis.

Cuando intentaron la revolución en 1906.

Cuando se lanzaron a liberar Baja California en 1911.

Y más tarde, en la cárcel, su intransigencia se volvió legendaria. Esa actitud de no pactar sus ideales fue una carga y un orgullo. Esa idea de no negociar el destino de su movimiento fue un lastre que los llevó a la marginación.

A quedarse hablando solos.

Y más cuando, dijeran lo que dijeran, no eran los únicos revolucionarios que trabajaban por derrocar al régimen de Porfirio Díaz.

Madero y los antirreeleccionistas cruzaron la frontera en Chihuahua dos semanas después de la toma de Mexicali.

El 14 de febrero de 1911, los maderistas reclamaron el liderazgo de todo el movimiento revolucionario y atacaron el poblado de Zaragoza.

Allí se agrió todo entre Madero y el Partido Liberal Mexicano.

Y es que allí ya combatían los floresmagonistas bajo las órdenes del jefe Prisciliano Silva. Ellos ya habían tomado la aldea de Guadalupe, a la orilla del río Bravo, al sureste de Ciudad Juárez.

Y vino el choque inmediato.

Silva no reconoció a Madero y no le ayudó cuando éste quiso tomar Zaragoza.

Eso le dolió a don Francisco.

Y en cuanto tuvo oportunidad detuvo a Prisciliano y lo mandó para el otro lado, para que los gringos se hicieran cargo de la competencia.

Si ya había animadversión y desconfianza entre

floresmagonistas y maderistas, ahora se sumó el odio.

Madero, a partir de entonces, fue ganando batalla tras batalla.

Y muchos mexicanos, de distintas ideologías, terminaron sumándose a su causa, a la revolución moderada, reformista y democrática que él tanto anhelaba.

Entre ellos hubo muchos miembros del Partido Liberal Mexicano.

Incluso yo, José María Leyva, que después de luchar bajo las órdenes de don Ricardo Flores Magón me cansé de intentar que comprendiera que no era lo mismo lanzar proclamas desde Los Ángeles que estar en el campo de combate recibiendo balazos; que la gente necesita ver a sus líderes, requiere convivir con ellos para sentir que vale la pena morir por algo más que una idea, por algo más que la camaradería de sus hermanos en armas.

Y cuando la gente se cansa ya no hay remedio. No hay nada por hacer.

Ricardo y su junta nunca quisieron hacer alianzas. Creían que ellos solos podían contra el mundo.

Pero la realidad, la realidad de hacer la guerra en México con un aparato militar inepto en sus oficiales pero bien pertrechado, nunca los hizo dudar cuando daban órdenes estrictas de seguir adelante.

Un ejército –y más un ejército revolucionario– es un ser vivo.

Y hay que tratarlo como tal.

Hay que estar con él día y noche.

Y escuchar sus quejas.

Y atender sus necesidades.

La guerra no es una frase para la eternidad, un concepto inapelable, un juicio tajante.

Combatir es aprender que no hay nada seguro en este mundo más que la amistad de los que luchan a tu lado.

Yo fui –lo confieso– el orgulloso comandante de un ejército ejemplar.

El ejército anarcosindicalista de Baja California.

Y aunque acabé distanciado del Partido Liberal Mexicano y su rígida junta directiva, nunca olvidé que una cosa eran los líderes de Los Ángeles y otra muy diferente eran los revolucionarios que lucharon conmigo por la libertad de la nación mexicana.

Por eso regreso ahora.

Por eso vuelvo a Baja California como enviado del gobierno interino: para que no haya más sacrificios inútiles.

Sé que Ricardo ha dado órdenes de matarme.

Sé que ha dicho: “Si Leyva pone un pie en Baja California, enjuiciénlo por traidor al movimiento”.

Esas amenazas no me van a detener.

Hay momentos para cada cosa.

Para alzarse en armas y para trabajar en paz.

Este es el momento de cambiar el país entre todos.

Vengo, con peligro de mi vida, para decirles a los floresmagonistas, mis hermanos distanciados pero hermanos al fin, que es tiempo de dejar las armas, porque si siguen en la lucha van a terminar frente a un pelotón de fusilamiento.

Nuestros camaradas no merecen morir así.

Son, pésele a quien le pese, héroes de la revolución.

¡Gente nuestra, carajo!

CVIII. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

16 de junio de 1911

Regeneración circula por las calles de Mexicali, por los cerros de Tecate, por las inmediaciones de Tijuana. Una hoja de papel que el viento zarandea. Una proclama de Ricardo Flores Magón que cruza la frontera con su incendiaria oratoria. ¿Cuántos descubren la desesperación que se agita bajo sus palabras, la frustración que lo arrebató, como un profeta que ha visto la tierra prometida antes que todos, pero que no tendrá el privilegio de pisarla? Por eso Ricardo es una voz clamando en el desierto, una verdad que hiere, que incomoda:

A los patriotas:

¿Pertenece a México la Baja California? Sí, me diréis.

Pues bien: la Baja California no pertenece a México, sino a los Estados Unidos, a Inglaterra y a Francia.

El norte de la Baja California está en poder de Cudahy, Otis y otros multimillonarios norteamericanos. Toda la costa occidental de la misma pertenece a una poderosa compañía petrolífera inglesa, y la región en que está ubicada Santa Rosalía pertenece a una rica compañía francesa.

¿Qué es lo que tienen los mexicanos en Baja California? ¡Nada! ¿Qué es lo que les dará a los mexicanos el Partido Liberal Mexicano? ¡Todo!

Entonces, señores patriotas, ¿qué es lo que hacéis cuando gritáis que estamos vendiendo la patria a los Estados Unidos? Vosotros no tenéis patria porque todo lo que hay en México pertenece a los extranjeros millonarios que esclavizan a nuestros hermanos. No tenéis patria sencillamente porque no tenéis en qué caer os muertos. Y cuando el Partido Liberal quiere conquistar para vosotros una verdadera patria, sin tiranos, sin explotadores, protestáis, echáis bravatas y nos insultáis. Al entorpecer con vuestras protestas los trabajos del Partido Liberal Mexicano, no hacéis otra cosa que impedir que los nuestros arrojen del país a todos los burgueses y toméis vosotros posesión de cuanto existe.

Los pocos miembros del Partido Liberal Mexicano, los pocos que siguen libres en Los Ángeles, saben que vienen tiempos difíciles.

Los integrantes de la junta del partido, con Ricardo a la cabeza, han sido arrestados por violar la ley de neutralidad de los Estados Unidos de América.

Ricardo, desde su celda, comienza a repartir las culpas de su revolución fallida, de su movimiento social al que ahora todos le dan la espalda.

O peor todavía: el anarcosindicalismo ya no parece unido al Partido Liberal Mexicano y sus hombres íntegros, honestos, trabajadores por la causa del pueblo y de la vida igualitaria.

Hoy la prensa habla de la revolución bajacaliforniana como de un carnaval donde el rey bufón es Dick Ferris y la reina es su esposa, Florence Stone Ferris, dos payasos de circo, dos oportunistas contumaces.

Ricardo es un león enjaulado que se da golpes en el pecho porque se siente impotente ante esa avalancha de propaganda retorcida y publicidad malévola.

Y luego están los otros, los más cercanos a sus ideas, que no tuvieron el valor de mantenerse a su lado, de combatir a la dictadura tanto como a los cantos seductores de las sirenas del poder.

Esos que juraron fidelidad a la revolución anarcosindicalista y acabaron lanzando loas a Francisco I. Madero.

Antonio Villarreal, el mejor conocedor de los problemas agrarios. Juan Sarabia, el reclutador incansable.

José María Leyva, su mejor comandante militar.

Incluso Jesús, su hermano.

Todos traicionaron su confianza.

Todos fueron Poncio Pilatos y se lavaron las manos mientras él iba a la cárcel, mientras quedaba al margen de la historia.

Ahora lo entiende: las élites porfiristas y antiporfiristas han pactado entre ellas.

Ahora le han vendido al pueblo un remedo de revolución.

No la real, la que el pueblo reclama, sino una revolución ficticia, donde todos se saludan como grandes amigos y todos se abrazan entre sí, contentos de obtener su parcela de poder.

Su cargo público.

Sólo él, Ricardo, no se ensucia las manos. No se vende.

Madero cree que ha ganado, pero ha perdido, piensa.

Ricardo lo ve con claridad, como el muro salitroso de su celda que las cucarachas se empeñan en subir: lo que falta, cuando la hipocresía ya no sirve, cuando las máscaras dejan de tener alguna utilidad, son los ajustes de cuentas.

Francisco Madero no tiene estómago para imponer sus sueños.

Sólo Gustavo, su hermano, podría hacer algo.

Ese sí es un burgués con *güevos*.

Pero los militares estarán al acecho.

Y los políticos que prosperaban a la sombra del gran dictador son peores aún.

México, su México, es un país de pirañas.

Y el banquete sangriento apenas empieza.

Es tiempo, piensa Ricardo, de decir las cosas como son. El Partido Liberal Mexicano debe proclamar, sin tapujos, sin medias tintas, cuáles son sus enemigos, los poderes reales que carcomen las energías de la humanidad, las sanguijuelas que medran en el corazón del mundo.

Su lucha no es contra un dictador o un gobierno.

Su lucha es contra la autoridad.

Contra el capital.

Contra el clero.

Contra todos los que se oponen a la libertad sin restricciones, sin compromisos.

Ricardo toma una tiza que encuentra en el suelo.

Entre un *Fuckyou* y un *Asshole* escribe lo único que lo mantiene con vida.

Su sueño de siempre: *Tierra y Libertad*,

Un sueño que ni ahora mismo, cuando los maderistas y los porfiristas se reparten el poder en México, ha perdido su brillo para Ricardo.

Moriremos como soles: despidiendo luz.

Pero viviremos como revolucionarios: peleando de frente contra todos y todo.

Sin retroceder.

Sin rendirnos.

Sin suplicar.

CIX. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

24 de mayo–17 de junio de 1911

Para fines de mayo el ejército revolucionario, bajo las órdenes del comandante Francisco Quijada, contaba con cien combatientes.

Una tercera parte eran indios cucapás.

Otra tercera parte eran mexicanos.

Y el resto eran revolucionarios extranjeros, *wobblies*, miembros de la Industrial Workers of the World.

Pero aun siendo tan pocos causaban zozobra y problemas en el valle de Mexicali y en el delta del río Colorado.

Desde que el 21 de mayo se marcharon las últimas tropas federales del Octavo Batallón, los rebeldes volvieron a ser dueños y señores de toda la región.

Acabada la esperanza de que los revolucionarios fueran desalojados por tropas mexicanas locales, y ante la noticia de que sus compañías, la California–Mexico Land and Lattle y la Colorado River Land Company, alcanzaban pérdidas en sus cosechas del orden de trescientos veinticinco mil dólares para el 1º de junio de 1911, a Harrison Gray Otis y a su yerno, Harry Chandler, se les terminó la paciencia.

Hablaron directamente con el presidente William Howard Taft de los Estados Unidos, con el presidente interino de México, Francisco León de la Barra, y con Francisco I. Madero, el reformador.

Su solución era simple y rauda: tropas mexicanas serían transportadas, de Chihuahua a Baja California, por territorio estadounidense. Su armamento iría aparte y cuando llegaran a Calexico, en cuanto cruzaran la línea, se les devolverían sus armas. Su misión: pacificar sin entrar en batalla. Negociar con los revolucionarios antes que combatirlos: no por generosidad para con los rebeldes, sino para no dañar sus preciadas cosechas de remolacha, sus campos de algodón.

Ambos gobiernos aceptaron.

Nadie les dijo no a Harrison Otis y a Harry Chandler.

Pero antes de que este proyecto se llevara a cabo, José María Leyva se embarcó en un plan personal, un plan para evitar más derramamiento de sangre entre los revolucionarios anarcosindicalistas y las tropas federales de Baja California.

El plan, hecho por antiguos magonistas, ahora fieles maderistas, también dio comienzo en Chihuahua.

Leyva fue a Baja California como delegado de paz. Y casi logra su objetivo.

El único problema fue el coronel Celso Vega.

Vega y su obsesión galopante: vengarse de sus derrotas.

Aplastar para siempre a los revolucionarios que lo humillaron, que mostraron al mundo sus ineptitudes, sus titubeos, sus fracasos como militar.

En palabras de José María Leyva:

El coronel Antonio I. Villarreal nos acompañó a que hablásemos con el gobernador provisional en Chihuahua, don Abraham González, sobre la conveniencia de enviar comisionados a tratar de convencer a los magonistas para que depusieran su actitud rebelde. Ahí mismo acordó el señor gobernador Abraham González nombrarnos delegados de paz ante los revolucionarios magonistas a Jesús González y al suscrito, para cuyo fin obtuvo la autorización del gobierno del centro, de don Emilio Vázquez Gómez, secretario de Gobernación del gobierno interino de Francisco León de la Barra. Se nos dieron documentos que nos acreditaban en aquella comisión y aprovechamos unirnos con Juan Sarabia, que acababa de salir de la prisión de San Juan de Ulúa, y fue también comisionado con el licenciado Jesús Flores

Magón, para hablar con Ricardo y tratar de convencerlo de que se uniera a la revolución triunfante y entrara a México, invitado por el señor Francisco I. Madero, a ejercitar sus derechos como *revolucionario*. Nosotros, González y yo, nos dirigimos a Calexico, California, para presentar nuestros documentos al cónsul mexicano, señor Enrique de la Sierra, y poner en práctica nuestros planes de convencimiento y licenciamiento de magonistas, cosa que conseguimos fácilmente con ayuda del jefe de migración de Calexico, quien nos ayudó facilitando el paso de los rebeldes sin ningún obstáculo. En cambio, el cónsul Enrique de la Sierra quiso aprovechar la ocasión de aprehenderme, cuya intención fue conocida por el jefe de migración de los Estados Unidos Americanos, y me advirtió que tuviera cuidado de un atraco; pero obró la casualidad que arribó a Calexico el cónsul general de México en Los Ángeles, señor Lozano, y evitó que De la Sierra se diera el gusto de detenerme.

Al hacer el licenciamiento de los magonistas en Mexicali y de todo el valle, quedó sólo en pie de lucha un reducido número de rebeldes en Tijuana, a quienes mandamos aviso por telégrafo y con gente de la región, que estuvieran listos para celebrar pláticas de desocupación del territorio de la Baja California. A estas gestiones con los rebeldes magonistas asistió un delegado de Sonora, Carlos Bernstein, enviado por el gobierno de Sonora, quien también hizo sus gestiones con los de Mexicali; y le constó al extinto señor

Adolfo de la Huerta que no había tal filibusterismo separatista en aquel territorio y sólo hubo el propósito de establecer en la frontera con los Estados Unidos Americanos un campo de aprovisionamiento para desarrollar –con todos los elementos que pudiéramos adquirir– la revolución social de ideas libertarias en toda la República. Ahora sólo nos faltaba Tijuana y todo quedaría arreglado pacíficamente. Eso pensábamos los delegados maderistas hasta que el coronel Vega metió las manos y todo se torció.

En Mexicali el licenciamiento de las tropas floresmagonistas se llevó a cabo sin problemas. El general Francisco Quijada disolvió sus tropas, quedando sólo un grupo armado de maderistas a las órdenes de otro ex anarquista: Rodolfo Gallego, quien con un centenar de sus hombres fue nombrado subprefecto de Mexicali por el nuevo gobierno federal. Los revolucionarios ahora eran la autoridad legal, sancionada desde la ciudad de México. La misión de Rodolfo Gallego era la de mantener el orden mientras los revolucionarios se marchaban, era cuidar el poblado y su valle hasta la llegada de las tropas mexicanas, un regimiento, al mando del coronel Esteban Cantú, que cruzaría desarmado por los Estados Unidos y luego ingresaría al país por Mexicali, para proteger los intereses de Otis y de Chandler, para cuidar su valioso rancho C-M y dar por finalizado el estado de emergencia en Baja California.

Rodolfo Gallego, ranchero mexicalense, revolucionario anarcosindicalista, ahora era la autoridad civil. Y eso no les

cayó bien a los porfiristas exiliados al otro lado. Pero por lo pronto el poder había cambiado de manos y nada podían hacer excepto reclamar sus sueldos, sus prestaciones de ley.

Ese 17 de junio, según se había negociado, a cada revolucionario se le dieron diez dólares.

Los mexicanos se dispersaron sin más escándalo que unos abrazos de despedida y cada uno se marchó a donde mejor le convenía.

Una buena parte se dirigió al sur del país.

Los extranjeros fueron llevados a Calexico donde, para horror del cónsul Enrique de la Sierra, se les ofreció un banquete en un restaurante chino. Dentro de sus galletas de la buena suerte varios leyeron: “La victoria es la voluntad de no rendirse”.

Luego fueron conducidos a la vía del tren.

Esa tarde del 17 de junio, con las altas temperaturas del verano, las autoridades estadounidenses les ordenaron dispersarse.

Muchos de ellos, los que llevaban casi cinco meses peleando por la revolución en un país que no era el suyo y que, sin embargo, ahora lo era porque en México habían derramado su sangre por una causa

De nuevo eran vagabundos.

De nuevo eran la escoria de América según los ciudadanos probos de la Unión Americana.

Pero por cinco meses habían sido los padres de la libertad, los escultores de la utopía, los dinamiteros de la opresión.

Ahora, ante las vías del tren y bajo los candentes rayos del sol, volvían a ser simples individuos en un mundo que les daba la espalda a ellos y a sus ideas de justicia libertaria, de fraternidad social.

Allí, en ese momento, cuando cada quien tomó un camino distinto, cuando aquella hermandad dejó de ser un ejército de voluntarios, la revolución anarcosindicalista concluyó.

Al menos para las tropas extranjeras del valle de Mexicali.

Al menos para la Primera División del ejército revolucionario de América.

La división invicta.

La invencible.

CX. EL CENTRO, CALIFORNIA,

17 de junio de 1911

Otis B. Tout, al ver pasar caminando a los *wobblies*, a los sindicalistas estadounidenses, siente que no sólo ha terminado la revolución magonista que conmocionara ambos valles, el de Mexicali y el de Imperial, sino que con la partida de estos aventureros acaba uno de sus mejores momentos como periodista.

Tout, como director del periódico *Calexico Chronicle*, ha tenido la suerte de que la revolución no fuera algo lejano, que sólo ocurre en países exóticos y distantes.

No. La revolución había ido a buscarlo.

Ha tocado a las puertas mismas de su oficina, dándole la oportunidad de estar en la primera fila de los acontecimientos. Desde que Leyva y su gente tomaron

Mexicali, en nombre de los hermanos Flores Magón, hasta que accedieron a finalizar su lucha y desbandarse, Tout ha consignado cada momento de la lucha armada.

Un círculo perfecto.

Ahora que Leyva, el maderista, junto con Jesús González Monroy, ha logrado lo que Celso Vega y Miguel Mayol no pudieron: pacificar este desierto.

Tout ha tomado fotos del banquete que les ofrecieron a los revolucionarios, en un restaurante de Calexico, las autoridades de ambos países.

La mayoría son jóvenes.

Impetuosos e intrépidos.

Con demasiadas energías estallando como fuegos de artificio.

El director del *Calexico Chronicle* los ve con simpatía.

Su periódico ha sido acusado, por los comerciantes del valle de Imperial, de fomentar la revolución con sus comentarios favorables a las acciones y combates de los rebeldes en Mexicali.

Tout piensa otra cosa.

Digan lo que digan, yo sólo he buscado la imparcialidad.

Ofrezco a todos los bandos, a todas las opiniones, un espacio para la discusión y el debate.

Un mes antes, a mediados de mayo de 1911, Tout publicó una encuesta postal para saber con cuánta simpatía contaban los rebeldes entre sus lectores.

Los resultados de la encuesta fueron sorprendentes.

De las cuatrocientas postales que mandó a sus suscriptores recibió noventa y cinco respuestas, de las cuales noventa apoyaban la revolución y no querían que fuera sofocada, y mucho menos que se volviera a implantar el viejo orden porfirista en Baja California.

El Club de Granjeros y Comerciantes de Calexico lo acusó de anarquista.

De inmediato me quitaron la publicidad de sus negocios.

Me volví un apestado.

Me acusaron de no preguntar por la alternativa maderista.

Sentí, como ahora sienten estos muchachos, el peso de la maquinaria del poder buscando pulverizarme.

Buscando que no moleste sus intereses, sus negocios.

Los *wobblies* caminan en la vía del tren.

Esperan el transporte gratuito hacia el norte. Me acerco a ellos y les pregunto adonde se dirigen.

Sus respuestas son como un panorama de todos los destinos, de todas las aventuras a las que están a punto de lanzarse.

–Voy a Los Ángeles, a trabajar en el sindicato de obras portuarias.

–A San Diego. A unirme al movimiento por la libertad de expresión.

–A Sacramento. Allí tengo familia.

–A la huelga minera que hay en Montana.

–No sé. A donde el tren me conduzca.

Y el tren, al fin, aparece.

Unos revolucionarios suben.

Otros siguen andando a un lado de la vía.

Los revolucionarios se despiden a gritos.

Bajo el sol veraniego, que cala hondo, saludan con la mano.

–¡Nos vemos, Lucky!

–¡Hasta pronto, Marshall!

Entre todas las voces una se distingue.

Es la de un joven no mayor de dieciocho años.

Desde la plataforma del tren agita su sombrero.

Y grita sin descanso.

Todos sus camaradas lo apoyan con vítores.

Y es que ese muchacho parece saber bien cuál es el

destino que les espera, cuál es la esperanza que mantiene en alto sus corazones, su espíritu de lucha.

Yo mismo, sin comprenderlo del todo, me conmuevo ante sus palabras.

Porque ese joven cree que lo mejor aún está por cumplirse, que la esperanza de cambiar el mundo sigue en pie.

Por eso nos grita sin descanso:

–¡Nos vemos en la próxima revolución!

Y yo, no me pregunten por qué, le creo.

Y gritando como él, le respondo:

–¡Allá nos vemos!

Y me río ante el azoro de mis colegas periodistas.

Tienen razón los que boicotearon mi periódico.

No soy un periodista objetivo.

Yo apuesto porque nada siga igual.

Porque todo cambie.

Uno de los *wobblies* pasa a mi lado y me da una palmada en la espalda, como un gesto de apoyo. Otro me entrega un papel garabateado. El papel dice: “Volveremos. Esté pendiente”.

Me da gusto saberlo.

Saber que la revolución volverá a tocar a las puertas de mi pueblo. Casi frente a mi ventana.

A pocos metros de mi máquina de escribir.

CXI. AFUERAS DE TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

22 de junio de 1911

Ya estoy harto de que me llamen cobarde.

Fui herido en la primera batalla contra los filibusteros, y en vez de darme recibimiento de héroe en Ensenada, me tratan como una rata.

Si eso quieren, eso tendrán.

Una rata rabiosa.

Un animal herido que va a devolver los golpes.

Una bestia feroz.

Ahora verán, todos estos fronterizos buenos para criticar y malos para combatir, lo que es la fuerza militar bajo un solo mando.

Me vale madre que nuestro glorioso ejército haya capitulado ante ese mequetrefe de Madero. Me valen sus órdenes de hacer mutis y dejar que los rebeldes, perdón, que los filibusteros, se salgan con la suya. Ahora mismo, en Tijuana, Mosby y Leyva están negociando su pacificación. Pero no se van a salir con la suya. Me humillaron. Se rieron de mis dotes de estrategia. Pues ahora verán de lo que soy capaz.

Tengo cerca de seiscientos hombres a mi mando, incluyendo a los del Octavo Batallón y a treinta fusileros japoneses con experiencia militar comprobada en el ejército del Sol Naciente. Hoy van a pelear extranjeros contra extranjeros. Los míos contra los suyos. Ya veremos cuáles son mejores.

Voy a mandarlos a todos al combate.

Voy a arrasar el último foco de podredumbre anarquista. Tijuana es el último reducto que les queda y yo voy a quitárselo a bayoneta calada.

Todos esos vagos van a morder el polvo.

Van a comer pura bala.

Me informan que ya se percataron de nuestra presencia.

¡Excelente!

Quisiera verles las caras de susto.

Porque si creen que ya la libraron, que el gobierno

mexicano les va a perdonar todos sus destrozos, todas sus tropelías, no saben lo equivocados que están.

Yo soy aquí la máxima autoridad.

Yo soy el gobierno mexicano y no esos cobardes de la capital del país.

A mí nadie me va a convencer de que un revolucionario es un combatiente legítimo, una fuerza con derechos.

Pues que allá, en la ciudad de México, los traidores a mi general Díaz sepan que yo no voy a obedecer su paz de mierda, que no me van a dar atole con el dedo, que la democracia es una puta que detesto, y la revolución, un veneno.

Dice bien el coronel Juan N. Vázquez: hay que exterminarlos a todos, maderistas, orozquistas y floresmagonistas.

Todos son basura.

¿Qué pasa?

¿Ya se dieron cuenta esos facinerosos de nuestra presencia?

¿Ya pusieron el grito en el cielo?

¿Que vienen en un tren a nuestro encuentro?

Que vengan.

Ahora verán de qué fusil salen más balazos.

Esta vez nada de estar en primera fila.

Que las ametralladoras hablen.

Que los cañones sean mi voz.

Que el infierno me acompañe hasta que Tijuana vuelva a ser mía.

Ahora sí, digan que no valemos como combatientes.

Voy a hacer que se traguen sus palabras.

A la autoridad se le respeta.

Y yo sé que cuento con la bendición del general Porfirio Díaz, el único presidente de México que supo fajarse los pantalones y mantener a la chusma en su lugar.

Yo sé que él hubiera hecho lo mismo.

Atacar por sorpresa cuando estos cabrones creen que la guerra ha terminado.

Pero nada termina hasta que yo lo ordeno.

¡Vamos! ¡Disparen, disparen!

Seré todo lo que sea menos un perdedor.

CXII. TIJUANA, BAJA CALIFORNIA,

22 de junio de 1911

Jack Mosby sigue dudando.

José María Leyva y su gente, los nuevos maderistas, le han ofrecido todas las garantías posibles.

Incluso se les ha sumado el cónsul Arturo M. Elías, ese tipo traicionero que ahora es todo sonrisas, diciendo que el gobierno mexicano interino está de acuerdo en darles todas las facilidades para terminar con el conflicto, que hay que olvidar los malos tragos del pasado y pensar sólo en el futuro de México, en el bienestar de los mexicanos que ya no quieren revolución sino democracia.

Mosby sabe que esta revolución, la floresmagonista, no va a crecer más. No aquí, en Baja California, al menos.

La ruta a seguir pasa por un cambio gradual, desde adentro

del sistema, poco a poco, hasta que el ejército federal deje de ser una casta porfirista y se convierta en un verdadero ejército revolucionario.

Un ejército del pueblo para el pueblo.

No el rostro feroz de una dictadura.

No el puño que golpea sino la mano que ayuda al obrero, al campesino, al miserable.

Un ejército al servicio de los mexicanos.

Sin Celsos Vega.

Sin Lerdos González.

Sin MIGUELES MAYOL.

—Debo consultarlo con Ricardo, con la junta.

Leyva no le da descanso.

—La junta ahora está luchando por salir de prisión. No tiene tiempo ni recursos para decidir lo que tú y tu gente deben hacer aquí, en Tijuana. Es decisión tuya, Mosby.

—Debo hablar con los combatientes. No voy a darles la espalda.

Leyva se levanta y busca una botella de whisky en las alacenas de aquella cantina de mala muerte.

—Es inútil que busques licor o cerveza —le advierte Jack Mosby—. Hace unos días impuse la ley seca.

–¿Que hiciste qué?

–Prohibí el consumo de alcohol. Era la única manera de terminar con las riñas y los enfrentamientos entre nosotros.

–Creí que las peleas se acabaron cuando Emilio Guerrero y sus indios se marcharon de Tijuana.

Mosby se acaricia el bigote para ocultar la sonrisa picara que se dibuja en su rostro.

–Eso también ayudó.

Leyva da por perdida la búsqueda.

Toma una botella de *root beer* y la bebe a tragos.

–¿Adonde fueron?

–No quisieron decirme. Creo que a la sierra, de donde la mayoría son nativos. Tal vez a picarle la cresta a Vega en Ensenada.

Leyva se muestra inquieto, nervioso.

–Hubiera sido bueno tenerlos aquí. Son buenos exploradores y nos habrían mantenido informados de cualquier movimiento de los federales.

A Mosby le dan mala espina las palabras de Leyva.

–¿No me acabas de decir que hay órdenes precisas del gobierno interino de que se suspendieran las acciones militares en todo el país?

–Y es cierto. Pero yo no confío en que todos los militares porfiristas cumplan al pie de la letra esa orden. Muchos quieren la revancha y la quieren antes de ser relevados de sus puestos una vez que Madero sea presidente.

Mosby no queda convencido.

–Estás muy seguro de que Madero va a hacer lo correcto, que va a cambiar la forma de ejercer el poder en este país. Yo no confío en los políticos. Cuando andan en campaña, cuando son oposición, se llenan la boca de promesas. Pero en cuanto asumen el cargo se transforman en todo lo que criticaban. Si Madero no se pone listo, los porfiristas lo van a torcer a su modo. Y si no se deja, lo van a eliminar. Como quisieron hacer con Ricardo Flores Magón en nuestro querido país. Porfirio Díaz contrataba asesinos a sueldo. Ahora van a ser más sutiles: van a sentar a don Francisco en la silla presidencial y lo van a dejar hablando solo, hasta que ya no les funcione. Entonces simplemente lo eliminarán por inepto y pondrán a uno de los suyos. Y asunto concluido.

Leyva está encantado con esa faceta de Jack Mosby que desconocía.

–¡Eres todo un orador! Voy a contratarte como mi asesor.

¿Qué te parece?

Mosby hace una mueca, como si estuviera recibiendo una felicitación indebida.

–Volvamos a lo nuestro, José María. Tú quieres que

depongamos las armas; nos ofreces unos dólares y nos retiramos a los Estados Unidos a seguir con nuestras vidas. Sin acusaciones de ninguna especie. Sin órdenes de aprehensión.

–Relacionadas con esta lucha, con esta revolución.

–Eso me temía.

Leyva comprende el dilema de su compañero.

–¿Te buscan por algún crimen en tu país?

–Soy un desertor. La Navy me quiere procesar y meterme tras las rejas.

–Vuelvo a pedírtelo: quédate conmigo. Nos vamos a la ciudad de México y luchamos para que las ideas de Flores Magón sean programas públicos del nuevo gobierno. Ahora lo que necesitamos es concentrar a toda tu gente durante el día y explicarle el licenciamiento. Sin escándalos. Sin polémica. Es necesario que...

–Y a los mandé llamar. Toda nuestra gente está en el pueblo.

En ese momento, de un golpe tremendo se abre la puerta del cuartel.

Un grupo de rebeldes, fuertemente armados, se presenta frente a Leyva y Mosby.

–Jefe. Hay visitantes.

–¿Visitantes? –inquiére Mosby.

–Tropas federales a la vista. Centenares de ellas.

–¿Vienen para Tijuana?

–Derechito y sin parar.

–¿A qué distancia están?

–A unos veinte, veinticinco kilómetros hace unas horas. Ahora deben estar a unos quince kilómetros.

Leyva se ve preocupado.

–Voy a mandar un telegrama de protesta al presidente León de la Barra. ¿Saben qué tropas son?

–Son el Octavo Batallón y la Compañía Fija. Agarramos a un desertor y nos confirmó que viene el coronel Celso Vega en persona.

Mosby mira, con desconfianza, a su ex camarada.

–Tú sabías algo, ¿no?

Leyva se ajusta el sombrero y revisa su pistola.

–En San Diego se me acercó un porfirista ensenadense. Me dijo, en el *lobby* del hotel donde se hospeda la Comisión de Paz, que Vega iba a fusilarme personalmente si volvía a poner un pie en Baja California.

Mosby duda de aquella explicación.

–¿Crees que nos va a atacar por una venganza personal?

–Está atacando sin órdenes del gobierno interino.

–Pero ¿por revanchismo?

–Un militar humillado es un hombre sumamente peligroso.

Mosby acepta lo inevitable.

–Nosotros lo somos más.

Y saliendo a la calle junta a sus hombres.

–¡Los quiero a todos aquí, armados y listos para el combate!

En diez minutos, trescientos hombres lo rodean.

–Escuchen bien: no vamos a esperarlos sentados en este pueblo. Vamos a ir a combatirlos antes de que lleguen.

Leyva, que no puede participar en la batalla, se despide con la mano en alto y cruza la línea internacional rumbo a San Diego y la oficina de telégrafos.

–¡Todos vayan al tren! ¡Vamos a ir en ferrocarril a darles la bienvenida a esos cobardes!

Como un ejército disciplinado lo obedecen. Mientras los hombres a pie suben en los vagones, la caballería resguarda las vías del tren. Joe Hill quiere incorporarse con su caballo, pero Alabama se lo impide.

–Tú y yo vamos en el tren. Es viaje gratis.

Joe Hill acepta porque quiere compartir con Alabama la gran batalla que se avecina.

–¿Y tu guitarra? –pregunta su corpulento amigo.

–La perdí el día que me golpeó Scott Wheeler.

–Ya comprarás otra. No te preocupes.

–Pero cuento con una armónica. La tomé de una tienda el primer día que liberamos este pueblo.

Y se la muestra a Alabama. Este ía toma con reverencia y sopla en ella una tonada suave y melancólica antes de devolvérsela.

–No es lo mismo que una guitarra, pero es buena compañía. Joe Hill se lo agradece.

–Voy a componer una canción para ti.

Alabama le ayuda a encaramarse al ferrocarril.

Acaban subidos en el techo de un vagón repleto de entusiastas revolucionarios.

–Desde aquí se mira una polvareda frente a nosotros. ¿Serán los federales?

Alabama observa el horizonte como un hombre sin preocupaciones.

–Pronto lo sabremos, músico.

El tren avanza lentamente.

A los lados, la caballería rebelde.

A lo lejos, las tropas federales.

Se bajan en la cima de un cerro cercano.

–Desde aquí se puede ver a gran distancia –afirma el fiero afroamericano.

–Pues yo sólo veo un hormiguero de soldados aproximándose –responde Joe.

Alabama asiente y prepara su carabina.

–Son muchos –dice Joe con un poco de angustia.

Su amigo no le endulza el trago.

–Siempre son muchos, los desgraciados.

Un silencio cae sobre ambos ejércitos.

La batalla sólo necesita una orden, una orden y un disparo, para que a la muerte se le abra el apetito, para que el dolor sea una mancha roja, un cuerpo que cae, unos ojos fijos.

Son las diez de la mañana en punto.

Los fusileros japoneses, en primera fila, demuestran ser tiradores eficaces: en donde apuntan dan en el blanco. Los soldados federales avanzan protegidos por aquella cortina de fuego.

Suben el cerro gritando y se dan de bruces con la primera línea defensiva de los anarcosindicalistas. Protegidos por

una casa y un bosque tupido, los rebeldes sostienen sus posiciones.

Es un combate cuerpo a cuerpo.

Las bayonetas y las descargas fulminantes están a la orden del día.

Los rebeldes, ante la masa de soldados que se les echan encima, retroceden hasta el puente del ferrocarril San Diego–Arizona, en donde se hacen fuertes.

Las descargas simultáneas son ensordecedoras.

Clang, clong, clang.

Es el ruido de las balas que impactan las láminas de metal del ferrocarril, provocando chispazos y ayes de dolor cuando alguien es alcanzado.

Los fusileros japoneses optan por tirarse entre la maleza y apuntan a los revolucionarios que dirigen la línea defensiva. Matan o hieren a los cabecillas, a los líderes, con metódica precisión. Disparo tras disparo, van diezmando las filas de los anarcosindicalistas. Éstos responden con fusiladas que poco daño hacen.

Clang, clong, clang.

Los heridos se acumulan a un lado de la vía. Cuerpos ensangrentados en posiciones grotescas. Aun así, el tren es una maquinaria defensiva que ofrece suficiente protección a los revolucionarios, pero el coronel Celso Vega, al percatarse de

este foco de resistencia a su avance, manda que su sección de ametralladoras haga una limpia a fondo del ferrocarril por ambos costados.

En el cerro, a unos doscientos metros al norte de la vía del tren, los rebeldes resisten pecho a tierra las acometidas de los federales, que los triplican en número. Como la frontera está a unos pasos del cerro, y al ver que el enfrentamiento les es adverso, muchos revolucionarios deciden pasar corriendo a los Estados Unidos para no ser capturados.

Algunos lo logran.

Otros caen a mitad de la carrera, todavía en territorio mexicano.

Sus compañeros los ayudan a seguir adelante, pero no todos tienen suerte.

Muchos se retuercen entre los matorrales.

Muchos se desangran a gritos o en silencio.

Los federales los rematan con implacable frialdad: uno por uno y no sin antes insultarlos, dándoles de puntapiés como si fueran bestias salvajes.

Luego, ya que se han asegurado de que están muertos, proceden a quitarles todas sus posesiones.

Los peores desmanes, sin embargo, los llevan a cabo las tropas irregulares, los bajacalifornianos que dicen querer vengarse, a sangre y fuego, de las afrentas recibidas.

Como los apaches, estos mercenarios provenientes de San Diego, que han cruzado la frontera durante la noche para unirse a la batalla, cortan las cabelleras de los rebeldes muertos como suvenires de guerra y se las anudan al cinto, compitiendo para ver quién obtiene mayor número de tales trofeos.

Cuando el coronel Celso Vega pasa junto a ellos es saludado por manos ensangrentadas y rostros felices en su frenesí de mutilación y escarnio.

–¡Síganle, muchachos; síganle para que sepan con quién se han metido! –les grita el coronel Vega, quien ya vislumbra la victoria que tantas veces se le ha ido de las manos.

Para los anarcosindicalistas que se mantienen luchando junto al tren, detrás de la locomotora, la escapatoria por la frontera es imposible: sólo les queda abandonar el ferrocarril y retroceder a pie hacia Tijuana.

Ahora no sólo las placas de metal reciben el fuego certero de los fusileros japoneses y del destacamento de ametralladoras.

Por todas partes cae una granizada de balas.

Los pocos caballos que trajeron consigo los anarcosindicalistas huyen, desbocados, antes de ser muertos por los soldados porfiristas, que no quieren que nadie escape con vida, ni siquiera las bestias.

Los heridos superan en número a los hombres aptos para el combate entre las filas revolucionarias.

A las tres y media de la tarde la batalla se da por perdida.

Jack Mosby en persona les toca el hombro a Joe Hill y a Alabama.

–Lárguense mientras puedan. En unos minutos van a rodear esta posición y no hay suficientes municiones para defenderla.

Joe Hill acepta la orden sin chistar.

–Vámonos –le grita a Alabama.

Y corre rumbo al poblado.

Las balas silban cerca de su cabeza o se estrellan en el suelo, pero Joe se siente protegido, invulnerable.

Sólo hasta que llega a Tijuana se da cuenta de que Alabama no lo ha seguido.

Como puede, entre el caos reinante, logra dar con Jack Mosby. –¿Has visto a Alabama? –le pregunta.

Mosby voltea a verlo: hay lágrimas en sus ojos.

–Alabama está muerto.

Lo dice con voz neutra, sin una pizca de emoción, pero sus ojos lo traicionan.

–¿Estás seguro? Alabama podía con diez de ellos.

Mosby se limpia con las manos sucias las lágrimas que siguen fluyendo de sus ojos.

–Se quedó a luchar allá, en el campo de batalla, para darnos oportunidad de salvarnos.

–Pero... puede estar todavía con vida... ¿no?

–No creo. Vi cuando le encajaban sus bayonetas. Oí sus gritos de odio. Esos soldados van a exterminarnos a todos si les damos oportunidad.

Joe no quiere creer lo que le está diciendo su comandante. Muchos revolucionarios se congregan alrededor de Mosby.

–Oigan todos: si combatimos aquí, en el pueblo de Tijuana, vamos a ser asesinados sin piedad. Ya no tenemos municiones para defendernos. Es hora de pasar al otro lado y rendirnos. Es un trago amargo, lo sé, pero no queda de otra. Algún día volveremos a encontrarnos, no lo duden. Porque somos leales a la causa. Porque, en las buenas y en las malas, somos camaradas.

–¡Y lo seremos siempre! –le responden a coro todos los presentes.

Mosby, con lágrimas en los ojos, se acerca a Joe y lo empuja hacia la aduana estadounidense, apenas a unos metros de distancia.

–Cruza la frontera, muchacho. Ponte a salvo.

–Pero yo...

–Ponte a salvo, Joe. Aquí no queda nada por hacer.

Y sin decir más, Jack Mosby, el último jefe de la Legión Extranjera y el último comandante de la Segunda División del ejército floresmagonista, se pierde entre el caos.

A lo lejos se escuchan descargas cerradas.

–¡Están matando a los heridos!

–¡No dejen a nadie de este lado!

–¡Están profanando a los muertos!

–¡Tomen sus cosas y vámonos!

Los anarquistas se ayudan entre sí. Improvisan camillas para los heridos, toman sus banderas y las rescatan de caer en manos de los soldados, que ya van entrando a Tijuana. Los fusileros japoneses marchan al frente, como escudo protector de los oficiales federales que no quieren ser heridos en los últimos momentos del combate.

Los revolucionarios apenas tienen tiempo de asimilar su derrota. Para Joe Hill aquel desfile de hombres enloquecidos, vencidos, incrédulos del desarrollo de la guerra, le va pareciendo una obra ajena, irreconocible. La multitud, sin embargo, lo empuja hacia la línea.

Unos cuantos pasos y ya está en territorio estadounidense. Un soldado americano lo detiene y lo revisa de los pies a la cabeza en busca de armas. Luego le pregunta su nombre, le pide cualquier documento de identificación.

Joe le ofrece su carnet de miembro de la unión, de orgulloso integrante de la Industrial Workers of the World. El soldado le indica que puede pasar.

Joe se siente perdido.

Los fotógrafos se dan la gran fiesta tomando fotos de sus caras asombradas, de sus gestos de perplejidad, de sus ropas manchadas de sangre.

En los días siguientes, los diarios, especialmente *Los Ángeles Times*, se burlan de ellos.

“Se acabó la revolución”, expondrán a ocho columnas.

“El ejército de los vagos llega a su fin”, dirán otros.

Todos aplauden semejante desenlace.

Joe Hill será atendido por enfermeras de la Cruz Roja.

Hasta que ellas lo acuesten y examinen se dará cuenta de que tiene una herida en la cadera y un rozón en la mejilla.

Toda la noche preguntará si han traído a un afroamericano corpulento a las tiendas de sanidad de la Cruz Roja.

Le dirán que no.

Le explicarán lo que ya sabe.

Si es un “negro” no será atendido junto a los pacientes blancos.

Joe se percata de que se ha acabado la revolución anarcosindicalista en México.

Que la realidad ha vuelto a zarandearlo.

Los que fueron hermanos en el combate no son hermanos en la paz. La sociedad no lo permite.

Hill cierra los ojos y llora como un niño en la orfandad de sus sueños.

Luego, al amanecer, descubre la armónica en el bolsillo de su chaqueta. La saca como su única posesión. A pesar de las protestas de sus enfermeras, se levanta de su cama de herido y se marcha rumbo a la frontera. Una enfermera lo sigue y logra detenerlo.

–No regreses. Los federales están matando a todos los rebeldes, heridos o sanos. No han permitido que la Cruz Roja entre a Tijuana. Ese coronel Celso Vega y sus oficiales sólo aman la carroña. Y yo estoy segura de que tú no quieres darles el gusto de que te maten.

Joe abraza a la enfermera.

Ella lo conduce de nuevo al hospital de campaña.

–Tú alíviate, muchacho. Si esta revolución no triunfó, ya habrá otras que sí lo hagan. ¿No crees?

Joe se queda muy quieto en su camastro. Luego, en medio de la noche, se pone la armónica en los labios y comienza a tocarla. La música es triste: un lamento, un llanto profundo.

Los demás revolucionarios se despiertan.

–Toca la canción que mejor te sepas –dice uno–: la que más sientas.

Y Joe Hill toca para ellos.

Para los vivos y los muertos.

Para los que lucharon por una quimera.

Para los que murieron por liberar a un país que sigue oprimido, encadenado, enfermo, Joe Hill toca *La Marsellesa* entre gritos de dolor, entre sollozos apenas contenidos.

La enfermera lo mira con calidez, con ternura.

A lo lejos, al otro lado de la línea, los disparos prosiguen.

Los ajustes de cuentas.

El aullido de los lobos.

La risa de las hienas.

La ley porfirista de mátalos en caliente.

De no dejes a nadie vivo.

CXIII. SAN DIEGO, CALIFORNIA,

23 de junio de 1911

El comandante José María Leyva no puede estarse en paz en San Diego.

Junto con los demás delegados busca al comandante Jack Mosby y atiende las necesidades apremiantes de los miembros de la revolución floresmagonista que han podido escapar.

–Cuéntame cómo estuvo la batalla.

–Dura. Nosotros teníamos la ventaja de las alturas. Pero ellos tenían más municiones y muchas ametralladoras. En cuanto las usaron diezmaron nuestras filas.

El que responde es un viejo anarquista de Chicago.

–¿Viste a Mosby?

–Sí. Estuvo allí dando órdenes hasta que no quedó nadie para recibirlas.

–¿Alguien lo vio cruzar a los Estados Unidos?

–Yo lo vi. Cruzó. Pero lo detuvieron los soldados.

–¿Saben adonde lo llevaron?

–No. No sabemos.

–Oí rumores de que Vega mandó liquidar a los heridos.

–Disparaban a todos. Incluso a los muertos.

–¿Vieron a los mexicanos escapar?

–No. Ellos se quedaron a morir con las botas puestas. Murieron ya cerca del poblado.

–No todos. Como unos treinta escaparon a caballo. Se abrieron paso a puro escopetazo. Pero los federales se fueron tras ellos. El que iba al frente ondeaba la bandera roja. Nuestra bandera.

–He mandado una decena de telegramas de protesta, muchachos. Esto no se va a quedar así.

Pero los muchachos saben que ya no importa.

La derrota es suya y para siempre.

Las quejas son inútiles.

La revolución anarcosindicalista tendrá que volver a empezar en otra parte de México y del mundo.

–No se preocupe, señor. Lo bailado nadie nos lo quita.

–¿Cree que Madero nos permita vivir en la ciudad de México?

Leyva no tiene palabras para consolarlos.

Para consolarse a sí mismo.

Uno de los revolucionarios le pone en las manos, como pañuelo, una tela desgarrada.

Una tela roja y sucia y pegajosa.

–Era blanca, señor. Muy al principio era blanca.

Leyva agradece el regalo en silencio.

–Si alguien le pregunta, señor, de quién era la sangre que contiene, diga que es sangre *wobblie*.

–Sí. Sangre sin fronteras. Sangre sin naciones.

Leyva se despide con un nudo en la garganta.

Afuera, los turistas estadounidenses hacen fila para pasar a Tijuana.

–Yo querer felicitar a Vega, el coronelísimo –dice un hombre de traje de lino blanco–. Porque ha traído la paz a México.

–Sí –le responde Leyva sin poder contenerse–: la paz de los sepulcros.

La obra continúa.

El acto porfirista ha pasado de moda.

El acto revolucionario fue sofocado a sangre y fuego.

Ahora viene el acto de las negociaciones a gran escala.

En un estanquillo, un vendedor informa a gritos:

–El coronel Vega anuncia el fin de la ley seca. Tijuana está de nuevo de puertas abiertas. Diversiones para todos a precios accesibles. El orden es progreso. Los comercios vuelven a funcionar. Todo es fiesta en el pueblo vecino. San Diego exige prisión para todos los revolucionarios. Dick Ferris aclara: “Yo no soy revolucionario. Los pobres me dan grima”. La frontera está asegurada. Todo mundo está de plácemes.

A Leyva le da escalofríos oír semejante perorata. Y, sin embargo, compra el periódico.

En la página doce sale su foto.

Debajo de ella dice: “Se busca. Quinientos pesos vivo o muerto”.

Firma la Liga de Defensores de la Integridad Nacional.

Una fachada patrioter pagada por los porfiristas recalcitrantes de este lado.

Por vez primera, José María Leyva teme no por su vida, sino por la vida de Francisco I. Madero.

Esta es una cacería en serio.

Estas son las garras y los colmillos de un régimen que se niega a morir, que se niega a perder sus privilegios, que aún quiere hacer daño.

Leyva regresa a su hotel y abre de par en par las ventanas de su habitación. Luego, con gesto decidido, se pone a escribir su informe acerca de lo que ha presenciado en los últimos días. No quiere olvidar el papel de los federales en la masacre de Tijuana:

El coronel Celso Vega fue un rebelde al nuevo gobierno, desobedeció las órdenes que nos dieron a los delegados de paz, y se aprovechó de las circunstancias de haber hecho que se concentraran todos los magonistas en Tijuana para ser licenciados; y el día 22 de junio de 1911, después de conferenciar el cónsul general de México Arturo M. Elías, Aurelio Sandoval, González y yo, con los jefes, a las cinco de la mañana, quedamos que a las doce del día, cuando estuvieran todos reunidos, se procedería al licenciamiento. A las diez de ese día los atacó Celso Vega, y era seguro el triunfo aprovechándose del descuido y por la confianza en que iban a salir ese mismo día, los magonistas descuidaron los servicios de vigilancia, concentrándose en Tijuana. En esa batalla fue donde se cubrieron de gloria una gran cantidad de

extranjeros que reclutó Vega con anticipación en Ensenada, para aprovecharse también de cogerme para vengarse de la derrota que sufrió en Mexicali, el 15 de febrero de este año. ¿Qué he aprendido de todo esto? Que no vale nada la palabra de honor de la casta militar, que su oficialidad no está comprometida con la democracia representada por Francisco I. Madero. Estos militarotes sólo dicen que reconocen al nuevo régimen mientras se confabulan para recuperar el poder, mientras se preparan para poner en Palacio Nacional a uno de los suyos. El coronel Celso Vega es el ejemplo de lo que nos espera si no les exigimos cuentas claras a estos militares traidores. La matanza de Tijuana es el preludio de cosas peores que ocurrirán si no les ponemos un alto ahora mismo. Madero debe tomar cartas en el asunto o así le irá. O así nos irá a todos los que deseamos la democracia en México y no un nuevo baño de sangre, a todos los que pretendemos el acatamiento de los militares al poder civil y no una masacre como la que acabo, lamentablemente, de presenciar.

Leyva deja de escribir: una brisa repentina, que entra por las ventanas, lo estremece y vuela los papeles de su escritorio.

Hace frío en San Diego a pesar de ser verano.

—¿Dónde estará Mosby? —se pregunta el delegado de

Francisco I. Madero en voz alta, temiendo lo peor, sin saber que Mosby sigue vivo pero ahora es un prisionero del gobierno estadounidense. Un desertor que la Marina quiere juzgar y condenar lo más pronto posible.

El viento que viene de Tijuana, ese vendaval helado, entra a saco a su cuarto.

Como una premonición a punto de cumplirse.

Como una mancha de sangre que se esparce por todo México.

CXIV. SAN VICENTE–SAN ANTONIO DEL MAR–MEXICALI, 24 de junio–26 de julio de 1911

Emilio Guerrero y sesenta de sus hombres siguen en pie de lucha.

Primero en San Vicente, donde los federales los acosan.

Luego en San Antonio del Mar, donde se dedican a quemar las casas de los ricos rancheros estadounidenses. Allí Guerrero es informado de la caída de Tijuana.

Sólo quedan él y una partida de revolucionarios floresmagonistas en los alrededores de Tecate, comandada por Tirso de Toba.

¿Qué hacer ahora?

¿Una revolución solamente indígena cuando apenas hay

unos mil indios, entre hombres y mujeres y niños, en todo el Distrito Norte de la Baja California?

Emilio Guerrero se oculta en la sierra.

Es verano y pocas tropas federales se atreven a internarse por las cañadas y laberintos de roca en donde él y su gente se esconden.

Si Tijuana está perdida, si en Tecate abundan las tropas federales, sólo le queda abierto el camino del desierto.

Guerrero decide desbandar a su grupo.

Que cada quien vuelva a su comunidad, a su ranchería.

En forma anónima: sin hacer ruido.

Y los que deben muchas muertes que salten al otro lado, que se vayan rumbo a Jacumba.

Sus comunidades indias no conocen frontera.

Sus naciones residen a ambos lados de la línea internacional.

Pero Emilio Guerrero tiene otros planes para su propio destino.

Se encamina a Mexicali en largas jornadas nocturnas, evadiendo a Lerdo González y sus tropas de exterminio.

Finalmente, el 26 de junio toca la puerta de una casa, en un rancho en las afueras de Mexicali.

El hombre que abre la puerta lo reconoce de inmediato.

–¿Qué haces aquí, Emilio?

–Vengo a hablar con el jefe.

–Pasa. ¿Tienes hambre?

–Sed. Dame algo bueno.

–¿Cerveza o agua? Es todo lo que tenemos.

Emilio se asombra al ver a más de una docena de hombres armados en el interior de la casa.

–¿Y los federales? –pregunta.

–Llegan mañana. Vienen al mando de un tal Esteban Cantú.

Rodolfo Gallego, dueño de ese rancho, participante en la toma de Mexicali y ahora la única autoridad que queda en el pueblo, sale a recibirlo.

–¿Y tú, qué andas haciendo por estos rumbos?

–Vengo a ponerme a tus órdenes, Rodolfo.

–¿Y tu gente?

–Los mandé a sus casas, a sus tribus.

Rodolfo lo semblantea, dudoso aún.

–Has de saber que ya no somos floresmagonistas. Ahora somos maderistas. Gobierno legítimo y gobierno revolucionario al mismo tiempo.

Guerrero no muestra sorpresa.

–Mientras no te pongas uniforme militar y te vuelvas un oficial federal, por mí adelante.

–Ya tengo la venia de don Francisco Madero. Ahora soy el subprefecto de Mexicali.

–¿Y Gustavo Terrazas ya lo sabe?

–Terrazas cree que va a regresar a su puesto, pero ya no está don Porfirio Díaz para mantenerlo en la nómina del gobierno.

Un hombre le pasa una botella de cerveza.

Emilio la bebe de un tirón.

–¿Otra, Emilio?

–Pues otra, Rodolfo.

–Subprefecto, por favor.

Le ponen otra botella en la mano.

–A tu salud, subprefecto.

–No te preocupes por los federales. En cuanto negocie con ellos, te voy a nombrar jefe de la policía.

–¿No crees que se enojen?

Rodolfo se ríe ante aquella pregunta.

–Que se enojen. Ahora los asuntos políticos ya no son del fuero militar.

Emilio eructa y observa a sus antiguos compañeros de armas.

–Al menos eso conseguiremos con nuestra revolución.

–¿La separación de poderes?

–No. La cerveza helada.

Las carcajadas a su alrededor lo confirman.

Estos cabrones ya se vendieron.

Ahora son el poder.

No. Ahora todos lo somos.

Y, sin pensarlo, pide una tercera cerveza.

Necesito estar borracho para sentirme maderista.

Necesito olvidar que pronto seré lo que más odio: un policía.

Un agente del orden.

Al día siguiente, las tropas federales regresan a Mexicali después de cinco meses de ausencia. Llegan con tiento: como si no supieran bien si el suelo que pisan es territorio hostil o amigable. La mayoría se acuartela en la estación del ferrocarril y luego deambula por la ciudad, como si temieran ser atacados por sorpresa.

Emilio Guerrero ve pasar a los soldados desde el interior del salón de la casa de doña Tencha. Sabe que ahí están citados Rodolfo Gallego, su jefe, y el recién llegado mayor Esteban Cantú, el nuevo jefe militar de la plaza. Sabe que la propia madam va a ser testigo de honor de semejante opereta.

Pronto el salón se llena de policías como él, sin más uniforme que sus carabinas, y de oficiales federales, vestidos como soldados prusianos, con rostros cansados por tres días de viaje en tren desde Ciudad Juárez. Se les ve tan traqueteados como las putas de doña Tencha, piensa Emilio.

Mientras Rodolfo y Cantú se disputan el poder con sonrisas falsas y modales de caballeros andantes, mientras se saludan como viejos amigos que hacía mucho no se veían, el jefe indio se siente harto de todo ese teatro. En la barra del salón compra una botella de aguardiente y sale a la calle a beberla en solitario. Se están repartiendo los restos de la revolución magonista, intuye, y no quiere estar cerca cuando eso suceda.

No tarda mucho en ser abordado por un trío de soldados jóvenes, casi niños, con percutidos uniformes de manta.

–¿De dónde son, chavales? –les pregunta mientras les ofrece de su botella, que pasa de mano en mano con ademanes de agradecimiento.

–De Zacatecas.

–De Durango.

–De Chihuahua.

–Al menos ya saben lo que es el desierto en verano. Y su mayor Cantú, ¿cómo es? Acabo de conocerlo.

Los tres se miran un instante, pero el aguardiente les da valor para hablar.

–Es estricto y puntilloso. Muy disciplinado.

–Es porfirista de hueso colorado.

–En Chihuahua, de donde venimos, metió al calabozo a varios compañeros porque gritaron vivas a Madero en el cuartel. Así es nuestro jefe.

Ya que la botella ha regresado a sus manos, Emilio se despide del trío y se marcha hacia las caballerizas, en donde guarda sus escasas pertenencias.

Un viento fiero se alza delante de él, en medio de la calle.

Guerrero comprende de inmediato a lo que se enfrenta.

–¿Eres tú, Camilo?

El polvo ardiente lo rodea.

–¿Eres tú, Berthold?

Sopla, furioso, sobre su rostro.

–¿Eres tú, Stanley?

Tan repentinamente como surgió, el remolino desaparece ante sus ojos.

Emilio le da un trago a su botella y el ardor del aguardiente en su garganta afila sus sentidos.

Esta conciencia mía, piensa mientras sigue su camino, ¿cuándo dejará de molestarme?

Y estos fantasmas que me acompañan, ¿qué quieren decirme que yo no sepa?

Emilio, prisionero de sus propias decisiones, observa Mexicali. Todo lo cambiamos para que siguiera igual.

El mundo rueda y los muertos al olvido.

El mundo rueda y nosotros, los vivos, a la desvergüenza.

No necesito emborracharme para saberlo.

CXV. HOLTVILLE, CALIFORNIA,

15 de julio de 1911

Alfonso Veranda termina de partir unos troncos para su estufa de leña.

Por el camino hacia su rancho avista una pequeña partida de jinetes que aparece en la distancia.

Alfonso piensa tomar su escopeta, que se halla recargada a la entrada del porche de su casa, pero luego lo piensa mejor.

Si son agentes de la ley no tiene caso hacerles frente. Si son vigilantes fronterizos no pueden hacerle nada. Él ha vivido por años en el valle de Imperial.

Es un ciudadano estadounidense con todos sus papeles en regla, que paga impuestos y cumple con la ley, al menos en público.

Los jinetes se acercan lo suficiente para identificar sus rostros.

Veranda mueve la cabeza, sorprendido.

Apenas dos semanas atrás, la revolución floresmagonista que él ayudara a crear vendiéndoles a los rebeldes armas y municiones, Información y bastimento, se desintegró bajo los calorones del verano y la falta de liderazgo.

Y ahora todo parece volver al principio.

De sus cabalgaduras desciende una docena de jóvenes cubiertos de polvo.

Los comanda un viejo conocido: Tirso de Toba.

–¿Y ese milagro? –le pregunta al recién llegado, mientras le da un fuerte abrazo.

–Ya ves lo tercos que somos. Anduvimos hace unas semanas por Tecate y sus alrededores. Ahora nos reagrupamos para volver a la lucha.

–¿De verdad van a intentarlo de nuevo?

–Sí. Pero no vamos a meternos por Mexicali. No queremos
–¿Hablas de Rodolfo Gallego, el nuevo comandante de la policía? –Y de Emilio Guerrero.

–¿Cuál es tu plan, Tirso?

El jefe anarquista no dice nada.

–¡Qué poca confianza me tienes!

–Necesitamos armas. De largo alcance, de preferencia.

–Tengo. ¿Cuántas?

Toba lo mira de frente, nervioso.

Alfonso comprende el conflicto de su amigo.

–Las quieres a crédito, ¿o me equivoco?

–Con los hermanos Flores Magón detenidos, el partido ha tenido que contratar abogados yanquis.

–Y éstos sí que saben cobrar por sus servicios.

El revolucionario decide sincerarse.

–No tenemos capital. No ahorita.

–Marx estaría orgulloso de ustedes.

Ambos sueltan la risa mientras los demás rebeldes se mueven, inquietos, a su alrededor.

Veranda comprende su predicamento: han de haber recorrido todo el sur de California, por el puro desierto, para no ser detectados por las autoridades locales y los grupos de vigilantes armados.

–Pasen a la casa –los invita–. Hay agua fresca y carnes frías a su disposición.

Los revolucionarios entran en tropel.

Jóvenes, demasiado jóvenes, para lo que van a enfrentar al otro lado de la frontera.

Alfonso detiene a Toba en el porche.

–¿En serio vas a meterte a la boca del lobo? Hay tropas federales por todos lados. Controlan los pasos fronterizos y matan a cualquiera que no traiga documentos oficiales de identidad.

–No queda otra. O peleamos en Baja California o todo estará perdido. La gente hablará de revolución y sólo tendrá en la mente al señorito Madero. Hay que hacer ruido por esta parte de México.

–Lo entiendo, pero todo lo van a tener en contra.

Toba sabe que es el consejo de un veterano en los menesteres revolucionarios.

–Se lo prometí a Ricardo Flores Magón en persona. ¿Qué quieres que haga?

–Con estos muchachos bisoños no tienes ninguna oportunidad.

El jefe lo sabe bien.

–Pero así es esta cosa, Alfonso.

–¿La revolución?

–No. La palabra empeñada. El orgullo personal.

Antes de entrar a la casa, Veranda anuncia a Toba:

–Por cierto, no eres el primer revolucionario que me visita esta mañana.

Toba frunce el ceño, creyendo que va a toparse con alguno de los hombres de Rodolfo Gallego.

Pero la risa aguda de una muchacha aniñada y la voz grave de una mujer indígena le quitan todo el recelo que pudiera albergar.

–¡Margarita!

–¡Tirso!

Ambos se abrazan efusivamente y luego se miran con cuidado, descubriendo en sus respectivos cuerpos las pruebas de su envejecimiento prematuro, las huellas del desgaste producido en estos últimos meses de revolución desatada.

–¿Qué haces aquí? –preguntan a la vez.

–Vengo a incendiar de nuevo la Baja California.

–Yo vengo escapando del incendio anterior –responde Margarita Ortega.

–¿Tuviste problemas en Mexicali?

La mujer baja la mirada mientras su hija Rosaura la rodea con sus brazos.

–Cuando los floresmagonistas ocuparon Mexicali, hice mi trabajo. Luego llegó el coronel Cantú y Rodolfo Gallego se hizo maderista. Rodolfo me dijo que me largara, que no podía protegerme más.

–¡Mira qué cabrón!

–Me dijo que si Cantú se enteraba de que yo había sido espía de los revolucionarios me iba a tomar presa, me iba a aplicar la ley fuga. Y tú sabes que yo me sacrifico por la causa con los ojos cerrados, pero no puedo sacrificar a mi familia, menos a mi niña.

Tirso de Toba observa a Rosaura, una muchacha que ya está convirtiéndose en mujer, pero cuya conducta es la de una mocosa de cinco años.

–¿Y qué harás?

–Voy primero a Los Ángeles. Quiero platicar con los que quedan del Partido Liberal Mexicano. Necesito nuevas tareas por hacer.

–Ve y mantente muy despierta. Hay muchos infiltrados en el partido. Agentes maderistas y del gobierno yanqui.

–Si no hay nada para mí en Los Ángeles, me voy para Sonora. Por allá andan mi esposo y mi hijo mayor, Irineo. ¿Y tú? ¿Qué planes tienes?

Toba contempla a su pequeña banda de revolucionarios.

Una polvareda hambrienta.

Una última esperanza.

–Yo vuelvo a las andadas. Vamos a vivir de lo que nos dé el campo. De la generosidad de la gente.

–Te lo advierto: en Baja California ya no queda mucha generosidad. Cuídate: en la frontera hay muchos pelones con sed de venganza.

–Cuídate tú: hay muchos traidores entre nosotros, muchos agentes provocadores.

–Luego siguen platicando ustedes dos –los ataja Alfonso Veranda–. Es hora de hablar de armas, de contar municiones.

–No te hagas –le revira Toba–. Tú sólo cuentas dólares.

–Soy un empresario estadounidense –le contesta Veranda con tono ofendido–. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

CXVI. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

18 de julio de 1911

Benigno Barreiro, el principal comerciante de Mexicali, regresó a su tienda en cuanto fueron licenciadas las tropas floresmagonistas, el 17 de junio de 1911, pero sólo a mediados de julio volvió a ser su dueño.

No es que hubiera descuidado su negocio, ya que cada vez que podía le daba vueltas a su tienda.

Los revolucionarios acabaron comprendiendo su situación y lo llamaban el mejor cliente que pudieran tener.

Benigno compraba en su propia tienda sus propios productos.

Era una forma de mantener vigilado el inventario de mercancías.

Y de recordarles a los anarcosindicalistas que él seguía considerando ese edificio como suyo.

Cuando más tarde le preguntaron qué pensaba de quienes habían expropiado su negocio a la fuerza, respondía:

–Ni filibusteros ni revolucionarios. Esa gente era puro bandido.

Como buen comerciante, Barreiro sólo deseaba que lo dejaran hacer sus negocios en paz, sin interferencias de ningún gobierno.

Y aunque el negocio de pompas fúnebres le dio dinero para subsistir durante los cinco meses que Mexicali estuvo bajo ley revolucionaria, su tienda de abarrotes era la niña de sus ojos.

Por eso, en cuanto pudo, traspasó la funeraria a un sonorenses y se mantuvo en lo suyo.

No le interesaba la política a menos que la política se metiera con sus cosas.

Aceptó, por ello, que Rodolfo Gallego fuera el subprefecto y que Emilio Guerrero fuera policía.

Nada lo escandalizaba.

Junto con el derrocado subprefecto, Gustavo Terrazas, Barreiro se hizo socio del teatro México.

Después de tantas agitaciones, los fronterizos necesitaban otra clase de diversiones.

Las películas de Charlot.

Las muchachas con poca ropa.

Los conjuntos musicales.

Las obras de teatro pícaro.

Esas fueron sus cartas fuertes.

Con el tiempo, Benigno Barreiro llegó a ser el primer magnate de Mexicali.

Entre sus empleados solía contratar a viejos revolucionarios.

–¿Por qué les pagas a esos ladrones? –le preguntaban los porfiristas recalcitrantes, sus amigos de confianza.

El español contestaba con su brusquedad característica:

–Si aprenden a ver el mundo desde mi lado del mostrador, sabrán lo que yo siento, lo que yo soy.

–¿Un cabrón mezquino?

–Un empresario.

–No creo que aprendan.

Pero aprendieron.

Rafael Corella, el revolucionario sonorenses al que le

traspasó la funeraria, acabó haciéndose productor de películas del cine mudo.

En su mayor producción, *Raza de bronce*, contaba la historia de un indio que se rebela contra la discriminación racial.

Fue un éxito de taquilla en todo México.

Otros se dedicaron al contrabando de licor a California y terminaron, muy a su pesar, como los criminales más buscados por la justicia estadounidense o como los empresarios más exitosos de la entidad.

Un alemán, que había participado en la Legión Extranjera del ejército revolucionario, se dedicó a la fabricación de cerveza a escala industrial.

Su cerveza Mexicali se volvió famosa en todo el mundo.

Gracias a él y a muchos como él, buena parte de los refugiados alemanes que huyeron, a partir de 1933, del régimen nazi, encontraron un santuario en Mexicali.

Entre esos refugiados iba Billy Wilder, que acabaría siendo uno de los mejores directores de cine de Hollywood y el que creó, con sus comedias, el mito de Marilyn Monroe.

Benigno Barreiro, por su parte, nunca buscó venganza.

–Las cosas son como son, ¿para qué tanta queja? –solía decir.

Y siguió trabajando, con su impecable delantal de lino, detrás de mostrador de madera.

Limpiando sus productos.

Haciendo inventario de su mercancía.

Preguntándose siempre:

–¿Qué me falta por vender? ¿Qué necesito comprar?

CXVII. Baja California, 1911–1920

A casi diez días de que la Primera División del ejército revolucionario floresmagonista se licenciara, gracias a las gestiones del general José María Leyva, las tropas federales al fin hicieron acto de presencia. Rodolfo Gallego, con su poco más de un centenar de combatientes, ya era un maderista reconocido por Leyva, es decir, por el gobierno federal.

En la mañana del 26 de junio de 1911, el mayor Esteban Cantú entró a territorio bajacaliforniano con toda su tropa, unos ciento cincuenta soldados. Rodolfo Gallego le hizo entrega de las armas (la mayoría inservibles, pues las buenas las ocultó en su rancho) y le anunció que él era el nuevo subprefecto de Mexicali. De ahora en adelante una cosa era la autoridad militar y otra la civil.

El mayor Cantú todavía acostumbrado a que los militares

estuvieran siempre sobre los civiles, envió un telegrama pidiendo encargarse de Gallego, el alebrestado.

La respuesta, desde el gobierno, fue inmediata y contundente:

Enterado haber ocupado Mexicali con fuerza que expresa. Procure usted mantener el orden y evitar las cuestiones políticas. Si los vecinos tienen quejas que se dirijan a la Secretaría de Gobernación y se remediarán.

A Cantú lo detuvieron en seco.

Así que sus ambiciones políticas tuvieron que esperar un momento más propicio.

El coronel Celso Vega, en cambio, no se amilanó cuando el gobierno federal se enteró de que había roto los acuerdos de paz y no había respetado la amnistía concedida a todas las fuerzas revolucionarias. Su insubordinación le costó el puesto de gobernador de Baja California. De todas formas, inmune a las críticas y a los castigos, Vega proclamaría, el resto de su vida, que él libró a Baja California de una invasión filibustera.

Nunca dijo que aquel ataque a Tijuana era una revancha personal.

Asentó su fama en el pedestal de una mentira.

Y, a la vez, siguió congraciándose con esos extranjeros que no eran el enemigo porque contaban con mucho dinero.

El 19 de julio de 1911 fue uno de los invitados especiales en la fiesta cívica llamada The San Diego Pageant. Un desfile de tema histórico que reunió a miles de personas por las calles del puerto californiano de San Diego. Junto con los dueños de las principales empresas de la costa oeste, incluyendo al director de la San Francisco Panama–Pacific International Exposition, es decir, el jefe de Dick Ferris, así como ejecutivos de primer nivel de las empresas de Harrison Gray Otis y Harry Chandler, Vega se pavoneó de sus triunfos.

Y como el gran defensor de Baja California que era, el coronel mexicano invitó a todos los presentes a invertir en el Distrito Norte, pues, sin el peligro de los revolucionarios anarcosindicalistas, la entidad estaba abierta a toda clase de negocios.

Desde luego, siempre y cuando hubiera una tajada para el patriota Celso Vega.

Mientras tanto dio inicio una limpieza general de elementos subversivos en todo el Distrito Norte. Era la contrarrevolución en marcha bajo la dirección del coronel Manuel Gordillo Escudero en Ensenada y del mayor Esteban Cantú en Mexicali.

Si te encontraban ejemplares de *Regeneración* ibas a la cárcel y te torturaban hasta que dijeras quiénes otros leían esa “basura indecente”.

Si te denunciaban tus vecinos como simpatizante de los floresmagonistas, te daban un paseo gratuito por Laguna Salada y servías de cena a los coyotes que por aquellas lejanías merodeaban a sus anchas. O te tiraban al torbellino de la Bufadora, al sur de Ensenada, para que el mar destrozara tu cuerpo y, si la marea lo regresaba, nadie pudiera identificarte.

Si te acusaban de haber participado en la revolución, avisaban a tus familiares que serías trasladado a la ciudad de México y nunca volvían a tener noticias tuyas.

La ley fuga era la única ley que funcionaba a la perfección, sin molestos burocratismos, en toda la entidad.

Una maquinaria de muerte bien aceiteada.

Una fábrica de desaparecidos en serie.

Una política de exterminio con objetivos por cumplir a rajatabla: La eliminación obsesiva, implacable, de toda huella revolucionaria. Por eso el propio Ricardo Flores Magón, indignado al conocer la situación de los simpatizantes de su revolución que quedaron en Baja California, escribió el 16 de septiembre de 1911 en *Regeneración*:

Según noticias que nos llegan de la Baja California, las autoridades de esa desdichada península están asesinando a los trabajadores, pues ven en cada proletario a un liberal. En Ensenada están fusilando, sin

formación de causa, a cinco, seis y hasta diez mexicanos cada día. En Tecate ocurre otro tanto. En Mexicali están en capilla dos trabajadores mexicanos y se les va a fusilar por el delito de vestir pantalón de mezclilla y blusa de obrero. No conocemos más que el nombre de uno de ellos, Damián Hernández, miembro de la unión obrera revolucionaria Industrial Workers of the World. Del otro infortunado camarada ni el nombre se ha sabido, pues se les tiene rigurosamente incomunicados. Las autoridades de Mexicali han sujetado a esos pobres compañeros a torturas que la más corrompida imaginación tal vez no pudiera concebir, con el fin de que denuncien a los libertarios de los alrededores. Se les clavan estaquitas de madera entre la uña y la carne de los dedos de los pies y de las manos; se les azota con varas espinosas; se les tiende boca arriba y por medio de un embudo se les llena de agua el estómago hasta que se desmayan. Estos suplicios infames fueron aplicados a Juan F. Montero, Emilio Guerrero, Mariano Barrera, Leonardo Gutiérrez y a muchos otros compañeros en la Baja California. Y cuando las víctimas, quebrantadas, aniquiladas, desfallecidas, están próximas a despedirse de este mundo de injusticia, de crueldad, de iniquidad; cuando los verdugos comprenden que es inútil la tortura para hacer que esos espíritus de bronce denuncien a sus compañeros, se les fusila. ¿Qué se proponen los chacales de la Baja California? ¿Quieren acabar con el último mexicano, para que queden dueños de todo los

americanos, los ingleses y los franceses, en cuyas manos está toda la península?

Pero no todo era tortura y muerte. Los oficiales porfiristas volvieron a sus desfiles y banquetes en cuanto se sintieron seguros bajo el nuevo gobierno maderista.

Entre ellos se decía que el chaparrito de Madero era un accidente, una molestia pasajera. Ya el general Bernardo Reyes o Félix Díaz se encargarían de ponerlo de patitas en la calle. Sólo había que esperar que bajara un poco su popularidad, que cometiera errores, que metiera la pata y asunto arreglado.

Mientras tanto a gozar de la vida, a seguir recibiendo los dividendos del placer y el juego, del alcohol y el poder sin límites.

En Mexicali, el mayor Esteban Cantú, que años después diría que luchó contra los intentos de la Colorado River Land Company por apoderarse de Baja California, estuvo invitado al recorrido que llevara a cabo Rafael Hernández Madero, secretario de Fomento en el gobierno maderista, por el valle de Mexicali, en 1912. A este funcionario, Otis y Chandler no sólo le permitieron examinar el negocio agroindustrial que se traían entre manos, sino que ofrecieron venderle a México su propio territorio en una cifra millonaria, imposible de reunir por el gobierno maderista.

Para demostrar que después de la revolución viene la calma, a don Rafael lo invitaron a su rancho, el C-M, donde le ofrecieron una comilona a base de barbacoa. Todos, funcionarios maderistas, militares porfiristas y empresarios estadounidenses, quedaron satisfechos. Y más cuando el propio Harry Chandler, a la hora de los brindis, declaró:

–México necesita inversionistas fuertes, como nosotros. Necesita abrirse al mercado mundial para prosperar. Si México sigue el ejemplo de lo que sucede aquí, en el valle de Mexicali, la revolución maderista será recordada como el mejor negocio del siglo XX.

Los negocios extranjeros iban al alza en toda Baja California.

En Tijuana, Mexicali, Tecate y Ensenada, la corrupción hacía estragos.

Juan B. Uribe, el periodista y abogado ensenadense, el defensor de la causa democrática en Baja California, el reformador maderista, había escrito ante la fundación del Club Democrático Ensenadense, a finales de 1911, que la lucha por cambiar al Distrito Norte sería fatigosa y frustrante.

Uribe fue a la capital del país e intentó entrevistarse con Francisco I. Madero sin conseguirlo.

Frustrado, fatigado, pero aún con fe ciega en que México mejoraría, Uribe escribió, en el semanario *El Demócrata del*

Norte del 12 de noviembre de 1911, sus principales quejas contra la avasallante corrupción oficial:

Nosotros queremos que las autoridades tengan cuando menos el término medio de dignidad y delicadeza sociales: que en un restaurante paguen el servicio recibido; que si se hospeda pague al hotelero; que si gusta de distracciones en automóvil, él o sus cariñosas y serviciales amistades íntimas, que compre o rente su automóvil. Queremos que el gobierno, teniendo en cuenta la categoría de sus autoridades, les pase mensualmente la pecunia suficiente para llenar sus necesidades. Pero en ningún caso o motivo puede autoridad o empleado alguno del gobierno aceptar agasajos, obsequios, servicios, retribuciones de nadie, y menos aún de extranjeros; porque el desprecio justificadísimo de esos últimos por tales hechos, no sólo alcanza a semejantes tipos dañados, sino que trasciende su perjuicio al crédito de la nación toda.

Luego se daría, en febrero de 1913, la caída del régimen de Madero en la trampa puesta por la oligarquía militar porfirista, comandada por Félix Díaz y Victoriano Huerta. De Huerta, el usurpador, Cantú recibiría condecoraciones y el grado de coronel. Sin embargo, para mediados de 1914 México estaba en plena guerra civil. En el Distrito Norte de la Baja California todo era caos y confusión. La legalidad perdida y los abusos castrenses al alza mantenían a sus habitantes en perpetua zozobra.

Fue entonces cuando los mexicalenses, civiles y militares, decidieron apoyar a Esteban Cantú, el menos malo de los jefes militares de la entidad.

Como oficial del ejército federal, Cantú era, en su ideología, un porfirista a carta cabal. Pero un porfirista pragmático, que sabía negociar antes que combatir.

Cuando los demás militares huertistas quisieron ponerle un alto fue demasiado tarde: sus propios soldados se pasaron a las filas de Cantú. De esta manera, las plazas de Tijuana y Ensenada se rindieron al coronel. Para fines de 1914, Esteban Cantú consiguió el control absoluto del Distrito Norte sin disparar un solo tiro. Únicamente los demócratas ensenadenses pusieron el grito en el cielo. No querían otro coronel Celso Vega, un gobernante que uniera en un solo cargo el control político y militar de la entidad. Pero ya era demasiado tarde.

El 1º de enero de 1915, Esteban Cantú demostró algo más: tener una visión estratégica de Baja California como frontera.

De facto, por sus propias pistolas, cambió la capital del Distrito Norte: del puerto de Ensenada la trasladó al poblado fronterizo de Mexicali.

¿Por qué la mudanza?

Esteban Cantú había aprendido de los errores de Celso Vega.

Para defender la península de nada servía tener todas tus tropas intactas en Ensenada, mientras tu adversario se paseaba, como Juan por su casa, por todo el territorio fronterizo.

Mexicali era la puerta de entrada y la ruta de salida.

El eje defensivo por decisión militar.

La nueva capital de Baja California.

Ese cambio también fue consecuencia de la revolución floresmagonista de 1911.

Una lección que nadie, especialmente Cantú, olvidaría: la de cuidar la frontera desde la frontera misma. Con su gobierno de caudillo en el poder, Baja California siguió siendo una región desligada del resto del país. Mientras la revolución constitucionalista triunfaba, mientras la Revolución mexicana cambiaba de manos, Baja California se mantenía como una zona neutral, como el último reducto porfirista.

Finalmente, en 1920 Cantú salió expulsado por las tropas revolucionarias sonorenses. Lo que estos revolucionarios descubrieron al tomar Mexicali, Tecate, Tijuana y Ensenada los sorprendió. Más de diez años después de haber renunciado el dictador, estas poblaciones estaban repletas de plazas, calles, parques, edificios, paseos y escuelas llamados Porfirio Díaz, Bernardo Reyes y Celso Vega.

En 1920, el porfiriato aún era la voz cantante.

Aún dominaba la conducta y las mentalidades de los bajacalifornianos.

Un oasis autoritario y caudillista en la frontera norte de México.

Un paraíso próspero en manos de extranjeros.

Un edén no subvertido por las nuevas ideas del siglo XX.

Los revolucionarios sonorenses, con el general Abelardo L. Rodríguez a la cabeza, decidieron unirse a la fiesta de los negocios fronterizos.

Que las demandas sociales y campesinas esperaran.

Que Baja California siguiera siendo un México aparte. Un territorio congelado en el tiempo, donde la contrarrevolución era la única política aceptable.

Una zona roja que no hacía distinciones entre porfiristas y revolucionarios.

Desde su celda en una prisión de Kansas, Ricardo Flores Magón diría:

De todos aquellos que antes de 1910 creían que el gobierno era malo porque se encontraban al frente de él Porfirio Díaz o los científicos, después de años de cambios de presidentes y de camarillas son muchos los que se han dado cuenta de que el gobierno es malo, ya sea que se encuentre Pedro o Juan en el poder.

Últimamente las revoluciones se hacen por conquistar empleos o por cambiar de tiranos. Están hechas de ambiciosos contra ambiciosos, de gente harta de gozar contra individuos ansiosos de enriquecerse.

En Baja California los ambiciosos se daban la gran vida.

La revolución había acabado por ser un negocio más: daba buenos intereses y hacía ricos a quienes supieran medrar en sus aguas cenagosas.

Un carnaval interminable en que se divertían, del brazo y por la calle, porfiristas, huertistas y revolucionarios, empresarios extranjeros y funcionarios públicos.

Todos olvidando sus antiguas rencillas.

Todos festejando las riquezas por obtener, los placeres por consumir.

Hip, hip, hurrah!

**CXVIII. C–M Ranch, valle de Mexicali,
5 de agosto de 1911**

Llegamos en marzo de 1909 al valle de Mexicali.

Cientos a la vez.

Como una peregrinación.

Como un castigo.

Porque vivir aquí era un sacrificio.

Nos habían contratado en San Francisco.

Allá nunca nos dijeron de las calamidades que íbamos a padecer en este desierto.

Éramos *cooties*, la fuerza trabajadora del pueblo chino en América del Norte.

Habíamos construido ciudades enteras desde sus

cimientos, vías de ferrocarril de costa a costa, túneles bajo las montañas y puentes sobre ríos y mares.

Y ahora nos tocaba abrir canales de riego, desbrozar de matorrales el desierto y convertirlo en un emporio agrícola, en el afamado C-M Ranch, al servicio del general Otis.

Dos años después de nuestra llegada, Mexicali era un pueblo pequeño pero con una población grandísima. En todo el valle había unos cinco mil residentes, de los cuales cuatro mil quinientos eran compatriotas nuestros.

Por cada mexicano, cien de nosotros.

Hijos de Hong Kong y de Beijing.

Refugiados de Cantón y de Shanghái.

Cuando los revolucionarios se presentaron en el valle fue un tiroteo por todos lados: como el fin del mundo.

Pero nosotros seguimos cortando leña, aplanando el terreno, haciendo surcos en los campos de cultivo.

La revolución era cosa de mexicanos y de yanquis.

Nosotros estábamos al margen.

No era nuestra pelea sino la de ellos.

Nosotros siempre trabajando, con batallas o sin batallas, cumpliendo nuestro contrato.

Los rebeldes, mientras anduvieron por el valle, a veces se nos acercaban.

Nos pedían agua o comida.

Nos decían “camaradas”.

Los soldados mexicanos, en cambio, se reían de nuestro aspecto y de nuestra forma de hablar.

Nos llamaban “ojos rasgados” por nuestras facciones.

Nos decían “colas largas” por las coletas que usamos.

Los revolucionarios nos invitaban a tomar las armas, a que nos rebeláramos contra los capataces del rancho y tomáramos por la fuerza las tierras que cultivábamos.

Pero nosotros, los chinos, sabíamos que ésta no era nuestra tierra.

Que aún no la merecíamos.

Aún no.

Pero pronto, con los años, si aguantamos el calor, las polvaredas, las víboras, los temblores, todo esto será nuestro.

Por derecho de terquedad, por derecho de aguante.

Una nueva China surgirá aquí, en Mexicali, de nuestro trabajo y de nuestro esfuerzo: como un dragón nacido de este lado del mundo.

Como un nuevo comienzo para nosotros, los colas largas,
los ojos rasgados.

CXIX. SAN DIEGO, CALIFORNIA,

16 de septiembre de 1911

Mi hermana, Violeta, nos hizo unas cintas de tela roja con el lema del partido: “Pan, Tierra y Libertad”.

Las poníamos alrededor de nuestros sombreros.

Como una forma de que la gente supiera por qué luchábamos.

El problema era que aquellos bajacalifornianos no necesitaban pan ni tierra ni libertad.

Había suficiente de todo eso en aquellas inmensidades.

Una tierra desértica con pocos habitantes.

Una región casi al margen de la autoridad porfirista, donde la gente podía hacer lo que se le viniera en gana.

Y el pan, bueno, había pan en cualquier comercio al otro lado.

Pan de toda clase a precios accesibles.

Y ese error no fue nuestro.

Fue de los dirigentes de la junta revolucionaria allá, en Los Ángeles.

La culpa fue del Partido Liberal Mexicano.

Ellos pensaban que todo México era como el interior del país: una enorme hacienda con odiosos capataces y campesinos esclavos.

Pero esto era el norte.

Era la frontera.

Acá la gente vivía a sus anchas, trabajando para sí y no para otros.

Era el viejo oeste en plan moderno.

Con tecnología de la más avanzada gracias al capital estadounidense.

Aquí el terror feudal del porfiriato pocas veces se daba.

O lo padecían sólo los indios, los trabajadores de las minas y los chinos que cultivaban el desierto en pleno verano.

Y cuando quisimos encontrar una causa común, no nos creyeron.

Les dijimos: “Tomen las tierras de la Colorado River Land Company. Nosotros los apoyamos”.

Pero ¿cómo iban a creerle a un gringo que les pedía que se metieran con los guardias blancos, con los *rangers* texanos que custodiaban las propiedades extranjeras del valle de Mexicali?

Si locos no estaban.

Por eso, lo repito, no prendió el movimiento.

Por eso nuestra revolución quedó en pura pólvora mojada.

Un chispazo.

Un tiro al aire.

Al final, hoy puedo verlo, ganaron los rancheros.

Ganaron los comerciantes.

Ganaron los que no se arriesgaron.

Los que se quedaron al margen.

Porque nosotros, los que nos aventamos a la bola, los que desplegamos la bandera de la plebe, fuimos masacrados.

Nos abatieron en lo oscuroito.

Nos hicieron polvo en fosas comunes.

¿Quién nos recuerda ahora?

Nadie.

¡Nadie!

Somos fantasmas al viento.

Tolvaneras que sólo enrojecen la mirada.

Desde junio de 1911 todo ha sido represión.

Todo ha sido mano dura.

Ahora han aparecido, en los caminos vecinales paralelos a la frontera, grupos de vigilantes pagados por las cámaras de comercio de San Diego y Los Ángeles, puros matones al servicio de Otis y de Chandler, que golpean a cualquiera que ven como sindicalista, como insurgente.

Su lema es: “Aquí no admitimos radicales”.

Si te ven mal vestido o traes periódicos obreros, si tienes rasgos mexicanos y no contestas en inglés a todo lo que te preguntan, te dan una paliza y te ordenan regresar por donde has venido.

La tierra de la libertad es hoy la tierra del miedo.

No podemos andar por nuestro propio país sin que se nos exijan documentos de identidad, sin que se nos humille con bravuconerías por parte de los patanes al servicio de los grandes empresarios.

Y la policía, como en México, se hace de la vista gorda.

Dicen que muchos de estos vigilantes son hijos de la clase opulenta, niños mimados que los fines de semana vienen a

disfrutar la libertad de hacer estropicios contra los mexicanos revolucionarios y contra los sindicalistas estadounidenses.

Para ellos es un juego de sus fraternidades.

Una manera de divertirse a costa de los pobres *wobblies* que atrapan y golpean.

Se habla de sellar la frontera para que el contagio revolucionario no llegue a oídos de los campesinos y obreros de California; para que los trabajadores solidarios no pasemos al otro lado a luchar por una causa justa y necesaria. La causa de un México que sigue doliéndonos desde la derrota, que sigue pidiéndonos que lo liberemos de sus males, de sus desigualdades, de sus injusticias.

Quisimos cambiar el mundo y nos llamaron traidores.

Quisimos liberar a México de sus opresores y nos dieron la espalda los propios oprimidos.

Pero ya sabíamos de antemano que ésa iba a ser nuestra suerte.

Inocentes no éramos.

Conocíamos la sociedad comodina, medrosa, a la que nos enfrentábamos.

En la frontera pensamos que iban a entender nuestros propósitos, nuestras razones, el cambio por el que peleábamos.

Pero estos mexicanos fronterizos sólo querían seguir haciendo negocios con los yanquis, los ingleses y los franceses.

Eran capitalistas de mente y corazón.

Cuando les hablábamos del gobierno del pueblo para el pueblo, palidecían.

Cuando les asegurábamos que la tierra es de quien la trabaja, no de quien la compra o arrienda, nos miraban como si estuviéramos locos.

Y ahora que lo pienso, ellos tenían razón.

Estábamos locos.

Éramos hijos del espejismo y la quimera.

¿O de qué otra forma acabamos sacrificando nuestras vidas por una causa como ésta, por un pueblo que se decía patriota y vivía a expensas de los extranjeros?

Cuando pienso en todo lo que hicimos por México y los mexicanos sólo recuerdo a ese soldado federal que me llamó filibustero.

Filibustero su odio, su arrogancia, su ceguera.

Hicimos la revolución para evitar que hubiera amos y esclavos. Pero la esclavitud de la mente es la más difícil de quitar.

Aunque liberamos una parte de Baja California, no logramos liberar sus espíritus.

Ese fue nuestro fracaso.

Esa fue nuestra verdadera derrota.

CXX. Los Ángeles, California,

14 de octubre de 1911

Señor juez, señores del jurado, he venido por propia voluntad. El gobierno de Francisco I. Madero, al cual pertenezco, me ha pedido que comparezca ante ustedes y les aclare cualquier duda sobre mi conducta cuando fui revolucionario, cuando fui jefe del ala indígena magonista en los sucesos ocurridos este mismo año.

Yo, Emilio Guerrero, cucapá bajacaliforniano, fui elegido para conducir la lucha armada contra el gobierno opresor del general Porfirio Díaz y demás militares y soldados que estaban bajo su mando.

Unos dirán que recibí tal encomienda de la junta directiva del Partido Liberal Mexicano.

Así es.

Pero eso no cuenta toda mi historia.

Yo tomé el mando de una fuerza de indios nativos de la Baja California, como lo hicieran Camilo Jiménez y Antonio Cholay, mis hermanos cucapás que murieron luchando en el valle de Mexicali.

Los indios que me nombraron su comandante eran cucapás como yo, además de kiliwas y paipais, gente de la sierra y del desierto.

Ustedes, mis acusadores, creen que la revolución es una lucha entre gente blanca y gente blanca, entre las ideas de Carlos Marx y de Bakunin contra las ideas de Adam Smith y del tendero de la esquina.

Para nosotros, los indios, ése no era nuestro conflicto, nuestra pelea.

Nosotros nos alzamos en armas porque la “gente de razón”, como ellos mismos se llaman, estaba violando la tierra.

Violando, dije.

La sierra de Baja California, sus cerros y valles y montañas, la tierra toda, para nosotros, los verdaderos pioneros, es sagrada.

Y cuando la invadieron gambusinos por la fiebre del oro y luego la arrasaron las máquinas de las grandes empresas extranjeras, de las que muchos ensenadenses sacaban su

tajada como escribientes, abogados e ingenieros de minas, decidimos actuar.

Yo era el jefe de una ola enorme.

Pero esa ola les pertenecía a todos los indios de México.

Si me acusan de múltiples desmanes, no los niego.

Si me van a pasar factura, en mi persona, de su frustración ante el último alzamiento indígena en Baja California, adelante.

Yo sólo era el catalizador de una voluntad comunitaria.

De una reacción en cadena.

Se me dirá que mis incursiones por El Álamo, San Quintín y San Antonio del Mar causaron mucho daño.

No era nuestra intención, desde que nos declaramos públicamente en rebeldía, hacer daño sino mostrar que ya no seríamos pisoteados, que también nosotros éramos gente con razones para rebelarnos contra el mal gobierno, contra una sociedad que sólo quería explotarnos y no darnos nada a cambio.

Ahora me acusan de que ha decaído la minería en el Distrito Norte. Me alegro.

Hay sitios que se deben dejar intactos: tal y como fueron creados por la naturaleza.

Nuestra revolución no pretendía causar miedo a los

habitantes de Baja California, en especial a los ensenadenses y tijuanenses.

La lucha nunca fue contra el ciudadano común.

Ni contra el trabajador.

Si les causamos miedo es porque no entendían nuestra causa.

O sólo se asustaban con lo que ignoraban.

Porque, díganme ustedes, ¿nunca temieron por sus vidas bajo la bota del general Porfirio Díaz, o eran tan cómplices de los crímenes de esa dictadura que no decían ni pío?

Si a nosotros nos acusan de saqueo, a los empresarios que lucran con las riquezas de Baja California, ¿de qué van a acusarlos?

Si van a medirnos con una vara dura e inflexible, pido lo mismo para los asesinos en grupo, para la jauría de hienas que desató contra nosotros el coronel Celso Vega, de infausta memoria.

Nosotros robamos a los que robaban a los indios, a los que explotaban a los indios.

Si matamos a alguien fue después de comprobar sus fechorías y ante un tribunal conformado para que el acusado pudiera defenderse.

Los federales, como Vega, Mendieta y esa comadreja de

Lerdo González, ése sí un asesino a sangre fría, despachaban a los revolucionarios a pura ley fuga, a puro disparo por la espalda.

¿A quién hay que temer más: al ladrón que roba a ladrón o a los matones protegidos por el fuero militar que violan y asesinan por puro gusto?

Yo y mi gente robamos.

Pero no robamos para nosotros.

El dinero que obteníamos era para sufragar la revolución, para seguir peleando hasta que el dictador cayera.

Y, como ustedes saben, cayó y ahora vive exiliado.

¿No creen que deberían al menos agradecernos el esfuerzo que hicimos?

Nuestra revolución fue nativa.

Cuando hablan de filibusterismo no saben lo que dicen.

Nosotros, los nativos, tenemos miles de años viviendo en Baja California.

¿Y de qué nos sirve eso? De nada. En nuestras propias tierras somos marginados.

Nuestro levantamiento nació con la exasperación de siglos de opresión.

Los indios éramos y seguimos siendo los que más resienten

el abuso de poder de los militares sin escrúpulos, de los comerciantes voraces que nos ofrecen una botella de licor por un pedazo de tierra, de los científicos que hablan de progreso cuando el progreso sólo nos contempla en sus planes como obstáculos, como problemas por eliminar.

Nosotros, los indios, carecemos del derecho más elemental.

El derecho a decidir, por cuenta propia, nuestro destino.

Eso de que vivimos en el pasado es mentira: vivimos pensando que tenemos un futuro como todos ustedes, un porvenir para nuestros pueblos y nuestras familias.

Por eso elegimos sublevarnos.

El derecho a la revolución fue decisión de todos.

Si quieren culparme de eso, allá ustedes.

Pueden condenarnos a la pena de muerte.

Pero no pueden quitarnos el deseo de ser libres.

No pueden tomar lo que nos han querido quitar por tanto tiempo.

El sueño de una tierra sin socavones, de una montaña intacta bajo la mirada de los dioses, de una vida nuestra a pesar de todos los codiciosos.

Éste es el testimonio de mi participación en la gesta revolucionaria.

Yo, Emilio Guerrero, cucapá y revolucionario, no me arrepiento de nada.

Bueno, eso no es cierto.

Me arrepiento de no haber asaltado el puerto de Ensenada.

Y hacer que los indios se sentaran en la silla del coronel Celso Vega.

Y fumarán sus cigarros.

Y disfrutaran su cama de plumas.

Y comieran sus alimentos bien calentitos.

Para que pudieran conocer la paz de los privilegiados, con sus estómagos bien llenos, con sus cuerpos bien abrigados.

Eso es todo lo que tengo que decir.

Así pues, señor juez, señores del jurado, ¿cuál es mi sentencia?

¿De verdad?

¿Se retiran los cargos?

Gracias.

Espero que la noticia de mi exoneración llegue al lado

mexicano. Y que a los ensenadenses y a los tijuanaenses se les quite el miedo al cambio, a la revolución, a la anarquía. Sobre todo, el miedo a los indios que sólo queremos que se nos cumpla el ideal de Tierra y Libertad.

Los indios como yo.

Los indios como nosotros.

CXXI. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA,

8 de agosto de 1912

El chiste publicitario le había costado su trabajo como jefe de propaganda en la Exposición de San Diego–Panamá.

El chiste de proclamarse presidente de la República de Porfirio Díaz y luego, ante los cambios políticos, de la República de Madero, le había dado renombre mundial.

Ahora, a seis meses de estar a punto de ser procesado por violar las leyes de neutralidad de su país, Dick Ferris lograba su propósito frente a una multitud de eufóricos participantes.

Un orador lo presentaba como el salvador de los mexicanos.

–Ha sido una larga lucha. Han estado en su contra las autoridades de los Estados Unidos y las autoridades de

México. Generales van y vienen, pero el ideal de una república autónoma en Baja California es un sueño que Richard Ferris siempre ha buscado encarnar.

Un asistente le polveó un poco la cara.

–Sin su clarividencia, sin su olfato político, sin su amor por México, la ceremonia que hoy estamos presenciando no sería posible.

Dick se miró en el espejo y se ajustó el lazo de la corbata.

Estaba impecable en su apariencia, y lo sabía.

–Así que démosle una calurosa bienvenida al presidente electo de la República de Baja California, el único, el grande, el incomparable Richard Ferris.

Dick subió al estrado.

La banda tocó unos cuantos compases de una marcha militar y la música se detuvo a un gesto de Ferris.

–Ciudadanos y ciudadanas de este nuevo país, acepto con gran placer ser su primer presidente. Baja California es el futuro del mundo. No un futuro anarquista ni revolucionario. ¡No! Un futuro de prosperidad y riqueza para todos. ¡Que empiecen los negocios!

Y entonces un grupo de bailarinas con poca ropa salió al escenario y bailó una danza española.

Al público les chiflaba y aplaudía.

–¡Viva la república de Ferris!

–¡Vivan los negocios!

–¡Vivan las coristas!

Entre el público, en las últimas filas, un hombre al que le quedaba estrecho el traje que usaba, veía toda la presentación entre enojado y divertido.

Caryl Ap Rhys Pryce conocía bien a Ferris.

El cómico le había prometido la luna y las estrellas con tal de que lo dejara hacer su teatro en Tijuana.

Ahora dudaba de todo.

Tal vez la idea de Ferris era una burla de lo que el movimiento anarcosindicalista pretendía llevar a cabo en México.

Nunca les preguntamos a los mexicanos qué pensaban de nuestra loca idea de liberarlos.

Pero tampoco los militares, como Díaz o Vega, permitieron a su gente decidir por sí misma, vivir sin sus botas impecables encima de sus vidas, de sus pensamientos.

Con nosotros, al menos, los mexicanos podían comparar.

Podían decir acepto o no acepto.

Los aplausos a su alrededor lo devuelven al presente.

La función ha terminado.

Pryce se levanta de su asiento pensando que, para muchos estadounidenses, la revolución en Baja California no fue obra de los hermanos Flores Magón sino de un comediante sin escrúpulos.

Que no fue una obra comunitaria sino una comedia para su entera diversión.

Al salir a la calle se topa con un hombre joven, en camisa de manga larga, que sale de un taxi.

–¡Espere! Yo lo conozco a usted.

Pryce, por el instinto de sus años de clandestinidad, está a punto de correr, pensando que aquel sujeto es un policía.

–¡No se asuste! Mi nombre es William Selig y soy su admirador. Usted fue famoso, ¿no? En la Revolución mexicana. ¿Verdad que sí?

Frente al Masón Auditorium ambos hombres se estudian mutuamente, como si cada uno buscara valorar las fortalezas y debilidades del otro. El joven de camisa larga muestra la mirada de un examinador compulsivo de la humanidad.

–Usted, señor...

–Pryce, Caryl Pryce.

–Usted, señor Pryce, puede hacer carrera aquí, en Los Ángeles. Y yo tengo el negocio que usted requiere en el valle de San Fernando.

El galés ya ha oído esa oferta muchas veces.

–¿Como qué? ¿Como boxeador? ¿Como contrabandista?

El joven vuelve a escrutarlo con largueza, como si Pryce fuera un animal exótico, y le tiende la mano.

–Como protagonista de su propia historia. ¿Qué le parece?

CXXII. ISLA DE MCNEIL, WASHINGTON, ESTADOS UNIDOS,

2 de marzo de 1913

Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Ricardo Flores Magón y Anselmo Figueroa, con la venia de Francisco I. Madero, han sido arrestados por el gobierno estadounidense, procesados y declarados culpables de violación a las leyes de neutralidad.

Se les envía por tren a la prisión de la isla de McNeil, en el estado de Washington, el más septentrional de los estados de la costa del Pacífico, donde los cuatro integrantes de la junta directiva del Partido Liberal Mexicano enferman de gravedad. Los médicos del sistema penitenciario hablan de reacción a los alimentos marinos. Ellos saben que la causa de sus malestares es otra: envenenamiento.

En el año y fracción que pasan prisioneros en esa isla, Ricardo y Enrique discuten y analizan las causas de que la

revolución anarcosindicalista de 1911 no hubiera logrado imponerse a la reforma (nunca la llamaron revolución) maderista.

En marzo de 1913, ya enterados del asesinato del presidente Francisco Madero y del regreso de la dictadura porfirista bajo el usurpador Victoriano Huerta, Ricardo saca el tema a colación:

–¿Fuimos injustos considerando a Madero un incompetente?

–Un incompetente lo fue. Un traidor, ahora lo dudo.

La respuesta de Enrique conmociona a Ricardo.

–¡Explícate!

–Mira, el Tratado de Ciudad Juárez, que el finado firmó con el régimen de Díaz el 21 de mayo de 1911, lo decía todo. Después de que las fuerzas revolucionarias estaban triunfando a lo largo y ancho de México y avanzaban sin descanso, ¿qué hace Madero? Firma un tratado que desarma a los revolucionarios y deja intacto al ejército federal. Ahora la revolución va a volver a empezar desde cero, pues los que se opongan a Huerta tendrán que conseguir armas, municiones y monturas por su cuenta y riesgo. El Tratado de Ciudad Juárez no fue un acuerdo honorable: fue el testamento, por anticipado, de Madero y su régimen. Por eso lo llamo incompetente.

–En su caso ser un inepto era ser un traidor a la causa de la revolución.

–Pero, Ricardo, él no lo vio así: para Francisco era su forma de evitar que el derramamiento de sangre siguiera. Era un hombre de su clase y convicción: piadoso con sus semejantes, generoso con sus enemigos.

–Y ahora está muerto. Ejecutado como tantos de los nuestros en Baja California.

–No me extraña. Por allá, del brazo y por la calle, han de andar Celso Vega, Miguel Mayol y Victoriano Huerta. Todos esos militares son de la misma calaña.

–¿Y nosotros qué éramos para el *junior*? ¿Sus aliados? ¿Sus adversarios? ¿Sus compañeros de ruta?

Enrique siente la brisa helada del norte.

La isla McNeil es una prisión de alta seguridad, rodeada por un mar tempestuoso y gélido.

–¿Recuerdas cuando fueron a visitarnos nuestro hermano Jesús y Juan Sarabia en nombre de don Francisco?

–Sí, en 1911, cuando estábamos en plena campaña armada.

–¿Y qué nos pidieron, Ricardo?

–Unirnos a su movimiento, que yo fuera el vicepresidente y Madero el presidente cuando la revolución triunfara.

–Y yo el secretario de Gobernación, pero nos negamos rotundamente.

–¿Qué les propusimos a cambio?

–Una buena comida: Juan era puro huesos y pellejos. Acababa de salir de la prisión de San Juan de Ulúa.

Ricardo ríe ante la salida de su hermano.

–Hablo en términos políticos.

–Les propusimos que Madero, Villa, Zapata, Orozco, tú y yo formáramos una junta revolucionaria para gobernar México hasta que se consumara la revolución, hasta que nos libráramos de toda la canallada porfirista. El momento culminante sería cuando el pueblo eligiera libremente a su gobernante. Y pusimos una condición absoluta: que ninguno de los miembros de la junta podría ser candidato a la presidencia de la república hasta que no hubieran transcurrido los primeros dos periodos presidenciales. Esto era para cortar la posibilidad de que se estableciera de nuevo una dictadura porfirista con otro caudillo.

–Villa y Zapata aceptaron, pero Madero y Orozco no. Allí acabaron las negociaciones.

–Y Madero se hizo presidente de México.

–Y ahora está muerto, asesinado por el mismo ejército que juró defenderlo.

–Y nosotros seguimos disfrutando la hospitalidad del gobierno estadounidense.

Ricardo observa los primeros copos de nieve que van cayendo sobre sus cabezas.

–Al menos Villa y Zapata, como nosotros, están con vida y luchando.

–Es lo único que sabemos hacer.

La nieve continúa cayendo.

El horizonte se vuelve brumoso, impenetrable.

Los dos hermanos, los padres de la revolución anarcosindicalista, lo contemplan con los brazos cruzados.

Pacientes.

Tozudos.

Sin dar un paso atrás.

CXXIII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

24 de marzo de 1913

Caryl Pryce vive ahora en paz, en su rancho ganadero ubicado en la frontera, del lado mexicano, con su mujer, Consuelo.

Ya no es más el revolucionario terrible de otros tiempos, el arrojado comandante de la Segunda División del ejército revolucionario. Los años lo han vuelto un hombre de trabajo para el que la violencia armada es cosa del pasado.

Hoy se ha levantado temprano para llevar con sus vaqueros, antiguos camaradas suyos que hoy trabajan para él, un gran hato de ganado para vender en El Centro, California, a unos treinta kilómetros de su rancho.

A mediodía ha terminado con su negocio.

Él, Pryce, y sus hombres, unos cuarenta antiguos

revolucionarios que ahora viven acatando la ley, se dirigen al banco a depositar el dinero ganado con sudor y esfuerzo.

Una mujer que los ve entrar, una estadounidense con su abrigo de pieles y su collar de diamantes en el pecho, se asusta.

–¡Bandidos! –grita, y los señala.

El gerente del banco sale armado con una escopeta a ver qué sucede, pensando que está a punto de ser asaltado.

Al ver a Pryce y sus hombres suelta una carcajada.

–No, señora Worth, no son bandidos. Son mis mejores clientes.

La mujer, con su bolso bien sujeto entre las manos, no le cree y sale corriendo del banco.

Pryce ni se inmuta.

Ha visto semejantes reacciones muchas veces.

Se quita el sombrero y se sienta junto al gerente.

Quiere depositar sus ganancias.

Mientras tanto, en su rancho, una tropa de soldados federales se presenta.

Consuelo, su esposa, sale a recibirlos.

El oficial que la conduce la mira en forma lujuriosa.

–¿Es aquí el rancho de Caryl Pryce?

–Sí. Éste es.

–¡Quémenlo todo! Los rebeldes no merecen vivir en México.

Y agarrando a Consuelo, el oficial le espeta:

–Y tú vendrás conmigo.

Ella se resiste.

El oficial se la entrega a sus soldados.

–Cuídenla bien. Ésta es sólo mía.

El resto de la tropa entra a la casa, rompiendo todo lo que encuentra a su paso.

Luego incendian la propiedad.

Dos horas más tarde, Pryce y sus hombres sólo pueden observar las cenizas volando por el aire, los residuos ardientes.

Un mozo que se había ocultado sale de su escondite y les cuenta lo sucedido.

–¿Adonde se llevaron a mi esposa?

–Al cuartel en Mexicali.

Sus hombres se le acercan.

Todos se miran en silencio.

En el cuartel ya es de noche.

Dos guardias vigilan la puerta principal.

Dentro, toda la tropa está despierta, esperando el intento de rescate de Pryce y su gente.

Dos ametralladoras cargadas apuntan a la puerta principal.

El capitán aguarda.

Afuera, un atajo de toros bravos es dirigido contra la puerta del cuartel.

Los jinetes que los azuzan lanzan una bomba que explota frente a la puerta principal, haciéndola añicos.

Los toros bravos entran en tropel.

No es lo que esperaba el capitán, pero sus hombres abren fuego de todas formas para no ser corneados por aquellos animales furiosos.

Entonces los soldados caen muertos.

A sus espaldas, subiendo sin hacer ruido, aprovechando la confusión reinante, Pryce y sus hombres disparan.

El capitán corre a la habitación donde tiene prisionera a Consuelo.

Y la saca al patio del cuartel con un cuchillo amenazando su cuello.

–¡Cobarde! –grita Pryce.

–¡Quiero vengarme de ti! –grita el capitán.

–¿Quién eres? ¿Qué te he hecho?

–Soy el capitán que derrotaste en Tijuana.

–Nunca te vi la cara.

–Yo sí. Y ésta es la hora de mi venganza.

En ese momento un toro aparece, un toro que se lleva con sus largas, terribles astas, al capitán.

Pryce corre junto a su esposa.

Se abrazan.

Pryce voltea hacia sus hombres victoriosos.

–Nunca he negado mis actos. Fui revolucionario. Quise ser un pacífico ranchero. Ahora vuelvo a ser un luchador contra los militares. Ahora vuelvo a ser un rebelde armado.

Sus hombres lo vitorean.

Pryce y Consuelo se besan.

Un círculo negro los enfoca.

Aparece la palabra FIN.

Las luces se encienden.

El mayor Esteban Cantú se levanta de su asiento, incómodo, como el resto de los oficiales que lo acompañan.

Al salir del teatro México, en plena avenida Porfirio Díaz de Mexicali, prende un cigarrillo y luego, sin dejar de fruncir el ceño, le dicta a su asistente:

–Quiero un decreto para mañana. Uno que diga que todas las películas que se presenten en esta población pasen primero por el visto bueno de las autoridades.

–Sí, mayor.

–Ese Pryce sí que tiene suerte: en vez de acabar frente al pelotón de fusilamiento, como se merecía, se hizo artista de cine. Y ahora ya es famoso. Todo un *cowboy* revolucionario.

–Su película es una burla de nuestro sagrado ejército –comenta uno de los integrantes de su séquito.

Cantú concuerda con esa opinión.

–Hay que prohibir esa clase de propaganda subversiva, que sólo les hace el caldo gordo a los revolucionarios, perdón, a los malditos filibusteros. El cine es peligroso. Tanto o más que ese periodicucho de *Regeneración*. Ahora que mi general Victoriano Huerta hizo lo que no pudo el finado general Bernardo Reyes, hacer limpieza general, eliminar de una vez y para siempre a los hermanitos Madero, todo es cuestión de disciplina. De disciplina militar. Tenemos el deber de salvar a México de toda influencia revolucionaria, de toda esa bola de pelafustanes, sean maderistas, villistas,

zapatistas o floresmagonistas. Sólo así vamos a estar más tranquilos. Ya verán. Con la venia de mi general Huerta van a volver los buenos tiempos en que al ejército se le respetaba, en que los civiles nos obedecían sin pretextos legales. Ahora tenemos la sartén por el mango. Sólo hay que saber golpear duro. Una y otra vez. Hasta que el pueblo aprenda a obedecer por su bien. Todo sea por la unidad. Todo sea por México.

–Lo mismo digo, mayor.

–Ya era hora.

Cantú observa la cartelera del teatro.

–¿Qué sigue? –inquire.

–Una *troupe* de bailarinas recién llegadas. A las ocho de la noche es su *show*. Dicen que se encueran en una tina de baño con burbujitas.

A Cantú no tienen que decirle dos veces.

–Pues vamos a ver qué tan bien bailan y cuánto enseñan.

Al asistente del mayor se le ocurre una gran idea.

–¿Y si ponemos en el decreto que también las bailarinas pasen primero por el visto bueno de las autoridades?

A los oficiales les cae bien el comentario.

–Agrégale eso.

Cantú, sin una pizca de humor, le indica a un teniente:

–Si alguien más menciona la palabra “revolución”, en una película o entre el público, en la calle o en las cantinas, me lo encarcelan. De aquí en adelante sólo se puede hablar de orden y progreso. Sólo está permitido hablar bien del gobierno, de las instituciones públicas y de sus representantes. Nada de quejas. Nada de críticas. Nada de murmuraciones.

Y en grupo, sin pagar boleto, como dueños que son de México, los oficiales entran de nuevo al teatro.

Adentro todo es oscuridad. Todo es tinieblas.

CXXIV. BAJA CALIFORNIA, 1911–1913

En los meses finales de 1911, la revolución anarcosindicalista ya era, para los bajacalifornianos porfiristas de corazón, un mal trago, una guerra ganada por pura represión.

Pero al terminar el conflicto armado, los militares, que ahora habían jurado adhesión al nuevo gobierno emanado de elecciones libres, seguían buscando la revancha en el Distrito Norte.

Una venganza que iba en contra de la ley de amnistía decretada desde la caída de la dictadura porfirista, en mayo de 1911.

¿Se acuerdan de Mariano A. Barrera?

¿El propagandista del Partido Liberal Mexicano, al que

descubrieron con propaganda floresmagonista en enero de 1911?

Da la casualidad que, prisionero en Ensenada, intentó fugarse.

Sus guardianes se vieron en la penosa necesidad de dispararle por la espalda y rematarlo con un tiro de gracia.

Y los revolucionarios que se rindieron en territorio mexicano a las tropas del coronel Celso Vega parece que estaban tan mal heridos que, por pura compasión, les acortaron sus sufrimientos acribillándolos.

Y los rebeldes que, como Tirso de Toba, siguieron luchando más allá de julio de 1911, al ver que eran inútiles todos sus esfuerzos por levantar el movimiento revolucionario en la frontera, acabaron huyendo a los Estados Unidos. Y como en los mejores tiempos de don Porfirio, cuando agentes suyos intentaron secuestrar a Juan Sarabia y asesinar a Ricardo Flores Magón en el país vecino, a Tirso de Toba lo secuestraron en California con la anuencia del gobierno del país vecino y lo trasladaron a la fuerza a Mexicali, donde lo recibió el mayor Esteban Cantú en persona.

Para enjuiciarlo, según dijeron las autoridades mexicanas, por bandidaje.

Pero, como ya se iba haciendo costumbre, Tirso de Toba quiso fugarse.

De nuevo –qué remedio– le dispararon por la espalda sus valientes captores y asunto arreglado.

A Emilio Guerrero, quien llegó a servir en la policía de Mexicali bajo las órdenes del subprefecto Rodolfo Gallego, su amigo y protector, lo intentaron matar en Ensenada, y después de un juicio en Los Ángeles, lo mandaron preso a la ciudad de México.

Querían sentenciarlo a muerte. Pero decidieron darle la oportunidad de que escapara en una calle solitaria de la capital del país, cerca del palacio negro de Lecumberri. Listas las armas, sus guardianes se hicieron de la vista gorda.

Emilio no se movió.

Los guardianes, al ver que el prisionero no cooperaba en su propio asesinato, le quitaron las esposas.

Sólo se olvidaron de un detalle.

De la fuerza extraordinaria del jefe cucapá.

Antes de que pudieran levantar sus fusiles, Guerrero los golpeó con las cadenas y escapó de verdad.

El general Victoriano Huerta, al que la ley fuga lo había llevado al poder presidencial, puso a todo el ejército a su mando a buscarlo, a recapturarlo, a matarlo donde lo encontraran. Emilio Guerrero se convirtió en uno de los “criminales” más buscados de México y tuvo que escapar a Centroamérica.

Hasta allá lo persiguieron los huertistas.

Nunca lo encontraron.

En Baja California, sin embargo, el revanchismo contrarrevolucionario siguió su curso. En sus memorias, el coronel Esteban Cantú olvida mencionar que Huerta lo hizo coronel, pero se ufana de que, al estar vigilando la frontera en Tecate, a fines de 1911:

Me ordenaron de Ensenada enviara escolta al Paso de Picachos, a recibir cinco presos con destino a dicho puerto. Nombré al auxiliar Fructuoso Gómez como comandante de la escolta compuesta de diez auxiliares, todos montados, saliendo ese mismo día. Cuatro días después regresó dando parte de habersele desertado tres filibusteros de los que habían asaltado el rancho de Cañada Verde, matando a su propietario señor Pedro Arguilés, y presentando tres pares de orejas me dijo: “Mi jefe, me incorporo con la novedad de haberseme fugado tres de los presos, pero aquí están las marcas de éstos”. Lo reprendí explicándole que esos actos no se cometen, ordenándole quemara las orejas y guardara el más absoluto secreto, pues podrían sobrevenir serias responsabilidades. A lo que contestó: “Muy bien, mi jefe, pero si los dejo sin el castigo que se merecen como traidores a México, tendríamos tres enemigos más”. Le repetí observara el más completo silencio. No tardó una semana sin que se preguntara a Ensenada, al general comandante militar, si sabía quiénes mataban gente a

inmediaciones de Jacumba y les cortaban las orejas. También la prensa americana hablaba del asunto. Se me ordenó pasar a Ensenada para que declarara en relación con los sucesos. Afirmé que la tropa a mi mando nunca pasaba de la línea internacional, la cual era vigilada constantemente por patrullas y demás servicios fiscales y de migración americanos y que probablemente se trataría de rencillas entre los grupos de ladrones que traficaban a espaldas de la ley, tanto en Estados Unidos como en México. Por más interrogatorios que me hicieron, no lograron sino confirmar mi dicho. No podría proceder de otra manera, debido a la confianza que tenían en mí todos los soldados a mis órdenes, a quienes sin excepción trataba como soldados y como amigos.

En cuanto cómplice de asesinatos y torturas, Cantú ofrece una visión de los soldados bajacalifornianos como mochaorejas. El mismo solapa esas conductas porque son parte de una tradición militar porfirista de cerrar filas, de llamar filibustero a todo revolucionario, de eliminar a los insurrectos provocando el temor entre la población y matando no sólo a combatientes armados sino a mujeres indefensas.

En noviembre de 1913, de nuevo se enfrentan, en el campo de batalla, los porfiristas (ahora bajo el mando del general Victoriano Huerta, el usurpador) y los revolucionarios (que luchan por cumplir el ideario democrático del asesinado

presidente Francisco I. Madero). De un lado, el teniente coronel Esteban Cantú; del otro, el maderista Rodolfo Gallego, combatieron en las Arenitas, en el valle de Mexicali. Cantú ganó y las tropas de Gallego huyeron al vecino estado de Sonora, dejando atrás a heridos y personas que los acompañaban.

Entre estas personas estaba Margarita Ortega. Las fuerzas huertistas, entre cuyos oficiales se hallaba el coronel Esteban Cantú, la hicieron prisionera.

No pudo huir porque llevaba a su hija Rosaura, enferma mental, con ella.

Los soldados huertistas torturaron a Margarita Ortega por cuatro días.

Querían que les revelara los nombres de los simpatizantes revolucionarios en Mexicali.

Ella se negó a hacerlo.

Le dieron de latigazos.

Ella guardó silencio.

Le arrancaron las uñas.

Ella sólo les gritó “cobardes”.

Margarita Ortega era una anarquista convencida.

Una mujer más fuerte que todos ellos.

CXXV. MEXICALI-LAGUNA SALADA,

20-24 de noviembre de 1913

Daba vueltas.

Daba vueltas por su diminuta celda en el cuartel militar de Mexicali, sede del regimiento de caballería Esteban Cantú, sede del 25 Batallón de Infantería del glorioso ejército huertista.

Ahora Margarita Ortega ni eso puede hacer.

Todo su cuerpo se estremece por la fatiga, por el dolor que está más allá del dolor.

Lleva dos días parada, sin poder sentarse ni un minuto siquiera.

A veces intenta sostenerse de las rejas, pero los guardias tienen instrucciones de golpearla con sus cachiporras.

A veces no puede más y se desmaya.

Cae al suelo cuan larga es.

La despiertan a patadas, a cubetazos de agua fría, a mentadas de madre.

Le dicen que a Rosaura, su hija, ya se la chingaron, que ya probó verga y le gustó, que la van a entregar a un burdel para que desquite la comida que le han dado.

Se lo dicen como si estos soldados no tuvieran esposas e hijas.

Como si fueran hienas que ríen de la desgracia ajena.

Y todo vuelve a su rutina: la levantan en vilo y la dejan de pie, agonizando de dolor, estremecida de vergüenza.

Todo se ha vuelto como un sueño.

No: como una pesadilla.

Margarita cree recordar una visita repentina un día antes.

El coronel Esteban Cantú, con su bigote reluciente de oficial prusiano, le abre la puerta a un hombre vestido de civil.

—¿La reconoces, amigo?

El hombre la observa con asco, con repulsión.

—Sí. Es ella. La espía de los floresmagonistas. Se hacía pasar por criada en casa del cónsul Enrique de la Sierra en Calexico.

Era oreja de los anarquistas.

Margarita, a pesar de su lamentable estado, también lo reconoce.

Es Gustavo Terrazas, el que era subprefecto de Mexicali en enero de 1911.

–Le vamos a dar su paseíto en cuanto revele todo lo que sabe.

Ambos ríen en su cara, sabiendo que ella entiende lo que significa dar un paseíto.

Vas a morir, Margarita. Hasta aquí llegó tu canción de libertad.

No. Yo muero. Pero la causa sigue adelante.

Pobre mi hija, Rosaura, Rosaurita, que nada debe.

Debí dejarla en Yuma.

Pero ella no puede valerse por sí misma.

Si al menos no hubiera muerto mi hijo Irineo, tan joven, tan diligente.

Él podría haberla cuidado.

Ahora es tarde para todos mis planes.

Ahora es tarde para la revolución que deseábamos.

Alguien abre su celda y le pone cadenas en las manos.

Cuando sale al patio del cuartel descubre que es de noche y ve el carruaje destartado en que la llevarán a ejecutar.

Parece que tengo pasaje gratis al otro lado, piensa.

El coronel Cantú se acerca al grupo de soldados que la custodian.

Entre ellos ríen y se pasan una botella de aguardiente.

–Dense valor para matar a una mujer –logra espetarles.

Pero ellos siguen felices en su aquelarre.

Una hora después la bajan en plena Laguna Salada, en la misma planicie desértica donde casi tres años antes empezara la revolución floresmagonista en Baja California.

Dos soldados la sostienen y la colocan frente a una tumba recién cavada, apenas un agujero de un metro de profundidad.

Margarita siente que todo aquello le es ajeno, que un vértigo profundo se apodera de ella.

Observa sobre su cabeza el firmamento estrellado, la Vía Láctea en toda su magnificencia.

Es hermoso morir a la intemperie, reflexiona.

Y más hermoso sería morir sabiendo que mi hija está a salvo.

Perdóname, Rosaura, perdóname.

No debí meterte en esto.

No debí traerte a cuestras.

Pero nadie quiso quedarse contigo, nadie quiso cuidarte, reparar tus estropicios, calmar tus rabietas.

Lo siento, Rosaura, hijita mía.

Fui tu salvación y tu perdición.

Fui tu relato de princesas y tu cuento de horror.

Perdóname, Rosaura. Rosaurita, hija mía.

Perdóname.

Un capitán se le acerca con la pistola desenfundada.

–¿Algo que decir, pinche puta anarquista? ¿Algún mensaje para tus camaradas?

Margarita, que ha dado media vida a la causa, sólo puede decir su credo:

–¡Tierra y Li...!

El primer disparo le hace un boquete en el pecho.

Los dos soldados que la sostenían la dejan caer como un fardo inerte.

El capitán termina su tarea con la frialdad profesional del que ya ha hecho antes esta clase de ejecuciones.

Se aproxima al cadáver de la revolucionaria y le dispara en la cabeza.

El tiro de gracia le desfigura el cráneo a Margarita, la deja irreconocible.

Un soldado se aproxima con una pala, pero el capitán lo detiene. –Deja que se la coman los coyotes. Al menos para eso servirá: para alimentar a las fieras.

El capitán, sin embargo, no se retira. De un bolsillo de su chaqueta militar saca un puñado de viejos ejemplares de *Regeneración*, periódicos que la propia Margarita llevaba escondidos al momento de su captura.

El oficial se arrodilla junto al cuerpo de la mujer y le mete los papeles en la boca.

Con fuerza, hasta el fondo.

–Para que tengas algo que leer en el infierno, cabrona.

El resto de la tropa hace como si no viera.

Un coyote aúlla cerca del destacamento militar, tal vez porque ha olido la sangre derramada, tal vez porque el cuerpo de Margarita será su próxima cena.

En Laguna Salada todo es lejanía, todo es misterio.

Por eso las tropas cantuistas vienen aquí para fusilar a los revolucionarios, para hacerlos desaparecer en descampado.

Cadáveres que se vuelven, por la rauda acción del sol y las

bestias salvajes, tirones de carne, huesos rotos, polvo al viento.

Es tanta la persecución desatada, tantos los fusilamientos clandestinos, tantas las fosas a la intemperie, tanta la secreta eliminación de los revolucionarios anarcosindicalistas, que Ricardo Flores Magón sólo se enterará de la muerte de Margarita Ortega ocho meses más tarde, en junio de 1914.

Y los detalles de su asesinato siempre serán fragmentarios, confusos, contradictorios.

Rastros olvidados.

Leyendas que se susurran de noche.

Historias de aparecidos en las rancherías del desierto. Para que nadie meta las narices donde no lo llaman. Para que nadie ande escarbando donde no debe.

Decía Ricardo Flores Magón que en los años que siguieron a la revolución de 1911 en el Distrito Norte de la Baja California, esta entidad fue el centro de una rabiosa campaña de exterminio, de una serie de programas no sólo contra los revolucionarios anarcosindicalistas que tomaron las armas, sino también contra los simpatizantes de las ideas libertarias, contra los lectores de *Regeneración*.

Una campaña de terror bien calculado, de asesinatos impunes.

Era tanto el odio de los militares contra los

anarcosindicalistas que Baja California era, hacia fines de 1913, una entidad de rancherías indígenas desiertas, de poblaciones fantasmas; un Distrito Norte cuyos barrancos, mares y desiertos funcionaban como cementerios clandestinos, como fosas comunes para los cadáveres de hombres y mujeres cuya única culpa era haber luchado contra las dictaduras de Porfirio Díaz y de Victoriano Huerta. Por eso el coronel Cantú se dedicaba a borrar todo rastro de revolución. Para imponer su versión de que él y sus soldados combatieron una invasión extranjera, que esos muertos no tenían ninguna importancia porque eran puros filibusteros, puros invasores. Como Mariano Barrera. Como Tirso de Toba. Como Margarita Ortega.

Fantasmas que ululan entre los arenales.

Espantos que vagan, por el ancho mundo, sin descanso ni sosiego.

Remolinos rebeldes que bailan sobre las dunas, que brillan bajo el sol.

CXXVI. UTAH STATE PRISON WARD, SALT LAKE CITY, 18–19 de noviembre de 1915

Joe Hill regresa a su celda de confinamiento, en la sección de los condenados a muerte.

Después de tres juicios en su contra, después de una lucha cuesta arriba contra el sistema de justicia, después de ser acusado del asesinato de John G. Morrison, el dueño de una tienda de abarrotes, ahora sólo le quedan unas cuantas horas de vida.

De nada han servido las peticiones de grandes figuras públicas al gobernador de Utah para que cambie su sentencia de pena de muerte a prisión perpetua.

En Salt Lake City, los empresarios mineros lo ven como un símbolo a destrozar.

El cantor de la clase trabajadora.

El impulsor, con sus horrendas canciones anarquistas, de huelgas en las minas de cobre del Estado.

La campaña de la prensa en su contra lo tilda de todo: un ser débil, tembloroso, que llora como niña en la prisión; un monstruo sanguinario; un asesino cruel y despiadado.

Joe entra a su celda y descubre algo nuevo en su interior.

Una guitarra.

No, no cualquier guitarra.

Su guitarra.

La que Scott Wheeler se llevara, por pura maldad, cuando escapó de Tijuana con miles de dólares.

Joe toma la guitarra y voltea a ver al guardia que lo vigila en ese instante.

–¿Y esto?

–El tipo que vino tiene influencias. Dijo que te pertenecía. Puedes tocarla si quieres.

–¿De aquí hasta que amanezca?

El guardia le da la espalda, como si eso no fuera de su incumbencia, y se pone a leer el periódico.

Joe pronto se da cuenta de que su guitarra ha sido bien cuidada.

Que está afinada y lista para entrar en acción.

Luego recapacita y la deja sobre la cama.

–¿Cuántos vendrán? –pregunta en tono neutro.

El guardia sigue dándole la espalda.

–¿Periodistas? Decenas. ¿Mirones? Un centenar. No sé cómo van a caber en el patio. Debimos vender las entradas.

–Tontos ustedes –intenta bromear Hill–. Yo siempre soy un espectáculo garantizado.

El director de la prisión entra intempestivamente, acompañado de un par de celadores.

–¿Todo bien, Joe?

–Todo bien.

–El presidente Woodrow Wilson ha mandado una petición al gobernador para que te perdone la vida. Era tu última oportunidad. Pero el gobernador se ha negado. Lo siento, muchacho.

–Yo lo siento más.

El director observa la celda y a su prisionero con atención.

Todo parece en orden.

–¿Alguna petición especial? ¿Alguna ayuda espiritual?

–No soy adicto a esa droga. En cuanto a la petición, voy a escribir unas cartas para la gente de la que quiero despedirme. ¿Me da su palabra de que llegarán a su destino?

–No te preocupes, Joe: llegarán a quien tú quieras. Nunca me ha gustado engañar a los hombres del pabellón de la muerte. Me despido hasta mañana.

De nuevo queda solo, con excepción del guardia que lo vigila.

Por si intento suicidarme y tienen que cancelar el espectáculo de mi acribillamiento.

Son las siete de la noche.

Durante las siguientes horas, Joe Hill se dedica a escribir cartas a sus mejores amigos. En una de esas cartas escribe:

No soy vengativo.

No guardo rencores. Pero me siento víctima de un juicio injusto.

Siempre, en el transcurso de mi vida, he intentado hacer lo correcto. No tengo a nadie, ahora mismo, a quien pedirle perdón.

En otra carta escribe:

Moriré como un rebelde de corazón.

No gasten tiempo en compadecerse de mi muerte.

Olvídenme y sigan caminando hacia la emancipación.

Hacia la libertad.

A Elizabeth Gurley Flynn, su amiga y confidente, le mandó sus últimas composiciones.

Despedirme de todos se está volviendo monótono.

Tú, muchacha rebelde, siempre has sido mi inspiración.

Tuyo aquí y más allá.

Está a punto de cerrar el sobre para Elizabeth.

Pero la guitarra, a su lado, lo llama.

La toma con cuidado y cierra los ojos.

¿Qué puedo decir si ya lo he dicho todo?

No. No es cierto.

Tengo tantas cosas por decir.

El aroma de la madera lo devuelve a México.

Le hace recordar sus días de revolucionario en Baja California, en el ejército floresmagonista.

¿Qué habrá pasado con todos ellos?

Supe que a Jack Mosby lo mataron en 1912 por la espalda, cuando lo trasladaban a la isla de McNeil, después de que se negó a declarar contra los hermanos Flores Magón. Que fueron los *marines* que lo custodiaban porque tenían órdenes de liquidarlo, órdenes del propio gobierno, para que ya no diera más lata en la frontera, para que otros desertores no siguieran su ejemplo revolucionario. Aunque hay

camaradas que me dicen que Mosby purgó dos años de cárcel, que sigue vivo en alguna parte del país.

Supe que Caryl Pryce no nos traicionó, como tantos afirman; que no se alió con Dick el payaso Ferris, sino que se hizo maderista y luego se convirtió en astro del cine, el *cowboy* de los pobres, el héroe de celuloide.

Supe que José María Leyva sigue peleando en México por la democracia que nunca llega a concretarse.

Que Ricardo Flores Magón entra y sale de la cárcel, acosado por el gobierno de mi país.

Las manos de Joe Hill son más rápidas que su pensamiento.

Los primeros acordes van saliendo solos.

La melodía emerge sin obstáculos.

¿Pero qué quiero expresar a unas horas de que me maten?

¿Mis temores? ¿Mis arrebatos? ¿Mi rabia exasperada?

No. Esta será mi última canción.

Debo seguir siendo la voz de mis camaradas.

La voz de un profeta que clama en el desierto.

Y todos sabemos que los profetas pueden ver la roja ciudad del futuro, la tierra prometida para su pueblo.

Ese es su privilegio.

Pero ese don tiene un precio.

Nunca llegamos a esa tierra.

Sólo indicamos el camino.

La dirección correcta para alcanzarla.

Y Joe Hill canta sin más auditorio que el guardia que no lo pierde de vista, un público hostil que, sin embargo, no se queja ni le ordena callarse:

*La revolución no termina
frente al pelotón de fusilamiento.
La revolución no concluye
ni siquiera con el último Aliento.*

*La revolución es la balada
de la buena miga,
el himno de los desamparados
que a los pobres abriga.*

*La revolución es la música
que nunca termina,
mientras otros la canten,
mientras otros la vivan.*

*Eso es lo que he aprendido
viviendo mi suerte,
eso es lo que he aprendido
capoteando a la muerte.*

Joe Hill es quien te habla,

*camarada y amigo.
Joe Hill es quien se marcha
de frente al enemigo.*

*No olvides mis palabras
cuando un mundo nuevo exista,
no olvides mis canciones:
son para que ustedes resistan.*

Ahora sí ha terminado.

Escribe la letra y la tonada y la mete en el sobre.

Que Elizabeth haga con ella lo que le plazca.

Joe deja la guitarra recostada contra la pared.

Está a punto de acostarse.

Pero necesita escribir algo más: su testamento.

¿A quién voy a dejar mis pertenencias?

¿Esta guitarra?

¿Estas hojas de papel y esta pluma?

Eso es todo lo que poseo.

Joe Hill escribe, en una hoja en blanco, su última voluntad:

*Yo sólo canté lo que vi.
Yo sólo canté lo que deseaba para todos.
No lloren por mí: sigan adelante.
No lloren por mí: organícense.*

A la mañana siguiente, Joseph Hillstrom, mejor conocido como Joe Hill, es llevado al patio de la prisión, encadenado a una silla y fusilado con los ojos vendados ante la presencia de periodistas que lo han descrito como un monstruo sanguinario, como un peligro para el país; ante un público que lo odia por apoyar a los mineros y atacar, con sus canciones, la codicia de los empresarios de la entidad.

Son tres balas las que perforan su corazón y le dan muerte a las 7:45 de la mañana.

Este hecho es considerado por los miembros de la unión sindicalista, la Industrial Workers of the World, un crimen de Estado.

Con los años y las décadas, a Joe Hill se le verá como el Woody Guthrie de su tiempo, como el Bob Dylan de su generación.

Poco después de su funeral, Alfred Hayes y Earl Robinson, dos camaradas suyos, escriben la canción “I dreamed I saw Joe Hill last night”. Su letra dice lo que muchos pensaban entonces:

“They shot you Joe”, say I.

“Takes more than guns to kill a man.”

Says, Joe, “I didn’t die”.

Says Joe, “I didn’t die”.¹

1 «Te dispararon Joe», pero digo yo.

«Se necesita más que armas para matar a un hombre».

Una semana más tarde, Caryl Pryce, ex comandante revolucionario, actor de cine en Los Ángeles y protagonista de varias películas de vaqueros, recibe en su casa la guitarra de Joe.

Será su amuleto el resto de su existencia.

Y lo mantendrá a salvo durante sus años de policía en Canadá, de soldado británico en la primera conflagración mundial y de agente encubierto en Medio Oriente en la segunda Guerra Mundial.

Pryce morirá, como oficial condecorado por su valentía y arrojo, en su cama, al lado de los suyos, en su Gales natal.

Al morir, la guitarra de Joe Hill estará a su lado.

Como su talismán.

Como su mejor compañía.

Dice, Joe, «Yo no morí».

Dice Joe, «No moriré». [N. e. d.]

CXXVII. MORELOS, MÉXICO,

7 de febrero de 1916

Los revolucionarios que llegaron al valle, los que tomaron Mexicali y Los Algodones, los que luego cruzaron la sierra y atacaron Tecate, los que les dieron varias tundas a los federales, no eran sólo extranjeros y mexicanos, porque también nosotros, los indios cucapás, íbamos a su lado. Y no sólo a su lado: éramos los guías, las avanzadas del movimiento.

Ahora que el coronel Esteban Cantú, el porfirista, el maderista, el huertista, el villista y el carrancista, es amo y señor de estas tierras, muchos andan diciendo que éramos filibusteros los revolucionarios, que todos éramos yanquis deseosos de apoderarnos de la Baja California.

¡Esas sí son chingaderas!

¡Y lo digo yo a quien se me ponga enfrente!

Yo, Emilio Guerrero, y más de sesenta guerreros de los míos, estuvimos siempre del lado de los floresmagonistas.

Y no fue por accidente o por ignorancia.

¡No, qué va!

Fue porque acá, en la frontera, éramos los esclavos de todos, los que recibíamos los peores insultos, los que no teníamos dónde caernos muertos.

Si nos pasábamos a los Estados Unidos, nos metían en reservaciones, nos llevaban a sus templos y nos inculcaban sus dioses sufrientes, sus vírgenes locas.

Si vivíamos de este lado, en este México nuestro, nos trataban como niños. Éramos los mandaderos de todo el mundo, los sirvientes sin paga.

Ahora afirman que la revolución no fructificó en el norte porque acá nadie necesitaba pan, ni tierra, ni libertad.

¡Puras sandeces!

Nosotros comíamos lo que daba el río Colorado, pero luego lo hicieron propiedad de la Colorado River Land Company y sus guardias nos venadeaban a la menor provocación.

Nosotros carecíamos de tierras.

Nos orillaban al desierto.

Nos forzaban a quedarnos donde sólo había salitre.

Acabamos cerca del cerro Prieto, donde salían esas fumarolas que mareaban a la gente y la hacían vomitar.

Y luego vinieron los yanquis viejos, los enfermos de tuberculosis, para aliviarse en esas aguas salobres, y nos pegaron sus enfermedades.

En 1901 éramos miles, nosotros, los cucapás.

En 1911 no pasábamos de unos centenares.

Por eso, cuando José María Leyva y su gente nos pidieron ayuda se la dimos.

Por eso, cuando los revolucionarios llegaron a Mexicali echando balazos, nosotros ya los habíamos puesto sobre aviso de dónde estaban los opresores del pueblo, cuántos rifles tenían, con cuántos caballos contaban.

Fuimos los ojos de esa revuelta.

Y vaya que vimos más lejos que todos, porque el horizonte que deseábamos era el de la mera libertad.

La libertad de los indios como yo.

Por eso maté y fui herido. Por eso anduve partiéndome la madre: del desierto a la montaña, de la frontera a San Quintín.

Y luego la revolución fue agotándose, como una planta que ya no crecía por falta de cuidado.

Un espejismo hermoso pero inalcanzable.

Traté de volver a ser un simple ciudadano.

Pero ya estaba sentenciado a muerte por los militares, por los rancheros.

Fui enjuiciado en México por gente que odiaba a los indios.

Bajé a las tierras húmedas donde nadie me conocía, donde el canto del quetzal era un despertar a otro mundo, a otra vida.

En cada pueblo que llegaba preguntaba por la revolución.

Nadie me respondía.

Volví a mi país como un vagabundo, como un viajero sin nombre.

Hasta que llegué a Morelos y conocí al general Zapata.

Y supe que había esperanza.

Que no todo estaba perdido.

CXXVIII. LEAVENWORTH, KANSAS,

6 de diciembre de 1920

Cartas y libros.

Esa es hoy mi vida.

Y abogados que se afanan en darme esperanzas.

O amigos que siguen a mi lado, como Ethel Duffy, quien ahora me asegura que, con la llegada de los sonorenses al poder, todo será distinto; que Álvaro Obregón, asesorado por Antonio Villarreal, mi antiguo compañero del Partido Liberal Mexicano y ahora ministro de Agricultura, ha dicho lo inimaginable: que “el socialismo es un ideal que debemos alentar todos los hombres que subordinamos nuestros intereses personales a los intereses de la colectividad para buscar una distribución más equitativa entre los bienes con que la naturaleza dota a la humanidad”.

Ahora comienza el reparto agrario.

Nuestro programa vuelve a la palestra, se pone en acción.

Eso me parece bien.

Pero lo que sucede en México allá se queda.

Acá, en Kansas, en esta prisión donde todo se pudre a la intemperie, donde la vida es una monótona rutina, nada de eso importa.

Mi existencia es sólo del pensamiento.

Mi cuerpo está cansado, no así mi espíritu. Por eso no puedo retractarme de mis ideas. No puedo pedir perdón a las autoridades para que me liberen. Son ellas las que deben pedírmelo a mí. Es el Departamento de Justicia de los Estados Unidos de América el que debe aceptar su error.

Sus prejuicios contra nuestro movimiento.

Su odio contra nuestras ideas.

Si me ven como un simple individuo, ¿quién soy?

Un mexicano exiliado llamado Ricardo Flores Magón.

Un hombre que sacrificó todo por lo que creía.

Que no quiso ser rico o famoso.

En vez de todo eso he vivido una buena parte de mi vida prisionero.

Eso sella mi destino: me pudriré y moriré dentro de estas horrendas paredes que me separan del resto del mundo.

Porque no voy a pedir perdón.

¡No lo haré!

Soy un anarquista.

Eso debe explicarlo todo.

No voy a darles la espalda a los trabajadores.

No franquearé estas rejas a precio de tamaña vergüenza.

Soy leal al pueblo.

Soy fiel a la humanidad.

Por eso digo que no sobreviviré a este cautiverio, que mis enemigos se encargarán de que muera tras estas rejas. Pero cuando muera, tal vez mis camaradas inscriban en mi tumba una sola frase. Algo como: “Aquí yace un soñador”.

Y mis enemigos, que nunca me han faltado, dirán: “Aquí yace un loco”.

Pero no habrá nadie que se atreva a estampar esta inscripción: “Aquí yace un cobarde y traidor a sus ideas”. Porque eso jamás lo he sido. Porque nunca he dejado de creer en la fraternidad, en la libertad y en la justicia social.

Quizá yo no veré estas ideas puestas en práctica en todo México y, por qué no, en todo el mundo.

Pero otros las verán en el futuro.

Y cuando llegue ese día entenderán que la luz de la libertad venía de los oscuros tiempos en que hoy luchamos.

Que fuimos nosotros los que no claudicamos.

Nosotros, los tercos.

Nosotros, los idealistas.

Nosotros, los profetas que no alcanzamos a ver la tierra prometida.

Nuestra anarquía en plenitud.

Nuestra orgullosa locura.

CXXIX. CIUDAD DE MÉXICO–LOS ÁNGELES,

18 de diciembre de 1920

Después de una larga espera y de escuchar ruidos raros en el auricular, la telefonista le dice al periodista John Kenneth Turner que la línea está funcionando, que ya puede hablar.

–Ethel, ¿me escuchas?

–Sí, John. ¿Desde dónde me llamas?

–Desde la ciudad de México. ¿Cómo estás?

–Bien. ¿Y tú?

–Haciendo progresos con mi reportaje sobre el ejército libertador del sur, los zapatistas. Me entrevisté con varios de ellos hace unas semanas y visité a nuestro viejo amigo, Antonio Villarreal.

Él es ministro de Agricultura y Fomento en el nuevo

gobierno que preside el general Álvaro Obregón. Se acuerda mucho de ti y te manda saludos.

–Lo recuerdo bien. En los felices tiempos floresmagonistas.

–Sí. Antes de que el Partido Liberal acabara destrozado por las disensiones. Muchos de ellos, como Villarreal, José María Leyva y Rodolfo Gallego, se pasaron al maderismo.

–Pero sigo diciendo que fueron buenos tiempos, John. Y más contigo de contrabandista en la frontera.

–Tienes razón. Cuando regrese quiero darme una vuelta por Mexicali, sobre todo ahora que ya no está el coronel Esteban Cantú y su banda de porfiristas rencorosos.

–¡Qué bueno que lo mencionas! Gente nuestra en San Diego me informó que este coronel Cantú se ha coludido con compañías petroleras, compañías como la Standard Oil, que están contra el gobierno de Obregón.

–¿Coludido para qué?

–Para lanzarse a conquistar Baja California. Cantú está formando un ejército de mexicanos nostálgicos del porfiriato con dinero de empresas petroleras americanas. Van a invadir México el próximo mes.

–¿Por dónde piensan atacar?

–Por la sierra, creo. Por Tecate.

–Mañana mismo le aviso a Villarreal. Qué curioso, los

porfiristas terminaron en el papel que más decían combatir: como filibusteros. Y hablando de aquellos tiempos, ¿sabes quién andaba con los zapatistas?

–No. Anda, John, dímelo.

–Emilio Guerrero, el jefe revolucionario cucapá.

–¿El que mataron en Mexicali?

–No. Ese era Camilo Jiménez. Emilio anduvo con Simón Berthold y con Jack Mosby, en El Álamo y en Tijuana. ¿Recuerdas? ¿Al que le hicieron un juicio en Los Ángeles y salió libre?

–Ya sé quién dices. Salúdame también. ¿Y qué anda haciendo tan lejos de su tribu?

–Cantú y su gente se la tenían sentenciada si ponía pie en Baja California.

–Cuando pienso en aquel año de 1911, maravilloso y terrible a la vez, me doy cuenta de que todos sufrimos las consecuencias de nuestra postura libertaria, que todos pagamos un alto precio por querer liberar a México de esa horrenda dictadura. El general Otis intentó acallarnos en todas las formas posibles, y por nuestra participación a favor de los floresmagonistas, en California se implantaron leyes que prohibían los discursos en la calle, las manifestaciones públicas. Buscaban silenciarnos, borrarlos del mapa. Crearon, incluso, grupos de vigilantes que golpeaban a todo sospechoso de ideas radicales. Había retenes en las

carreteras de San Diego y el valle Imperial, con personas, la mayoría comerciantes, que nos tenían identificados y no nos dejaban acercarnos a la frontera. Éramos indeseables en nuestro propio país.

–Nos temían.

–Nos siguen temiendo. Ve lo que hicieron con Emma Goldman: la extraditaron. Y con Ricardo y Enrique Flores Magón. Los encarcelaron una y otra vez para que no difundieran más sus ideas. ¿Hablaste de ellos, de la situación en que están, con las autoridades mexicanas?

–Claro que sí, Ethel. Antonio Villarreal va a comentárselo al presidente Obregón, que conoce muy bien las ideas de los Flores Magón, para que la cancillería haga algo al respecto. Al menos una petición oficial al gobierno nuestro para que los liberen lo más pronto posible.

–Nuestros amigos revolucionarios no merecen morir en prisión.

–Nadie lo merece. Las prisiones son el infierno mismo en la tierra. ¿Recuerdas lo que me pasó en 1913 aquí, en la ciudad de México?

–Lo recuerdo perfectamente. Los golpistas te detuvieron. Fueron días espantosos para mí. Nadie sabía nada de tu paradero. Y tú prisionero en Lecumberri. Y todo porque el embajador que traicionó a Madero también te traicionó a ti.

–Sí. El hijo de puta de Henry Lañe Wilson. Les dijo a los

huertistas que yo era un enemigo, un periodista revolucionario. No me mataron por pura suerte.

–¡Cuál pura suerte! Te salvaste porque hubo gente nuestra en la embajada, gente que a espaldas de Wilson pagó buenas sumas de dinero para que te liberaran. Si hubieras permanecido un día más en Lecumberri, los huertistas te asesinan como asesinaron al presidente Madero: por la espalda. Y luego le hubieran echado la culpa al propio Madero. Así eran de sinvergüenzas.

–No lo sabía. ¿Qué otras cosas no sé de mi propia vida?

–Cuando regreses te las cuento al oído, John.

–¿Prometido?

–Prometido.

CXXX. LEAVENWORTH, KANSAS,

20–28 de noviembre de 1922

Ricardo Flores Magón está perdiendo la vista.

Un médico lo visita y lo diagnostica en buenas condiciones físicas, a pesar de llevar cuatro años en prisión.

Ricardo, incluso con mala vista, mantiene al día su correspondencia con amigos y simpatizantes.

Escribe sin tregua sobre su situación penitenciaria:

Mi crimen es de los que no tienen expiación.

Soy un soñador. Ese es mi crimen.

Por bien de la conveniencia debo pudrirme en esta prisión y en ella debo morir.

Morir aquí, encerrado como una fiera en una jaula de

hierro, muy lejos de las inocentes criaturas a quienes quiero y no puedo ver.

El 20 de noviembre de 1922, a Ricardo Flores Magón y a Librado Rivera, que compartían celda, les avisan que el presidente de los Estados Unidos, a petición de su homólogo, Álvaro Obregón, ha decidido liberarlos.

Sólo hay un obstáculo: la siniestra fama de Leavenworth.

Y es que esta prisión es considerada, por la prensa estadounidense, la cárcel más corrupta de la Unión Americana y en la que los prisioneros padecen la mayor brutalidad policiaca. En Leavenworth residen los prisioneros de conciencia, los pacifistas que se negaron a ir a la gran guerra en 1917, los *wobblies* acusados de sabotaje y terrorismo, los periodistas que les sacaron los trapitos sucios a los políticos de Washington.

Gentes consideradas enemigos públicos: un peligro para América la bella, un riesgo para América, el hogar de la libertad.

De esta prisión nadie escapa ileso.

Por eso, la noche anterior a la liberación de Ricardo Flores Magón y Librado Rivera, los guardias los separan.

Ricardo queda solo en su celda: sin testigos molestos.

Al día siguiente se le descubre muerto en su camastro.

El director de la prisión certifica su deceso por ataque al corazón.

Enrique, su hermano, al ver su cadáver, descubre el rostro amoratado y huellas de estrangulamiento en el cuerpo de Ricardo.

Clama que ha sido asesinado por un guardia de la prisión.

Nadie le hace caso, excepto los presos mexicanos que saben lo que realmente sucedió y actúan en consecuencia.

Una semana más tarde, el jefe de los celadores, un estadounidense al que los prisioneros señalan como el asesino de Ricardo, es a su vez muerto por un prisionero mexicano.

El preso, mientras apuñala al celador en la sala comunal, grita:

–¡Esto va por don Ricardo, cabrones! ¡Aquí a nadie engañan!

Un acto por demás suicida.

Los guardias muelen a palos al vengador.

Para que no cunda el mal ejemplo.

Enrique, quien había sido liberado medio año antes, envía a una camarada estadounidense con el médico de Kansas, el mismo que diagnosticara en buenas condiciones físicas a su hermano unos días antes.

–¿Puede firmarme un certificado que diga eso?

El médico dice que sí, que con mucho gusto.

–¿Y su corazón? ¿Cómo estaba?

–En perfectas condiciones. Sin arritmias.

–Lo sabía. Todo es un encubrimiento.

El doctor voltea, sorprendido.

–¿Qué quiere decir?

La camarada le cuenta:

–Ricardo está muerto. Las autoridades de la prisión de Leavenworth aseguran que murió de un ataque al corazón, pero usted va a demostrar lo contrario.

El médico hace pedazos el papel en que estaba escribiendo el informe de la salud de Ricardo Flores Magón.

–Disculpe, señora, pero prefiero ser un cobarde a...

–¿A ser un hombre honesto?

–No, señora: a morirme yo también de un ataque al corazón.

CXXXI. ESTADOS UNIDOS–BAJA CALIFORNIA, 1921–1925

En 1921, apenas un año después de haber sido expulsado de Baja California por los revolucionarios sonorenses, el coronel Esteban Cantú se volvió lo que toda su vida dijo que odiaba: un filibustero.

Desde 1921 y durante los tres años siguientes, Cantú recorrió los Estados Unidos, de costa a costa, buscando apoyos para su causa. Necesitaba recursos para levantarse en armas contra Álvaro Obregón, cuyo régimen no era reconocido por el gobierno estadounidense y al que las compañías petroleras extranjeras odiaban por un simple hecho: haberles cobrado impuestos por las ganancias que obtenían del oro negro en suelo nacional.

Pronto dio con dos fuentes de financiamiento: las compañías petroleras estadounidenses (mediante el empresario texano William F. Buckley) y el propio gobierno americano (por medio de Albert B. Fall, senador por Nuevo México y luego secretario del Interior del gobierno del presidente Warren G. Harding).

Cantú y su cuñado, Fred Dato, visitaron Washington, D. C., donde Fall les dio el espaldarazo para su rebelión armada y les fue prometida cuantiosa asistencia financiera. El plan era sencillo: las fuerzas de Cantú invadirían la Baja California mientras otros grupos armados tomaban el puerto de Tampico, obligando al gobierno de Obregón a negociar a favor de las petroleras americanas. A este plan se unieron las asociaciones de empresarios estadounidenses en México y el Departamento de Justicia de los Estados Unidos, cuyos agentes sirvieron de contrabandistas para ingresar armamento y municiones a Baja California en octubre de 1921.

El 12 de noviembre de 1921, a dos kilómetros de Tecate, los rebeldes cantuistas, bajo el mando de Lerdo González, el mata-indios, rompieron el alambrado del cerco fronterizo e ingresaron a México. Dos días después se dieron los primeros enfrentamientos en las afueras de Tijuana, extendiéndose los choques armados hasta enero de 1922, cuando el general Abelardo L. Rodríguez, jefe de operaciones militares de la entidad, expulsó a las últimas partidas de lo que él llamó “chusma de antipatriotas” y grupos de “malos

mexicanos”; es decir, las tropas del coronel Esteban Cantú, el filibustero.

El levantamiento armado fue un fracaso. Como lo informó un agente estadounidense encubierto que trabajaba como ingeniero de la Colorado River Land Company:

Al coronel Esteban Cantú se le estima por estas tierras. Pero nadie daría su vida por él. Aquí la gente es práctica, no idealista. Y los baja-californianos saben que ya pasó el tiempo del coronel. Al parecer, Cantú es el único que no se ha enterado. Para los residentes fronterizos, Cantú ya es lo que antes combatía: un filibustero. A ojos de los bajacalifornianos, ha dilapidado su prestigio juntándose con los magnates petroleros texanos. Por otra parte, el general Rodríguez ha resultado mejor guerrero que el coronel. Así las cosas, recomiendo que se busque una solución menos violenta para obligar al gobierno mexicano a dar marcha atrás a su política recaudatoria contra los intereses de nuestro país.

A pesar de este revés, Cantú siguió viviendo en los Estados Unidos e intrigando contra el régimen en cuanta oportunidad tuvo a la vista. En diciembre de 1923, al comienzo de la rebelión delahuertista contra Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, Cantú volvió a proponer al gobierno estadounidense y a los empresarios petroleros una invasión a México desde California.

De nuevo todo quedó en pólvora mojada.

Promesas hubo muchas; dinero, sólo en palabras.

Cansado de esperar y viendo que el gobierno mexicano había requisado sus propiedades en Baja California, en 1925 el coronel Cantú solicitó regresar, como simple ciudadano, al país. Juró no volver a alzarse en armas. El propio general Abelardo L. Rodríguez, entonces ya gobernador del Distrito Norte de la Baja California, en aras de la reconciliación nacional dio su anuencia.

Lo primero que hizo el coronel Esteban Cantú, al residir de nuevo en Mexicali, fue pedir un permiso para montar un negocio: la Lotería de Baja California.

Fue todo un éxito.

Y le aseguró, como no lo hizo su carrera militar ni su trayectoria política ni sus aventuras filibusteras, un buen capital para vivir.

El último porfirista en armas había hecho las paces con el nuevo régimen.

Ahora Cantú podía caminar en paz por las calles de Mexicali: sin deudas que pagar, sin castigos que temer.

CXXXII. COLUMBIANA, OHIO,

11 de marzo de 1925

Fui un desertor, un revolucionario, un preso de conciencia.
Ahora soy otro y el mismo.

Ahora trabajo la tierra que da poco y pide mucho.

Tengo un radio para escuchar las noticias.

Por ellas sé que el mundo no mejora, que hay revoluciones
allá lejos: en Rusia, en Asia.

De mis tiempos de luchador sólo me quedan cicatrices,
viejas heridas que duelen de vez en cuando.

No sé qué pasó con mis compañeros de armas.

Supe que a Joe Hill lo fusilaron, que Ricardo Flores Magón
murió en la cárcel.

Todo lo que antes fui apenas lo recuerdo.

Pero hay cosas que me siguen molestando.

Baja California, por ejemplo.

México, sobre todo.

Muchos, muchos años después, todavía me pregunto si aquellos meses fueron reales, si la república anarcosindicalista fue una realidad que yo, como tantos otros, compartí en pleno desierto.

Y digo en pleno desierto porque, para mí, todos aquellos acontecimientos, todas aquellas muertes y delirios, todas aquellas esperanzas se desvanecieron como un espejismo.

Yo las veía, pero no podía tocarlas.

La revolución era un río que siempre se mantenía fuera de mi alcance.

Era un brillo de luz estremecida.

Una promesa inalcanzable.

Quizá por eso fracasamos.

Nos dejamos llevar por el espejismo y olvidamos ser prácticos a la hora de los balazos, al momento de las negociaciones. Cuando menos pensamos, otros, otros que no eran revolucionarios, se apoderaron de nuestra causa e hicieron un circo con ella.

De vernos como esforzados combatientes acabamos como caricaturas de bandoleros *south of the border*.

Una banda de pendencieros sin más revolución que el escándalo.

Pero ésa era la propaganda de nuestros enemigos.

Los que iniciamos la revolución internacionalista en Mexicali sabíamos a qué nos enfrentábamos.

Era la maquinaria bien aceiteada de la prensa vendida.

Los Ángeles Times nos llamaba pandilla de harapientos.

Y los demás periódicos nos tildaban de mercenarios, de soldados de fortuna, de asesinos a sueldo.

Y luego, cuando la Segunda División tomó Tijuana, cuando nos hicimos dueños de ese pueblo de tahúres, fue peor.

Porque usaron el arma más insidiosa: la fama.

Los periodistas querían que posáramos todo el día.

Y muchos cayeron en el garlito.

Muchos posaron como estrellas rutilantes del circo de Buffalo Bill.

Con atuendos de pistoleros del viejo oeste.

Mientras, las cámaras fotográficas disparaban y los reporteros tomaban nota de cualquier tontería que decíamos.

Pronto pasamos del drama a la comedia.

Fue cuando mandaron a Dick Ferris, ese payaso de San Francisco, para que dijera que nuestro movimiento no era revolucionario sino un proyecto empresarial para crear el reino de Alí Babá y los cien ladrones.

Los mexicanos estaban encabronados.

Y con razón.

Por más que pedíamos a los camaradas que no hubiera divisiones por lengua, por nacionalidad, no pudimos evitar la desconfianza mutua entre mexicanos y extranjeros.

Y más tarde, las primeras trifulcas serias.

Las primeras rupturas.

Por eso regresé: para calmar los ánimos.

Por eso volví: para poner un poco de orden entre mi gente.

Yo, Jack Mosby, no podía dejarlos en la estacada.

No era Pryce. Nunca lo fui.

En esa cuerda floja estábamos cuando las tropas federales, apoyadas por algunos habitantes fronterizos, nos atacaron a mansalva.

Sí, a mansalva.

A traición.

Porque entonces ya no estaba don Porfirio, pero todo el aparato represivo de la dictadura seguía en pie, listo para usarse, como el propio Francisco Madero lo descubrió en carne propia dos años después. Ya éramos, los floresmagonistas, los anarcosindicalistas, una fuerza beligerante reconocida, legítima.

Éramos el ala radical de la Revolución mexicana.

Y aun así nos atacaron.

Tuvimos que huir al otro lado.

Tuvimos que escapar con la cola entre las patas.

Pero reconozco que la revolución en Tijuana fue más un sainete, un acto fallido de principio a fin.

¿Por qué?

Porque allí no había un espíritu revolucionario.

No había trabajadores: había sólo *crupieres*.

No había agricultores: había sólo cantineros que hablaban en inglés.

No había gente que amara a los demás: sólo vendedores de artesanías falsificadas.

Tijuana no era como Mexicali: una tierra para sufrir y aprender, para sobrevivir y luchar.

Tijuana era una feria para entretener a quien se dejara, para robar a quien cayera en sus garras.

La revolución allí no tenía sentido.

A nadie le interesaba la solidaridad, la libertad o la justicia.

Aquél era el reino de la fácil ganancia.

Y nosotros no éramos, para ellos, un buen negocio.

Por eso nos sacaron a la mala.

Por eso nos expulsaron: nuestros discursos los aburrían, los exasperaban.

Éramos demasiado puritanos para su forma de vida.

Demasiado empeñosos en difundir la dignidad humana.

Por eso, cuando el fiscal de Los Ángeles me dijo que si traicionaba a la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano se me conmutaría mi sentencia de desertor de la Marina, que todo sería olvidado si atestiguaba en contra de don Ricardo Flores Magón, supe que yo nunca sería un traidor, que prefería pasar dos años en la cárcel a venderme al sistema. Por eso, en cuanto pagué mis deudas con el cuerpo de *marines*, en cuanto purgué dos años enteros de trabajos forzados, decidí ser un granjero más.

Y ver salir el sol cada mañana desde el porche de mi humilde casa de madera, sobre las malas hierbas y las nubes de mosquitos.

Estaba harto de la civilización.

Harto de la humanidad.

Había visto a mis mejores amigos luchar por gente que no apreciaba su sacrificio.

Había sido testigo de la indiferencia ante una causa justa.

Combatimos por la libertad en Baja California.

A sangre y fuego combatimos.

Y nada cambió finalmente.

Que don Porfirio Díaz se haya marchado a Francia y que don Francisco Madero asumiera la presidencia no hizo las cosas más fáciles a la población mexicana en general.

Al contrario, ahora había que luchar contra el viejo orden militarista y contra el nuevo orden maderista.

Un matrimonio incongruente qué no duró mucho.

En 1913, los viejos porfiristas, Huerta, Reyes, Blanquet y Félix Díaz, dieron su golpe militar.

Y Madero acabó acribillado por esa bola de traidores.

Y la revolución volvió a prender como un incendio terrible.

Años y años de matarse unos y otros, de convertir a México en un matadero, en un infinito pelotón de fusilamiento.

Y yo, desde la cárcel primero y luego, ya libre, desde Ohio,

desde mi granja pobre y harapienta, viendo aquella tragedia.

Y recordando los amaneceres en el desierto.

Los espejismos que alguna vez fueron míos porque eran de todos.

CXXXIII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA, abril–mayo de 1930

En abril de 1930, cuando Margarita Ortega llevaba casi diecisiete años de asesinada, Mexicali parecía seguir viviendo el mismo sueño porfirista–huertista–cantuista de 1913. Pero entonces apareció Felipa Velázquez, una luchadora social de ideas floresmagonistas, quien intentó lo imposible: posesionarse, con un grupo de campesinos mexicanos, de las tierras que controlaba la Colorado River Land Company en el valle de Mexicali.

Lograron apoderarse de ellas en forma pacífica. Y en las parcelas tomadas, como en 1911, levantaron las banderas rojas del anarcosindicalismo.

Las banderas que decían “Tierra y Libertad”.

El gerente de la compañía estadounidense, al enterarse de

tal invasión a su propiedad privada, llamó al gobernador del Distrito Norte de Baja California.

El gobernador llamó a la policía.

La policía fue por los campesinos revoltosos, a quienes arrestó por el delito de perturbar el orden público.

Era el 2 de mayo de 1930 y el valle de Mexicali todavía pertenecía a Harry Chandler.

Los campesinos, incluyendo a doña Felipa, fueron sentenciados a más de diez años de prisión.

El gerente de la Colorado River Land Company exigió que se les expulsara de la entidad, para que sus ideas no contaminaran al resto de los campesinos mexicanos.

El gobernador los mandó a las islas Marías a cumplir su sentencia. El poder de la Colorado se mantenía intacto en Baja California. En realidad, todavía en 1930 el gobernador era un lacayo a las órdenes del capital extranjero, un mayordomo más.

Lo curioso es que, a casi veinte años de la revolución armada floresmagonista, Baja California era un semillero de anarcosindicalistas. Muchos campesinos que fueron a despedirse de la cuerda de reos que, por barco, era transportada a las islas Marías, se preguntaban si alguna vez el valle de Mexicali volvería a manos mexicanas. Felipa les dijo que tuvieran esperanza.

–Hay que seguir haciendo alharaca, hasta que nos escuchen de verdad, hasta que todo México entienda por qué luchamos.

Pero ellos pensaron en todos los políticos revolucionarios que les habían prometido resolver el problema de la tierra en la entidad y que, al final, sólo se habían llenado los bolsillos con los dólares de la Colorado River Land Company.

Los políticos con sus discursos de izquierda y sus negocios de derecha.

Por eso Baja California seguía viviendo, a veinte años de la Revolución mexicana, en plena dictadura.

Un territorio donde sólo se aceptaban el negocio sucio y la rápida ganancia.

Un Distrito Norte tan porfirista como siempre, donde la ley de la poca política y la mucha administración no daba cabida a ningún proyecto de justicia social.

Era la prueba del capitalismo sin fronteras.

Del trabajo a destajo.

Del progreso depredador y triunfante.

Una utopía en la que ellos, los campesinos, sólo contaban como peones.

En la distancia, doña Felipa los saludó con la mano empuñada.

–¿Y ahora qué vamos a hacer? –se preguntaban entre sí.

Y uno de ellos, convencido, vehemente, sugirió:

–Organizarnos. Organizarnos. Seguir en la lucha.

–¿Y si nos encarcelan?

–Pues que lo hagan. Tarde o temprano las islas Marías estarán abarrotadas. Así verán que nuestro movimiento lo asumimos hasta el fin.

–¿Hasta el fin? ¿Hasta que nos maten?

–No. Hasta que los gringos acepten que el valle de Mexicali es tierra mexicana, que es tierra nuestra.

CXXXIV. ISLA DE CORONADO, CALIFORNIA,

2 de febrero de 1931

El reportero parece inocuo.

Para cualquiera es sólo un joven más que pasea, indolente, por el hotel Coronado.

El viejo que reposa en una mecedora, con vista al Océano Pacífico, apenas le presta atención.

El joven se sienta a su lado y lo mira fijamente.

–Usted fue famoso –le espeta.

El viejo sale de su letargo y trata de enfocar al impertinente.

–Yo soy famoso todavía.

–Usted es... es...

–Dick Ferris, empresario de espectáculos.

–Y presidente de la República de Díaz.

El viejo quiere reírse pero se ahoga por un momento.

El joven no hace nada por ayudarlo.

Cuando Ferris se recupera responde con voz seca:

–Sí. Esa fue una farsa muy buena.

–Soy periodista mexicano. Me llamo José Valadés. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

–¿Sobre mi república de 1911?

–Sí. Y sobre lo que hizo después.

Ferris se incorpora en la mecedora. Está fatigado, pero que alguien sea su público lo renueva, le da fuerzas para hablar.

–Dispare, por favor.

–¿Qué relación tenía usted con los hermanos Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano?

–¡Ja, ja! No me haga reír. ¿Todavía se creen eso?

–Sí, todavía. En México, sobre todo en Baja California, muchos creen que usted era el que financiaba a los anarcosindicalistas, que era el poder tras la revolución magonista.

–Pues escriba esto, señor reportero: ¡al diablo con los

Flores Magón! ¿Qué iba a hacer yo con los Flores Magón? Todo lo que hice fue con fines publicitarios y nada más. No tiene usted idea de lo que me reí cuando supe que un escritor, ¿se acuerda de su nombre?, me hizo responsable de esa charada.

–Rómulo Velasco Ceballos. Fue secretario particular de Félix Díaz, el traidor.

–Pues ese idiota publicó un libro en que aparecemos, los Flores Magón y yo, como cómplices. ¡Ja, ja! ¿Es que los mexicanos no entienden una buena broma?

–No cuando está de por medio la soberanía nacional.

–Bueno, hay que ver que entonces era joven y un actor de primera, pero era una campaña publicitaria. Como cuando venden un producto y exageran sus cualidades para que la gente lo compre.

–El propio general Porfirio Díaz le respondió.

–Sí, lo reconozco, ustedes caen en la trampa de cualquier comediante. Pero sigo asombrado: ¿cómo es posible que en México se hubieran creído mi participación en la revolución de Baja California, cuando el mundo sabía y sabe que sólo soy un líder de aventuras, de amor y de juego?

–Querían creerlo porque les convenía.

–Pero ¿cómo les convenía?

–Los militares y funcionarios a las órdenes de Díaz

debieron tragarse la caída del dictador y usaron su comedia de enredos y su maravillosa actuación, Mr. Ferris, para autonombrarse patriotas defensores de la integridad de México. Pero lo único que querían defender eran sus puestos, sus sueldos al servicio de la dictadura. Digamos que ellos también eran buenos actores y simularon, con éxito, su papel de mexicanos que luchan para expulsar a los filibusteros como usted, americanos que buscaban crear una república independiente afín al gobierno estadounidense. Pero el blanco no era su imaginaria República de Díaz o de Madero, como usted mismo la llamara, sino destruir el movimiento revolucionario floresmagonista.

–Demasiado complicado para un simple actor como yo –se burló Ferris.

–Ese era su objetivo –le reiteró Valadés–: deshacerse de los verdaderos revolucionarios, de los rebeldes anarquistas que eran un peligro para sus negocios y privilegios. Usted y los porfiristas de San Diego y de Los Ángeles, los que crearon la Liga de Defensores de la Integridad Nacional, tenían los mismos socios financieros. Y esos inversionistas, usted sabe bien a quiénes me refiero, odiaban la ideología anarcosindicalista de los hermanos Flores Magón. Con don Porfirio podían negociar. Con Madero podían negociar. Pero si Ricardo Flores Magón y su gente cambiaban la sociedad, sólo les quedaba combatirlos hasta el final: con armas, con teatro, con propaganda negra. Por eso a él y a su movimiento los hicieron ver como parte de su teatro, Mr. Ferris, como un

peligro para México. Y la verdad, aquí entre usted y yo, don Ricardo lo era. Un revolucionario puro: como Robespierre. Imposible de sobornar, de corromper.

El viejo parpadea, como un lagarto milenario, ante aquella explicación.

–Me suena a drama puro todo esto que me dice. En cualquier caso, ahora comprendo que mi teatro tuvo más público del que pensaba, aunque también veo que se me malinterpretó en ambos lados de la frontera. Yo sólo quise entretener, que la gente se sintiera parte de la historia del mundo, que viviera una aventura de capa y espada. Sólo eso.

–¿Y qué hizo después de 1911?

–Bueno, el gobierno de mi país quiso meterme a la cárcel por violar la ley de neutralidad, pero no lo logró.

–Más publicidad a su favor, supongo.

–Sí, desde luego. Pero en los últimos años me he dedicado a un servicio de taxis denominado Yellow Cab y a la industria aérea.

–¿Y no ha vuelto a Baja California?

–¡Claro que sí!

–En Tijuana lo recuerdan porque puso la bandera estadounidense en un edificio y eso se vio como un pacto entre usted y los revolucionarios.

–Pero si Tijuana era una ciudad llena de banderas estadounidenses. Las vendían a veinte centavos moneda americana. En realidad, Tijuana era casi una posta nuestra al otro lado de la frontera. Todos los comerciantes hablaban inglés y muchos eran compatriotas míos. Ahora mismo vaya usted a Tijuana y verá que allá todos y todo está a nuestro servicio. Viven del turismo, viven de la ley seca, viven de los toros y los casinos y las coristas. ¿Para qué nos hacemos? Sin nosotros se mueren de hambre.

–¿Y cuando ha visitado Tijuana no le han hecho algún comentario al respecto?

–No. Ninguno. Mire, joven, hace cinco años puse en marcha un proyecto, con gente de Hollywood, en su patria.

–¿En dónde?

–En Tijuana. Arrendé unas cinco mil seiscientas hectáreas de terreno para construir el Paradise Beach Club. Es un terreno enorme entre Tijuana y Ensenada. Hemos tenido problemas de financiación, pero pronto lo tendremos listo. Queremos darle un lugar de descanso a la hermosa gente de Hollywood; que vengan los fines de semana a disfrutar sus playas vírgenes y, si les apetece, que vayan de pesca o de cacería por sus mares y praderas. Le haremos competencia a la playa de Venice, ya verá.

–Entonces se cumplió su sueño.

–¿El de presidir sobre el Territorio de Baja California?

–Ese mismo.

–¡Ja, ja! Ahora soy presidente de la República de Ferris y asociados, algunos de los cuales son empresarios tijuanenses. ¿Cómo ve eso?

–Parece una comedia de los hermanos Marx.

El viejo hace un mohín.

–¡Ni me hable de éstos! Me copiaron, a lo descarado, todo mi repertorio.

–¿Algo más que desee agregar?

–¿Dónde vas a publicar la entrevista?

–En *La Opinión*. Es un diario muy leído por los hispanos de California.

–Espero que lo lea Ricardo Flores Magón.

–Ya murió.

–¿De veras? Bueno, salúdame al general Celso Vega.

–¿Lo conoció?

–¡Claro! Venía muy seguido a San Diego.

–¿Y le dijo quién era?

–Le dije que era el presidente de la Sociedad de Amigos de Porfirio Díaz.

–Sociedad que nunca existió.

–¡Claro! Me presenté como Will Chase.

–¿Y qué le dijo?

–Que era bienvenido a Baja California, que si lo visitaba en su cuartel en Ensenada sería su huésped de honor.

–¿Y fue?

Dick Ferris le guiña el ojo al reportero.

–¿Tú qué crees?

CXXXV. ÁLAMO MOCHO, VALLE DE MEXICALI,

27–28 de enero de 1937

El viejo tiene frío. Mucho frío. Camina de un lado para otro, en plena noche, y se detiene frente a una escuálida fogata. Solo, en medio de la nada, pisa el suelo helado tratando de entrar en calor sin conseguirlo.

Hace unas pocas horas, piensa, todo era diferente. Él, junto con cuarenta campesinos pobres y desesperados, había tomado las tierras de la Colorado River Land Company, la empresa que los viejos residentes del valle todavía llaman el C–M Ranch, para exigir que les dieran oportunidad de cultivar la tierra también a ellos, los desheredados, los hambrientos, los desposeídos.

Y, como sucedió siete años antes cuando doña Felipa intentó hacer lo mismo, en vez del apoyo del gobierno llegó la policía para expulsarlos, para detenerlos, para culparlos de

mil y un delitos: de quebrantar la ley, de alterar el orden público, de meterse en propiedad privada, de crear conflictos con Harry Chandler y sus socios gringos dueños del valle de Mexicali.

Los agarraron a todos, pero él no se movió. El jefe de la policía, un hombre que todos saben que está en la nómina de la Colorado, intentó quitar la bandera que ondeaba en lo alto de una pértiga. Una bandera roja, combativa, aleteante. Pero él se interpuso.

–Yo la cuido –dijo, y su voz era otra: de granito. De piedra impenetrable.

El jefe de la policía sacó su pistola y le apuntó.

–¡Quítate, pendejo, o te quito a balazos!

Pero él no se movió.

Entonces, antes de que el jefe de la policía cumpliera su amenaza, se escuchó el ruido de varios camiones acercándose. Por un instante, el viejo tuvo la esperanza de que en ellos vinieran otros campesinos sin tierra a sumarse al movimiento. Pero no: eran camiones del ejército, repletos de soldados. Un capitán bajó del primero de los camiones y se acercó al jefe de la policía.

–¿Qué pasa aquí?

–Este pinche viejo terco que...

El capitán lo hizo a un lado.

–Le pregunto al señor, no a ti.

Él le señaló la bandera.

–Es nuestra. No la voy a dejar aquí sola. Yo me quedo a cuidarla.

–¿Eres zapatista? –preguntó el capitán.

–No, señor. Soy floresmagonista. Desde 1911 lo soy. Como esta bandera.

El capitán miró de nuevo el estandarte y se volvió hacia el jefe de la policía.

–¿Qué esperas? ¿Qué no tienes órdenes? Lleva a estos campesinos al palacio de gobierno. ¡Y cuidado con que te falte uno solo o lleguen golpeados! ¿Entendido?

Y luego, en una nube de polvo, todos se fueron: sus camaradas, los policías y los soldados. El capitán le dijo al marcharse:

–Cuídela. Esto se va a arreglar con el presidente Cárdenas. Aguante unos días y ya verá.

El viejo camina de un lado para otro, pero sigue muriéndose de frío. Ya es de mañana cuando ve sombras a lo lejos. Por un momento teme que sean las guardias blancas de la Colorado, ese grupito de matones texanos a su servicio, pero las sombras pronto se transforman en media docena de mujeres que se acercan.

–Don Ramiro. Ya llegamos. Traemos café calentito y unos tacos de machaca recién hechos –las mujeres avivan la fogata y le ofrecen una taza grande de café–. Usted descanse. Ahora nosotras cuidamos la bandera.

El viejo acepta el cambio de guardia.

–¿Y los muchachos? –inquiére–. ¿Saben algo de ellos?

–No mucho. Están desayunando con el gobernador.

–¿Con el gobernador? ¡Qué cabrones!

–Ni tanto. Dicen que el gobernador no está nada contento. Que si no hubiera sido por una llamada telefónica de don Tata, el presidente, ya estarían todos en las islas Marías.

Sentado debajo de un pino salado, el viejo siente, mientras da sorbos cortos a su taza de café, que un suave calor va recorriendo todo su cuerpo.

Es una sensación parecida al deber cumplido.

Algo semejante a la esperanza.

Como en 1911, piensa entornando los párpados.

Frente a él, la vieja bandera anarcosindicalista, un trapo que el tiempo y el sol han desteñido, no deja de moverse, no deja de ondear en el aire tibio de la mañana.

Roja. Combativa. Desafiante. Como en 1911.

CXXXVI. TERUEL, ESPAÑA,

20 de diciembre de 1937

Hablan y hablan, los pinches historiadores. Que don Francisco I. Madero hizo la Revolución mexicana, que el partido antirreeleccionista fue su gran idea. Puros cuentos. La revolución de Madero era aguachirle. Un paseo de señorito con traje y bombín. Una fiesta de catrines en la que el pueblo sólo servía de comparsa. No, señores. Esa no fue la auténtica Revolución mexicana. La verdadera fiesta de las balas no comenzó en Puebla, en casa de don Aquiles Serdán, un 20 de noviembre de 1910. Esa fue una escaramuza policial, un duelo de francotiradores.

La Revolución mexicana comenzó en 1911, a fines de enero, en la frontera norte de México.

Empezó en un pueblito pinchurriento.

Dio inicio en Mexicali, en el Distrito Norte de la Baja California. ¿Y saben qué?

Nos llevó a todos con ella.

Nos quemó, en su hoguera alucinante, con un furor incontenible. ¡Miren! ¡Miren! ¡Aquí, en estas cicatrices que todavía conservo! ¡Y esas imágenes que me siguen quemando el cerebro como si estuvieran pasando en este mismo instante!

¿Saben algo?

A la muerte le gustan las multitudes.

A la muerte le gusta pasar la guadaña y a otra cosa.

Así fue entonces.

Así es ahora.

Pero yo, Emilio Guerrero, sigo peleando. Yo sigo siendo el último floresmagonista.

Por eso todavía soy un gallito de pelea y ando tan lejos de casa. Por eso no me canso de seguir gritando: “Tierra y Libertad”.

Hace años lo hice en pleno desierto, en un poblado que ni siquiera aparecía en los mapas de la República Mexicana.

Mis cicatrices son de entonces.

Mis primeras heridas de guerra.

Allí conocí la fraternidad y la traición.

El coraje y la cobardía.

La buena voluntad de la gente trabajadora.

Y su otra cara: el deseo de venganza por la simple venganza.

Ricardo Flores Magón murió tras los barrotes de una prisión extranjera en 1922.

De mis camaradas de aquellos años pocos quedan en pie.

Y los que quedamos ya no tenemos las fuerzas suficientes para ser escuchados.

Hoy me llegó una carta del hijo de Camilo Jiménez, mi compadre.

Huesos, ésta es nuestra herencia.

Y fosas colectivas.

El hijo de Camilo se llama Pedro y es ahora el jefe de los indios cucapás del valle de Mexicali.

En su carta me da buenas noticias. Que el general Lázaro Cárdenas, con el apoyo de los campesinos mexicanos, expulsó a la Colorado River Land Company de México en enero de este año. Que por vez primera aquella parte del país volverá a manos de quienes trabajan la tierra de sol a sol, de cosecha a cosecha.

Ricardo se hubiera puesto contento con esa noticia.

Al final otras generaciones más jóvenes habrán de reivindicarnos.

Otros entenderán que fuimos luchadores internacionalistas que combatimos contra toda clase de tiranías.

Lo que hice en Mexicali, en San Quintín, en El Álamo, lo hago ahora en España.

Los chacales que asuelan esta península europea con sus pasos de ganso y sus bendiciones papales son los mismos que nos llamaron filibusteros para ocultar su cobardía.

Las batallas hoy las damos contra aviones nazis y tanques italianos.

Y las damos gente venida de América y de todos los rincones donde la libertad todavía importa.

Como en 1911, somos las brigadas rojas, los veteranos de una lucha eterna, dura e implacable.

En mi juventud, Ricardo sólo tuvo que preguntarme:

–¿De qué lado estás: con el pueblo o con sus opresores?

Entonces era don Porfirio, el general.

Ahora es el general Francisco Franco.

Y no sé, como no lo supe en Mexicali, si vamos a ganar o perder esta guerra.

Sólo sé que, como anarquista, lo que importa es dar la cara.

Lo que importa es que sepan que no vamos a rendirnos.

Ni ahora ni nunca.

Porque la humanidad es hoy la tribu a la que pertenezco en cuerpo y alma.

Desde mi trinchera veo al general Vicente Rojo dar las últimas órdenes.

Sí. Es la señal que todos queríamos ver.

Avanzamos.

Por Camilo Jiménez, por Joe Hill, por Luis Rodríguez, por Simón Berthold, por Jack Mosby, por Ricardo Flores Magón, me pongo en pie y arremeto contra las trincheras falangistas.

Tengo demasiados años, pero sigo siendo un hombre libre. ¿Qué más puedo pedir?

Avanzo. Tropiezo. Sigo avanzando.

Nada puede detenerme.

Na...

CXXXVII. CIUDAD DE MÉXICO,

13 de diciembre de 1945

El general Francisco L. Urquizo deja a un lado los últimos informes de la situación militar del país. La segunda Guerra Mundial ha terminado y él, como secretario de la Defensa Nacional, ya puede irse relajando.

Los Aliados ganamos la guerra.

Y el ejército estadounidense no tuvo que ingresar al territorio nacional para protegerlo.

Urquizo vuelve al documento de su interés.

A sus cincuenta y cuatro años no puede olvidar cuando pertenecía, en su ya lejana juventud, a la guardia personal del presidente Francisco I. Madero.

Él, como el general Felipe Ángeles, honró su juramento.

Por eso los huertistas nos odiaron.

Éramos la prueba viva de que un militar es un hombre de palabra, que no acepta la traición.

Y ahora esto.

Cuántos militares porfiristas se volvieron hienas sedientas de sangre.

El general Urquiza hojea el expediente.

Todo está ahí.

Pero Esteban Cantú no cuadra con aquellos tiempos.

Celso Vega, ese hijo de la chingada, por supuesto que fue una deshonra para el ejército.

Y Juan N. Vázquez, el ayudante de Vega, el que estuvo en la penitenciaría de Lecumberri cuando asesinaron al presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez.

¿Por qué pienso en estos tres cabrones?

Porque los tres participaron en el ejército federal, en la campaña contra los magonistas en Baja California.

Pero Cantú era más caballero, menos chacal que los otros dos. Un hombre muy orgulloso que atacaba de frente.

No un cobarde.

Pero no un veterano de la revolución.

Eso no. Imposible.

Para serlo tuvo que decir no a la dictadura huertista.

Como lo hice yo.

Como lo hicieron el general Felipe Ángeles y Venustiano Carranza y tantos otros.

A la infamia no se le puede ignorar por conveniencia.

El general ve el reloj.

Ya es hora de ir a presentar su informe al presidente Manuel Ávila Camacho.

Toma la pluma de su escritorio. Y firma el documento.

Pero antes lo lee de nuevo:

El C. General de División

Secretario de la Defensa Nacional.

Hónrame informar a usted que en atención a la solicitud de fecha 4 de julio de 1942 presentada por el C. Esteban Cantú, en la que pide se le reconozca como veterano de la revolución, se procedió al estudio de su expediente obteniendo de él los siguientes datos:

Al ocurrir el “Cuartelazo de la Ciudad” en febrero de 1913, el interesado prestaba servicios como mayor en el Cuerpo Auxiliar de Voluntarios del Distrito Norte de la Baja California.

Usurpado el poder por Victoriano Huerta, continuó en igual situación. El 2 de octubre de 1913 ascendió a teniente coronel de Caballería Permanente, según autógrafo firmado por Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet. El 21 de enero de 1914 se le confirió la Cruz del “Valor y Abnegación” por méritos en campaña adquiridos en combate contra rebeldes al mando de Rodolfo L. Gallego, en Baja California. El 15 de abril de 1914 ascendió a coronel. Por lo expuesto y tomando en consideración que el solicitante está comprendido en las incluyentes de los artículos 17/0 de la Ley a Favor de los Veteranos de la Revolución, vigente y VII del instructivo de esta comisión, el suscrito emite la siguiente:

OPINIÓN:

No se reconoce como veterano de la revolución al C. Esteban Cantú, por haber servido al régimen huertista con las armas en la mano.

Luego de leerlo, el general Urquiza se lo pasa a su asistente.

–¿Algo más?

–No, general. Es todo por hoy.

–Llama a mi chofer. Salgo en un minuto.

–Sí, general.

Francisco L. Urquiza piensa en el presidente Madero y su interés por resolver los problemas de México.

Y en Ricardo Flores Magón, su competidor.

Afuera, a lo largo y ancho del país, reina la tranquilidad. No una plena democracia maderista.

No una revolución anarquista.

Lo que ahora hay es un régimen donde todos caben si no se mueven, donde cada quien halla su rincón para medrar, para hacer sus transas.

Si aquellos dos vivieran, ¿qué pensarían de nosotros? Sí, todo un escándalo que armarían por haberles fallado.

Y con mucha razón.

El asistente vuelve para decirle que su chofer lo aguarda a la entrada.

El general baja las escalinatas y sale a la calle. Entra al auto, que arranca de inmediato. –¿A Palacio Nacional? –pregunta el chofer.

–Primero a la Rotonda de los Hombres Ilustres. Quiero ver dónde reposa Ricardo Flores Magón.

Y sí, allí están sus restos.

Y junto a ellos, de pie, un hombre que el general Urquiza reconoce de inmediato.

–General Leyva, ¡gusto en verlo!

El viejo guerrero lo abraza sin que le importe el protocolo militar. –¿Usted también vino a visitar a Ricardo?

Leyva asiente, conmovido.

–Usted luchó en su nombre.

–Así fue. Hace una eternidad de eso. Pero para Ricardo fui un traidor cuando me pasé al maderismo. Nunca me lo perdonó.

Urquiza observa el tráfico a su alrededor.

La ciudad de México que crece por todos lados.

Los autos del año tripulados por los *juniors* de la revolución.

El tiempo de los licenciados ha llegado, mientras el tiempo de los militares está agotándose sin remedio.

–Quién sabe qué diría nuestro amigo revolucionario del México de hoy –dice Urquiza tardíamente.

–Nos mentaría la madre porque malbaratamos los ideales de la revolución por dinero, por poder, por ranchos y casonas de lujo. Acabamos peor que los porfiristas, ¿no cree?

Urquiza está de acuerdo, pero su mente sigue fija en Ricardo Flores Magón.

–Él era el intransigente, el que nunca se vendió.

–Ni un paso atrás, decía. Y eso no es bueno ni en la guerra ni en la política. Usted y yo lo sabemos.

El secretario de las Fuerzas Armadas de México no puede contenerse.

–Acabo de rechazar a Esteban Cantú, ¿se acuerda de Cantú, el caudillo de Baja California?, como veterano de la Revolución mexicana.

–Hace bien. Todos esos militarotes se llenaron las manos de sangre nuestra. Mataron a floresmagonistas, maderistas, villistas y obregonistas por igual. Con el único que pactaron fue con el barbas de chivo, con Carranza.

–¿Por qué dejamos a Baja California en manos de esos cabrones?

Leyva se encoge de hombros, ensimismado en sus propios pensamientos.

–Apenas teníamos tiempo para mantener viva la revolución en el interior del país. No vimos que Baja California se quedó petrificada en el pasado. Y los gringos se interponían con sus malditas propiedades, con sus ranchos gigantescos y su línea directa con Washington. Era una batalla que no podíamos darnos el lujo de enfrentar.

–¿Y ahora cómo sigue por allá?

–Igual o peor. Los viejos porfiristas se autodenominan patriotas por habernos combatido a nosotros, los revolucionarios.

Lucen unas medallas ridículas que dicen: “Patriotas defensores de la invasión filibustera de 1911”. Filibusteros nosotros, que luchamos por liberarlos. Así nos pagan estos cabrones: tergiversando la historia, poniéndola a su modo. ¡Qué cinismo el de esa bola de embusteros! ¡Qué poca madre! Y todos los años desfilan, como los héroes locales de la patria, por las calles principales de Mexicali, Ensenada y Tijuana, que están dedicadas a honrar la memoria de puros seguidores de la dictadura: Lerdo González, José María Larroque, Miguel Guerrero. Y ese grupo de pillos desvergonzados, de prestanombres de los gringos, publicaron cartas en contra de que los restos de Ricardo Flores Magón fueran honrados en esta rotonda.

–Bueno –precisa el general Urquizo–, yo creo que el propio Ricardo se hubiera sentido ultrajado compartiendo este monumento con muchos ilustres traidores a los ideales de la revolución. Que yo recuerde, él nunca fue gente de pompa y fama.

–Sí, tiene razón. Esto de los homenajes no iba con su carácter. Pero hay más cosas que usted debe saber: tengo amigos en Mexicali y me comentan que ahora hay un festejo, la cabalgata del desierto, donde mexicanos y estadounidenses cabalgan juntos. Los bajacalifornianos dicen que es para celebrar la travesía del capitán Juan Bautista de Anza, pero el motivo del festejo es la cabalgata de las tropas yanquis, en 1846 y 1847, para conquistar California.

–¿Están celebrando el triunfo de los gringos sobre México?

–Exacto. Don Porfirio allá es héroe sin tacha y modelo a seguir.

–Recuerdo que en 1937 mi general Cárdenas le quitó, finalmente, a la Colorado River Land Company su usufructo del valle de Mexicali. ¿Qué sucedió con sus dueños?

–¿Con el general Otis? ¿Con Harry Chandler?

–Sí. Con los que mandaban en Baja California como Juan por su casa.

–Otis murió allá por 1917. Chandler vivió hasta el año pasado. Ambos murieron repletos de dinero, como dueños de Los Ángeles.

El general Urquiza ve su reloj.

–General Leyva, me despido. Gracias por sus comentarios. Creo que haré una gira por Baja California. Hay que hacer algo con esa región.

–Háganla Estado libre y soberano.

–¿Para que se vuelva otro Texas?

–No. Para que sean los campesinos los que dicten la política y no los prestanombres de los gringos.

–¿Me recomienda a alguien?

Leyva voltea hacia la Rotonda de los Hombres Ilustres.

–Cualquiera que sepa lo que es luchar por la tierra, combatir por la libertad.

El general Urquiza, descorazonado ante semejante desafío, vuelve a su auto.

El general José María Leyva lo ve partir rumbo al Zócalo.

¿Qué te parece, Ricardo, la revolución que hicimos?, ¿fue una victoria real o un fracaso masivo? ¿Cumplimos tus sueños o sólo nos disfrazamos con ellos?

A lo lejos, desde una camioneta con altavoces, un merolico anuncia:

–¡Para el hombre moderno!, ¡para la mujer encantadora!, ¡tome el refresco de moda!, ¡tome Coca Cola!

CXXXVIII. CARMEL, CALIFORNIA,

7 de mayo de 1946

Nosotros no fuimos como los veteranos de otras guerras.

Nunca tuvimos un bar para reunirnos e intercambiar recuerdos dolorosos, para enseñar viejas cicatrices.

Nunca tuvimos un cementerio bien cuidado para visitar a los caídos, para celebrar cada año las batallas ganadas o perdidas.

Nunca tuvimos la manera de juntarnos de nuevo para contarnos las anécdotas del breve tiempo en que fuimos hermanos, de la efímera época en que luchamos por un ideal mayor que nuestras vidas.

Demasiadas leyes quebrantadas y demasiados juicios en nuestra contra.

Demasiadas agencias del gobierno tratando de atraparnos a cualquier costo.

Sólo mis credenciales de periodista me permitieron escapar de una suerte idéntica a la de la mayoría de mis camaradas: pasar el resto de mi existencia en prisión o ser eliminado por los sicarios del poder.

Para los supervivientes, la diáspora fue nuestro destino.

Después de ser corresponsal en tantos frentes de guerra, después de ser la voz de la revolución de los pobres y los desheredados de la tierra, terminé harto de la política y sus traiciones, de los sectarismos y los fanatismos que cunden en ella como hongos.

Viejo, cansado, regresé a mi casa en Carmel, en esta California de malteadas y swing, de estrellas de cine y amantes de la naturaleza.

Ahora vendo bienes raíces.

Ahora soy un pilar de la comunidad.

El representante del *statu quo* prevaleciente.

A mis compañeros de la revolución anarcosindicalista, de los que guardo un recuerdo indeleble, nunca más volví a verlos reunidos. Bueno: no exactamente.

En 1923 o 1924, no estoy seguro, Ethel y yo volvimos a Baja California.

Durante unos días de descanso fuimos a Tijuana.

En la avenida Revolución, que al parecer era la única mención revolucionaria en todo el pueblo, entramos a una tienda de curiosidades, de esas que tanto abundan en la frontera.

Allí vendían objetos baratos para turistas baratos: como nosotros.

Ethel miraba toda la mercancía como una niña en una tienda de juguetes.

Y, de pronto, soltó un grito de sorpresa:

–¡John, querido, ven a ver esto!

Esto era un estante que apenas mantenía el equilibrio en medio de la tienda. En él se acumulaban, sin orden ni concierto, cientos de postales antiguas en color sepia. Había, por lo que pude percibir de un vistazo, postales de ferias mundiales y de viejas ruinas de la India y del Perú. Pero la atención de Ethel estaba concentrada en otras postales que sostenía en la mano mientras una sonrisa se delineaba en sus labios.

–¿Reconoces ésta?

Era Mexicali en 1911.

Simón Berthold con su fusil entre los brazos.

José María Leyva colocándose el sombrero.

Y Stanley Williams, desesperado por probarse como revolucionario, mirando hacia la cámara con una sonrisa de superioridad.

–Jóvenes, tan jóvenes todos –musitó Ethel a mi lado, mientras me entregaba una nueva postal.

Era Tijuana en el mismo año.

Jack Mosby a caballo.

Alabama y Joe Hill con sus respectivas armónica y guitarra.

Y Emilio Guerrero como un jefe apache a punto de saltarle encima al fotógrafo.

–Nuestros viejos amigos, John. Y aún no has visto la mejor.

“Mexicali rebels”, decía la postal que Ethel puso en mis manos.

Y sí, allí estaba yo, el periodista simpatizante de la causa, rodeado de las muchachas de doña Tencha. Sonriendo, como no es mi costumbre.

–Se ve tu espíritu igualitario, querido. Pero para ser adelitas, les veo demasiados pechos y pocas cananas.

No hice caso de sus pullas.

–Voy a comprarlas todas. ¿Cuántas hay?

–No sé. Decenas. Parece que aquí son famosos todos ustedes. Como Pancho Villa lo es en el resto de México.

Examiné las postales de nuevo.

Allí estábamos todos nosotros.

En la sepia inmortalidad de una fotografía.

Mirando hacia el futuro con la mayor de todas las confianzas.

Creendo ser los dueños de un bravo mundo nuevo.

–Al menos estas postales nos llaman como lo que realmente éramos: “insurrects”.

Ethel me alborotó el cabello.

–¡Qué romántico eres, John! ¡Quieres conservar tus viejas conquistas, perdón, tus días de gloria revolucionaria!

–Deja eso por la paz, querida. Esto es un tesoro.

Pagué treinta dólares por todas las postales de la revolución anarcosindicalista que pude encontrar en aquel estante.

A la salida de la tienda, Ethel volvió a picarme la cresta:

–¿Y ahora qué vas a hacer con ellas? ¿Jugar a las cartas? ¿Lanzar suspiros de nostalgia?

Pero yo sabía que las necesitaba para no olvidar la clase de energía que me mantuvo, en mi juventud, resistiendo las trampas del poder.

Ahora mismo, a tantos años de distancia, dejo a un lado los

contratos de venta y los títulos de propiedad y las desperdigo sobre mi escritorio de vendedor de bienes raíces.

Estas postales son mi cementerio.

Mi bar de recuerdos de la guerra.

Mi reunión de veteranos.

La luz intacta de una revolución que aún no ha muerto.

La perenne imagen de unos días en que todo fue posible: incluso vencer a los dictadores, incluso liberar al pueblo de sus yugos, a la gente de sus cadenas.

CXXXIX. LOS ÁNGELES, CALIFORNIA, verano de 1952

Lowell L. Blaisdell visita Los Ángeles, California.

Como un joven historiador de treinta y tres años, lleva dos años investigando la revolución floresmagonista en Baja California.

Gracias a un historiador mexicalense, el doctor Francisco Dueñas Montes, se adentra en 1911, ese año tan rico en acontecimientos para la entidad.

Ahora está parado frente a un edificio viejo.

Su dirección exacta es 519, East Fourth Street.

En ese edificio estuvieron, en 1911, las oficinas principales del Partido Liberal Mexicano y el cuartel general de su movimiento armado.

El edificio luce abandonado.

Pero hay un conserje, un viejo llamado Sebastián Ojeda, que le permite entrar y recorrerlo a su gusto.

Para Blaisdell, esas paredes guardan una historia olvidada de la Revolución mexicana.

Por estas habitaciones pasaron Caryl Pryce y José María Leyva, Simón Berthold y Jack Mosby, Emilio Guerrero y Rodolfo Gallego. Los jefes de campaña y los voluntarios extranjeros.

En estas oficinas, Ricardo y Enrique Flores Magón escribieron sus manifiestos universales, sus ansias de libertad.

Blaisdell aguza sus sentidos, pero ni siquiera el fantasma de algún revoltoso se le aparece.

Sebastián Ojeda le informa de la suerte de aquel recinto.

–Lo van a demoler. Ya está muy viejo.

–¿Desde cuándo vive aquí?

–Más de cuarenta años. Yo tengo sesenta y ocho. Los cumplí hace un mes.

Blaisdell lanza su última carta.

–¿Recuerda cuando aquí estuvieron las oficinas del Partido Liberal Mexicano?

Ojeda se rasca la oreja.

Nervioso.

Apreensivo.

–¿No será usted policía o algo así?

–No, don Sebastián. Soy historiador. Y busco a don Ricardo.

–Ya murió.

–Perdón. Lo que quise decir es que busco escribir la historia de su revolución.

–¿Ya estuvo en México?

–Fui a Mexicali.

–Horrendo lugar. El infierno sin misericordia.

–Así es, pero yo le pregunto si...

–Si los conocí. No mucho, pero lo suficiente. Los hermanos eran tratables. Ocupados siempre en sus cosas. No platicaban: escribían. Tomaban café y escribían. Esa era toda su vida. Bueno, luego imprimían su periódico, *Regeneración*. Al principio creí que se dedicaban a algún culto religioso. Ya ve que por acá abundan. Pero era puritita política.

–¿Conoció a alguien más del partido?

–Era una bola de gente que entraba y salía todo el día. Gringos y mexicanos, italianos y franceses. Gente rara, vestida rara.

–¿Rara cómo?

–Como los *stunts* o los extras de Hollywood. Unos vestían como vaqueros de las películas del oeste. Otros andaban muy trajeados y circunspectos. Y las mujeres eran unas fieras. Gritaban, exaltadas, como en trance. Todos eran muy mercuriales, muy emotivos. No se me olvida cuando vino Pryce, un revolucionario inglés muy imponente, y les dijo sus verdades a los hermanos Flores Magón: que así, desde lejos, no se hacía la revolución; que era hora de unirse a los maderistas por el bien de México. Fue el acabóse, un santo pandemónium. Sus gritos, los de Ricardo y los de Pryce, se escucharon por todo el vecindario. Ese inglés sí que hablaba de frente. Nunca más regresó por estos rumbos. Luego se hizo astro de Hollywood. Yo vi dos o tres cintas suyas.

–¿Recuerda a alguien más?

A Sebastián Ojeda se le ilumina el rostro.

–Al muchachito ese, el cantor.

Blaisdell hace una lista de todos los cabecillas revolucionarios que pudieron haber visitado las oficinas.

–¿Stanley Williams?

–No. A ése también lo recuerdo. El que le digo era músico. Siempre con su guitarra en la espalda. Tocaba bien, digo, para ser gabacho. Con sentimiento. Con *güevos*.

–¿Joe Hill?

–Ese mero. Todavía conservo la letra de una composición suya. Andaban hambrientos él y su compa, el Scott. Ese nunca me cayó bien del todo. Yo les invité unos tacos de machaca y un vaso de bacanora. Soy sonoreNSE, pues, y viendo lo flacos que andaban me compadecí de ellos. Luego se fueron a combatir a la Baja. A Mexicali y Tijuana y sepa dónde más. Joe regresó solo y herido, y don Ricardo me pidió que le diera alojamiento por unos días. Fue entonces cuando me regaló ese papel con la letra de una de sus composiciones.

–¿Lo podría ver?

Ojeda le pide unos minutos para buscarlo. Poco después vuelve con un papel amarillento.

–Mire, señor, hasta me firmó su canción.

Blaisdell se percata de que aquel documento es auténtico.

Y, a pesar del temblor nervioso que sacude sus manos, lee:

*El que a mi lado pelea
sabe quién fui, y quién soy.
El que a mi lado trabaja
no olvida adonde voy.*

*La gente bien que lo sabe:
dura es la esclavitud.
Por eso grita en la calle:
¡Viva la gran Unión!*

*Todos unidos debemos,
todos en multitud,
gritarle a los poderosos:
¡Yo soy la revolución!*

*Mientras el pueblo reclame,
yo le daré mi voz.
Mientras rebeldes haya,
cuenten con mi canción.*

–Es hermosa –dice el historiador.

–Y elocuente –corroborra el conserje.

Blaisdell le devuelve el manuscrito de Joe Hill. Sebastián Ojeda sonríe, orgulloso de aquella posesión.

–Gracias por hacerme vivir una época tan dramática.

–No. Gracias a usted por hacer que la recordara.

Antes de salir del edificio, Sebastián Ojeda entra a su cuarto y sale con un pequeño objeto en la mano.

–Esto es un regalo para usted. –Y pone en la mano de Blaisdell un silbato ennegrecido, hecho en Alemania.

–¿Qué es esto? ¿A quién pertenecía?

Antes de cerrarle la puerta en la cara, don Sebastián le espeta:

–Si es usted un verdadero historiador, ¡averigüelo!

CXL. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

19 de septiembre de 1956

Cuando mi abuelo me hablaba de Mexicali en manos de la fuerza floresmagonista, siempre me aclaraba que aquel ejército revolucionario estaba formado por gente de variados orígenes y costumbres:

Estábamos nosotros, los mexicanos del Partido Liberal Mexicano, que vestíamos muy atildados, con traje, sombrero y corbata de lazo.

Nos la pasábamos discutiendo teorías sociales.

Y soñando en el día que, triunfantes, marcharíamos por el Paseo de la Reforma en la ciudad de México.

Luego estaban los indios cucapás.

Siempre quietos y, a la vez, siempre alertas.

Vestían ropas usadas, viejas, pero a las pocas horas de haber tomado Mexicali ya se habían puesto, encima de sus harapos, abrigos de piel de zorro y usaban sombrillas robadas de las casas abandonadas de los ricos.

Cuando se miraban unos a otros con aquellos vestidos y artilugios soltaban la risa.

Para ellos la vida era un juego. Un juego divertido y peligroso.

Luego estaban los gringos, pocos en un principio, que eran nuestros hermanos de ideología. Trabajadores duros, que no se quejaban. Vestían pantalones de mezclilla y camisas de manga corta, incluso en esos días helados de enero y febrero de 1911. Se reían del frío. “Esto no es nada –decían–. Para congelarse de a de veras vayan a Alaska.”

Y, finalmente, los *wobblies*, los vagos, los aventureros.

Con sus caras displicentes y su aire de rebeldes.

Vestían como forajidos del viejo oeste.

Siempre estaban peleándose.

Con cualquier pretexto hacían escándalo.

No les gustaba vigilar Mexicali.

Ellos querían camorra.

O diversión en grande.

Para los *wobblies*, la revolución era una fiesta permanente.

El comandante Leyva estaba harto de tener que acudir a calmar los ánimos, especialmente entre nosotros, los floresmagonistas, que creíamos que la revolución no era cosa para tomarse a la ligera, y esos vagos y vagabundos que sólo disfrutaban el zafarrancho, la zacapela.

Por eso, cuando en febrero llegó Stanley Williams y se autonombró general por sus propias pistolas, Leyva vio su oportunidad de resolver dos conflictos con una sola maniobra. Y puso a Williams a cargo de un cuerpo auxiliar de voluntarios no mexicanos; esto es, lo nombró general del ala escandalosa de los revolucionarios. Pero para hacer eso Williams tuvo que demostrar que era de confianza en el combate, que podía mandar y, lo más importante de todo, que era obedecido por la gente. Y, como todos sabemos, la mejor forma de demostrarlo es en el mero campo de batalla.

Y esa prueba de fuego ocurrió el 8 de abril de 1911.

Entonces mi abuelo tragaba saliva.

Como si se le hubiera atorado algo grande en la garganta.

Lo que se le atoraba era la memoria de ese día.

Los recuerdos de un combate visto en cámara lenta.

–¿Qué es lo que viste? –le insistía.

–Zumbidos. Balas pasando muy cerca.

–¿Y qué más?

–El olor a pólvora, a miados, a sangre fresca coagulándose.

–Cuéntame qué hiciste en esa batalla.

–Disparar. Tener miedo. Volver a disparar.

–¿Es todo?

–O te concentrabas en lo que hacías o el mundo te daba vueltas. Si te concentrabas en localizar al enemigo, apuntarle y matarlo, todo estaba bien. Pero si veías a tu alrededor y sólo te topabas con gente herida, con cuerpos destrozados, no servías para nada.

–¿A cuántos mataste?

–No sé. Dos, tal vez tres soldados.

–¿Cuánto duró la batalla?

–Una eternidad. Un minuto. No sé. Yo cargaba mi rifle y disparaba. Avanzamos. Retrocedimos. Avanzamos y volvimos a retroceder.

–¿Y luego?

–Luego nos regresamos a Mexicali cargando nuestros muertos. Allí me tropecé con Stanley Williams. El nos hacía señas de que lo siguiéramos. Yo pensaba que habíamos perdido la batalla hasta que me topé con ese gringo risueño, que parecía un *cowboy* invencible.

–¿Ganaron, entonces, la batalla?

–Mira, al final ellos, los federales, se retiraron, pero nosotros ya no avanzamos. Estábamos cansados, incapaces de tomar la iniciativa, y no los rematamos.

–¿Los dejaron que se escaparan?

–Sólo queríamos volver a Mexicali con nuestros muertos. Pero Stanley se nos apareció con toda su energía intacta. Era como si estuviera disfrutando de todo ese refugio, como si el caos fuera su elemento natural.

–Quieres decir que se le veía victorioso.

–Se le veía feliz. Y eso que estaba muerto. Pero yo no lo sabía.

–¿Viste un fantasma?, ¿el fantasma de Stanley Williams?

–Vi lo que quise ver: un camarada inmortal alentándonos a seguir combatiendo. ¿Sabes lo que dijeron de él en *Regeneración*? Que no era sólo un héroe para México sino para el mundo. Que había muerto como mueren los liberales: altivos, soberbios, indomables. Y tenían razón. Así era Stanley. Así éramos todos los revolucionarios en aquel tiempo: una banda feliz en la paz como en la guerra. Los *happy few*, como le gustaba decir a Joe Hill, otro gringo que andaba con nosotros; los heraldos de la anarquía, los portaestandartes del orden natural.

–¿Murieron muchos camaradas tuyos?

–Muchos.

–¿Podrías contar todo eso en el Congreso de Historia Regional de Mexicali que comienza mañana?

–¿Para qué?

–Para que sepan cómo se sentía ser revolucionario en 1911.

–Díselo tú.

–Pero ¿qué les digo?

–Que se sentía... que se sentía de la chingada.

–Eso no creo que les guste oír.

–Diles que la revolución era un zumbido.

–¿De balas?

–No: de moscas pantconeras. Moscas grandes, negras, hambrientas de mierda y sangre.

–Tampoco creo que...

–Entonces no les digas nada. Déjame en paz.

–Pero si no te escuchan...

–Si nunca nos han escuchado. Dime: ¿conoces algún monumento en honor de nuestra lucha en Baja California?

–No sé de ninguno, abuelo.

–Porque nunca lo ha habido. Pero de monumentos a los pinches chaqueteros porfiristas, esos que cambiaron de bando como una puta cambia de calzones, están llenas las calles de nuestras ciudades, las plazas públicas. Ganamos todas las batallas de Mexicali, la de enero, la de febrero y la de abril de 1911; les pusimos una corretiza de miedo a Terrazas, a Vega, a Mayol, y somos los villanos de esa historia. Deja en paz el pasado. Deja en paz a los revolucionarios. Los anarquistas no necesitamos monumentos. No requerimos celebraciones. Deja esa basura para los porfiristas, para los huertistas, para los cantuistas. Esas moscas pantconeras. Esos asesinos muy decentes y bien trajeados, ávidos de condecoraciones y medallas de honor. Su honor huele a sangre nuestra. Sus medallas huelen a verdugos.

–Lo siento. Yo...

–No lo sientas. Nadie sabe cuál es el papel que le corresponde cuando la vida sucede con tanto vértigo.

–¿Tu revolución fue un vértigo?

–Un vértigo. Un remolino.

–¿Qué es lo que más añoras de ella, abuelo?

–La camaradería. La hermandad. Eso nos unía. Eso nos daba valor a la hora de los balazos. Extranjeros o mexicanos, todos éramos iguales, todos compartíamos la misma causa: mejorar el mundo.

–¿Y lo mejoraron?

–Dímelo tú.

–Vamos, ¡dímelo!

CXLI. ENSENADA, BAJA CALIFORNIA,

21 de septiembre de 1960

Clemente Alarcón Zavala era un orgulloso alumno de la escuela Héroes de Baja California. Cada mes de mayo, en la calle Séptima, entre la Obregón y la Ruiz, las autoridades del puerto organizaban un acto oficial en donde Clemente y sus compañeros desfilaban.

¿Qué festejaban los niños de Ensenada?

La heroica defensa de Baja California.

¿Contra quiénes la defendieron?

Contra los bárbaros filibusteros.

Contra los invasores de 1911.

Contra los hermanos traidores, Ricardo y Enrique Flores Magón.

Luego del desfile, algún personaje público pronunciaba un discurso que incluía frases como “La patria empieza en Baja California” o “Gracias a nosotros México no nos perdió en manos de los extranjeros”.

Clemente Alarcón Zavala creía, como sus maestros y compañeros de clase, que eso era lo que había sucedido cincuenta años antes. Pero un día, cuando cursaba el tercer año de secundaria, el director de la escuela se presentó ante el grupo. Iba acompañado de un hombre delgado, canoso, vestido con ropas oscuras, lo que le confería un aire de recogimiento. El director, después de disculparse con la maestra, hizo la presentación formal de aquel señor:

–Quiero que conozcan al historiador Pablo L. Martínez. Él es nativo de esta península y publicó hace unos años *La historia de Baja California*, la primera historia de nuestra entidad escrita por un autor mexicano. Lo traje con ustedes para que les hable de dos hombres cuyas ideas revolucionarias nutrieron varios artículos de la Constitución Política mexicana de 1917, la constitución que hoy nos rige como nación independiente y soberana.

Décadas más tarde, el Clemente adulto recordaría aquel momento con un escalofrío:

Y sin decir más nos dejaron, la maestra y el director, con aquel señor extraño.

Don Pablo no era persona de cháchara inútil.

Empezó preguntándonos qué sabíamos de la revolución floresmagonista de 1911.

Todos levantamos la mano, con ganas enormes de mostrarle lo orgullosos que nos sentíamos por pertenecer a un pueblo de héroes mexicanos.

–¡Yo le digo!

–¡Yo, señor Pablo!

Y uno por uno nos levantamos para exponer que los bajacalifornianos lucharon contra los gringos y los derrotaron, que Ricardo Flores Magón y Dick Ferris se pusieron de acuerdo con el gobierno estadounidense para invadirnos, que estos extranjeros alzaron en Tijuana la bandera de las barras y las estrellas en vez de la bandera tricolor, que los negros que venían con ellos cocinaban vivos a los niños, que eran cobardes en el combate, que nunca derrotaron a nuestros valientes soldados.

Cuando terminamos de hablar, don Pablo sólo movió la cabeza en señal de reprobación.

–¡Oigan bien todos ustedes!

El salón entero guardó silencio de golpe.

–¡Todo lo que me han dicho son mentiras!

Se desató el pandemónium.

Aquello era una herejía.

Don Pablo, con voz suave, comenzó a contarnos otra historia.

Una historia de hombres expulsados de su propio país por querer expresar libremente sus ideas, sus ideales.

Una historia de hombres y mujeres de todos los rumbos de la Tierra que decidieron apostar sus vidas por la causa de un México sin dictadores, sin dictaduras.

Una historia de combatientes que murieron para que la tierra fuera de quien la trabajaba, sacrificándose para que nosotros tuviéramos la justicia que a ellos nunca se les aplicó.

Las frases más hirientes para todos nosotros, don Pablo nos las dijo al final de su clase:

–Los bajacalifornianos que lucharon contra los revolucionarios floresmagonistas no estaban defendiendo la patria: estaban defendiendo sus negocios, sus privilegios. Defendían una dictadura feroz y un régimen sin derechos para sus ciudadanos, pero que les regalaba a los extranjeros las riquezas naturales de México. ¿Ahora pueden decirme quiénes fueron realmente los traidores?

El escándalo fue mayúsculo. Muchos compañeros les contaron a sus padres las blasfemias escuchadas de boca de don Pablo. El director, sin inmutarse, les respondió:

–La verdad no se defiende con sentimientos exaltados: se defiende con razones, con argumentos.

Y les sugirió, a nuestros padres indignados, un debate público con el historiador.

No aceptaron.

Ese fue el momento en que empecé a dudar.

En que comencé a buscar otras versiones de nuestra historia.

Fue un proceso lento, doloroso.

Un proceso que me llevó a perder amistades fanáticas y a ganar amigos cuestionadores, amigas que no aceptaban la falsedad por más conveniente y engañosa que fuera.

Hoy, ya viejo, veo que el culto a la mentira prosigue.

Tal vez porque a nadie le gusta reconocer sus errores, aceptar que se luchó por un régimen atroz.

Como los alemanes, en la segunda Guerra Mundial, pueden declarar lo valientes que fueron sus soldados, el espíritu inquebrantable con que lucharon hasta el fin.

Sí. Pero lucharon por una causa que da asco, por un sistema represivo, por una dictadura militar.

En eso no hay orgullo que valga ni sentimiento válido.

Por eso me duele ver que las mentiras tienen larga vida, que preferimos creernos héroes a llamarnos ciudadanos viviendo en su propio cuento de hadas. Y aun ahora mucha gente sigue engañándose.

Porque engañarse a uno mismo es de lo más fácil.

Sólo requiere que te lleven, año con año, al mismo acto cívico y te instruyan con los mismos discursos.

Basta con que una autoridad afirme: ésta es la verdad.

Y que tú la repitas sin pensarla, hasta que realmente la creas.

Yo desperté hace muchos años.

Y eso se lo debo a un hombre serio, canoso, delgado.

Un hombre vestido de ropas oscuras.

Un profesor que nos hizo poner a prueba nuestro pasado.

Eso sigo haciendo ahora.

Porque la historia sólo se comprende poniéndola a juicio, estudiándola a fondo.

Como Pablo L. Martínez lo hizo, con la verdad por delante, cuando yo era un niño. Y aceptó la tormenta que se le vino encima, los odios que sus palabras provocaron.

Él sabía que decir la verdad es la cosa más difícil.

Sobre todo, cuando eres una minoría.

Cuando estás remando contra la corriente.

Cuando le dices a tu propia comunidad: “No me engañas: tú eres el lobo vestido de oveja”.

Y ellos te aúllan.

Te muestran sus colmillos.

Te expulsan de la manada.

¿Y qué queda después de eso?

Vivir a la intemperie, con la duda por compañía.

Habitar el páramo donde la historia revive sin velos, sin mentiras piadosas, sin héroes de pacotilla.

Porque la verdad duele.

Duele y fortifica.

CXLII. MEXICALI, BAJA CALIFORNIA,

28 de octubre de 1964

Estamos, mi padre y yo, en un puesto de aguas frescas, en la primera planta del edificio que pertenece a la Asociación China de Mexicali, por la avenida Madero, en el centro de la ciudad.

Detrás de nosotros, sentados en cómodos sillones, un grupo de orientales fuman puros como si tuvieran todo el tiempo del mundo para sí, mientras hojean periódicos en su idioma, impresos con tintas verdes y moradas.

El tráfico es incesante.

El bullicio, ensordecedor.

Ambos tomamos, de pie, sendos vasos de cartón con aguas frescas.

La de mi padre es de cebada.

La mía, de horchata.

Mi padre me habla de su vida en el ejército mexicano, bajo el mando de “mi general Lázaro Cárdenas”; de sus tiempos en el Colegio Militar, donde estudió comunicaciones, y de cómo, al finalizar la segunda Guerra Mundial, se volvió un civil, un radiotelegrafista de la Compañía Mexicana de Aviación.

De vez en cuando mi progenitor señala a la gente que pasa por la acera, a la marea de personas, de todas las razas y costumbres, que agitan el mundo fronterizo:

–Mira, hijo, esa viejita es la Valentina. Anduvo en la revolución, con Pancho Villa, y ahora vive muy tranquila aquí, en Mexicali. Así como la ves de buena gente, cuando joven echó más bala que muchos soldados que yo conozco.

Frente a nosotros, el desfile sigue y sigue pasando.

Otro viejo baja de un taxi.

Gente mayor pero que aún se mueve con brusquedad, con altivez.

El anciano, de bigote blanco y pelo canoso, se acomoda el sombrero y entra al puesto donde estamos.

–¡Un agua de limón! –ordena y pone, con un golpe que se escucha en todo el edificio, una moneda sobre el mostrador.

–Usted tiene voz de oficial –le dice mi padre.

–Soy el coronel Esteban Cantú. ¿Y usted...?

–Yo fui sargento –responde mi padre, pero con un tono de voz distinto, un tono como el que usa cuando me llama después de que he cometido alguna travesura y va a pedirme cuentas de mis actos.

–Dos militares –remarca el viejo y le da un trago largo a su limonada.

Mi padre aguarda a que termine de beber antes de contestarle.

–Sí, dos militares, pero no del mismo ejército, coronel.

Veo que el rostro del anciano palidece. Veo en su mirada una ira dura, apenas contenida.

Luego, sin decir palabra, nos da la espalda y sale del edificio.

Sé que algo extraño ha pasado entre mi progenitor y ese viejo, pero no sé exactamente qué ha sido. Miro a mi padre tratando de hallar una explicación.

–¿Quién es ese señor? –le pregunto, intrigado–. ¿El también anduvo en la revolución?

Mi padre voltea a verme.

–No, hijo –me responde muy serio–. El no tuvo tanta suerte.

CXLIII. EJIDO CUCAPÁ EL MAYOR, VALLE DE MEXICALI,

3 de agosto de 1971

–Primero su nombre.

–Pablo Pesqueira Lagarto.

–Fecha y lugar de nacimiento.

–Alrededor de 1892, por estos rumbos.

–Cuéntenos cómo vivieron los cucapás la revolución aquí, en Baja California, en el valle de Mexicali.

–Mire, señorita, yo miro hacia atrás y veo polvaredas. Gente de paso. Mucha tropa. Mucha bala. Esa es mi imagen de aquellos tiempos. Nada bonito, pero todo emocionante.

–¿Qué edad tenía usted entonces?

–Diecinueve años. Más o menos.

–¿Y cuál fue la primera señal del conflicto?

–Vino un pariente lejano de mi madre, un tío, Emilio Guerrero.

–¿El vivía con ustedes?

–No, señorita. El vivía al norte, en California. Era medio cucapá, medio cochimí. Pero le gustaba asistir a nuestras ceremonias comunales. Cuando mi abuelo Florencio falleció, él vino y trajo sombreros y pistolas.

–¿Eso fue en qué año?

–En 1905... No: en 1906. Fue después de las inundaciones, cuando Mexicali casi desaparece.

–¿Las inundaciones?

–El río Colorado destruyó las compuertas que habían instalado los ingenieros gringos. Se vino una marejada tremenda que se tragó rancherías, pueblos y campos de cultivo. Muchos de los nuestros murieron allí. Uno de esos fue el abuelo Florencio. Una herida en el pie, que luego se le pudrió.

–Volvamos a 1911. ¿Qué papel jugaron ustedes en la revolución armada de los hermanos Flores Magón?

–Ellos nunca estuvieron por aquí, pero nos mandaban unas hojitas con el tío Emilio. Yo aprendí a leer castellano gracias a ellas.

–¿Qué decían las hojitas?

–Que debíamos levantarnos en armas, que los indios éramos iguales al resto de los mexicanos.

–¿Y estaban de acuerdo con eso?

–No mucho, señorita. Los cucapás fuimos creados por Sipa y Komat, los dioses gemelos, antes que los demás pueblos del mundo. No somos iguales. Nosotros somos los primogénitos de la humanidad. Los mexicanos, como los gringos, son hermanos menores.

–¿Cuántos cucapás tomaron las armas por la revolución?

–Los más jóvenes. Yo, entre ellos. Fue la primera vez que salí del valle de Mexicali. El tío Emilio, que era el levantisco, el inconforme, nos llevó al otro lado de la sierra, más allá de las montañas de roca. No nos gustó andar en los cerros. Otra temperatura. Mucho frío y mucha lluvia.

–¿Fue bueno ser revolucionario?

–Sí, lo fue. Vi el mar en San Quintín. Dormí en casas de piedra. Maté dos borregos cimarrones. Comí frijoles y carne hasta hartarme.

–¿Y los ideales revolucionarios?

–Se los recitábamos a la gente, pero no nos entendían. Era como si aceptaran nuestro credo por puritito miedo. La gente decía que sí, que viva la revolución, pero sólo para evitarse problemas. Y luego nos peleamos con los indios de

por allá. Matamos a uno de sus chamanes, un brujo muy malo, y no nos lo perdonaron. Tuvimos como treinta años de guerra de los cielos.

–¿Guerra de los cielos?

–Sí. Lucha celestial. De montaña a montaña. Con relámpagos y todo. Nosotros desde la sierra de los Cucapás y ellos desde la sierra de San Pedro. Lucha larga, sin cuartel. Con sangre derramada. Ojo por ojo. Familiar por familiar. Hasta que vino una vez Tata Lázaró y nos puso en paz.

–Volvamos a 1911. ¿Qué pasó después de San Quintín?

–Mi tío Emilio nos llevó a Tijuana y luego anduvimos mero-deando por las montañas rocosas. Cuando no vio la cosa clara, mi tío dejó de ser indio y se puso el uniforme de policía. Luego lo encarcelaron y lo mandaron a la ciudad de México. Nunca más volvió.

Nosotros, los que salimos con vida, nos retiramos a nuestras rancherías. El coronel Cantú anduvo indagando quiénes éramos para ajusticiarnos, pero los cucapás todos guardaron silencio. Eso nos salvó.

–¿Hubo alguna clase de represalia?

–Ser indio en este país es suficiente represalia, ¿no cree, señorita? Por años nos negaron toda ayuda. Nos dejaron en el completo abandono. Querían que nos muriéramos lo más pronto posible y sin escándalo. Yo, como muchos cucapás, me fui a trabajar al otro lado. Hasta que no fuimos ejido y

tuvimos reconocimiento del propio gobierno, muchos no regresamos.

–¿De algo sirvió que usted se metiera a la revolución floresmagonista?

–¡Claro que sí! Aprendí a manejar toda clase de armas. Aprendí a hablar inglés y a leer en castellano. Aprendí que los indios causamos mucho miedo cuando decimos ¡basta!, cuando le ponemos un alto a los abusos y a los abusadores.

–¿Algo más que quiera agregar, don Pablo?

–Lo único que me duele es que mi tío Emilio nunca volviera a visitarnos. El siempre nos traía sombreros muy bonitos, pistolas bien engrasadas.

[Grabación y transcripción: Ann Williams, Universidad Estatal de San Diego, Departamento de Antropología y Etnografía.]

CXLIV. LA JOLLA, CALIFORNIA,

2 de mayo de 1975

En la sala comunal del asilo de ancianos Daily Care, la televisión muestra el fin de la guerra de Vietnam. Mientras el locutor habla de la caída de Saigón y de la evacuación del personal americano de aquella conflictiva región del mundo, las imágenes lo dicen todo: gente arremolinándose a las puertas de la embajada estadounidense, tratando de escapar inútilmente del avance de las tropas comunistas; familias llorando en las calles y cadáveres amontonados a diestra y siniestra, entre los edificios en llamas, son los testimonios visuales de una derrota largamente anunciada.

–¡Pinches anarquistas! –grita un anciano desde su silla de ruedas. Su compañero de al lado lo mira con fijeza.

–Dirás pinches comunistas –lo corrige.

El anciano ni siquiera lo escucha por estar atento al televisor.

–¡Esos *wobblies* de mierda! –exclama.

–¿*Wobblies*? Son norvietnamitas. ¿Qué no los ves?

Pero Scott Wheeler, a sus noventa años de edad, sólo contempla su propia guerra todavía inconclusa. Una guerra librada hace más de seis décadas.

–¡Yo debí acabar con ellos! –grita–, ¡yo debí ponerles un alto cuando pude!

Un enfermero afroamericano se acerca para ver qué sucede.

–¿Está bien, señor Wheeler? ¿Ya tomó su medicina?

–¡No! ¡No voy a tomar tus pastillas alucinógenas, Alabama!

El enfermero lo observa con severidad.

–Ya le he dicho, señor Wheeler, que no me llamo Alabama. Mi nombre es Hank Zwil.

Y sin preguntarle su opinión, conduce a Scott a su cuarto. –Es hora de dormir, señor Wheeler. Es tiempo de descansar.

A sus espaldas, en la pantalla a color, las tropas de Vietnam del Norte festejan su victoria, disparan sus armas al aire.

En su habitación a oscuras, recostado en su cama, Scott no puede conciliar el sueño. Al ver que las pastillas no surten

efecto después de media hora, prende la lámpara y allí, con una sonrisa socarrona, sentado en la única silla del cuarto, está Joe Hill, tan joven como en 1911.

–¿Vienes a burlarte de mí, fantasma?

–Tal vez –le contesta su viejo amigo, su antiguo adversario–, o quizá sólo pasé a ver cómo seguías. Hace mucho que no platicamos.

–Pues ya ves: aún respiro, aún hago escándalo.

Joe Hill contempla las fotos que descansan sobre la mesa de noche y toma una en la que aparecen Caryl Pryce, Scott y él mismo.

–No creí que la guardaras. No creí que te carcomiera la nostalgia por aquella aventura.

–¿Por qué lo dices?

–Se te ve contento como revolucionario anarcosindicalista.

–Era sólo un disfraz –se disculpa Wheeler, inquieto, desvelado.

–Un disfraz que te quedaba bien, como hecho a la medida. ¿No crees?

Scott cierra los ojos, furioso, ante aquella insinuación de su falta de patriotismo.

Al abrirlos de nuevo está solo en su cuarto, sin más compañía que sus recuerdos.

Los peores. Los mejores. Los que nunca se van.

Pinches pastillas de negros, exclama para sí; no me duermen pero cómo me hacen ver gente que odio, gente que me fastidia, gente que...

Cuando Hank, el enfermero, hace la ronda de medianoche, descubre a Wheeler dormido, con la foto sobre su pecho y una sonrisa cruzando su rostro.

Viejo racista y cascarrabias, piensa; ¿con qué putas blancas estará soñando?

Pero Scott Wheeler sólo sueña con las balas que cruzan el polvo del desierto, mientras Joe Hill y él disparan sus pistolas y ríen y son felices porque el mundo es una batalla por ganar, una gesta por vivir allá, muy lejos, al sur de la frontera.

En su juventud salvaje y despiadada.

En sus años mozos, cuando todo era posible.

Incluso dar la cara por una idea en que no creía.

Incluso morir por una causa que no era la suya.

En la oscuridad de su cuarto, Scott Wheeler sueña, fantasma entre fantasmas, con sus días de revolucionario ejemplar, con sus momentos de liberador del mundo.

Un sueño intenso y purificador.

CXLV. LAGUNA SALADA, VALLE DE MEXICALI,

20 de noviembre de 2011

Jim Klein, capataz de obras de la International Electric Power Company, está atento al avance de las motoconformadoras en la planicie arenosa, al oeste de la ciudad de Mexicali, en plena Laguna Salada.

La nueva planta eléctrica, que producirá suficiente energía para iluminar buena parte del sur de California, desde Calexico hasta Los Ángeles, se está construyendo cerca de la frontera.

El gobierno de Baja California está de plácemes por la inversión que los estadounidenses realizan. Una inversión de más de cincuenta millones de dólares en una época de crisis económica y desaceleración industrial es la mejor noticia recibida en meses.

Casi cuatrocientos trabajadores se hallan limpiando la zona y nivelando el terreno para que la construcción dé comienzo lo más pronto posible.

Jim Klein está nervioso.

Llevan una semana de retraso con respecto al plan de construcción original. Los temblores de los últimos meses han sido un problema serio. Lo bueno es que, aun con tal retraso, la terminación de la planta eléctrica no pasará de la primera quincena de Junio.

El calor del verano no será un obstáculo y, en cambio, será una ventaja económica, pues la generación de energía eléctrica se dará en la estación del año en que más demanda habrá de la misma.

Uno de sus ingenieros le hace señas con una banderola a unos cien metros de distancia.

Busca su radio y se comunica con él.

–¿Qué pasa, Larry?

–Encontramos algo. Ven a ver.

Aunque son cien metros apenas, Jim sube a su camioneta y se dirige al sitio indicado.

Tres trabajadores mexicanos con palas en la mano observan una hendidura en la tierra.

–No me digan que dimos con un túnel de contrabandistas –bromea–, o son los efectos del último terremoto.

Pero su broma no surte efecto.

Larry lo acerca a su hallazgo.

Pedazos de tela áspera se agitan con el viento.

Y más adentro del agujero se ven huesos.

–¿Una tumba? –pregunta.

Larry se encoge de hombros.

Jim se enfrenta al trío de trabajadores.

–¿Qué creen que sea esto?

El más joven, que porta una camiseta con la imagen del indio Gerónimo, contesta:

–Un entierro, señor. Puede que de los indios. Por aquí vivían los cucapás hace mucho tiempo.

–¿Cucapás?

–Ya casi no hay. La mayoría vive al otro lado.

Jim comprende ahora.

–*Cocopah*, ¿no? Los dueños de los casinos. Con ellos he perdido más de mil dólares el último año.

–Es la venganza del piel roja –agrega Larry.

Tampoco esta vez la broma es bien recibida.

Jim se arrodilla y examina los huesos.

Algo brilla de pronto.

Sin pensarlo y ante la sorpresa de los mexicanos, mete la mano en la tumba y saca un pedazo oxidado de metal y una cartera de cuero.

–Creo que no son huesos de indios.

–¿Por qué lo dices?

Jim abre la cartera y examina su interior.

Un documento amarillento sale a relucir.

Frágil, pero legible.

El capataz se pone de pie.

–¡Es de un americano!

Larry, por su parte, examina el pedazo de metal.

–Y éste es un revólver.

Ambos se voltean a ver.

–Podemos suspender la obra y ver qué es todo esto
–sugiere Larry.

Jim está a punto de aceptar.

–Si lo hacemos, vamos a pasar aquí el verano, sobre todo si esto se convierte en una investigación policiaca.

El capataz recapacita.

–Este revólver ha de tener más de cien años. No es la escena de un crimen. Es sólo la tumba de un gringo que tuvo la mala suerte de morirse en este desierto.

Sin decir más se ponen de acuerdo.

Jim regresa a su camioneta.

Larry se acerca a los mexicanos y les ofrece doscientos dólares a cada uno.

–Aplanen de nuevo el terreno y rellenen el hoyo de inmediato.

–¿Podemos rezarle al muerto antes de hacer eso?
–pregunta el más joven de los tres.

–Récenle o bailen o lo que quieran, pero tapen ese agujero y no lo comenten con las demás cuadrillas de trabajo.

–Está bien, gringo. Nosotros nos encargamos de taparlo.

Larry da por terminado el asunto.

Observa el revólver oxidado y decide quedarse con él.

Jim regresa al centro de mando.

Al apagar la camioneta mira de nuevo el documento.

En la esquina superior se ve la fotografía de un muchacho de mirada sagaz.

Luego su profesión: obrero de la construcción.

Y su dirección: San Francisco, California.

Y finalmente su nombre: Benjamín Silver North.

¿Qué podría andar haciendo este compatriota en estas lejanías? ¿Qué negocios podría tener aquí?

Jim toma la cartera y busca algún otro documento.

Descubre, en el doble fondo, una carta.

Una carta sin firma, dirigida a una tal Isela, que dice:

Lo primero que vamos a hacer cuando lleguemos a Mexicali es abrir la cárcel y liberar a los prisioneros. Como en la toma de la Bastilla, sólo deben quedar sus muros en pie para recordarnos los aciagos días del pasado, para que no olvidemos que la batalla que hoy libramos es la misma batalla que, en épocas antiguas, otros esclavos realizaron contra sus opresores.

Nosotros somos el pueblo.

Y el pueblo, si es libre en realidad, no necesita prisiones. No se requieren capataces, guardias ni vigilantes.

Sólo se necesita amor y esperanza, integridad y valentía.

Los que vivan en el futuro, hermosa mía, comprenderán nuestro sacrificio.

Entenderán por qué hicimos lo que hicimos.

No importa lo que nos pase.

Como dice don Ricardo: si hay que morir, moriremos como soles: despidiendo luz.

Jim no entiende aquella jerigonza revolucionaria.

Mete los documentos en la cartera y sigue coordinando los trabajos de nivelación del terreno. La planta eléctrica es su prioridad. México pone los recursos naturales y California se salva de otra crisis energética.

El pasado, con sus huesos, documentos y revólver, debe quedarse en el pasado.

O venderse al mejor postor en eBay.

El presente es lo que importa: como maquinaria en marcha, como flujo de inversiones, como tecnología de punta.

El capataz deja de pensar en la tumba y se concentra en el trabajo por hacer. Observa la obra en su conjunto, lo que significa para su compañía con sede en Seattle: ganancias seguras.

Para su empresa, que ahora construye la planta eléctrica

más poderosa del noroeste de México, las fronteras no existen. Ni siquiera el muro, vigilado electrónicamente, que el propio gobierno estadounidense ha construido en los últimos años, puede obstaculizar sus negocios.

Jim Klein ha sorteado un obstáculo más.

Ahora puede ver el futuro: un contrato terminado a tiempo.

Energía eléctrica yendo a California sin dilaciones, sin problemas sindicales, mientras los desechos tóxicos se quedan en México.

Y allá, donde acaba *the yellow brick road* (el camino de bloques amarillos), ganancias fluyendo en cada chispazo.

Un negocio redondo en plena frontera.

La actividad febril que no conoce el descanso, el estancamiento, los escrúpulos.

Profit, Always profit (Beneficio, siempre beneficio).

Porque hay que sacarle provecho a todo, a todos, todo el tiempo. Y entonces una motoconformadora se detiene a menos de cuarenta metros de donde él está y toca su sirena.

—¿Y ahora qué pasa?

El conductor de la motoconformadora baja del vehículo y otros trabajadores se le unen, como revisando el lecho de la Laguna Salada.

La radio estalla con voces de alarma.

–¡Vengan! ¡Esto está de pelos!

–¡Freaky, freaky!

La voz de Larry se deja oír al fin:

–Ven pronto, Jim. Encontramos otro cuerpo.

Maldita sea, ahora todos se van a enterar de que había otra tumba.

En unos segundos llega corriendo junto a la multitud de trabajadores.

–¿Ahora qué hallaron?

Pero Jim se calla cuando lo ve con sus propios ojos: un vestido negro que se mueve con el viento y una calavera rota con la boca abierta.

Larry, ajeno a todo escrúpulo, mete la mano en la calavera y saca un puño de papeles.

–¿Más discursos? –bromea Jim.

Larry, con extremo cuidado, desdobra uno de aquellos papeles.

Todos los trabajadores mexicanos siguen, hipnotizados, sus movimientos.

Larry advierte que es un periódico llamado *Regeneración*.

Fechado en junio de 1911.

En su titular principal se lee: “Nuestra derrota es un triunfo”.

A espaldas de Jim, la voz rasposa de un capataz mexicano le da la peor noticia:

–*Jefe* creo que este cadáver es de una mujer. Y este agujero no es el único. Otra brigada descubrió cinco más. Si no me equivoco, hemos topado con un cementerio clandestino. Muy viejo, pero de todas formas clandestino. Ya llamé al Semefo. Ya avisé al ejército. Ya viene la televisión. Esto va a ser noticia internacional, *jefe*. Vamos a salir en los periódicos. Nos vamos a hacer bien famosos. Ya verá, *jefe*. Ya verá.

EPÍLOGO

A veces, en los días más intensos del verano, a Onésimo González, el jefe de los cucapás en el valle de Mexicali, le gustaba subir al cerro del Centinela, en la frontera misma con los Estados Unidos.

Onésimo decía que el calor saca, de debajo del suelo, las voces de los muertos.

Que eso de que la noche es propicia para los fantasmas es puro cuento.

Una vez me atreví a preguntarle qué cuentan los muertos de Laguna Salada, donde todos los sucesos han tenido lugar, desde batallas campales entre las tribus indias hasta el paso del capitán Juan Bautista de Anza para fundar la ciudad de San Francisco.

Onésimo me contestó que los muertos no hablan como nosotros.

No dicen frases completas.

A lo más se quejan, gruñen o se ríen.

Le pregunté si había escuchado la voz de los muertos de la revolución anarcosindicalista de 1911, en la cual los cucapás tuvieron un papel destacado.

–No es una voz la de ellos –me respondió–, sino una multitud de voces.

–¿Como un coro?

–Algo así.

–¿Y qué cantan?

Onésimo intentó recordarlo.

Pero antes se quitó el sombrero por respeto a los difuntos.

–Dicen: “Tierra y Pan”, “Tierra y Libertad”.

–¿El himno del Partido Liberal Mexicano? –adiviné.

–No –me corrigió Onésimo–: el sueño de todo ser humano.

FUENTES CONSULTADAS

Una obra como ésta se basa en centenares de fuentes documentales dispersas en libros, revistas y periódicos; pero en el caso de una revolución, como la que el Partido Liberal Mexicano puso en marcha en Baja California en 1911, desgraciadamente son pocas las obras imprescindibles.

En el caso de los propios hermanos Flores Magón hay que mencionar *El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900–1922* (1984), de Salvador Hernández Padilla; *Ricardo Flores Magón. El sueño alternativo* (1995), compilación de Fernando Zertuche Muñoz, y *Combatimos la tiranía. Conversaciones con Enrique Flores Magón* (1958), de Samuel Kaplan.

Para una biografía de Joseph Hill y de la unión Industrial Workers of the World, recomiendo *Joe Hill. The IWW and the*

Making of a Revolutionary Work Class Counterculture (2003), de Franklin Rosemont. Acerca de Pryce lo mejor es *Gringo Revolutionary. The Amazing Adventures of Caryl Ap Rhys Pryce* (2005), de John Humphries.

Y para un acercamiento al papel que desempeñó la Colorado River Land Company es menester acudir a *Privileged Son. Otis Chandler and the Rise and Fall of the L. A. Times Dynasty* (2001), de Dennis McDougal, y *El valle de Mexicali y la Colorado River Land Company, 1902–1946* (2001), de Dorothy P. Kerig.

No hay que olvidar que Harry Chandler aparece, como Noah Cross, en la película de Roman Polanski *Chinatown* (1974), el relato de un magnate corrupto y avaricioso que aseguraba que todos podían ser comprados; claro, excepto los hermanos Flores Magón.

Aunque el libro de Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution: Baja California, 1911* (1962), es considerado la primera obra que examina la revolución anarquista de una forma objetiva, creo que tal crédito hay que dárselo al trabajo del historiador bajacaliforniano Pablo L. Martínez, cuyas obras, *Historia de Baja California* (1956), *El magonismo en Baja California. Documentos* (1958) y, en especial, *Sobre el libro Baja California heroica. Contra la defensa de una falsedad histórica* (1960), marcaron un cambio de rumbo en la visión de esta lucha armada y desenmascararon los panfletos al servicio de la ideología porfirista, como *¿Se apoderará Estados Unidos de América de Baja California? La invasión*

filibustera de 1911 (1920), de Rómulo Velasco Ceballos, y *Baja California heroica* (1958), de Enrique Aldrete, que defendían la perspectiva filibustera como única explicación del movimiento revolucionario floresmagonista.

En años posteriores, con *La revuelta magonista de 1911 en Baja California: el apogeo de la lucha revolucionaria del Partido Liberal Mexicano* (1992) y *La gran aventura en México. El papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910–1915* (1993), ambos de Lawrence Taylor, el panorama se ha ido aclarando, pero aún quedan muchos prejuicios ideológicos entre los historiadores bajacalifornianos.

De obras generales, las que más me han servido son los libros colectivos *Mexicali. Una historia* (1991), *Semblanza de Tijuana* (1989) y *Ensenada. Nuevas aportaciones para su historia* (1999), así como la *Memoria del primer Congreso de Historia Regional* (1958), donde los textos de Guillermo Medina Amor, José Valadés, Rubén García y Agustín Cue Cánovas refutaron las versiones tendenciosas de los historiadores locales aficionados de aquel entonces. A ellos añadido los reportajes y crónicas que Eugenia Meyer reúne en su libro *John Kenneth Turner. Periodista de México* (2005).

Esta novela no hubiera podido escribirse sin ellos.

Los que abrieron camino para entender nuestro pasado.

Los que pusieron en duda la historia oficial.

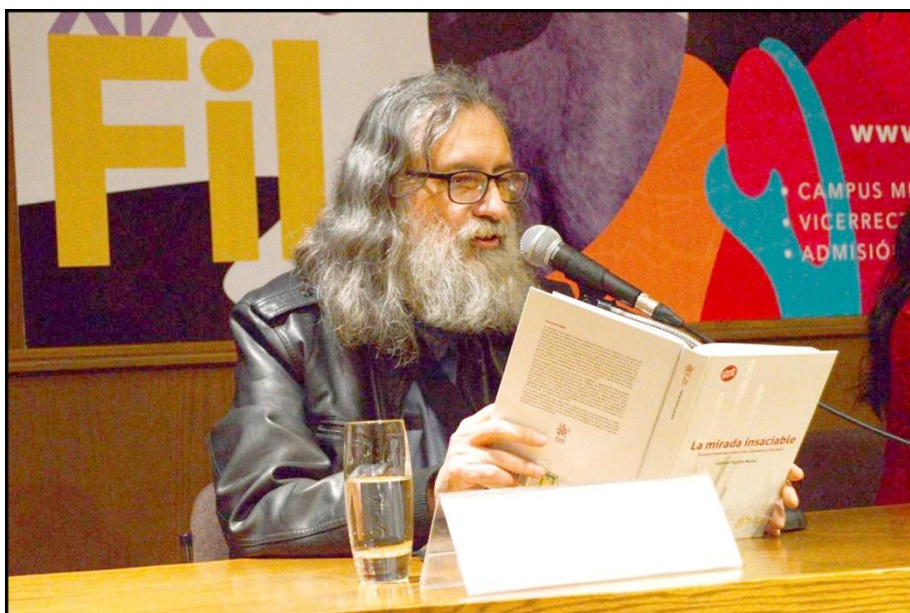
Los revolucionarios a su modo.

Los anarquistas a su manera.

G. T. M.

Mexicali, ciudad capital de Baja California

10 de junio de 2009–18 de octubre de 2010



ACERCA DEL AUTOR

ÁNGEL GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ es un escritor mexicano, nacido en Mexicali, Baja California el 21 de julio de 1958. Poeta, narrador y ensayista.

Becario FOECA-Baja California, 1994, 1998, y 2005-2006; Becario Rockefeller, 1992.

Profesor de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Humanas de la de la Universidad Autónoma de Baja California, investigador y uno de los editores de la *Revista Universitaria* de la UABC. Ha publicado más de 130 libros como autor o compilador.

Fundador de las editoriales del Ayuntamiento de Mexicali

y del Instituto de Cultura de Baja California. Fundador de Esquina Baja y Trazadura. Es socio fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía. Creador Emérito de Baja California 2012. Es miembro y académico de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a Baja California, desde el 23 de junio de 2011. Ciudadano distinguido en Artes 2013 por el Gobierno del Estado de Baja California.

Ha recibido nueve veces el Premio Estatal de Literatura de Baja California, así como Premio Nacional de Ensayo Abigael Bohórquez 1998, Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada 1999 por *Espantapájaros*; Premio Nacional de Poesía Sonora 2004, Premio nacional de poesía Bartolomé Delgado 2004 por *Colindancias*; Premio Binacional de Poesía Pellicer-Frost 1996, por *Borderlines*, Premio Binacional Excelencia Frontera 1998, el Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano 2005 por *Highcloud, memorias de arena y agua, de roca y viento*; Premio Regional de Novela Vandalay 2005, Premio de Narrativa Histórica de la Fundación Pedro F. Pérez y Ramírez 2006, Premio en Artes 2009 por el Instituto Tecnológico de Mexicali,

Editor y director de *Semillero*; coordinador del Centro Regional de Información y promoción de la literatura en Mexicali; Investigador de la literatura y periodismo de Baja California; del cine fronterizo y la historia de la ciencia ficción en México.

Ha colaborado en decenas de publicaciones como son *Arquetipos*, *Azar*, *Blanco móvil* y otros.

Parte de su obra poética y ensayística ha sido traducida y publicada en Japón, India, Italia, Alemania, Estados Unidos, Argentina Chile, España, Francia, Canadá y Suiza.